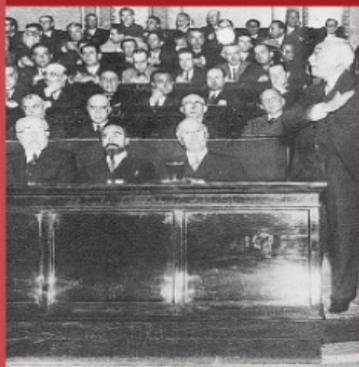


# Los personajes de la República vistos por ellos mismos



Pío Moa

HISTORIA



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

En los últimos años se ha creado una imagen idílica, pero un tanto de cartón piedra, de la II República. El caso de Azaña es particularmente revelador. Sometido a una especie de beatificación laica, que difícilmente le hubiera agradado, la publicación de sus diarios en México provocó un embarazoso silencio, porque derrumbaban una cierta mitología republicana. No obstante, los viejos tópicos han revivido a fuerza de silenciar testimonios o de someterlos a malabarismos interpretativos. Este libro, al basarse en gran medida en el contraste de los testimonios de los dirigentes republicanos, ofrece un panorama muy distinto, ciertamente mucho más lleno de vida y de interés, y desde luego más veraz.

El libro trata de mostrar cómo aquellos dirigentes afrontaron los retos de la época y a sus rivales políticos, con qué ideas y cálculos, de lo cual nadie nos informará mejor que ellos mismos. El resultado es fascinante y a menudo concluyente para clarificar esta época tormentosa de nuestra historia, en el camino hacia la guerra civil

**L**≡**LIBROS**

Pío Moa

**Los personajes de la República  
vistos por ellos mismos**  
**Trilogía La Guerra Civil Española - 2**

En memoria de Antonio Antelo y de Luis Lavaur

## INTRODUCCIÓN

Largo Caballero, el histórico líder que marcaría los destinos del PSOE en los años 30, hizo una observación, con agudeza no muy materialista, sobre las querellas entre republicanos: «en esta lucha no jugaban exclusivamente los motivos políticos, sino también los personales, que no eran los menos importantes. Los señores Alcalá-Zamora y Azaña se odiaban cordialmente (...) Los pueblos son frecuentemente víctimas de esas debilidades de los políticos que los gobiernan» [1]. Pero ¿en qué proporción entran en la historia los motivos políticos y los personales? No hay manera de saberlo. Ambos se mezclan de modo inextricable sin que, no obstante, pierdan su peculiaridad. En todo caso el encono y desprecio entre los dirigentes republicanos componen el argumento de una auténtica tragedia personal y política, y trazan una de las líneas de fractura del régimen.

¿Por qué fracasó la II República? Si preguntamos a un estudiante universitario, dirá probablemente que aquélla fue socavada desde el principio, y finalmente asaltada y derrotada, por la reacción derechista, fascista o antidemocrática. La idea se complementaría, en Cataluña o el País Vasco, con la de que estas comunidades, como tales, habrían sido «vencidas» por la reacción *fascista* española. En tal sentido no podría hablarse de fracaso, sino de aplastamiento por fuerzas superiores y ajenas al régimen. Este esquema ha calado ampliamente porque, durante años, lo han promovido a través de la televisión, la enseñanza, etc., grupos políticos que extraían de esa versión una forma de legitimidad, por más que la actual democracia española deba, evidentemente, muy poco a la II República.

En *Los orígenes de la guerra civil española* creo haber mostrado la incoherencia lógica de esa versión y su inadecuación con los hechos. Dada la relación de fuerzas políticas en los años 30, la estabilidad del régimen descansaba en dos grandes partidos no propiamente republicanos: la CEDA y el PSOE. Al decidirse este último por una política revolucionaria, la guerra civil se hizo inevitable ya en 1934. Y al no haber rectificación posterior, el régimen tenía que derrumbarse forzosamente. La guerra comenzó en octubre de aquel año para continuar en 1936, tras un período de falsa calma en que todas las tensiones se agravaron. Un segundo tomo, *El derrumbe de la República y del Frente Popular*,

debe completar a *Los orígenes*, estudiando los procesos que nacieron de la revolución del 34 y provocaron la reanudación de la contienda.

Pero antes de sacar a la luz el segundo estudio me ha parecido conveniente publicar este otro, en que el mismo tema, es decir, el fracaso de la república, se aborda siguiendo la citada «línea de fractura»: las actitudes, decisiones y traumáticas relaciones de los republicanos *burgueses*, en especial entre los tres principales, Azaña, Alcalá-Zamora y Lerroxx. Tal línea de fractura explica la incapacidad del régimen para resistir las presiones demoledoras, principalmente revolucionarias. Este enfoque, a partir de los personajes, ofrece unos perfiles peculiares. De modo similar a como una montaña parece distinta según el ángulo desde el que se la mira, los hechos históricos ofrecen imágenes diversas según se los enfoque, pero entre ellas ha de haber complementariedad y no contradicción, si han de ser veraces.

Así, la visión hoy más popular de la república tiene mucho de espejismo, y no proviene de un enfoque diferente, pero igualmente válido, de la «montaña», sino de una reconstrucción mutilada e ilógica. Hubo, realmente, un fracaso y no un simple aplastamiento por fuerzas externas. Es decir, la república fue vencida desde dentro, o más propiamente, se hizo inviable en primer lugar por las ideas, actitudes y acciones de sus líderes, que la incapacitaron para hacer frente a los desafíos de la época.

Desde luego, en ningún país es la política un ejercicio suave y amistoso, pero en la II República los odios alcanzaron una intensidad tal que llevó a sus líderes a destruirse entre sí y, en el proceso, a degradar y desintegrar al propio sistema, de cuyo final derrumbe fueron esos odios un factor esencial, aunque claro está que no el único. El daño, además, se multiplicó a causa de la débil institucionalización del régimen. Una misma maniobra política surte efectos distintos en un sistema dotado de tradiciones sólidas, reglas del juego comúnmente aceptadas e instituciones firmes, que en otro en el que nada de eso existe o existe en precario. La república se proclamó a sí misma una revolución, lo que entrañaba la destrucción de las anteriores normas e instituciones, para alzar sobre sus ruinas unas nuevas. Llegada con todas las bendiciones históricas posibles, el intento parecía razonablemente viable si se le daba tiempo y estabilidad. Ortega, por ejemplo, previo un periodo de bandazos a derecha e izquierda, pero esperaba que luego la vida política se centraría. En la práctica los bandazos cobraron más y más violencia, hasta desembocar, de manera bastante lógica, en la guerra.

Esto no era de esperar. La república advino prácticamente sin oposición, pues los monárquicos se apresuraron a entregar el poder y casi urgir a que lo tomaran los republicanos. Entre éstos, en principio bien avenidos, Azaña representaba la izquierda jacobina, Lerroxx el centro moderado y Alcalá-Zamora la derecha

conservadora. Los grupos monárquicos eran mínimos y desprestigiados, y la derecha no republicana permaneció débil durante los dos primeros años. Los socialistas y los nacionalistas catalanes de izquierda cooperaban con el nuevo régimen, a cuya instauración ayudaron incluso los anarquistas. Así, puede decirse que la república integraba a casi toda la nación, o podía llegar a hacerlo si lograba establecer entre esas fuerzas unas reglas del juego aceptables. Como sabemos, ocurrió lo contrario.

Los rencores e intrigas entre los republicanos culminaron en tres sucesivos ataques mutuos y a fondo. Después de la revolución de octubre del 34, Alcalá-Zamora y, sobre todo, Lerroxx intentaron destruir la carrera política de Azaña, a ser posible con una sentencia firme de presidio. Fallido el intento, Azaña «resucitó» con renovados bríos y ansias de desquite: el segundo acto, la intriga del *straperlo*, maquiavélica y a su modo brillante, hundió en otoño de 1935 a Lerroxx, de los tres el único republicano «de toda la vida». Sus verdugos fueron Azaña y Alcalá-Zamora (además de Prieto), asociados de manera circunstancial y oscura. Después, los dos vencedores dirimieron sus viejas rencillas en torno a la presidencia de la república, de la cual salió expulsado Alcalá-Zamora en una maniobra extraordinariamente trágica y cómica a un tiempo, síntesis de la crisis moral en que había caído el régimen. Venció Azaña, de nuevo con ayuda de Prieto... sólo para contemplar en tres meses el desplome de todas sus ilusiones políticas y personales. Los densos sentimientos que colorearon estas querellas, los manejos que las rodearon, y sus efectos históricos, les confieren un intenso dramatismo, que me gustaría haber sabido reflejar, aunque fuera débilmente. Si no lo he logrado, quede al menos indicado el hecho y la intención.

Esta sucesión de golpes, superpuestos o combinados con hechos tan cruciales como la deriva revolucionaria del PSOE y la *Esquerra*, la destrucción del partido lerrouxista, único amortiguador entre unas izquierdas y derechas cada vez más irreconciliables, o la expulsión de la derecha del poder y el triunfo del Frente Popular, es el tema de la parte tercera del libro, y, por tanto, el núcleo de él. Pude haber limitado el relato a esa contienda, sin extenderme sobre sus raíces lejanas, pero el contenido personal, biográfico, del asunto es tan fuerte que me he arriesgado a exponer, a grandes rasgos, el largo período de juventud y maduración de los personajes, el cual ofrece claves muy sugestivas para comprender su actuación posterior y cómo se veían ellos mismos. Claro está que no se trata de una biografía detallada de los tres, poco útil al objeto del libro, sino de unas pinceladas valiéndome de la paleta que los mismos personajes emplean en sus memorias.

El tiempo de juventud y maduración de los protagonistas transcurrió bajo el régimen de la Restauración. Debo adelantar mi opinión, ya que no demostración, de que dicho régimen fue muy positivo para España, en la línea que, con mejores datos, sostiene José María Marco: un poder liberal, con capacidad en

principio de reformarse, y fuera del cual no había otra alternativa que la dictadura o la revolución. Si examinamos el largo período entre comienzos del siglo XIX y 1975, la única etapa en que se aúnan las libertades públicas con un progreso material sostenido y un auge cultural casi esplendoroso, es precisamente el medio siglo de la Restauración, lo que hace difícil entender los denuestos que ha recibido. A los restantes ciento veinticinco años los definen — hablando en general— el estancamiento económico, o la convulsión política y militar, o la ausencia o fuerte restricción de las libertades, cuando no las tres cosas juntas.

Por tanto, nada más lejos de mi punto de vista que el expresado por E. González Calleja, quien considera el «oficio del historiador como vocero del inconformismo, porque, como escribió Kundera, *la lucha contra el poder es la lucha de la memoria por no olvidar*<sup>[2]</sup>. No creo en un «inconformismo» o un «poder» abstractos. Hasta ahora, las comunidades humanas han generado siempre algún tipo de poder, incluidos, por supuesto, los grupos ácratas, en los cuales la lucha por la hegemonía suele adquirir especial dureza y falta de escrúpulos, precisamente por carecer de reglas del juego. Todo poder suscita una mezcla de aceptación y rebeldía, pero lo que interesa es saber hacia qué tipo de poder muestra el historiador su «inconformismo», y en la práctica esas declamaciones han solido servir a algún poder totalitario. La popularidad de que han gozado y siguen haciéndolo tales frases vacuas refleja, a mi juicio, ciertos aspectos bárbaros del pensamiento del siglo XX. En historiografía, con frases semejantes se ha justificado la renuncia deliberada a la verdad so pretexto de defender a «la clase obrera», o a «los pobres», «la mujer», las «víctimas de la historia», «los «oprimidos», etc. Por supuesto, ninguno de los supuestos beneficiarios ha sacado el menor provecho del indigesto guiso que se pretendía servirles so pretexto de «compromiso social». Como ha reiterado el filósofo Julián Marías, nuestra historia reciente ha sido extraordinariamente tergiversada en estos años, y de ello casi nadie ha salido beneficiado.

La segunda parte del libro abarca la transición desde la dictadura de Primo de Rivera y los primeros pasos de la república, sobre los que el consabido universitario medio suele tener ideas pintorescas. Vale la pena recordar cosas sabidas, pero hartas olvidadas, como que la llegada del nuevo régimen debió mucho más a la iniciativa de los conservadores Alcalá-Zamora y Maura que a la de los izquierdistas Azaña o Lerroux, o a los socialistas. O que el carácter pacífico de su instauración obedeció a la actitud de los monárquicos, no de los republicanos. Esto tiene su importancia para hacerse una idea seria de nuestro pasado reciente. Por otra parte, examinar cómo la ruptura republicana de 1931 destruyó la transición desde una dictadura a un régimen constitucional, arroja bastante luz sobre otra transición histórica más reciente, la producida en 1975 a partir del franquismo, llevada con un criterio distinto de aquella y que ha dado

lugar a un sistema más estable.

Una particularidad de este estudio es que se basa de manera muy preponderante en las memorias que, afortunadamente, nos han dejado los tres personajes tratados como principales, y otros aquí secundarios. Sólo de manera accesoria he utilizado una mínima porción de la bibliografía existente, por otra parte muy abundante y valiosa, sobre esas épocas, porque el objeto de este estudio, claro ya en su título, lo imponía. Se trata de mostrar cómo aquellos dirigentes afrontaban los retos de la época y a sus rivales políticos, con qué ideas y cálculos, de lo cual nadie nos informará mejor que ellos mismos. A mi juicio, el resultado es fascinante y con frecuencia concluyente para clarificar esta época de nuestra historia.

Así, en estos últimos años ha circulado una imagen de la república como una democracia con plenas libertades, un magno intento de modernización del país, dirigido por una plétera de lúcidos intelectuales y políticos de talla, cuyo error, si acaso, consistió en ser demasiado generosos y tolerantes con sus enemigos. Tal imagen se ha impuesto como de obligada aceptación, so pena, para el discrepante, de recibir el mote de « fascista » o asimilado, lo que revela la pasión aún viva en amplios círculos por ese fragmento de nuestro pasado. Pero entonces habría que reconocer que los primeros *fascistas* serían los propios líderes republicanos, pues sus testimonios echan por tierra aquella visión acaramelada y propagandística. Las memorias de Alcalá-Zamora, Martínez Barrio, Lerroux, Maura, Vidarte, etc., ofrecen un panorama republicano sombrío y angustioso, aunque ciertamente lleno de vida y mucho más interesante, y desde luego más veraz, que el decorado de cartón piedra alzado en estos años. Es particularmente revelador el caso de Azaña, sometido a una beatificación laica que difícilmente le hubiera agradado. Cuando salieron a la luz en Méjico parte de sus diarios, se hizo un embarazoso silencio en los medios de la izquierda, porque verdaderamente aquéllos hacían trizas la mitología republicana. Los viejos tópicos han revivido, no obstante, a fuerza de silenciar los testimonios o someterlos a malabarismos interpretativos. En fin, va siendo hora de mirar el pasado sin tanto apasionamiento y de tratar a los personajes y sus revelaciones « lejos ya de la condena, de la absolución, del arrepentimiento y de la canonización », como ha dicho el escritor Jiménez Losantos<sup>[3]</sup>.

El enfoque del libro conduce a una eterna discusión: la del « papel del individuo en la historia », título de un célebre ensayo del marxista ruso Plejánof. Me parece muy difícil decir nada nuevo al respecto. O admitimos la evidencia, algo roma, de que la subjetividad de los personajes y los condicionantes objetivos efectúan en la historia una danza interminable, siempre con figuras nuevas y, sin embargo, reconocibles, o bien buscamos alguna fuerza efectiva, objetiva y determinante, que explicaría los sucesos con exactitud, al margen de las enfadosas subjetividades. Durante muchos años el marxismo, y en buena medida

el liberalismo, han encontrado en la economía esa fuerza explicativa, en relación con la cual las ideas, las pasiones y la voluntad de los individuos carecerían de valor o lo tendrían sólo en cuanto obedeciesen a las exigencias «objetivas». *En nuestro caso, al menos, puede sostenerse que la economía jugó un papel secundario en la evolución y fracaso de la república, pues la intensa convulsión política de la época no se correspondió ni de lejos con una comparable convulsión económica, ni el marco económico varió sustancialmente.* Las reformas, en especial la agraria, tuvieron corto alcance: pocos cambios y mucha agitación sobre ellos. En conjunto, la economía se estancó, pero sin caídas estrepitosas, como la de Alemania, por ejemplo. Contra lo que cierta historiografía ha sostenido, tampoco hubo, en el bienio conservador de 1934-1935 (el «bienio negro» de la propaganda), una miseria generalizada que propiciase la radicalización de las masas y su orientación revolucionaria en 1936. Al revés, ese bienio conoció una leve mejoría y recuperación de la inversión privada, esperanzadora a pesar del aumento final del desempleo. Lo que exacerbó las tensiones y abocó a una guerra larga fue sobre todo una campaña de propaganda política, centrada en la represión de 1934 en Asturias.

La utilización de los testimonios personales como fuente privilegiada se enfrenta al menos a dos objeciones básicas: el subjetivismo de aquéllos y la facilidad con que pueden ser manipulados. En cuanto a lo primero, es claro que los personajes, por honrados que sean con los hechos, y perspicaces acerca de sus propios motivos y los ajenos, están sujetos a condicionamientos emocionales, anteojeras ideológicas o afanes de autojustificación. Pero en la mayoría de los casos las distorsiones resultantes, conscientes o inconscientes, resultan detectables. Cuando escribimos expresamos muchas más cosas de las que queremos o creemos, y, por otra parte, siempre es instructivo, y a menudo clarificador, el cotejo de unos testimonios con otros o con los hechos conocidos. Incluso las falsedades, en este campo, tienen su valor y su verdad, como pintura de una situación y del personaje. Lejos de verse decepcionado por el subjetivismo de las memorias, el estudioso encuentra en ellas un valor insustituible, una palpación vital que escapa a otros documentos. El historiador no debe atender sólo a la sucesión y la lógica de los hechos, sino también a la manera como les hacían frente los protagonistas, a sus cálculos, actitudes y sentimientos, pues ellos son también un ingrediente fundamental de la historia. En esos sentimientos y necesidad de justificación se refleja la condición humana, y marginarlos so pretexto de objetividad científica supone precisamente renunciar al más elemental requisito de la ciencia, que es el de abordar su objeto tal cual, sin mutilarlo.

En cuanto a la segunda objeción, el historiador padece inevitablemente las

mismas limitaciones de subjetivismo que los personajes historiados, y puede, aun a su pesar, caer en la manipulación, ya desde la selección de los testimonios, nunca abarcables en su totalidad. Este hecho, algo desalentador, se manifiesta, por ejemplo, en cómo una misma persona llega a parecer extraordinariamente diferente en manos de uno u otro biógrafo. Podríamos concluir que tal condicionamiento vuelve inasequible la verdad histórica, y que todas las versiones valdrían lo mismo, y, en definitiva, nada. Entonces no merecería la pena intentar siquiera escribir sobre estos temas, a no ser como una manera de ganarse unas pesetillas a costa de los ingenuos, tesis que no deja de ser bastante materialista histórica. Tal es el fondo de mucha seudocrítica centrada en señalar si un libro es de «izquierda» o de «derecha», y cosas parecidas, despreocupándose del grado de veracidad del mismo. Pero, sin aspirar a la verdad absoluta, sí cabe aproximarse a ella más o menos. Sin entrar aquí en antiguas y nunca del todo resueltas discusiones, me contentaré con señalar mi objetivo: retratar a los personajes en su faceta política, apoyándola en la personal, y hacerlo con sus propias palabras. Creo que la imagen resultante es sugestiva y básicamente veraz. Sólo el lector podrá juzgar si he logrado transmitirla.

Mi agradecimiento a Dolores Sandoval León, José Manuel Cuenca Toribio, Carlos Pla Barniol, Joaquín Puig de la Bellacasa, Francisco Carvajal Gómez y Miguel Ángel Fernández Diez, por su crítica y apoyo.

I PARTE  
JUVENTUD Y MADURACIÓN

## Capítulo I

### AÑOS DE FORMACIÓN

Una «soñolienta tarde de agosto madrileño», del año 1930, «a hora desusada», quizá a la de la siesta, se reunían clandestinamente en el Ateneo de Madrid varios personajes dispuestos a echar por tierra la monarquía española y sustituirla por una república. Objetivo en verdad ambicioso: aunque no fuera por otra cosa, derrocar un régimen implantado de siglos atrás abría la puerta a una época nueva en la historia de España, constituía una revolución<sup>[1]</sup>.

Asistieron al encuentro y lo mencionan en sus escritos Alejandro Lerroxx, principal cabeza del republicanismo histórico, y Niceto Alcalá-Zamora, abogado y político de historial monárquico, cuyo republicanismo databa de sólo cuatro meses atrás. Don Niceto recuerda a otro participante, dos meses más veterano que él en republicanismo, pues lo era desde febrero: Miguel Maura, hijo de Antonio, el ilustre gobernante de principios de siglo. Lerroxx cita en sus *Memorias* a dos más: Marcelino Domingo, inveterado conspirador antimonárquico y promotor de la intentona revolucionaria de agosto de 1917; y al líder socialista Indalecio Prieto, el cual habría asistido a título personal, pues su partido no colaboraba con los republicanos. Debíó de participar también Manuel Azaña, presidente del Ateneo, y, por tanto, anfitrión de los reunidos, y cuyo republicanismo, poco activo, tenía siete años de antigüedad.

El lugar de la cita era un prestigioso centro cultural, sito en el corazón de un barrio de pequeñas calles y callejas llenas de sabor popular y literario. En un radio de doscientos metros se hallaban la casa de Lope de Vega y los lugares de las de Cervantes o Quevedo, el edificio de las Cortes o el museo del Prado; barrio tradicional de teatros, de tabernas, pequeños negocios y prostíbulos. El Ateneo siempre había sufrido cierta tensión entre la actividad intelectual y la política. En otros tiempos Azaña había defendido la primera contra la segunda, pero en 1930 había convertido a la institución en base de acción antimonárquica<sup>[a]</sup>, donde bullían los complots más o menos descabellados, se organizaban charlas y editaban revistas subversivas. Era lugar seguro para los conspiradores, «centro vedado a toda intervención del gobierno por consideraciones de orden político»<sup>[2]</sup>, dirá el general Mola, entonces jefe de los órganos policiales y él mismo poco afecto al rey. La elección del local para el cónclave revolucionario

reflejaba el momento político. Siete meses antes, en enero, había caído la dictadura de Primo de Rivera, y el gobierno monárquico resultante trataba de restaurar la normalidad constitucional, y por ello de congraciarse con las oposiciones, a las que permitía incluso actividades abiertamente rebeldes. La reunión de aquel día de agosto pasó inadvertida al escaso celo de la policía.

Este intento republicano iba a ser el segundo en la historia de España. Cincuenta y siete años antes, en 1873, se había instaurado la I República, la cual, más que abrir una nueva era, había colmado y culminado la iniciada con la invasión napoleónica a principios del siglo XIX, tiempo de violencia política y estancamiento económico, con dos guerras civiles, una de ellas cruenta en extremo, una revolución y un sinfín de pronunciamientos militares. Amparada en una retórica bienintencionada, la I República, lejos de acabar con tales convulsiones las había llevado a la epilepsia. En los once meses que duró tuvo cinco gobiernos y cuatro presidentes, uno de los cuales, Figueras, tomó un buen día el tren para Francia y dejó el poder sin despedirse siquiera; caso insólito en la historia de cualquier país, y signo de la descomposición ambiente. Recomenzó la guerra civil mientras parte de los republicanos se dedicaban a desorganizar su propio ejército. Las elecciones, con abstención mayoritaria<sup>[b]</sup>, las ganaron los federales de Pi y Margall, que dividieron la nación en 16 estados federados, originando una explosión cantonalista que amenazaba descuartizar el país. Por fin, el general Pavía, republicano antifederalista, había cerrado las Cortes como quien disuelve una algarada callejera, y el régimen había caído.

La I República, pues, no había abierto una etapa histórica, sino que la había cerrado, y su desastre parecía vedarle nuevas oportunidades. Sobre sus cenizas, y después de un nuevo año incierto y el pronunciamiento de Martínez Campos, comenzó la época de la Restauración (restauraba la monarquía borbónica), bajo un régimen de carácter liberal y democracia parcial y creciente, aunque harto corrompida. El país podía haber quedado exhausto tras las convulsas décadas anteriores, pero, con todos sus defectos, la Restauración lo revitalizó, mantuvo relativa paz interior durante medio siglo, y al amparo de ella una prosperidad considerable<sup>[c]</sup>. Sin embargo, hacia los años 20 del siglo XX, el régimen no supo afrontar los problemas surgidos en buena medida de su propio desarrollo: el fraude electoral y otras corruptelas, el descrédito popular de los políticos y del Parlamento, la catástrofe militar de Annual, en Marruecos, y un terrorismo feroz<sup>[d]</sup>. En tales circunstancias, el general Primo de Rivera, con respaldo del trono, abolió el sistema en septiembre de 1923 e impuso su dictadura. El agotamiento de la Restauración queda revelado en el hecho de que Primo salió de Barcelona entre aclamaciones, y su golpe de estado, incruento, no halló oposición y sí vasto apoyo en el país. Pero a los seis años la dictadura se había agotado a su vez, y los republicanos veían una nueva ocasión histórica para sus

anhelos.

Los reunidos en el Ateneo no emprendían una aventura utópica llevados de ilusiones juveniles. Todos eran bien maduros, y uno de ellos, Lerroux, pisaba los umbrales de la vejez, con 66 años. Alcalá-Zamora tenía 53, Azaña entraba en la cincuentena, Domingo 46, Prieto 47, Maura 43. Sólo Lerroux podía considerarse moderadamente representativo, pues le respaldaba un partido de alguna amplitud. Sin embargo, hubiera errado quien los juzgase por su momentánea insignificancia política. La situación, fluctuante en extremo, favorecía a los audaces, y la II República sería una realidad sólo ocho meses más tarde. Tres de aquellos conspiradores de agosto, Alcalá-Zamora, Azaña y Lerroux, serían los principales gobernantes del nuevo régimen, poseedores de la condecoración de la Orden de la República en sus tres primeros números. Sus acuerdos y discordias iban a influir decisivamente en los destinos del país. De ellos nos ocuparemos con preferencia, empezando por su juventud.

El apellido de Alejandro Lerroux viene, al parecer, de un escribano de cámara francés que acompañó a Madrid a Felipe V a principios del siglo XVIII. Alejandro nació en marzo de 1864 en La Rambla, Córdoba, donde estaba destinado su padre, que había estudiado y hecho una modesta carrera hasta capitán veterinario. De ideas liberales, sacrificado y severo como quien había alcanzado su posición con esfuerzo, castigaba a sus hijos a veces rudamente, a cintarazos. La madre era « inagotable manantial de ternuras », « acostumbrada a las responsabilidades y a la dirección ». Alejandro fue el quinto hijo, pero tres habían muerto antes. La alta mortalidad infantil hacía entonces comunes estas desgracias. Y aún tendría cinco hermanos más — todos bautizados con nombres empezados por « A » —, pesada carga para una frágil economía. Las desdichas domésticas pusieron « a prueba mi resistencia y mi temperamento desde la infancia hasta la edad madura », y a ellas dedicará un capítulo de sus *Memorias*, un hermano demente, otro semidemente, nuevas muertes entre ellos, y de la madre a edad temprana (unos 45 años)<sup>[e]</sup>, etc.<sup>[6]</sup>.

La vida militar imponía frecuentes cambios de destino y mudanzas ruinosas. Para evitarlas, la familia se asentó en Madrid mientras el padre iba a servir fuera. A los 14 años el niño Lerroux ya había vivido en Córdoba, Zamora, Pamplona, Vitoria, Sevilla, Ciudad Real, Vicálvaro y Alcalá de Henares. Conoció privaciones, y « en un período de mayor penuria que la habitual », aprendió, junto con sus padres, el oficio de zapatero, pues « tuvieron que optar entre que la patulea anduviese descalza o fabricar el calzado en casa » y « así fui yo aprendiz de zapatero, y lo digo con humildad y al mismo tiempo usando la soberbia con que podría vanagloriarme de un título glorioso ». « Supe en edad precoz lo que

era la clase media española», « lo sublime dentro de lo ridículo» [7].

Lerroux, chiquillo « audaz, turbulento, valiente, capitán de otros», sentía más afición a la golfería de los billares, las « pedreas homéricas» a « hacer novillos», que al estudio. A un tío suyo, sacerdote, le informó un profesor: « Este mocito no ha podido darme ningún disgusto, entre otras razones porque desde que le pregunté y no me supo contestar, no ha vuelto a aparecer por la clase». El mismo tío atendió « como mejor supo y pudo, aunque no destacaban en él cualidades de pedagogo, a mi instrucción», enseñándole latín (« ¡cuánto lo odié!» ), geografía e historia [9].

Para aliviar la economía doméstica, Lerroux fue a vivir, por dos años y cuando contaba once, con su tío cura en Villaveza del Agua, pueblo zamorano « humilde y pequeño, desprovisto de encantos, donde (...) se formaron el cimiento de mi naturaleza moral, la base de mi conciencia y la determinación del impulso que me han empujado en los caminos de la vida». Allí fue « escolar, sacristán y campesino», y conoció, « con verdadera pasión, jamás disminuida desde entonces, el amor al campo. En sus soledades majestuosas me he sentido a mí mismo, y en sus labores primarias he adivinado toda la grandeza del esfuerzo humano» [10].

Monaguillo, « lo que hay de poesía en la religión católica influía poderosamente sobre mi sentimiento y afianzaba mi fe, pero ciertos detalles que se producen en el trato familiar de los no preparados, con las intimidades de la Iglesia, me la quebrantaban». Dejó el catolicismo sin crisis de conciencia: « Empezaba yo a elaborarme mi religión personal y apenas había salido de la sombra de mi campanario. A ello contribuyó el trato (...) de los curas circunvecinos, pobres hombres condenados a una vida de sacrificio material y de privaciones, sin apenas provecho espiritual ni para sí ni para sus semejantes». De la religiosidad popular opina: « La gente rural (...) no tiene casinos, ni teatros, ni plaza de toros o hipódromo, circo y cinematógrafo. Sus casas son tristes, incómodas, antihigiénicas; por tanto, huelen mal. No hay paseos... La iglesia es amplia, limpia, confortable. Huele, con la cera, a miel y con el incienso, a gloria. Algunas veces cantan voces del otro mundo, se oye música. La gente se codea vestida de limpio. Como tienen que callar, no dicen ni oyen groserías ni brutalidades. Los mozos ven a las mozas como no las ven sino allí, vestidas con sus mejores galas, lindas, modosas y señoriles. La iglesia no es un salón, pero en ella se reúnen hombres y mujeres; no es una academia, pero allí hay quien habla de ciencia, de moral y de política; no es una escuela, pero hay quien enseña y quien aprende; no es un teatro, pero se representan escenas de dramas y tragedias sagradas. Allí, lo que tiene el ser humano de menos animal, a veces encuentra intérprete, y el alma se eleva (...) soñando o adivinando cosas sublimes» [7] [11].

Cádiz será el escenario de sus crisis de adolescencia. Allí fue a los catorce años y estudió en el Instituto, rodeado «de todo lo que puede sugestionar y seducir más groseramente a los muchachos, desde las pastelerías en que se sacia la no halagada golosina de los estudiantes pobres, hasta la prostitución barata, pasando por los cafés, tabernas y billares. Mezclados los más modestos con los más pudientes, aquéllos se sienten humillados si no *alternan* (...) en el pago con los que siempre llevan lleno el portamonedas». De seguro conoció esas humillaciones. «Pasaba el tiempo sin que decayera mi prestigio de buen estudiante», ironiza, lo que no le impidió, con su natural desenvoltura, dar clases en una escuela de adultos. «El primer sueldo lo gané enseñando, y o, que no sabía nada de nada». En cambio, destacó escribiendo en una revista quincenal, *La edad moderna*, editada por un grupo de alumnos. «Enamoradizo desde muy mozo», se aficionó a hacer versos, románticos y convencionales. Era un muchacho físicamente robusto, «un buen remero (y) excelente nadador», y su afición al mar le arrastró a alguna aventura en que estuvo a punto de perecer<sup>[12]</sup>.

Llegó la hora de labrarse un porvenir. La madre quería que fuese médico, y el padre, abogado; ninguno militar. «Pero mi temperamento, mi carácter, se habían formado en disciplina de milicia». «A los diez (años) conocía el ejercicio, el manejo del fusil *Remington*, la táctica de compañía y batallón y había oído ya, en función de guerra, el período republicano del 73 en Sevilla, fuego de cañón y de fusilería». Con dieciséis años, huyó de casa para alistarse. Su padre, de acuerdo con otro oficial, hizo que le encomendasen las tareas más ingratas, hasta que, derrotado, hubo de volver a la familia. Siguió meses de apatía y resistencia pasiva, «me pasaba las horas sentado en una mecedora leyendo folletines, novelas y papeluchos». Aguantó quince días como aprendiz de cajista de imprenta. Finalmente pudo entrar como voluntario en el ejército, con intención de hacer carrera ingresando en la Academia militar de Toledo<sup>[13]</sup>.

Encauzada su vida, «a los diecisiete años y en aquel ambiente, sin novia, parecía uno algo descabado». La chica, llamada Dolores del Pino, le llevaba dos años e impartía clases de piano. Lerroux la rememora con ternura, pero no llegaron a casarse: «mi porvenir no se aclaraba. Se multiplicaban mis vicisitudes y mis aventuras. No salía de pobre». Y en ésas conoció a otra mujer, Teresa López: «mi esposa, mi compañera y mi escudo, el escudo de mi honor», cuya vida «ha sido, como la de todas las mujeres buenas y leales que unen su destino a un hombre consagrado a la vida pública: un callado martirologio». No obstante, apenas habla de ella, por un tradicional pudor y respeto<sup>[g] [15]</sup>.

Por entonces debió de fallecer su madre. Él, ya descreído, asistió a su agonía. «No recé. (...) Mi padre, acendrado creyente, se estremeció: «Hijo —me advirtió con tono solemne de reconvención y voz empapada en lágrimas—, en

este momento tu madre está en presencia de Dios». ¿Y para qué necesitaba Dios la presencia de aquella madre que tenía tantos hijos y hada tanta falta en su casa? (...) Verdaderamente la justicia y la sabiduría del Señor son incomprensibles, inexplicables» [h]. El hogar prácticamente se deshizo. «Una vez muerta mi madre, me dediqué a llenar el vacío de mi alma a fuerza de lectura» que escogía «al azar, de capricho, en las bibliotecas, que no solían estar muy pobladas» [18].

Pudo luego ir a la Academia militar de Toledo, mal preparado «entre lo poco que estudiábamos, lo menos que aprendíamos y lo casi nada que nos enseñaban». Cortos de fondos, él y unos amigos resolvieron marchar a pie desde Sevilla, unos 600 kilómetros: «Como era una locura, estuvimos de acuerdo por unanimidad». Empezaron bien. «En los pueblos se nos agasajaba y nos daban participación, donde las había, en sus fiestas y bullangas. Las muchachas nos hacían lado al advertirnos tan finos y bien educados y los mocitos torcían el gesto». Cruzaron la sierra: «el tomillo, el romero, la jara en flor, la adelfa, el cantueso, tapizan aquellos montes y embalsaman aquel ambiente desde Guarromán hasta Almuradiel, pasando por La Carolina y las Navas de Tolosa. En Santa Elena bebimos el agua más fresca y en La Carolina vimos las muchachas más bellas que encontramos en todo el camino». No tan amena la meseta: «Nadie sabe lo que pesan quince o veinte kilos sino cuando los ha transportado a las espaldas, bajo los rayos de un sol de julio y sobre el polvo de una carretera que reseca las fauces y tapiza las fosas nasales y ciega los ojos». En Toledo se hospedó en la *Posada de la Sangre*. El dueño, «para consolarme de otras deficiencias», decía que «el camaranchón que nos destinó por alcoba era el propio aposento donde Cervantes escribió *La ilustre fregona*». Aprobó con baja puntuación el examen de ingreso a la Academia y de momento quedó sin plaza y hubo de volver a Sevilla [19].

Aunque Lerroux encomia la disciplina castrense, demostró poca. Su arrogancia le ganó disgustos, y por la falsificación de un parte médico dio con sus huesos en una prisión militar de Melilla, que describe con garbo: «Nosotros no comíamos y las chinches nos comían a nosotros». «Desde por la mañana, al tajo. Hacíamos los fosos del castillo y teníamos que desmontar grandes masas de piedra..... «Liando cigarrillos para el cantinero me ganaba el desayuno de ginebra». «Se hablaba del Fuerte de San Miguel con cierto pánico. Una vez — hacía muchos años— fue sorprendido, asaltado por los moros, y la guarnición (...) pasada a cuchillo. Allí había una urna cineraria bajo un arco y una lápida conmemorativa del suceso, para edificación y estímulo a mayor vigilancia de los sucesores. Todavía hacía poco, una noche, al pasar por la muralla el rondín de guardia, un oficial y dos números, uno de los cuales llevaba un farol encendido, al atravesar ante los huecos de las almenas del cañón fueron enfilados por

disparos de los moros, que dejaron sin vida al oficial y al soldado del farol. Se murmuraba que la noche menos pensada el campamento podía ser objeto de un asalto y se criticaba que no se tomaran mayores precauciones». «Algunos días, y con el permiso correspondiente (...) cada escuadra organizaba su comilona...» [20].

En el calabozo le acompañó un negro, apellidado Blanco, rebelde cubano deportado. «Todos los meses, invariablemente, al recibir su socorro y lo que le enviaba su familia, se emborrachaba de caña o de ginebra, armaba un escándalo y le castigaban con unos días de prisión (...) Tenía una hamaca magnífica, en la que roncaba como un órgano desde el toque de silencio hasta la diana. Me contó sus campañas en la manigua, jurando que ellos no querían mal a los españoles. Me cantaba guajiras con muy buen estilo. A falta de otro abrigo, me prestó un capote para dormir un poco más arropado que con la manta de munición. Lo de dormir era una fantasía, porque no nos dejaban las pulgas». Al negro sí le dejaban, gracias a su hamaca, que cedió a Lerroux cuando salió de la celda. O bien: «Me encontré en medio del arroyo a un viejo grande, alto, corpulento, en traje de presidiario, con una gran escoba en la mano (...) Era el *Niño de Brenes*, un bandido famoso, de los clásicos de Andalucía (...) (con) dos o tres cadenas perpetuas. Se había fugado varias veces. Ahora ya le consideraban muy viejo y no llevaba cadena, pero él no perdía la esperanza o hacía alarde de ello guiñando un ojo» [21].

Volvió a Toledo para estudiar por fin en la Academia. Su porvenir se aclaraba. Al costar los estudios más de lo que él podía permitirse, su hermano Arturo, que vivía con desahogo en Oviedo, prometió ayudarle. Pero Arturo era más *cabeza loca* que él, y la ayuda no llegaba. Desesperado, Alejandro marchó a Asturias y supo que aquél, tras reunir el dinero y viajar a Madrid para entregárselo, lo había jugado y perdido en el casino militar. El episodio retrataba al personaje, bebedor y pendenciero, fugado muy joven a la facción carlista, enemiga de cuanto defendía su liberal padre. Luego había hecho en poco tiempo la carrera militar (le contaron su experiencia carlista) y casado con un «buen partido» en Asturias. Así había resuelto su vida en dos maniobras afortunadas, tras lo cual se hizo masón y republicano. Y, en fin, acababa de arruinar también la carrera de Alejandro.

A golpe tan demoledor siguió otro no menos duro: al marchar a Oviedo, Lerroux fue declarado desertor, por corresponderle entrar en quintas pese a sus dos años de voluntario. Con todo, no parece resentido con su hermano<sup>[i]</sup>, causante de su doble infortunio. Resolvió eludir la ley, cambió su nombre y vivió dos años a trancas y barrancas, de Lugo a Madrid, como empleado de un fielato, vendedor de seguros o escribiendo en una revista de ese gremio, «sin más medios de vivir que aquellos que generalmente no dan suficiente para vivir».

« Pasé días sin comer y noches al sereno » . Hasta que el nacimiento, en 1886, de quien sería rey Alfonso XIII, dio lugar a un indulto y le volvió, al menos, a la vida legal<sup>[22]</sup>.

De su estado anímico por entonces da idea una anécdota sucedida en la plaza de Oriente. « En ese lugar meditaba yo un día tomando el sol, cuando acertó a sentarse a mi lado un joven de mi edad, poco más o menos. Pequeño, rubio, simpático, bien vestido. (...) A la media hora ya sabíamos el uno del otro que éramos dos golfos a punto de naufragar, mejor dicho, yo había naufragado ya » . El otro, catalán, pensaba suicidarse por « una aventura amorosa y un fracaso en la Bolsa » . Lerroux le salvó la vida. « Cenamos juntos en un restaurante modesto y empinamos el codo. Pagó él, porque yo no tenía con qué. (...) Era duro para la emoción, como suelen serlo los de su tierra, todo lo contrario que yo, pero mi sentimentalismo, mi fe en la vida, mi confianza en el porvenir, mi amistad que estallaba fulminante en presencia de aquella debilidad infantil que se creía varonil porque no le aterraba la muerte, le ablandaron, le enternecieron » <sup>[23]</sup>.

Por entonces entró en la masonería por motivos prácticos: por « la fraternidad entre los afiliados, juramentados para auxiliarse mutuamente. (...) Pensé que en aquella organización podía encontrar las relaciones o los medios de que carecía para dar empleo útil a mis actividades » . Y había pasado de perder la fe católica a un acerbo anticlericalismo<sup>[24]</sup>.

Tuvo posibilidad, pronto evaporada, de emigrar a Argentina. Años después, ya maduro, hubo de exiliarse un tiempo en aquel país, y entonces « comprendí cuán radicalmente habría cambiado el rumbo de mi vida si a la edad de veintidós años, lleno de vida, de ambición y de empuje hubiese podido trasladarme allí. Porque mi sueño dorado de la infancia había sido la carrera militar, pero desde que mi residencia de dos años en un pueblo de Castilla me aficionó a la vida del campo (...) mis secretas ambiciones eran tener hacienda (...) En la Argentina (...) pensé muchas veces que yo habría sido un gran estanciero, un gaucho de afición y un millonario fabuloso » <sup>[26]</sup>. En la realidad, el fracaso de su ambición militar le había colocado en el mejor puesto para terminar en pequeño delincuente o sumergido para siempre en el anonimato de algún oscuro empleo. Sin embargo, un giro del destino le empujaría al periodismo; y éste, a la política republicana.

Así viene a pintar Lerroux sus años mozos y a sí mismo: arriscado, sentimental y voluntarioso. Describe sin rencor sus lances y percances, que le dieron variopinta experiencia de la vida, aun si a costa de su formación intelectual.

Diferentes, por no decir opuestos, son los recuerdos infantiles y juveniles de

Niceto Alcalá-Zamora, que en sus *Memorias* dedica a ellos mucho menos espacio que Lerroux. Niceto vino al mundo en julio de 1877 en Priego, pueblo cordobés metido en un valle abundante en agua, de paisaje semejante a los de la verde Galicia. Le enorgullecía su linaje, «monárquico de izquierda» por parte de padre, y «republicano de orden» por parte de madre; en una palabra, «progresista». Tuvo un tío «cura demócrata, apasionado y conspirador, que como ayudante con sotana de Prim le ayudase a sublevar guarniciones y le enviase partes militares. Estuvo emigrado en Francia y perseguido en España para condenarlo a muerte. Votó con hábitos la libertad de cultos; el suyo fue el primer sufragio para la elección de don Amadeo; y obispo joven y revolucionario murió prematura y misteriosamente en Cebú», Filipinas; había buscado siempre «una reconciliación definitiva entre la libertad y la Iglesia». El padre era «tan fervoroso y sincero practicante del catolicismo en religión como de la libertad en política. (...) Inflexible ante la perversidad, compasivo para la desgracia», rasgos en los que el hijo quiso reconocerse; también en los de «cacique» local: «el protector más desinteresado que han conocido todos los cortijeros (...) Me legó con reiteración aquella tutela, (...) y para mostrarme que en su obsesión no había falseadas visiones de égloga, solía decirme, a fin de que no lo olvidara ni me desalentara al conocerlo, que eran en general aquellos protegidos malos e ingratos, pero que había el deber de compadecerlos, servirlos, favorecerlos y, en cuanto fuese posible, educarlos...[27].

Huérfano de madre a los dos años, el papel materno recayó en dos mujeres a las que cita con cariño: su tía madrina y la hija de ésta, una prima llamada Gloria Torres, quince años mayor que él, «mujer de clarísima inteligencia y de enérgica voluntad, para la cual, siempre soltera, fui como un hijo. Llamó riendo nietos a los míos y nuera a mi mujer, y sin avenirse a la inutilidad externa de una solterona, ha dicho alguna vez que cuidó el cuerpo y templó el alma de un hombre». Muerta la madrina cuatro años después, y huérfana la prima, los cuidados de ésta se distanciaron, y fueron complementados por los de la hermana mayor de Niceto, la cual «ejerció una maternidad infantil, inexperta y afectiva, la sola que había de conocer en su vida». También recuerda con profundo afecto a su padre, el cual «sintió desde muy pronto grandes ilusiones acerca de mi porvenir, que a mí me siguen pareciendo desmesuradas, aun después de haber rebasado con mucho los caprichos de la fortuna cuanto mi padre soñase para mí, que se quedaba cerca, pero a distancia de cuanto he sido» [28].

La familia había venido a menos, debido a «luchas políticas sin ventura; pleitos con razón y sin éxito», por lo que, afirma, «desperté al mundo en un hogar donde el cariño y la rectitud eran las solas esplendideces». Su padre «hubo de consagrarse con férrea tenacidad a criar esperanzas entre escaseces:

tres hijos y algunos olivares; todo gastos y horizontes de porvenir. Me crié con estrechez, aprendiendo a graduar el orden de las necesidades: lo primero salud, alimento, cultura y vivienda; todo lo demás, lujo sacrificable» A esos aprietos atribuye una influencia benéfica, pues sin ellos « no hubiera adquirido los hábitos de sobriedad y de modestia, que me han preparado a soportar la adversidad inicua con resignación, después de haber llegado a la cumbre del poder y al esplendor de la fortuna». En efecto, la república que aquel verano del año 30 preparaba con los otros conspiradores, iba a ofrecerle el encumbramiento junto con amarguras extremas. Aunque no tantas, quizá, como a Azaña o a Lerroux<sup>[29]</sup>.

Si los años mozos de Alejandro transcurrieron entre la aventura, la picaresca y la angustia por el porvenir, Niceto encontró desde el principio un cauce recto y a su gusto. Sus familiares habían pensado educarlo en Bélgica, Francia o Alemania, pero la falta de recursos le obligó a quedar en Priego y a estudiar no en colegio, sino en casa, « casi del todo autodidacto, pero no solitario», porque su adelanto sobre los niños y los mozos de su edad y aun mayores, le permitió dedicarse « a la abnegada tarea de maestro totalmente gratuito de muchos jóvenes que estudiaban bachillerato y derecho (...) Desde los diez años tuve discípulos (...) La vida singularmente combinada de autodidacto y de profesor precoz ha ido dejando huellas en mi alma. De ahí quizás arranque mi afición por la cultura general; mi prevención recelosa contra la especialización exagerada; mi confianza en los valores y en los influjos espirituales como apoyo y medio para ejercer la autoridad». Su integración en el ambiente familiar, su agradecimiento y ufanía por la educación recibida saltan a la vista, y él muestra la mayor satisfacción por sus logros de estudiante y por sus dotes intelectuales, entre ellas una memoria fuera de lo común, y que fueron apreciadas por cuantos de niño le trataron<sup>[30]</sup>.

Sus recuerdos de infancia parecen sinceramente felices. Iba a examinarse a la cercana población de Cabra: « La ida al amanecer lleno de esperanzas, recorriendo olivares en flor, campos cercanos a la siega, sierras aún no agostadas; la vuelta colmado de alegría ante la frescura suave de la noche iniciada». Como a Lerroux, le atraía el agro: « De esa vida frecuente del campo, no estimulada por el gusto de la caza, he formado mi afición al trabajo que me ha hecho recoger por mis manos más fanegas de aceitunas que pleitos he despachado. (...) Ha quedado en mí el amor al campo en cuanto tiene de naturaleza: el ambiente, el paisaje y el cultivo». Tenía excelente salud, prácticamente nunca estuvo en cama<sup>[31]</sup>.

« Terminé el bachillerato con esa monótona brillantez de buen estudiante que acaba por parecer mate a fuerza de la uniformidad sin desniveles entre las distintas asignaturas», de las cuales prefería « el latín, el álgebra y la botánica» .

Le gustaba leer la Biblia en latín. A la hora de elegir carrera prefirió las matemáticas y las ciencias naturales, pero entonces su hermano mayor cayó enfermo, absorbiendo su cuidado los medios que hubieran permitido a Niceto estudiar fuera. El hermano, sin duda muy diferente a él, «había seguido fuera de casa y del pueblo aun sus primeras letras; y en la holgura que ello le permitiera había comprometido entre desordenada existencia su salud». Quizá se pareciera a aquel tumultuoso hermano de Lerroux, pero en todo caso no despertó la menor admiración en Niceto, que en la ocasión ni lo cita por su nombre. Así, hubo de estudiar Derecho, lo que podía hacer sin asistir a la universidad. «Fui sin vocación abogado y no he podido quejarme de la profesión que me impuso el destino, y que la fortuna no habría igualado en ninguna otra» [32].

A finales de siglo, con 20 años, fue a hacer su doctorado a un Madrid «con esplendores de ensanche urbano y con signos de decadencia nacional. Aún con mezcla de clases sin odio, que se apretaban en los tranvías de encuarde, donde la mano del cobrador, al alargar los billetes, rozaba tantas chisteras como gorras. Un Madrid noctámbulo, que empezaba las horas de oficina con luz artificial; castizo y elegante que cubría con la capa el frac sin deformarlo; alegre y confiado como la ciudad de que hablaría Benavente». En la capital, su padre le presentó a personajes que pudieran protegerle, y que revelan la calidad de las relaciones conservadas por su familia: Moret, ex ministro y futuro jefe de gobierno, que también tendría que ver con Lerroux; Sánchez- Juárez, auditor del tribunal eclesiástico de la Rota y futuro obispo de Almería; y la condesa de Mirasol, palatina y aya de la infanta María Teresa. La condesa tenía una tertulia en el palacio real, que Niceto frecuentó, oyendo de la señora juicios «rectos y certeros». Entre ellos se le grabó uno: «antes de venir aquí, a palacio —me dijo un día—, creía que las grandes pasiones dueñas del mundo eran otras: el amor, la gloria, la piedad... quizás el odio mismo; no, no; es la envidia» [33].

Como doctorando, Alcalá-Zamora siguió cosechando laureles. El ilustre jurista Gumersindo de Azcárate reinaba en el claustro, y con él entabló amistad. «Mi admiración hacia Azcárate estuvo siempre mezclada a una inmensa gratitud. Permitted jubiloso, y por excepción rara, que en su clase me aplaudiesen con entusiasmo los compañeros; y escribió con tal motivo a mi padre una carta que éste conservaba como en vitrina». Con 21 años ganó el premio extraordinario de doctorado, entonces único en cada facultad, y pocos meses después, al cumplir los 22, sacaba con el número uno la oposición al Consejo de Estado, que le abría amplias puertas a una carrera profesional y política [34].

Así se retrata Alcalá-Zamora, orgulloso de sus éxitos y de su rectitud de carácter.

La adolescencia de Manuel Azaña difirió radicalmente de la de los otros dos. A ella dedicó una memoria novelada: *El jardín de los frailes*, narración de su estancia en el colegio de los monjes agustinos de El Escorial, adonde fue a los 14 años, a prepararse para estudiar Derecho. «Sólo sé que estudiar leyes me parecía el suicidio de mi vocación. El tiempo sólo a medias me ha desmentido. Las novelas de Verne, de Reid, de Cooper, devoradas en la melancólica soledad de una casona de pueblo ensombrecida por tantas muertes, despertaron en mí una sed de aventuras furiosa. La primera vez que me asomé al Cantábrico y vi un barco de verdad casi desfallecí de gozo». Sus aventuras serían sólo interiores<sup>[35]</sup>.

Lo que en Alcalá-Zamora es satisfacción con su ambiente y crianza, o en Lerroux remembranza cálida y básicamente alegre, se vuelve en Azaña decepción, supuración de alguna temprana y honda herida. A los nueve años perdía a su madre, a los diez a su padre, y entre ambas muertes ocurrió la de su abuelo. Tan rápida sucesión de desgracias hubo de traerle una gran soledad y la inseguridad que sucesos tales suelen producir en los niños, agravada por una hipersensibilidad nata: «Aridez, turbulencia, grosería en el colegio; lóbrega orfandad en casa. Un espíritu tierno, como de niño, ambicioso de amor, empieza luego a tejer un capullo donde encerrarse con lo mejor de su vida, con todas esas apetencias, generosas o no, pero fervientes, que el mundo desconoce y pisotea». Por tanto, «amaba poco a las personas. Se me antojaba hostil su proceder». «Amaba mucho las cosas; casi nada a los prójimos». De su padre, que tenía una amante a quien quiso dejar en usufructo su fortuna, habla con reprimida acritud: «Ha jugado a destrozar la vida, como destroza sus juguetes un niño». ¿La vida de quién?<sup>[36]</sup>.

Al igual que la familia de Alcalá-Zamora, la de Azaña había intervenido en política, y su padre y su abuelo habían tenido autoridad en Alcalá de Henares. Su tradición era de liberalismo en general moderado, no especialmente religioso y a ratos anticlerical, tal vez republicano su abuelo.

Siendo de familia rica, Manuel, nacido en enero de 1880, tuvo su instrucción garantizada y, como Niceto, descolló en los estudios: «Debí de parecer, siendo estudiante, caso mortal: desparpajo, prontitud, lucimiento alegre. En las degollinas de fin de curso (...) yo era de los dos o tres que se salvaban y me salvaba con gloria»; sin embargo, lejos de manifestar orgullo, declara sus éxitos «con rubor». No rememora con más agrado el tiempo de las amistades juveniles: «Hay que ser un bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil. Por punto general, entre escolares, los instintos bestiales salen al exterior en oleadas y so pretexto de compañerismo allanan las barreras que para

hacer posible la vida en sociedad erige la educación. Una masa de estudiantes degenera velozmente en turba, ligada por la bajeza común. Todo hombre que no esté atacado de futilidad incurable y aspire a formarse en el curso de la vida una conciencia noble, no hace sino emanciparse de aquella necesidad primaria, que cuando más es, no rebasa el nivel de la licencia chabacana y sin sentido. Muchas gentes acarician las memorias de sus años estudiantiles, ponderan su dulzor y vuelven hacia ellos los ojos tiernamente, pensando que fueron la edad de oro de su vida. Es aberración del entendimiento, a no ser que los tales hayan arribado a situación más aflictiva, por ejemplo; a presidiarios». Su desdén tiene acaso algo de pose, pero también las poses tienen su verdad peculiar [37].

El «desparpajo» y el exterior «alegre» del adolescente ocultaban un tormento interior: «Y entonces empieza el amarse a sí mismo con monstruoso amor, macerado en la soledad, y el zambullirse, culpable la conciencia, en el deleite de los ensueños. Porque toda la maleza que en tal sazón vamos viendo crecer y tupirse es sin duda el desorden, es el mal, es lo prohibido, lo vergonzoso y recóndito de que no se debe hablar. O acaso los demás no están dañados y uno es el caso insólito: un monstruo. ¡Qué fardo ha creído uno llevar o más bien ha llevado realmente sobre sí en la que llaman edad dichosa!». «Los maestros preguntan de historia, de física, de agronomía...; pero de ese laberinto en que el mozo se aventura a tientas, con pavor y codicia del misterio, nunca» [38].

¿A qué se refiere? En parte, claro, a la sexualidad, tan obsesionante a esas edades y cuyas manifestaciones groseras le repugnaban: «Propensos a echárnoslas de hombres avezados, no había más cabal signo de hombría que el aventajarse en experiencia sexual. El erotismo exacerbado por el encierro atenazaba la imaginación, apartándola de todo otro cebo, y el colegio brincaba animalmente, azuzado por la brama. La insurrección de la carne alumbraba siempre aquel vivir, incluso cuando se triunfaba de ella; la conciencia religiosa se iba formando en esa lucha; lo que nos atosigaba no eran dudas teológicas; y ciertas formas de religiosidad exaltada y duras penitencias y mortificaciones de que hubo noticia no estaban en lo hondo limpias de fermentos de lujuria». Menciona a «un madrileño de sangre azul que llegó de Inglaterra, donde se había educado, sin saber articular dos palabras en castellano y cándido como una paloma. Tenía dieciocho años. En muy pocos días aprendió a emborracharse y a blasfemar como el más terne y a jactarse de la suciedad de sus nuevas costumbres» [39].

Por lo mismo que dice avergonzarle su éxito escolar, es nula su gratitud a los frailes que le enseñaron, con quienes se ensaña en caricaturas de buena factura literaria: «Encaramado en la tribuna, un fraile joven, quebrado de color, escuálido, de boca rasgada y dientes desiguales, nariz aguilena y ojos saltones entreverados de sangre, daba suelta a su alocución caudalosa. De voz insegura,

tan pronto ronquilla y velada como chillona y metálica, entre gallos y rociadas de saliva, con el tropel de palabras que le salía de la boca se trompicaba. Era el padre Blanco, uno de los brotes más lozanos que ha dado en nuestra época el añoso tronco agustino (...) Teníanle los suyos por crítico literario de primer orden (...) Dentro y fuera de las clases era el padre Blanco parlanchín y burlón (...) Andaba casi a brincos, cada ademán, una sacudida. Empezaba a toser; ardía en sus pupilas la calentura (...) Su *Historia*, que nunca nos dieron a leer, no vale tanto como pensaban». Era una historia de la literatura española del siglo XIX, muy estimable en opinión de Juan Valera. O bien, «Cúpole iniciarnos en el tomismo a un padre montañés de poca talla, locuaz en demasía, un tantico suspicaz y marrullero (...) Era mejor jinete que metafísico (...) Comentarios sobre los méritos y gracia de la yegua entreveraban (no siempre ha de estar el arco tenso, recomienda Esopo) la clase de metafísica. Servía de comodín a la hermenéutica» [40].

Al parecer, Lerroux perdió sin trauma la fe católica, mientras que Alcalá-Zamora permaneció siempre fiel a ella. En cambio, el abandono de la fe resultó para Azaña una vivencia dramática. Su espíritu le imponía la «niñería de la pureza absoluta, del rigor intransigente que pedía mi lógica destructora (...) De ese pensamiento vino mi repugnancia por la medianía y el susto de un fraile oyédome decir con heroísmo desesperado que prefería condenarme desde ahora a ir todos los meses, por reglamento, a confesar los mismos pecados». Rigor tal llegó a mitigarse: «Entre el infierno del réprobo y la vocación del mártir admití la realidad humana de vivir a trancos, como se puede, cayendo aquí para levantarse allá; en fin, en un alma de niño despótico, inexorable, se insinuaba la misericordia». Para concluir en abierta rebeldía, invocando la razón: «religión y paisaje se me tornaron hostiles (...) El antiguo fervor pavoroso me indujo a repulsión. Apenas el orgullo descubrió que obedecía, se negó a obedecer más. La exasperante evidencia de mi razón contra todos quebró la base de la disciplina, antepuso la absurdidad del colegio, su orden inhumano (...) Me juré soltar aquellos lazos» [41].

En su novela, la ruptura se consuma al morir un condiscípulo: «Se proveyó al trasiego de un ánima de este mundo al otro. En la galería baja hallé una procesión fúnebre (...) El fraile, entornados los párpados, iniciaba la jaculatoria: ¡*Christus...!* Seguíase un grueso mosconeo de rezo múltiple, adelgazado poco a poco hasta una sola voz que profería distintamente las últimas sílabas (...) ... *in vitam aeternam amen*, se oyó decir clara y blandamente en la celda. Sintiendo correr la sangre por mis venas, todo yo fosco y reacio a la pompa circunstante, percibí horrorizado que mi aversión, al espesarse, apenas daba curso a un hilo de lástima hacia el moribundo (...) Anochecido, el fraile que iba llamándonos a confesar se quedó boquiabierto en el umbral de la redacción. El humo le hizo

guiñar los ojos y toser. ‘¿No habéis oído la campana?’. Voces discordantes le respondieron con un estribillo de zarzuela (...). Miró las botellas, el estrago en los muebles. ‘¡Están todos borrachos! (...) ¿No les da vergüenza? Mañana se ofrece una comunión por que se salve su compañero. Anden a confesar (...) Ve a la capilla’, me dijo amistosamente. ‘No me confieso’. ‘¿Qué te ocurre?’. ‘¡Que no me confieso!’. El tono colérico de mi repulsa quería ser insultante. Retraído en la celda, levanté cuanto pude el temple de mi rencor...» [42].

Al final del libro, un Azaña cuarentón vuelve por el lugar y, en confidencias con un antiguo profesor, le cuenta cómo persiste su «ánimo de inquisidor o sectario contra las potencias rebeldes al despotismo de la mente: salvo que a nadie persigo, fuera de mí, aplicándome a sembrar de sal la tierra fértil». «La soberbia te ciega más que nunca —replica el fraile— (...) El combate con el ángel te salvaría». Y Azaña: «Desde el nacer, me acompaña un personaje, que no debe de ser un ángel, rezongando de continuo, descontento de mí como si yo pudiese darle mejor vida, sin acabar de decirme quién es ni qué pretende (...) Matarlo sería un placer y no puedo. (...) Es un monstruo. Sólo se me alcanza ponerlo en ridículo». «Dios haga que escuches al monstruo y seas un día nuestro hijo pródigo», concluye en la novela su interlocutor [j] [43].

Un año después de la reunión del Ateneo, en un discurso que lo catapultaría a su mayor gloria, declaraba el alcaláino: «La experiencia cristiana, señores diputados, es una cosa terrible, y sólo se puede tratar en serio; el que no la conozca que deje el Evangelio en su alacena y que no lo lea; pero Renan lo ha dicho: ‘Los que salen del santuario son más certeros en sus golpes que los que nunca han entrado en él’» [k]. Y afirmó que España había dejado de ser católica y propugnó la disolución de la orden jesuítica. El problema religioso sería crucial en la república que pensaban imponer aquella «tarde soñolienta» de agosto de 1930 [44].

El tránsito de la adolescencia a la juventud fue en Manuel Azaña una ruptura grandiosa, de gran violencia emocional: «Leí en el horizonte —neblinas de rosa, borrones de humo negro, chispazos de caserío— señales de Madrid. Allá era el comienzo de la vida. Barruntaba el mayor hechizo. En tal punto las promesas juveniles alardearon, tan fastuosas y bellas que excedían al ensueño (...) Todo sería descubrimiento y creación. Me adelanté a vivir en un relámpago fugaz, profundo, la juventud cabal (...) ¡Oh fascinante apocalipsis! ¡Oh posesión anticipada! ¡Qué insolente clarinazo pregona el reto de la mocedad al borrascoso futuro! Mocedad injuriosa para el prójimo, cómo venciste a la simpatía, y ardiendo —a tu entender— en heroísmo maltrataste a la justicia. Triunfó, de la compasión, de la piedad. ¿Qué valdría el dolor, no sintiéndolo yo, o un acabamiento, si yo empezaba? Allá los que hubieran marrado el blanco de la vida, los que el tiempo troncharía delante de mí, abriéndome plaza, cuantos

reciben el sol de espaldas: la madurez entrecana, la senectud aprensiva de la muerte, buscasen en su importante gravedad consuelo de no ser jóvenes. Merecían sólo desprecio. Ni siquiera les fue dado columbrar la tierra de promisión: llegando en la plenitud de los tiempos, me tocaba dominarla. ¿Alguien arrostraría mi fuerza, poniéndose a caer del balcón al mar?» [45].

¡Tres personajes en verdad distintos entre sí! Ante todo, Lerroux con respecto a los otros. Llevaba 13 años a Alcalá-Zamora y 15 a Azaña, distancia generacional aumentada por el carácter. El primero venía a ser hombre de acción, salido del pueblo; los otros más bien intelectuales. Aquél tuvo más variada experiencia de la vida, y conoció la estrechez y hasta la miseria, ajenas a sus compañeros. Don Niceto tenía mucho en común con don Manuel, tanto por edad, como por formación, medio social y tradición política familiar. Ambos disfrutaron de una buena instrucción y sobresalieron en sus estudios, que fueron de Derecho. Si bien esas semejanzas generales escondían diferencias de personalidad muy acusadas. También en lo físico diferían llamativamente. Azaña era más bien alto, de cabeza y cara grandes, aspecto fofo y vagamente plácido. En la mayoría de las fotografías su rostro aparece poco expresivo, con la mirada algo perdida. Alcalá-Zamora era delgado, de aspecto nervioso, estatura mediana y piel atezada. Su mirada sugiere cierta obstinación y desconfianza, en unas facciones de aire más bien afable. Lerroux, de estatura media, porte erguido y complexión fuerte, da en muchas fotos impresión de ser algo irritable y aparatoso, resto quizá del temple luchador de la juventud<sup>[1]</sup>.

Los tres personajes se retratan muy bien en sus memorias. Azaña, al prologar su *Jardín*, escribe: «He puesto el mayor conato en ser leal a mi asunto, respetando, a costa de mi amor propio, los sentimientos de un mozo de quince a veinte años y el inhábil baluceo de su pensar; en tal cruce de corrientes y tensión que en otro espíritu pudieran mover un giro trágico». Pero en esa pintura juvenil se reconoce, como en una profecía, al Azaña mayor y político: fuerte impulso espiritual junto a un concepto excesivo de la propia superioridad, alimento de un desdén omnipresente por casi todo el mundo. Convicción de superioridad apreciable asimismo en Alcalá-Zamora, aunque en éste deriva no en desprecio abierto, sino en dudosa piedad: aspira a beneficiar, a educar a quienes le rodean, cuya maldad e ingratitud comprende bien, no obstante. Este espíritu empapa las memorias y actuación posterior del político de Priego, quien había de considerarse, al igual que el alcaláino, indispensable para la buena marcha de la república. Lerroux, más modesto y generoso, muestra menor preparación intelectual, diana de muchos dardos que sin duda le creaban un sentimiento de inferioridad, bien visible cuanto más reitera sus dotes naturales de líder y su carácter voluntarioso.

Otro dato clave en el autorretrato es la llegada a Madrid, meta del joven

ambicioso en la política o la literatura, y que marca en los tres un paso decisivo. El de Priego arriba a la capital en una continuidad feliz de sus apetencias y preparación. En el alcaláino, Madrid simboliza una ruptura tajante con el pasado y una descarga de esperanzas exaltadas. El frustrado militar aterriza desorientado y perseguido, al borde del naufragio.

Si el estilo es el hombre, *El jardín de los frailes* suena escueto, como escurrido en los detalles y barroco en el conjunto. Obra intensamente poética a ratos, a ratos monótona, en cierto modo filosófica, constituye una profunda introspección, muy notable y rara en la literatura española, poco dada a tales gimnasias. Como testimonio de la realidad no pasa de caricatura, pero como pintura del paisaje interno del autor da impresión de veracidad: no sólo sincera, también penetrante. Es una especie de *Confesiones* al revés: Azaña no asume el sentimiento de culpa que con evidencia le tortura, sino que lo proyecta con furia sorda sobre los demás y sobre lo demás: los frailes, la enseñanza, la religión, el edificio mismo del monasterio, la historia de España. Todo lo niega, y sufre la angustia vertiendo, asegura, no «lágrimas de mozo desvalido, goloso de su llanto, pero lágrimas acerbas, de iracundia viril» [46]. Su denodado esfuerzo de lucidez choca con un subjetivismo orgulloso y triunfante. Admite posible injusticia en sus juicios y alardea de una soberbia irrenunciable.

Menos complicado aparece don Niceto, hombre sin vocación literaria, pero sí, finalmente, política y jurídica, y que si atravesó crisis semejantes, no ha querido dejar traza de ellas en sus textos. «Yo escribo pensando ante todo en lectores íntimos a los cuales interese mi vida, no del todo vulgar y corriente» [47]; pero esos íntimos quedarían defraudados si esperasen intimidades, bien porque él haya sido un alma sólida, libre de los llamados complejos y traumas, o por otra causa. Cultivador de una actitud estoica, ni siquiera deja huellas en sus páginas el dolor, que tuvo que ser muy grande, por la muerte de hijos suyos. Su tema es su vida profesional y política, con exclusividad; así como Azaña caricaturiza su entorno, Alcalá-Zamora apenas le dedica espacio: nos sería difícil discernir los rasgos del mundo circundante. Todo ello con un estilo de frases largas y «encabalgadas», con sintaxis de reminiscencias latinas cuyo sentido se hace en ocasiones oscuro.

Lerroux ofrece un retrato algo convencional de sí mismo, en estilo ocasionalmente patético, ampuloso o cursi, con un sabor folletinesco tomado probablemente de sus desordenadas lecturas juveniles. También resulta ameno y revela notable talento descriptivo, trato con los clásicos españoles y penetración psicológica. Escribe sin rencor, a veces con ánimo conciliatorio que puede restarle veracidad. Más extrovertido que los otros, se reconoce «enamorado de su historia», y confiesa sus «pecados» con gracia y restándoles importancia. Sus *Memorias* tienen otro valor, menos perceptible en las de sus compañeros,

como documento de la vida social y las actitudes populares y de las clases medias en la España de entonces.

## Capítulo II

### LA MARCA DEL 98

Si en carácter, formación y actitud ante la vida diferían tan marcadamente los tres personajes, no menos distintas serían sus peripecias juveniles y de madurez que, no obstante, habían de conducirles a una común empresa de tan gran aliento como la que planeaban en aquel año 1930.

Azaña y Alcalá-Zamora entraron en la vida adulta en torno a 1898, cuando la desastrosa guerra con Estados Unidos, que llevó a la pérdida de las últimas colonias hispanas en América y Asia. Al comenzar dicho año era España un país en cierto modo convaleciente de su historia en el siglo XIX. Comparada con la época anterior, la Restauración fue un oasis de paz, pero sólo en esa comparación. Aún persistieron guerrillas carlistas, pronunciamientos militares republicanos en 1883 y 1886, y luego el terrorismo anarquista y una agotadora guerra de guerrillas en las colonias<sup>[a]</sup>. El sistema de la Restauración, implantado en 1875, consistía en un parlamentarismo basado en dos partidos, Liberal y Conservador, que se turnaban en el poder. El rey otorgaba su confianza a un partido y éste organizaba las elecciones, y las ganaba con un grado de fraude. El partido perdedor lo aceptaba porque sabía que en breve le tocaría a él mandar. Los aparatos partidistas consistían en una red de «caciques» locales que, a cambio de favores y gestiones oficiales, recibían los votos de clientelas despolitizadas. Esto no cambió al establecerse el sufragio universal, en 1890, en un país mayoritariamente rural, y analfabeto. Situaciones similares las habían pasado o pasaban otras muchas sociedades europeas o los Estados Unidos<sup>[b]</sup>. El sistema debía su estabilidad a que realmente representaba a las «fuerzas vivas», es decir, a la mayoría de los reducidos núcleos politizados del país. Pero, aunque en proceso de recuperación, España seguía hartamente débil a principios de siglo, y el ataque norteamericano ocurría en circunstancias propicias para el agresor<sup>[c]</sup>.

Las consecuencias materiales de la derrota fueron escasas y hasta favorables: fin de la sangría cubana en hombres y dinero, y repatriación de capitales. La recuperación económica y cultural se aceleró. En los diez años siguientes se multiplicaron por cuatro las obras hidráulicas y la construcción de buques mercantes, y la escuadra destruida fue repuesta con barcos más modernos; se creó el Ministerio de Instrucción Pública, cuadruplicándose su gasto

entre 1902 y 1912, el analfabetismo bajó del 50%<sup>[d]</sup>, y la educación superior mejoró, con productiva rivalidad entre los centros oficiales y la Institución Libre de Enseñanza; fueron promulgadas las primeras leyes obreristas y se creó un Instituto de Reformas Sociales para estudiar nuevas iniciativas. Etcétera<sup>[3]</sup>. Y se hizo evidente la necesidad de reforma política para asentar el régimen. Pero, por otra parte, el choque moral del *Desastre* agrietó profundamente al país. La autoestima colectiva sufrió un revolcón, en medio de una ola de pesimismo y autodesprecio.

Consigna de la época fue la « europeización de España », con visión algo simplista de *Europa*, por lo común limitada a Francia, cuyos aspectos brillantes solían compararse, ilógicamente, con los sombríos del propio país. Lo expresará el filósofo Ortega y Gasset en su dicho « España es el problema y Europa la solución », frase que, si tiene algún sentido, indica que no cabía esperar gran cosa de la primera. La « europeización » reflejaba también el optimismo del nuevo siglo. El antropólogo Julio Caro Baraja recordaba en un artículo cómo los viejos decían de los niños de entonces, con melancólica envidia: « ¡Éstos verán las maravillas del siglo XX! ». Europeizándose accedería el país a esas maravillas, un avance indefinido de los prodigios técnicos, una humanidad rica y educada correctamente, de conducta razonable, sin guerras; etc. En más de un aspecto las ilusiones de la nueva era recordaban el « despotismo democrático » sobre el que alertaba Tocqueville, una « servidumbre reglamentada, apacible y benigna », bajo un poder tutelar encargado de la felicidad de los ciudadanos, semejante a « la autoridad paterna si, como ella, tuviera por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, por el contrario, no persigue más objeto que fijarlos irrevocablemente en la infancia »<sup>[e]</sup> [5].

Tomó vuelo el regeneracionismo de Costa, que denunciaba los males patrios, recelaba del liberalismo y pedía drásticos remedios. Otros daban por vana la empresa modernizadora: la nación no tenía cura. Así varios de los luego incluidos en la Generación del 98, tan valiosa en literatura como fútil en política. Baroja dijo de Maeztu: « él siente la necesidad de la regeneración de la patria, anhelo de que la patria sea grande y próspera, y nosotros, la mayoría, no sentimos ni esa necesidad ni ese anhelo » [6].

Junto al acibar regeneracionista y el descrédito del estado, al calor del 98 cobraron ímpetu los nacionalismos periféricos, en especial el catalán y el vasco, con intención, unos, de anular el proceso centralizador llevado a cabo por los liberales en el siglo XIX, y, otros, de romper la unidad española; cundieron también el obrerismo revolucionario, el anticlericalismo y el antimilitarismo. Ninguna de esas corrientes logró, en España, elaborar un pensamiento propio o coherente, y, un tanto apocalípticas en sus denuncias, pasaban por alto la recuperación material que se producía ante sus ojos, incapaciéndose para

sacarle partido. No obstante, pasaron a configurarse como fuerzas que imprimirán su sello de hierro al primer tercio del siglo XX.

Responde, pues, a la verdad el tópico de que el 98 marcó a la generación joven de aquellos años. Azaña reaccionó ante el *Desastre* con sarcasmo, cóctel de amargura y frivolidad, pero sin análisis. Así lo pintará en *El jardín de los frailes*: « El enemigo se guardaría de ponerse a nuestro alcance en tierra. En la mar usaríamos el corso (...). La misma Inglaterra que entrase en la lid con su enorme flota, temblaría de los corsarios de España. Nos persuadíamos que España había cosechado sus mejores lauros en ese género de guerra. Allá las grandes potencias anduviesen fatigando el mar con gravosas máquinas acorazadas: llegaría el intrépido español en sus ligeros barcos y a fuerza de ingenio y sutileza burlaría a los sesudos almirantes inexpertos, ganando el prezo ». “Un general (...) leyó el telegrama de Manila: ‘Salgo con escuadra tomar posiciones en busca del enemigo’. Vítores. Aplausos. Temblaban las mejillas del fraile. A diestro y siniestro barría la barba del metafísico un plato de fresas, sacando en los pelos chispas de escarlata. Oímos en el teatro hasta las altas horas cantar jotas berroqueñas». Sabida la derrota, la mofa toma pie de una escena de burdel: « los colegiales, desorientados un poco, no se compungieron. Quedaban cartas por jugar; y alegría impertérrita en el solaz cotidiano: ‘Tú, Paca, eres una metrópoli que tiraniza a sus colonias ansiosas de emanciparse’ decía el más político, mirando a las huéspedes» y hablando a la *madame*<sup>[7]</sup>.

Alcalá-Zamora lo sintió de otro modo: « Fue precisamente en ese año, cuando yo (...) me enfrentaba con el rumbo de la vida, (...) la terrible y dolorosa sacudida espiritual de ésta al presenciar el derrumbamiento de mis ilusiones patrióticas. Encontré para mi tristeza inesperado y providencial consuelo al ir a despedirme de Moret. Éste, que vio clara mi amargura, me alentó briosamente con su fe en la indestructible vitalidad de España y lo perenne de sus destinos, que resurgirían (...) Para mí aquel consuelo autorizado, que venía de tan alto, fue inestimable. No llegó, sin embargo, a hacerme olvidar la realidad, con la que acabábamos de dar tan tremendo choque. Con reflexión amargada comprendí que por crueldades del destino me había tocado vivir en una época de decadencia; y que el ingrato deber de mi generación era conservar los ideales de la patria sin comprometer a ésta en nuevas aventuras exteriores, legando la posibilidad intacta de realizar aquéllas a otras generaciones, que no conocería y cuya misión nos tocaba preparar sin tibieza, locura ni envidia»<sup>[8]</sup>.

Al revés que los anteriores, Lerroux llegaba al 98 con una ajetreada vida a sus espaldas. Al borde del naufragio doce años atrás, su facilidad con la pluma le había salvado<sup>[4]</sup>. El periodismo solía ser oficio bronco, salpicado de duelos o

«lances de honor» y procesos por injurias y calumnias. Los diarios, a menudo órganos de grupos políticos, redondeaban sus finanzas chantajeando a los personajes públicos, cobrando de los *fondos de reptiles* del gobierno, y otras triquiñuelas. Muchos periódicos tenían un director de paja, pagado para pechar con las consecuencias penales, mientras seguía el director *de facto*. Eran típicas las campañas contra la corrupción pública, siempre que los supuestos culpables fuesen enemigos políticos. Estos rasgos de la profesión estaban muy extendidos en casi todo el mundo<sup>[9]</sup>.

Lerroux debió de pensar que aquel oficio, trenzado de arrojo personal, picaresca y política, le ofrecía una salida. En 1888 había entrado en el diario republicano *El País*, suceso clave en su hasta entonces desafortunada vida. Propiedad de Antonio Catena, empresario inescrupuloso cuya fortuna manaba en parte de garitos de juego, el diario usaba un lenguaje desinhibido contra la Restauración: «Gangrena monárquica», «El festín de los Judas», «El triunfo del mal», «Sin honor y sin vergüenza», «Una sociedad podrida», «El caos», «Orgía repugnante, embriaguez asquerosa», «Nos hundimos», etc. Aborrecía «las medias tintas» y buscaba «la protesta revolucionaria permanente». Francisco Ferrer Guardia, futuro mártir de la «Semana Trágica» barcelonesa, escribía: «la revolución tiene que ser sangrienta, ferozmente sangrienta». «No importa que se haga precisa la efusión de sangre. Si ha de salir de ahí la purificación de las conciencias, que corra a torrentes». Ecos de la Revolución Francesa. Ferrer y Lerroux trabaron amistad y fundaron una sociedad secreta, de corta vida: «No pedimos más que 300 héroes (...) hombres de buena voluntad dispuestos a sacrificarse (...) En las luchas de principios el triunfo lo justifica todo». «¡Compañeros de degradación, de miseria y de ignominia! Si sois hombres, escuchad (...) ¡Viva la revolución exterminadora de todos los explotadores! ¡Viva la revolución vengadora de todas las injusticias!». Ferrer sufriría en 1904 una especie de atentado terrorista a manos de su primera esposa, que le malherió de tres tiros, por desavenencias conyugales<sup>[10]</sup>.

*El País* ganó fama como «periódico de duelistas y de matones», que Lerroux no desmintió. Al contrario, sostuvo no menos de siete lances de honor, y venció en la mayoría. Sus audacias le auparon a director de paja, «a efectos penales», a los cinco años de entrar en el periódico, y a director efectivo dos años más tarde, tras dura pugna con su predecesor en el cargo. Hasta montó un salón de esgrima en la redacción, aunque a partir de su ascenso esquivó los desafíos. Junto a todo ello, en el diario escribían numerosos escritores que despuntaban, como *Clarín*, Unamuno, *Azorín*, Valle-Inclán, Baroja o Maeztu, el grueso de la célebre «Generación del 98». Lerroux mostró siempre orgullo por haber sabido atraérselos<sup>[11]</sup>.

En ese período falleció su padre, en 1894, y poco después él se casó, con

treinta años: « El matrimonio es siempre una aventura, pero la vida entera lo es y solamente los egoístas, los holgazanes y los cobardes retroceden ante ella» [12]. Desde luego, él no retrocedía. Su diario constituía un foco permanente de agitación callejera y escándalos, y Lerroux hubo de huir de la justicia más de una vez, ocultándose en Sagra, pueblo de Alicante, o exiliándose en Biarritz, y acogiendo luego a los indultos habituales.

No menos estruendo armaban las disputas entre periódicos republicanos, de magra sustancia doctrinal compensada con el oreo de trapos sucios y andanadas de injurias, a menudo ingeniosas o divertidas. Hundida la I República, sus partidarios se habían fraccionado en no menos de cinco tendencias reñidas entre sí, aparte las riñas internas de cada una. De su descrédito da idea un dicho, recogido por Lerroux: « No todos los republicanos son canallas, pero todos los canallas se proclaman republicanos» . El partido más activo, el Progresista, del exiliado Ruiz Zorrilla, empleaba sus energías en organizar pronunciamientos militares y había logrado en 1886 la rebelión del general Villacampa, desbaratada enseguida. En 1895 Lerroux entró en la dirección del Partido Progresista, cuyo jefe falleció ese mismo año, dando lugar a encarnizadas peleas por la sucesión.

Para 1898, Lerroux había abandonado *El País*, por disputas con Catena, y fundado *El Progreso*, en el cual lanzó meses antes del *Desastre* una tumultuosa campaña por la revisión del juicio a unos anarquistas acusados de un sanguinario atentado contra una procesión<sup>[h]</sup>. Inspirándose probablemente en el *affaire Dreyfus* que esos días movilizaba en Francia a la intelectualidad y apasionaba al público, Lerroux apoyó a los anarquistas con prosa incendiaria: « fue el padre de una literatura periodística audaz e insolentísima que tuvo luego muchos imitadores» , constata el escritor Ciges Aparicio<sup>[13]</sup>. Pero la guerra de aquel año oscureció la campaña sobre Montjuich, y los intelectuales, al revés que en Francia, apenas actuaron, por inseguridad o desconfianza del asunto.

El *Desastre* encontró a Lerroux con 34 años y sus memorias apenas hablan de « la guerra estúpida con los Estados Unidos» . Por entonces él dirigía desde *El Progreso* « una violenta campaña contra el Gobierno y la Monarquía, en relación con la guerra y la derrota» , por la cual, suspendidas las garantías constitucionales, fue encarcelado y se le siguieron ocho consejos de guerra con condenas totales que no podría cumplir en todo lo que le quedase de vida. En prisión concibió esperanzas, pues « nadie se figuraba que la catástrofe nacional resbalase sobre el alma de la nación sin suscitar una protesta revolucionaria (...) En el último medio siglo no había tenido España momento más propicio que aquél, ni más justificado, para intentar un cambio de régimen» . Corrió por las celdas el rumor de que el régimen caía, y que él sería ministro, rumor falso. En

compensación, a los ocho meses salía en libertad. *El Progreso* naufragó el mismo año del *Desastre*, pero él pronto daría un nuevo giro a su existencia, irrumpiendo en la política parlamentaria<sup>[14]</sup>.

En 1898 el joven Azaña iniciaba en Madrid la vida que tan gloriosa había avizorado desde El Escorial, y en cuatro años cumplía los requisitos para navegar en política. Más tarde se burlará: «Un joven de provecho triunfa en la vida si, apenas salido de la Universidad, promulga sendos proyectos sobre el *Estado social de la mujer* y la *Necesidad de mejorar la aflictiva situación de las clases trabajadoras*-, si asiste en un bufete conspicuo y granjea, sacando de penas a la hija de algún mastuerzo, además de la entrada legítima en el cercado de Venus otros bienes —entre los que suele contarse una manada de electores numerosa» —. Lo único que Azaña eludió fue lo último. En 1900, con veinte años, era doctor en leyes, pasante en un bufete de los más renombrados de Madrid, miembro del Ateneo —«antesala del Parlamento»—, y escribía artículos políticos y literarios. No mostraba lo que se ha dado en llamar «conciencia social», y en *El jardín de los frailes* se limitará a una reflexión algo roma: «Los naturales se alegran sin razón (...) La gente, sumisa al dictamen de la sangre, vieja como el terruño, corta y acarrea las uvas con estilo de fiesta y se alborota sin mirar que trabaja en provecho ajeno». En 1902 leía en la Academia de Jurisprudencia un trabajo, *La libertad de asociación*, de tinte conservador, el cual, constató satisfecho, «ha sido una revelación. Produjo un excelente efecto». Y le permitió pasar «de un salto desde la masa anónima al cogollo, a las tertulias de Secretaría, donde se forja el rayo», y donde «todas las noches se pide carne de cura». Parecía pasárselo bien. Le divertían los toros, el circo y el carnaval, sobre todo los bailes en el Teatro Real, donde él y sus amigos terminaban borrachos la juerga<sup>[15]</sup>.

No obstante, un denso malestar enturbiaba sus éxitos. Ya en 1898 afirmaba, casi con jactancia, no hacer «absolutamente nada», trasnochando y levantándose a mediodía. De la facultad de la calle San Bernardo, donde hizo su doctorado, protestará: «zahúrda maloliente», «aridez de las clases sin objeto», «libros farragosos». En el Ateneo, Costa y otros proponían el regeneracionismo, pero él sólo parecía interesado, y hastiado a un tiempo, en la charlatanería y chifladura que también campaban por allí a sus anchas. En 1902 estaba harto hasta del carnaval «en que hay que divertirse... por huevos»<sup>[16]</sup>.

Así, renunciando a sus avances, en 1903 volvía a Alcalá de Henares, a sumergirse en la vida de señorito de pueblo, acaso de «misita bien oída, refacción prudente, buen puro entre sorbos de café, una vueltecita por el campo,

observando su estado y calculando el tanto por ciento que podrás escamotear en la era, y al anochecer chocolate y tresillo...». Apartado de la política, un poco menos de la literatura, en las tertulias atendía a las novedades de las letras francesas y cultivaba la mordacidad. Con 25 años se proclamaba «un fracasado» [17].

Él achacará esta renuncia a «pereza», «indolencia», falta «absoluta» de ambición, las cuales le habrían «salvado», quizá de una carrera muy convencional para su gusto, o de ser absorbido por una vida social y política mediocre. Pero, como también aclara, no cesaba de hacer planes, indicio de todo menos de falta de ambición. En realidad, en esos años oscuros y pueblerinos intentó muchas cosas, como acercarse a los obreros, o una novela inacabada; perfeccionó su francés, aprendió inglés, siguió las novedades intelectuales transpirenaicas, escribió en una revista local, amplió su formación intelectual. Y no abandonó sus lazos con Madrid, tan cercana a Alcalá; en la capital mantenía a una amante muy joven, Consuelo, rescatada de un burdel. Intentó asimismo una empresa económica de envergadura, una fábrica de electricidad. La empresa quebró, llevándole casi a la ruina, a la pérdida de su amante, que pasó a serlo de un amigo suyo, y a una decisión sobre su futuro.

La decisión, en 1910 y con treinta años, doce después de su salida de El Escorial, fue típica: el funcionariado. Salvo en Cataluña y el País Vasco, el espíritu emprendedor era planta de poco cultivo por entonces en la mayor parte de España, y los jóvenes con aspiraciones artísticas o intelectuales solían sacar una oposición como respaldo económico a su estro. También ocurría a menudo que la garantía del pan rebajase el impulso artístico y los altos anhelos sucumbieran en un chismorreo de tertulia estéril y resentido; pero eso no iba a pasarle al alcaláino: ganada la oposición a la Dirección de los Registros y del Notariado, asentado en Madrid y con un sueldo bueno y seguro, iba a renacer en él la ambición literaria y política.

Nada hay en Alcalá-Zamora del retraimiento y malestar de Azaña. Al contrario, iban en él de la mano el orgullo y los éxitos, basados por lo general en un trabajo concienzudo: «Mi carrera administrativa quedaba asegurada (...) La profesional se dibujaba posible; la política, fácil y prometedora». Si a los veinticinco años Azaña se declaraba «fracasado», Niceto ya era fiscal, lo que «colmó mis ilusiones al ponerme a diario en discusión escrita u oral con los mejores abogados de España». Su aplomo era tal que una contrariedad que cortó su meteórico avance hacia el Tribunal Supremo, la tomó por «uno de tantos impulsos de la suerte, que han ido torciendo mi vocación y labrando mi fortuna». Tenía 27 años, y sufrió un infortunio que debió de afectarle duramente, aunque, de manera característica, apenas asoma en sus *Memorias*: la muerte de su

primer hijo [18].

Su carrera política resultó más lenta. «La preparé desde el primer día, aunque la administrativa era brillante y segura, pues dadas las circunstancias de mi ingreso alcancé la mitad del escalafón cuando aún era por rara coincidencia el más joven dentro del mismo». Progresista, se afilió al Partido Liberal, pero sus comienzos electorales fueron «muy desalentadores», y hasta 1906 no logró un escaño, por La Carolina. «Empezaba un poco tarde aquella carrera política, cerca ya de los veintinueve años; pero con más suerte de la aguardada y merecida». El conde de Romanones, líder liberal, le tratará con «predilección extraordinaria», y su oratoria fue estimada por «las primeras figuras de la Cámara». Lerroux atribuirá la ventura de don Niceto a malas artes caciquiles. «Enorme injusticia consciente —le rebate el acusado—, Los cacicatos exigían el amparo de los tinglados provinciales, establecidos sobre los contubernios de los partidos turnantes, y yo viví siempre a la intemperie y con la hostilidad de esa fuerza». Pero la sorna de la izquierda motejará siempre al progresista Niceto de «cacique de Priego» [i] [19].

En 1907 revalidó en dura pugna su escaño por La Carolina. «Dibujóse desde entonces la fisonomía singular, casi única, de mi labor parlamentaria: tomos voluminosos de discursos acerca de las reformas legislativas, muy pocas páginas de polémica apasionada». Esta inclinación excepcionalmente constructiva, era, dice, natural en él, acentuada por «el afectuoso y casi paternal consejo de un diputado catalán, don Francisco Macià, quien me dijo que discutiese yo todas las leyes para mejorarlas, fuesen de la materia que fuesen». Triunfó igualmente en «la prueba del mitin de propaganda, dentro de la coalición de todas las izquierdas» [21].

Después del 98, la reforma del régimen tomó tintes acuciantes. El conservador Antonio Maura, en el poder entre 1907 y 1909, batallaba por una Ley de la Administración Local, que, ampliando la autonomía municipal, debía movilizar a los ciudadanos y barrer el caciquismo y el fraude en las urnas. Esa Ley fundaba la «revolución desde arriba», con la cual quería Maura prevenir otras revoluciones, pero los liberales, dice don Niceto, le oponían «hábil y decidida obstrucción», por una causa que suena pueril: «Reprochábase a éste (a Maura) que la iniciativa de hondas reformas (...), no la hubiera dejado en el (partido) liberal (...) diciendo que la libertad, con él y como él, se había hecho conservadora». La autosatisfacción del de Priego contrasta con el juicio del catalanista Cambó. Éste, que esperaba de la ley un impulso a la autonomía catalana, denuncia cómo Romanones «atizaba a los diputados que le eran especialmente fieles para que fuesen multiplicando las enmiendas y alargando los discursos. Entre los que seguían con más fervor las indicaciones del conde estaba Niceto Alcalá-Zamora». A juicio del catalanista, esa conducta «si

ocasionó el fracaso de Maura, produjo también el descrédito del régimen parlamentario y la instauración de sucesivas dictaduras. Años después, habiendo tenido ocasión (Romanones) de disfrutar de los encantos de una República demagógica y de una asoladora guerra civil, (...) no ha tenido más remedio que reconocer que él y todos los liberales habían obrado entonces con falta de patriotismo y de sentido de conservación» [22].

La pintura que ofrece Niceto de los políticos tiene a veces gracia. A Moret, calificado de buen gobernante, «faltábale sólo el sentido de las realidades»; Romanones «tuvo el acierto y la modestia de no creerse orador», y el cuidado de su inmenso patrimonio «le impidió las visiones de estadista de las que hubiera sido muy capaz». De Canalejas, «excelsa inteligencia», pronto asesinado por los anarquistas, cuenta: «Aquellos nervios que no conocían reposo, brillaban con luminosa y refrenada serenidad en la discusión parlamentaria (...) Pero al salir de los debates, el motor encadenado rompía los frenos y se disparaba en el diálogo más original, mordaz y desatado (...) No disparaba con proyectil envenenado de odio, quizá por la misma conciencia de su superioridad; pero (...) (causaba) extensas, hondas y casi mortales heridas» [23].

Con Alfonso XIII será menos amable: «Siempre dispuesto para olvidar en sí la dignidad regia y humillar en los demás la dignidad humana». «En el trato resultaba el monarca agradable y simpático; pero sólo en (...) un observador frívolo y superficial». «Para la jurada fidelidad constitucional mostróse sin moderación ni lealtad; para el ejercicio del soñado y conseguido absolutismo, apareció con ineptitud manifiesta». «No quiso de veras a nadie (...). Oí referir (...) el asombro causado en un consejo de ministros al escucharle al rey acerca de Isabel II juicios muy gráficos, que para nadie eran revelaciones, pero que desentonaban de quien al cabo descendía sin duda de ella y de ella derivaba el derecho al trono». «Sistemática siembra de cizaña hasta en lo pequeño y cuando era inútil» [24].

De otros aspectos de la España de entonces ofrece también algún brochazo. En 1908 hubo de celebrar el centenario de la batalla de Bailén, «cerca de la famosa noria disputada por los guerreros sedientos; allí donde se había estrellado por primera vez el heroísmo del ejército y de la guardia imperiales». El acto resultó desteñido... «Una tarde me llamó Maura (...) y sin ocultarme su propia y honda contrariedad me dijo que la embajada francesa, dispuesta a la cooperación de su país a toda conmemoración de Zaragoza, donde al cabo las huestes napoleónicas habían entrado vencedoras de la heroica resistencia, demandaba como prenda de amistad la mayor sordina en torno a Bailén, donde las águilas habían capitulado. (...) Maura (...) díjome que pronto me tocaría gobernar y conocería por mí las mortificaciones a que obliga la presión exterior de los poderosos cuando toca regir los destinos de una patria en decadencia (...)

El centenario de Bailén se celebró casi como si hubiera sido el de una derrota o el de un pecado» [25] [j].

Alcalá-Zamora observa los defectos electorales y la corrupción de los ayuntamientos, pero también la moralidad y preparación a otros niveles: « De la podredumbre local librábase en su conjunto la alta zona de la política, seguramente la más honrada del mundo durante mucho tiempo. Las debilidades eran pocas y relativamente leves (...) Este alto nivel (...) se mantuvo en general hasta la crisis moral de la gran guerra» de 1914 [26].

Hacia 1910 la ascensión paso a paso de Alcalá-Zamora se estancó, por lo que al año siguiente reabrió su bufete, siempre con éxito. « Mi casa y mi despacho podían sostenerse con bienestar, que a nuestra modestia se presentaba como lujo y que a la vez permitía a nuestra ordenada administración formar la base de un ahorro, que en la vejez había de arrebataránsenos. Podía esperar sin pena el aplazamiento o retardo y aun la pérdida de la carrera política» [27].

Su vida sentimental no parece menos regular y grata. Relacionado desde muy joven con una vecina, Pura Castillo Bidaburu, se casaron en 1901, con 23 años él y 20 ella. La describe con pocas y reservadas frases, como « inteligentísima y culta, con horror hacia la pedantería bachillera o doctoral». « No espoleó nunca su vanidad el impulso de mi ambición; ni contuvo su timidez la energía de mi iniciativa. Vio con serenidad cada perspectiva, ayudaba su consejo y su sacrificio en la dificultad. Supo borrarse, cuando no tenía que aparecer, en el triunfo» [28].

Una vez más es enorme el contraste de los anteriores con Lerroux, para quien la primera década del siglo XX resultará tumultuosa y arriesgada. A la vez sus peripecias arrojan sobre la historia española del momento una luz que no encontraríamos en las de aquéllos.

De sus meses de cárcel a raíz del 98, el periodista salió con un radicalismo más exacerbado si cabe: « Vamos a la revolución, que ruge desencadenada en las entrañas del pueblo», revolución « salvaje», un « monstruo que necesita hombres (...) audaces hasta la temeridad». « La trágica grandeza del monstruo habrá llevado torrentes de luz a muchas conciencias (...) y de entre los escombros (...) surgirán los hombres nuevos», « ángeles terribles que entren a saco en todo lo constituido». « Lo esencial es iniciar la revolución y dejarla que lo inunde todo». « Así será la Revolución redentora y la República creadora» [29].

Mientras tal escribía, Lerroux cobraba de los fondos de reptiles del Ministerio de Gobernación. ¿Era, pues, sincero? ¿Incendiarlo y bombero a un tiempo? Sin duda la masa de la población deseaba cualquier cosa menos aquellas recetas, y

quizá él jugara con ellas suponiendo su inanidad práctica. O esperaba una movilización progresiva. Él se había labrado un nombre entre los republicanos, y Ferrer Guardia lo veía como salvador de la causa. Lerroux notaba que el republicanismo se iba a pique, y trataba de reflotarlo con retórica obrerista: « Busquemos al pueblo y digámosle: trabajador asalariado, de cuyo trabajo viven el Estado, el rico, el cura, el soldado y el juez en la holganza, robándote las dos terceras partes del trabajo que es tuyo en su totalidad, vamos a concluir con todo esto (...) No nos basta la igualdad moral que predicó Cristo, ni la política que predicó la revolución francesa; queremos también la igualdad económica (...) Y si luego hace falta Gobierno, séalo la República (...) (con) este lema: Lucharemos hasta conseguir que los hombres no necesiten leyes, ni gobiernos, ni Dios ni amo» [30].

Por unos meses, Lerroux se embarcó en una revista, *Progreso*, e intentó financiarla con una mina de cobre que terminó en quiebra y le ganó tachas de fraude. Especialmente implacable con él fue el PSOE, pequeño partido receloso de la competencia del líder republicano, a quien acusó de quedarse con fondos pro huelgas. De ahí nació una inextinguible hostilidad mutua. Probablemente Lerroux, interpretando con flexibilidad el interés de la causa, apartaba para su periódico dinero de colectas de solidaridad con presos o huelguistas. De otro modo hubiera tenido que arrojar la toalla: « La vida perra, querido, la lucha horrible, que consume tantas energías, por el garbanzo », decía expresivamente a Ferrer [31].

Lerroux terminó presentándose a las elecciones de 1901: « Me crecieron las alas y se me hincharon las ambiciones. Me llamaron de Barcelona los que lo hicieron inútilmente la vez anterior, y allá fui ». Barcelona era la ciudad más poblada y rica de España, centro de una Cataluña muy industrial en comparación con el resto del país. Su auge atraía una masa de inmigrantes de las provincias mediterráneas y Aragón. El espíritu de empresa catalán había aprovechado con tino el mercado español y de las colonias, reservado por una política proteccionista. La ciudad albergaba también a una multitud empobrecida y un proletariado con tradición de lucha contra la explotación de que era objeto.

No dejaba de tener riesgos para Lerroux su nueva aventura. Se le llamó traidor por presentarse a elecciones, ya que un tópico de entonces afirmaba que el voto enterraba la revolución; en algún mitin hubo de salir a empujones y protegerse de disparos. Pero le valió su popularidad por su campaña sobre los tormentos de Montjuich. Falto de recursos, sacó partido ingeniosamente de su penuria, con un anuncio: « Desnudo de toda protección oficial, desprovisto de toda personal influencia, acudo a los hombres de buena voluntad (...) Necesito interventores ». La simpatía hacia él fue arrolladora y su oratoria causó sensación. Según Josep Pla, tenía « condiciones para el periodismo ochocentista a

la franco-italiana, con una magnífica aptitud para la demagogia, gran orador» [32]. Pasados los años explicará, no muy convincentemente: « Se me ha echado en cara (...) que las propagandas de mi juventud política adolecieron de exagerado espíritu radical y revolucionario. No se ha querido tener en cuenta que, llamado a la cabecera de un doliente abatido, desangrado, casi moribundo de desesperación, lo primero que yo tuve que hacer fue ponerle de pie, reanimarle». El doliente eran las clases populares barcelonesas y el propio republicanismo, al cual, efectivamente, Lerroux iba a salvar de una ruina quizás definitiva [33].

Los pucherazos típicos dieron la victoria a los partidos dinásticos, pero el antiguo periodista mostró su talla de luchador: denunció el fraude furiosamente hasta conseguir nuevo recuento, y con él su acta. Su vida acababa de dar otro giro trascendental, del periodismo a la política activa.

Pronto iba a chocar con un adversario formidable: el catalanismo, y en especial su líder Francesc Cambó, con quienes sostendría una larga y épica lucha. Antes del 98, el nacionalismo vegetaba en cenáculos intelectuales y eclesiásticos, pero ello cambió a raíz del *Desastre*, entre el descrédito del gobierno y « el orgullo de las riquezas improvisadas, cosa que les hizo propicios (a los catalanes) a la acción de nuestras propagandas ». Esa propaganda denigraba la historia y el poder español, caricaturizaba a Castilla y trataba de convencer a los catalanes de que padecían una dura opresión foránea. Su principal doctrinario, Prat de la Riba, pensaba en una acción por etapas, empezando por la plena imposición del nacionalismo en Cataluña, luego despertando con el ejemplo al resto de la península para crear la Gran España, « de Lisboa al Ródano », que debería convertirse en un poder imperialista y civilizador a escala mundial. Cataluña tomaría el papel rector otrora asumido por Castilla. El plan, de aire grandioso pero probablemente anacrónico e irrealista, iba a encontrar en Cambó un realizador esforzado y talentoso [34].

Poseído de su misión desde muy joven, Cambó decidió permanecer célibe, a fin de concentrar su energía [k] en conquistar Cataluña para sus ideas, tarea harto más ardua de lo que luego se ha supuesto. Su constancia y destreza de maniobra iban a contar mucho en la infiltración de su teoría « en todas las clases sociales » partiendo de una situación en que los nacionalistas « nos sentíamos en la calle como extranjeros » [35].

Con el 98, « Prat sintió que se presentaba una ocasión admirable para que, de entre el general pesimismo que se había apoderado de España, surgiera en Cataluña una afirmación fecunda que fuera, a la vez, catalanista y españolista ». « En aquel momento, como siempre jamás, al ser los más intensos catalanistas,

hemos sido también los exponentes máximos de un patriotismo español afirmativo». Podía ser cierto, desde luego, pero no extrañará que otros, como Lerroux, vieran en ello un plan separatista, pues la campaña contra todo lo español no catalán caía, como admite el propio Cambó, en «algunas exageraciones y algunas injusticias», a su entender inevitables porque «los cambios en los sentimientos colectivos no se producen nunca a base de juicios serenos y palabras justas y mesuradas». Cataluña —es decir, el nacionalismo catalán— se postulaba como la única entidad política y social realmente viva en el país; casi todo el resto estaría «muerto», «podrido», inane. Esto, más que una injusticia, era un error, aunque la tesis de la «España sin pulso», expuesta por Silvela a raíz del *Desastre*, fuera ampliamente compartida[36].

La acción nacionalista se manifestó en 1900, en el *Tancament de caixes* (cierre de cajas o impago de contribuciones) contra la racionalización fiscal de Fernández Villaverde, que subía levemente los impuestos y negaba para Cataluña un concierto económico similar al vasco. La campaña tuvo popularidad en el resto de España y creó en Cataluña, «un estado semirrevolucionario», en expresión de Cambó. La táctica de llegar, semirrevolucionariamente, al borde de la ruptura, iba a caracterizar al catalanismo y a socavar al régimen de la Restauración. El movimiento fracasó, pero alcanzó su objetivo indirecto de difundir el nacionalismo. El obispo Morgades decretó la predicación en catalán, lo que alejaba aún más de la Iglesia a la creciente población inmigrante. Al calor de esos avances nació la *Lliga regionalista*, partido unido en lo sucesivo al nombre de Cambó, y que concurrió a las elecciones en 1901, cuando también se presentaba Lerroux[38].

Un rasgo del catalanismo fue su aversión a las reivindicaciones obreras. «Yo tenía todas las cualidades para ser un líder obrerista —afirma Cambó—, menos una capital: mi repugnancia absoluta por la demagogia» De ahí que en 1906 surgiera una escisión de izquierda en la *Lliga*, el *Centre Nacionalista Republicà*, dedicado a «republicanizar el catalanismo y catalanizar el republicanismo» [39].

Por esos años resurgió también el republicanismo en torno a Salmerón, que había dejado la presidencia de la I República, según dijo, por no firmar penas de muerte —si bien la ausencia de autoridad estaba ocasionando muchas más muertes por entonces— y asumía un republicanismo pacífico y *pedagógico*. El nuevo auge del movimiento debía poco, sin embargo, a Salmerón, y sí a agitadores violentos como Junoy, Soriano, el novelista Blasco Ibáñez y, sobre todo, Lerroux, quien iba a alzarse, entre 1901 y 1907, como el gran tribuno de la plebe en aquella ardiente Barcelona. En 1903, “año funesto para los catalanistas», la Unión Republicana logró obtener más de 30 diputados. En la

Ciudad Condal dobló holgadamente en votos a los nacionalistas. «Se había producido uno de aquellos movimientos en que la masa creía de verdad en el próximo advenimiento de la República» [40].

La rivalidad entre republicanos y nacionalistas se hizo frenética. Lerroux, con su oratoria incendiaria, atacaba el supuesto separatismo de la *Lliga* y, aplicando una retórica de origen francés, propugnaba una *barbarie* proletaria que purificase a fuego la civilización burguesa, hipócrita y opresora, tal como los bárbaros habían arrasado el corrupto imperio romano. «Jóvenes bárbaros» se titularon las juventudes lerrouxistas, animadas por su líder, en palabras famosas, a quemar los registros de la propiedad, destruir la Iglesia, «levantar el velo de las novicias y elevarlas a la categoría de madres», etc. Los nacionalistas, a su vez, atribuían al republicano ganancias ilícitas y le llamaban «Emperador del Paralelo», zona barcelonesa de prostitución y delincuencia. Promovían la xenofobia y le acusaban de sujeto venal, comprado por el gobierno de Madrid para atacar a Cataluña. Este cargo, muy debatido, carece de pruebas, y si bien es cierto que Lerroux arrancó muchos votos a los nacionalistas, también debilitó al anarquismo y dificultó la implantación del PSOE. Además contribuyó a demoler el sistema caciquil en Barcelona, privando al gobierno y a los partidos turnantes de una importante base de sustentación. «Parece imposible que pudiera yo resistir la avalancha de cieno que el odio catalanista y clerical lanzó contra mí en los primeros años de mi actuación»; odio correspondido, sin duda. A su vez, él replica a la burguesía local citando el consejo de su amigo Junoy: «Deja decir. En esta tierra serás más respetado cuanto más poseas, y cuando te crean propietario aumentará tu crédito y cesarán las calumnias de esa clase. ¿No has reparado en que aquí levantan estatuas de bronce a los negreros?» [41].

El nacionalismo sufrió un nuevo revés con la visita de Alfonso XIII a la ciudad, en 1904. La *Lliga* probó a hacer el vacío al monarca, pero la población se volcó en un recibimiento apoteósico, y hasta «¡los que habían predicado la abstención, ellos o sus familiares, estaban en los balcones engalanados y aplaudían!». La agilidad de Cambó transformó el ridículo en un éxito relativo, al pedir ante el rey la autonomía regional. Su audacia repercutió en todo el país y estimuló la recuperación nacionalista. No obstante, también precipitó la escisión del sector izquierdista de la *Lliga* [42].

Hacia fines de 1905 un suceso menor iba a tener inmenso efecto político. Un banquete llamado «de la victoria», en honor de unos candidatos nacionalistas electos, dio pie a la revista satírica *Cu-cut*, que llevaba una línea mortificante para el ejército, para un chiste en que un oficial decía: «¿De la victoria? Eso será cosa de paisanos». La broma colmó el vaso. Grupos de oficiales asaltaron los

locales de la revista, y de *La veu de Catalunya*, órgano de la *Lliga*. El escándalo fue inmenso. El ataque a las libertades públicas movilizó a los partidos en torno a la *Lliga*, que explotó a fondo el incidente. Por contra, Lerroux, ausente esos días, escribió: « Si hubiera sido militar hubiera ido a quemar *La Veu, Cu-cut, la Lliga* y el palacio del obispo, por lo menos (...) hubiéramos ido el pueblo y yo a quemar varios conventos, escuelas de separatismo, y a (...) decirles a los soldados que antes que la disciplina están, en la conciencia de los hombres, la libertad y la patria» [43].

Ante la agitación popular y la actitud levantisca de la guarnición, fueron suspendidas las garantías constitucionales en la provincia. Cundió el enojo en las guarniciones, y el gobierno destituyó, pero sin efecto, a los capitanes generales de Barcelona, Madrid y Sevilla. En la capital, la tensión llegó al punto de temerse un asalto a las Cortes, y algunos diputados acudían con revólver. No hubo asalto, pero los militares exigieron una «Ley de Jurisdicciones», que pasaba a su competencia los delitos contra la patria, el ejército y sus símbolos, sacudiendo con ello la legalidad establecida [44].

Para entender esta desorbitada reacción militar hay que tener en cuenta la crispación ante los continuos sarcasmos nacionalistas hacia España y el ejército, pero también la indignación castrense con los políticos, a partir del 98, por « el desvío e inatención del elemento civil hacia las instituciones militares, a quienes se imputaban faltas y flaquezas de que fueron responsables gobiernos y partidos», en palabras del Nobel de Medicina Ramón y Cajal [45]. Pero es difícil decir quiénes fueron más responsables, pues el ejército en Cuba había mostrado una ineptitud fuera de lo común, no corregida luego. Bajo una retórica belicosa era un ejército de espíritu burocrático más que militar, bastante corrupto y apenas preocupado por los escasos recursos destinados a armamento e instrucción de la tropa [1]. Claro que reflejaba un ambiente social más generalizado. Los políticos, acosados por la subversión, vacilaban ante la reforma del ejército. Los defectos militares eran fomentados por Alfonso XIII, dado a formar camarilla e imponer medidas y nombramientos por encima de la Constitución.

Tras una crisis ministerial, el rey amparó la Ley de Jurisdicciones, que salió adelante con Moret. Cambó acertó a transformar la amenaza en un éxito político, con táctica similar a la del *tancament de caixes*. Concitó contra dicha Ley a los partidos catalanes, desde los carlistas al republicano de Salmerón, en la *Solidaritat Catalana*, la cual supo prolongar durante dos años, cosa muy difícil: « tuve la visión de dar a aquel movimiento una derivación electoral». *Solidaritat* revitalizó el nacionalismo, fue « la gloria de la resurrección después de la pasión dolorosa», en palabras de Prat de la Riba, que entonces publicó su obra clave, *La*

*nacionalitat catalana*. Cataluña pasaba a « ejemplo vivo, modelo estimulante de salvadora imitación general, a esperanza de redención para toda España »; empezaba « una nueva Reconquista ». Para el poeta Joan Maragall, Cataluña « ha sido tocada por el fuego del espíritu. Este fuego nuestro es el que quisiéramos comunicar a todos los pueblos españoles ». El movimiento gozó en el país de extendidas simpatías, pero no unánimes. Unamuno lo consideraba « la petulante vanidad de un pueblo que se cree oprimido ». Y Lerroux, discrepando de Salmerón, se tuvo al margen<sup>[47]</sup>.

Así convirtió Cambó a la *Lliga* en eje de la política en Cataluña, y ofreció la imagen y ejemplo de un poderoso movimiento cívico y pacífico, capaz de sacudir las estructuras anquilosadas. Pero el coste era alto: una fractura en el andamiaje institucional y el despertar de fuerzas peligrosas. Un éxito clave de la Restauración había sido la neutralidad militar y el cese de los pronunciamientos, y de pronto un suceso demasiado explotado devolvía a la palestra política a un ejército hipertrofiado, hipercriticado e hipersensible <sup>[m]</sup>.

Y mientras *Solidaritat* triunfaba, el terrorismo volvía a la carga. En 1905 Alfonso XIII había escapado a un atentado en París, y a fines de mayo de 1906 Mateo Morral, profesor de la « Escuela Moderna » fundada por Ferrer Guardia, atentaba en Madrid contra el cortejo nupcial del rey. Ferrer, « el hombre que había *previsto* el suceso de la Rue de Rohan, en París », dice Lerroux, debió de estar tras los dos atentados. La linde entre republicanismo y anarquismo era a veces borrosa, y Lerroux supo con antelación algo del crimen. Ferrer « me planteaba el problema de lo que podría suceder si, *por ejemplo, ahora, con motivo de la boda del rey, ocurriese «cualquier tontería»* (...) ¿Qué tenían preparado los republicanos? ». La *tontería* iba a consistir en una bomba que hundiera la bóveda del templo de los Jerónimos sobre la cabeza de los contrayentes, príncipes reales, ministros, diplomáticos y demás asistentes a la ceremonia<sup>[n]</sup>. No fue posible, y Morral, entonces, atacó el cortejo en la calle Mayor, causando 30 muertos y más de 100 heridos. Lerroux había trazado al efecto un plan para tomar Barcelona: « Si el castillo de Montjuich caía en nuestras manos, la capital quedaría a nuestra disposición (...) Los caminos de la fortaleza estuvieron tomados por gente armada, discretamente distribuida ». No muy seguro, pensaba también en « el gesto con que debería comparecer ante el pelotón que me había de fusilar en los fosos del castillo ». Pese a la carnicería de la calle Mayor, el rey se salvó, y el golpe republicano quedó en nada. Pero a partir de entonces el terror se hizo habitual en Barcelona, justificando el título de « ciudad de las bombas »<sup>[48]</sup>.

En 1907, *Solidaritat* obtuvo un triunfo arrollador en las urnas. La lucha fue violenta, y Cambó y Lerroux pudieron perder la vida. El primero salió gravemente herido de un atentado atribuido a gente o a inspiración del

republicano, y éste, «acusado por la turba de asesino de Cambó, agredido a tiros y amenazado de incendio en mi refugio», estuvo a punto de perecer. Nada nuevo, pues ya había arrostrado «ocasiones en que, como en Sabadell y Tarrasa, me vi envuelto en ensaladas de tiros» [50].

Lerroux perdió su escaño, mientras Cambó, una vez repuesto, descollaba en el Parlamento: «Yo iba ganando un ascendiente mayor desde el primer día en que hablé». Maura le apreciaba: «Si yo hubiera querido ingresar en el partido maurista, su líder me habría recibido con entusiasmo y me habría proclamado su futuro sucesor». Y destaca «el fervor con que me recibían y visitaban las autoridades por todas partes». Al tiempo, su lenguaje se moderaba y su partido obtenía la adhesión de muchos que se habían apartado del catalanismo en su «primer período estridente y revolucionario». En cambio, la izquierda nacionalista iba a traerle de cabeza [51].

Ante los continuos atentados, Maura presentó una Ley antiterrorista, y contra ella hicieron causa común liberales, republicanos e izquierda extraparlamentaria. «La campaña (...) pasó del Congreso al mitin y a las manifestaciones públicas, yendo los liberales de todas las capillitas, más por cobardía que por valor, en compañía de socialistas y republicanos que se complacían en superarlos en estridencia. Se creó una agitación artificial, pero tan ruidosa que obligó a Maura a renunciar (...) Después, Gobiernos liberales y republicanos tuvieron que hacer aprobar proyectos mucho más rigurosos para mantener el orden público y salvar al respectivo régimen y evitar la anarquía y el caos» (152-3). Prolongándose el gobierno Maura más de lo habitual —sin llegar a los tres años—, los impacientes liberales exigían el fin de la «broma», y algunos, con escasa lealtad, amenazaban abandonar a la monarquía [52].

Perdidas las elecciones, Lerroux quedó inerte y le tocó sufrir la «pasión» de que hablara Prat. Su riña con Salmerón, partidario de *Solidaritat*, se encontró, y terminó expulsado de Unión Republicana, mientras los anarquistas catalanes, reorganizados en «Solidaridad Obrera», erosionaban su base electoral. Sin arredrarse, fundó en enero de 1908, en Santander, el Partido Republicano Radical. Su programa era el federalismo y los principios autonómicos, la libertad de creencias, las órdenes religiosas sometidas a la legislación civil o expulsadas del país, la democracia más amplia y el trabajo como «principal papel regulador». «Son muchos los que quieren ver tremolada la bandera roja, la bandera radical (...). Y yo la levanto y emprendo mi marcha a través de la España patriótica y revolucionaria. Y si al volver la vista atrás veo que me sigue un batallón, me consideraré capitán; si me sigue un regimiento, seré coronel; si me sigue un ejército, me consideraré jefe. Yo no necesito que me proclame nadie; me proclamo yo». La base de su partido siguió siendo Barcelona [53].

Y de Cataluña querían echarle los nacionalistas y Maura. Con celeridad fue

instruido contra él un proceso por delito de imprenta cometido cuando gozaba de inmunidad parlamentaria, así que, visto el panorama, decidió huir a Francia, y de allí a América. Aunque tachado de corrupto, lo cierto es que carecía de medios hasta para el pasaje, y hubo de pedir ayudas. En octubre de 1908 se encontraba en la Argentina.

Dos meses después, otras elecciones dieron a los radicales la revancha sobre *Solidaritat*. Lerroux recobró su escaño, pero aplazó el retorno, dedicándose a los negocios en Argentina, merced a los contactos y ocasiones que allí le ofrecían sus simpatizantes. Tras una vida asendereada se hizo rico y miró el mundo con nuevos ojos. Otra victoria lerrouxista en las municipales alejó de su rival Cambó la alcaldía de Barcelona, cargo que él prefería al de ministro y hasta al de presidente del Consejo. « Yo sabía que en estos cargos, tal como se ejercían en España, casi todo el esfuerzo se perdía en relaciones sociales y pequeñas miserias políticas, visiteo, discursos y exhibiciones, y sólo una pequeña parte de las energías se transformaba en labor positiva. Y yo sentía desde la adolescencia el frenesí creador» [54].

Antes de *Solidaritat*, « la acción catalanista no- había podido salir de Barcelona» ; con ella, y tras nueve años de duro y hábil esfuerzo, el nacionalismo había arraigado. Pero, como antes a los republicanos, ahora tocaba a los nacionalistas dividirse. Su izquierda había colaborado en la obstrucción al proyecto de ley municipal, tan caro a Maura y a la *Lliga*, y llegó a flirtear con los radicales. Para exasperación de Cambó, el movimiento quebraba: « ¡Una vez más se puso de manifiesto la escasa capacidad de los catalanes para la política! La *Solidaritat Catalana* había despertado en toda España corrientes de admiración hacia Cataluña. (...) Y a pesar de la evidencia de este hecho, *Solidaritat* murió por la acción de los catalanes que se llamaban patriotas (...) La envidia, el vicio nacional de los catalanes, ejerció su fuerza devastadora» . Y otra esperanza, la de la « revolución desde arriba » , de Maura, con quien simpatizaba la *Lliga*, se diluía asimismo, por la obstrucción de los liberales[55].

Un suceso inesperado iba a rematar las ilusiones reformistas de aquellos años: la Semana Trágica de Barcelona. A finales de julio de 1909 una huelga en protesta por el envío de tropas a Marruecos<sup>[o]</sup> derivó a insurrección. La multitud saqueó las armerías, pobló la ciudad de barricadas y quemó más de 100 edificios, la mayoría religiosos. El ejército intervino, y hubo 118 muertos. La revuelta, aunque sin dirección política, respondía a las prédicas de los años anteriores. Lerroux, que salía de Argentina y no desembarcaría en la península hasta noviembre, declaró: « Cuando recibí la noticia de lo ocurrido en Barcelona, sentí aquella satisfacción interior que siente el maestro cuando ve a sus discípulos

realizar una buena obra» [56].

Hubo 17 condenas a muerte, cinco de ellas ejecutadas. Un fusilamiento, el de Ferrer Guardia, levantó inmenso clamoreo en Europa, con manifestaciones y disturbios, decenas de heridos y algún muerto en París, Roma y Bruselas, y protestas de Berlín a Lisboa y de Praga a Turín. El ajusticiado recibía títulos de «nuevo Galileo», «pedagogo genial» y «educador de España», víctima del «clericalismo asesino y de sus aliados militaristas», de «la Inquisición», etc. En Bruselas se le erigió una estatua. Para Cambó, «aquel hombre inculto, grosero, cuyos méritos consistían en haberse apoderado de la fortuna de una pobre vieja para consagrarla a darse una vida de holgorio y a abrir una escuela anarquista, apareció como el símbolo de la virtud y de la cultura. La España que lo había fusilado en cumplimiento de la Ley aparecía como la España de la Inquisición. No hay que olvidar que Ferrer i Guardia ocupaba uno de los lugares prominentes en la Masonería, y que la Masonería internacional tomó el *affaire* Ferrer con el más grande entusiasmo». Quizá se le condenó con insuficientes pruebas, y suele considerarse que no tuvo un papel dirigente en la Semana Trágica, aunque su papel inductor, como mínimo, no ofrece dudas [p]. Para el dirigente anarquista Abad de Santillán, «el mundo condenó el acto innoble del gobierno español», asesinato judicial de un idealista inofensivo, autor de «una gran revolución pedagógica moderna». Abad también afirma, con notable audacia, que el atentado de la boda de los reyes «fue un hecho absolutamente individual, sin conexión alguna con Barcelona y con Madrid» [57].

Ferrer, imputado como cómplice en la masacre de la calle Mayor de Madrid tres años antes, había salido libre, debido, según creencia extendida, a que Morral, el asesino, se había suicidado antes de declarar. Lerroux le había defendido con campañas de prensa. Después, Ferrer se había acercado a Solidaridad Obrera, rival de los lerrouxistas, y éstos, que le habían ayudado antes, contribuyeron a su condena... y luego a la campaña contra su ejecución y contra Maura. Lerroux inventó el lema «Maura no», bajo el que se apiñaron las izquierdas, desde los liberales monárquicos a los anarquistas y socialistas. Ya desde antes «la hostilidad de las izquierdas contra Maura sobrepasaba todos los límites. Él había cerrado el grifo de los fondos secretos para la prensa y los periodistas se habían vuelto locos», sostiene Cambó [58].

La Semana Trágica tuvo efectos asoladores. La revolución «desde arriba» se justificaba en la necesidad de adelantarse a unas tensiones sociales que de otro modo se harían explosivas, pero la revuelta parecía justificar más bien la admonición de Azaña en su discurso de 1902 en la Academia de Jurisprudencia: «La experiencia enseña que a cada esfuerzo de los ilusos reformadores corresponde, más pronto o más tarde, una sacudida de los reformados, cuando su estado de civilización, sus ideales o sus creencias no toleran el cambio» [59]. Los

ideales sembrados por republicanos y anarquistas, unidos a las quiebras institucionales provocadas por los nacionalistas, tendían a la ruptura y no a la reforma. Saltó en pedazos la imagen de una Cataluña ejemplar, capaz de guiar al resto de España, y también las ilusiones reformadoras y anticaciquiles de Maura, a quien sustituía Moret en octubre. En noviembre el PSOE se inclinaba por la república y nacía la "Conjunción republicano-socialista" con vistas a derribar al régimen. Sus fuerzas eran todavía pequeñas, pero en crecimiento, y sólo ocho años después iban a organizar una magna intentona revolucionaria. También los anarquistas aumentaron su influencia y organización.

A Lerroux, bajo su fachada tremendista, le hicieron cambiar la Semana Trágica y la fortuna material. Advertirá Pío Baroja más tarde: «Ya entonces Lerroux tenía como ideal la respetabilidad y pretendía hacer un partido de hombres graves». Entre 1909 y 1910 se hizo muy popular en los medios intelectuales madrileños, atrayendo a sus filas a figuras como Ortega y Gasset, Baroja, Besteiro, Pérez de Ayala, Álvarez del Vayo, Albornoz, etc., con quienes Lerroux pensaba poblar un nuevo órgano de expresión, *El radical*. Ortega le elogiaba con un punto de extravagancia: «La historia del señor Lerroux es un manual de la perfecta eficacia» [61].

Así, en torno a 1910, el destino de los tres personajes encontraría un punto de inflexión. Azaña, con 30 años, vuelve al ruedo político; Alcalá-Zamora, a sus 33, entra en una fase de estancamiento, y Lerroux, con 46, inicia el abandono, en la práctica, de su demagogia revolucionaria. Todo ello bajo el influjo de la resaca moral del 98, que daría lugar a un replanteamiento de la historia de España y sus futuros caminos.

## Capítulo III

### EL PROBLEMA DE ESPAÑA

No sólo en la vida de nuestros tres personajes, también en la del régimen marcó una inflexión el año 1910, con fracasos no decisivos, pero sí premonitorios.

Para entonces había naufragado la « revolución desde el poder », de Maura, con « descuaje del caciquismo » y energía frente al terrorismo. La torpedearon los grupos antirrégimen y el Partido Liberal. Es decir, las izquierdas impidieron la erradicación de vicios antidemocráticos criticados por ellas. Maura no pudo resistir la presión en la calle, en las instituciones y al final la del propio monarca, y dimitió en octubre de 1909, resentido contra el rey y los liberales, con la angustia de que « la reforma en la que había puesto las más grandes ilusiones de su vida quedara prostituida ». Volvió, dice Cambó, la « caricatura del turno de partido que tuvo con el tiempo las más graves consecuencias ». Añádase la renovada intrusión militar en la política tras el incidente de *Cu-cut*. « Había fracasado un serio intento de hacer la revolución desde arriba. ¿Podría triunfar otro o no le quedaba a España más camino que la revolución desde abajo? » [1].

Prometía trastornos la hostilidad al sistema por parte de republicanos, socialistas, catalanistas de izquierda, ácratas o nacionalistas vascos. Grupos pequeños —el principal, la UGT socialista, sólo tenía 43.500 afiliados en 1910, cuando su líder Pablo Iglesias logró acta de diputado— [2], pero capaces de compensar su débil representatividad con enconadas agitaciones de calle, sin respeto a las reglas del juego « burguesas » o « monárquicas ». Prueba de su poder, apenas libres de Maura, los obreristas lanzaron contra sus aliados de la víspera, los liberales, una ola de huelgas. Para vencer una de ferrocarriles, capaz de estrangular la economía del país, el liberal Canalejas militarizó el servicio. Ello le costaría la vida [a] en 1912, duro golpe para el régimen, que perdió a uno de sus hombres más aptos.

No faltaban claros en aquel cielo borrascoso. Muchos republicanos, incluido Lerroux, se amansaban, y Cambó dejó su línea semirrevolucionaria, con la intención de « participar en un gobierno, cosa que todos deseábamos, pero que no veíamos claro cómo podría conciliarse con nuestros sentimientos y con nuestra

doctrina, y sobre todo con nuestros prejuicios» [3].

El panorama en 1910 no era, pues, catastrófico, aunque sí abrupto, y el régimen mostraría su fortaleza al sostenerse todavía trece años, pese a sus tensiones internas y la violencia de sus enemigos.

Como vimos, hacia 1910 don Niceto se había estancado en su ascensión, pero dos años después alcanzó «la verdadera divisoria de mi carrera política y su consagración parlamentaria» en un discurso contra la Ley de Mancomunidades (uniones administrativas de provincias), prevista por Maura como complemento a la de Ayuntamientos. Cambó quería la mancomunidad para hacer de su región un cuerpo único fuertemente centralizado en Barcelona y acabar con la división provincial, objetivo de «casi tanta importancia como la reanimación del idioma». En cambio, sus adversarios y el mismo Maura temían a la ley, aplicada al margen de la autonomía municipal, como «acicate de exageración regionalista» [5].

Fue Canalejas, antes opuesto a la reforma, quien propuso las mancomunidades. El giro obedeció, según Alcalá-Zamora, a «una de sus volubilidades impulsivas», y, según Cambó, a la capacidad de persuasión de Prat de la Riba. «Desde la oposición (Canalejas) combatía la idea (...) por pasión partidista, con la ligereza que, excepto en pocos hombres (Cánovas y Maura entre ellos), era corriente en los políticos españoles que al combatir el Gobierno no se creían obligados a ser formales, ni al llegar al poder creían que fuera necesario mantener lo que habían dicho en la oposición». Alcalá-Zamora frenó la ley, pero al final Cambó ganó la partida y «con la Mancomunidad se instauró el Gobierno nacional de Cataluña» [6].

Muerto Canalejas, le sucedió el conde de Romanones. Su protegido don Niceto esperó un ministerio, pero quedó preterido. Junto a él descollaba en el partido otro personaje, Santiago Alba, el cual «decidió aprovechar la enorme influencia que por causas muy variadas ganó en el ánimo de Romanones y librar contra mi carrera política, única que le inquietaba, la batalla desde posiciones muy desiguales, para él muy ventajosas. Romanones (...) me repetía que no llegarían los conservadores al poder sin que él me hubiese llevado al gobierno. Estas seguridades las oía yo no ya con escepticismo, sino con irritación» [7].

Las intrigas por la primacía, con «sobra de malicia enfrente y de ingenuidad en mí», abocaron a la escisión del Partido Liberal, y Alcalá-Zamora pasó a la fracción opuesta a la del conde. Luego, en unas elecciones de 1914 «toda la fuerza de Romanones batalló encarnizadamente contra mi candidatura» por La Carolina. «La elección dejó muy atrás en violencias la de 1907», pero los manejos no triunfaron, y sí el político de Priego [8].

También pierde color la vida de Lerroxx. Acercándose a la cincuentena empezó a disfrutar de la riqueza (automóvil, chalé, etc.), y dejó Barcelona, escenario de sus épicas luchas. Para extender su Partido Radical emprendió giras de propaganda, con bastante suerte, pues prendieron núcleos en Canarias, Valencia, Madrid, Andalucía, Aragón y otras regiones.

No cesaban los tumultos a su paso. Denunciados por corrupción sus fieles del ayuntamiento barcelonés, hubo de defenderlos en el Congreso, a finales de 1910, pero sus aliados —y rivales— de la Conjunción Republicano-Socialista se declararon insatisfechos. Lerroxx salió escaldado «de aquella inútil y perniciosa Conjunción (...), que luego se disolvió y se esparcieron sus restos cual los de un naufragio». Las tachas de corrupción tenían base, aunque quizás eran exageradas, y se convirtieron ya para siempre en arma implacable contra Lerroxx por parte de socialistas y republicanos competidores. El PSOE le organizó en Bilbao una violenta recepción cuando iba a dar un mitin, y entonces entró en su vida el líder socialista Prieto, que acabaría por ser el verdugo de su carrera política: «Aquella innoble encerrona la prepararon Indalecio Prieto y Ciges Aparicio, un periodista y un escritor que empezó en republicano, pasó por *El País*, bajo mi dirección, siempre afligido del hígado, y paró en socialista con un cáncer en el alma» [9].

Al mismo tiempo el radical entraba en pactos más o menos ocultos con los gobernantes y su prosa perdía filo populista. Empezó a ser veraz su afirmación posterior de que «El Partido Republicano Radical llegó a ser una fuerza política liberal, democrática, progresiva, de sentido gubernamental». El giro no dejó de suscitar ironías de la *Lliga*, la cual también se integraba en el régimen. La común moderación suavizó el tono entre ambos partidos, y les allanó la senda del acuerdo, mientras el anarquismo en auge restaba votos a unos y a otros. Hay que decir que los lerroxxistas realizaron una notable obra social entre los trabajadores barceloneses (asistencia médica y jurídica, grupos escolares, casas de lactancia, mejoras urbanísticas, asilos nocturnos, etc.) [10].

Fue significativo el apoyo de Lerroxx a la expansión española en Marruecos, chispa de la Semana Trágica. En marzo de 1912 firmaban Francia y España el acuerdo que haría efectivo el reparto de Marruecos, previsto por la Conferencia de Algeciras, de 1906. Regalo envenenado y de muy graves consecuencias para el futuro de España. Y que también pudo tenerlas para toda Europa: en 1911, en un amago de lo que sería tres años después la guerra mundial, había estado a punto de estallar, por Marruecos, la lucha entre Alemania y Francia [b].

Para Azaña, esos años de preguerra europea serán mucho más movidos que los anteriores. Vuelto a la política después de su autoostracismo, reveló el fruto de

sus reflexiones en febrero de 1911, con un discurso en la Casa del Pueblo, local socialista de Alcalá. Presentóse allí como miembro de una generación aspirante a dirigir la vida pública, pero que había sido «vilmente engañada» en su formación, sumida en un clima de «derrota, venalidad, corrupción, inmoralidad»; que por eso, «si quiere formar su criterio y sus ideas necesita echar por la ventana todo su trabajo de los mejores años, de lo cual no puede retener nada como no sea para aborrecerlo»; y, desesperando de recobrar el tiempo perdido, se amarga para «toda su vida» al contemplar «la magnífica carrera que su inteligencia pudo recorrer y que a la mayoría de los españoles se nos cierra». En *El jardín de los frailes* insistirá: «alicortar la ambición intelectual parecía el supuesto de los estudios» [11].

Habiendo descubierto sus supuestas taras formativas, nada le impedía cultivarse y volar por su cuenta, y eso intentó en sus años de aparente letargo alcalaíno. Pero no reluce en don Manuel el triunfo de haberse liberado por sus fuerzas y clarividencia, sino una densa pesadumbre. Sus quejas evocan, más que un espíritu independiente, al joven que acusa de sus frustraciones a los padres, ¿eco doliente de una orfandad no superada? Recuérdense también las grandiosas promesas que, de mozo, se hacía al dejar El Escorial: «los placeres en proyecto son el origen del infortunio» [12]. A ilusiones desmedidas deben corresponder decepciones a tono, y la enorme culpa ha de proyectarse sobre un sujeto también enorme: el régimen, el país mismo, barreras a «la magnífica carrera que su inteligencia pudo recorrer».

Su generación «ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación». Le indignaba hasta la historia nacional entera, caricaturizada con talento en *El jardín*, «España era la monarquía católica del siglo XVI. Obra decretada desde la eternidad, halló entonces los robustos brazos capaces de levantarla (...). Ganar batallas, y con las batallas el cielo; echar una argolla al mundo y traer contento a Dios; desahogar en pro de las miras celestiales las pasiones todas, ¡qué forja de hombres enterizos!». Y clama el adusto Azaña: «¿Habrà de subyugarme un prototipo español férreo, apenas con carne sensible sobre los huesos, el intelecto ergotista y el alma fanática de un vate hebreo, que ignora la sonrisa, la sencillez y la gracia?». Tan triste pasado nacía de una fundamental desviación, la derrota de los comuneros en Villalar, en el siglo XVI, a partir de la cual «el devenir constitucional tomó tal rumbo que (...) no se ha rectificado todavía». Idea tópica en la educación histórica dispensada por republicanos y masones durante el siglo XIX, sostenida también por Joaquín Costa [c], el profeta regeneracionista. Óigase también a Lerroxx, con su brío natural: «Perdióse el hilo de nuestra historia el día infausto en que dinastías extranjeras comenzaron la labor infame, antiespañola, de destruir nuestras libertades clásicas, que (...) murieron a mano armada con los rebeldes

de Villalar, el Justicia de Aragón y los heroicos defensores de los fueros» [14].

El rechazo al pasado hispano será ya una constante en Azaña: « la inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción política, rajando y cortando a su antojo en ese mundo (el de la tradición), es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional». Nada, pues, de evolución y aportación, sino corte y fractura, aunque, contradictoriamente, invoque « una herencia histórica corregida por la razón». Corrección, en todo caso, sin contemplaciones: « Es gente de corte intelectual (Robespierre o Lenin) quien suele dar, en las *circunstancias* de un momento histórico, los tajos más terribles. La razón es que un orden contrario a la verdad reconocida les parece *falso* (...); y la inteligencia no es libre: es sierva de la verdad». El culto, quizá vanidoso, a la inteligencia y la queja sobre la escasez de ella en España le acompañarán siempre. « He soñado destruir todo este mundo», confiesa a un fraile. Y si destruirlo no estaba a su alcance, sí lo estaba reinventarlo. Nación sin formar, a formarla llegaba la generación de Azaña, a «abstraer en la entidad de España sus facciones históricas para mirarla convencionalmente, como una asociación de hombres libres» [16].

Tales enfoques coincidían en su base, aunque no en sus conclusiones, con los de los nacionalistas vascos y catalanes. Así como los republicanos y otros idealizaban la libre Castilla anterior al siglo XVI y la oponían al *absolutismo* posterior, los catalanistas enaltecían la Cataluña medieval y denigraban la unidad española como un retroceso, acentuado por Felipe V y por el centralismo liberal. Arana, fundador del nacionalismo vasco, llevó la reinvención histórica hasta imponer el término *Euzkadi*, nombre absurdo en vascuence, para el conjunto de su región más Navarra y el país vasco-francés. Racista empedernido, había descubierto que la mayoría de los españoles no vascos (maketos) « más que hombres semejan simios poco menos bestias que el gorila », a pesar de lo cual « el euskariano y el maketo (...) amigos son, se aman como hermanos, sin que haya quien pueda explicar esta unión de dos caracteres tan distintos, de dos razas tan antagónicas» [17]; hecho sin duda lamentable, que él se aplicó a corregir enérgicamente. El catalanismo, menos extremista, se contentaba con denostar, en tono a un tiempo victimista y despectivo, a una imaginaria *Castilla*, retrógrada y absolutista, cuyo nefasto rectorado sobre el conjunto de España debía acabar y ser sustituido por la liberadora y europeizada batuta del nacionalismo catalán. No obstante, el líder catalanista de izquierda Companys creyó descubrir en algún momento que los atrasos del país provenían no tanto de la herencia castellana como de la leonesa, aún más imperialista y retrógrada. Importa tener en cuenta estas concepciones, sin las cuales no se entenderían los sucesos del siglo XX español [d].

Poco después de su conferencia en la Casa del Pueblo alcaláina, Azaña cumplió lo que debió de ser en él un profundo deseo y paso formativo: vivió un año en París. La capital gala siempre había atraído a españoles y latinoamericanos, cuya admiración describía Rubén Darío: « besamos la orla de su manto, el borde de su falda, y no se nos recompensa ni se nos mira » . Las inectivas con que don Manuel obsequia a su país se tornan mieles para Francia, cuya historia, citará de Jaurès con aprobación, « es una acumulación de genio, de heroísmo, de noble pasión humana, tan maravillosa, que aun en sus horas sombrías una irradiación emana de ella » . Le cautiva la integración de las formas de vida francesa en una tradición poderosa, el vínculo entre la política y la intelectualidad, la divulgación popular de la cultura, el clima anticlerical posterior al *affaire* Dreyfus y la depuración del ejército, democratizado o masonizado, según opiniones. Francia cumplía las más altas normas de la razón y de la inteligencia, tal como él las entendía. Los fenómenos que incubaban la guerra general, tan próxima, se hurtaban a su perspicacia<sup>[18]</sup>.

Apenas frecuentó círculos franceses, sí más bien españoles, pero se aplicó a leer, disfrutar del teatro, la música, y los espectáculos: « conviene no cegar ninguna fuente de sensibilidad » . Aun así, sus notas rezuman la habitual insatisfacción y soledad. « Mañana o al otro día sentiré que se despierta en mí una vocación, que será ya la séptima o la octava de mi vida » . Le conocemos tres vocaciones, la literaria, la política y la empresarial. En la última había fracasado, por falta de aptitud o de suerte; para las otras dos ya mostraba, en principio, excelentes cualidades. Hombre culto y sensible, da la impresión de sentirse paralizado entre ambiciones contradictorias y quizá excesivas, melancólico por el tiempo perdido o desaprovechado. Se describe dedicado a un indolente vagar por París<sup>[19]</sup>.

Al retornar a España observa: « ¡Qué lento el tren! Los campos desnudos y desiertos. Todo agrio »<sup>[20]</sup>. Era noviembre de 1912, cuando el asesinato de Canalejas.

En Madrid fue elegido secretario del Ateneo en la candidatura de Romanones y se adhirió a un grupo intelectual de difusas aspiraciones políticas, que simpatizaba con el PSOE, había elegido y luego abandonado a Lerroux como líder, y optado al fin por el Partido Reformista de Melquiades Álvarez. Ortega guiaba a esos intelectuales, entre ellos varios de los más dotados de la Generación de 1914: Pérez de Ayala, Marañón, Araquistáin, Castro, etc. Ortega y Azaña coincidían en reclamar y llorar lo que la sociedad, por lo visto, les debía, en « levantarse delante de esos hombres que quieren perpetuar la Restauración (...) y decirles: 'no me habéis dado maestros, ni libros, ni ideales, ni holgura económica, ni amplitud saludable humana; soy vuestro acreedor, y os exijo que me deis cuenta de todo lo que en mí hubiera sido posible de seriedad, de nobleza,

de unidad nacional, de vida armoniosa; que ha fracasado porque no me disteis lo que tiene derecho a recibir todo ser que nace en latitudes europeas'» .

En su influyente discurso *Vieja y nueva política*, pronunciado en octubre de 1914, Ortega enfrenta la « España vital », que él cree representar, a la « España oficial », la « necrocracia » de Costa: « Todos esos organismos de nuestra sociedad —que van del Parlamento al periódico y de la escuela rural a la universidad— que (...) llamaremos la España oficial, es el inmenso esqueleto de un organismo evaporado, desvanecido » . « ¿Qué es la Restauración, señores? Según Cánovas, la continuación de la historia de España. ¡Mal año para la historia de España si legítimamente valiera la Restauración como su secuencia! » . Cánovas habría sido « un gran corruptor; como diríamos ahora, un profesor de corrupción », responsable de « esos años oscuros y terribles » . Etcétera.

Frente a la España oficial surgía « una España vital, tal vez no muy fuerte, pero vital, sincera, honrada, la cual, estorbada por la otra, no acierta a entrar de lleno en la historia » . Impensable la transacción entre ambas: « yo os diría que nuestra bandera tendría que ser ésta: la muerte de la Restauración » . Objetivo cómodo, pues, felizmente, el régimen había finado por su cuenta: « La nueva política no necesita, en consecuencia, criticar la vieja ni darle grandes batallas; necesita sólo tomar la filiación de sus cadavéricos rasgos, obligarla a ocupar su sepulcro » .

Entierros aparte, la *nueva política* consistiría en « ampliar sumamente los contornos del concepto político » de modo que « trasponiendo el recinto de las relaciones jurídicas, incluya en sí todas las formas, principios e instintos de socialización » . « Liberalismo y nacionalización propondría yo como lemas de nuestro movimiento » . « Nacionalización del ejército, nacionalización de la monarquía, nacionalización del clero (...), nacionalización del obrero; yo diría que hasta nacionalización de esas damas... » . « Se trata de estructurar (...), de obrar enérgicamente sobre esos últimos restos de vitalidad nacional » . « Antes que el orden público hay la vitalidad nacional » . « Aumento y fomento de la vitalidad de España » . « Tiene que ser toda una actitud histórica » . Insistencia en la eficacia.

A tal fin proponía una Liga de Educación Política cuyos miembros, cual *narodniki* rusos, « iremos a las villas y a las aldeas, no sólo a pedir votos (...) sino que nuestras propagandas serán a la vez creadoras de órganos de sociabilidad, de cultura, de técnica, de mutualismo, de vida, en fin, humana en todos sus sentidos » . « Vamos a recorrer los campos en apostólica algarada, a vivir en las aldeas, a escuchar las quejas desesperadas allí donde manan; vamos a ser primero amigos de quienes luego vamos a ser conductores » . El resultado: « una España en buena salud, (...) vertebrada y en pie » .

Puede que Azaña, escocido por otras vivencias, discrepase de estas entusiastas vaguedades; acusará al filósofo de no tener pensamiento, sino

« ocurrencias» . Ortega, quizá el principal pensador español del siglo XX, cuando descendía a la política y la historia, descendía [e]. Por lo demás, Azaña, coincidía con diagnósticos orteguianos como el referido a la Semana Trágica: « ¿Por ventura necesitábamos estos hechos para averiguar que España no existe como nación?» . O el de que los españoles « ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor» , y su historia era la de una enfermedad: « Las clases gobernantes (...) han gobernado mal no por casualidad, sino porque España estaba tan enferma como ellas» . Por tanto, « ¿No es cruel sarcasmo que luego de tres siglos y medio de descarriado vagar, se nos proponga seguir la tradición nacional?» . Conclusión: « En un grande, doloroso incendio habríamos de quemar la inerte apariencia tradicional, la España que ha sido, y luego, entre las cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente la España que pudo ser» . Nada distinto, en esencia, de las proclamas de Lerroux a sus jóvenes bárbaros, cuyo lenguaje, no tan fino, prescindía de « gemas iridiscentes» e iba al grano [21].

Casi nadie contestaba a estas tiradas. Uno de los pocos, el sólido investigador y ensayista Menéndez Pelayo, deploraba: « presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado por gárrulos sofistas, (...) emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan (...) hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la Historia hizo de grande, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía (...) Un pueblo viejo no puede renunciar (a su cultura) sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil» [22]. Alcalá-Zamora podía estar más de acuerdo con Menéndez Pelayo que con Ortega, pues su posición ante el supuesto problema de España, como ante la crisis del 98, fue mucho más pragmática y tradicional. Sin embargo, Ortega y los suyos irrumpían en el panorama español con verdadero empuje, y muy pocos osaban alzarles la voz.

Para Ortega y Azaña la historia de esos tres siglos parecía resumirse en la Inquisición y el supuesto genocidio de indios americanos. No obstante, en ese « descarriado vagar» , la enferma España había frenado la expansión de los turcos y de los protestantes, explorado gran parte del mundo, poniendo por primera vez en comunicación a los continentes y creando el primer circuito económico realmente mundial, había conquistado y poblado América de ciudades nuevas, muchas de ellas de gran belleza, fundado universidades —la primera de Asia, entre otras— y centros de cultura, evangelizado a millones de personas (lo cual no tenía por qué interesar a Ortega, pero interesaba a los españoles del siglo XVI), desarrollado principios del Derecho internacional y complejas instituciones políticas, creado un arte y literatura más que notables.

Etcétera. Si hechos tales resultaban desdeñables para los apóstoles de la « España vital » y la « inteligencia », ¡da vértigo pensar en las proezas que realizaría la nación, una vez ellos la refundasen y curasen de su « enfermedad » !

Debe admitirse que en los textos de Ortega, o en los de Azaña, la coherencia dista de ser virtud destacable. El énfasis del primero en la expansión de la política a toda la vida social muestra un sesgo totalitario, duro de conciliar con el también proclamado liberalismo. Su « nacionalización » resulta oscura, amén de imposible, ya que, según él, la nación no existía. La crítica al caciquismo y otros defectos partía de la presunción de que la pureza democrática —en la medida en que pueda hablarse de tal cosa— resultaba de la aplicación automática de algunos principios abstractos, y no de una evolución tenaz y a menudo penosa, como había ocurrido en los demás países. La patria azañista, « asociación de hombres libres », tal un club o un partido, sin ser original, es extraña. Los niños quedarían al margen, y las diferencias entre « hombres libres » harían y desharían « patrias » de continuo. Azaña no fue libre de elegir el lugar en que nació, con sus consecuencias decisivas de idioma, costumbres, derecho, cultura, historia, conflictos del momento, etc. Sólo se puede *elegir* patria nueva —y hasta un punto—, renunciando a la original.

La Liga de Educación Política tampoco evaluaba las fuerzas revolucionarias acampadas extramuros y con peones dentro de la fortaleza, como el anarquismo, de poder destabilizador bien acreditado, los separatismos, menores pero en auge en Vasconia y en Cataluña, o el socialismo. A éste y al movimiento sindical da en calificarlos Ortega de « únicas potencias de modernidad que existen hoy en la vida pública española » [23]. No explica su aserto, reducido a frase rotunda.

Tampoco hay análisis bajo las inapelables condenas a la Restauración. Ni una palabra sobre los avances en la industria, o en la ciencia y la universidad, sobre instituciones como la Junta de Ampliación de Estudios, gracias a la cual Azaña había pasado un año en París, y Ortega había estudiado en Alemania. La liberal Restauración les permitía expresarse y organizarse, y, por tanto, no les vedaba el poder: en 1910 llegaban los socialistas a las Cortes, donde ya bullía una buena minoría republicana. El caciquismo tendía a perpetuarse, pero podía caer, como en Barcelona por la tenaza de la *Lliga* y los republicanos. Quizá el caso barcelonés, con su potente industria y capas medias, era excepcionalmente favorable<sup>[f]</sup>, pero marcaba el camino. El retroceso del caciquismo y la expansión de la democracia eran lentos, pero también ineluctables. El problema de los partidos nuevos consistía en atraerse a la opinión pública, cosa que sólo empezaban a lograr. Así las cosas, ¿convenía derrumbar el sistema o reformarlo? Y de derrumbarlo, ¿qué podría sustituirlo con garantía de no dar un salto al vacío y repetir la I República? Estas cuestiones obvias no las planteaban siquiera quienes, apenas representativos y sin organización, convertían en argumento

decisivo su impaciencia por « entrar en la historia ». Su retórica victimista, entre escarnecedora y plañidera, tenía gran semejanza con la que distinguía a los nacionalismos de la periferia.

Entonces la política tendía a convertirse en provocación, alianza « objetiva » con las fuerzas revolucionarias. Ahora bien, aquellos impacientes escritores, en una nueva contradicción, entraban en el Partido Reformista, de nombre indicativo. Su jefe, Melquíades Álvarez, acababa de romper la Conjunción Republicano-Socialista para integrarse en la monarquía. El nuevo partido, una élite [g] intelectual, cumplía el anhelo de Azaña de imbricar la política con la « inteligencia », al estilo francés. No obstante, sería un error creer que las inectivas contra la Restauración carecían de efectos prácticos. Dado el creciente influjo de los intelectuales, fomentaban un clima social de falta de respeto al propio país, la creencia de que en él era posible « rajarse y cortar al antojo », y de que el régimen podía ser asolado sin mayores consecuencias ni riesgos. Lo cual no impedía declaraciones de ardiente patriotismo, un tanto abstracto, en quienes así pensaban.

Asombra, en fin, la tarea que asumían alegremente, ¡nada menos que fundar o refundar una nación, y una que había contribuido de manera importante a organizar y conformar el mundo! Tarea quizás absurda, pero en todo caso titánica. ¿Y qué tenían de titanes los miembros de la Asociación de Educación Política? Parece más bien que no medían sus fuerzas o que tenían de la sociedad y de la historia un concepto sumamente ingenuo. Para empezar, su intención de lanzarse a los campos y aldeas no la tomarían en serio ni ellos mismos, hombres jóvenes pero precavidos, que se habían ocupado ante todo de « solucionarse la vida » con empleos de funcionarios de aquel régimen presuntamente muerto y absolutamente rechazable (salvo, si acaso, en los sueldos). Azaña escribe: « A un personaje detesto: al que corre por los carriles de la vida ondeando la banderola verde de la precaución » [25]. Podría estar hablando de sí mismo. Y, titanismos al margen, entre las muchas virtudes de Azaña y Ortega no destacaban la entrega y ánimo esforzado de un Cambó, ni el espíritu batallador de un Lerroix. En fin, si, como plañían, el régimen les había privado del desarrollo de su inteligencia, nobleza y dotes naturales, ¿qué cabría esperar de ellos y de su protesta?

El remedio preconizado por La Liga de Educación Política se resumía, una vez más, en el lema « europeización », popularizado también por Lerroix en Barcelona (« embellecer, higienizar y europeizar la población »), para quien la república era « Europa » y la monarquía el atraso. Entendida como industria y libertades, la europeización estaba en marcha en el país, y quienes creían poder acelerar el proceso a voluntad hablaban de Europa sin crítica ni análisis. Ninguno había percibido las corrientes revolucionarias, la crisis de las concepciones

sociales y políticas, las grandes desigualdades sociales, las tensiones cada vez más insostenibles entre nacionalismos y entre imperialismos, ni reparado en el mensaje del nuevo arte y la nueva ciencia, que erosionaban las certezas de antaño. Como observa Madariaga, «Ortega tuvo además mala suerte. Apenas lanzada su campaña para europeizar a España, se le volvió loca la modelo», hundiéndose en una guerra feroz<sup>[26]</sup>.

La guerra del 14 afectó a todo el continente salvo unos pocos países como Suiza, Suecia u Holanda, y fue acogida al principio con entusiasmo, como si las gentes estuviesen hastiadas de la prolongada paz. En España fue distinto. Con *el Desastre* y los reveses en Marruecos aún frescos, el ardor guerrero popular era nulo. Además, ningún contendiente gustaba a la población. Inglaterra exhibía con insolencia, en Gibraltar, la prueba humillante de la decadencia hispana, y la memoria colectiva guardaba de Francia el agravio de viejas invasiones; Alemania estaba lejos y no había sido potencia amiga. Ninguna había movido un dedo por España en 1898. En balde iban a derrochar unas y otras dinero e influencia por atraerse a los españoles. Los belicistas que, como Lerroux y Azaña, querían la intervención, tendrían enfrente a la opinión pública<sup>[h]</sup>.

Lerroux, pro francés, tachaba la neutralidad de simple impotencia, augurando que ella traería al país aislamiento y desprecio internacional: «España pudo sumarse a los Imperios Centrales o a sus contrarios (...) Cualquiera de ambas posiciones hubiese sido preferible a la de una neutralidad que hoy pagamos en trágicas consecuencias»<sup>[27]</sup>. Aseguró en Francia que el rey y el pueblo querían intervenir. El segundo, al menos, se encargó de desengañarle con abucheos y pedradas en sus comparecencias públicas. Su popularidad cayó en picado.

Azaña hizo una apasionada agitación intervencionista. Dentro del esfuerzo de propaganda francés fue invitado en 1916 a visitar el frente. Su relato rezuma fervor: «Nuestra estancia en París se inauguró de un modo delicioso». «Las afinidades literarias entre España y Francia, como deladoras de su proximidad espiritual, fueron tratadas muy lindamente». «Los franceses derivan toda su fortaleza de ánimo de la justicia de su causa». «Tesoros de serenidad, obstinación y valor». El general Gouraud encarnaba el espíritu militar francés: «La figura más guerrera que se puede imaginar... Pero hay en la mirada de sus ojos azules (...) una vislumbre de dolor, y en su voz una entonación conmovedora que descubren un gran corazón». «Alianza de la aptitud militar con las más suaves cualidades humanas». «Acento grave, sobriedad en las palabras y en los gestos». «La aproximación franco-española (...) camina con retraso». «Estas cosas tan bellas y tan sinceras, hace tiempo que debieran haberse dicho». Etcétera<sup>[28]</sup>.

En mayo de 1917, en su discurso *Los motivos de la germano-filia*, llegó a pedir un alzamiento «fusil en mano» contra los neutrales gobernantes. «¿Podemos

nosotros (...) cuando se ventilan intereses universales, justificar nuestra conducta exhibiendo simplemente apetitos particulares?» . « Decir que no se es aliadófilo ni germanófilo, y sí español a secas, o (...) *hispanófilo*, es no decir nada» . Describió el pasado hispano como un imperio donde «no hubo más que mendigos y frailes, aliñados con miseria y superstición» . Hacía falta que «la conciencia de este pueblo llegue a estar con la conciencia universal en perfecta coincidencia» , aprovechando aquella «gran ocasión» . Ilícita en lo moral, la neutralidad era también imposible materialmente: «¿Disfrutamos de un privilegio tan extraño que no siendo ajenos a la guerra ni los pueblos más cultos ni los más salvajes, (...) podremos nosotros flotar en una especie de espacio vacío, sustrayéndonos a las leyes de la mecánica social y política del mundo? No podemos» [29].

Muy otra fue la opinión de Cambó y Alcalá-Zamora. Aquél escribe, con cierto cinismo: « España tenía que ser neutral, (...) evitar los estragos políticos y económicos de la guerra... y aprovecharse de ello si era posible» . El país, « por su situación geográfica, puede muy bien aprovecharse de los períodos en que los otros riñen, como, fatalmente, queda arrinconada cuando los grandes Estados viven en paz» . « El Gobierno Dato declaró la neutralidad (...) Romanones manifestaba su simpatía hacia Francia y (...) deseaba (la guerra)» [30].

Según Alcalá-Zamora, Romanones estuvo a punto de salirse con la suya en septiembre de 1916, « en plenas vacaciones, cual convenía para sorpresa de la opinión, desprevenida» . Don Niceto le amonestó, probándole que « caería dentro o fuera de las Cámaras antes de entrar en una aventura que la masa general del país condenaba y que sin ventajas para España pondría a prueba muy difícil la cohesión espiritual y la resistencia económica de ésta en una guerra ya larga, pero todavía muy lejos de su final» . Le indujo abandonar « el temerario intento. Puede que en ello influyese un poco mi consejo; pero pesó mucho más la serie de descalabros militares rumanos (que) (...) tuvieron la insospechada eficacia de afirmar la vacilante y amenazada neutralidad española» . « Asediada desde fuera por la presión intervencionista y mal defendida desde (...) la organización oficial por gentes que no sentían con fe y aun repugnaban con violencia tal neutralidad, sostúvose ésta de milagro y pudo temerse su ruptura» [31].

## Capítulo IV

### LA CAÍDA DE LA RESTAURACIÓN

El Vaticano y Estados Unidos habían hecho intentos en pro de la paz, desoídos por los aliados y algo menos por Alemania, la cual, empero, tenía mayor responsabilidad por el desencadenamiento del conflicto. En 1917 la guerra entró en un período crítico. Ningún contendiente lograba imponerse, y los pueblos, cansados, ansiaban terminar casi a cualquier precio. En Rusia, cuya mala organización militar y económica extremaba las penalidades, una revolución derrocaba al zar en marzo (febrero en el calendario ruso). Los aliados apoyaron al nuevo régimen, presidido desde julio por Kerenski, convencidos de que redoblaría el esfuerzo bélico, pero no tenía tal voluntad la exhausta población. En España, esa primera revolución rusa despertó en la izquierda grandes expectativas.

Alemania había relanzado en enero la guerra submarina con el fin de doblegar a Gran Bretaña. Estuvo cerca de lograrlo, pero el hundimiento de barcos motivó, en abril, la beligerancia de Estados Unidos en favor de los aliados, aportándoles una potente inyección de moral que cerró cualquier puerta a una paz negociada. Poco después el Reichstag germano votó por una paz de comprensión y reconciliación, sin hallar eco alguno en el lado contrario... ni en los poderes efectivos del Reich. El apoyo norteamericano inclinó la balanza contra los Imperios Centrales, aun si su intervención militar masiva había de esperar hasta julio de 1918. El presidente norteamericano Wilson, simplificando en exceso, pintó el conflicto como una cruzada de las democracias contra autocracias medievales, y prometió la aplicación general del principio de autodeterminación, que iba a convertir el centro-este europeo en un avispero.

La guerra originaba sucesos decisivos para el curso del siglo XX: la revolución rusa, que en noviembre daría lugar a la implantación del primer sistema socialista de la historia; el primer abandono por Estados Unidos de su tradicional aislacionismo; el declive de Europa como «centro del mundo», después de cuatro siglos de serlo a partir de los descubrimientos hispano-portugueses; la aspiración de las colonias a sacudirse el yugo. Al lado de esos procesos, sufrían una profunda crisis los valores tradicionales, religiosos, familiares, patrióticos, etc., y también de la fe racionalista de la Ilustración, a sustituir todo lo cual llegaban doctrinas como el marxismo y poco después el

fascismo, las teorías de Freud, la eclosión de las vanguardias que rompían con las viejas concepciones artísticas, etc.

También España entró ese año en un período crítico. La neutralidad le trajo prosperidad nunca vista, aunque también un rápido aumento de precios, tensiones sociales y corrupción política. En 1916 Santiago Alba propuso una reforma fiscal que, gravando los beneficios extraordinarios de las empresas, financiase un ambicioso plan de enseñanza e infraestructuras. Cambó, respaldado por intereses empresariales de todo el país, echó a pique el proyecto. Al año siguiente, 1917, la crisis se haría explosiva.

Ese año el régimen sufrió la conmoción de tres procesos revolucionarios, militar uno, otro promovido por la *Lliga*, y un tercero obrerista-republicano. Fue sintomático que ante sacudidas tales se sucedieran nada menos que cuatro gobiernos, sin posibilidad de aplicar una política consecuente.

La desestabilización comenzó con las Juntas Militares de Defensa, especie de sindicato castrense que, exigiendo la supresión del favoritismo en la provisión de cargos y una subida de sueldos, mermados por la inflación, terminó en subversión abierta cuando el gobierno quiso imponer disciplina. En su rebeldía usaron la retórica regeneracionista, acusando a los políticos de anquilosamiento, caciquismo y corrupción, y pidieron hasta unas Cortes constituyentes. Como cuando la Ley de Jurisdicciones, el régimen flaqueó. Las injerencias del rey en el ámbito militar, y la camarilla de que se había rodeado, unidas a la constante rotación de los partidos en el poder, habían frenado una tarea de tanto alcance como la remodelación del ejército después del 98. Tarea en apariencia aplazable, al haber renunciado España a intervenciones exteriores, salvo la menor de Marruecos<sup>[a]</sup>. Además, los actos revolucionarios y la hostilidad de los aspirantes a enterradores de la Restauración, obligaban a los partidos turnantes a extremar su tacto con los milites. Así, las juntas y sus arrogancias hubieron de ser toleradas, y con ellas hubo de pechar Dato, vuelto al poder en junio de 1917 tras la dimisión de García Prieto.

Esta claudicación desacreditó al régimen y exaltó a sus enemigos. Quienes, como Lerroux, Cambó o Melquíades Álvarez, habían ingresado en el sistema, salieron de él, creyéndolo moribundo. Las izquierdas apoyaron a las juntas, en las que vieron, con razón, un factor revolucionario y una posible ayuda para el golpe violento que preparaban. Alentados por los sucesos de Rusia, los socialistas llamaban a las izquierdas a cerrar filas, y el 17 de junio aparecía en *El País* un manifiesto de ruptura, firmado por Pablo Iglesias, Lerroux, Álvarez y otros. Ocurría que todos ellos deseaban introducir a España en la guerra, al lado de Francia. El republicano catalán Marcelino Domingo amenazaba: « Los reyes, ha dicho Voltaire, han de tener el instinto de poner fin oficial a su reinado para evitar al país el trance doloroso de liquidar a un mismo tiempo el reinado y el rey ». El día 21, el periódico anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*, concluía. « En este país

del caciquismo, de la violencia, (...) es a la fuerza a la que debemos encomendar nuestro pleito» . Las huelgas proliferaban<sup>[1]</sup>.

Entre la fragilidad del régimen y el temor a la revolución, Cambó creyó llegada la hora para un avance decisivo. Los últimos años había cosechado un rosario de triunfos: « En toda España la *Lliga* tenía un enorme ambiente. Todo el mundo confiaba en nosotros, y todos querían aliarse con nosotros » ; el año 1916 había sido « la etapa más gloriosa de nuestra historia » . En contraste, « Se había llegado al máximo desprestigio del poder público y de los que lo encarnaban. El Rey, en aquel período, se había entregado a la pública disipación, en la cual participaba también la reina. Las fortunas improvisadas durante la guerra y la impúdica ostentación que de ello hacían sus poseedores fomentaba la crisis social que venía como consecuencia de la crisis política y la crisis moral » <sup>[2]</sup>.

Considerando su partido lo único vivo y fuerte en la política española, Cambó volvió a la táctica semirrevolucionaria de sus comienzos: « Si (...) los partidos de turno nos cerraban el camino del Poder, nosotros demostraríamos que sin Cataluña en España no se podía gobernar » . « Únicamente un gran revulsivo que creara estado de opinión podía salvar España. Este revulsivo podía llevar a una convulsión revolucionaria como al fortalecimiento y rehabilitación del poder público » . El revulsivo consistió en convocar una « Asamblea de Parlamentarios » con vistas a unas Cortes constituyentes que reestructurasen el estado en sentido autonomista. La asamblea, respaldada por la izquierda, buscó el concierto con las Juntas militares, en las que decía ver la señal para « una profunda renovación de la vida pública española » <sup>[3]</sup>.

Cambó comprendía que sus aliados tenían fines divergentes: “ Los republicanos iban a la Asamblea con el convencimiento de que ayudaría a crear un estado revolucionario que redirigirían a su arbitrio: Lerroux, convencido de que él sería el director para instaurar una República burguesa; Melquíades Álvarez tenía una ilusión parecida a la de Lerroux; Marcelino Domingo (...) pensaba que la reunión tomaría un cariz tan social como político y que él, que ya tenía contactos con organizaciones obreras, podría aprovecharlo. Los anarquistas estaban seguros de que acabarían haciéndose dueños de la situación revolucionaria que el movimiento de los parlamentarios tenía que engendrar » . También Pablo Iglesias apoyaba. Para la *Lliga* se trataba de « españolizar nuestro movimiento, ligándolo a una empresa general española que nosotros iniciaríamos y dirigiríamos; constituirnos en el elemento esencial del nuevo régimen que se instaurara en el país » . Sólo que « el mayor riesgo consistía en ser desbordados por las izquierdas » <sup>[4]</sup>.

Desde el 5 de julio « se creó en España un período de agitación sin precedentes », « un estado febril del cual se vieron libres muy pocos » . Macià pedía armas para lanzarse al monte: « Inútil discutir con aquel iluminado » . En

suma, «precisaba de toda la confianza que yo tenía en mí mismo en aquel tiempo para seguir adelante en una aventura tan peligrosa» [5].

Los partidos turnantes estaban amedrentados, pero Dato demostró tener *agallas*. Avisó que consideraba la asamblea ilegal y sediciosa. Los asambleístas, retadores, mantuvieron la convocatoria, y el 19 de julio sesionaron 68 diputados y senadores en un palacio de la antigua ciudadela de Barcelona. Al puerto habían arribado dos barcos de guerra, y la Guardia Civil patrullaba la ciudad. Detectada la asamblea, el gobernador civil ordenó arrestar a su presidente, Abadal. Los reunidos se solidarizaron con éste. «Bien, quedan todos ustedes detenidos», fue la respuesta. Los guardias los acompañaron hasta la salida, donde los dejaron libres para que fueran a recibir las ovaciones de sus seguidores. Uno de ellos, José Zulueta, afirmó: «El Gobierno no sabe cómo hacer uso de lo que cree poseer: la fuerza. Nosotros empleamos lo que tenemos: la razón. Hoy hemos escrito el prólogo de un libro voluminoso». El libro era la ruina de la Restauración [6].

Probablemente Cambó sobreestimó su propia fuerza, subestimó la del régimen y no apreció con claridad el ímpetu obrerista. El episodio asambleario, concluido sin mucha pena ni gloria, ahondó la crisis política y dio alas a movimientos revolucionarios más consecuentes.

Si junio fue el mes de las Juntas de Defensa y julio el de la Asamblea de Parlamentarios, en agosto el país crujió con una gran huelga revolucionaria, ordenada por socialistas, anarquistas y republicanos. Los organizadores contaban con la pasividad benévola de otros sectores y confiaban, por diversos contactos con las juntas, en la adhesión, o al menos la neutralidad del socavado ejército. Desde marzo, socialistas y anarquistas promovían huelgas y acumulaban armas. El PSOE coordinaba el movimiento, pero, creyendo prematura una revolución *proletaria*, aceptaba la primacía de una república *burguesa*.

Los jefes socialistas querían aguardar: «nos oponíamos tenazmente a declarar el movimiento sin preparación», explicará Largo Caballero, dirigente de la UGT. Pero el ambiente les arrastraba. «Existía gran efervescencia política en España. Se habían constituido las Juntas Militares de Defensa; se anunciaba la asamblea de Diputados en Barcelona para fecha muy próxima; las Agrupaciones socialistas y Sociedades obreras se impacientaban; querían ir al movimiento revolucionario». Anarquistas y republicanos hervían por entrar en acción. Marcelino Domingo, republicano, aseguró a los ferroviarios que la asamblea de diputados sería la señal para la huelga revolucionaria, y los obreros pararon los trenes de Levante. La empresa despidió a varios activistas, y la directiva de UGT, alarmada, trató de zanjar el prematuro conflicto. Pero un dirigente, Anguiano, y los ferroviarios, amenazaron con huelga total si no eran readmitidos los expulsados. «Preguntado Anguiano por qué habían tomado semejante acuerdo, contestó que estaba seguro de que el Gobierno se apresuraría a buscar la solución

antes de que expirara el plazo legal. Las Ejecutivas opinaban lo contrario, temiendo que el Gobierno aprovecharse la circunstancia para infligir una derrota a la clase obrera» [7].

El temor de las ejecutivas resultó justificado y Dato volvió a acreditar su hábil firmeza. Era el principal valedor, por otro lado, de reformas sociales desde el gobierno, con las que pensaba integrar a los elementos moderados del obrerismo y frenar a los extremistas. Alertado por los indicios externos o tal vez conocedor de los planes secretos revolucionarios, rehusó la readmisión de los despedidos. Se dijo después que había forzado adrede la revuelta. Si así fue, habría demostrado buena información y sangre fría [b]. Los ferroviarios entraron en huelga general y fueron inútiles los esfuerzos disuasorios de la Ejecutiva socialista, que hubo de cargar «con la responsabilidad de un movimiento que ninguno queríamos» en aquel momento. Se improvisó una comisión revolucionaria con Largo, Besteiro, Anguiano y Saborit, que declaró la huelga indefinida en pro de unas Cortes constituyentes y un cambio del régimen «para la salvación de la dignidad, del decoro y de la vida nacionales». Los obreros renuentes debían ser forzados a parar, y las ciudades quedar desabastecidas. Por titubeos causados por la impreparación de la lucha, o porque esperaban ayudas militares, las instrucciones decían: «Sólo en el caso de que la actitud de la fuerza armada fuese manifiestamente hostil al pueblo, deberán adoptarse las medidas de legítima defensa» [8].

La huelga empezó el 13 de agosto. Hubo choques sangrientos en Barcelona, Madrid, Asturias, Bilbao y otros lugares, se multiplicaron los sabotajes, y un descarrilamiento provocado causó numerosos muertos y heridos en Bilbao. Los militares, contra lo esperado por los rebeldes, se pusieron al lado de la legalidad. Suele afirmarse que la represión fue muy dura, y se destacan frases truculentas de algún general, pero los datos indican otra cosa. Oficialmente hubo 80 muertos y 150 heridos, bastantes menos que en la Semana Trágica barcelonesa, y Dato subrayó en el Congreso, sin ser desmentido, que el ejército sufrió bastantes más bajas que los revolucionarios [c].

No está claro por qué los revueltos militares defendieron el orden. Quizá porque sus fines, bajo frases regeneracionistas, eran puramente corporativos. Alcalá-Zamora apunta otra causa: «Mi impresión, confirmada por cuanto después he oído a los caudillos socialistas, es que en aquella huelga (...) entró sólo como un pretexto el problema social (...). En el fondo de aquellas aguas oscuras (...) hubo un movimiento intervencionista. Precisamente por eso no prevaleció; porque contra sus esperanzas de coincidir con la otra agitación simultánea del ejército, éste, que presintió la tendencia, combatió la huelga y ayudó para vencerla a un gobierno al que volvería a mirar con desdeñosa hostilidad tan pronto como pasó aquel peligro» [9]. Muchos, en efecto, creyeron que el

objetivo oculto de la revolución era arrastrar a España a la guerra- mundial, que pocos militares querían.

De la prueba de fuerza de 1917 los enemigos del régimen salieron conmocionados y divididos. Cambó y Lerroux volvieron rápidamente a una política de orden, y entre los republicanos y el PSOE se abrió una desconfianza rayana en hostilidad. Los socialistas se sintieron vendidos, y parte de ellos resolvió no volver a mover un dedo por una alternativa y unos políticos al fin y al cabo *burgueses* y explotadores como los demás.

Sin embargo, la derrota fue todo menos decisiva. Tras unos meses y el habitual indulto, los jefes insurrectos sentenciados a cadena perpetua estaban libres, y varios de ellos en las Cortes.

Allí, en mayo de 1918, ya exigían cuentas por la represión. Un airado Dato les replicaba: "Los autores, (...) de un movimiento revolucionario que tenía por fin derribar al régimen (...) los que se lanzaron o lanzaron a los demás por caminos de perturbación, (...) considerando que la amnistía no es el perdón, sino una apoteosis del delincuente, vienen aquí a (...) (acusar) a aquellos gobernantes que en los días negros y amarguismos del mes de agosto (...) tuvieron que defender el orden social (...) Vosotros, deteniendo proyectos de ley que a esas clases trabajadoras se refieren, habéis pasado sesiones y sesiones hablando ¿de qué? ¿De aquello que puede unirnos para una colaboración común tan indispensable en los momentos por que la Nación está atravesando? No; para sembrar aquí rencores, para establecer antagonismos, para continuar aquí la obra revolucionaria de que estáis encargados» .

Y en los años siguientes, las circunstancias, muy influidas por los sucesos del resto de Europa, iban a mejorar para los demoleedores del régimen.

En noviembre de 1917 (octubre en el calendario ruso), sólo ocho meses después de la revolución de marzo, los bolcheviques derrocaban a un Kerenski empeñado en continuar la guerra. La figura de Kerenski quedó en lo sucesivo, quizá no del todo justamente, como paradigma del político que, con claudicaciones, blanduras y demagogia izquierdista, allanaba el camino a la revolución social. Lo cierto es que su margen de maniobra era estrechísimo. Los agotados rusos eran presa fácil de la propaganda revolucionaria que exigía la paz, denunciaba el desangramiento del país en provecho de los imperialismos aliados, y prometía el reparto de la tierra a los campesinos. Además, la agitación bolchevique, pagada en buena parte por los alemanes, golpeaba contra un edificio estatal prácticamente desmantelado después del derrocamiento del zar por los liberales y socialdemócratas, en marzo. Lenin había comprendido la situación y, sin asustarse —como en el fondo se asustaban muchos revolucionarios— ante el gigantesco experimento social y el salto en el vacío que

suponía una revolución marxista, empujó a ella a su partido en un momento propicio.

La revolución soviética estremeció al mundo. Nació un régimen como jamás había visto la historia, que abría las puertas al « hombre nuevo », liberado de los lazos de la religión, la propiedad privada, la familia y las instituciones *burguesas*. Marx y Engels lo habían anunciado en su *Manifiesto*, al aclarar que tenían razón quienes les acusaban de querer « abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva » ; pues « La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada tiene de extraño que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales ». Y ahora eso empezaba a ser verdad en Rusia. En un mundo asolado por una guerra atroz entre regímenes liberales y parlamentarios, guerra demostrativa de la ruina moral y material del viejo sistema, se decía, la revolución señalaba la salida del laberinto.

El fracaso del experimento soviético quedó de relieve desde el principio. Una teoría « materialista » que explicaba la historia a partir de la economía demostró enseguida su inviabilidad económica, hundiendo a Rusia en el hambre y el caos. Asumiendo los intereses de la « clase obrera », el poder ahogaba en sangre las huelgas como no hubiera osado ningún gobierno *burgués*. Prometiendo acabar con la opresión estatal, creaba el estado policiaco más brutal y despiadado que había conocido la humanidad. Muchos esperaban que estos fenómenos fueran pasajeros, y los achacaban a la inexperiencia, vicios ancestrales rusos, sabotaje de las clases explotadoras, o por el acoso de los países capitalistas. Otros los tenían por consecuencia de una doctrina falsa en su raíz, que halagaba los más absurdos deseos humanos, como la paloma kantiana deseaba la desaparición del aire que le oponía resistencia, pero sin el cual no podría volar. De hecho, en Rusia comenzó una época increíblemente opresiva, un baño de sangre persistente a lo largo de decenios. En sus 70 años de existencia, el poder soviético nunca se apoyó en el éxito económico, inexistente, sino en un colosal sistema de represión combinado con una propaganda obsesiva, que imponía a las masas no ya la resignación como otros despotismos, sino una adhesión activa y ciega.

Esa realidad no impidió la rápida difusión mundial del mensaje de Lenin. Brotaron por doquier partidos bolcheviques, rígidamente centralizados en una Comintern o Internacional Comunista, en ruptura con la Socialista « vendida a los intereses del capital ». Innumerables socialdemócratas y liberales, aun si dubitativos de los fines soviéticos, los defendían, y denostaban a cuantos exponían los crímenes del « gran experimento ». ¡Rusia marcaba el futuro de la humanidad! Así llegaron a creerlo hasta sectores católicos. La expansión comunista fue prodigiosa: en poco más de treinta años imperaba sobre más de un tercio de la población mundial, y condicionaba al resto. Pues bien, ninguna de esas revoluciones cumplió, a no ser a, la inversa, sus promesas económicas o de

cualquier tipo. Por tanto, si esta gigantesca experiencia del siglo XX indica algo, no es, desde luego, el poder de la economía, de la «materia» en términos marxistas, sino el del espíritu... aun si se trataba del espíritu descrito por Dostoyefski en su premonitoria novela *Los demonios*.

En España, socialistas y anarquistas recibieron enorme aliento. Ya no invocaban un ideal de bella apariencia pero impracticable, charlatanería utópica en el fondo: Rusia era una realidad tangible, victoriosa sobre los viejos poderes destinados al «basurero de la historia». El PSOE con casi 15.000 afiliados, 14 periódicos, 140.000 votos, 6 diputados y 144 concejales en 58 ayuntamientos, en 1918, crecía velozmente. Al año siguiente el partido planteó su unión a la Comintern leninista. Reconoció que «la importancia que la masa trabajadora concede a la revolución rusa y el entusiasmo que manifiesta por la república de los Soviets están plenamente justificados», y rechazó cualquier crítica a las «deficiencias» revolucionarias, admitiendo «la dictadura del proletariado como condición indispensable para el triunfo del socialismo». Pero la férrea disciplina exigida por los rusos impidió la unión, y tras un período de disputas internas los más pro-bolcheviques se escindieron en 1921. El PSOE guardó, no obstante, un profundo y extenso apego por los soviets. Los comunistas españoles no lograrían crear un partido sólido hasta muchos años después<sup>[11]</sup>.

También el anarcosindicalismo crecía. La CNT (Confederación Nacional del Trabajo), fundada en 1911 y que tanto iba a pesar en la historia posterior de España, afirmaba tener 700.000 afiliados a finales de 1919, cifra indicativa aun si muy exagerada. Entonces decidió la «entrada provisional» en la Comintern, «por el carácter revolucionario que la preside». Se trataba de un equívoco, pues los principios anarquistas chocaban con los comunistas, y el poder soviético estaba ya reprimiendo, y lo haría con extrema dureza, a los anarquistas rusos. La ruptura de la CNT con la Comintern llegó pronto, pero entre los ácratas el bolchevismo retuvo prestigio como una revolución auténtica, aun si incompleta o desviada.

Ese mismo año protagonizó la CNT, en Barcelona, la huelga de la compañía eléctrica *La Canadiense*, abierto intento revolucionario, el «movimiento (...) más glorioso para la clase obrera anarquista», en opinión de sus organizadores, y 4a huelga (...) más venenosa, la más salvaje», «la ruina de nuestra ciudad y la ruina de Cataluña», a juicio del gobierno y los catalanistas. Llegó a paralizar hasta los entierros. «Corríamos el riesgo de que una Cataluña arruinada, con fábricas destruidas, con casas incendiadas, con charcos de sangre por todas partes, hubiera aparecido como el fruto natural de la acción y la propaganda catalanista». La *Lliga* apoyó sin reservas a la autoridad<sup>[12]</sup>.

Y contra el terrorismo, que desbordaba las medidas de represión, la patronal catalana terminó montando sus propias bandas de pistoleros, protegidas o toleradas por la autoridad, y exigiendo insistentemente mano dura de Madrid.

En noviembre de 1918, el fin de la guerra mundial dio lugar a una momentánea explosión de entusiasmo. Recordará Cambó: « Todos los idealismos, todos los sueños y todas las pasiones creían llegada su hora. Los 14 puntos de Wilson (...) habían enloquecido al mundo entero. Toda la humanidad vivía uno de los momentos más intensos de su historia. Algo que, de tan sublime, no podía durar, pero ¡ay del que se hubiera atrevido, en aquellos momentos de euforia, a exponer la menor duda! Esto pasaba hasta en los mismos pueblos vencidos: dentro de Alemania (...) comunistas, socialistas y hasta católicos vieron la caída fatal de la dinastía de los Hohenzollern como un campo espléndido para la realización de los ideales de cada uno. Dentro de Austria, mosaico de nacionalidades, cada uno creía llegada su hora (hasta lo creían los húngaros, verdaderos autores de la guerra y que dentro de la Monarquía habían tenido situación de extraordinario privilegio). Si esto pasaba en los países vencidos, imaginad lo que tenía que pasar en los (...) neutrales». Sin embargo, esa primera euforia encubría un profundo choque moral en las sociedades occidentales, similar en muchos aspectos al que sacudió a España en 1898. Fueron puestos en cuestión los fundamentos culturales y civilizatorios que habían regido en Europa desde siglos atrás, no sólo los cristianos, sino también los liberales del siglo XIX, en una revolución de las mentalidades que iba a alimentar las agitaciones fascistas y comunistas, la expansión generalizada del poder del estado, y toda suerte de dictaduras. Italia entre los vencedores y Alemania entre los vencidos, pronto caerían en el caos, y la primera en el fascismo antes de cuatro años.

En España, las clases conservadoras « descontaban que con la paz se entraría en el país de Jauja; los revolucionarios de todas clases (...) no dudaron que había llegado para cada uno de ellos la realización máxima de su ideal: ilusiones políticas, económicas, sociales, nacionalistas, liberales, toda suerte de ismos». Grupos nacionalistas vascos y catalanes exigían la secesión, y hubo indicios de que los Aliados intervenirían en los asuntos hispanos. Una duquesa transmitió a Cambó este mensaje del embajador inglés: « Diga a sus amigos catalanes que Inglaterra no consentirá ahora que se les atropelle si reclaman su autonomía». Entonces la *Lliga* terminó recayendo en su práctica semirrevolucionaria, con retirada de las Cortes y preparativos de desobediencia civil. La situación se volvía explosiva a principios de 1919- Paradójicamente fue apagada por otra explosión más violenta: la mencionada huelga de *La Canadiense*.<sup>[13]</sup>

Radicalización obrerista, auge del terrorismo y efervescencia nacionalista no eran los únicos retos que había de encarar el régimen liberal de la Restauración en aquellos años. Otro se añadió, que, combinado con los demás, se convertiría en una horrible pesadilla: en 1919 los franceses advirtieron a Madrid que debía ocupar de una vez su parte del protectorado marroquí, dando a entender que de otro modo ellos lo harían. El aviso obligó a una acción más enérgica por parte española, que iba a desembocar a los dos años en una hecatombe.

Para afrontar los peligros que se le echaban encima, el régimen contaba con fuerzas muy mermadas y penuria de líderes capaces. Los seis años que le restaban de vida, iban a ver una nerviosa sucesión de gobiernos, nada menos que 13, un promedio de uno cada cinco meses.

En 1917 la Restauración había dado muestras de bastante más vitalidad de la que sus enemigos sospechaban. Dato supo entonces reunir sus reservas pero, pese a tan excepcional servicio, fue relevado en noviembre. Según Romanones, su cese fue impuesto por las juntas militares, a las cuales el rey « tuvo la debilidad de escuchar a espaldas del Gobierno » ; Cambó, a su vez, se atribuye el mérito, habiendo creado « un ambiente hostil a Dato pese al éxito alcanzado dominando la huelga », hasta hacer que « el rey (le) expulsara del Poder », con resultado de « ruptura del sistema de los partidos de turno ». Así, « aquellos que por tanto tiempo nos habían cerrado el paso estaban vencidos y deshechos ». Los partidos turnantes, acosados desde fuera, enfrentados entre sí y desgarrados internamente, a duras penas se tenían en pie ante los duros embates de la época<sup>[14]</sup>.

La descomposición se acentuó al extenderse el ejemplo de las juntas militares a otros organismos del estado, amenazado así de colapso. A principios de 1918 hubo de dimitir el sucesor de Dato, y Alfonso XIII, desesperado, advirtió a los políticos que abdicaría si no se concertaban para salir del atolladero. Se formó un *gobierno nacional*, presidido por Maura, con dirigentes de los diversos partidos. En él fue ministro Cambó por primera vez, en Fomento, desempeñándose con su habitual estilo eficaz, imaginativo y concienzudo. Sin embargo, el *gobierno nacional* sólo duró hasta noviembre, en práctica coincidencia con el final de la guerra mundial. Cada partido quiso recobrar entonces su independencia, y el líder catalán, acuciado por la euforia nacionalista y por el temor a ser desbordado, volvió a jugar fuerte, como hemos indicado, al borde mismo de la revolución.

Los últimos años de la Restauración pueden describirse como una crisis profunda y crónica, aun si este resumen no hace justicia a los esfuerzos de unos u otros para enderezarla. El triunfalismo de Cambó por la caída de Dato se nubla al constatar que si « destruir el turno de unos partidos (...) era cosa fácil », lo era

menos « crear movimientos de opinión animados por un ideal colectivo » : « ¡Se había destruido un artificio y no se había creado ni una realidad ni otro artificio que viniera a sustituirlo!» [15]. En efecto, el catalanista resaltaba la pretendida falta de vida del régimen, pero sus audaces y hábiles maniobras sólo se explican por lo contrario, por la convicción de que el « artificio » tenía solidez bastante para resistir tales jugadas. Finalmente, éstas, involuntariamente combinadas con la acción extremista y la perturbación militar, estaban derrumbando el edificio sobre sus cabezas. No había recambio para el régimen, a no ser la revolución o la dictadura, y quizá Cambó lo entendió tarde.

En esos años Alcalá-Zamora llegó por fin a ministro, siéndolo de Fomento en el gabinete de García Prieto, un político mediocre que sustituyó a Dato en noviembre de 1917. Trabajó de firme, en circunstancias de poco lucimiento: « Todo había que hacerlo: refrenar la exportación y sobre todo contener las codicias desatadas ». « Los intereses heridos o insatisfechos me atacaron con furia en la prensa, que jamás cuidé ». Pero la plaga de las juntas hizo dimitir a García Prieto a los cuatro meses, innecesariamente, a juicio de don Niceto: « Con harta desproporción para un conflicto pequeño se formó entonces el gobierno llamado nacional ». Muy otra impresión ofrece Cambó de aquella crisis: « La gente se abrazaba sin conocerse. Muchos lloraban (...) Todo el mundo tenía la sensación de que no España, sino cada uno de ellos mismos se había salvado de un inmenso peligro ». La opinión del líder catalán sobre su antecesor en Fomento es mala: « trabajó mucho, pero su innegable esfuerzo no fue fructífero » ; y le atribuye un « instinto caciquista », capaz de « infringir todas las reglas » a favor de sus amigos, ganándose tal animosidad entre los funcionarios que fue preciso adoptar medidas para que « pudiera salir del Ministerio sin que sufriera su integridad física ». Lerroix también se recrea: « Iba acumulando prestigios de abogado, de orador, de parlamentario, pero como Ministro (...) acumulaba también fracaso sobre fracaso » [16].

Después, « la descomposición de las fuerzas liberales, pulverizadas por las crisis de 1917 y 1918 », marginó a don Niceto al frente de una exigua minoría (dos diputados), « mermada por aquella violencia electoral ». A principios de 1921 recibía un nuevo golpe familiar al ser su hija menor desahuciada por los médicos. Con talante espartano, y para frustrar una « mezquina y grave maniobra » parlamentaria « pregunté al médico si aquella muerte fatal permitiría la espera de mi ida al Congreso y como me diera seguridad de ello, fui ». Y apoyó a sus adversarios políticos injustamente atacados. Tenía 44 años y siete hijos [17].

A comienzos de 1922 se sintió « sin fuerzas para luchar » contra la inmoralidad y corrupción que percibía en torno, y estuvo tentado a dejar la política. Un íntimo amigo le alentó a proseguir « con los recursos que aún

quedaban». Poco después fue enviado a la Sociedad de Naciones. Allí, « la comisión quiso enviarnos como ponentes ante la asamblea plenaria a Cecil, Lebrun y a mí. Se opuso, entre bastidores pero irreductiblemente, Italia, enemiga resuelta de toda ventaja española, desde aquella pequeñez personal a la admisión de nuestro idioma en los debates». El sistema internacional de posguerra le pareció « demasiado fuerte para ser modificado sin la fuerza, y demasiado artificioso para sostenerse sin ella. Impresión pesimista, que preveía la nueva guerra» [18]. Suele juzgarse, en efecto, que la abusiva paz de Versalles sentaba las premisas para una vuelta a las armas.

A finales de aquel año volvió a ser ministro, esta vez en Guerra, hasta noviembre del año siguiente. Lidió con la inquietud militar y si bien « no era posible bajo la Monarquía intentar la radical reducción de plantillas excesivas y unidades aparatosas, que luego acometió la república, fui, sin embargo, por tal camino tan lejos como ello era posible». El rey le apoyó, pero provocó también roces irritantes, causados por sus « inclinaciones a no distinguir entre su casa y el Ministerio de la Guerra, mirado como una prolongación de aquella» [19].

Lerroux, aunque tuvo participación marginal en la intentona de agosto del 17, se exilió al conocer una orden de detención contra él. Volvió pronto a España y a los carriles del orden, al punto de entrevistarse con el monarca, sin mayores efectos, y apoyó la conducta del ejército en la represión de la huelga. Su partido se estancó o retrocedió en Cataluña, socavado por los ácratas, pero él mantuvo su acta por Barcelona. A finales de 1918 los republicanos volvían a unirse en una Federación, que él dirigió junto con, entre otros, Marcelino Domingo, el inquieto activista que había precipitado la huelga de agosto del 17. La Federación Republicana propugnaba la reforma agraria y del régimen tributario, mejoras obreras y de enseñanza, autonomía integral para Cataluña, esperando que ésta arrastrase a la república al resto del país. En 1919, en una campaña de discursos, el jefe radical habló de sustituir los salarios por participación en los beneficios. Su partido aventajaba a los demás correligionarios, pero entre todos perdían representación: 30 diputados republicanos en 1916, 25 en 1920, y 11 en 1923 [20].

Por esa época ya debía de existir antipatía entre Alcalá-Zamora y Lerroux. Éste pintará así las respectivas carreras: « Don Niceto y yo vivíamos en distintos planos: él luchando gallardamente por su prosperidad y por llegar al poder; yo en la oposición al régimen, con más ilusiones que esperanzas (...) Él siguió rápidamente el camino triunfante (...) que no tardó en llevarle a un Ministerio. Yo continué modestamente por los vericuetos que alguna vez conducen a la victoria, pero casi siempre al desengaño, cuando no a la cárcel o al destierro» [21].

Azaña desplegó por entonces notable actividad política, literaria y como gestor del Ateneo, progresó en su carrera funcionarial y viajó por España y Francia en compañía de de su íntimo amigo Rivas Cherif. Su partido, el reformista de don Melquíades, tomó parte en los sucesos revolucionarios del 17, pero no se sabe que él actuara. 1918 le trajo alientos y frustraciones. Concurrió por fin a unos comicios, y perdió, debido a las trapisondas de sus adversarios Dio conferencias sobre política militar francesa. En otoño se le abrieron, a él y a su Partido Reformista, excelentes perspectivas. El turno de partidos hacía agua, el poder debía renovarse para afrontar la agitación obrerista y nacionalista así como, terminada la guerra, para entenderse con los vencedores. Pareció el momento de los proaliados: después de Maura y Cambó y su «gobierno nacional», Melquíades Alvarez y Azaña debieron de tener grandes esperanzas. Pero el rey, acaso por desconfianza de la fuerza y lealtad reformistas, prefirió volver al turno, y Azaña, que pudo especular con una cartera ministerial, se quedó « con la ropita hecha » .

El fracaso, esta vez, no le retrajo. Se comprometió más en la política, aun dentro de la monarquía, no por devoción a ella sino por recelo hacia el republicanismo histórico. En 1919 volvió a París, donde, en sus observaciones sobre los políticos franceses, perfila el *gesto* y la doctrina que en sus años de gloria le distinguirán a él<sup>[d]</sup>. Admiraba a los políticos « absorbentes, invasores, los que el vulgo suele llamar *déspotas*», y que en realidad « lo son muchas veces más por razón de la inteligencia que del carácter. Ven con prontitud y claridad lo que la mayoría de la gente necesita mascullar y deletrear, y no se resignan a la tardanza ». De Clemenceau, el histórico dirigente francés en la fase crucial de la guerra, dice: « Como muchos grandes hombres descubre la conciencia que tiene de su propia superioridad arrancando tiras de pellejo a sus amigos y colaboradores ». No es una admiración ilusa, sino matizada por una crítica reveladora, pues ve en el orgullo, el desdén y el rencor peligros que a él también le acechaban; en 1933 se definirá: « Tengo de mi raza el ascetismo y del demonio la soberbia ». Si su estilo ideal viene a ser el de Clemenceau, su doctrina encuentra el modelo en Waldeck- Rousseau, que después del *affaire Dreyfus* llevó adelante la ofensiva anticlerical y la depuración del ejército; político izquierdista y jacobino, con tendencia a cargar al estado con más funciones de las que un liberal templado admitiría<sup>[22]</sup>.

También en 1919 publicó *Estudios de política francesa. La política militar*, teorización cuidada, pero abstracta y racionalista, sobre el ejército democrático modelo, el francés. Su pensamiento ha tomado ese año forma definitiva, y podría describirse como un nacionalismo jacobino y un afán de modernización basado en la negación de las raíces históricas de España. En 1920 editó la revista político-

literaria *La pluma*, para exponer su pensamiento e inquietudes. Dimitió de la secretaria del Ateneo y dedicó más tiempo a escribir: *El Idearium» de Ganivet*, *El jardín de los frailes*, comenzado en 1921, traducciones del francés y del inglés, artículos en su revista y en otra, *España*, fundada por Ortega, la cual pasaría a dirigir Azaña en 1923, tras quebrar *La pluma*. En ese año volvió a presentarse a elecciones, con nuevo fracaso<sup>[23]</sup>.

Pero su actividad no acababa de satisfacerle. En 1915 escribía: « Este desierto no se acabará jamás» . « Siento que algo se me escapa. Cada vez me siento más solo» . Sentimentalmente lo estaba, salvo por alguna amante ocasional o trato con prostitutas. Al final de *El jardín* un fraile le pregunta: « ¿Tú qué haces?» . « Pasear por Madrid. En mi casa fumo y contemplo las musarañas» . « Siempre fuiste perezoso» . « Me disculpo de no ser diputado, ministro, embajador; de no abogar en los tribunales. Parece gran vergüenza que malgaste mi habilidad de señorito» . En plena euforia postbélica, opina que « dentro de poco la generosidad, el desinterés, el optimismo serán ya admitidos por muchos españoles» . Aunque no todavía, pues seguían aquejados de « aquel ponzoñoso rencor contra todos y contra sí mismos que los incapacita para entender la Historia y ennegrece su propia vida» . Con excepciones —él mismo, por ejemplo—, pero contadas. Los felices compatriotas del futuro tendrían ocasión de asombrarse de « cuán pocos éramos para defendernos» de tan tenebroso ambiente. Su tensión psíquica se aprecia en diagnósticos médicos de 1918: « dispepsia neuropática» , « neurastenia cerebral con intensa sobreexcitación nerviosa”<sup>[24]</sup>.

El año 1921 fue calamitoso para el régimen. Dato, nuevamente al frente de un gobierno desde diez meses antes, caía asesinado en marzo, en represalia ácrata, al parecer por haber nombrado, para reprimir el terrorismo barcelonés, al general Martínez Anido, hombre de carácter muy duro, que aplicó la « ley de fugas», es decir, el asesinato por la policía de detenidos sospechosos de terrorismo, so pretexto de intentos de huida. Según muestra el historiador Seco Serrano, la petición de su nombramiento partió de Cambó<sup>[25]</sup>. Realmente, gobernar en la Restauración constituía un riesgo serio, y los revolucionarios supieron golpear donde más daño podían hacer. La muerte de Cánovas, Canalejas y Dato, políticos de talla muy considerable, privó al régimen de figuras insustituibles. Maura, el propio Alfonso XIII y otros salieron indemnes casi por milagro<sup>[e]</sup>.

Los disparos y explosiones terroristas se convirtieron en un ominoso rumor de fondo de la vida nacional. De 1917 a 1923 hubo en torno a 1.400 atentados, dos tercios de ellos en Barcelona, con más de un millar de víctimas entre muertos y

heridos. Desde 1921 arreció el viento de sangre, cada vez más insoportable para la sociedad, con 152 muertes en menos de tres años<sup>[26]</sup>.

Y a los cuatro meses de caer Dato el país sufría una derrota mucho más humillante que la del 98. En Annual, Marruecos, perecían 8.000 soldados y varios miles de auxiliares marroquíes a manos de los guerrilleros de Abd El Krim. Volvía a brillar la ineptitud y corrupción del ejército, reflejo de una crisis más general. La catástrofe no provocó una revolución, demostrando nuevamente el débil arraigo de los partidos anti régimen, pero dejó a éste sin resuello. Se alzó un clamor exigiendo responsabilidades, y la oposición, singularmente los socialistas por boca de Prieto, culparon al sistema entero, empezando por el monarca.

Se sucedieron varios gobiernos con el vano empeño de contener el deterioro. Entre el clamor de las responsabilidades, el terrorismo y las disputas de partidos, la política se convirtió en un pandemonium. La gente recibía una impresión de total incapacidad de *los politicastos*, el Congreso perdía prestigio por semanas y la radicalización de las masas aumentaba. La investigación militar sobre Annual, el *Expediente Picasso*, se difundía por partes, aumentando la indignación.

¿Podía alguien remediar el desastre? Alfonso XIII confiaba en Cambó, más joven que Maura y que había dado sobradas pruebas de competencia, inventiva y valor. En la mañana del 30 de noviembre de 1922, el rey le llamó, y « cogiéndome las manos vino a decirme: ‘¿Por qué se tiene que sacrificar usted y nos tiene que sacrificar a todos por Cataluña, si de Cataluña no recibe más que agravios y no se le tiene la consideración que usted merece?’». El político, ofendido, rechazó el encargo y con él, quizás, la última oportunidad para salvar al régimen. Por la tarde fue al Congreso, donde se discutía sobre el informe Picasso, y « vi que se me presentaba la ocasión para devolver al Rey la bofetada que me había dado (...) suponiéndome capaz, por ambición personal, de traicionar mis convicciones». Se vengó proponiendo que las responsabilidades por Annual alcanzasen al gobierno que había presidido la derrota, cosa que querían evitar el monarca y muchos políticos, por su carga demoledora para el sistema. « No tardaron en surgir en mi espíritu las dudas de si había obrado bien o mal». La estrella de Cambó, como la de tantos, declinaba rápidamente. En las elecciones de junio de 1923 su partido fue vencido por un grupo izquierdista escindido de él, *Acció Catalana*, y el histórico jefe catalanista, hondamente decepcionado, renunció a su escaño y abandonó por un tiempo la política<sup>[28]</sup>.

En las elecciones de 1923 la abstención fue la más alta del siglo, un 35,5%. Casi otro tanto dejó de votar porque en sus distritos no se presentaban más candidatos que los necesarios para cubrir los puestos<sup>[f]</sup>, revelando la debilidad de unos partidos incapaces de cubrir candidaturas rivales. Votó, por tanto, un 29,4% de los electores. Sólo en 1917 se había llegado a un porcentaje parecido, el 33%.

La noche del 12 al 13 de septiembre de 1923, el capitán general de Cataluña,

Miguel Primo de Rivera, daba un golpe de estado, invocando la regeneración nacional. Alfonso XIII lo aceptó con benevolencia. Como dirá Azaña, « Que el movimiento se haya fraguado por iniciativa personal del rey, no podemos asegurarlo; pero que se ha tramado con su anuencia y ha triunfado con su apoyo, los hechos mismos lo prueban» . Empezaba una dictadura causada, dice Cambó, « por la incapacidad de los poderes constitucionales de cumplir su misión» , pues « mucho antes del mes de septiembre del año 1923 toda la sociedad española vivía en plena indisciplina. Nadie sentía respeto por un Gobierno que, evidentemente, no era respetable» . Y en su libro *Les dictatures*, especifica: « La dictadura española nació en Barcelona, la creó el ambiente de Barcelona, donde la demagogia sindicalista tenía una intensidad y cronicidad intolerables. Y ante la demagogia sindicalista fallaron todos los recursos normales del poder, todas las defensas normales de la sociedad» [29].

La facilidad del golpe demostró tanto la inconsistencia a que habían llegado los partidos constitucionales como la que todavía tenían los revolucionarios y republicanos, capaces de empujar al abismo al sistema constitucional, pero no de reaccionar ante su caída. Los testimonios coinciden en señalar el alivio y la casi general simpatía hacia Primo entre una población desalentada y hastiada por los caóticos años últimos.

De este modo concluía tristemente una época de la historia de España, con el derrumbe de un régimen atacado de manera violenta y revolucionaria por unos, socavado incansablemente por otros, y muy mal defendido por sus partidarios, faltos de visión amplia, fraccionados y envenenados en querellas menores, y sumidos en una corrupción electoral creciente.

## Capítulo V

### UNA DICTADURA LLEVADERA

La dictadura frenó en seco la carrera de Alcalá-Zamora, la actividad de Lerroux y las esperanzas de Azaña, y los tres reaccionaron contra el nuevo régimen, si bien por motivos distintos. Don Niceto rehusó su concurso a Primo por haber atropellado éste la Constitución de la Restauración, y le exhortó a dejar el poder. La rectitud y el escrúpulo formalista caracterizaban muy acentuadamente al político de Priego. Cierto, también, que si él había negado ser un cacique y se presentaba como víctima de los fraudes electorales, no sólo no había combatido de manera efectiva tales corruptelas, sino que había obstruido su erradicación, al boicotear las reformas de Maura, y con ello la evolución del régimen, consagrando la esclerosis caciquil de éste.

Don Alejandro había sembrado un mensaje destructivo contra la Restauración, y tenido responsabilidad indirecta en la Semana Trágica y en la frustración de las reformas. No obstante, había pasado de la hostilidad a la corona a la convivencia con ella. Según lo describe S. de Madariaga, el Partido Radical llegó a ser «como un león domesticado en los jardines de la monarquía. Su caudillo (...) rugía a las mil maravillas y siempre a tono». A fuer de republicano despreciaba la Constitución, pero también la dictadura, «más que por principios, por verla apoyada y apoyando a la Monarquía, en vez de encauzarse a la república» [1].

Don Manuel había tenido ante la Restauración una actitud demoleadora en la teoría y acomodaticia en la práctica. Muy poco militante, salvo en su deseo de intervenir en la guerra al lado de Francia, había contribuido a desacreditar al régimen y a privarle del sostén de la opinión. No aceptaba la vieja Constitución, pero un régimen militar era lo último que deseaba, y al llegar Primo rompió con la monarquía y con el Partido Reformista, por tibio ante el golpe. Optó por la república, sin encuadrarse en partido.

El dictador quiso atraerse a don Niceto, pero ante la nula colaboración de éste, «fue pasando del halago a la hostilidad». Le impidió, por ejemplo, la elección a la Academia Española, si bien «más de una vez se lamentó de perseguirme y aun entonces decía que yo había dejado allí (en el Ministerio de la Guerra) un recuerdo de saber y honradez». En mayo de 1924, en París, el ex ministro tuvo «la decisión o al menos la inclinación de no regresar y dirigir desde

fuera un manifiesto contra la dictadura», pero, hombre cauto, se echó atrás al avisarle un amigo de « lo duro, lo prolongado y en mucho tiempo inútil de mi sacrificio» . Vuelto a España, procuró concertar la oposición de diversos políticos, incluyendo a los republicanos, y entró, en un plano secundario, en conspiraciones para un pronunciamiento militar que restableciese el viejo orden<sup>[2]</sup>.

Al parecer, a Lerroux le sorprendió el golpe de Primo cuando viajaba a Canarias para licenciarse en Derecho. Le mortificaba su falta de título universitario, blanco de sátiras: « Yo era diputado a Cortes, jefe de un partido y de una minoría parlamentaria, propietario e inspirador de periódicos, orador y proclamado y reconocido, pero carecía de lo que tienen tantos tontos: un título académico» . Había pensado obtenerlo en Granada, pero, recuerda con gracia, « el periodista Antón de Olmet, que se distinguió por sus escándalos en la prensa y que murió víctima del pistoletazo de un colega, proponía la organización de un tren especial por suscripción, para que cuantos quisieran *admirarme* acudiesen a presenciar los exámenes» . Admite que su elocuencia no haría milagros « ante aquellos profesores y ante aquel *publiquito*. En Canarias, desembarazado de oyentes burlones, hizo brillantemente la carrera, en un día y con nueve matrículas de honor<sup>[3]</sup>.

Como el resto de la oposición a la dictadura, Lerroux se mantuvo al principio a la expectativa « para ver si el león era tan fiero como le pintaban, pero el león era una fiera de circo, casi doméstica, de buenos instintos» ; el propio dictador deplorará: « Mi sincero afán de cordialidades y avenencias lo frustran, cuantas veces las inicio, los que las interpretan por debilidades y agotamientos» . Reanimados por la dictatorial blandura, los republicanos volvieron a unirse en 1926 en la Alianza Republicana, para la cual redactó Marcelino Domingo un manifiesto en que, « como en el Juego de Pelota de la revolución francesa, nos hacía jurar a todos los firmantes que no nos separaríamos sin haber proclamado y establecido la República» ; aunque el mismo Domingo sería el primero en separarse. En la Alianza conoció Lerroux a Azaña: « De aquella época no conservo ningún recuerdo suyo desagradable. Era asiduo a las reuniones, poco hablador, áspero en la discusión, pero atento conmigo» <sup>[4]</sup>.

Como cabeza del único partido con cierta organización nacional, don Alejandro presidió, según dice, la junta directiva de la Alianza, y pronto constató cómo a sus espaldas surgía « un grupo que se entendía con elementos militares, de aquellos fáciles de reclutar en las orgías de los *cabarets*, donde entre vapores de alcohol y compases de fandango se proclama la República todas las madrugadas para el día siguiente» . El viejo republicano se sentía utilizado como « mero instrumento» , y resentía « el aislamiento en que se procuraba tenerme» , « sembrando en torno mío recelos y desconfianzas» . A sus camaradas de lucha « No les cabía en la cabeza ni en el corazón que un modesto periodista, que no

podía presumir de intelectual como su poblada recua de titulares universitarios, hubiese alcanzado popularidad y categoría, prestigio y autoridad, y que hubiese llegado a resucitar muertos políticos, a meter en las Cortes una minoría republicana como no la hubo nunca (...) y a crear una fuerza política» [5].

Azaña publicó en la revista francesa *Europe* un artículo, reproducido luego en Argentina, a fin de «proveer a los lectores extranjeros de una clave para descifrar el sentido real de esta dictadura». El golpe militar «deja crudamente al descubierto el régimen en que desde 1917 vive España», régimen cuyos hombres destacan por su «bajeza (...) ininteligencia e inmoralidad». El rey, «enfermizo, *taré*» (degenerado) y sin educación, con pueril «afición a jugar a los soldados», «soñaba con un imperio ibérico que englobaría a Portugal y a Marruecos, bajo el patronato de Guillermo II». Azaña le acusa de responsabilidad directa en Annual, y explica el golpe como maniobra para ocultar tales responsabilidades —aunque no demostró la supuesta implicación del monarca en el desastre marroquí—. Los militares, «no conocen la época en que viven», «ignoran (...) la primera sílaba de lo que traen entre manos» sufren de «puerilidad e ideas simplistas». «España se arruina y se esclaviza en obsequio de un ejército que no sirve para nada» [a], y el régimen constituye «una ofensa permanente para el entendimiento, que no se amolda a las normas mentales de un teniente general» [6].

El tétrico panorama, por desgracia, «puede durar». Señala el «jolgorio eclesiástico», pero también que «gentes honradas (...) (lo) han acogido con júbilo» y «es innegable que una parte del país le apoya, y otra mucho mayor espera de él, pasivamente, grandes cosas». ¿Cómo era posible tal degradación en un país presuntamente civilizado? ¿Tanto respaldo popular a tamaño esperpento? Porque «la cultura política y el pensamiento político son en España muy bajos y rudimentarios», y «muchos españoles acogen alborozados cualquier pretexto que les libre del trance de discurrir por cuenta propia». En suma, «el pueblo español no escarmienta, no aprende nunca nada. Aunque es viejo, y curtido por el infortunio, la discontinuidad de su cultura, que se presenta esporádicamente en grupos aislados, hace de él un pueblo sin experiencia. Deshabituado del esfuerzo propio, es un pueblo mesianista». Nada que esperar, pues. Pero, en un giro sorprendente, tal vez mesiánico a su vez, concluye: «Nosotros creemos en la vitalidad del pueblo español y en sus futuros destinos, pero ha de buscarlos por rutas diametralmente opuestas a las que ahora sigue» [7].

Aunque don Manuel observa con justeza que la dictadura puede desembocar en el vacío o la revolución, su discurso, más mordaz que analítico, es contradictorio. En rigor, sólo se salvaría el país si seguía las ideas azañistas, cosa

por otra parte imposible, tanto por el atraso y torpeza atribuidos a las gentes como porque si él deja claro lo que niega, mucho menos lo que afirma: no ofrece un cuerpo de ideas coherentes, y da la impresión de creer sus propias caricaturizaciones.

Azaña hizo más: escribió una «Apelación a la República» e intentó difundirla, pero tras un par de tentativas abandonó, para volver a su nerviosa apatía. «Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera, o la encontraba muy buena». En 1925, empujado por algunos amigos, formó el grupo de *Acción Política*, que había de transformarse en *Acción Republicana*, en realidad una tertulia de rebotica en la farmacia de su amigo José Giral. Ese año, «probablemente el más triste de mi vida», Rivas Cherif marchó de gira por España y América, dejando a Azaña con una extraordinaria tristeza y depresión. Para entonces ya había perdido sus revistas *La pluma* y *España*, y no hallaba actividad que le satisficiera. Presa de neuralgias e insomnios, veía «el horizonte cerrado como por losa de plomo», y llevado por su malestar «estuve a punto de hacer una tontería gigantesca», que no aclara, o tal vez sí: «Entré en unos devaneos que al punto no fueron entendidos, y que al serlo, fueron rechazados. ¡Qué suerte! ¡Lo que me habría pesado después!». Los años de la dictadura, no obstante, fueron fructíferos para el Azaña escritor, y en 1926 recibió el Premio Nacional de Literatura por su estudio *La vida de Juan Valera*. Ese mismo año encontró una vía de acción con la Alianza Republicana, donde también entró Lerroux<sup>[9]</sup>.

En 1926 tomó cuerpo la oposición a Primo con un pronunciamiento algo cómico en el día de San Juan (la «sanjuanada»), castigado también cómicamente, con multas a los conjurados más notorios —como Romanones y los generales Weiler y Aguilera—, multas que indignaron a los afectados, por la arbitrariedad del caso<sup>[b]</sup>. A finales de año hubo otro complot, a cargo del ex coronel Macià, fundador del pequeño grupo separatista *Estàt català*. Macià, exiliado en Francia, planeó pasar en son de guerra los Pirineos, para lo cual recaudó fondos entre algunos catalanes adinerados de América, y buscó ayudas en Moscú. Unos cientos de voluntarios, entre ellos anarquistas e italianos, se concentraron en noviembre en Prats de Molió, cerca de la frontera; la policía francesa los arrestó tranquilamente y así terminó la historia en lo bélico. Empezó, en cambio, en la propaganda, porque el proceso seguido en Francia a los detenidos resultó una excelente plataforma de ataque a la España «negra» e «inquisitorial», en tono similar al del movimiento por Ferrer. Escritores y políticos galos desfilaron ante el estrado para expresar su solidaridad con los

presos. La campaña, cuyo organizador fue un famoso abogado, Henri Torrès, proporcionó a Macià una aureola de héroe romántico. A Torrès volveremos a encontrarlo en 1935 en relación con el caso del *straperlo*, que aniquilaría políticamente a Lerroux<sup>[11]</sup>

La masonería, aunque dividida sobre la actitud a tomar, impulsaba las conspiraciones y «actuaba intensamente contra el régimen monárquico. Varias veces se nos había anunciado que iban a cerrar las Logias, pero continuábamos reuniéndonos normalmente, en la calle del Príncipe. Aumentaba el número de militares republicanos, y el contacto entre los que eran masones y los demás, para la preparación del movimiento revolucionario, lo llevaron exclusivamente hermanos nuestros: los generales Núñez de Prado y López Ochoa, y los jefes y oficiales Carratalá, Díaz Sandino y Fermín Galán. Se habían declarado republicanos muchísimos militares que no pertenecían a nuestra Orden: el general Queipo de Llano, Hernández Saravia, Hipólito Menéndez, Hidalgo de Cisneros». Los masones llegaron a planear el secuestro de Primo<sup>[c]</sup>, explica Juan Simeón Vidarte, que llegaría a ostentar altos cargos en la *orden* y en el Partido Socialista. Los informes de Vidarte, hombre de mentalidad estrecha, rondando el fanatismo, carecen de valor cuando tratan asuntos ajenos a los círculos en que él se movía; en cambio, tienen enorme interés cuando se refieren a sucesos próximos a él, que, sin desempeñar puestos máximos, iba a estar en «todas las salsas», siempre en los centros de decisión. Contribuye a caracterizarlo el tema de discusión que eligió al ser iniciado en la masonería: «Robespierre, hombre de estado», en que tuvo que rebatir a los *hermanos* que «tenían de Robespierre una idea muy aproximada a la que pudiera tener cualquier sacristán». El carácter extremadamente sanguinario y despótico del «hombre de estado» no parecía preocupar a Vidarte, que adoptó su nombre dentro de la *orden* masónica<sup>[12]</sup>.

Pese a sus conspiraciones, don Niceto recibió de Primo, en 1928, una oferta para ocupar un cargo de consejero de Estado. Rehusó la tentación en una larga carta en que pormenorizaba «la persecución predilecta, y por ello sin parecido, con que se me distingue»; si bien aclaraba que no rechazaba el cargo por ello, ni por las invectivas oficiales contra los políticos de la Restauración, sino por no jurar en falso una Constitución deshecha; y volvía a recomendar a Primo que dimitiese. La carta tuvo gran difusión clandestina: «Circulaba rápidamente cuanto se escribía contra el régimen, por débil y aun poco feliz que fuera el ataque»<sup>[13]</sup>.

En 1929 el político conservador Sánchez Guerra dirigió un segundo conato de pronunciamiento. La conspiración extendió sus redes en todas direcciones, hasta a la CNT, cuyo terrorismo estaba por entonces vencido, y al cuerpo de artillería,

rebelde contra Primo por haber eliminado éste la «escala cerrada», la cual, dentro del burocratismo castrense, evitaba el favoritismo en los ascensos, pero también garantizaba que ningún oficial destacase por sus méritos. Emulando a las Juntas de Defensa, los artilleros se insubordinaron y Primo acabó por disolver el cuerpo.

Es sin duda significativo el acuerdo con los ácratas, enemigos jurados de la legalidad anterior a la dictadura, a la que habían dinamitado literalmente. Pero ahora los conservadores e izquierdistas pensaban valerse de ellos como fuerza de choque. Según Cambó, aunque se refiriera a otro episodio, los políticos se distinguían por su liviandad, «no les movía más que el deseo de mandar y, con tal de llegar al Poder, estimaban que todos los caminos eran buenos» [15].

Cuando el golpe de Primo, la CNT había lanzado una huelga general, apenas seguida, y atentados, en respuesta a los cuales la dictadura clausuró sus sindicatos y cerró su órgano *Solidaridad Obrera*, en mayo de 1924. En julio los cenetistas organizaron una incursión por Vera del Bidasoa, que fracasó después de haber matado a varios guardias civiles. Al año siguiente abortaba un intento de volar en Garraf, cerca de Barcelona, el tren que llevaba a Alfonso XIII; los autores fueron separatistas catalanes, uno de los cuales, Miquel Badia, se haría célebre más tarde. En julio de 1926 los líderes anarquistas Durruti, Ascaso y Jover planearon matar al rey durante una visita a París, pero fueron arrestados y luego expulsados, aunque no extraditados, como pedían Argentina y España por ataques a bancos y el asesinato del cardenal Soldevila. Frustrados sus intentos, los ácratas vegetaban o se reorganizaban<sup>[d]</sup>. En julio de 1927, en una playa de Valencia, se fundaba la Federación Anarquista Ibérica, asociación secreta que se atribuía la misión de asegurar la pureza doctrinal anarquista en la CNT: «Un grupo de bronceados bañistas, al par que retozaban ya en el oro de la playa, ya en la espuma del mar latino bajo la benevolente y cálida caricia del sol, hombres, mujeres, jóvenes, viejos y niños revueltos, recogidos unos, otros dados a diversiones y juegos, la clásica paella hirviendo a borbotones, como quien dice bajo la mirada de la ociosa vecindad, daba el ser a una de las organizaciones revolucionarias que muy pronto iba a hacer hablar a la crónica de sus sueños románticos, de su virilidad y de su heroísmo: la FAI». Así lo narra el anarquista José Peirats, aunque García Oliver observa despectivamente: «hasta el advenimiento de la República, la FAI había dado muy pocas señales de vida. Durante la dictadura de Primo de Rivera apenas si había alzado la voz. En realidad, los anarquistas que la constituyeron no habían sido nunca anarquistas de acción» [17].

Pero, en fin, el golpe de Sánchez Guerra abortó «ante todo por flaqueza, titubeo o arrepentimiento del general comprometido» [18]. En cambio, los procesos resultantes fueron convertidos hábilmente en altavoces contra la

dictadura. Don Niceto se distinguió en la defensa, como había hecho cuando la *sanjuanada*. Él, Lerroux y Azaña participaban, si bien marginalmente, en las intentonas.

Entre tanto Lerroux, consciente de la fragilidad orgánica y representativa de los republicanos, pedía en declaraciones a una revista inglesa, y luego en un artículo, un gobierno nacional sin exclusiones, que convocase Cortes constituyentes con ausencia del rey, pero sin su derrocamiento. La propuesta causó una escisión en Alianza Republicana, al separarse Domingo para formar, en julio, el Partido Radical Socialista. Siempre las divisiones entre republicanos, incluso siendo éstos muy débiles, habían prevalecido sobre las alianzas.

Durante un tercer complot, Alcalá-Zamora trató con el general Goded. Lo conocía de su etapa en el Ministerio de la Guerra, así como a Franco, « y pude apreciar la gran superioridad de aquél sobre este otro ». Goded aceptó algún compromiso, y a juicio de don Niceto era seguro el éxito de este golpe, acordado para principios de 1930. « Pero con más prisa (...) maniobró el rey, para desprenderse de Primo de Rivera, ante el amenazador peligro que de momento al menos evitaba así ». Otro político que iba a asumir pronto un gran protagonismo, Miguel Maura, tuvo otra impresión del « amenazador peligro » : conoció a unos « oficiales, jóvenes y un tanto locos, que llevaban entre manos una conspiración militar encaminada a derribar la Dictadura (...) Unos eran republicanos, los menos; otros, simplemente militares y, los demás, sencillamente locos. La cabeza suprema de toda esta parranda, decían ellos, era el general Goded » [19].

En fin, los conspiradores tuvieron la sorpresa de ver cómo Goded aceptaba el cargo de subsecretario de Guerra con el general Berenguer, que sustituía al dictador por decisión del monarca. Pues en enero de 1930 cayó la dictadura, al perder la confianza de los militares y del rey [20]. Todavía Primo pensó en recobrar el poder mediante otro golpe, pero al verse aislado se exilió en París, donde falleció, en marzo.

Lerroux hará este balance: « Una dictadura personal amorfa, sin iniciativas trascendentales, sin resplandores de gloria, sin dinamismo » ; si bien su llegada « no provocó luchas, no derramó una gota de sangre, no costó una vida » . « Había que restablecer el orden como primera, urgente necesidad (...) Durante siete años no hubo crímenes sociales (...) Tampoco hubo lucha de clases. Cesaron las huelgas, dieron tregua los partidos y alguno, como el socialista, colaboró sin rebozo en la obra de la Dictadura. En fin, reinó la paz. Pero una paz... » [21].

Para Alcalá-Zamora, el régimen « no fue cruel más que episódicamente y con distanciada rareza: en lo demás no llegó a ser ni seria » ; pero resultó

« funesta y grave. Perturbó la paz de España y hundió al régimen. Favoreció (...) la inmoralidad. (...) derrochó la fortuna de la nación y más todavía las de los pueblos en urbanizaciones de superficie (...) Pisoteó la ley, con ello la justicia; atizó el odio e invitó e incitó a la delación; y alzó sobre el pedestal del poder la estatua del cohecho». No obstante, « en general (...) sin seriedad ni respeto de nadie, no causó terror en el país», y admite que a sus represiones « les llamábamos persecuciones y hoy no se les llamaría casi molestias» [22].

La opinión de Azaña ya quedó expuesta. Cabe concluir que Lerroux, Alcalá-Zamora o Azaña molestaron poco a la dictadura, y ésta les molestó aún menos.

De las innumerables dictaduras que ha conocido el mundo en el siglo XX, la de Primo de Rivera ha sido probablemente la menos dura y más liberal. Su represión, aunque arbitraria, fue suave, salvo con los ácratas. Impuso censura en la prensa, pero no en los libros, y los textos izquierdistas y comunistas circulaban ampliamente. Los enemigos del régimen, aunque prohibida su actividad política, vivieron con holgura, no inquietados por sus opiniones y apenas por su acción clandestina. Pocos tuvieron que exiliarse, la mayoría por propia cuenta. Uno de ellos, Unamuno, que desde Francia agitaba sin tregua, dirá en 1935: « Perseguí a la Dictadura, que no ella a mí (...) decidí hacer de víctima (...) encampanándome con mis consabidos arrebatos». Y en esa persecución no se andaba por las ramas, instigando a los estudiantes contra « el miserable bandolero, vil, rapaz, embustero, cobarde y felón que tiraniza a España (...) infrahumano macho, el repugnante garañón jubilado». Y le contestaban la estudiante María Zambrano y otros menos conocidos: « maestro, sentimos llagada nuestra jugosidad moza por el babeante cretinismo de este ganso, atávicamente coceador, que grazna sobre la frente de esta España, que de ti aprendimos ser más nuestra hija que nuestra madre» [23].

Ortega, por contraste, saludó el golpe con « simpatía» e « íntima adhesión», y durante cuatro años descalificó la « gesticulación hipócrita en torno a la anulación de las libertades». Su colaboración cesó en 1927, cuando la censura le cortó unos artículos. También el pensador catalán Eugenio d'Ors, mentor de Prat de la Riba, apoyó la dictadura. Ramiro de Maeztu destacó los logros del régimen: « seguridad personal, unidad nacional, derrota del terrorismo, prestigio de la autoridad, aborde de temas fundamentales en la vida del país, en la enseñanza, etc.»; y tachó de inmoral la postura de aquellos que aprovechaban esas ventajas y negaban a quien las había traído. Su actitud valió a Maeztu un cerco de silencio, convertirse en « un leproso» en medios literarios [24].

El grueso de los intelectuales repudió al dictador, pese al apego de muchos de ellos a la figura del « cirujano de hierro», invocada por Costa. Debí de pesar en su rechazo la constatación de que la dictadura era una « fiera de circo», nada « seria», « pueril», al nivel de un « teniente general». Pues la retórica de Primo

solía caer en lo pintoresco, y causaban hilaridad sus famosas « notas oficiosas », en que llegaba a explicar estados de ánimo y pormenores íntimos. Cambó lo define como « hombre afable, simpático, totalmente inculto, inteligente, dotado de una gran intuición y de dotes excepcionales para atraerse amigos» [25]; aunque no los suficientes.

Con todo, bajo su barniz fachendoso, el dictador y sus hombres realizaron una muy notable modernización del país, inspirada en el regeneracionismo de Costa. Los ferrocarriles fueron mejorados, construida una excelente red de carreteras y duplicada la longitud de los caminos vecinales; se emprendió una política hidráulica y de regadíos de amplios vuelos, esencial en un país seco como España; las industrias básicas como la siderometalurgia, cemento, químicas, etc., bien apoyadas, tomaron fuerte impulso. La tasa de analfabetismo, todavía un 50% en 1910, bajaba al 35% al final de la dictadura. En suma, la renta per cápita subió con mayor rapidez que nunca antes, y recuperó algo del terreno perdido en el siglo XIX con respecto a la media de los países ricos de Europa, hasta un 60% de la de éstos. También fue ésa una época de extraordinario brillo cultural, cuando pudieron crear su obra, sin trabas, las generaciones de 1898, 1914 y 1927, las más descollantes del siglo XX español [26].

Otros éxitos trascendentales del régimen, auténticas bendiciones para sus sucesores, fueron la pacificación de Marruecos, con fuerte ayuda francesa, y la erradicación del terrorismo, dos gangrenas de la Restauración, tan decisivas en el derrumbe de ésta.

La dictadura se hizo algunos enemigos innecesarios. Aunque el golpe de Primo debió mucho al estímulo del nacionalismo catalán de derecha, adoptó enseguida una línea anticatalanista, en parte por presiones centralistas y en parte por la renuencia de la *Lliga* a colaborar. En apariencia no hubo mayor protesta, pero al caer el régimen pudo verse que el nacionalismo se había radicalizado.

En cambio, Primo logró un triunfo crucial al atraerse a los socialistas, los cuales entraron en organismos como el Consejo de Estado, el Consejo Interventor de Cuentas, el Consejo de Trabajo, la Comisión de Corporaciones del Ministerio de Trabajo, los comités paritarios, la Oficina internacional de Ginebra, etc. Entre los líderes del PSOE, Prieto y Fernando de los Ríos deseaban romper con Primo, pero no así Largo, Besteiro y Saborit, que prevalecieron. Quizá pesó en su decisión la oportunidad de asentar sus organizaciones y desbancar a la rival CNT, reprimida a causa de su terrorismo. También contaba la desilusión socialista con respecto a los republicanos, tras la experiencia de 1917. Largo, promotor con Besteiro de aquella huelga revolucionaria, condenaba ahora « el sabotaje, el boicot y la huelga de brazos caídos », pues « la transición de un régimen a otro se está realizando de modo imperceptible a medida que los trabajadores elevan su inteligencia y la burguesía va declinando », « los socialistas y los obreros quieren

también una Patria grande», y « ha pasado el tiempo de la acción directa» . La colaboración abrió una vía a la dictadura para consolidarse, pero la vía se cerró cuando, ya en 1929, el PSOE pidió en un manifiesto « un estado republicano de libertad y democracia» . Con ello fracasó el proyecto de Primo de estructurar un régimen estable, con nueva constitución, una Asamblea Nacional y un partido, Unión Patriótica, contrapesado en la izquierda por los socialistas. Éstos, no obstante, siguieron despreciando a los republicanos y sus conspiraciones, « dignas de ser representadas como espectáculo en un teatro de revistas» , dirá Largo<sup>[27]</sup>.

Azaña había acertado al señalar, ya en 1923, que a la dictadura « ningún peligro le amenaza, salvo los que puedan surgir de su propio seno» y que « la zancadilla regia sería fatal para el Dictador» <sup>[28]</sup>. En efecto, la dictadura cayó, no por la acción de sus enemigos, sino por la desafección del ejército y del monarca. Había durado poco más de seis años.

Se ha dicho que la dictadura dejaba a sus sucesores, fueran quienes fueren, una herencia mala y hasta catastrófica. Lo contrario parece más cierto: la mayor bonanza económica conocida en un siglo y cuarto, aunque amenazada por la crisis mundial de 1929. Y la curación de dos verdaderos cánceres del país; uno de ellos, definitivamente; el otro de modo pasajero, aunque no por culpa de Primo: sería la oposición la que buscara la alianza con los anarquistas, favoreciendo con ello el rebrote del terror. El balance favorecía en especial al PSOE, porque su cooperación con el dictador le había permitido asentar el único aparato político realmente sólido que quedaba en 1930; y a los republicanos, porque la dictadura había asolado el viejo aparato caciquil, haciendo imposible una vuelta a la situación anterior a 1923. Por una conjunción de circunstancias, socialistas y republicanos emergían de la dictadura en las mejores condiciones de que habían disfrutado en su agitada historia.

II PARTE  
DOS AÑOS DECISIVOS

## Capítulo I

### LOS REPUBLICANOS TOMAN POSICIONES

¿Quién recogería la herencia de la dictadura? Ésta había fracasado en su intento de institucionalizar un nuevo régimen, y la reacción general ante su caída fue de confusión y ansiedad. Ya el año anterior Lerroux había declarado: «no quedan partidos políticos», y «si el Soviet no había nacido, estaba a punto de nacer» [1]. La corona había quedado seriamente comprometida, pero sus enemigos eran demasiado débiles por el momento para aprovechar la situación.

Alfonso XIII creyó llegada la ocasión de restablecer las libertades e iniciar la transición a un sistema constitucional. Ardua tarea, pues los viejos políticos o estaban resentidos por el apoyo regio a la dictadura, o temían quemarse en la empresa. «Es el rey quien ha creado la dificultad actual. Que la resuelva él con sus amigos y palatinos», fue la actitud suicida expresada por el duque de Maura, defensor tibio y equívoco del monarca. «Por primera vez, en el curso de su y a largo reinado (...) el rey no podía llamar ni a los presidentes del consejo, ni a los de las Cámaras ni a los jefes de los partidos políticos», y así fue encomendada la misión al general Berenguer, a quien, dice Cambó, «dotes de mando no se la había dado Dios para momentos difíciles». Berenguer había sido la máxima autoridad en Marruecos cuando el desastre de Annual, y aunque su responsabilidad en él fue indirecta, el hecho le debilitaba políticamente. Conscientes de la maestría exigida por la maniobra de la transición, tanto el general como el monarca pensaron en Cambó para dirigirla [2].

El líder catalanista era, en efecto, el hombre indicado, no sólo por su talento, sino por otra cualidad rara entre los profesionales del poder: «la atracción que siempre (...) han tenido para mí el trabajo, las dificultades y el riesgo». Comprendió que «sólo una actuación rapidísima y una energía tan grande como la prudencia podía presidir aquel tránsito. Se precisaba, en una palabra, de un temperamento político que tuviera capacidad de gobernante y experiencia de revolucionario. Evidentemente, aquélla era mi hora, y la tarea a hacer era mi tarea, aquella para la cual me había dotado Dios y para la que yo me había ido preparando desde la infancia. (...) ¡Yo era exactamente lo contrario del general Berenguer!». Palabras jactanciosas en otro, pero no en él, que tanto había acreditado su habilidad pará transformar derrotas en victorias, su visión a medio

plazo y su carácter esforzado. El rumor de que aceptaba el encargo hizo subir la Bolsa [3].

No era su primera oportunidad. También en 1922 había sido llamado para afrontar una situación crítica, y había renunciado al sentirse herido por una ofensa del rey, involuntaria y en el fondo anecdótica. Y ahora iba a tener que renunciar también: « El Señor quiso que este momento, que justificaba toda mi vida, coincidiera con la súbita aparición de un impedimento inexorable », un tumor canceroso en la garganta, que él creía fatal y que precisó una intervención quirúrgica en marzo [4]. Con ello salía de la primera línea de la historia hispana, en la que sólo tendría ya un papel secundario.

El país hervía de inquietud y la agitación antimonárquica aumentaba por semanas. Miguel Maura, hijo del político de *la revolución desde arriba* y el más resuelto de quienes en agosto se reunirán a conspirar en el Ateneo, describe: « La desorientación que (...) se produjo al caer la Dictadura respecto al porvenir político inmediato, junto con el estallido de las libertades que Berenguer iba concediendo paulatinamente sin grandes regateos, crearon un ambiente prerrevolucionario. Nadie sabía a dónde se iba ». Las concesiones oficiales, demasiado lentas para la situación, obtenían desprecios e injurias, observa Cambó. « En Cataluña, donde el Gobierno Berenguer había borrado todos los agravios de la Dictadura y había restablecido todas las conquistas que habíamos conseguido con años de lucha y esfuerzos, el Gobierno no gozaba de ninguna simpatía ». Peor aún: « El espíritu revolucionario se mascaba en todas partes. Quizá el núcleo de la *Lliga* era el único que se había conservado impermeable a la corriente demagógica que había invadido todas las clases sociales, incluso la clerecía. Francesc Macià, a quien nadie tomaba en serio en los primeros años de la Dictadura, cuando hacía ridículas maniobras en los alrededores de París, se había convertido en un símbolo. La ida a Prats de Molió, que consistió en embarcar un día unas docenas de jóvenes uniformados en París, debidamente vigilados por la policía, para hacerse detener en Perpiñán, se presentaba como una gesta heroica (...) entre las cabezas calenturientas y las masas revoltosas » [5].

El mal comienzo de la transición empeoró con un fallido ardid de corte maquiavélico. A fin de congraciarse con la opinión de antimonárquica, el rey pretendió que el golpe de Primo le había sorprendido, que no había aprobado la dictadura, sino sufrídola, y que, habiéndose librado de aquel estorbo, volvía a las libertades constitucionales como siempre había sido su deseo. Adoptó esa línea « no sé si por impulso propio o por funesto consejo de alguien », dice Maura. Acaso la sugiriera Romanones, o en todo caso correspondía a su estilo. El conde,

gran cacique típico de la Restauración, era ingenioso pero pedestre, astuto pero no muy inteligente; en opinión de Cambó, también «poseía más coraje del que se le supone. Lo perdía totalmente, sin embargo, cuando lo tildaban de reaccionario. Entonces no podía resistir. Con tal de evitar el dicerio, se convertía en cobarde y cometía toda clase de claudicaciones» [6].

La imagen del rey sufridor de la dictadura no podía engañar. Desde luego, argucias aún más burdas triunfan a veces, pero ésta surtió el efecto contrario al buscado. La pretensión regia de dissociarse de la dictadura fue vista en los ámbitos republicanos y socialistas como una muestra de flaqueza moral, y, por tanto, política, y acogida con una carcajada de desprecio. Las izquierdas, aunque débiles y por ello inclinadas, al principio, a hacer concesiones, percibieron enfrente una debilidad no menor y perdieron el respeto a la corona. Un instinto les decía que llegaba su hora.

No fue menor el estrago en el campo del rey. Los partidarios de Primo, ellos mismos monárquicos, entendieron la maniobra como fraude y traición. Furiosos uno y desmoralizados otros, muchos socavaron la empresa o la abandonaron. El general Sanjurjo, que tan importante papel iba a jugar un año más tarde, puede ser el ejemplo. Frente a una tendencia unitaria de los republicanos iba a aumentar la disgregación entre los monárquicos.

Para colmo, la transición se presentaba como una vuelta al régimen de la Restauración, y eso casi nadie lo aceptaba. Las gentes habían acogido el golpe de Primo con simpatía, y lo último que deseaban era el retorno de los viejos políticos y sus prácticas. Claro que, de salir adelante, la transición habría conducido, por su propia dinámica y por la presión de la época, a un régimen más ampliamente democrático y a un programa semejante al que luego acometerá la república; pero no era ésa, en principio, la imagen de Berenguer y sus colaboradores.

No todo eran quebrantos. La corona recibía también adhesiones populares espontáneas, y se conocía la debilidad orgánica de las izquierdas, probada en el hecho de que las conspiraciones contra la dictadura, valieran lo que valieren, habían sido dirigidas por políticos de la Restauración como Romanones o Sánchez Guerra, y no por republicanos. Además, la iniciativa democratizadora partía del trono, y oponerse a ella colocaba a sus adversarios en posición equívoca. Y tampoco era nuevo que las izquierdas hiciesen ruido y pareciesen dominar la calle hasta que, a la hora de las urnas, mostraban cuán insuficiente era su fuerza. De modo que los monárquicos llegaron a creer que no debían preocuparse de sus adversarios, salvo que éstos se embarcasen en una acción armada con apoyo militar. Por tanto, concentraron su mayor esfuerzo en prevenir un pronunciamiento y vigilar los indicios de resurgimiento anarquista. Análisis descaminado, aunque no del todo, pues, como expondrá Lerroux, «Nadie creía ni esperaba en España que el cambio de régimen se realizase como

consecuencia de unas elecciones; y mucho menos de unas elecciones municipales. Los que trabajábamos para conseguirlo pensábamos como medio inevitable en el hecho de fuerza, en la revolución política. Con el convencimiento de semejante necesidad procurábamos los unos la colaboración del Ejército y los otros la alianza con el partido socialista». En realidad, procuraron las dos cosas a un tiempo<sup>[7]</sup>.

El campo republicano, pese a su excitación, tenía que considerar ciertas realidades, como aquella fragilidad propia, que volvía peligrosa aventura un empeño rupturista. Combinada esa debilidad con la monárquica, con la agitación en el ejército, la reorganización de una CNT incontrolable, o la incertidumbre sobre el PSOE, era muy grande la posibilidad de que la empresa abocase a un caos. Por ello no parecía insensato un acuerdo inicial entre republicanos y monárquicos —olvidando de momento pasados agravios—, con vistas a establecer un terreno de juego político algo firme. Tal suponía la oferta de Berenguer, y Melquiades Álvarez la aceptó, por temor a una revolución social, temor compartido por Lerroux, que aclarará: «para los espíritus reflexivos y madurados por la vida, que con el paso de los años hemos perdido el ímpetu combativo y el entusiasmo romántico por la tragedia, una ley o un acuerdo son preferibles a una barricada». Hasta abril de ese año 1930, Lerroux, en contra de los republicanos radicalizados, a quienes llamaba «cerriles», propugnaba una alianza con el único límite del respeto a los modos democráticos, que convocase Cortes constituyentes sin previas exclusiones. Pensaba para esa alianza en dirigentes como Santiago Alba, político destacado de la Restauración y vilipendiado por la dictadura. También en Alba veía Cambó el político adecuado, después de él, para pilotar la transición. Sin embargo, Lerroux se hará más intransigente hacia la monarquía según vaya constatando la endeblez de sus defensores<sup>[8]</sup>.

Pronto ganó terreno en la izquierda un frontal rechazo a la corona, reforzado cuando varios políticos de la Restauración abandonaron al rey y se acercaron a las filas republicanas o se pasaron a ellas. «El primero en dar ese paso fui yo», señala Miguel Maura, que lo dio en febrero. Miguel, político de escasa relevancia hasta entonces, y que había defendido la postura del rey ante el golpe de Primo, veía llegada su ocasión: «Retirarme definitivamente de la política, ni pensarlo. (...) Llevaba el virus de esa terrible *dolencia*, infiltrado hasta el fondo de mi ser». Explicará así su súbito republicanismo: «La Monarquía se había suicidado, y, por tanto, o nos incorporábamos a la revolución naciente, para defender dentro de ella los principios conservadores legítimos, o dejábamos el campo libre, en peligrosísima exclusiva, a las izquierdas y agrupaciones obreras». Su determinación y empuje iban a influir poderosamente en la marcha de los acontecimientos<sup>[9]</sup>.

Entre febrero y abril otros conservadores rompieron con el rey. Fuerte eco tuvo un discurso de Sánchez Guerra en que se proclamó incompatible con el monarca, pero más trascendental fue el que pronunció Alcalá-Zamora en Valencia el 13 de abril. Para éste, puntilloso en las formas, era esencial « la oposición resuelta contra la impunidad del perjurio [del rey a la vieja Constitución], representada casi sólo por mí. No me resignaba a lo que me parecía una monstruosidad moral y una imposibilidad de hecho» . También él perjuraba en cierto modo, pero alegó que antes que la monarquía estaba la lealtad a la patria [cosa que también podía invocar el rey en su defensa] y a la Constitución. El político de Priego coincidía con Maura en su diagnóstico sobre « el derrumbamiento forzoso e irremediable por sus propias culpas, del vacilante trono, desaparecido el cual no podría ser el caos improvisado el único desenlace» [10].

Su discurso encerraba un programa: « La mejor solución es la República, para la que existe en España ambiente favorable (...) Una República viable, gubernamental, conservadora, con el desplazamiento consiguiente hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad española, la sirvo, la gobierno, la propongo y la defiendo. Una República convulsiva, epiléptica, llena de entusiasmo, de idealidad, mas falta de razón, no asumo la responsabilidad de un Kerenski para implantarla en mi patria» . Frases doblemente reveladoras, política y personalmente. Él no sólo apoyaba la república, estaba dispuesto a gobernarla, audacia notable en quien carecía de fuerza organizada y de antecedentes republicanos. No menos significativo es su conjuro a la sombra de Kerenski, que planeará en los siguientes años sobre España [11].

Fue « enorme, insospechada la repercusión y con ella la influencia ejercida sobre la opinión española por aquel acto de Valencia», recalca don Niceto. Maura concuerda: « fue, en verdad, un paso decisivo en el camino del cambio de régimen, porque nos permitió (...) aunar en torno suyo nuestros desperdigados esfuerzos» . Un amplio sector de las clases medias y conservadoras pasó a ver la república como una posibilidad interesante, o al menos aceptable. Los planes de Berenguer recibían un rudo impacto moral y político, disminuyendo de forma apreciable sus posibilidades. Maura y el de Priego pasaron a formar un tándem extraordinariamente efectivo en los meses siguientes [12].

La apuesta de ambos derechistas, como la de Lerroux, por una república tranquila y no vengativa, encontró pronto su réplica. Doce días más tarde peroraba en el Ateneo de Madrid el líder socialista Indalecio Prieto, en un tono muy diferente, revolucionario y de ajuste de cuentas con la dictadura y la monarquía. Recordó Prieto el desastre de Annual e insistió en la responsabilidad regia; atacó a Berenguer por la misma razón, y a la dictadura como encubridora.

Apartándose de las imputaciones vagas y genéricas de corrupción que se hacían a la dictadura [a], concretó tres escándalos graves: el Monopolio de Petróleos, el ferrocarril Ontaneda-Calatayud y muy especialmente el contrato de la Telefónica con la ITT norteamericana, que a su juicio había sido un latrocinio, una madeja de sobornos y un contrato leonino que ponía en manos extranjeras un servicio esencial del país [b]. Al igual que don Niceto, trató al rey de perjurio, imputación que se haría enormemente popular, pese a que el propio denunciante se había sublevado en 1917 contra la Constitución «traicionada» por Alfonso XIII; otras denuncias tenían doble filo, pues si la dictadura había sido tan inicua y corrupta, tendría que explicar —cosa de la que se abstuvo— la actitud de su partido hacia ella. Sonaba paradójico que el PSOE hubiese colaborado pacíficamente con la dictadura y, en cambio, empezase a mostrarse belicoso frente al intento de vuelta a la vida constitucional. Pero estas incoherencias apenas se distinguían en el ambiente revuelto de los tiempos, y sus adversarios tampoco acertaron a resaltarlas. El discurso circuló por el país en decenas de miles de copias, contribuyendo poderosamente a exacerbar las pasiones, como era su objetivo. Con su estilo efectista causó en las izquierdas una impresión mayor aún que el discurso de Alcalá-Zamora en las derechas. Romanones escribió a Santiago Alba-, «el discurso (...) ha producido verdadero estrago. La acusación contra el rey, de una violencia extrema, es de las que llegan. La Monarquía más firme no resistiría a una campaña prolongada de esa clase» [13].

Para salvar al régimen, Cambó seguía contando con Santiago Alba, su antiguo rival, al que visitó después de operarse del tumor [c]. «Claramente nos dijimos que únicamente él o yo podíamos afrontar la situación creada en España y dirigir el período de tránsito, pero tanto él como yo necesitábamos que en esta empresa el que fuera encargado del poder estuviera asegurado de la colaboración que el otro le daría (...) Alba se mostraba satisfecho de mi actitud, pero en aquel momento empecé a verle un defecto que, hasta entonces, no le había conocido: la cobardía (...) Me decía que preferiría que quien tomara el poder fuera yo y quien me ayudara desde la oposición fuera él». Alba exigía, además, que el rey le diera satisfacción por los ataques lanzados contra él por la dictadura, cosa que obtendría [15].

Otro efecto, buscado y logrado por Prieto, fue el de radicalizar al Partido Socialista y la UGT, mirando a los moderados Largo Caballero y Besteiro, por entonces partidarios de una evolución pacífica. La pugna dentro del PSOE tomó un cariz venenoso. Maura opinaba que «en el fondo, eran los socialistas quienes tenían en su mano la suerte de España en esa hora y, más tarde, la de la República», debido a que «Largo Caballero logró articular una fuerza social y política enorme durante los seis años de favor dictatorial. Al formarse el Gobierno Berenguer, el partido socialista resultaba ser el único verdadero

existente en toda la nación, y la UGT (...) agrupaba a la inmensa mayoría de los trabajadores españoles. Frente a esas fuerzas (...) nada había, absolutamente nada, en el campo monárquico». Apreciación bastante correcta, aun si exageraba mucho el influjo de la UGT. En fin, Prieto, « enarbolando la bandera de la revolución y de la violencia, ponía al socialismo en trance de crisis honda, pues era indudable que las masas se sentirían atraídas irresistiblemente por la postura del famoso líder». Por lo demás, Maura no escatima elogios a Prieto y se ufana de su buena relación con él<sup>[16]</sup>.

La situación recordaba la de 1917, cuando republicanos y socialistas fueron juntos a la revolución. Pero ahora, trece años más tarde, ¿qué debía hacer el PSOE ante las solicitudes de unos aliados que se habían mostrado indignos de confianza? Besteiro y Largo creían que el partido debía tenerse al margen de las *ridículas* conjuras de los grupos republicanos, perennemente enfrentados entre sí, y sin representatividad. Prieto, en cambio, veía una ocasión histórica que no podía desaprovecharse. Todo eran paradojas: entonces Prieto representaba en el PSOE la tendencia revolucionaria, mientras que los marxistas Besteiro y Largo resultaban tibios; aquél, consciente de la fuerza de su partido, quería utilizarla en provecho de una república *burguesa* radicalizada, pero la fuerza socialista le debía muy poco a él, y mucho a Largo y a su colaboración con la dictadura.

Por su parte, Azaña dio a conocer por extenso su posición, en noviembre, con un discurso titulado *Tres generaciones del Ateneo*. Estaba cerca de Prieto y lejos de Alcalá-Zamora: « No seré yo, que con otros aguardaba verme un día menos solo, quien siembre desde esta tribuna la moderación». Encomió « la gran renovación y trastorno necesitados por la sociedad española», tarea de « la inteligencia» cuya función concibe « en el orden político y social como empresa demoleadora». La *inteligencia*, claro está, era el propio Azaña y quienes como él pensaban, muy pocos, pues, como iría descubriendo y lamentando, España padecía grave penuria de personas *inteligentes*. Para efectuar la demolición apeló, en un estilo reminiscente de las llamadas de Lerroux a sus *jóvenes bárbaros*, pero más dirigista, a « los gruesos batallones populares, encauzados al objetivo que la inteligencia les señale». « La obligación de la inteligencia, constituida, digámoslo así, en vasta empresa de demoliciones, consiste en buscar brazos donde los hay: brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto elevado a la tercera potencia a fuerza de injusticias». Se trataba, por fin, de acabar con la historia de España e iniciar otra radicalmente opuesta, pues « ninguna obra podemos fundar en las tradiciones españolas, sino en las categorías universales humanas», contrarias, al parecer, a lo vivido hasta entonces por el país. « En el estado presente de la sociedad nada puede hacerse

de útil y valedero sin emanciparnos de la historia. Como hay personas heredo-sifiliticas, así España es un país heredo-histórico». «España es víctima de una doctrina elaborada hace cuatro siglos en defensa y propaganda de la Monarquía católica imperialista, sobrepuesta con el rigor de las armas al impulso espontáneo del pueblo». Nada enturbiaba su optimismo: «Si me preguntan cómo será el mañana, respondo que lo ignoro; además, no me importa. Tan sólo que el presente y su módulo podrido se destruyan. Si agitan el fantasma del caos social, me río». Ni ese fantasma le inquietaba ni, al revés que a don Niceto, el de Kerenski<sup>[18]</sup>.

Otras veces había expuesto una tesis clave de su pensamiento: que el liberalismo exaltado y jacobino del siglo XIX, productor de la I República, constituía el liberalismo propiamente dicho, expresión de las «categorías universales humanas» y se había corrompido después en una moderación inane. Corrupción provocada, como insistirá ante las Cortes en octubre de 1931, por la enseñanza religiosa, a consecuencia de la cual, «el morbo histórico estraga la porción dominante de la sociedad española (...) De esta clase timorata, precavida, tullida de ánimos (...) no debe esperarse nada». Azaña se pinta aquí, por implícito contraste, como el hombre arriscado y luchador que sin duda hubiera deseado ser: «En el ápice del poderío, más aire me hubiese dado a Robespierre que a Marco Aurelio», había escrito<sup>[19]</sup>.

Sin duda, Azaña se sentía rejuvenecido, y no sin causa. En los últimos tiempos de la dictadura se había enamorado de Dolores de Rivas Cherif, hermana de su amigo y 25 años menor que él, con cuyo motivo asoma bajo su habitual adustez la personalidad sensible y demasiado introspectiva: «¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado? ¿Es de una graciosa persona, es del amor, es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y con él, una dicha comunicable, quizá la postrera de mi vida?»<sup>[20]</sup>. En 1929 el figurado Robespierre se había casado en ceremonia religiosa y en la iglesia de los Jerónimos, como Alfonso XIII. La estabilidad sentimental tardíamente alcanzada, unida al fin de la dictadura, debieron de insuflarle nuevos bríos. En el Ateneo había cierto conflicto entre quienes querían politizar el centro y los partidarios de mantenerlo en su labor intelectual. Azaña, en otros tiempos opuesto a la politización, se decantó ahora por ella. En junio accedió a la presidencia, después de que Gregorio Marañón dimitiera, el mes anterior. La institución, ya muy activa en la agitación antimonárquica, se convirtió entonces en la principal base de conspiraciones. Bases similares eran la Academia de Jurisprudencia, presidida por Alcalá-Zamora, y el Colegio de Abogados, bajo la dirección de Ossorio y Gallardo, otro ex monárquico, gobernador de Barcelona durante la Semana Trágica.

## Capítulo II

### DEL ATENEO DE MADRID AL PACTO DE SAN SEBASTIAN

Pese a la agitación que desplegaban, los republicanos siguieron confusos y dispersos hasta aquel verano de 1930. Quienes tomaron la iniciativa para unificar y dar empuje al movimiento, no fueron los revolucionarios sino los recién conversos ex monárquicos, Maura sobre todo, que destacará en los meses siguientes como el líder y organizador más eficaz e intrépido. Don Niceto expone cómo a los pocos días de su trascendental discurso de Valencia, aquél le habló « con esa impulsividad voluble que en él es norma y paraliza el rendimiento de las aptitudes (...) Iba en busca de mi autoridad, por él tan pronto exagerada como destruida, para que con apremio presidiese una reunión de partidos republicanos, a cuyos representantes decía haber encontrado propicios». Maura coincide: « A partir del discurso de Alcalá- Zamora en Valencia, emprendimos él y yo, juntos, la tarea de poner algún orden en el caos de grupos y grupitos en que la oposición se debatía». Sus gestiones fructificaron en aquella reunión de agosto en el Ateneo con que empieza este libro<sup>[1]</sup>.

Lerroux da otra versión en una carta fechada en septiembre: « En los primeros días de agosto recibí una carta de persona competente requiriéndome para utilizar una fuerza que se ponía a *nuestra* disposición, con tal de que los republicanos formásemos el frente único y nombrásemos un gobierno provisional (...) Nos pusimos a la obra. Citamos a más *señores* y nos reunimos el día 7 en el Ateneo de Madrid». La *fuerza* que se ofrecía debió de ser el PSOE, que, efectivamente, exigía a los republicanos alguna muestra de que « se trataba de algo serio». Lerroux, pues, también se atribuye la iniciativa de la reunión, pero por lo que pasó en ella y después está claro que no fue él quien marcó la pauta<sup>[2]</sup>.

Aquel encuentro en el Ateneo fue, probablemente, la primera vez que coincidieron los tres personajes, aunque por separado se conocieran de antes. Alcalá-Zamora había tratado a Azaña a principios de siglo, cuando ambos, jóvenes con los estudios recién terminados, trabajaban de pasantes en el prestigioso bufete de Díaz Cobeña. El primero pinta del alcalaíno un retrato al ácido: "sonriendo de cuando en cuando tras sus cristales recios de miope, con una expresión que intentaba ser amable y no era grata. Le había olvidado al

encontrarle cerca de treinta años más tarde; luego no le olvidaría aunque pudieran pasar otros treinta» [3]. Lerroux encuentra a Azaña hosco, pero respetuoso. A don Niceto lo había tratado, superficialmente, en varias ocasiones. La simpatía mutua debía de ser exigua, a pesar del común empeño político.

Los reunidos, además de los señalados, habrían sido Alvaro de Albornoz, Marcelino Domingo, Ángel Galarza y José Giral, recuerda Lerroux en la citada carta. De Domingo, el impulsivo republicano tarraconense, maestro de escuela y periodista, ya hemos dicho algo. Se había separado el año anterior de la Alianza Republicana para fundar el Partido Radical Socialista. A ese partido pertenecía asimismo Albornoz, abogado asturiano que antes de la dictadura había sido diputado por el partido de Lerroux, quien lo pinta «menudo, melenudo y campanudo», inepto pero buena persona y ajeno a la realidad. También radical socialista era Galarza, abogado zamorano, duro y vengativo como había de verse. Giral, catedrático de química y farmacéutico, tenía amistad con Azaña y pertenecía a la Alianza Republicana. Factor común a todos ellos había sido la oposición a Primo, si bien éste jamás hubiera podido acusarles de haberle puesto en aprietos. Alcalá-Zamora indica la asistencia de Maura, promotor del encuentro. ¿Estuvo Prieto? Lerroux no lo cita en la carta de dos meses después y sí, en cambio, en *La pequeña historia*, escrita mucho más tarde: «Allí me encontré a Prieto (...) (quien) advirtió de que no representaba a nadie. Ni siquiera asistía como observador por cuenta de su partido. Entonces me pregunté yo ¿a qué iba allí Indalecio Prieto?». Así debió de ser, pues lo confirma Alcalá-Zamora: «Sabíamos de antemano que sin mandato de los socialistas iría Prieto a la reunión definitiva a título personal, como había hecho a la preparatoria» [4].

Las estrategias allí representadas diferían mucho. Azaña y Domingo pensaban en un pacto con socialistas y catalanistas de izquierda, mientras que Lerroux, receloso de tales aliados, prefería entenderse con los conservadores... en lo que Alcalá-Zamora y Maura no iban a corresponderle.

Los reunidos debieron de examinar la situación y, según Lerroux, «se convino en celebrar reunión más amplia (...) en San Sebastián o en la frontera. Domingo propuso que se invitase a los catalanistas republicanos. Todos me miraron. Poco antes había publicado ese bellaco farrantón de Rovira Virgili lo de su *incompatibilidad* conmigo. Yo manifesté que no me oponía a la invitación, con tal de que se les hiciera saber que yo asistiría». En *La pequeña historia* dice que a Prieto le había desagradado llevar a los catalanistas, porque obligaba a hacer lo mismo con los nacionalistas vascos, «entonces sus enemigos mortales. Sin embargo, como la invitación no comprometía a nada, se asintió con un encogimiento de hombros». Luego «nos repartimos el trabajo. A mí me tocó invitar a la Federación Republicana Gallega, donde apenas hay otra fuerza colectiva que nuestros amigos, y convencer al Partido federal» [5].

La reunión del Ateneo, dice Alcalá-Zamora, « fue reducidísima: de la penuria de los partidos republicanos, resucitados a esplendorosa vida un mes más tarde, dará idea el hecho de que por no tener organización, ni representante ni recursos» hubo de faltar en San Sebastián un representante del histórico Partido Federal, que con Pi y Margall había dado tanto carácter a la I República. Los demás reunidos, a excepción de Lerroux, tampoco representaban mucho más que a sí mismos. Sin embargo, sería un error considerarlos unos ilusos. Muy al contrario, sentían la efervescencia social, la falta de firmeza de sus adversarios y percibían con agudo instinto que en tales circunstancias la audacia es un valor fundamental, incluso el valor decisivo. Además esperaban la ayuda de los socialistas y los catalanistas de izquierda, y la simpatía o neutralidad de los anarquistas y de amplios sectores de la derecha. Si bien podría oponerse a su optimismo la respuesta de Cambó al serle solicitado el paso al bando republicano: « Si a España llega la República serán las izquierdas sociales las que la dominen y, probablemente, las que la deshagan». El régimen le parecía inviable « por falta de republicanos» [6].

Dentro de las izquierdas, la masonería desempeñó un papel importante. Esta *orden*, sociedad secreta o discreta, había pasado por una larga confrontación interna entre partidarios y contrarios de la acción política, discrepancia tradicional, pues, según sus estatutos, « un Masón es un súbdito pacífico de los poderes civiles, dondequiera resida o trabaje y nunca debe implicarse en complots y conspiraciones». En la práctica, las actitudes variaban entre la « rígida abstención y neutralidad en que inspiran su conducta las Grandes Logias de Inglaterra, Suecia, Noruega y Dinamarca» y la politización de los masones franceses que « persistían en la política de aproximación de izquierdas, posibilitadora de la creación del cártel, triunfante en el año 24». Los masones españoles « estábamos divididos prácticamente en dos grupos: los que habían ido allí por preocupaciones filosóficas y los que fuimos por inquietudes políticas». Al caer la dictadura la opción política se impuso oficialmente en una reunión del Grande Oriente, de mayo de 1930: « La Asamblea Nacional Simbólica declara que cree necesaria la formación de *Ligas de masones* en todos los lugares del territorio donde llegue nuestra actividad, con los siguientes fines: a) Restablecer y consagrar en la vida del Estado los derechos individuales, b) Favorecer la vuelta a la normalidad constitucional, c) Proveer la promulgación de leyes que garanticen la libertad de conciencia». Hasta aquí, eso hacía precisamente el gobierno Berenguer. Pero el cuarto punto era el significativo: « d) Mancomunar los esfuerzos de todos los masones para estos fines y procurar en el mundo profano que se establezca *una firme y cordial inteligencia entre los hombres de izquierda con el mismo objeto*» [7].

La acción política de la masonería consistía en difundir ideas y actitudes, y

anudar contactos en y por variados medios. Las relaciones secretas entre sus afiliados de partidos y posiciones sociales diversas facilitaban la tarea, aunque también provocaban conflictos de lealtad. Sea cual fuere la valoración que se haga del hecho, no hay duda de que la masonería influyó en el entendimiento entre republicanos y otras fuerzas antirrégimen, y en el descrédito de la misión de Berenguer.

El encuentro del Ateneo tuvo por objeto « tratar de conseguir una inteligencia con el mayor número posible de organizaciones antimonárquicas, aumentando así las fuerzas combatientes de la revolución» , dice Lerroxx<sup>[8]</sup>. Los reunidos mandaron invitaciones para una reunión que tendría lugar 10 días más tarde, el 17, en el casino republicano de San Sebastián. El acto no iba a ser clandestino, o apenas. Lerroxx, llegado a la capital guipuzcoana dos días antes, supo por la prensa que los catalanistas de izquierda habían rehusado asistir, pero « el 17 por la mañana me enteré, sorprendido, de que llegaban» ; lo que no debió de ilusionarle. El presidente del casino, Fernando Sasiáin, se encargó « con expeditiva franqueza de vasco» , de « alejar a los republicanos no invitados, que acudían, con peligro del secreto, por explicable curiosidad y como alarde de fuerzas» . El objeto de la reunión, dice Maura, fue « llegar cuanto antes a encuadrar las fuerzas política y sindicales dentro de un programa previamente madurado, y además designar a los hombres que habían de gobernar. De la tónica dé aquel programa y de la calidad de estos hombres dependería, íntegramente, la suerte del país» <sup>[9]</sup>.

Asistieron los mismos del Ateneo, salvo Giral, más tres nacionalistas catalanes, Manuel Carrasco Formiguera, Jaime Ayguadé y Matías Mallol, cada uno en representación de un pequeño grupo; un nacionalista gallego, Santiago Casares Quiroga; y, a título de invitados personales, Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo, y Felipe Sánchez Román, catedrático de Derecho y jurista conocido. Gregorio Marañón envió una carta de efusiva adhesión. Prieto estuvo sin representación de su partido, que no acababa de fiarse de la conspiración; en las mismas condiciones asistió, según Maura, otro líder socialista, Fernando de los Ríos. Lerroxx y Azaña iban en representación de la Alianza Republicana y no de sus respectivos partidos. No hubo presencia de nacionalistas vascos ni de anarquistas. Las organizaciones representadas, salvo la de Lerroxx, seguían siendo poco más que tertulias. Presidió Sasiáin.

Se produjo un serio encontronazo inicial con los nacionalistas catalanes. Carrasco declaró « en aquella forma tan suya, áspera, seca, desagradable e hiriente, de la que parecía tener el no envidiable secreto: 'A nosotros, los catalanes, no nos interesa esta reunión si, previamente, no se conviene en que el advenimiento de la República entraña la más absoluta autonomía para Cataluña. A partir del nacimiento del nuevo régimen, Cataluña recaba su derecho a la autodeterminación y se dará a sí misma el régimen que le convenga'» . « A este desatino sucedió un silencio general y penoso» , dice Maura, que trató de

demostrar a los nacionalistas « algo que estoy seguro que tenían bien sabido: que por tal camino se iba derecho a la guerra civil, que era lo contrario de la República que buscábamos ». Don Niceto observa: « El momento fue muy difícil (...) El deber inspiró a todos para llegar a satisfactoria concordia y evitar lo que parecía inevitable ruptura ». Se acordó la concesión de autonomía por las Cortes, una vez la población catalana lo hubiera pedido en referéndum. Casares pidió otro tanto para Galicia y Vascongadas, pero con respecto al último mostraron reticencia Prieto y Sasiáin, debido a la influencia en Vasconia de un partido tan reaccionario y clerical como el PNV<sup>[10]</sup>.

A continuación los reunidos evaluaron la situación política y acordaron preparar un movimiento revolucionario. En él « pocos, muy pocos, tenían fe [en él], pero se consideraba indispensable como arma de desgaste y señal de alarma para los gobernantes ». Así dice Miguel Maura con escasa sinceridad, pues, ¿cómo iban a lanzar tan desganadamente a las masas a una acción que, de fracasar, podía dar al traste con todo lo avanzado e incluso provocar la vuelta a una dictadura, aparte de jugar con la vida de miles de personas? Don Miguel procura aquí difuminar la decisión adoptada, de apelar a la violencia para imponer su alternativa sobre la transición de Berenguer. Se ha negado posteriormente la existencia de una preparación armada, pero Vidarte, que tan de cerca vivió los hechos, dice: « Logramos pasar algunos cargamentos de armas a través de la frontera, en Irún, en connivencia con algunos funcionarios de Aduanas »<sup>[11]</sup>.

Claro está que el movimiento no podían lanzarlo sólo los republicanos. Era preciso contar con los socialistas y con los anarquistas. Los primeros, única fuerza sólida y estructurada, como hemos dicho, tenían unos 16.000 militantes, y controlaban a los 250.000 afiliados de la UGT. La fuerza anarquista se ignoraba, pero estaba en rápida reorganización, que traía de cabeza al general Mola, encargado de la seguridad pública. Los de San Sebastián acordaron intensificar los contactos con ambos grupos obreristas. Pero la clave del golpe revolucionario iba a ser, como siempre, un pronunciamiento militar. Mola creyó que había más de un centenar de militares y marinos comprometidos en el movimiento, pero, dice Vidarte, « se queda muy corto, a no ser que se refiera solamente a los que tenían significación destacada ». Bastantes de ellos eran masones, aunque no su cabeza, Queipo de Llano<sup>[12]</sup>.

El pacto fue un acuerdo verbal, sin compromiso firmado, lo que motivaría mil especulaciones sobre su alcance. Prieto preparó una nota de prensa, y al ser detectado por los periodistas, la dio a conocer sin esperar a que la aprobaran sus socios. El comunicado sólo hacía constar los nombres y representaciones de los reunidos, destacaba la total unanimidad en las resoluciones, no especificadas, y en la “conveniencia de gestionar rápidamente y con ahínco la adhesión de las

demás organizaciones políticas y obreras», con vistas a una acción común, tampoco aclarada, contra la monarquía. Los nacionalistas catalanes, desconfiados, redactaron por su cuenta otro comunicado para dejar testimonio escrito del acuerdo que les concernía: -unánime y explícito reconocimiento, por parte de todas las fuerzas republicanas españolas, de la realidad viva del problema de Cataluña y del compromiso formal contraído por todos los presentes respecto a la solución de la cuestión catalana a base del principio de autodeterminación concretado en el proyecto de estatuto o constitución autónoma» [13].

» En las Logias el pacto de San Sebastián fue acogido con alentadora esperanza. Muchos de los personajes que allí se habían reunido eran masones. El pacto reflejaba, de hecho, la unión de los republicanos con los socialistas (...) y esto les había llenado de júbilo (...) Había algunas presencias inexplicables e indeseables en un pacto republicano. ¿Por qué los catalanes habían designado (...) al más caracterizado jesuita laico catalán, Carrasco i Formiguera?». Dice también Vidarte que en el Ateneo notó « la impresión desagradable que en todo el elemento joven del Ateneo había producido el que la presidencia del Comité revolucionario, que en caso de triunfar había de convertirse en Gobierno provisional, hubiera recaído en un republicano de hacía pocos meses, Niceto Alcalá-Zamora y que otro de los miembros del Comité fuera (...) Maura (...) de antecedentes familiares tan contrarios a toda renovación» [14].

Cambó, que se reponía de una operación a orillas del Adriático, escribió: « El acuerdo (entre los republicanos) es un hecho insólito que nadie podía creer posible hace sólo tres meses. (...) Habrá causado impresión en todos los núcleos de España donde hay una opinión viva» [15].

Tal fue el que pasaría a la historia como « Pacto de San Sebastián », verdadero punto de arranque de la II República y de un brusco giro en la historia de España.

Por extraño que parezca, dado su carácter poco clandestino, tanto la reunión del Ateneo como la de San Sebastián pasaron inadvertidas a la policía, mandada por el general Mola. Éste escribió unas memorias de su experiencia de entonces en la Dirección General de Seguridad, en las que muestra su angustia por el crecimiento vertiginoso de la agitación anarquista, socialista y republicana, que le hacían andar de la ceca a la meca sin mucho resultado. Estaba bastante al corriente de lo que se tramaba, pero su eficacia era mínima: « Parecerá raro que con tan perfecto servicio de confidentes no se hiciera nada práctico. La razón es obvia: salvo muy contados funcionarios que ponían en el desempeño de su cometido interés, inteligencia y entusiasmo, los demás se limitaban a cubrir el expediente ». El propio Mola, de ideas liberales, defendía el régimen por lo que representaba como garantía de orden más que por convicciones monárquicas, en

él muy tenues. Por los días de las reuniones citadas recibía esta impresión, en La Coruña, del general Artiñano: «Desengáñese usted, amigo Mola, que la Magdalena no está para tafetanes. Esto se va, y se va al c... Yo no sé si hay razón o no; pero el caso es que cada día es peor el ambiente contra la Monarquía» [16].

Así, Mola sólo se enteró del Pacto tres días después, y superficialmente: «El día 20 recibí una información en la que se decía que en San Sebastián habían coincidido significadas personalidades del partido republicano y algunos destacados elementos catalanes». Dos días más tarde supo las decisiones sobre la autonomía catalana y el plan de «emprender una activa campaña para derribar la Monarquía aprovechando el malestar que se dejaba sentir en todos los órdenes de la vida nacional, aceptando las colaboraciones revolucionarias, fueran o no republicanas (...) Todo ha quedado prendido con alfileres, no obstante lo cual ellos se las prometen muy felices. Di cuenta de estos hechos al ministro de la Gobernación y presidente del Consejo, pero, a decir verdad, en aquella ocasión ni ellos ni yo concedimos gran importancia a los acuerdos». Lo que le preocupaba eran las conspiraciones en el ejército y en la escuadra, así como la reorganización del terrorismo en Cataluña y otros lugares. Maura se mofa del general, incapaz de comprender la trascendencia del pacto republicano; pero la reunión había sido legal, y Mola no podía perseguirlo; además, su trascendencia no provenía tanto del acuerdo entre organizaciones débiles y desconfiadas entre sí, como de su eventual extensión a *sectores* obreristas revolucionarios y a grupos militares[17].

Para llevar adelante sus planes, los pactantes acordaron formar una Junta o Comité Revolucionario. Lerroux se llevó entonces una amarguísima sorpresa: «Pude comprobar que dentro de aquella conspiración había otra conspiración. En efecto, hablaba Don Niceto y decía: lo más urgente es designar las personas que hayan de formar las diferentes Comisiones: la primera, la que se encargue de los trabajos revolucionarios... Maura se precipita y propone: Fulano, Zutano y Mengano. Ninguno de ellos yo. Repite Don Niceto: una Comisión para trabajos militares. Maura atragantándose señala otros tres Fulanos. Yo, excluido. Don Niceto a la carga: Comisión de gestiones con partidos republicanos. Maura, sin dejar respirar, presenta tres Menganos más. Entre ellos no figuraba mi nombre. Lo mismo, con el mismo procedimiento y resultados, para tratar con los socialistas. Otro tanto para poner al habla con la CNT... Pero habló de nuevo Alcalá-Zamora. Esta vez se trataba de consultar con el partido comunista. Tampoco se dejó Maura quitar la voz. Habló y me propuso a mí solo para tan ardua empresa... (...) Pregunté si creían de veras que yo era el más indicado para semejante cometido y ante el clamor de aprobación y confianza, que

también parecía ensayado, resuelto a no poner dificultad alguna, me encogí de hombros. El caso era eliminarme de toda participación en funciones de confianza». El Partido Comunista, aunque extremadamente revolucionario, apenas pasaba de entelequia, y el contacto con él, muy secundario, excluía a Lerroux del comité<sup>[18]</sup>.

El protagonismo de Maura en la organización del encuentro, y la presidencia otorgada a don Niceto prueban que fueron los conservadores quienes tomaron osadamente la iniciativa de encauzar el movimiento republicano y arrastrar a los demás. Lo insólito del caso fue que entre todos no se contentaron con alejar de la presidencia, sino del mismo comité, al republicano de más larga trayectoria y servicios a la causa, y al más representativo; en rigor el único representativo y casi el único con verdadera antigüedad republicana. El comité quedó integrado, según Maura, por él mismo, Don Niceto, Domingo, Alborno, Azaña y, para más inri, los dos socialistas que carecían de mandato de su partido. El de Priego recuerda también a Ayguader y a Galarza. El despedido Lerroux escribirá: «El famoso Pacto (...) no fue otra cosa que pretexto para crear una Junta revolucionaria que empezaba con Don Niceto y terminaba en Galarza»<sup>[19]</sup>.

Los dos conservadores niegan, pero en el fondo confirman, la versión del radical. Según don Niceto, «Es desatinado imaginar que el pacto de San Sebastián (...) pudo ser una comedia preparada (...) Fue sencillísimo y rápido resolver cuanto afectaba a Lerroux (...) Había unanimidad espontánea para (...) alejarlo del comité directivo de acción. La presencia de Azaña, asociado y segundo de Lerroux en la Alianza Republicana, era una deferencia hacia el último». Desde luego la «unanimidad espontánea» y la «deferencia» no pueden ser más aclaratorias. La exclusión «resultaba obligada por tres causas: la desconfianza hostil de los otros partidos republicanos; el recelo todavía mayor de los socialistas, en cuya oficiosa y anticipada representación concurría (...) Prieto, enemigo irreconciliable de don Alejandro; y el hecho de que al ofrecer su concurso desde abril varios militares (...) habían hecho con impresionante coincidencia (...) la salvedad de que sus nombres y compromisos permanecieran secretos para el jefe del partido radical»<sup>[20]</sup>.

Maura se explaya: «Indagando el origen de tan generalizada desconfianza, averigüé que la historia política y personal de nuestro hombre estaba impregnada de tratos y contratos inconfesables con las altas autoridades de los gobiernos de la Monarquía. Lerroux había vivido siempre del milagro, que dejaba de serlo para quienes conocían sus relaciones con los ministros de la Gobernación y con los fondos secretos de este Ministerio: el *Emperador del Paralelo* —así se le bautizó en Barcelona, en donde también se le conocía por *El Caudillo*— fue la mano oculta de algunos ministros de la Monarquía en el campo de las luchas políticas de la Ciudad Condal. El creador y jefe de los *Jóvenes Bárbaros*, el que les

aconsejaba, en tristemente célebre proclama, que ‘levantasen el velo de las novicias y las elevasen a la categoría de madres para virilizar la especie’, era un ferviente colaborador de ciertos políticos monárquicos que preferían sobornar a gobernar, que optaban por la inteligencia subrepticia con el que jugaba el papel de feroz rebelde a base de cuantiosa y periódica remuneración, para evitarse los sinsabores de la represión violenta. (...) Con ser esto triste y lamentable, resultaba llevadero si lo comparáramos con la fama, bien ganada por lo visto, de quienes formaban el grupo de sus familiares y amigos en el seno del partido radical, que él presidía y capitaneaba (...) Llegó esta desconfianza a formar parte del subconsciente de todos y cada uno de nosotros. Al punto de que, cuando se trató de designar los miembros de Comité en la reunión de San Sebastián, nadie pensó en incluir a Lerroux»; a quien el recién converso republicano moteja con aplomo de « garbanzo negro de la República» [21].

Se trataba, pues, de una cuestión de pureza moral... no demasiado creíble. ¿Por qué, siendo así el jefe radical y peor todavía su partido, no rompían con él lisa y llanamente? El excluido aclara: « Se me necesitaba por lo que yo tenía en la opinión nacional y representaba en la democracia republicana, pero se procuraba utilizarme como un mero instrumento, sembrando en torno mío recelos y desconfianzas». Y Maura confirma: «Reconocíamos que su popularidad entre la masa del partido era tan considerable que no resultaba fácil edificar algo sólido sin su concurso, e imposible hacerlo contra él». Así, la repugnancia por la inmoralidad de Lerroux cedía ante la esperanza de utilizarle como peón en la aventura, y en lugar de denunciar su corrupción, como hacían con la de Primo, se valían subrepticamente de ella para marginarle. En ello había claramente menos firmeza de principios que oportunismo. Y oportunismo poco inteligente, pues, si hemos de creer al propio Maura, por entonces todo el mundo se estaba volviendo republicano y, por tanto, admitir a un partido tan reconocidamente podrido ni era imprescindible ni dejaría de mancharlos a todos y convertirse en un enorme lastre ante la opinión pública. Tampoco ayuda a creer en la pureza moral el hecho de que quienes tan alto hablaban en nombre del republicanismo careciesen por completo del historial de luchas, riesgos y sacrificios por la causa, que, en cambio, distinguía al líder postergado [22].

Asimismo había algo chocante, desde el punto de vista de los principios, en la alianza que iba cuajando entre grupos tan diversos y aun antagónicos como los comunistas, anarquistas, socialistas, jacobinos, conservadores y corruptos, con sus aspiraciones descansando en un pronunciamiento militar. El arrinconamiento de Lerroux debió mucho a ese carácter del pacto, pues, como reconoce Alcalá-Zamora, pesó mucho la esperanza de atraerse a los socialistas, acérrimos enemigos del caudillo radical y colaboradores de la dictadura. No deja de sorprender la aspereza de Maura con un Lerroux por entonces moderado, en contraste con sus frases admirativas hacia Prieto, el cual representaba todo

menos la república « conservadora y mesócrata » en que él y Alcalá-Zamora pensaban. Otra cosa había bajo aquella aspereza: « No dejaba de pesar en mi ánimo, cuando le abordé por vez primera, el recuerdo, aún fresco, de las injusticias y los feroces ataques contra mi padre durante la época del *Maura*, no y el *Maura*, sí, que habían acaparado nada menos que ocho años de nuestra historia política» [23].

Lerroux aguantó la humillación porque, asegura, se vio cogido en una trampa: « Procuraban la manera de que mi amor propio o mi soberbia, heridos, estallasen y así esperaban quedarse con lo mejor de mi partido, que me abandonaría al verme incapaz de sacrificar lo personal a lo objetivo ». Ya había observado cómo muchos refuerzos republicanos de los últimos años « no eran para inspirar demasiada confianza (...) sobre todo cuando se advirtió en seguida florecer y fructificar el espíritu de intriga de los recién llegados, trepadores intrépidos que muy luego se colocaron en los puestos de confianza de la conspiración. De la mayoría no puede asegurarse que hubieran evolucionado por razonable mudanza de convicciones ». Los tacha de advenedizos que « jamás habían amado ni sufrido por la República », y « no traían saber, ni experiencia, ni fe, ni prestigio. Nada más que esa audacia tan semejante a la impudicia, que suele paralizar a los candorosos y de buena fe cuando la ven avanzar desenfadadamente, imaginando que es una fuerza de choque » [24].

Así, en el magno proyecto se deslizaba desde el principio la ponzoña de la discordia. De todos modos, Maura y Alcalá- Zamora podían estar satisfechos de su labor. Apoyándose casi exclusivamente en su audacia y en un estado de opinión difuso, se habían puesto a la cabeza de un movimiento que, a partir del Pacto de San Sebastián, cobraría fuerte impulso. Entre las brumas del momento podía vislumbrarse una república, si no conservadora, al menos con gran peso conservador.

### Capítulo III

#### EN ACCIÓN

El Pacto de San Sebastián aceleró el proceso político. El comité, con presencia ocasional de Lerroux y otros ajenos, sesionaba en un chalé de Maura, en la calle madrileña Príncipe de Vergara. En su biblioteca, «frente a la gran chimenea, pasábamos horas y horas discutiendo los temas más heterogéneos: programa de gobierno, designación de las primeras autoridades, forma de organizar el movimiento, repaso y análisis de las innumerables noticias que de toda España nos llegaban, y en fin, las mil incidencias que el diario vivir nos aportaba». Pronto se decantaron dos tendencias. Salvo los dos conservadores y Lerroux, todos querían una «auténtica revolución», «una siega implacable de cuanto representase el signo de poder de los elementos sociales que predominaban con la Monarquía. La gran propiedad rústica y la riqueza mobiliaria en la proporción que se reputase excesiva, empezando por la Banca, deberían ser implacablemente nacionalizadas». Los conservadores querían que el régimen llegase con aires moderados, «sin perjuicio de cuantos avances evolutivos impusiera más tarde la voluntad nacional y las Cortes, legalmente elegidas, sancionasen». También pedían, contra opuestas intenciones, respeto a las vidas del rey y los hombres de la dictadura, «sin perjuicio de las sanciones que los tribunales o las Cortes, en su día, les impusiesen» [1].

La mayor discrepancia nacía de la cuestión religiosa. Para los miembros del Comité, casi todos «ferozmente anticlericales (...) la República era sinónimo de laicismo radical, y dada la realidad española, ello equivalía a la persecución religiosa, puesto que habían de ser disueltas todas las órdenes monásticas y confiscados todos sus bienes (...). La desamortización debía hacerse inmediata e implacablemente. Nosotros dos, convencidos de que ello representaba una guerra civil (...), manteníamos el principio de la libertad de conciencia individual de todos los españoles, que, siendo en su mayoría católicos, merecían el respeto y el amparo del poder público». Las "durísimas" discusiones casi llevaron a los dos conservadores a abandonar la empresa. Pero «después de mucho debatir, prevaleció el criterio moderado que representábamos Alcalá-Zamora y yo» [2].

Según Maura, fue después de que los temas tratados quedaran resueltos, aparentemente a su satisfacción, cuando, en el mes de octubre, el comité decidió

transformarse, ampliándose, en gobierno provisional de la futura república. En versión de Don Niceto, ya en negociación avanzada con el conjunto del partido socialista, visitáronme varios elementos republicanos para exponerme la necesidad de convertir el comité revolucionario pleno en gobierno provisional, cuya organización, selección y presidencia me confiaban». Dice Lerroux: « La Junta Revolucionaria se convirtió de la noche a la mañana en *Gobierno Provisional* de la futura República (...) a cuyo frente se puso también don Niceto, como era natural». Y éste le informó de que el acuerdo de convertirse en gobierno había nacido de un requerimiento del Comité Militar, que trabajaba con el civil para organizar el movimiento<sup>[3]</sup>.

La formación del consejo y la entrada en él de Lerroux es recordada también diversamente por estos protagonistas. Alcalá- Zamora lo cuenta así: « Hubo sin discusión unanimidad en tomo a mi nombre. Comencé en el acto mis gestiones, para las cuales la gran dificultad era el acoplamiento necesario de Lerroux. Él sólo quería aceptar Gobernación o Guerra, pero se tropezaba con el doble e indomitable recelo de los demás republicanos o socialistas y de muchos militares. Con dificultad logré convencerle para que aceptase Estado, como el primero y más antiguo de los Ministerios y por ello primer nombre que aparecería en la lista a continuación del mío, sonando bien fuera, adonde no trascendía aquella hostilidad y donde sabría desenvolverse un hombre de tan correcta y grata expresión». Así habría triunfado don Niceto explotando, con fina ironía, la vanidad del radical. Pues « Fue mi preocupación extremar las consideraciones con Lerroux, cuya contrariedad comprendía y sentía, aunque en él estuviera el origen» <sup>[4]</sup>.

Maura señala que con el viejo republicano « surgieron vacilaciones. Se habló, primero, de la cartera de Justicia. Sin medir a fondo mis palabras, se me ocurrió decir que si se le adjudicaba dicha cartera, algunos de sus adláteres acabarían subastando las sentencias de los tribunales en la Puerta del Sol (...) Creo recordar que fue Largo Caballero quien propuso que se le asignara la cartera de Estado [a la que nadie daba importancia] [...]». La frase sobre la subasta de sentencias fue muy celebrada entre los futuros gobernantes. Azaña la atribuirá a don Niceto: « Puso el veto (...) a que fuera ministro de Justicia 'porque si lo fuese —dijo con su incorregible incontinencia verbal— se venderían las sentencias de los Tribunales'». « Estábamos en éstas, prosigue Maura, cuando entró en el despacho don Alejandro. Como siempre, solemne, majestuoso, saludó cortés y tomó asiento. Un desagradable silencio siguió a estos saludos protocolarios. Parecía como si su llegada hubiese cortado el hilo de un diálogo que fuese indiscreto continuar (...). Fui yo quien, siempre espontáneo, le informé (...) Tenía don Alejandro una fisonomía sumamente expresiva. Cuando algo le contrariaba, enrojecía, y sus ojos emprendían una especie de rotación original

(...) Con voz acerada (...) nos dijo lo que él creía ser para la República: nada menos que 'su encarnación desde los comienzos del reinado de Alfonso XIII'... Y lo que la República era para él: 'el sueño y la meta de todas las aspiraciones de su vida'... Afirmó que aceptaba, resignado que fuese otro, recién llegado al campo republicano, quien asumiese la Jefatura del Gobierno, porque comprendía que era la hora de 'las medias tintas' (...) Largo Caballero hizo ver a don Alejandro los riesgos que su popularidad en el campo republicano correría, en cargo tan expuesto como el de Gobernación, al choque de las masas. Razonó hábilmente, secundado por Prieto, la necesidad de que fuera él, Lerrooux, quien llevase la representación de España y del nuevo régimen a las reuniones de la Sociedad de Naciones. Al fin, cedió» [5].

Lerrooux da otra versión: Alcalá Zamora le llamó para comunicarle la formación del gobierno «y decirme que me habían hecho el honor de designarme para ocupar el Ministerio de Estado (...) La cosa era tan burda que me eché a reír (...) Así como cuando me había permitido soñar con grandezas pensé siempre en el Ministerio de la Gobernación, como el más indicado para mi carácter, preparación y experiencia, ni en sueños se me había ocurrido que pudiera ser llamado a dirigir la política exterior de España. No estaba en mis condiciones ni en mis aficiones, ni disponía de la preparación profesional que el cargo requiere'. Aceptó, renuente, y en la primera reunión de gabinete pidió traspasar su Ministerio a Sánchez Román. «Pero no, señor: tenía que serlo yo (...) No se tomaron en cuenta mis alegaciones. Galarza apoyó: mi historia política, mi tradición republicana, mis viajes, mis emigraciones... (...) En suma, quedé *embotellado* en mi Ministerio (...). Por nada del mundo se hubiera dejado quitar Maura *su* Gobernación. Era preciso que yo no tuviera influencia y mucho menos preponderancia política en el Gobierno» [6].

Don Miguel, por su parte, afirma haber preferido a Prieto para Gobernación, por «su larga experiencia de las masas, su indiscutible talento, su reconocida habilidad política». Se pensó encargar de Hacienda al catalanista Carner, pero sus correligionarios recibieron la propuesta con un «escepticismo casi burlón», porque ninguno «tomaba en serio la posibilidad de un cambio de régimen». Uno, Nicolau d'Olwer, terminaría por aceptar. Casares Quiroga, escribirá Don Niceto, «expuso su aspiración a ser ministro, alegando que a más de Nicolau catalán podía considerarse casi vasco a Prieto, y que él quedaba en situación desairada como representante de los autonomistas gallegos. Solicitó de mí a través de Maura la cesión de lo que decía representaba para mí tan sólo una satisfacción sentimental y para él toda su carrera política (...) Accedí con sentimiento al ruego para hacerle un bien y no por la oferta de su eterna gratitud. En eso no he conocido hombre ni más ingrato ni más rencoroso, a pesar de que una vida cual la mía ha de tener sufrido en ese punto muy larga y amarga experiencia. Lo

curioso del caso de este hombre es que no hubo motivo ni aun pretexto para su implacable odio. Yo solamente lo he atribuido a que no esperando ya obtener más de mí buscó, sin violencia de su condición, halagar a Azaña asociándose a sus bajas pasiones». Surgió otro problema cuando los socialistas recibieron dos Ministerios. Los radicales debían tener otro tanto, y por ello fue nombrado Diego Martínez Barrio, hasta entonces poco notorio, para el de Comunicaciones, creado en la ocasión<sup>[7]</sup>.

Frente a la creciente unidad republicana, la tónica en el campo contrario era la hostilidad entre liberales y conservadores, entre quienes sirvieron y quienes se opusieron a Primo, entre partidarios y contrarios a Berenguer. El diario dinástico *ABC* exigía el pleno restablecimiento de las libertades para hacer una propaganda efectiva, y otros pedían prontas elecciones, pero, como observará Berenguer, si la propaganda monárquica « no adquiría la intensidad que todos deseábamos » se debía a desorganización y desorientación, « cuando no, en algunos, el temor a definirse cuando tantas incógnitas se presentaban en el horizonte ». De ahí que se mantuvieran « desiertas las tribunas por parte de los (...) partidarios del régimen », mientras hacían uso de ellas « los más exaltados, (...) lo que obligaba a mantener las restricciones ». El hijo del dictador, José Antonio, el ex ministro José Calvo Sotelo y otros intentaron organizar la Unión Monárquica Española, sucesora del frustrado partido Unión Patriótica, ideado por el dictador. Iniciaron a principios de septiembre una gira de mítines por Galicia, en medio de continuos altercados con derechistas discrepantes y con las izquierdas, las cuales ya se sentían fuertes para acosar —sin reciprocidad— los actos de propaganda contrarios, mediante apedreamientos, huelgas y disturbios en las ciudades gallegas. La táctica se extendió a otras regiones<sup>[8]</sup>.

Por contra, los republicanos, convocaban el 28 de septiembre un magno mitin en la plaza de toros de Madrid. Abarrotaron el coso unos 20.000 entusiastas. Entre los líderes descolló Azaña como orador de primer orden. Afirmó: « Todos cabemos en la República y a nadie se le proscribe por sus ideas (...) La República será democrática o no será »; y enfatizó, con cierta contradicción: « La República será (...) pensada y gobernada por los republicanos, nuevos o viejos ». Presentó a los suyos como « la última reserva de esperanza que le queda a España de verse bien gobernada y administrada », y prometió « paz y libertad, justicia y buen gobierno ». Lerroux, el más ovacionado, pidió al rey « abdicación antes que revolución », para evitar « una nueva tragedia »<sup>[9]</sup>.

El mitin causó sensación, y acercó el PSOE a los republicanos. Por esas fechas y tras una reunión conjunta, los socialistas apreciaron por fin « seriedad » en el plan revolucionario, y designaron como representante ante el comité a

Largo Caballero, que hasta entonces se había opuesto al contacto. El relato de Largo tiene indudable interés. « En el Ateneo de Madrid, donde se reunía dicho Comité, conocí a las personas que lo componían », y que ya debían de haberse constituido en gobierno, pues recuerda a Alcalá-Zamora como presidente, a Azaña como ministro de la Guerra... y en especial a Prieto, en Obras Públicas, y a Fernando de los Ríos, en Instrucción Pública: « ¿Quién había nombrado a De los Ríos y Prieto? Nadie. Ellos, siguiendo su conducta de indisciplina y procediendo por su sola voluntad. ¿A quién representaban? A nadie. Era uno de tantos actos de indisciplina. Por mucho menos habían sido expulsados del Partido otros correligionarios. ¿Por qué se les toleraban esas indisciplinas? Porque, según algunos, expulsados podrían hacer más daño al Partido. ¡Buena teoría! ». Sin embargo, aceptó los hechos consumados, pues señala que en la misma reunión « me adjudicaron el Ministerio de Trabajo ». Y aún más: « Alcalá-Zamora se creyó obligado a pronunciar un discurso informándome de la situación militar y de las personas comprometidas. Con esto estaba en posesión de los secretos de la conspiración » [10].

Las ejecutivas del PSOE y la UGT se reunieron para ratificar a sus tres flamantes ministros. « Saborit, apoyado por Besteiro, propuso que se retirara la representación del Comité revolucionario, ya que tratándose de proclamar una república burguesa, la clase trabajadora nada tenía que hacer allí ». Largo opuso que el programa del partido « consignaba como su primera aspiración la de implantar la República, sin especificarse que fuera burguesa o social, pero establecida como estado transitorio. Se sobreentendía que habría de ser la primera. Además, no era correcto separarse del Comité revolucionario estando ya enterados de los secretos de la conspiración, pues si se descubría algo se nos achacaría la responsabilidad ». Tras empeñada disputa ganaron los partidarios del comité. Y Largo apostilla: « Nunca he creído que la República burguesa pudiera ser la panacea para curar todos los males del régimen capitalista; pero la consideraba como una necesidad histórica. Desgraciadamente, muchos trabajadores la consideraban imprescindible, como paso ineludible para llegar al fin de sus ideales (...) Una experiencia de la república burguesa les convencería de que su puesto de lucha estaba en el Partido Socialista para la transformación del régimen económico ». Los republicanos habían conseguido una victoria crucial al atraerse a los socialistas, pero la concepción del nuevo régimen como una etapa transitoria, expuesta por Largo, proyectaba una densa sombra sobre el porvenir, aun si por el momento nadie parecía percatarse de ello [11].

La división entre los socialistas movió a Alcalá-Zamora a presionarlos, y al efecto conferenció con las ejecutivas en casa de Besteiro. Llevó consigo a varios militares que « informaron detalladamente de cómo estaba la situación, y declararon que sin la cooperación del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores no se podría realizar el movimiento revolucionario. Después de

marcharse los informantes todos reconocieron que se trataba de una cosa seria. Besteiro y Saborit seguían muy reservados» [12].

Otro punto era la colaboración de la CNT, que arrastraba a amplias masas y a algunos militares, y no cesaba de promover huelgas y luchas, pero desconfiaba de los « políticos ». Maura dice que « existían dos movimientos en marcha. Uno el que nosotros articulábamos (...) Otro, al margen de éste (...) impulsado y manejado por los elementos militares jóvenes (...) cuya base radicaba en la CNT ». Y sugiere que el primero aspiraba a la huelga general y el segundo a la violencia, pero no es así. Los dos buscaban la acción militar y la huelga, y entre ellos hubo colaboración. El líder conservador, súbitamente inconcreto, difumina los contactos y sustituye los datos por razones: los ácratas « hacían su propio juego, que consistía en aprovechar, ayudándole, al movimiento republicano, para desbordarlo en el acto del triunfo y pasar, según ellos decían, al anarquismo libertario, o, lo que es lo mismo, al caos ». En el fondo el mismo juego hacía el comité. Cada uno trataba de utilizar al otro para sus propios fines. Los republicanos « estábamos seguros de dominar, a su hora, esa rebeldía ulterior forzosamente caótica contra la legalidad ». Mientras tanto, el acuerdo progresaba [13].

Maura niega que en el Pacto de San Sebastián interviniera la CNT: « no tratamos con ellos, entre otras razones porque no hubiéramos sabido con quién entendernos ». La interpretación ácrata varía ligeramente: « Está claro que la CNT no intervino en el Pacto de San Sebastián. No está tan claro que los pactantes no trataran con la CNT por no saber con quién entenderse ». Al parecer sí hubo allí contactos con los libertarios Rafael Vidiella y Progreso Alfarache, que prometieron apoyo si se les garantizaba libertad y amnistía. En la *Memoria del Congreso Extraordinario* de la CNT, del 11 al 16 de junio de 1931, Peiró informa: « Y entonces (finales de octubre) (...) enviaron al que hoy es ministro de la Gobernación [Maura] y al director general de Seguridad [Galarza] (...) Hicimos que al día siguiente el Comité Nacional y el Comité Regional hablaran con estos señores ». De resultas, un Pleno Nacional de Regiones de la CNT, a principios de noviembre, acordó cooperar con el alzamiento preparado por los republicanos [14].

Para los anarquistas, « la exclusión de la CNT del pacto de San Sebastián revela la aprensión de los primates de la futura república hacia esta organización (...) La potencialidad de la CNT halagábales a la vez que les preocupaba. Esos conflictos con la burguesía y las autoridades hacían el juego hoy a los intereses antidinásticos, pero tenían un doble filo nada lisonjero para el futuro orden republicano » [15]. En efecto, si Azaña propugnaba la inteligencia como una

« empresa de demoliciones » , el anarquismo, inteligente o no, pensaba llevar la demolición más allá de los límites que Azaña creía oportunos.

La CNT se reponía a marchas forzadas, y Mola estaba sumamente preocupado por el posible rebrote terrorista. Un confidente le informaba: « En Barcelona se están reorganizando las 'bandas' y ya hay más de un centenar de individuos viviendo de lo que ha de volver a ser el terrorismo » . « Seguimos viendo cómo lo mismo Pestaña que Peiró y sus secuaces, gente toda bien conocida (...) actúan con toda tranquilidad, organizan las comisiones que han de llevar a cabo las coacciones a las puertas mismas de las fábricas e incluso a los domicilios particulares de los amenazados » [16].

Algunos militares simpatizaban con la CNT, como el capitán Alejandro Sancho, que había pronosticado a Mola: « La monarquía se derrumbará. Tras ella, si viene la República, desaparecerá también, y entonces es fácil que salga para los trabajadores españoles el sol de la Justicia. ¡La hora de la liberación se acerca! » . Otro era el comandante Ramón Franco, hermano del futuro dictador, muy popular por su vuelo de Palos de Moguer a Buenos Aires en el avión *Plus Ultra*, una de las hazañas de la aviación más resonantes de la época. Hombre de mente embrollada y simplista, y de espíritu revoltoso, Ramón Franco escribía en *Solidaridad Obrera*. « Hay que arrollar todo lo que se oponga al triunfo de la voluntad popular. ¿Que un grupo de generales trata de establecer una nueva dictadura fascista? Arrastrarlos o lincharlos sin otra ley que la ley de Lynch. ¿Que algunos coroneles se reúnen como simple amenaza o con el fin de tomar medidas contra el pueblo? Se les quema o se les hace volar en su propia guarida. ¿Que un sacerdote en el púlpito, o un obispo, quebrantando sus votos, disciplina y neutralidad, hace campaña política? Se recomienda la dinamita. ¿Que unos cuantos invertidos bajo el nombre de legionarios tratan de pisotear las libertades públicas? Descuartizarlos y hacer ofrenda al pueblo de sus inmundos pedazos » . Y así sucesivamente, en un estilo no infrecuente aquellos días [17].

Al mismo tiempo avanzaba la conspiración en el ejército. Existía un Comité militar, encabezado por el general Queipo de Llano, el mismo que seis años más tarde se sublevará contra el Frente Popular, y compuesto por los comandantes Díaz Sandino, Franco y Aisa, y los capitanes Menéndez, Ordiales y González Gil, que enlazaba con la CNT a través del capitán Sancho. Según Queipo, « Alcalá-Zamora y Maura le hablaron de que se proyectaba un movimiento para el mes de octubre » . Los ácratas presionaban y los republicanos se echaron atrás al juzgarlo precipitado. Entonces Sancho y Franco planearon alzarse por su cuenta. Descubiertos por una delación, fueron arrestados, y con ellos importantes líderes nacionalistas catalanes y anarquistas, como Lluís Companys, Joan Lluhi, Ángel Pestaña y otros [18].

En ese mes pudo comprobar Cambó la endeblez de los grupos dinásticos: « A

primeros de octubre fui a Madrid para hacer un esfuerzo para (...) dar coraje a los amigos que yo tenía en el Gobierno. Todos (...) me dieron muestras de afecto y simpatía, pero en ninguno (...) encontré valor y energía. (...). El apodo 'dictablanda' con el que se calificaba el Gobierno de Berenguer, en sustitución de la 'dictadura' de Primo de Rivera, era, desgraciadamente, una verdad. (...) Los ministros, todos me decían lo mismo: '¿Qué quiere usted que hagamos si sabemos que somos interinos y que no hacemos más que ocupar transitoriamente un puesto que a otros corresponde?' (...) Anarquistas, socialistas, republicanos de viejo cuño y todo el cúmulo de rencores y malas pasiones que se habían formado durante la Dictadura, se daban cuenta de la situación y encontraban en la debilidad del Gobierno un estímulo a todas las ilusiones y a todas las audacias». Seguía creyendo en Santiago Alba como el único capaz de salvar la situación<sup>[19]</sup>.

Hubo una segunda fecha para el pronunciamiento militar. Dice Queipo: « Se acordó que yo visitase al señor Alcalá-Zamora para exponerle la situación tal como la dictaba nuestro optimismo y le presentase un ultimátum para que fijase la fecha del movimiento en un plazo que no excediese del día 22» de noviembre. Las unidades comprometidas eran, según el general, más que suficientes para asegurar el triunfo. Pero don Niceto le hizo ver las dificultades, entre ellas la de « encontrar 32.000 duros que se necesitaban para comprar armas y asegurarse determinadas cooperaciones». A ese fin trataban con Juan March, famoso millonario que se llamaba a sí mismo *El último pirata del Mediterráneo*. Éste le daba « esperanzas que nunca dejaba que se cumpliesen, poniendo a los que con él trataban en un estado de nervosidad bien comprensible». La relación se cortó ante la sospecha de que March informaba al gobierno. El millonario y los republicanos llegarían a convertirse en enemigos acérrimos<sup>[20]</sup>.

También temía don Niceto que las masas, puestas en marcha, fueran más allá de lo previsto. Queipo le garantizó que toda extralimitación sería reprimida. Acordaron el golpe para el 18 de noviembre, pero una serie de disturbios y huelgas provocaron mayor vigilancia, por lo que la intentona se aplazó al día 26. Y volvió a aplazarse porque Ramón Franco, que « por ningún concepto quería que el movimiento estallase estando él preso, (...) (escapó) de Prisiones la noche anterior, por lo que ya fue imposible su realización». Vidarte concreta: « El 25 de noviembre, la Masonería preparó la fuga de (Franco) de Prisiones militares, donde estaba recluido. Ramón (...) había sido recientemente iniciado en nuestra Orden»<sup>[21]</sup>.

El mes de noviembre resultó muy movido, con huelgas, algaradas estudiantiles y enfrentamientos callejeros. Y en ésas, el día 15, la transición

recibía otro golpe devastador: « El error Berenguer », un artículo de Ortega y Gasset, en el apogeo de su influencia pública, publicado en el prestigioso diario *El Sol*. Ortega arremetía contra la pasada dictadura, « una creciente y monumental injuria, un crimen de lesa patria, de lesa historia, de lesa dignidad pública y privada », que había « vejado, pisoteado, envilecido y esquilmo durante siete años » a los españoles. « España, una nación de sobre veinte millones de habitantes, que venía ya de antiguo arrastrando una existencia política poco normal, ha sufrido durante siete años un régimen de absoluta anormalidad en el Poder público, el cual ha usado medios de tal modo anormales, que nadie, así, de pronto, podrá recordar haber sido usados nunca ni dentro ni fuera de España, ni en éste ni en cualquier otro siglo ». « Sólo el que tiene una idea completamente errónea de lo que son los pueblos salvajes puede ignorar que la situación de Derecho público que hemos vivido es más salvaje todavía, y no sólo es anormal con respecto a España y al siglo XX, sino que posee el rango de una insólita anormalidad en la historia humana. Hay quien cree poder controvertir esto sin más que hacer constar el hecho de que la dictadura no ha matado — creer que el derecho se reduce a no asesinar —, es una idea del derecho inferior a la que han solido tener los pueblos salvajes ». « No hay punto de la vida española en que la dictadura no haya puesto su inoble mano de sayón ».

¡Y después de aquel terrible régimen, Berenguer pretendía actuar « como si » no hubiera pasado nada! Tal actitud parecía al filósofo muy propia de la monarquía, que tenía al pueblo español por un rebaño ovino; en lo cual pudiera tener cierta razón, dice Ortega, pero « lo intolerable es que se prevalga de ello ». Por suerte, las cosas estaban cambiando: « Se pretende decretar esta ficción: ‘Aquí no ha pasado nada’. Esta ficción es el Gobierno Berenguer. Pero esta vez se ha equivocado. Éste es el error de Berenguer. Al cabo de diez meses, la opinión pública está menos resuelta que nunca a olvidar la *gran viltá* que fue la dictadura (...) La reacción indignada de España empieza ahora, precisamente ahora, y no hace diez meses ». « Y como eso es un error, somos nosotros y no el Régimen mismo, nosotros, gente de la calle, de tres al cuarto y nada revolucionarios, quienes tenemos que decir a nuestros ciudadanos: ‘¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruido! Delenda est Monarchia’ ».

Frases sorprendentes en quien durante varios años había aplaudido la dictadura, y, si luego había comprendido la maldad de ella, nunca vista en el mundo, no había movido un dedo en su contra. Unamuno, al menos, había levantado la voz. Quizá la impresión de que « no había pasado nada » tuviera que ver, en efecto, con la escasa resistencia — nula por parte de Ortega — a la dictadura. Y la « indignada reacción » acaso hubiera estado más en su punto cuando el dictador cometía sus fechorías que cuando su sucesor restablecía los derechos ciudadanos. « Yo ahora no pretendo agitar la opinión, sino, al contrario, definir y razonar, que es mi primario deber y oficio », aseguraba Ortega en su

diatriba. Con toda evidencia, unas « definiciones » tan desmedidas —máxime cuando eran ya bien conocidos los crímenes de otras muchas dictaduras del siglo XX—, sólo podían « agitar » los espíritus. Como lo hicieron, sobre todo al venir de una figura de tanto crédito intelectual en España y en Europa. En el bando contrario nadie osó rebatirle. Si el discurso de Prieto a finales de abril había marcado la vía de la radicalización de las izquierdas, el de Ortega y Gasset contribuyó poderosamente a que las clases medias dieran por muerta a la monarquía.

Para entender al filósofo debe recordarse su viejo anhelo de inspirar una refundación de España. Era eso, en definitiva, lo que ahora exigía él, y lo que parecía factible en un nuevo régimen que abriría para el país un horizonte magnífico de bienestar y libertad. Cambó cuenta que Ortega le propuso adherirse al movimiento republicano: « cuando esperaba que yo le diese un ‘sí’ y una firma, tuvo que escuchar una exposición serena de mis argumentos dirigidos a hacerle ver que aquella República de que me hablaba era un puro ensueño; que si la República venía sería gobernada o por los socialistas o por Lerroux con su gente tarada; que el nuevo régimen supondría el comienzo de una era de convulsiones para España, que se traduciría en un inevitable retroceso en la cultura (...) Al oírme, tuvo un ataque de furia. Salió de mi salón batiendo la puerta » [22]. Ortega, con Gregorio Marañón, Pérez de Ayala y Unamuno, iban a ser considerados « los padres espirituales » de la II República.

Los monárquicos, moralmente febles y políticamente en discordia, apenas se percataban del efecto de los sucesivos golpes, o los contemplaban con fatalismo. Muchos seguían convencidos de que a la hora de los votos aquella agitación quedaría en nada.

Entre tanto, los preparativos para el movimiento revolucionario proseguían febrilmente. El plan consistía en un pronunciamiento militar, secundado por una huelga general a cargo de los socialistas. Éstos, desconfiados por la experiencia de 1917, recelaban de ser los primeros en lanzarse a la calle, y preferían esperar a ver en ella a los militares en revuelta, no fuera a repetirse el suceso de que el ejército reprimiese la huelga, en lugar de sumársele.

Las órdenes, contraórdenes y aplazamientos del comité militar ponían nerviosos a los comprometidos. Entre éstos figuraba Fermín Galán, masón y de ideas vagas pero extremosas, entre republicanas y anarquistas, capitán que había sido de la Legión y destinado entonces en Jaca. En la primera quincena de noviembre, de paso por Madrid, asistió a una *tenida* en la logia Ibérica. Vidarte relata: « Nos reuniríamos en la Cámara de Maestros. Con el sigilo y al mismo tiempo la sinceridad de la Cámara de en medio se nos comunicó que el movimiento se produciría en diciembre. Hablaron algunos militares de varias

Logias. Después Galán nos informó de que nunca hubo tan gran número de ellos comprometidos como en esta ocasión (...). 'Sin embargo —manifestó—, mis experiencias son de que siempre se espera que sean otros los primeros que se lancen a la calle (...) Pero esta vez los regimientos comprometidos no tendrán la disculpa de que esperaban que otros rompieran fuego: el día y a la hora que me diga el Comité, mi regimiento estará en la calle y yo habré proclamado en Jaca la República'. Dichas estas palabras, se destacó desde el primer banco en que estaba sentado, extendió la mano sobre la Biblia —abierta encima del ara por el evangelio de san Juan, según costumbre—, volvióse hacia el Venerable Maestro y declaró: 'Juro solemnemente ante el Gran Arquitecto del universo y ante vosotros, mis hermanos, que el día que reciba las órdenes del Comité revolucionario proclamaré la república en Jaca y lucharé por ella aunque me cueste la vida»'. Según Queipo de Llano, la orden fue dada, por fin, para la madrugada del día 12 de diciembre<sup>[23]</sup>.

Un alzamiento precisaba un manifiesto. Redactaron borradores Alcalá-Zamora, Prieto y Lerroux, y fue aprobado el del último, que empezaba: « Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla. Puestas sus esperanzas en la república, el pueblo está ya en medio de la calle. Para servirle hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley y se nos ha cerrado el camino; cuando pedíamos justicia, se nos arrebató la libertad, cuando hemos pedido libertad se nos han ofrecido una Cortes amañadas como las que fueron barridas, resultante de un sufragio falsificado, convocadas por un Gobierno de dictadura, instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un caciquismo omnipotente. Se trata de salvar un régimen que nos ha conducido al deshonor como estado, a la impotencia como Nación y a la anarquía como Sociedad. Se trata de salvar a una dinastía que parece condenada por el destino a disolverse en la delicuescencia de todas las miserias fisiológicas». Bajo la monarquía « no hay atentado que no se haya cometido, abuso que no se haya perpetrado, inmoralidad que no haya trascendido a todos los órdenes de la Administración pública para el provecho ilícito o para el despilfarro escandaloso (...) Hemos llegado por el despeñadero de esta degradación al pantano de la ignominia presente. Para salvarse y redimirse no le queda al país otro camino que el de la revolución». Terminaba: « Vamos a derribar la fortaleza (...) a establecer la República (...) De ella saldrá la España del porvenir y un nuevo estatuto inspirado en la conciencia universal, que pide para todos los pueblos un derecho nuevo, unido de aspiraciones a la igualdad económica y a la justicia social. Entre tanto, nosotros, conscientes de nuestra misión y de nuestra responsabilidad, asumimos las funciones del Poder Público con carácter de Gobierno Provisional». Firmaban Alcalá-Zamora y los demás ministros.

A Maura, uno de los firmantes, el manifiesto le produjo « una rara sensación

cómica. Leído hoy, a distancia histórica y fríamente, produce casi hilaridad», si bien cree que lo mismo pasa con «todas las soflamas y todos los programas de gobiernos nacidos en momentos convulsivos de la Historia». Hay indudable comicidad en las retumbantes acusaciones a la corrupción monárquica, habida cuenta de que al redactor de ellas le achacaban sus colegas la misma lacra<sup>[24]</sup>.

El gobierno, que vigilaba la agitación en el ejército con más cuidado que la civil, estaba al tanto, en líneas generales, de la trama. A finales de noviembre Mola dice haber enviado a Galán una carta, en la que, invocando vieja amistad, le avisaba: «Sabe el Gobierno y sé yo sus actividades revolucionarias y su propósito de sublevarse con tropas de esa guarnición: el asunto es grave y puede acarrearle daños irreparables. El actual gobierno no ha asaltado el poder, y a ninguno de sus miembros puede echárseles en cara haber tomado parte en movimientos de rebelión; tienen, pues, las manos libres para dejar que se aplique el Código de Justicia Militar inflexiblemente...». El intento de hacer abortar el pronunciamiento por medio de una admonición casi paternal, era insólito. No menos la orden que Mola dice haber recibido de Berenguer en relación con Ramón Franco: «vigílelo procurando causarle las menores molestias. Llegado el movimiento (...) lo detiene usted con cualquier pretexto para evitar que tome parte en él, pues sería para mí una gran contrariedad verme obligado a proceder contra ese chico, que es capaz de cualquier tontería»<sup>[25]</sup>.

A última hora el levantamiento fue aplazado al 15 de diciembre. El día 11 partió para Jaca Casares Quiroga, acompañado de otros dos masones distinguidos, a fin de prevenir a Galán. Escribe Maura, poco fidedignamente, que la nieve les impidió llegar a tiempo. El capitán Sediles, compañero de Galán, en un libro publicado meses después, titulado *Voy a decir la verdad*, cuenta que Casares, aunque perdió tiempo cenando en Huesca, llegó a Jaca a la una de la noche del día 12, con tiempo sobrado para avisar a los comprometidos: «Al llegar a la ciudad hay que buscarnos como sea (...) hay que darnos la orden»; pero Casares, que «sabía perfectamente que Galán se hospedaba en el hotel Mur», se va con sus amigos a dormir tranquilamente al hotel La Paz, en el extremo opuesto de la ciudad». Graco Marsá, compañero de viaje de Casares, lo confirma. Al amanecer, los enviados fueron despertados por los disparos de la sublevación prematura. Extraña la versión de Maura, que debía conocer lo ocurrido en este episodio, por lo demás muy oscuro<sup>[26]</sup>.

Los sublevados publicaron un bando durísimo amenazando con fusilar sin formación de causa a «todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente». Dos carabineros y un sargento de la Guardia Civil que, en la calle, rehusaron secundarles, fueron inmediatamente abatidos. Los rebeldes marcharon hacia Huesca, pero cuando llegaron, 19 horas después (para un trayecto de 90 kilómetros), bajo la lluvia de

aguanieve, ateridos, hambrientos y sin dormir, les cortaban el camino tropas gubernamentales. Un general llamado Lasheras y un capitán que intentaron disuadir a los rebeldes, fueron muertos por éstos. Entonces Galán se retiró al pueblo de Ayerbe, donde sus soldados desvalijaron las tiendas de comestibles. Volvieron en seguida a avanzar contra Huesca, muy cansados y soñolientos, para rendirse tras una breve escaramuza. Galán pudo escapar, pero prefirió entregarse, y declaró ante el consejo de guerra: «Sé que a mi delito le corresponde la última pena. Pueden ustedes con toda tranquilidad firmar la sentencia, pues yo en su sitio no dudaría en firmarla (...) Soy hombre que ha jugado y ha perdido. Y como no tiene otra cosa para satisfacer su deuda, se dispone a pagarla con la vida». Bajo el estado de guerra que el gobierno había decretado para Aragón, él y el capitán García Hernández fueron condenados a muerte, sentencia ejecutada hacia las tres de la tarde del día 14. Galán dio las órdenes de fuego contra sí mismo.

Lerroux señala que días antes Galán había comunicado su propósito de adelantarse, lo que hizo estallar a Alcalá-Zamora en -violenta indignación. Llegó a decirme (...) que el propósito de Galán *tenía todos los caracteres de una maniobra abortiva*», Como después los dos ejecutados de Jaca se convirtieron en mártires oficiales de la república, Lerroux aprovecha en sus memorias para mortificar a don Niceto por aquella «sospecha infamante». Niceto recuerda que, en efecto, «el valiente e infortunado capitán» le había expuesto «su resuelta e inquebrantable decisión de adelantarse 48 horas al movimiento que preparábamos (...) Fue inútil cuanto intenté para convencerle», a pesar de lo cual le enviaron a Casares Quiroga, con la misión de frenarle<sup>[a]</sup>. No reconoce lo de la *maniobra abortiva*, y resalta su «compasión y simpatía hacia la pobre niña huérfana», de García Hernández<sup>[27]</sup>.

Maura, menos sentimental que Lerroux o don Niceto, califica abiertamente a Galán de «desequilibrado». Los de Jaca se sintieron abandonados, como se quejará el capitán Sediles: «Sobre esto del adelantamiento he de decir que si todo estaba preparado como nos decían, si casi todas las guarniciones estaban de acuerdo para levantarse el día 15, ¿por qué no lo hicieron el 12 ante la señal que significaba nuestro levantamiento? (...) Porque los que no se sublevaron con nosotros el día 12, tampoco lo hicieron el 15»<sup>[28]</sup>.

El día 15 comenzó una oleada de disturbios, asaltos a edificios públicos y huelgas en numerosas localidades, que se prolongaron cuatro o cinco días, pero sin apenas intervención militar. De ésta, lo más relevante fue la sublevación del aeródromo militar de Cuatro Vientos, encabezada por Queipo de Llano y Ramón Franco. Ocupado el campo, radiaron a todos los aeropuertos la noticia de haber sido proclamada la república. Franco voló para bombardear el palacio real, pero dice que desistió al ver a niños jugando en las cercanías. Desconcertados por la

ausencia de huelga en la ciudad y asediado el aeródromo por tropas leales, Franco, Queipo y otros utilizaron los aviones para fugarse a Portugal [b].

En las huelgas colaboraron CNT, UGT y republicanos. Sin embargo, en la decisiva Madrid los obreros siguieron trabajando. Todo indica que la huelga fue sabotada por los besteiristas, nada dispuestos a salir a la calle si no salían antes los militares. Era lunes, y Largo Caballero, que se había ocultado, supo por la tarde que la ciudad continuaba su vida normal. «Araquistáin y yo nos trasladamos a casa de Besteiro» en el coche de Negrín, y luego en él bajaron por la Castellana. «Le hice a Besteiro las consideraciones del caso, recordándole el compromiso contraído (...) Le hice observar que si no cumplíamos con nuestro deber ello constituiría un descrédito para la clase obrera organizada y que en el porvenir pagaríamos cara la deserción. Besteiro decía que sí, pero sin poderle sacar la declaración de por qué no había declarado la huelga. Al fin prometió que comunicaría que se declarase al día siguiente, martes (...) El martes vinieron a verme y me dijeron que no había huelga (...) No había duda: la huelga estaba sabotada, consumada la traición por los enemigos de formar parte del Comité revolucionario». Mola asegura haber tenido «la casi absoluta seguridad de que la Casa del Pueblo de Madrid no se sumaría al movimiento». El suceso nunca quedó bien aclarado y provocó graves tirantezas dentro del PSOE[30].

El mismo día 15 y siguientes el gobierno provisional se desperdigó, detenidos unos de sus miembros, huidos otros. Los anarquistas no ocultarían su desprecio, y observa Peirats sobre el manifiesto republicano «decía en uno de sus párrafos: 'El pueblo está ya en medio de la calle y en marcha hacia la República. No nos apasiona la emoción de la violencia culminando en el dramatismo de una revolución, pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura donde quiera que prevalezcan la justicia y el derecho; pero es derecho y es justicia donde prevalece la tiranía. Sin la asistencia de la opinión y la solidaridad del pueblo no nos moveríamos a provocar y dirigir una revolución. Con ellas salimos a colocarnos en el puesto de la responsabilidad, eminencia de un levantamiento nacional que llama a todos los españoles'. No podían decirse más embustes en tan pocas líneas». «Lanzado el manifiesto, Alcalá-Zamora, Miguel Maura y otros, es decir, el futuro presidente del gobierno y el ministro de la Gobernación se dejaron detener por la policía fácilmente. Otros ministros, tales como Prieto, huyeron al extranjero. Otros se entregaron a las autoridades espontáneamente, tales como Largo Caballero y Fernando de los Ríos. Otros, en fin, desaparecieron como si se los hubiera tragado la tierra» [32].

## Capítulo IV

### DE LA CÁRCEL A UNA EXTRAÑA GLORIA

La intentona de diciembre demostró que las conjuras republicanas seguían sin ser demasiado serias, pero también probó una decisión y voluntad de imponerse violentamente. Quedó claro a su vez que la monarquía aún no era el « cadáver en pie », listo para caer al menor soplo, que imaginaba Maura. Pero si el régimen mantenía cierta robustez, en cambio iba a mostrar en seguida que le faltaba por completo la voluntad y decisión tan notorias en sus enemigos.

La descripción por Peirats del arresto de miembros del comité es realista. El gobierno reaccionó con poca diligencia, y, como dice Maura, « Resultó que fuimos a la cárcel los que nos dejamos detener. Cuantos se propusieron no ir, se libraron del percance, o, por mejor decir, de la fiesta, porque declaro que los tres meses largos que pasé en la Modelo con mis compañeros de aventura fueron para mí amenos e instructivos. Cuando recuerdo la forma en que fuimos tratados los presos de 1930 en la cárcel, casi siento vergüenza ». Su detención ocurrió así: « A las siete de la mañana —domingo—, cuando aún dormía, comparecieron en mi casa dos policías que, correctos y respetuosos, mostraron su deseo de verme. Me levanté y bajé al despacho. Muy amablemente, me notificaron que venían a buscarme para conducirme a la cárcel Modelo. Me tomé el tiempo necesario para vestirme, me despedí de la familia, preparé el equipaje clásico (...) Por el camino, (un policía) me contó que el Director General de Seguridad les había dado la orden de venir por mí a la una de la madrugada, pero ellos, *«que son amigos, han dejado pasar la noche para no causarme esa molestia en hora tan inoportuna»* [1].

El arresto de Alcalá-Zamora no fue más traumático: « En la mañana del 14 se presentó el inspector policía (...) para llevarme a la cárcel Modelo. (...) estuvo muy atento y confió en mi leal ofrecimiento de no comprometerle; esperó a que me afeitara, accedió a acompañarme a San Fermín, sin alardes de estar detenido, para que pudiese oír la misa dominical y aun me dejó que en su presencia escribiese una carta de tranquilizador aviso a mi prima Gloria» [2].

Así debió de ocurrir también con Giral y Albornoz. Otros se hicieron detener, como Largo Caballero: « Llegaron Araquistáin y Negrín para comunicarme que Fernando de los Ríos me esperaba (...) Acordamos presentarnos

espontáneamente al día siguiente ante el General Juez Instructor de la causa, haciéndonos solidarios del Manifiesto y del movimiento. Antes de ir al cuartel del Pacífico donde se hallaba el juzgado, pasé por la Casa del Pueblo. Ví a Besteiro y a Saborit, les di cuenta de lo resuelto por De los Ríos, Sánchez Román y yo, esto es, presentarnos ante el Juez de Instrucción... Y se encogieron de hombros, sin decir una sola palabra. La indignación que esto me produjo fue tan grande, que no pude evitar que se me saltasen las lágrimas. Nunca creí que los odios y rencores de los hombres, por rivalidades de ideas o de apreciación, llegasen a tal extremo (...) Al juez le sorprendió nuestra presencia. Tomó la declaración a los tres y dijo que por la tarde su ayudante nos diría la resolución adoptada con De los Ríos y conmigo. Sánchez Román se hizo responsable del Manifiesto, pero no figuraba su firma, por lo que el Juez no le encartó en el proceso. Aquella tarde el ayudante del General se presentó vestido de paisano en la casa del Pueblo, donde le esperábamos, y, muy cortésmente, nos condujo en su auto a la Cárcel Modelo» [3].

Explica Maura: «Entonces un preso político era un personaje respetable y respetado por todos, desde el Gobierno, que había ordenado su detención, hasta el director de la prisión, que le acogía. Hoy, gracias a la barbarie aneja a los sistemas totalitarios, (...) un preso político es un cliente de una bestia, con uniforme o sin él, encargado de torturarlo, y, a poco que las circunstancias ayuden, del verdugo que lo liquida. Me tocó en suerte vivir *peligrosamente* en una época en la que el peligro era escaso o nulo». En la cárcel tenían libertad de horario y actividad<sup>[a]</sup>. Por las tardes, cientos de simpatizantes iban a estrecharles la mano. A las seis de la tarde se reunían «para cambiar impresiones y continuar el estudio de los problemas de gobierno». La comunicación con el exterior, oral y escrita era sumamente libre, y las tareas conspirativas no sufrieron interrupción<sup>[4]</sup>.

Huyeron fácilmente del país Prieto, Domingo, D'Olwer y Martínez Barrio, y se ocultaron sin problema Lerroux y Azaña. Casares, preso en Huesca, pidió traslado a Madrid, y «el Gobierno accedió a ello amablemente», «sin duda para que pudiese colaborar en los trabajos del Gobierno Provisional», trabajos que prosiguieron en la cárcel con la mayor tranquilidad<sup>[5]</sup>.

Entre los jefes republicanos, si juzgamos por lo que después escribieron, no debió de reinar la cordialidad. Lerroux se burlará: «Consumada la tragedia de Jaca, Don Niceto oyó misa, con permiso de la policía que fue a detenerlo, y se metió en la cárcel. Algunos le acompañaron presentándose voluntariamente y otros sin querer. A mí me sirvió de aviso la detención de mi secretario en plena noche anterior, para eliminarme como por escotillón en pleno día». El de Priego, en respuesta, asevera que «don Alejandro (...) cambió de escondite varias veces, quizás al fin tolerado por el gobierno», y hace notar el «íntimo y

frecuente trato» de uno de los lugartenientes radicales, Guerra del Río, con el ministro de Gobernación, Matos. Maura envía al caudillo radical un dardo más directo y envenenado: habría preguntado a uno de sus aprehensores si tenían órdenes contra Lerroux, y « el inspector, sin la menor vacilación, exclamó: « Oh, no, a don Alejandro no le molestarán!...». Don Alejandro tenía bula, sin duda. De ser cierto, se hace aún más inexplicable que no rompieran con tan sospechoso aliado y que, a continuación, le encomendasen mantener la conspiración en marcha. También salta a la vista que una dosis de bula, mayor o menor, la otorgaba el gobierno a todos ellos<sup>[7]</sup>.

Azaña se esfumó durante una representación de la ópera *Boris Godunov* en el teatro Calderón, corriendo a casa de un amigo mejicano, Martín Luis Guzmán — a quien volveremos a encontrar en los avatares de don Manuel—, para esconderse luego en el domicilio de su suegro, y volver finalmente al suyo propio. Aprovechó ese tiempo para escribir una novela, *Fresdeval*. Recordará don Niceto que « parecía habérselo tragado la tierra. (...) Se investigó y supóse que seguía en Madrid (...). Acordamos que yo le enviara por medio de su familia una carta, de la cual se reía mucho Fernando de los Ríos, porque sin reproche expresábase nuestra inquietud al no haber noticias suyas, caso único, cuya extrañeza señalaba (...). Muy entrado 1931 dio respuesta vaga, sobria y cautelosa. Poco después apareció entre las comunicaciones clandestinas una que sin duda era suya; de expresión muy dura, despectiva y aun sucia contra el monarca y la memoria de la regente muerta. En la cárcel creimos que el caso de incomunicación de Azaña era para tenerlo por dimitido y no se insistió más cerca de él»<sup>[8]</sup>.

Don Manuel rompió contacto con sus correligionarios, aunque, prudentemente, se ocupó de seguir cobrando la nómina de funcionario, para lo cual solicitó licencia temporal por « recrudescimiento de la nefritis ». Y dice el inamistoso don Niceto: « [Había logrado] que entre la firma de trámite pasara la concesión a su favor de una licencia por seis meses (...) por mediación de su compañero en la dirección de los registros, don Jerónimo González. Éste (...) nada republicano, que bajo la dictadura había sido agregado por Primo de Rivera para asesorar en la formación del partido único, U.P., fue recompensado al triunfar la República, pasando a presidir la sala primera de lo civil del Tribunal Supremo»<sup>[9]</sup>.

Lerroux no siguió el ejemplo de Azaña: « Inmediatamente escribí a Don Niceto poniéndome incondicionalmente a su disposición. Me presentaría a las autoridades si él creía que mi prisión podía ser útil o conveniente a la causa. En contestación recibí una carta histórica (...). Se me decía que no me presentase y se me ordenaba que desde aquel momento tomase la dirección de todos los trabajos como delegado de la Junta Revolucionaria. 'Así como ha sabido usted

obedecer, se me decía textualmente, sabrá usted mandar'. Pondrían a mi disposición todo lo que habían logrado organizar» [10].

«Desde nuestro ingreso en la cárcel —confirma Maura— se había hecho cargo del movimiento revolucionario don Alejandro Lerrooux». Pronto empezaron los roces, que cada uno explica a su manera. El radical nombró enlaces a Rafael Guerra del Río y Emiliano Iglesias, hombres de su confianza, pero los encarcelados los rechazaron. Los dos escribieron a Alcalá-Zamora ásperas cartas, y dice Lerrooux: «Don Niceto tuvo que quedarse, como yo y como todos, con la espina en el cuerpo. Se aguantó como un resolte preparado a distenderse o empujar. Porque Don Niceto no olvida ni perdona» [11].

El de Priego atribuye al viejo republicano el plan de atraerse a los militares mediante «un seguro de riesgos y pensiones» que exigirían un empréstito a garantizar con «el patrimonio minero y forestal de España, el marítimo representado por las almadrasas y para remate alguna renta de la Hacienda pública. Detuvimos en seco el plan». Maura no menciona eso, sino que Lerrooux «se había echado en brazos de los elementos más indeseables del campo libertario, lo mismo obrero que militar. (...) Lo de Jaca acabaría por ser un juego de niños comparado con lo que desencadenarían los flamantes amigos de don Alejandro. Se le hizo saber que nuestra decisión era desistir por el momento de violencias (...). Con gran protesta por su parte hubo de acceder, pero para sincerarse con sus nuevos amigos nos culpó a los de la cárcel del desistimiento. ¡Ahí nació, en buena parte, la enemiga que contra Alcalá-Zamora y contra mí mostraron, apenas nacida la República, los elementos anarco-sindicalistas!» [12].

Lerrooux tomó un piso «a nombre de un médico amigo y establecí una Clínica. Así empecé a recibir impunemente a mi clientela conspiradora». «Había un ambiente revolucionario indudable», pero no fácil de organizar. «Era natural que necesitase saber con qué elementos, militares y civiles, capaces de acción, se contaba en aquel momento». Pidió informes a Don Niceto y éste «no pudo o no quiso puntualizar», dejándole «con las manos vacías». Acudió a los militares, en cuyo comité el general Miguel Cabanellas había sustituido al fugado Queipo, y contactó con el general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil y «amigo mío desde teniente, frecuentador de nuestra peña periodística en el café de Fomos». Pero Sanjurjo no se comprometió «aunque *en realidad no era secreta* su simpatía para la República». ¡Estos tres generales estarían entre los que dieran el golpe de gracia a la república, seis años más tarde! Tras los sucesos de diciembre, los oficiales comprometidos lo estaban mucho menos. Consiguí allegar también algún dinero y trató con Besteiro «cuyo concurso me parecía necesario por su autoridad moral, por su significación y por su responsabilidad compensadora de la insolvencia de otros elementos de su partido» [13].

« La depresión en el ánimo de las gentes adictas al movimiento duró poco», observa Maura, y « las Navidades de 1930 fueron para nosotros apoteósicas. De todas las partes de España nos enviaban platos regionales ya aderezados (...) Constituía un verdadero espectáculo contemplar la fila de viandas suculentas expuestas a lo largo de la galería (...) ¡Asombra pensar que fuera ello permitido por las autoridades de un régimen cuya desaparición pedíamos los beneficiados con tan suculentos manjares!» [14].

Además, « La lenidad de las autoridades hacia por sí sola más adeptos a nuestra causa que nuestra propia actuación», pues muchos vacilantes, al percibir la flojedad de los políticos dinásticos, se inclinaban por quienes juzgaban vencedores a medio plazo. Era « una psicosis de suicidio (...) ¿No veían el peligro? ¿Les era indiferente el cambio de régimen? ¿Daban todo por perdido de antemano y estimaban inútil el esfuerzo de la lucha defensiva? No lo sé ni creo que nadie pueda, con fundamento, aclararlo ya. Lo cierto es que una vez más se cumplió el proverbio clásico: los dioses ciegan previamente a quienes quieren perder». Empezó a rumorearse la proximidad de elecciones a Cortes, cuya campaña, en una muestra más de torpeza política, iba a abrirse el 11 de febrero. « Los periodistas preguntaron al general Berenguer si el Gobierno no estimaba peligroso hacer coincidir la fecha de la apertura del período electoral con el aniversario de la república de 1873, y el general contestó: « No veo en ello el menor inconveniente. Para mí, ser republicano es una equivocación, pero no creo que sea pecado». La frase, que suponía una situación normal y el acatamiento de las reglas por unos republicanos en realidad volcados en la acción subversiva, sólo podía ser tomada, como lo fue, por singular ejemplo de estupidez. Comenta Maura: « Tras esta categórica absolución previa, que apareció en los diarios del 20 de enero, los funcionarios al servicio del Gobierno se lo tuvieron por dicho y vinieron, los unos por convicción, los más por elemental prudencia previsora, a engrosar nuestras filas». Y advierte el monárquico Juan de la Cierva: « Incluso el nuncio de Su Santidad, viendo que monjas, frailes, sacerdotes en mayor o menor número, hacían coro a los héroes recluidos en prisión (...) pensó, como avisado diplomático, que sería conveniente no perder el contacto con aquellos hombres que en plazo breve podía tener en sus manos la suerte de España» [15].

Sin embargo, persistía una opinión popular promonárquica, que se sentía desamparada y se manifestaba esporádicamente: « El 23 de enero, con ocasión del santo del rey, el desfile por Palacio para firmar en las listas no cesó en todo el día, y fueron las gentes modestas, clase media y hasta humilde, las que más nutrieron esa postrera manifestación de adhesión al trono (...) El público estacionado en la plaza de Oriente le hizo objeto (al rey) de una manifestación de entusiasmo que se prolongó largo rato». Unas semanas después, la reina Victoria

Eugenia, volviendo de Londres a la estación del Norte, recibió una multitudinaria acogida. « Al llegar frente a la puerta del Príncipe la manifestación tenía casi un carácter de alud popular », reconoce Maura, y recuerda Vegas Latapie: « Una multitud enardecida por la desesperación, se arremolinaba en los andenes, sus salas de espera y proximidades. Al entrar el tren en agujas el griterío que se produjo fue estremecedor ». La reina creyó que la república se había proclamado, pero era al revés, el gentío « la aclamaba desaforadamente » a ella. Tras llegar al palacio « y como las aclamaciones no cesaban, la Reina se asomó a saludar a la masa (...) y al continuar los vítores frenéticos, don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia salieron al balcón principal ». « Por fin el clamor cesó y la multitud se fue disolviendo, si bien algunos grupos continuaron hasta la Puerta del Sol, donde fueron disueltos por la fuerza pública (...) Hubo un muerto (...) y la censura gubernativa prohibió dar la noticia (...) Si la víctima hubiera sido un elemento revolucionario, habrían sido ruidosísimas las protestas e incluso se hubiera acudido a la huelga general » [16].

Aparentemente sólo Cambó, Juan de la Cierva y pocos más pensaban resistir. « Yo —dice el primero— tenía plena conciencia de que el movimiento revolucionado no contaba, en el fondo, con otra fuerza que la que le daba el descorazonamiento, el cansancio, de los que tenían el deber de hacerle frente. Yo, que nunca había sido monárquico de sentimiento, creía, después de lo que había visto en Barcelona el año 1919, que España había entrado en un período en que ya no eran posibles las revolucionara políticas sin que fueran inmediatamente devoradas por una terrible revolución social. Por eso, el advenimiento de la República me causaba verdadero terror » [17].

El 4 de febrero el gobierno convocó por fin elecciones a Cortes ordinarias, y dio de paso un mes de holganza a los estudiantes, en un feble intento de esquivar sus alborotos. La prensa de izquierdas y liberal reaccionó con un ataque general a la monarquía y al rey « perjuro », y una exaltación de los rebeldes de Jaca como mártires de la esperada república, en un tono emocional en el que Maura no hubiera osado decir, como hará años más tarde: « Lo ocurrido en Jaca fue (...) la locura de un exaltado (...) Cabe preguntarse cuál hubiera sido la suerte de la república, y con ello la de España, si por un milagro hubiese triunfado esa locura. Hacer de Galán el protomártir de la Segunda República es quizá muy emotivo y muy poético, pero es una falsedad histórica. Galán no fue otra cosa que un anarquista suelto y desbocado que hizo con su conducta grave daño a la República, daño sin duda irreparable y definitivo de no haber estado ya desahuciada la Monarquía » [18].

El día 11, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala publicaron el manifiesto de una « Agrupación al Servicio de la República », que aspiraba a « movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de

propagandistas y defensores de la República». Propugnaban «solamente (...) un fin negativo: el desahucio y la liquidación de la Monarquía, culpable de todos los males de la sociedad española»; y llamaban a organizar a la opinión pública «haciendo que sobre el capricho monárquico pese con suma energía la voluntad republicana de nuestro pueblo».

Las elecciones no iban a tener lugar. Alcalá-Zamora se atribuye el mérito, exagerando algo: «Desde (la cárcel) pesábamos con decisivo influjo sobre las decisiones, que frustrábamos, del gobierno del rey. Nuestra oposición a admitir las Cortes ordinarias anuló el decreto de convocatoria, derribó al gobierno Berenguer y abrió inequívoco un período constituyente, aceptado ya forzosamente por los partidos monárquicos. Y para todo eso bastó un suelto de unas ocho líneas dictado por mí, desde la reja del locutorio, a un redactor del periódico *La voz*» [19].

En cierto modo fue así, pues Alba, «cobarde como siempre, dijo que también se abstendría», señala Cambó, que lo visitó en París y comprobó cómo aquél «sentía que la Monarquía era débil y no quería caer con la Monarquía (...) Esperaba que si venía la República, los años de persecución que había sufrido [de la dictadura] le darían un primer lugar en el nuevo régimen». La causa del trono recibió un fuerte golpe, porque Alba, persona inteligente, aunque ventajista y desleal, según algunos, era considerado su última baza. Cambó anunció su participación, pero el conde de Romanones resolvió derribar al gobierno Berenguer, apoyando la abstención y presionando a la *Lliga* en tal sentido [20].

El conde obró así por temor al ambiente y porque prefería unas elecciones municipales, en las que veía menor peligro, y dejar para después las generales. Con ello auxilió a los enemigos de la monarquía, como había hecho en otros tiempos al obstruir la reforma de Antonio Maura. El 14 de febrero Berenguer dimitió. La transición zozobrababa.

Sin políticos a quienes recurrir, Alfonso XIII, pasando por una humillación penosísima, convocó a Sánchez Guerra, ex ministro de la Restauración, promotor de un pronunciamiento militar contra la dictadura, con colaboración anarquista, y que no hacía un año se había declarado incompatible con la monarquía, y a ésta con el país. Sánchez aceptó, el día 16, como si cambiase de actitud hacia el trono, pero sólo para gastarle una última y pesada broma, convirtiendo su defensa en una completa farsa: acudió a la cárcel Modelo para ofrecer carteras ministeriales a los revolucionarios.

Si la iniciativa era fantástica, no menos la entrevista. «Hacia un frío intenso» cuando cuatro de los ilustres presos bajaron al locutorio de abogados, colocándose ante una estrecha reja, «sentados, Alcalá-Zamora y Largo Caballero, detrás, en pie, Fernando y yo [Maura]». Al otro lado de la reja, «la sala de abogados, bastante espaciosa, (con) una luz mortecina (...) que daba a la

estancia un aspecto lúgubre. (...). De pronto, se abrió la puerta del fondo de la sala frente a nosotros, y entró, con su inseparable bastón, tocado con sombrero de copa y vestido con majestuoso abrigo de pieles, don José Sánchez Guerra. Llega el visitante al centro de la habitación, se descubre con cierta solemnidad y, con voz temblona, nos dice:

«—Señores, he sido encargado por el rey de formar Gobierno y he creído de mi deber venir a proponerles la colaboración en el que voy a formar, si logro reunir los elementos que considero indispensables.

» Continuaba don José en medio de la sala, con el sombrero y el bastón en una mano y la otra en el bolsillo del abrigo. Parecía un fantasma, en aquella media luz de la habitación, de paredes encaladas y desnudas, entre muebles desvencijados y cojos, frente a unas sombras que, acurrucadas tras una reja, miraban asombrados sin llegar a dar crédito a sus ojos y oídos.

» Niceto, siempre esclavo del procedimiento, tras un silencio bastante prolongado, con su característico acento andaluz, respondió:

»—No podemos contestar a la pregunta, querido don José, sin antes sabé las condiciones y límites de ese encargo por usted resibido...

» Ante un gesto de sorpresa o de impaciencia de Sánchez Guerra, calló Niceto un instante, y Fernando, creyendo sin duda que le ayudaba a salir de un mal paso, intervino, entrando en una disertación sobre el momento histórico que vivía España, que 'nos obligaba a examinar...'. Entonces yo, que vi claro que don José se impacientaba de veras, (...) adelanté el busto y, por encima de las cabezas de los dos compañeros sentados, saqué el brazo y exclamé:

»—No hay nada que examinar que no esté examinado ya. Nosotros, con la Monarquía, nada tenemos que hacer ni que decir.

» Se produjo un ligero escalofrío colectivo. Sánchez Guerra, tras unos segundos de silencio, sonrió y, muy despacio, contestó:

»—Ya suponía yo que ésa sería su respuesta, pero he querido comprobarlo oyéndolo de labios de ustedes. Señores, muchas gracias y muy buenas tardes.

» Hizo una reverencia ligera, y salió de la sala mientras nosotros quedábamos un rato aún, silenciosos e inmóviles, más que asombrados. La escena no había durado más de seis minutos».

Y explica Maura: «Había que considerar que estábamos sometidos a proceso por rebelión armada contra el régimen; que la causa iba a verse ante el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, unos días más tarde; que tras la visita de don José esta causa estaba ya fallada, puesto que era evidente que, pese a estar en el banquillo de los acusados, no se podía condenar a quienes no estaban en el Poder porque lo habían despreciado; quienes, en vez de enjuiciados, podían haber pasado a ser árbitros de la vida nacional, con sólo haber aceptado el ruego del encargado por el rey de formar Gobierno; que, en fin, el refuerzo que con este ofrecimiento recibía la causa republicana era tal, que fatalmente inclinaría la

balanza hasta el límite máximo, puesto que representaba la confesión paladina de la impotencia del régimen para valerse por sí solo, y el respeto que le merecía la popularidad y la fuerza del Comité encarcelado» [21].

Tras la comedia de Sánchez Guerra, empuñó el timón Romanones. Descartados Alba y Cambó, la monarquía no tenía otro recurso. ¿Era esta falta de hombres el legado de la dictadura? Suele decirse eso, lo repiten Maura y muchos otros. Pero parece más bien el legado de la última etapa de la Restauración. Sus políticos, que habían hecho inevitable la dictadura o un período revolucionario, no habían cambiado. Habilidadoso y marrullero, Romanones tenía poco fuste para afrontar una auténtica encrucijada histórica. Calculaba que en unos comicios municipales tenía la victoria asegurada, y con ella un respiro al régimen y un buen tobogán para las generales. Pero los aparatos caciquiles estaban prácticamente deshechos, y muy decaída la confianza de la opinión monárquica en sus líderes.

Para formar el consejo, Romanones o, en otra versión, De la Cierva, recurrió a una treta: «Recibimos algunas personas la convocatoria para una reunión de ‘capital importancia’ (...) en el Ministerio de la Guerra. Ya allí, por el procedimiento de la ‘encerrona’ se nos conminó a aceptar una cartera y se eligió Presidente al Almirante Aznar, que no estaba siquiera en Madrid», cuenta Gabriel Maura, hermano de Miguel. Según Berenguer, que pasaba a ministro del Ejército, «fueron precisas más de cinco horas para convencer a los reunidos». El 18 nació el nuevo gobierno. Aznar era incluso inferior a Berenguer en capacidad política. El conde manejaba el gabinete, desde la cartera de Estado [22].

En marzo la agitación creció, con huelgas y algaradas estudiantiles muy violentas. Cambó formaba, a la desesperada, el Partido de Centro Constitucional que, en su opinión, habría remontado el vuelo si él se encontrara sano; y obtuvo del gobierno Aznar la promesa de autonomía para Cataluña. Por entonces fue autorizado el retorno de Macià, expulsado anteriormente y recibido en Barcelona «como un héroe triunfador». Más importante aún, los nacionalistas de izquierda participantes en el Pacto de San Sebastián se unían para formar el partido *Esquerra Republicana de Catalunya*. Sus jefes «tenían reuniones secretas o conspiraciones con participación de anarquistas, socialistas, militares marginales y republicanos neófitos» [23].

Pero el suceso crucial de ese mes fue el juicio, el día 20, a los presos del autoproclamado Gobierno provisional. El juicio correspondía a la más alta instancia jurídica militar, el Consejo Supremo de Guerra y Marina, porque entre los procesados figuraba un ex ministro de la monarquía, Alcalá-Zamora, y un consejero de estado de la dictadura, Largo Caballero. Curiosamente, en sus respectivas *memorias*, Largo sólo menciona la causa del ministro, y don Niceto la

del consejero [24].

Presidía el tribunal el general Burguete, quien en Asturias, durante la huelga de 1917, había anunciado que perseguiría a los huelguistas « como alimañas » ; pero ahora tenía ideas *avanzadas*, detestaba a Berenguer, y un hijo suyo había tomado parte en la rebelión de diciembre. « No teníamos, pues, sino dejar hacer al Presidente del Tribunal y ayudar, si era necesario, con nuestra pasividad o nuestra protesta, para que el consejo de guerra fuese, como deseábamos, un gran espectáculo revolucionario ». Burguete, en efecto, dio la máxima publicidad y facilidades a los acusados, en una competencia de provocación e insultos al régimen. « Baste decir que cada informe era una arenga de mitin republicano », dice Maura, y don Niceto resalta cómo incluso Sánchez Román, frío civilista, « descubrió apasionamientos y ardores insólitos ». « El público coreaba sin cesar a los oradores, y el Presidente sonreía y dejaba plena libertad a los letrados para que expusieran sus ideas » [25].

« La argumentación jurídica se encerraba en estas dos afirmaciones lógicas: la figura del delito que el fiscal invoca no existe, porque el régimen de que habla el fiscal no puede ser otro que el de la Constitución del 76, y ésta quedó anulada por el atropello del rey y del dictador en 1923; ya no existe, luego no cabe alzamiento ni conspiración contra lo inexistente. Los procesados están en el banquillo porque no han querido estar en el Gobierno, que, de haberlo ellos querido, todos los jueces de hoy habrían de prestarles obediencia y acatamiento ». Este segundo argumento era poderoso; la propia monarquía lo había creado en sus amagos de reconciliación. Pero el primero, ciertamente, caía en el absurdo. ¿Se habían levantado en armas contra la nada? Y la mayoría de los encausados, acérrimos antagonistas de la Constitución de 1876, ¿podían acusar al rey y a Primo de haberla atropellado?; menos aún Largo Caballero, quien, además, había colaborado con el dictador y con el *perjuro* Alfonso XIII. No valía siquiera para Maura, defensor del rey durante la dictadura. Sólo a don Niceto sentaba bien el argumento, pues había rechazado la dictadura y finalmente la monarquía... para terminar, paradójicamente, encabezando a los peores enemigos de aquella Constitución, los cuales, al intentar destruirla violentamente años atrás, había propiciado la dictadura. Alcalá-Zamora califica de « muy felices » los informes de los letrados.

« Al terminar las defensas, el Presidente cedió la palabra a los procesados. (...) Desde el discurso altisonante de Niceto, verdadera soflama revolucionaria (...) el público se desató. Aquello ya nada tenía que ver con un consejo de guerra. Era un mitin revolucionario en el que los gritos, los vivas y los mueras, que venían no sólo del fondo de la sala, sino de las galerías abarrotadas de público, materialmente ensordecían. Hay que confesar que fue un verdadero escándalo (...) un acto revolucionario, celebrado solemnemente ante el más alto

Tribunal de la Nación, presidido por la plana mayor del Ejército y la Marina, en el Palacio de Justicia de Madrid, y en su Salón de Plenos. No cabía pedir más. No podíamos quejarnos». Largo Caballero explicó: «La clase trabajadora se ha adherido, y yo, en su nombre, he firmado el Manifiesto, porque en España están anuladas de hecho las garantías constitucionales; no existe prácticamente el derecho de reunión, de asociación, de prensa, de pensamiento, ni existe inviolabilidad de domicilio. En esta situación, a la organización obrera y socialista no le quedaba otro recurso para defender sus derechos que el de formar parte de los que defienden las libertades individuales. Si los trabajadores se volvieran a encontrar en la misma situación se conducirían del mismo modo». En verdad luchaban contra una tiranía insoportable, mucho peor que la de Primo de Rivera<sup>[26]</sup>.

Pese al fondo trágico del derrumbe institucional, desprende una peculiar comicidad aquel triunfante destroz de la más elemental lógica. El fallo salió a tono: los encausados, culpables de «excitación a la rebelión militar», si bien con «atenuantes muy calificadas», recibían condena de seis meses, con libertad condicional inmediata. Burguete explicó ampliamente a la prensa su voto particular en pro de la absolución pura y simple, aumentando la impopularidad del gobierno, a cuyas presiones se atribuyó el rigor de la pena. Romanones comentó al ministro La Cierva que él había presionado a Burguete en pro de la absolución: «Lo he hecho por mi cuenta», le dijo. «Los demás ministros, al menos yo, no éramos nada en aquel gabinete», apunta La Cierva<sup>[27]</sup>.

«Tras un copioso almuerzo», el «Gobierno provisional» abandonó la cárcel entre una multitud aclamatoria. Don Niceto recuerda cómo «de un café salió un sillón sobre el que me vi instalado entre aplausos frenéticos; de llevarlo y de llevarme se encargaron dos transeúntes que rivalizando en entusiasmo no podían coincidir en la estatura y entre uno casi gigante y otro casi enano me transportaron medio volcado a un taxi, que disputó y ganó a otros la porfía de dejarme en mi casa (...) En mi hogar me aguardaba la alegría de los míos y el entusiasmo de muchos amigos»<sup>[28]</sup>.

Entonces, dice Lerroix, «me apresuré a devolverle los poderes a la Junta que me los había delegado (...). No me habían entregado nada y yo no pude devolverles mucho, pero les devolví el conocimiento de la verdad que suele ser amargo. La República vendría ahora o vendría más tarde, eso era para mí indiscutible; pero si su llegada dependía de la organización revolucionaria que había preparado el Gobierno Provisional tendríamos que esperar sentados»<sup>[29]</sup>.

## Capítulo V

### LA APOTEOSIS

Y no se equivocaba Lerroux, pero el destino porfiaba en ayudar a los republicanos. Sin especial mérito de éstos, había transformado el desastroso pronunciamiento de diciembre en un éxito resonante, volviendo a su favor los fusilamientos, el juicio, etc. Y ahora iba a llevarles a la cumbre del éxito.

El plan del gobierno Aznar era: comicios municipales el 12 de abril, provinciales el 3 de mayo, parlamentarios el 7 de junio.

Antes del 12 se proclamaron los concejales por el artículo 29, es decir, los nombrados automáticamente al presentarse sin contrincante: 14.018 monárquicos contra 1.832 republicanos, buen presagio para los primeros. Parecían, pues, tener razón quienes pensaban que la agitación de los meses pasados, y la imposición republicana en las calles, iban a diluirse ante la tendencia popular mayoritariamente monárquica. Romanones advirtió que «no se pueden establecer distinciones entre los concejales del campo y los de las ciudades ni clasificar a los electores entre los de primera, segunda y tercera categoría. (...) cada hombre es un voto». Por creer cantada la victoria o por otras razones, en vísperas de los comicios el conde dio a éstos un alcance plebiscitario: «se ventila (...) el porvenir de España y su forma de Gobierno». Las izquierdas acogieron calurosamente la idea<sup>[1]</sup>.

El 12, pues, se hicieron las votaciones, en las que, según opinión generalizada, apenas hubo fraude. Resultó una victoria aplastante para los monárquicos: 22.150 concejales, frente a 5.875 republicanos. Pero ocurrió que los republicanos triunfaron en casi todas las capitales de provincia<sup>[a]</sup>, lo que tuvo un fuerte impacto psicológico. Ello no podía ser decisivo, a menos que se otorgara una superioridad cualitativa a los votos urbanos. Mas el primero en admitir que sí había electores de primera, segunda y tercera fue el gobierno, dirigido de hecho por el mismo Romanones. Los argumentos con que posteriormente se ha justificado la superioridad del voto urbano recuerdan los empleados por Lenin contra Rosa Luxemburgo en torno a la asunción del poder por los bolcheviques contra el voto mayoritario; o el de algunos antidemócratas, que niegan al voto de un barrendero el valor que tendría el de un doctor en leyes. El gobierno fue aún más allá. Se apresuró a dar a unas elecciones municipales un carácter

plebiscitario que todavía no le concedían sus contrarios. Aquellos ministros que tan a desgana habían asumido el poder mostraron entonces auténtica voluntad de reconocer la « victoria » republicana.

Romanones hizo una declaración entreguista: « Hay hasta ahora 35 capitales perdidas por nosotros, y no se debe la derrota a la impericia de los gobernadores ». Derrota, pues. Y al día siguiente el almirante Aznar, « el primer obligado a quitar importancia al triunfo republicano (...) dijo simplemente esta frase: ‘¿Les parece a ustedes poco lo que ha ocurrido ayer, que España, que se había acostado monárquica, se levantó republicana?’. La frase se extendió por Madrid y por España como un reguero de pólvora. Los socialistas y republicanos empezaron a enderezar las orejas » [b] [2].

Más tarde casi todos los republicanos afirmarían que de antemano estaban ciertos de la victoria. Don Niceto exagera: « Llévose la propaganda por legiones de oradores (...) o mejor dicho por un solo orador, el país ». Lógicamente, *el país* tenía que ganar. Pero tal confianza absoluta no existió. El comité o *gobierno provisional* había dudado en presentarse a las urnas, y fue el PSOE el que, por mantener su tradicional bastión en el ayuntamiento madrileño, empujó a participar. Como observa el historiador Fernández Almagro, los emigrados no hicieron ningún movimiento hacia la frontera en vísperas de las elecciones, como sería lógico en caso de prever el triunfo, y aún esperaron varios días para volver; y los miembros del *gobierno provisional* presentes en Madrid no salieron a las calles hasta comprobar las facilidades que les daba el gobierno [3].

Por supuesto, la votación no dejaba de ser un éxito relativo muy reconfortante para el *gobierno provisional*, y en la madrugada del día 12 al 13 sus miembros salían contentos de la Casa del Pueblo, donde habían seguido la jornada. Maura caminaba con Largo y De los Ríos, el cual dijo que el triunfo les daba esperanzas para las elecciones generales de octubre: « Y entonces el éxito, si es como el de hoy, puede traernos la República ». Maura miró a Largo y « con asombro vi que asentía (...) recuerdo la vehemencia con que les hice ver el error en que estaban, anunciándoles que antes de cuarenta y ocho horas estaríamos gobernando, y advirtiéndoles del riesgo que podían correr muchas cosas vitales para todos si no era así, por timidez o vacilación nuestra. Me llamaron iluso y nos despedimos. Pensé que quizá me dejaba llevar por mi optimismo congénito ». Al día siguiente seguía convencido de que « la hora había sonado », y pensaba en cómo hacerse con el poder, pero « era inútil intentar dialogar sobre estos temas con mis compañeros. Cuando los iniciaba, me miraban como a un pobre iluso o a un demente que soñaba despierto. Puedo afirmar que durante todo el día 13, el único del Comité que creyó y obró seguro de la victoria definitiva, fui yo, a pesar de los rumores y las alarmantes noticias, en su totalidad falsas, que los correligionarios despistados nos traían sobre la inminente reacción del rey y del

Ejército contra nosotros» [4].

En realidad, el gobierno estaba resuelto a no tolerar las indecisiones de sus adversarios. A medianoche del 12 al 13 los ministros se reunieron informalmente en Gobernación con el general Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil y simpatizante de la república, según Lerroux. Romanones le preguntó si podría responder de sus fuerzas para controlar posibles desórdenes. Sanjurjo respondió: «Hasta ayer por la noche podía contarse con ella». «Todo estaba perdido», asegura el conde. Berenguer, ministro de la Guerra, faltó a la reunión, pero no mostró menos resolución que los otros. Sin consultar con sus colegas, envió un telegrama a las autoridades militares de provincias, haciéndoles notar la «derrota de las candidaturas monárquicas en las principales circunscripciones» y pidiéndoles «la mayor serenidad (...) con el corazón puesto en los sagrados intereses de la Patria», cuyos destinos «han de seguir, sin trastornos que la dañen intensamente, el curso lógico que les impone la suprema voluntad nacional». Voluntad expresada, al parecer, en las «principales circunscripciones». El telegrama, pronto difundido por la prensa, llenó de euforia a los republicanos. En suma, antes de que amaneciera, Romanones, Sanjurjo y Berenguer, llevados de un vehemente deseo de acatar la «voluntad nacional», habían desahuciado por su cuenta y riesgo al régimen que teóricamente defendían [5].

Al amanecer el día 13, el conde acudía a palacio. «Yo no acertaba con la fórmula de afirmar que todo estaba perdido, que no quedaba ya ni la más remota esperanza y, sin embargo, hablé con claridad suficiente, interrumpiéndome el rey con la frase: «Yo no seré obstáculo en el camino que haya que tomar, pero creo que aún hay varios caminos». Y observa Maura con justeza: «ya en la mañana del 13, antes de que el Gobierno hubiese deliberado reunido y antes de que la calle hubiese mostrado síntomas de efervescencia, el conde estaba decidido a forzar las etapas para que el monarca abandonase la lucha». Y por la tarde Aznar hacía su famosa declaración sobre el acostarse y el levantarse, que en la práctica era un llamamiento a los republicanos a tomar la calle [6].

A media tarde de ese día 13 «dio comienzo el espectáculo de la calle», con manifestaciones a cada hora más nutridas y ruidosas en Madrid y otras ciudades. Entre tanto se celebró consejo de ministros, que empezó por aprobar el telegrama de Berenguer con la única protesta de La Cierva, ministro de Fomento. Romanones asegura que «la derrota (...) era ya tan evidente, que ante ella sólo existían dos caminos; someterse o emplear la violencia, único medio, aunque inseguro, de sostener la Corona que se tambaleaba. Este último camino implicaba el derramamiento de sangre y Alfonso XIII estaba resuelto a que, por él, no se vertiera ni una sola gota». Se aprobó una nota oficial del conde aconsejando

« que en el plazo más breve posible (el rey) ofrezca a la voluntad nacional la ocasión de pronunciarse más seguramente en unas elecciones parlamentarias » ; coincidía en ese enfoque con Largo, De los Ríos y probablemente la mayoría del comité republicano en aquel momento. Es seguro que el conde no creía su propia fórmula, subterfugio en realidad, pues estaba dispuesto a acabar cuanto antes<sup>[7]</sup>.

Los jefes republicanos y una muchedumbre de espontáneos estaban reunidos en casa de Maura, cuando les visitó, hacia medianoche, un enviado del ministro de Trabajo, Gabriel Maura, hermano de Miguel, a proponer unas elecciones generales con carácter constituyente para el 10 de mayo, de modo que el nuevo régimen « fuese el que fuese » naciera así, y no entre tumultos, y declinara el rey sus poderes —si ganaban sus enemigos— ante las Cortes resultantes y no ante un motín callejero. Miguel rechazó la propuesta, señalando que desde las cinco de la tarde crecía en la calle la multitud que, con banderas y cánticos « descontaba y festejaba el triunfo total de la causa republicana »<sup>[8]</sup>.

En efecto, las masas se manifestaban, considerándose con derecho a imponer una victoria parcial como victoria total en el país, animadas sin duda por las declaraciones de los jefes monárquicos, que se habían declarado de antemano vencidos. La presencia de la muchedumbre hacía titubear también a los políticos republicanos propicios a unas elecciones generales y constituyentes. Tanto así que, según Alcalá-Zamora, hasta la mañana del día siguiente, 14, no consideró el comité que tuviera « el conocimiento ya total y definitivo de lo que había y de la situación de los ánimos », conocimiento que « nos llevó a la decisión de reclamar y tomar el poder que legítimamente nos correspondía ». Maura, en cambio, ya temía el día 13 que las demoras podían redundar en alborotos y terminar en sangre; aunque en otro párrafo afirma no haber creído en esa eventualidad<sup>[9]</sup>.

Las manifestaciones fueron menos espontáneas de lo que se ha supuesto, si hemos de creer a un « excelente periodista, anónimo », que cita Martínez Barrio « por su imparcialidad y veracidad ». A media tarde se concentraron en el Ateneo y la Casa del Pueblo grupos de « ateneístas, estudiantes de la FUE y obreros » que « se esparcieron poco después por Madrid y, como obedeciendo a una consigna, fueron gritando, con machacona insistencia por las calles: « ¡Ya se fue! ¡Ya se fue! » », haciendo creer que el rey se había marchado. Hay pocas dudas de que no actuaron *como* obedeciendo una consigna, sino obedeciéndola. « Este grito (...) causó el efecto que quienes lo lanzaron pretendían. La gente, extrañada, empezó a afluir a la plaza de Oriente y a la Puerta del Sol ». Se trató, desde luego, de una maniobra maestra, cuyos autores han permanecido incógnitos, pero que no parecen haber sido los miembros del titubeante *gobierno provisional*. Vidarte, que se encontraba en Llerena, tampoco ofrece indicio sobre los promotores<sup>[10]</sup>.

Las multitudes impusieron a continuación el ritmo de los sucesos, ante el

temor de unos y otros de que el jolgorio degenerase en violencia. También impusieron la bandera tricolor y el himno de Riego « sin que nadie pudiese decir cómo ». La bandera nació, al parecer, de un equívoco. Los colores tradicionales, rojo y amarillo, coincidían con los de la bandera de Aragón y Cataluña, y la franja morada que se les añadía quería representar el pendón de Castilla, enarbolado por los comuneros del siglo XVI. Había sido la bandera del Partido Republicano Federalista, aunque no de la I República. Según los estudios más fiables, el dicho pendón era rojo carmesí, que en algunas banderas había desteñido a morado con el paso del tiempo, y de ahí el error. El *gobierno provisional* había acordado « que no se cambiaría la bandera para evitar innumerables complicaciones que esta clase de pleitos llevan siempre consigo ». El himno, tenido comúnmente por ramplón, también a los dirigentes republicanos les sonaba, « creo que con sobrada razón, malísimo e impropio. Habíamos acordado abrir un concurso para dotar al régimen de un himno razonable. Las gentes, en plena orgía, pacífica pero estrepitosa, entonaban a gritos el viejo sonsonete del antiguo canto republicano. No iba a ser fácil rectificar lo que el pueblo espontáneamente había decretado ». Y así quedó el himno y la bandera<sup>[11]</sup>.

El comité procuraba encauzar los entusiasmos por la vía pacífica, y llamaba a « los órganos oficiales del gobierno y a los institutos armados » a « someterse a la voluntad nacional, que en vano pretenderá desfigurarse con el silencio o el voto rural de los feudos (sic) », invocando « los supremos valores civiles a que rinden acatamiento en todo pueblo culto las instituciones más altas del Estado ». Al atardecer « en el Ateneo apareció un empleado de telégrafos que tremolaba un papelito azul. Todos los ateneístas le rodearon. Desde el primer rellano de la escalera que conduce a la biblioteca leyó el texto de aquel telegrama, que decía: « El rey Alfonso y su ministro general Berenguer, han abandonado precipitadamente Madrid. Se espera de un momento a otro que crucen la frontera. Vienen hacia París. El rey ha declinado los poderes en Melquiades Álvarez, último presidente de las Cortes ». El entusiasmo que este telegrama produjo fue enorme y docenas de ateneístas salieron a esparcir la noticia por todo Madrid. El telegrama era falso y muchos de los ateneístas lo sabían, pero hizo el efecto en la opinión que quienes lo lanzaron querían ». Así lo cuenta Vidarte, y cuesta trabajo creer que él no estuviera en la intriga, siendo uno de los más destacados agitadores del Ateneo<sup>[12]</sup>.

Salvo algún choque aislado, con heridos y la dispersión de una manifestación, las fuerzas de orden público estuvieron paralizadas desde el primer momento por falta de instrucciones o por instrucciones de no actuar. En la Puerta del Sol, los

guardias civiles eran ovacionados al grito de « ¡Viva la guardia republicana!» . Un grupo de guardias adoptó actitud pasiva mientras la muchedumbre los envolvía « aplaudiéndoles y vitoreándoles. Una muchacha, vestida de rojo (...) agitando una bandera le echó los brazos a un sargento de la Guardia Civil y le besó, en medio de una clamorosa ovación. ‘¡Viva la República!’ , gritaba la multitud que rodeaba a los guardias, mientras éstos permanecían inermes y silenciosos» [c] [13].

Según Alcalá-Zamora, «en la mañana del 13 (...) se nos incorporó públicamente en mi casa don Alejandro (...) Hacia el mediodía reapareció Azaña, procurando tener su expresión más risueña, con la naturalidad imperturbable de un ‘decíamos ayer’ al cabo de cuatro meses de aislamiento. Iba a recoger su parte de botín en la victoria por la cual nada o casi nada había hecho, sufrido ni arriesgado. Llegaba dispuesto a posesionarse de Guerra y a recordar con su presencia que tal cartera le pertenecía como suya. Nos miramos los de la cárcel con sonrisa, y una mirada indulgente y expresiva le amnistió de la sanción en principio acordada: hubo la generosidad del triunfo sobreponiéndose a la estima de los servicios» [14].

Pero Lerroux y Azaña debieron de incorporarse al día siguiente, pues no creían, como casi ninguno de sus colegas, en la total victoria que les imponían los monárquicos y a la que les empujaban las masas. Lerroux confirma su incorporación ya avanzado el día 14. En cuanto a Azaña, «no nos había dado la menor señal de vida el día 13, a pesar de los sucesos», dice Maura, que fue encargado de buscarle, tarea «no fácil». Dio con él en casa de su cuñado, Cipriano Rivas. «Allí estaba, pálido, con palidez marmórea, sin duda por haber permanecido en aquellas habitaciones más de cuatro meses (...) Le hice presente el objeto de mi visita y le conminé para que me acompañase (...) Se negó rotundamente, alegando que nosotros habíamos sido ya juzgados y prácticamente absueltos, pero que él seguía en rebeldía, y cualquiera, un simple guardia, podía detenerle y encarcelarle. ¡No salía yo de mi asombro! (...) Ya me disponía a dejarle encerrado, cuando apareció su cuñado, Rivas Cherif, que regresaba de la calle en un estado de excitación y entusiasmo similar al de los republicanos en esa hora (...) Por fin Azaña, de muy mala gana, se decidió a seguirme. Durante el trayecto en mi coche hasta mi casa, fue mascullando no sé qué cosas y de un humor de perros (...) Hombre de una inteligencia extraordinaria y de cualidades excelsas, estaba aquejado de un miedo físico insuperable. Más de una vez, en lo sucesivo, pude comprobarlo» [16].

Rivas explica la actitud de Azaña. Éste le decía, comentando palabras de Maura: « ¡Qué disparate! (...) ¡Con que el rey se va al día siguiente de las

elecciones!... Sin más ni más (...) Como nos veremos obligados a producir malamente la insurrección porque no contamos ya con la sorpresa que hubiera sido en diciembre nuestra arma principal, a no haberse levantado antes de tiempo los de Jaca, al gobierno, cualquiera que sea, le costará muy poco el sentarnos la mano para mucho tiempo. Porque ten en cuenta que, eso sí, el rey sabe lo que le va en ello y se defenderá con los más de los militares a su alrededor. Y un asalto a Palacio no se hace así como así como creen algunos. Para defenderse en ese último extremo le bastaría contra nosotros con los alabarderos» .

Y aún insistía: «Miguel es un señorito que se paga de los mismos chismes y cuentos con que se ha hecho siempre aquí la política (...) Sabe o cree saber que (el rey) está sacando no sé qué tapices bien embalados para el extranjero. Las novelorías de siempre. Así no se va a ninguna parte» [17].

Ese día 14 sería el decisivo. Desde por la mañana los concejales republicanos e izquierdistas declaraban la república en los ayuntamientos de numerosas ciudades, empezando por Éibar según unas versiones, o por Vigo según otras, y en las horas siguientes se sucederían las proclamaciones.

También a primera hora de la mañana Gregorio Marañón transmitía a Romanones su preocupación por el peligro que podía correr la familia real, y poco después el conde enviaba al rey esta nota: « Los sucesos de esta madrugada hacen temer a los Ministros que la actitud de los republicanos pueda encontrar adhesiones en elementos del Ejército y fuerza pública que se nieguen en momentos de revuelta a emplear las armas contra los perturbadores, se unan a ellos y se conviertan en sangrientos los sucesos. Para evitarlo (...) podría V.M. reunir hoy el Consejo, para que cada cual tenga la responsabilidad de sus actos, y el mismo reciba la renuncia del rey, para hacer ordenadamente la transmisión de poderes» . Los avisos tienen cierto aire de maniobras intimidatorias y, en fin, el servidor del monarca indicaba a éste la puerta. Anota Maura: « *Los sucesos de esta madrugada... ¡No sé cuáles pudieron ser, porque ninguno digno de ser recordado había surgido en el curso de la noche! Pero era lógico que había que apoyar en algo extraordinario el argumento que motivaba la nota. No era fácil decir al rey, por vez primera, que tenía que abandonar el campo y salir de España*» [18].

A las nueve, el conde fue a palacio. « Don Alfonso abordó inmediatamente el tema electoral subrayando la derrota. Aznar intentó echar agua al vino y Don Alfonso le interrumpió diciendo: «*Déjese de consuelos. No los necesito. Sé cuanto debo saber y mi resolución es inquebrantable. No me olvido que nací Rey y lo soy*, y en seguida, rectificando la frase: *que lo era. Pero hoy, por encima de todo, no olvido que soy español. No hay tiempo que perder; los acontecimientos se precipitan*». Y sugirió parlamentar con Alcalá-Zamora. El conde arregló una cita con éste en el domicilio de Marañón. Luego pasó a la cámara real el ministro

opuesto al abandono, La Cierva, quien aconsejó resistir. El monarca, irritado, le acusó de no ver más allá de sus narices y de olvidar el largo plazo. « No puedo consentir que con actos de fuerza para defenderme se derrame sangre y por eso me aparto de este país». El ministro le replicó: « El Rey se equivoca si piensa que su alejamiento y pérdida de la Corona evitarán que se viertan lágrimas y sangre en España. Es lo contrario, señor». Fue, sin duda, una de las pocas escenas realmente dramáticas de aquellos días, que tienen más bien un aire bufo<sup>[19]</sup>.

Mientras, Aznar hablaba con Mola, quejoso éste de que a sus espaldas se le hubiera buscado sustituto. Mola propuso declarar el estado de guerra, pero Aznar prefirió que eso lo hiciese otro gobierno. Con todo, al parecer llegó a redactarse el bando, que no fue hecho efectivo.

Y continuaban las proclamaciones de la república, en Valencia, San Sebastián, Sevilla, La Coruña, etc., entre demostraciones de júbilo de las masas republicanas. En Barcelona, a mediodía, el nacionalista de Esquerra Lluís Companys y un grupo de concejales electos, entraron en el ayuntamiento y exigieron la renuncia al alcalde, Martínez Domingo. Al negarse éste, uno de los presentes tomó la vara de mando de una mesa y se la entregó a Companys diciendo: « Ya eres el alcalde». El nacionalista salió al balcón a izar la bandera republicana, entre aplausos del público. Más tarde los anarquistas ocuparon el palacio de Gobernación del que se había apoderado el dirigente lerrouxista Emiliano Iglesias, expulsaron a éste y apoyaron a Companys. Hacia las dos de mediodía Macià, el hombre de Prats de Molió, entraba con sus compañeros en el Palacio de la Diputación y, « colocando la mano en el hombro del presidente Maluquer, le conmina a que abandone el puesto. Después, acompañado de Ventura Gassol, Casanovas y otros nacionalistas», proclamó desde el balcón la « República Catalana, que libremente y con toda cordialidad anhela y solicita de los otros pueblos hermanos de España su colaboración en la creación de una confederación de pueblos ibéricos». Ello rompía el pacto de San Sebastián, y la situación se agravó cuando el general López Ochoa ocupaba a su vez Capitanía y reconocía a Macià como presidente de la república catalana<sup>[20]</sup>.

Para entonces ya Sanjurjo había resuelto definitivamente la situación. Hacia las once de la mañana se había presentado en casa de Miguel Maura, ante el cual « se cuadró (...) y, saludando militarmente, me dijo: 'A las órdenes de usted, señor ministro'. Me quedé de una pieza». La última línea de defensa del régimen se desvanecía, si es que, con Sanjurjo a su cargo, en algún momento había tenido solidez. Los motivos de la actitud de este general, de espíritu conservador, no han sido dilucidados. Hay quien los atribuye a la conducta del rey con Primo de Rivera, de quien era partidario. Después de ver a Maura, Sanjurjo ofreció sus servicios a Alcalá-Zamora. Ambos se lo agradecieron y « el general abandonó

mi casa dejando tras de sí un océano de comentarios entusiastas» [21].

A lo largo del día no se produjeron incidentes graves, salvo algunos conatos de asalto a centros derechistas en Barcelona, Madrid y otros lugares, así como a los domicilios de Mola y de Cambó.

Sobre la hora en que Companys y Macià se hacían los amos en Barcelona, se entrevistaba Alcalá-Zamora con su antiguo protector político Romanones. El conde recuerda: « He pasado en mi vida malos ratos. Parecido a aquél, ninguno. A mi antiguo secretario le rebosaba la satisfacción por todos los poros (...) Le dije que el Gobierno no quería hacer uso de la fuerza, y por eso lo que pedía era una colaboración con los propios enemigos». Su ex secretario le replicó: « No queda otro camino que la inmediata salida del Rey renunciando al trono. Lo que a usted le importa es determinar los detalles del viaje y del de toda la familia real. Es preciso que esta misma tarde, antes de ponerse el sol, emprenda viaje». Esta imagen astronómica la repitió, acentuándola, cada vez más. Fingía no rendirse el conde, y don Niceto le explicó la visita de Sanjurjo. « Al oírle me demudé. Ya no hablé más. La batalla estaba perdida irremisiblemente». El comentario, con su pretendido dramatismo, resulta algo irrisorio, pues el mismo día 12 por la noche había decidido el conde que « todo estaba perdido». Don Niceto observa: « La capitulación de la corona en casa de Marañón fue ofrecida por aquélla, sin darnos tiempo a exigirla cual ya habíamos decidido. Reflejóse de ese modo, hasta en los últimos trámites, la honda verdad de que todo régimen muere por el suicidio en que remata y expía sus culpas. Húndense las monarquías por los reyes y sus cortesanos, como hacen perecer las repúblicas sus partidarios más fanáticos» [22].

La exigencia de la marcha del rey, aunque suena arrogante y vengativa, respondía al temor de los republicanos a la multitud. Explica Maura: « Constituía para mí una pesadilla, aun viendo lo pacíficamente que se desarrollaban hasta entonces los acontecimientos, la idea de una noche más sin Gobierno y con el pueblo en las calles y la familia real en Palacio. Cualquier incidente desgraciado e involuntario podía desencadenar la violencia de la masa y, al olor de la sangre, la tragedia podía ser inevitable y terrible». Alcalá-Zamora y Romanones quedaron en que el traspaso de poderes se haría oficial y solemnemente el día siguiente. Al enterarse, dice Maura, « protesté con vehemencia. No era posible dejar correr las horas de la noche (...) Me calmaban mis compañeros diciéndome que 'no era cuestión de ser más papistas que el Papa, y que si a ellos, primeras víctimas de toda posible violencia, no les interesaba la urgencia, no éramos nosotros los llamados a inquietarnos'. Error gravísimo (...) No entendían aún mis compañeros, venidos todos, menos Niceto, del campo de la eterna facción contra la Monarquía, que fuera de lamentar para un Gobierno digno de ese nombre, la ausencia de autoridad frente al motín. ¡Bien caro habían de pagar

más tarde el aprendizaje» [23].

Después de mucha inútil discusión, Maura decidió arrastrar, ya que no legraba convencer, a sus colegas. Salió de la biblioteca de su casa y apeló al gentío apiñado en la planta baja: « ¿Estáis dispuestos a venir conmigo a ocupar el Ministerio de la Gobernación?. El criterio fue tal que mis compañeros salieron precipitadamente de la biblioteca... y ya no pudieron volver a ella, arrastrados por la riada humana tras de mí». Montaron en coches y se pusieron en marcha. En la plaza de la Cibeles la gente empezó a reconocerles, a ovacionarles y envolverles, de modo que tardaron dos horas en cubrir el corto trayecto hasta la Puerta del Sol, donde estaba el Ministerio. « Según luego supe, Azaña, que venía con Casares Quiroga en uno de los últimos (coches), iba refunfuñando malhumorado, diciendo que seríamos ametrallados por la Guardia Civil, que aquello era una locura y llamándome ‘señorito chulo’» [24].

Al llegar frente al Ministerio vieron que ondeaba la bandera republicana, colocada allí por Sánchez Guerra, el que había ido a visitarles a la cárcel. « La masa vociferante pedía que se abriesen las puertas. De pronto, se abrieron éstas de par en par, y apareció en el zaguán un piquete de la Guardia Civil cerrando el paso. Me cuadré delante de ellos, me descubrí y les dije: ‘¡Señores: paso al Gobierno de la República!’. Los soldados, como si lo hubiesen ensayado previamente, abrieron el paso y, en dos filas, una a cada lado, presentaron armas». Maura subió las escaleras de tres en tres hasta el despacho del ministro, de donde echó con breves y bruscas palabras al subsecretario, tomando posesión del lugar « Éste fue, querido lector, el *ceremonial* del famoso ‘traspaso de poderes’ (...) Diez palabras de cada lado bastaron, y en realidad sobraron, para tomar las riendas de un Poder que yacía en el arroyo» [25].

A continuación telefoneó a todos los gobernadores civiles haciéndoles ver que ya no lo eran, y que debían entregar el mando al presidente del Comité Republicano local o al presidente de la Audiencia. « Le advierto que le hago responsable personalmente de la menor resistencia y de cualquier demora en cumplir esta orden. ¿Estamos?». El cambio de autoridades de todas las provincias se hizo en menos de tres horas, por teléfono y sin el menor incidente. Rivas Cherif cuenta con fruición una escena humillante para un general: « El ministro de la Guerra [Azaña] llevaba un cuarto de hora con el Capitán General de Madrid, Federico Berenguer, que en posición firme ante él, no obtenía la venia de su nuevo jefe superior para ponerse cómodamente en su lugar (...) Sus recentísimos ayudantes y secretarios contemplaban regocijados la escena con los circunstantes, a que se iban uniendo los curiosos que (...) penetraban hasta el mismísimo despacho del ministro» [26].

En el lado monárquico sólo quedaba redactar el manifiesto de despedida y arreglar la salida del rey, que hasta el último momento reiteró su voluntad de no resistir. El manifiesto decía: « Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público, hasta en las más críticas coyunturas.

» Un Rey puede equivocarse y, sin duda, erré yo alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante las culpas sin malicia.

» Soy el Rey de todos los españoles y, también, un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resultamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia ha de pedirme algún día cuenta rigurosa.

» Espero conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder real y me aparto de España, reconociéndola así única Señora de sus destinos.

» También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios, que tan hondo como yo lo sientan y lo cumplan los demás españoles» .

Redactó el texto el duque de Maura, hermano de quien tomaba el poder en Gobernación. Cambó lo corrigió, suprimiéndole frases; luego, « a la caída de la tarde vi que yo no tenía nada que hacer en España durante algún tiempo» . Y partió en tren hacia París<sup>[27]</sup>.

A las nueve de la noche el rey salía del palacio por una puerta secundaria y marchaba a Cartagena, donde, a las cuatro de la noche embarcaba en el crucero *Príncipe de Asturias*, que le llevó a Marsella <sup>[d]</sup>. Dirá el intelectual socialista Araquistáin: «en el siglo XX, cuando una monarquía cae, cae para siempre» <sup>[28]</sup>.

Con estas escenas concluía la empresa que habían acometido los líderes republicanos y socialistas en aquella reunión del Ateneo, sólo ocho meses antes.

## Capítulo VI

### LOS ENEMIGOS DE LA REPÚBLICA

Contra una opinión extendida, la república llegó de manos derechistas y, en lo que tuvo de pacífica, por la monarquía. Fueron los conservadores Alcalá-Zamora y Maura los que recogieron las dispersas fuerzas republicanas, les dieron impulso y orientación, y las arrastraron audazmente a ocupar el poder el 14 de abril. Cabe especular que de todas maneras la tendencia dominante en aquellos tiempos era la de izquierda, y que ésta acabaría imponiéndose y trayendo el nuevo régimen, incluso si los conservadores se hubieran tenido aparte. Posiblemente. Pero aun dando por segura esa suposición, la república hubiera llegado de otro modo y en otro momento, lo que puede marcar diferencias decisivas. Y tampoco es fácil que la corona hubiera cedido el paso tan dócilmente a una conjunción puramente izquierdista y anarquista.

La marcha del monarca debió de ser un instante glorioso para aquellos políticos que con tanta fortuna habían luchado por la república. Para Lerroux, en particular, culminaba una larga vida de conspiraciones, aventuras y esfuerzos. Y, sin embargo, pudo sentir decepción: figuraba en el gobierno, cierto, pero en un cargo para el que carecía de vocación y de dotes, otorgado con el claro fin de marginarle. Mas quizás en aquel momento lo pasaba por alto. Azaña sí disfrutaba un triunfo pleno y neto, con muy poco esfuerzo y ninguna lucha de su parte; a los cincuenta años veía ante sí el camino abierto para realizar los «buenos y grandes propósitos»<sup>[1]</sup> que albergaba y desplegar sus cualidades, hasta entonces sin empleo, como se venía quejando. Alcalá-Zamora debía de experimentar un gozo sin sombras. De político de escaso éxito en la monarquía, ascendía a cabeza de un estado naciente. Tampoco había motivo de inquietud en el carácter izquierdista y anticatólico de la mayoría de sus aliados: él los había amansado.

La II República entraba en la historia en excelentes condiciones, comparadas con las que arruinaron a la Restauración. En la economía, el país sufría marcados desequilibrios, pero en conjunto había prosperado, y la crisis mundial iniciada en 1929 iba a dañarle comparativamente poco. Ningún conflicto externo le acechaba, Marruecos estaba pacificado. Internamente carecía de enemigos. Las fuerzas armadas no la habían hostigado, justamente al revés. La Iglesia y el Vaticano daban pasos conciliadores. El terrorismo parecía extinto, más aún, sus autores habían ayudado a traer el régimen. Los monárquicos le habían allanado

al camino, o mostrado tal medrosidad y descomposición interna que a nadie podían asustar. La amplitud política del gobierno garantizaba contra desórdenes y sectarismos como los que habían hundido a la I República. Un elenco de intelectuales distinguidos, creadores de opinión republicana en mayor medida que los políticos y partidos, dotaba al régimen de una aureola de seriedad e ilustración. En fin, el entusiasmo de las masas, espontáneo unas veces, otras contagiado por el arrastre de la victoria, daba sólido soporte a la nueva experiencia. Rara vez, si es que alguna, había ocurrido en España un cambio político tan bendecido por la suerte.

Sin enemigos a la derecha, pues «incluso los colegios [electorales] enclavados en los barrios más elegantes o aristocráticos arrojaban cifras altísimas a favor de los candidatos de la conjunción republicano-socialista», unos por seguir a Alcalá-Zamora y Maura, otros por dar una «lección» al rey, y otros más por desprecio a la conducta de los líderes dinásticos. «Con la catástrofe de las elecciones del 14 de abril, desaparecieron por completo los partidos políticos de la Monarquía. A ningún jefe le quedó prestigio ni fuerza para hacer nada», observa el monárquico Vegas Latapie. «La sorpresa y el pánico de los vencidos fueron tan grandes que incluso se paralizaron las polémicas-, apunta José María Gil-Robles, que estaba a punto de entrar en la historia como líder de una derecha conciliadora, cuyo órgano oficioso era *El debate*. «Nos encontrábamos todos oprimidos, desalentados». El día 14 por la noche «deliberamos en *El debate*, bajo la amenaza de un asalto, acerca de nuestra posición como católicos y como españoles. Había que intentar la lucha en el único terreno posible entonces: dentro de la legalidad republicana que habían contribuido a traer con su voto tantas gentes conservadoras, y en un terreno estrictamente democrático» [2].

El gobierno provisional, encargado del poder hasta que se convocasen Cortes constituyentes, decretó una amplísima amnistía para los delitos políticos y sociales, procesó a los generales Mola y Berenguer y anunció juicios por responsabilidades hasta los tiempos de Annual y posteriores, afectando al rey y a colaboradores de la dictadura. Se anunció la libertad de cultos y la secularización de los cementerios, y Azaña emprendió una reforma militar de envergadura. La reforma agraria quedó aplazada a su discusión en las Cortes.

El primer conflicto para el nuevo gobierno fue la ruptura del Pacto de San Sebastián por Macià, que disfrutaba de una inmensa popularidad. Los gritos más frecuentes en las manifestaciones eran *Mori Cambó, visca Macià*. Éste se había arrogado el papel de un jefe de estado y nombraba autoridades provinciales y locales. El asunto podía traer reacciones imprevisibles. Tras unos tensos diálogos telefónicos con Maura, fueron a Barcelona los ministros D'Olwer, Domingo y De los Ríos, y volvieron al acuerdo de preparar el estatuto autonómico, cuyos trámites se acelerarían al máximo. El día 26 Alcalá-Zamora era recibido con una explosión de júbilo en Barcelona. Sin embargo, el problema no estaba

resuelto. Renunciando al estado catalán, Macià impuso la autonomía de hecho desde el primer momento, y nombraba “ministros» de la *Generalitat*. Maura denunció la situación, pero aunque en las formas cedió Macià, en la práctica se salió con la suya. Quedaron en el aire densos recelos, y Prieto acusará a Macià y a Aiguadé de “deslealtad y mala fe», no sin cierta base<sup>[3]</sup>.

Otro problema surgió de las demandas de autonomía en el País Vasco, temidas por el PSOE debido a su rivalidad con el PNV y a la influencia de la derecha católica no nacionalista. Prieto advirtió que la autonomía podía entregar « una región tan rica y tan profundamente liberal (...) a los jesuitas» y hacer del País Vasco un Gibraltar vaticanista»<sup>[4]</sup>.

Problemas solubles en principio. Pero pronto surgieron otros de mayor gravedad.

Aunque la mayoría de los líderes republicanos era anticatólica, las tensiones parecían llevaderas, ya que el gobierno se mostraba poco extremista y la Iglesia conciliadora. Una nota algo discordante la dio el cardenal Segura, primado de España, en una pastoral del día 1 de mayo. En ella pedía « respeto y obediencia» a las autoridades, pero también elogiaba a Alfonso XIII y a la monarquía, que « fue respetuosa con los derechos de la Iglesia y ésta quiere dejar constancia cuando se recuerdan con fruición los errores y se silencian los aciertos y beneficios». Luego llamaba: « Cuando van a elegirse unas Cortes Constituyentes, el deber de los católicos es (...) unirse para defenderse y lograr que sean elegidos candidatos que ofrezcan garantías de que defenderán los derechos de la Iglesia y del orden social, sin que se dé importancia a tendencias monárquicas o republicanas». Estas expresiones, naturales en un régimen de libertades, las consideraron intolerables muchos republicanos. Vidarte comenta que Segura « también hubiera entrado a saco en Albi, como en la primera Cruzada, para exterminar a toda la comarca sin formación de causa ni escrúpulos de herejes o inocentes *porque ya Dios reconocería a los suyos*. Criado en la intolerancia y el fanatismo, era muy difícil que pudiera entenderse con el Gobierno». Las frases de Vidarte suenan más fanáticas e intolerantes que las del cardenal<sup>[5]</sup>.

El 9 de mayo los arzobispos insistían, en una carta colectiva, en que los católicos acatasen la república. Pero al día siguiente la armonía se venía abajo, creando una situación que es preciso narrar con algún detalle, porque iba a marcar el estilo, el talante y, en definitiva, el destino del régimen.

Los monárquicos, con vistas a reorganizarse, inauguraron el 10 de mayo, a menos de un mes de la proclamación republicana, un círculo de afines en la calle Alcalá, cerca de la puerta monumental. Al parecer, aunque los testimonios varían, pusieron un disco de la *Marcha real* resonando hacia el exterior, lo que habría movido a grupos de transeúntes a increparles e intentar forzar las puertas del edificio para « propinar una severa lección a los imprudentes»<sup>[6]</sup>.

De inmediato fueron puestos en circulación bulos sobre un chófer supuestamente asesinado por el marqués de Luca de Tena y sobre una «conspiración antirrepublicana». Los asediados monárquicos llamaron a la policía, que protegió su retirada, mientras el gentío arrasaba los coches aparcados y un kiosco de *El debate*, para luego marchar a la sede del diario monárquico *ABC*, con intención de asaltarlo. Lo impidieron unos guardias civiles llevados con urgencia, que en la refriega mataron, según se dijo, a dos asaltantes e hirieron a otros.

Significativamente, los relatos de izquierda coinciden en llamar «provocación», la actitud de los monárquicos, pero no hay duda de que éstos ejercían un derecho democrático, y que la monarquía había consentido actos mucho más graves y «provocadores» a los republicanos. También suelen justificar el intento de destruir uno de los diarios más importantes del país. Santos Martínez, futuro secretario de Azaña, encuentra natural que «los justamente indignados también quisieran pegarle fuego al *ABC*, y opina que los muertos en el intento «dieron su vida por los ideales republicanos». Algo así vienen a expresar Vidarte y otros. Es también característico que presenten como *el pueblo* a las turbas excitadas con patrañas por grupos de agitadores. Esta mentalidad iba a desvanecer bien pronto la pacífica euforia del 14 de abril<sup>[7]</sup>.

En seguida corrió el rumor de que los muertos ante el *ABC* eran numerosos, y se formó una manifestación en la Puerta del Sol, gritando contra Maura y la Guardia Civil, y hubo asaltos a armerías. Como en el 13 de abril, los agitadores salieron del Ateneo: «Estábamos reunidos en el Ateneo y su Junta de gobierno encabezó una gran manifestación que se dirigió al Ministerio de la Gobernación», explica Vidarte<sup>[8]</sup>.

En Gobernación, Maura ordenó a la Guardia Civil disolver a la multitud asediante, pero Alcalá-Zamora, asustado, lo impidió. Estaba allí el gobierno, salvo Lerroux, que había partido para Ginebra. «Pugnaba yo —dice Maura— por que me dejasen libertad de acción. Intentaba hacerles ver lo sencillo que resultaría cortar de raíz la revuelta, con sólo acordonar la Puerta del Sol en la mitad de sus accesos y dar los toques de atención. Seguro que la masa de alborotadores evacuaría en el acto la plaza (...) En modo alguno permitieron mis compañeros semejante cosa. Todo, menos ‘sacar un tricornio a la calle contra el *pueblo*: el que más categóricamente se opuso a toda acción fue Azaña’. (...) El bueno de don Niceto iba de uno a otro y nada decidía por sí. ¡Era desesperante!»<sup>[9]</sup>.

Azaña cuenta: «Maura se impacientaba por la terquedad de la muchedumbre que no quería disolverse y quería, a todo trance, sacar la Guardia Civil y hacer un escarmiento. Prieto, Fernando y yo estuvimos cuatro horas luchando con Maura para contenerlo, y llegamos a veces a sujetarlo por los brazos para que no

saliera de su despacho a dar órdenes. Le entraban accesos de furor» [10].

En un momento dado, Azaña hizo algo. Relata Vidarte: «Desde uno de los balcones (del Ministerio), un ateneísta leyó las conclusiones que habíamos aprobado, entre otras cosas: desarme de la Guardia Civil; dimisión del ministro de la Gobernación, Miguel Maura; supresión de la prensa enemiga de la República; expulsión de las órdenes religiosas. Manuel Azaña, presidente del Ateneo, había dado su conformidad a estas peticiones, y también él facilitó el uso de los balcones de Gobernación para que se leyeran». Maura estalló: «Cuando me enteré del hecho (...) fui rápido en busca de Azaña, a quien apostrofé y dije cuanto me vino a la boca (...) Aumentó mi asombro al infinito al oírle decir que aquello no era más que una 'añagaza de buena ley' para calmar los ánimos». «'La autoridad tiene que ser paternal', me decía uno de los ministros» [11].

Don Manuel dará una versión desenfadada del asunto. Según él, sólo había «unos miles de personas, en su inmensa mayoría curiosos, que gritaban, aplaudían, etc. Unas cuantas docenas de alborotadores y exaltados mantenían la agitación (...) Algunos pretendían gatear por las ventanas». A los del Ateneo «yo no quería recibirles, porque los conozco de sobra, y supuse que traerían alguna tontería (...) En otras circunstancias los hubiera tirado por las escaleras, pero entonces era conveniente temporizar». Les dijo que «no veía inconveniente» en que leyesen su proclama desde el balcón. Y cuenta cómo la multitud apaleaba a algunos supuestos derechistas, y a uno «ya caído en el suelo se le acercó un sujeto y le descerrajó un tiro. El agresor se retiró tranquilamente». A las cuatro de la noche la Puerta del Sol estaba desierta. «Entonces llevé a Maura al balcón, le mostré la plaza, y le dije: '¿Ve usted? Nadie. ¿Cuál sería ahora nuestra situación y la de la República si hubiese ahí tendidos unos cuantos muertos?'» [12].

Hasta esa hora debió de durar el alboroto. A las nueve de la mañana se reunían los ministros en Presidencia, satisfechos de «las muestras de templanza y prudencia que había dado la víspera el Gobierno». Al poco les llegó la noticia de que en la calle de la Flor grupos de exaltados estaban incendiando un convento. No les pillaba de sorpresa, pues la tarde anterior el capitán Arturo Menéndez, muy afecto a Azaña, había prevenido a Maura de que grupos de ateneístas pensaban quemar iglesias, y Maura no había logrado convencer a sus colegas de que tomasen medidas. Azaña habría comentado que si la quema se producía sería un caso de "justicia inmanente". Vidarte, uno de los principales agitadores del Ateneo, dice haber conocido el plan e intentado evitarlo —sin concretar cómo— para salvar obras de arte, en particular, «el magnífico retrato que Claudio Coello había hecho de san Ignacio (...) Pero no pudimos hacer nada». Y se explica, pues para él la quema de iglesias era «una de las formas de desahogo popular». Debía encontrar difícil oponerse al *pueblo*... lo cual no le

impide sugerir que los propios religiosos o la derecha promovían los incendios<sup>[13]</sup>.

En Presidencia, « recuerdo que hubo ministro que tomó a broma la noticia, y a otro le hizo gracia que fuesen los hijos de san Ignacio los primeros en pagar el tributo al *pueblo soberano*». Maura amenazó con dimitir si no le permitían actuar. « Niceto Alcalá-Zamora, verdadera calamidad presidencial en momentos difíciles, se limitaba a decirme: ‘Cálmese, Migué, que eso no es sino como desía su padre, fogatas de virutas’ ». Maura advirtió que, o salía la Guardia Civil o todos los conventos arderían. « Eso no —exclamó Azaña—. Todos los conventos de Madrid no valen la vida de un republicano ». La frase también la recuerda Martínez Barrio en sus memorias<sup>[14]</sup>.

Cada cuarto de hora se producía un nuevo incendio. Al cabo « se habían acabado las risas y las bromas. Mis colegas empezaban a darse cuenta de que estaban frente a un principio de revolución iniciada por unos chiquillos, pero que, ante la impunidad más absoluta de que gozaban, podían dar al traste con otras muchas cosas más que los conventos, y eso ya no les parecía tan divertido ». Prieto, que había ido a ver los hechos, volvió indignado: « He visto (...) las bandas de golfos que están quemando los conventos (...) y digo que es una vergüenza que se paseen por Madrid impunemente (...) Hay que acabar con eso en el acto ». Maura replicó: « Con que den ustedes la orden a la Guardia Civil de que salga a la calle, yo les garantizo que en diez minutos no queda en ella ni uno ». « He dicho que me opongo a ello decididamente —amenazó Azaña— y no continuaré un minuto en el Gobierno si hay un solo herido en Madrid por esa estupidez »<sup>[15]</sup>.

Niceto propuso votar. Largo Caballero dijo: « O esos golfos van inmediatamente a la cárcel o vienen a sentarse aquí, y los que estamos de más somos nosotros. Pero yo, ante todo, soy socialista y no tengo por qué cargar con la responsabilidad de lo que pase si sale la fuerza. No voto, me abstengo ». Azaña arrastró a los republicanos y ganó la votación, y Maura dimitió. Al irse, « vi llegar (...) unos veinte o treinta mozalbetes descamisados que, a gritos, reclamaban se les abriera la cancela para que entrase una comisión a hablar con el Gobierno. Domingo indicó que debían dejar pasar a la comisión « y procurar, por la reflexión, que desistan de sus locuras y se retiren a sus casas ». La comisión subió y « apareció en la puerta del salón de Consejos, en mangas de camisa, despechugado, un individuo acompañado de otros dos descamisados. Marcelino fue hacia él y, tendiéndole las manos, exclamó: « ¡Amigo Rada! ». Pablo Rada, compañero de Ramón Franco, era un jefe de los incendiarios<sup>[16]</sup>.

Alcalá-Zamora resume: « saltó Azaña convertido en una furia y amenazó si se enviaba esa otra fuerza, odiada según él por el pueblo, con su inmediata salida del gobierno y la apelación a los partidos republicanos para la resistencia. Maura

protestó indignado (...) dimitió a su vez resueltamente ante la imposibilidad de prevalecer (...) La furiosa actitud de Azaña planteó, con el motín y el crimen ya en la calle, la más inicua y vergonzosa crisis de que haya memoria (...) Tuve que hacer en unos instantes la dolorosa opción entre males e infortunios (...) o resignarnos momentáneamente a la infame mutilación de los medios coercitivos del poder, o empezar en aquel instante el caos de la tragedia anárquica. Sólo cabía con tristeza y asco el mal menor (...) Al redactar en el verano de 1932 la parte de mis primitivas Memorias, correspondiente a esa odiosa jornada del 11 de mayo, decía que jamás habría remordimiento bastante en la conciencia de Azaña; hoy no lo repito con la misma convicción porque sería tanto como hablar del eco de una voz muda resonando en un ambiente sordo» [17].

Azaña lo narra así: «Nos telefonearon que habían puesto fuego al convento de jesuitas de la calle de la Flor. La noticia nos desconsoló (...) Y desde aquella hora, comenzó el correr detrás de los incendiarios la policía y la Guardia Civil y los de Seguridad, sin que las elocuentísimas órdenes (del) director general, don Carlos Blanco (...) sirviesen de nada». A Azaña, aunque escribe a sólo a ocho meses de los sucesos, le falla la memoria, pues todos los testimonios coinciden en que ni la policía ni la Guardia Civil hicieron nada, y la imagen de los guardias corriendo detrás de los «golfos» sin alcanzarlos ni impedirles su propósito, resulta tan cómica como increíble. El desconsuelo, en todo caso, no afectó a Cipriano Rivas, su cuñado e íntimo amigo, que cuenta su participación en un alborozado corro de baile ante el convento en llamas de la calle de la Flor [a]. Un año y medio más tarde Azaña hizo a Casares una dudosa confidencia sobre los incendios: «¿Usted no sabía que a Maura le avisaron con cuarenta y ocho horas de anticipación, y que él no hizo caso?». El intento de cargar la responsabilidad sobre Maura es demasiado evidente, y extraño que Casares no supiera nada, habiendo sido a la sazón ministro. Por otra parte, de ser cierta la información, daría prueba de que los disturbios estaban preparados y no tenían nada que ver con una «espontánea» respuesta a la «provocación» monárquica, como el gobierno, y Azaña como parte de él, pregonaron luego [18].

Por fin el gobierno declaró el estado de guerra, para que interviniese el ejército y no la Guardia Civil. Maura comenta: «¡¡al primer contacto con la minúscula realidad de la calle, porque unos cuantos jovencuelos desalmados sin fe ni ley organizan una salvajada, el Gobierno de la República no encuentra otro medio para dominar el ridículo motín que echarse en brazos del Ejército!!». La nota oficial, al día siguiente, hablaba de «ofensiva contra el régimen republicano» por parte de «elementos reaccionarios, deseosos de restaurar la Monarquía», a quienes atribuye «el papel, deliberadamente elegido por ellos, de dar origen a los disturbios concentrándose en sitio céntrico para (...) desafiar al pueblo», si bien «ante la actitud del pueblo madrileño habrán podido persuadirse

los monárquicos de que serán vanos todos (sus) intentos». Pedía el cese de los disturbios para no hacer el juego a los partidarios de la corona, tan súbitamente peligrosos<sup>[19]</sup>.

Esos días se extendió una oleada de incendios, sobre todo por Andalucía y Levante. El gobernador militar de Málaga, el general izquierdista Gómez Caminero, envió un telegrama al Ministerio de la Guerra: «Ha comenzado el incendio de iglesias. Mañana continuará». Y se preocupó de que la fuerza pública no entorpeciese a los incendiarios. Los agitadores obraban con la convicción, acertada, de que no serían reprimidos, o apenas.

El balance final, aun muy resumido, impresiona. Ardieron unas cien iglesias y edificios, entre ellos centros de enseñanza como la escuela de Artes y Oficios de la calle de Areneros, «donde habían obtenido su título de peritos electricistas y mecánicos innumerables muchachos de origen humilde, dotada de material técnico y docente de primera calidad» o el Colegio de los Padres de la Doctrina Cristiana de Cuatro Caminos, donde recibían enseñanza miles de niños de aquel barrio obrero; escuelas de salesianos, etc. Se perdieron bibliotecas como la de la casa profesa de los Jesuitas, en la calle madrileña de la Flor, considerada por muchos como la segunda de España, después de la Biblioteca Nacional, con 80.000 volúmenes, entre ellos ediciones príncipe de Lope de Vega, Quevedo o Calderón de la Barca, colecciones de revistas raras, incunables, etc. O la del Instituto Católico de Artes e Industrias, con 20.000 volúmenes y obras únicas en España. Allí fue destruido el archivo del historiador y paleógrafo García Villada, con decenas de miles de fichas de material de investigación y miles de fotografías de códices de todos los archivos del mundo; en suma, la labor de toda una vida. La destrucción de obras de arte fue terrible. Cuadros y esculturas de Zurbarán, Valdés Leal, Pacheco —maestro de Velázquez—, Van Dyck, Coello, Mena, Montañés, Alonso Cano, etc., artesonados, sillerías de coro, portadas y fachadas, de gran antigüedad y belleza... Una hecatombe cultural sin precedentes. Todo ello acompañado de vejaciones a personas, profanaciones y escenas burlescas, sumamente ofensivas para los creyentes. También fueron asaltadas y parcialmente destruidas las sedes de seis o siete periódicos derechistas en Levante y Andalucía. Hubo, en fin, tres muertos<sup>[20]</sup>.

El alcalde de Madrid, Pedro Rico, dibujaba una actitud y un estilo en un bando revelador: «El pueblo madrileño, que siempre dio pruebas de la más noble elevación espiritual (...) no puede olvidar en estos momentos que junto a los edificios que pretende destruir hay casas donde habitan millares de convecinos (...) ancianos, mujeres, niños y tal vez enfermos, a los que las llamas, en su inconsciencia devoradora, no podrían distinguir ni respetar. Por ello, si la indignación prendió el fuego, apáguenlo los corazones generosos de los madrileños», a quienes aconsejaba «meditéis un instante si la nobleza ingenua de vuestra exaltación (...) no podrá producir gran regocijo a los elementos

partidarios del extinguido régimen monárquico». La interpretación de la prensa de izquierdas resulta definitoria. *El liberal* encontraba en los sucesos «indudable progreso en la moral, sensibilidad y humanitarismo del pueblo (...) No ha matado frailes, no ha cometido asesinatos». *La época* aconsejaba a las derechas: «Callen y aguanten. La vida es así. Y hay que aceptarla como es (...) Es temerario provocar al pueblo, que es noble e hidalgo; pero cuando se le acosa en exceso, se sacude la melena y da enormes zarpazos». *Crisol* se felicitaba: «Los incendiarios prestaron el día 11 un bien muy estimable a los que mañana hayan de gestionar la renovación del Concordato». *El socialista* aseguraba: «Si de algo han pecado los representantes de la revolución victoriosa es de excesivas contemplaciones y miramientos con los vencidos», aunque, discrepando de los republicanos, afirmaba que los «hechos no fueron cometidos por el pueblo», y aludía a «grupos de muchachos». Informaba, sin mucho rigor, de que «Desde el *ABC* se disparó contra la multitud» y que se habían recogido armas en la sede del diario. En resumen, «los únicos responsables» eran los monárquicos, y «la reacción se destruye a sí misma».

Fue especialmente divulgado el bulo de que los religiosos «disparaban contra los obreros». «Las violencias del pueblo (...) han respondido siempre al fuego que se les dirigía desde el interior de las fortalezas conventuales» —sin duda con mala puntería, pues ni un solo incendiario resultó víctima de aquel fuego—. Los conventos, según *El socialista*, eran «arsenales y polvorines, había fusiles, bombas de mano y ametralladoras, como se comprobó ayer» —aunque nunca las exhibieron ni tampoco hicieron explosión en los incendios—. Y así sucesivamente. Estas acusaciones, aunque evidentes infundios, las repetía machaconamente la prensa de izquierdas, y tuvieron un efecto psicológico y moral sumamente peligroso: justificaban a los incendiarios y exacerbaban las pasiones anticlericales, al tiempo que provocaban en los católicos una extrema y sorda indignación, por reprimida que de momento fuese. Y dejaban mal al propio gobierno, pues si los edificios religiosos eran tales fortalezas enemigas, ¿por qué las autoridades no actuaban con más resolución para aplastarlas de una vez? Los gobernantes se veían empujados por sus propios argumentos, en los que no podían creer ellos mismos, a un mayor extremismo, esperando que la respuesta derechista siguiera siendo apocada. Las quemas de edificios religiosos, así como los asaltos a centros y periódicos de derechas continuaron esporádicamente, para repetirse masivamente en los meses finales de la república. Constituyeron una «seña de identidad» del régimen, a los ojos de muchas personas<sup>[21]</sup>.

La Asociación al servicio de la República predicaba: «Quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo o criminal». «La prontitud, espontaneidad y

decisión con que la gente madrileña reaccionó ante la impertinencia de unos caballeros monárquicos fue una amonestación suficiente (...) Nada más debió hacerse». « España no será (...) una República burguesa. (...) Todo anuncia más bien que España llegue a organizarse en un pueblo de trabajadores», si bien, sugería prudentemente, «sin gesticulación ni violencia revolucionarias». Y apelaba al estudiantado: « Fiense de su instinto insobornable, tesoro esencial de la juventud (...) Exijan implacablemente que se cumpla el estricto destino español y no otro, fingido o prestado ». Firmaban Marañón, Ortega y Pérez de Ayala.

Semanas más tarde, Ortega advertía: « Gentes con almas no mayores que las usadas por los coleópteros han conseguido en menos de dos meses encanijarnos esta República », y arremetía contra « toda esa botatería que pretende hacer de la República su propiedad privada y se atribuye, tan arbitraria como audazmente, la representación auténtica del pueblo (...) Mentes arcaicas (...) sólo saben recaer en los tópicos del pasado y se empeñan en que nuestra naciente democracia sea como la de hace cien años y cometen, sin renunciar a ninguna, todas las insensateces y todas las torpezas en que aquéllas se desnucaron » [22].

Maura, presionado, retiró su dimisión. Reafirmado en sus poderes, destituyó al gobernador de Málaga e hizo dimitir a los de otras cuatro provincias y al director general de Seguridad, Carlos Blanco, sustituyéndolo por Galarza. Suspendió el periódico comunista *Mundo Obrero*, que jaleaba abiertamente los desórdenes, pero también, y sin acusación, los diarios *ABC* y *El debate*; encarceló por unos meses y sin prueba alguna a Luca de Tena, e hizo arrestar a otros monárquicos. En su relato olvida algo que sí anota Azaña: que el gobierno, que nunca pensó en castigar a los « golfos », quiso hacer de los jesuitas el chivo expiatorio, en lo que insistió mucho don Manuel. « El Consejo llegó a acordar la expulsión y se demoró unos días para que, practicándose algunas averiguaciones, se encontrara algún hecho demostrativo de sus injerencias en la política. Pasaron algunos días y ni la información llegaba ni hablaba nadie de la expulsión. Resucité yo el asunto, y casi todos me apoyaron. (...) Yo insistí (...) El Presidente, decidido en un principio, y Maura, daban largas ». Y de momento el proyecto quedó ahí [23].

Los incidentes se redondearon el día 18 con expulsión a Francia del obispo de Vitoria, Múgica, por actividad antirrégimen y orden de Maura, lo que motivó la furia y la dimisión, luego retirada, de don Niceto, que describe a Maura con frases como « Carácter impulsivo y voluble », « Con su volubilidad de siempre » [24].

El 3 de junio el cardenal Segura publicaba desde Roma un memorial de agravios por la quema de templos y las medidas laicistas que, con mayor o menor fundamento, consideraba agresivas y contra derecho. Según Maura, Segura ordenaba en secreto la venta de las propiedades eclesiásticas y la

disposición del dinero para un fin que sería desvelado en su momento. El 13 de junio, el ministro expulsaba a Segura del país, como había hecho con Múgica[25].

Las derechas y la opinión católica, tildadas a menudo de fanáticas, reaccionaron con moderación extraordinaria, incluso con cobardía, pero en aquel momento se abrió una brecha enorme en la conciencia de la población. Las izquierdas vieron en la pasividad de sus contrarios una nueva prueba de impotencia, después del recital de lo mismo ofrecido antes de abril, y « aprovecharon mezquinas para fines de provecho inmediato el odioso hecho, alegando que reflejaba indignaciones del sentimiento popular, no satisfecho por nuestra templanza y forzaron la mano para medidas más fuertes. De ese impulso salieron la anulación de elecciones municipales y nombramientos de gestores interinos (...) y las determinaciones contra los intereses materiales de la dinastía», dice Alcalá-Zamora. Y señala Martínez Barrio el cambio «en la política seguida por el Ministerio. Los socialistas hablaban sin rebozo de la necesidad de medidas y acuerdos políticos revolucionarios. El propio Azaña, cauteloso hasta entonces, no recataba su deseo de que el gobierno imprimiera mayor velocidad e intensidad a la obra jurídica de la revolución. Lerroux se cruzó de brazos nuevamente; seguía la táctica de esperar sin prisas el derrumbamiento del heterogéneo gobierno provisional» [26].

Aquella gran pira de templos, bibliotecas, escuelas y obras de arte tuvo consecuencias decisivas, y aún más la reacción del gobierno, que no sólo no había protegido a las víctimas directas de los disturbios, sino que las había castigado aún más, considerando expresión del pueblo a un tropel de incendiarios y curiosos. Los incendios crearon a la república, dice Alcalá-Zamora, «enemigos que no tenía; quebrantaron la solidez compacta de su asiento; mancharon un crédito hasta entonces diáfano e ilimitado; motivaron reclamaciones de países tan laicos como Francia o violentas censuras de (...) Holanda (...) Se envenenó la relación entre los partidos». Maura pasó a sumirse en «el obsesionante problema del orden público, y de la lucha a brazo partido con las bandas de insensatos que estaban hiriendo de muerte a un régimen recién nacido, régimen que les había devuelto las libertades y derechos que durante seis largos años les habían sido negados por el dictador». Desde mayo, «al mes de entrar en posesión del cargo, yo dejé prácticamente de ser *ministro* de un Gobierno para pasar a ser *cabo de vara* o *loquero mayor* de un manicomio suelto y desbordado». Maura y Alcalá-Zamora fueron, de momento, los grandes perdedores. La opinión conservadora que, aun con reticencias, les había seguido o apoyado, y a no lo haría más[27].

Pronto saltó a la palestra un enemigo del régimen mucho más intemperante y menos resignado que la derecha católica: la CNT. Ésta, que tanto había contribuido a la caída de la Restauración, había entrado en las combinaciones de los republicanos contra Primo y contra Berenguer y Aznar, especialmente en las intenciones violentas y huelgas sin control, y luego votando a los republicanos, pues, explicará un destacado anarquista, « en emergencias como aquélla, en que una salida electoral podía ofrecer algunos resultados benéficos, aunque sólo fuese en el terreno político, muchos que en otras condiciones se hubiesen abstenido, votaron el 12 de abril ». Si bien al anarquista típico « le disgustaba la república que España acababa de estrenar. La encontraba muy modosa, como menestrala en traje dominguero », y sentía que el encomio a la falta de sangre era un « bello eufemismo para no tener que decir que estábamos en república sin haber pasado por la revolución ». La CNT había aprovechado el movimiento prorrepblicano para reorganizarse, especialmente en Cataluña, y también en Andalucía, Galicia, Levante y Aragón. La reorganización incluía el terror contra los desafectos, y varios obreros católicos o de sindicatos rivales cayeron a manos de pistoleros anarquistas<sup>[28]</sup>.

Existía, por tanto, una alianza oficiosa entre la CNT y los republicanos, incluidos los conservadores; alianza colmada de reticencias. La postura de ambos era muy semejante: utilizar tácticamente al aliado en la lucha contra la monarquía, para después imponerse a él por las buenas o por las malas.

La primera chispa había saltado el 1 de mayo en Barcelona, al enfrentarse a tiros anarquistas y mozos de escuadra de Macià. El día 7 Largo Caballero implantaba los jurados mixtos, « los comités paritarios de la dictadura con otro nombre », que la CNT consideró una apertura de hostilidades. Los conflictos laborales debían ser negociados y arbitrados por dichos jurados. Esa vía, rechazada por los anarquistas, dejaba « fuera de la ley a la mitad del proletariado español organizado ». La CNT decía contar por entonces con 700.000 o más afiliados, el doble que la UGT socialista; cifras poco fiables<sup>[29]</sup>.

A finales de mayo una huelga en el pueblo guipuzcoano de Pasajes recibió, según Maura, « grandes refuerzos de afiliados a la CNT de La Coruña, y preparaban (...) nada menos que el asalto a la ciudad de San Sebastián, dispuestos a saquear tiendas y casas ». Lo último suena improbable, pero el hecho es que una multitud se abalanzó sobre dieciséis guardias civiles que protegían un acceso a la ciudad, disparando éstos y ocasionando ocho muertos y numerosos heridos. Cosa tal no había ocurrido en muchos años. En una actuación asimismo sin precedentes, Maura convocó a los directores de la prensa madrileña y les conminó: « el diario que utilice la noticia para su campaña política, o intente envenenar el ambiente con ella, será suspendido ». Luego

informó a sus colegas del gobierno, que se asustaron. « Albornoz exclamó: ‘¡Qué enormidad! ¿Qué van a decir los periódicos? A este paso nos echamos encima a toda la prensa’ ». Pero de los diarios de la noche sólo uno publicaba la noticia, sin comentarios. « El respiro que ello proporcionó a los timoratos fue visible» [30].

A principios de junio la CNT organizó en la Telefónica una « huelga a la Canadiense en miniatura », que degeneró en una especie de guerrilla urbana. En abril del año anterior, ante otro conflicto en Telefónica, Prieto había definido a los huelguistas como « los héroes de la independencia nacional », « los Daoiz y Velarde de nuestros días, los que defienden a la patria de la invasión yanqui ». Luego debió de cambiar de opinión: la masa obrera madrileña seguía a la UGT, que se opuso a los ácratas, y la huelga terminó por consunción [31].

Pese a todo, dentro de la CNT existía una corriente partidaria de una actuación pacífica y de acuerdos con los partidos, que casi se impuso en un congreso nacional reunido en Madrid a mediados de junio. Según Juan García Oliver, anarquista catalán de la rama dura, salido de la cárcel en abril, « me debatí en el Congreso casi solo. Mi voz fue una aislada requisitoria ininterrumpida, hasta que un ataque de nefritis me obligó a regresar a Barcelona. Logré que la mayoría de las delegaciones asistentes al Congreso (...) se dieran cuenta de que en el seno de la CNT subsistía la tendencia revolucionaria (...) todavía en exigua minoría pero fieramente enfrentada a la tendencia reformista ». Pronto le apoyaron Durruti y Ascaso, líderes de exaltado historial terrorista, así como la FAI, que velaba por la pureza doctrinal de la CNT. Siguió una enconada lucha por el poder en la sindical. Los reformistas, encabezados por Ángel Pestaña, argüían que « Las Cortes constituyentes son el producto de un hecho revolucionario, hecho que directa e indirectamente tuvo nuestra intervención », y que « el régimen capitalista declina ». Proponían una línea similar a la que expondrá Largo Caballero: no acometer a la república de pronto y de frente, y esperar a que la gente se decepcionase de ella. A juicio de los puros y duros, « Pestaña, Peiró, Piñón y otros viejos sindicalistas maniobran hacia la colaboración con Esquerra Republicana de Cataluña, entonces en el poder, desde el que explotaban demagógicamente la consigna lanzada por Macià de *la caseta y el hortet* como programa a realizar ». En agosto los reformistas publicaron el « manifiesto de los treinta », así llamado por el número de sus firmantes. Perdieron la partida, viéndose aislados y desbancados de la sindical [32].

En Barcelona, Companys y Macià, en deuda con los votantes cenetistas, querían conservarlos, pero veían con desesperación cómo se les volvían incontrolables. En palabras de Peirats, « Los nuevos políticos catalanes explotaban la xenofobia más vulgar propagando que la CNT estaba compuesta exclusivamente de muertos de hambre procedentes de las zonas paupérrimas del

sur de España», y «como la zorra de las uvas verdes (...) motejaban de *murcianos* a los componentes de las masas confederales que no podían alcanzar» [33].

Las elecciones a Cortes constituyentes estaban convocadas para el 28 de junio. Al acercarse la fecha se extendió una agitación en pro de una «Andalucía libre» y un «Estado republicano andaluz». Maura supo que estaba en ello Ramón Franco, presentado a las elecciones por Barcelona y Sevilla, y que, de acuerdo con los anarquistas, pensaba dar un golpe de mano en la segunda ciudad la víspera de los comicios. Creció la alarma cuando uno de los comprometidos, el capitán Rexach, intentó cargar unos camiones en la Maestranza con 500 bombas. Sanjurjo hizo abortar el golpe [34].

El 18 de ese mes comenzó en el campo sevillano una revuelta en extremo violenta. En la capital andaluza, «desde las terrazas y azoteas de las casas particulares, los anarquistas tiroteaban a la fuerza pública». Murieron tres guardias y cuatro obreros. El día 22 la Guardia Civil frustró una marcha de campesinos sobre la ciudad, y el gobierno proclamó el estado de guerra en la provincia. En la madrugada siguiente, varios rebeldes presos caían asesinados, al parecer en aplicación de la célebre «ley de fugas» implantada en Barcelona nueve años antes por Martínez Anido. El suceso levantó una enorme polvareda en las Cortes, con cruces de furiosas acusaciones entre unos grupos y otros. Los desórdenes andaluces se saldaron con 20 muertos [35].

Lo de Sevilla, dice Maura, terminó en una nota tragicómica. «El general Ruiz Trillo, por sí y ante sí, dispuso que como sanción *a posteriori* de los sucesos debía castigar, en forma ejemplar, el domicilio que los rebeldes habían utilizado como cuartel general durante la revuelta, cierto edificio, conocido como 'La casa de Cornelio' (...) Fue emplazada una pieza de artillería del 75 (...) frente a la Casa de Cornelio, previamente desalojada (...) La casa destripada y en escombros quedó meses y meses expuesta al pueblo». La versión de Azaña es otra: «Mañana van a hundir a cañonazos una casa vieja y vacía, desde la que hoy se ha hecho fuego a la tropa. No sé bien si van a fingir que hay gente dentro. Este programa le entusiasma [a Maura] y llega a decirme que influirá ventajosamente en la cotización de la peseta. Yo me admiro un poco de la ocurrencia; él insiste en que cuando se sepa que la república cañonea a sus adversarios en armas, el efecto en el extranjero será muy bueno (...) Yo me encojo de hombros» [36].

El día 21 Azaña consignaba en su diario: «El Presidente pregunta a cada uno si cree llegado el momento de adoptar una política enérgica y de lucha contra la Confederación. Todos opinamos que sí. Largo lee unas cuartillas con un proyecto de decreto sobre la ilegalidad de las huelgas (...) Maura cree que con estos proyectos podrá cerrar la mayoría (o todos) los centros sindicalistas». El

problema estaba en Barcelona, porque allí « las autoridades se rinden todas al ambiente sentimental (...) y como los niños besan a Macià, los gobernadores se impresionan como ante un santón, y no se atreven a contrariarlo. Unos creen que en Barcelona se producirá una reacción contra los sindicalistas, y otros que no» . Y al día siguiente: « Macià no quiere indisponerse con los sindicatos, de quienes espera votos para el referéndum del estatuto (...) Lluhí pretende que todo podría arreglarse si Macià, con su enorme autoridad moral en Cataluña, solicitase o aconsejase a los sindicalistas una tregua de tres meses (...) Lluhí (...) quisiera encontrar medios de conveniencia, de ir tirando hasta que se vote el estatuto» .

Con estos hechos quedaba declarada la guerra entre la CNT y la república, que iba a traer las más vastas consecuencias.

Fue cegada, en principio, otra fuente de posibles conflictos: la reforma militar emprendida por Azaña. Los oficiales, señala el historiador R. Salas Larrazábal, habían « asistido al alumbramiento del nuevo régimen con la misma expectación que el resto de la nación, y, como ella, con muy diversos grados de entusiasmo, desde el muy acentuado de una pequeña minoría fuertemente comprometida en la acción revolucionaria, hasta la irreductible hostilidad de otra minoría, muy probablemente inferior a aquélla, de exaltados monárquicos» . Los militares, tan arrogantes y levantiscos durante la Restauración, acogieron la reforma prácticamente sin chistar. Ésta tuvo dos líneas generales bien concebidas: la reducción de mandos y la promoción profesional de las clases de tropa y suboficiales. Con todo, la reducción fue menor que la informada por Azaña ante las Cortes, y no superaba la introducida a raíz del *Desastre* del 98 [b] [37].

En otros órdenes, la reforma fracasó: el gasto militar no bajó, sino al contrario; se impuso con carácter casi general la escala cerrada, que burocratizaba la institución; y las medidas llamadas de *republicanización* aumentaron la politización y debilitaron las simpatías republicanas del grueso de la oficialidad. Otro motivo de queja encontraron los militares en la gran expansión de los poderes discrecionales del ministro, nido inevitable de arbitrariedades. Finalmente, Azaña propició un frecuente uso del ejército en misiones de orden público, como una prolongación de la Guardia Civil. En los tres primeros meses de la república las tropas intervinieron, como hemos visto, en dos ocasiones, y seguirían haciéndolo en lo sucesivo, incluyendo la primera utilización de las de África en la península. Ello no impedirá al político afirmar más tarde: « Yo había sostenido con mucha constancia la doctrina y la práctica de mantener al ejército alejado de la política, y más aun de las luchas sociales, no empleándolo ni para sofocar los levantamientos anarquistas» [38].

Desde muy pronto algunos generales monárquicos se pusieron a conspirar

contra el régimen. Sin embargo, era bien reconocida la ineptitud y escasa decisión de los conspiradores, de quienes la república iba a tener que temer bastante menos de lo que tuvo la dictadura por conjuras semejantes.

Una de las decisiones de Azaña, la clausura de la Academia Militar de Zaragoza, afectó a su director, el general Francisco Franco, que tanto relieve había de adquirir en la historia posterior. Este Franco, hermano de Ramón y extraordinariamente opuesto a él en carácter e inclinaciones políticas, acató con disgusto la orden de cierre. En la alocución de despedida exaltó el valor de la disciplina, incluso ante órdenes infundadas. Azaña, irritado, hizo a Franco objeto de una reprensión y, en adelante, de vigilancia y relegación en los ascensos. Sin embargo, el general distaba mucho de conspirar contra el régimen.

## Capítulo VII

### LOS PERSONAJES DE LA REPÚBLICA

Mientras ocurrían los sucesos antes señalados y la primavera dejaba paso a un cálido verano, tuvieron lugar en dos vueltas, la principal el 28 de junio, las elecciones a unas Cortes encargadas de elaborar la Constitución. Las derechas, desmoralizadas y desorganizadas, improvisaron a toda prisa grupos locales y alianzas varias. Entre los monárquicos, unos querían un amplio acuerdo entre « los legales, los ciudadanos, los democráticos »; y otros lo contrario, como exponía el dirigente juvenil Eugenio Vegas Latapie: « La Liga proyectada debe tener un pensamiento eminentemente antidemocrático, puesto que la democracia es el mal, la democracia es la muerte de los pueblos, y por eso todo espíritu culto y cristiano debe impedir el suicidio del pueblo » [a]. La tendencia antidemocrática y antiliberal cuajaría entre los monárquicos, cada vez más influidos por las doctrinas autoritarias o fascistas que cundían en Europa, y a pesar de la tradición liberal de la propia monarquía española [1].

Pero los monárquicos eran pocos, y la marea popular contraria a las soluciones autoritarias, al revés que en otros países europeos. Mucha más fuerza iba ganando Acción Nacional, impulsada por la Iglesia, que descartaba la disyuntiva república-monarquía y admitía el orden republicano, según explica quien pronto sería jefe del movimiento, José María Gil-Robles: « Liquidados los partidos políticos conservadores, imposible la reacción de los elementos monárquicos dispersos, era urgente establecer un fuerte núcleo de resistencia e intentar prepararse para las elecciones constituyentes anunciadas. (...) Se fundó Acción Nacional (...) con el propósito de agrupar a las fuerzas no republicanas, destrozadas y maltrechas ». Tarea ardua e « ingrata ». En Galicia, en un clima de « aplanamiento y cobardía », Gil-Robles no logró « éxito alguno »; en cambio, las izquierdas le hostigaron, y él fue detenido en Orense con un compañero de fatigas. El gobernador « alegó que nos había detenido para protegernos de la ira popular. Desde entonces, ¡cuántas violencias y atropellos se han cometido bajo esa misma disculpa! Con la complicidad del poder público, las turbas comenzaban a hacerse dueñas de la calle. La actuación de nuestras gentes resultaba cada vez más difícil ». La impopularidad a que había llegado la monarquía queda de relieve en un mitin derechista en la conservadora provincia

de Salamanca. Cuando un orador defendió el acatamiento al régimen, los campesinos, creyendo que se refería a la monarquía, lo abuchearon y amenazaron, hasta que la cosa se aclaró. Más tarde Acción Nacional cambió su nombre por « Acción Popular », al serle prohibido el uso del primer adjetivo<sup>[2]</sup>.

Las izquierdas, aunque muchos de sus partidos también se habían improvisado a última hora, tenían ventaja y actuaban con espíritu de victoria, que les llevaba a acosar a sus contrarios. Hubo algunos muertos durante la campaña, y, según Cambó, la *Esquerra* « actuaba netamente como un partido fascista ». Algunos gobernadores favorecieron los excesos izquierdistas ante y post electorales. No obstante, la jornada electoral transcurrió sin incidentes señalados<sup>[3]</sup>.

Las urnas favorecieron abrumadoramente a la conjunción republicano-socialista, triunfo muy ampliado todavía por la Ley electoral, que primaba fuertemente a las mayorías. Los grandes triunfadores fueron el Partido Socialista, con 113 a 123 diputados, según versiones, y el Partido Radical, con 90 a 94; Cataluña en pleno fervor popular por Macià<sup>[b]</sup>, dio a la *Esquerra* 35, mientras la *Lliga*, con 3, parecía irse a pique. La *Esquerra* podía considerarse como un partido republicano, quizá el más exaltado de los españoles, si bien varios de sus grupos integrantes preconizaban la secesión.

El éxito tuvo que ser para Lerroxx un desquite muy halagador después de sus pasadas humillaciones a manos de los « advenedizos ». El partido republicano que más se le acercaba, el Radical Socialista de Marcelino Domingo y Alvaro de Albornoz, llegaba a 56 diputados, pero con una organización y disciplina mínimas Azaña y su Acción Republicana sumaban 26. No por ello cejó la sorda hostilidad contra el caudillo radical, cuyo lugarteniente, Martínez Barrio, escribirá: « Coincidentes en el bajo menester de cercarlo y hundirlo estuvieron mezclas personas muy diversas, desde Miguel Maura (...) hasta don Manuel Azaña (...) Como el odio no es buen consejero, los frutos de la campaña contra Lerroxx resultaron de maldición (...) para la república »<sup>[5]</sup>.

Para Maura y Alcalá-Zamora las elecciones supusieron un trago amargo: sólo 22 diputados. La república era obra suya en muy buena medida, en mayor medida que de cualesquiera otros políticos. Católicos, representaban a las fuerzas conservadoras y moderadas, y habían logrado por un tiempo frenar a sus aliados extremistas, y, por tanto, contaban con arrastrar el voto conservador, forzosamente muy nutrido. Pero no fue así. Don Niceto achacará el fracaso a la « desleal y sediciosa ambición de las izquierdas », y sobre todo a « la torpe y suicida desertión que cometieron las derechas, una vez más decisivamente ofuscadas y como siempre mal dirigidas », las cuales « prefirieron dejarme solo con veintidós diputados en la tarea de frenar a los partidos de extrema izquierda ». Maura coincide: « Las derechas se retrajeron de toda actuación cívica hasta muy entrado el año 1932 », y « Si la derecha española hubiese

actuado en aquellas elecciones con el vigor y el entusiasmo que mostró dos años más tarde, ¡cuán distinta habría sido la suerte de España y cuánta sangre se habría ahorrado!» . Ambos olvidan las hogueras de mayo. Habían compartido la responsabilidad del gobierno por los hechos, y con ella la desconfianza de la sacudida opinión católica. Su capital político se había esfumado, y las Cortes nacían con un predominio izquierdista que reflejaba distorsionadamente la realidad del país<sup>[6]</sup>.

En el País Vasco, el Partido Nacionalista, católico y bien organizado, recogió bastantes votos de gentes atemorizadas por el curso de la política, las cuales vieron en él un escudo más sólido que en las desanimadas derechas tradicionales. Del mismo fenómeno debió de beneficiarse Lerroux, quien ya antes de los sucesos de mayo había rechazado las persecuciones y, tras apelar contra exclusivismos y rencores, había invitado a las derechas a entrar sin temor en la república, «representación de España», necesitada de «hombres experimentados». Su apelación, dice él, «no fue del agrado de mis compañeros», pero debió de aliviar a los acongojados conservadores<sup>[7]</sup>.

Por su misión principal, este Parlamento pasaría a la historia como las «Cortes Constituyentes». Lo integraban entre 470 y 503 diputados, según versiones, de los que sólo 54 correspondían a la oposición de derecha, subdividida en seis grupos más otros locales.

Dato relevante de aquellas Cortes fue la preeminencia de los masones. Generalmente se calcula su número entre 150 y 180 diputados, lo que hacía de esa secreta asociación filosófico-política el grupo más representado, con amplia diferencia sobre cualquier partido, o sobre el catolicismo, al que pertenecía la vasta mayoría de la población. La masonería, que ya había desempeñado un papel considerable en la unificación de la izquierda contra los proyectos de Berenguer, iba a actuar en seguida para conformar políticamente el nuevo régimen. La Gran Asamblea de la Gran Logia Española envió a los diputados de izquierda unas bases orientativas para la próxima Constitución. En ellas sostenía principios liberales y democráticos, con contradicciones como «la expulsión de las órdenes religiosas extranjeras» y la «escuela única, neutra», privando a millares de familias de la enseñanza religiosa que deseaban. Algunas de sus demandas sonaban totalitarias y utópicas bajo una retórica bienintencionada: «Trabajo obligatorio controlado por el Estado y repartido a medida de las fuerzas y aptitudes de cada uno», pensando quizá que el estado podría determinar las fuerzas y aptitudes de cada cual; considerando enfermedad el delito proponía un «régimen penitenciario sobre la base de curación y reeducación del individuo», que recuerda también experiencias totalitarias; o pedía un «Estado federal, que partiendo del individuo, representado por el municipio, ampliado a la región natural, llegue a la Federación de las mismas, formando grupos nacionales, internacionales e intercontinentales, con plena

soberanía para todos ellos en la esfera particular de cada uno», esfera «particular» no especificada<sup>[8]</sup>.

En este orden de cosas, México fue el primer país en reconocer a la república. En aquel país gobernaba el PRI (Partido Revolucionario Institucional), anticlerical y fuertemente masonizado, en un régimen seudodemocrático, profunda y reconocidamente corrupto.

Otra característica de aquel Parlamento fue su gran número de intelectuales —en un sentido muy amplio—. Incluso el PSOE tenía, frente a 26 diputados obreros, 50 con título académico y 40 con profesiones de las llamadas pequeño-burguesas. El grupo de Azaña contaba con una proporción muy alta de intelectuales y lo eran los 16 diputados de la *Agrupación al servicio de la república*, de Ortega<sup>[9]</sup>.

Lo cual no impedía una impresión extendida de falta de hombres con verdadera valía política. Alcalá-Zamora se vale de Besteiro para exponer su opinión: «Mi juicio acerca de las Constituyentes siempre ha sido mucho más benévolo que el de su hombre más representativo y autorizado por haberlas presidido (...) Besteiro encontró pronto del todo agotadas a aquellas Cortes y las vio incapaces, no ya cortas de talla, para la obra que les incumbía». El juicio de don Niceto no cedía en realidad al de Besteiro, ya que juzgó la Constitución, obra clave de dichas Cortes, con la mayor dureza: «Empequeñecimiento colectivo». Aunque las juzgaba sensibles a apelaciones nobles: «Cortes tales, muy faltas de experiencia, de altura y de preparación, necesitaban (...) la guía constante y abnegada que les recordase el deber», guía que él intentó cumplir, con éxito dudoso.

No más blando, Azaña despotrica contra los diputados, como cuando los describe «ahitos de pedantería y vacíos de sindéresis», o lamenta la suma escasez de parlamentarios con cultura política, y, en general, la «penuria de hombres capaces y útiles»<sup>[c]</sup>; pese a la aparente densidad intelectual entre los diputados, «he observado que las Cortes no perciben la ironía ni el sarcasmo cuando son un poco finos», y los políticos en conjunto resultan un «mundillo de parlanchines impresionables, que por tontería se aturden o por malicia difunden el aturdimiento»; encuentra a los ministros irresponsables y vanos: «Con tal de dar noticias a los reporteros y tenerlos suspensos de su boca unos minutos, no reparan en nada»; o clama: «¿dónde está la gente capaz de hacer bien las cosas?». Etcétera.

Para Lerroux, «En el último cuarto de siglo no se ha revelado como elemento de valía en la vida pública española ni un general, ni un financiero, ni un hacendista, ni un estadista, ni siquiera un orador, que merezcan el nombre de grandes. Lo poco que hay pertenece a una generación anterior», por lo cual, «Cuando triunfó la República, más por abandono del enemigo que por esfuerzo

inteligente y vigoroso de sus partidarios, la Democracia española padecía esta indigencia de hombres» [11].

Es difícil saber el concepto que los principales jefes republicanos se merecían unos a otros, pues sus opiniones fueron elaboradas con bastante posterioridad. La excepción es Azaña, el cual, movido por la necesidad de dejar para la historia su participación en « las violentas fortunas de la política », comenzó un diario el 2 de julio. Algo más tarde, a mediados de diciembre, también iniciaba un dietario Alcalá-Zamora, a raíz de encontrarse en una « total y grosera indefensión política », y a fin de « ir registrando la verdad de cuanto ocurriese ». Los diarios de Azaña constituyen una fuente de información preciosa sobre la época, y también un extraordinario documento psicológico, que aún tendrían más valor si pudieran ser contrastados con los de Alcalá-Zamora. Pero durante la guerra civil, las pertenencias de don Niceto, depositadas en una caja de seguridad del Crédit Lyonnais en Madrid, fueron desvalijadas por orden del Frente Popular, desapareciendo a su dueño « antigüedades, ropas, objetos de arte, incluso una mantilla », junto con nueve sobres que contenían sus diarios. Intentó rehacer su contenido años después, con la lógica merma del interés de los datos y juicios inmediatos, no matizados por la visión *a posteriori*. Don Niceto, que valoraba mucho aquel documento, atribuye su robo a inspiración de Azaña, aunque éste indica en sus diarios que sólo conoció algunos trozos de él, publicados durante la guerra en un periódico de Alicante. Según las investigaciones de la víctima, pudo haber terminado en poder de Santiago Carrillo [12].

No sabemos, pues, con la excepción dicha, cómo se consideraban entre sí aquellos personajes, que culminaban su carrera vital y política encabezando triunfalmente un movimiento de resurgir nacional o que así se presentaba. Debía de reinar cierta camaradería entre ellos. Un viejo político, el masón y anticlerical Manuel Portela Valladares pinta ese alborozo en una anécdota algo chabacana: « Referíanos M. M. (¿Miguel Maura?) (...) que el gobierno provisional había acordado almorzar en el aristocrático Lhardy, examinando de paso algunos asuntos. Faltaba un ministro, y después de esperarle, sentáronse a la mesa. Llegó por fin, y desde la puerta prorrumpió en enormes carcajadas que le sacudían el poderoso vientre. 'Ríome —pudo por fin explicar— de que estéis aquí y de que seamos nosotros quienes gobernemos a España' (...) Eran los tiempos de júbilo por los goces no esperados» [13].

La camaradería ocultaba otros sentimientos. Alcalá-Zamora se jacta de que, de los movimientos revolucionarios republicanos, « el único que prevaleció en España fue dirigido por mí »; « vencí pronto, total y fácilmente ». Alguna razón tiene, lo prueba el hecho de que las izquierdas admitiesen su liderazgo, y lo reconoce Largo Caballero: « Ningún partido republicano ni ninguno de sus hombres tenían autoridad ni prestigio para arrastrar al país a una revolución para

derribar las instituciones monárquicas; (...) Era necesario que surgiera el agente impulsor del movimiento y surgió; pero no del campo republicano, sino del monárquico. ¿Un descontento? ¿Un despechado? El pueblo español no se hallaba en condiciones de analizar esas circunstancias, le urgía la acción y lo aceptó ciegamente. (...) Don Niceto Alcalá-Zamora, que en la Monarquía llevaba tras sí la discordia, en la oposición era el aglutinante entre los políticos de izquierda». El de Priego subraya el carácter desinteresado de su protagonismo, citando elogios que le tributó Besteiro: «Espectáculo nuevo en la política española: el de un hombre que a cada momento lo arriesga todo para servir a su patria». O en los del periodista de izquierdas *Heliófilo*: «Ése de pelo blanco rizado y tez de navegante, como curada y quemada por el aire del mar. Ese a quien veíamos todas las tardes inclinado sobre el escaño delantero en actitud de atender todo lo que se decía (...) acechando el vuelo de todas las palabras (...) Ése es el hombre a quien la simpatía unánime del país y la gratitud de todos los republicanos elevan al más alto lugar de la nación. Es el hombre que más ha hecho por no ser presidente. Ha hecho por no serlo casi tanto como otros harían por serlo». Pronto iba a sentir cómo el trato que recibía de sus aliados desentonaba de tales méritos<sup>[14]</sup>.

También se consideraba mucho mejor preparado que sus colegas en las tareas de gobierno. Luego del Pacto de San Sebastián, «era yo quien a más de suscitar los temas, llevaba en casi todos los casos la ponencia o propuesta de solución. Todos, en la medida de sus fuerzas y preparación, daban parecer». Pues ya en su juventud, «en previsión del porvenir cuidé mucho de ir conociendo la administración» desde sus puestos en «la fiscalía de lo contencioso administrativo (...) Gobernación y Fomento (...) Hacienda, Instrucción Pública, Guerra (...) A pesar de ello he creído siempre que no era ni con mucho bastante mi preparación de gobernante. Puede calcularse mi asombro ante los audaces improvisados, que escalaron o detentan el gobierno sin más bagaje que la inconsciencia. Así han ido y así andan las cosas». Creía, y no sin fundamento, que sus previsiones habían salvado al régimen de despeñarse en algaradas desde la primera hora<sup>[15]</sup>.

El autorretrato de Alcalá-Zamora en sus *Memorias* es, naturalmente, muy favorable: hombre sereno y templado por la vida, ajeno al rencor y a las vanidades, frugal, dado a sacrificar sus conveniencias o antipatías en aras del bien común. Virtudes de estoico, como buen cordobés, pero raras en sus colegas, según hubo de comprobar dolorosa y reiteradamente, cuando éstos retribuían con gruesas ingratitudes sus favores o desoían sus sensatos y desinteresados consejos,

Si así era don Niceto, debe reconocerse que tuvo poco éxito en transmitir su imagen. Azaña, entre algún elogio ocasional, le propina una tanda demoledora de azotes morales: «Él es modesto y no se da importancia, pero (...), como a todos

los modestos, le agradecería que no tomasen su modestia muy al pie de la letra. Vamos, que es vanidoso, y en tocándole ahí, se quiebra» . «La pronunciación francesa del Presidente es algo de jocundo y sainetesco. Pero él se mantiene impertérrito, satisfecho de su proeza» . Lo califica de «parabólico, voluble, verboso, lleno de rencores» , «verdaderamente pueril» , «algunos días parece un niño mimado» . Lo toma por loco: «Me parece ver aquella expresión delirante, visionaria, y oír aquella alocución calurosa, bordeados de espuma los labios, de que tantas veces nos ofreció el espectáculo en Consejo de ministros» . Niceto odiaría a Pascua porque éste «y otros diputados socialistas, médicos, se opusieron a la elección de don Niceto, alegando que está loco» . Etcétera. Con su talento descriptivo y su sentido de la comicidad, quizá no tanto del humor, Azaña dibuja al político de Priego con perfiles grotescos: «El aspecto del Presidente, sentado de medio lado, con el codo en el respaldo del escaño inferior, la cara en la palma de la mano, el semblante torvo, de color plumoso, extraviada la vista, y con un gesto de niño enfadado, era risible. Suplicándole y aplaudiéndole todo el Congreso para que volviese a su puesto, y él, erre que erre, sin dar su brazo a torcer» . «Le he visto a diario elaborar fabulosamente los datos más triviales, humildísimos, de la realidad, y subir, con la lógica fascinante de la alucinación, caudalosa, caliente, como su verbosidad, a las lindes paroxísticas del raptó mental de que solían ser acompañamiento exterior los ribetes de espuma en la boca y el ennegrecimiento sanguíneo del rostro y, cuando se levantaba de su sitio o iba a tomarlo, un desvío de la pierna derecha, como si quisiera gobernarse suelta o por su cuenta, fuera de la línea o de los movimientos normales del cuerpo» [16].

Si don Niceto cree en su superioridad moral, don Manuel se ufana de su superioridad intelectual, «no habiendo sido nunca arribista, pedante, histrión, pedigüeño ni menos adulator o envidioso, sino más bien despreciativo de los tontos», que pululaban a su alrededor, a juzgar por sus diarios. Se admite soberbio y, menos convincentemente, apático e indolente, también despegado del poder y sus vanidades, sin ambición personal, movido por las mejores intenciones para su patria. Al saber que don Niceto, en sus «febriles imaginaciones», le achacaba «malas pasiones» —aunque le reconociera «elevación mental» y «capacidad de gobernante» —, se pregunta asombrado: «¿cuáles serán? (...) Iracundo no soy, como saben cuantos me tratan (...) Codicioso de bienes, menos aún, como lo prueba toda mi vida desde que perdí, por bobería y sin malicia, mi patrimonio. Rencor no lo tengo a nadie. Es incompatible con la paz interior. (...) He recibido agravios horribles y padecido injusticias crueles, no guardo rencor (...) Algunos me reprochan mi modo de ser, me tildan de bobo y de inocentón, porque no soy vengativo. Yo creo que es sabiduría. (...) De otras pasiones ‘malas’ que pudieran trascender a la vida pública, no hallo ni el nombre (...) Quizás una: la desenfrenada ambición de poder (...) Don Niceto (...) ha concebido (respecto a) mi carácter y a los

móviles de mi conducta un verdadero monstruo de feria. ¿Por qué? No atino ¡Qué voy a hacerle!» [17].

Pero don Manuel tampoco logró convencer de sus excelencias a todos sus colegas. Alcalá-Zamora insiste en sus «malas pasiones»: «despotismo», «apego sin ejemplo hacia el poder», «pasión anticlerical, quizá por la reacción frecuente en los educados en conventos, y eso lo llevaba en el fondo de su alma o de cuanto en él hiciera las veces de ella», «desdoblamiento de una personalidad en desorden espiritual, siendo el suyo causa del nacional y externo». Don Niceto, hombre de «incorregible buena fe, aun teniendo que tratar con él», perdía el tiempo con Azaña, «mi gran enemigo», «mi mayor enemigo», por mucho que le hablase «con la mayor lealtad, como si él fuese capaz de tenerla». Llega a describirlo prácticamente como un ladrón, y no sólo por el robo de sus diarios. Al llegar en verano de 1932 al palacio de La Granja, designado residencia estival del presidente, «quedé atónito al hallar desmantelado el palacio, cuyo mobiliario riquísimo conocía, sabiendo que se salvó casi completo del incendio que destruyó gran parte del edificio. Pero no había podido salvarse de una mudanza, dispuesta por Azaña y ejecutada por su subsecretario Ramos, los cuales, a sabiendas de la adscripción del palacio, lo escogieron entre todos los del patrimonio para llevarse, sin advertírmelo, en 14 camiones cuantos muebles amontonaron de lo que allí había de valor y de arte, con destino a las dos residencias oficiales de la presidencia del Consejo y Ministerio de la Guerra, cuyo mobiliario, que había bastado a los jefes de gobierno y ministros de la monarquía, encontró pobre el representante como jefe de gobierno de un régimen republicano (...) Es indescriptible cómo dejaron La Granja Azaña y Ramos, a cambio de sus retratos que allí quedaron como huellas no pintadas pero gráficas» [18].

En cuanto a Lerroux, no parece haber escrito ningún diario, y sus opiniones nacen de largas reflexiones sobre el pasado, ya en 1937, cuando la república había caído a sangre y fuego y él, exiliado en Portugal, componía *La pequeña historia de España*. Pero sabemos que desde el principio tenía motivos de resentimiento contra sus compañeros.

Lerroux se reconoce «sentimental incurable y redomado» y con recio sentido de la amistad y de la lealtad, alérgico a la burocracia, apto para el mando y para la obediencia, «en vigilia permanente de aprender, estudiante perpetuo». Sin tenerse por una potencia intelectual o un gran estadista, valora su talante moderado asentado en la experiencia, y se presenta como un factor de sensatez y conciliación en la república, y al tiempo como un conductor de masas y luchador, orgulloso de sus logros a partir de sus precarios comienzos. Menosprecia a sus rivales que, habiendo disfrutado de todas las facilidades en la vida, no habían pasado de mediocres: «La comodidad se ha hecho para los que todo lo tuvieron de regalo (...) Para mí la lucha: no he dado un paso en mi vida,

ni ganado un puesto en el escalafón, sin forjar el éxito en la fragua del dolor y en el yunque de la adversidad». Compara a Alcalá-Zamora con Azaña, « como él monárquico de la víspera, como él hombre sin partido, como él sin conocimiento práctico del país, porque ni él ni el otro se habían puesto en contacto directo con la vida nacional. La conocían apenas como burócratas». « Don Niceto era meloso y ladino, mientras que Azaña reservón, soberbio y desdeñosamente brusco» [19].

De Azaña se burla, quizá con una pizca de envidia: « rábula distinguido que por su propia mediocridad parecía destinado a concluir vistiendo los manguitos propios de su sexo en la Jefatura de un Negociado», « Él sabe —él cree— que lleva dentro un *grande hombre*. Y acaso lo sea. (...) No alcanzamos a descubrir tanta grandeza, así, de repente, y pasa por nuestra vera con los faros apagados. Pero, de improviso, se presenta la ocasión y el *grande hombre* los enciende, nos deslumbra y marcha a todo meter camino de la gloria. Entonces les estorba hasta el chófer (...) Para los grandes hombres la soledad subsiste aunque se encuentre acompañado, porque los demás no son hombres, son bultos. Por eso al *grande hombre* le estorbaba un hombre pequeño como yo, que no se ha resignado nunca a ser bulto». « En eso se asemejan todos los grandes hombres, siempre demasiado grandes para que sus amigos dejen de parecerles demasiado pequeños». « Aquella sonrisa que parece que muerde», « serpiente». Etcétera. Y Azaña lo considera a él « un espíritu estrecho, mezquino, de arribista. Pasar del rango de agitador corrompido, que ocupó durante la monarquía, al de hombre de Estado de la República, es imposible». « Mucho menos talento de lo que cree el vulgo», « Un bruto, un loco o un malvado, o las tres cosas juntas» [20].

Si don Niceto miraba a don Manuel como su enemigo jurado, Lerroux tenía por tal a don Niceto, a quien acusa además de principal causante de la ruina del régimen: « Concausas hay muchas, claro, pero la que representa este hombre parece haberlas reunido todas en su mano, como Júpiter el haz de rayos (...) Los empleó en fulminar todo lo que en su demencia creyó contrario a sus designios». Le achaca falta de serenidad y de cordura: « Anormal irresponsable». « La República (...) la piloteaba un demente». « En permanente desequilibrio mental y moral». Su caracterización concuerda bastante con la que dibuja Azaña del de Priego: rencoroso, vanidoso y obsesivo. « Se suponía el creador de la república, el verbo de la república». « Como Dios, lo tiene todo presente, pero sobre todo lo que ha mortificado su vanidad y herido su amor propio», « enfadado como un chico de escuela». Otros rasgos: « no puede tener amigos, sino cortesanos sumisos», « laboriosidad que a la vez significaba desconfianza de la capacidad ajena», « absorbente y acaparador», « prototipo de caciques», « Fariseo (...) Practica la religión católica más para cumplir un deber que para satisfacer un sentimiento». « Falta absoluta de valor cívico». Dos cuadros: « Con esa

expresión de náufrago que ponen en sus ojos desenfocados los prósbitas congénitos». «Don Niceto engullía bombones, barbotaba con elocuencia explosiva sarpullidos de chocolate» [21].

Don Niceto, que muestra hacia don Manuel una aversión mezclada de temor, trata a Lerroux con desdén o condescendencia: «esfinge atentísima y muda (...) Llegado el caso de votar, se inclinaba generalmente a lo más sensato; pero su silencio nos llegó a extrañar (...) Era, según se (...) evidenció ya bajo la República, que aquella inteligencia tan potente, aquel verbo tan formidable, habituados a la lucha más que al trabajo y poseedores de una carrera fingida en una sola convocatoria de la universidad canaria, correspondían al hombre más falto de preparación sobre los problemas de gobierno». Ninguna de las veces en que presidió el gobierno «este hombre tan inteligente, tan tribuno, llegó a enterarse de lo más elemental del cargo». «Deseo infantil, en la vejez logrado, de ser ministro de la Guerra». «Psicología desconcertante, pero clarísima: el sentimiento noble, intacto, pero la conducta claudicante, con frecuencia del todo extraviada» (alude a la corrupción) [22].

Alcalá-Zamora llegó a leer *La pequeña historia*, ante la cual «no perdí la serenidad, porque aunque no soy el prototipo de la soberbia, contra lo que sostiene la *modestia* de Lerroux, podía permitirme la espera en mis comentarios, sin que nadie lo atribuyese a orgullo, ya que no lo practico ni en la forma positiva de la jactancia, ni en la negativa, aun cuando a veces sea merecida, del desdén». Y si Azaña se defendía de los ataques de don Niceto, éste hace lo propio con Lerroux, en un largo apéndice de sus memorias: «Lerroux necesitaba deslizar el agravio y la invención de ser yo hombre rencoroso y vengativo», agravio cuya injusticia demuestra citando casos contrarios. Cierto que, tal como Azaña sería el verdugo de Alcalá-Zamora, éste había de serlo de Lerroux. Quizás obraran ambos sin afán de venganza [23].

Abundan en similitudes los autorretratos de Azaña y Alcalá-Zamora. Ninguno encuentra nada que reprocharse, y las acusaciones ajenas les producen pasmo, al tiempo que se consideran víctimas de sangrantes iniquidades, sin por ello albergar una gota de hiel en su corazón. Pese a su falta de vanidad los dos destacan, entre otros aciertos, sus éxitos oratorios, y anotan con evidente placer cómo les ovacionan «los diputados, puestos en pie», y expresiones tales, seguramente veraces. Azaña critica de los diarios de don Niceto: «Habla de todos nosotros, siempre mal, o casi siempre. Maltrata a los que pasaban por más amigos suyos». La misma malevolencia han visto otros en los diarios de Azaña [24].

Como ya indicamos, los dos prohombres y Lerroux, éste menos, achacan a los demás políticos republicanos una crasa ineptitud, cuando no maldad o locura. Como breve muestra, los latigazos de Azaña a Prieto, su gran aliado: «Es de una

ingenuidad aplastante. Y lo más lejano de un estadista. Recuerdo que hace años me decía Prieto que se creía con dotes sobradas para gobernar España», «blasfemias y ciertas chuscadas», «aspavientos, desmanes oratorios y procacidades (...) chocarrerías». Cita de Maura, inquieto por la gestión de Prieto en Hacienda: «¿Cree usted que España puede estar dirigida por un loco?». «La violencia de su carácter es tal, « que tiene aterrorizados a sus funcionarios. Si les manda hacer un proyecto, por disparatado que sea, lo hacen sin formular ninguna observación. (...) En los consejos de ministros se pasa el tiempo sin proferir palabra, echado atrás en su sillón, o de bruces sobre la mesa». « Su dominio del idioma es corto y no tiene vocabulario, ni mucho menos un vocabulario preciso (...) Cuando quiere ser elegante dice ‘al socaire’, empleándolo casi siempre mal». De Maura: «procede con su corto entendimiento, al modo de un señorito jaque, provocador y despótico, que por haber nacido donde nació ha encontrado un nombre y una posición que no puede sostener con su propia sustancia» [25].

Las actitudes y juicios mutuos, aquí someramente extractados, fueron madurando a lo largo de varios años, pero sin duda ya estaban presentes, en mayor o menor grado, en aquellos tiempos iniciales del nuevo régimen. Y sería ingenuo creer que no tenían consecuencias políticas.

## Capítulo VIII

### UN RÉGIMEN TAMBALEANTE

Las Cortes se reunieron el 14 de julio, fiesta nacional de Francia. Algunos lo tomaron por servilismo; en todo caso, reflejaba el deseo de identificarse con la Revolución francesa, con respecto a la cual explica Vidarte: « el pueblo español (...) llevaba cerca de un siglo y medio de retraso» [1]. La idea de ese retraso, muy difundida en la izquierda, implicaba la visión de aquel siglo y medio como un vacío al que sólo daban sentido la I República y ocasiones semejantes. Vidarte fue nombrado primer secretario de las Cortes, y Besteiro presidente de ellas.

Alcalá-Zamora abrió la sesión proclamando a la II República « potente, segura, sin temor a desaparecer », « hermana de los mártires (...) Galán y García Hernández, (...) biznieta de Riego, de Torrijos » y deudora de « los republicanos del 73, que dejan para la segunda república dos guías que hacen imposible la perdición ». Era « la última de nuestras grandes revoluciones políticas que cierra el ciclo de las otras ». « Habiendo sufrido más que nadie por la libertad política, habiendo luchado por ella siglo y cuarto con una tenacidad de la que no hay ejemplo en el mundo, habiendo derramado la sangre a torrentes (...) aspiramos (a) que si fuimos los que pagamos más cara la transformación política, seamos los que obtengamos más fácil la transformación social ». « El Gobierno se presenta ante vosotros con las manos limpias de sangre y de codicia. Porque en la revolución fuimos tan abnegados, tan generosos con nuestros enemigos, y en el Poder hemos sido tan serenos en el mantenimiento del orden que la revolución española no tiene una mancha de sangre que pueda imputarse a los hombres que la hicieron ». Definió a los militares como « protectores, innecesarios; dominadores, imposibles; rebeldes, inverosímiles », y decretó el fin de los pronunciamientos [2].

El discurso ostenta los rasgos algo paradójicos que marcaron desde el principio al nuevo régimen. Al asegurar que éste traía la libertad tras un siglo y cuarto de luchas, Alcalá-Zamora se condenaba a sí mismo, que había ejercido altos cargos, por lo visto, en una tiranía. Tomar por faro a la I República presagiaba todo menos el éxito. Invocar la generosidad y la falta de sangre demostraba habilidad propagandística, pero atribuir las a los republicanos sonaba extraño, pues la generosidad y el pacifismo venían en todo caso de la monarquía,

que se había retirado sin lucha, y no de sus contrarios, que desde el principio pensaron y organizaron un golpe militar, el cual ocasionó la muerte no sólo de los dos mártires republicanos —protagonistas de un clásico pronunciamiento—, sino también de un general y algunos soldados y guardias, que Alcalá-Zamora encontró inoportuno recordar. Como olvidó la permisividad del nuevo gobierno ante los asesinatos de obreros por anarquistas en los primeros tiempos, o la represión en San Sebastián, o las jornadas de mayo. Él no podía saberlo, pero faltaban pocos días para los sucesos de Sevilla, con aplicación probable de la Ley de fugas. En poco más de tres meses la cifra de muertos iba a ascender a 53, sin paralelo ni aun en los años culminantes del terrorismo, si exceptuamos los casos de la Semana Trágica o la huelga revolucionaria de 1917. Con la diferencia añadida de que estas últimas habían sido promovidas por republicanos o afines. Y lo mismo ocurría en 1931: habían derramado aquella sangre el nuevo gobierno y sus ex aliados, no la subversión derechista, casi inexistente por el momento<sup>[3]</sup>.

Azaña encontró el discurso «profuso, circunlocuente, impreciso y de una holgura de palabras desproporcionada con el vigor del contenido. Lo sublime y lo ridículo andan revueltos (...) Al final del discurso (el orador) estaba de color de plomo, con un poco de espuma en la comisura de los labios»<sup>[4]</sup>.

El 29 y 30 de julio las Cortes discutieron la gestión del gobierno provisional. Don Niceto y Maura sufrieron los primeros embates serios. El nacionalista catalán Companys exigió un gobierno de izquierdas acorde con las elecciones, y le respaldó el exaltado Samblancat: «¿Qué representan en el Gobierno el presidente y el ministro de la Gobernación? Los viejos intereses de la Monarquía». Maura replicó imputando a Companys complicidad con la CNT y llevar a Cataluña «al borde de la ruina (...) los patronos tienen cada día la sensación de que al día siguiente no sabrán cuál será el precio de coste ni cuáles las reivindicaciones obreras, puesto que piden locuras». Companys atacó también a Largo Caballero, quien lo interpretó como un intento de la Esquerra de congraciarse con la CNT, y replicó denunciando que esta sindical «imponía el ingreso en la Confederación pistola en mano». Otro socialista, Cordero, acusó a la Esquerra de amparar la violencia ácrata, que «prepara el camino no del comunismo, sino del fascio»<sup>[5]</sup>.

José Ortega y Gasset ensalzó en tonos ditirámicos la reforma militar, y exhortó a los diputados a obrar con visión amplia y miras de grandeza, sin hacer «el payaso, ni el tenor ni el jabalí». Samblancat, Ramón Franco, Balbontín y otros exaltados recibieron en adelante el mote de «jabalíes».

Ante las violencias anarquistas, que empezaban a convertirse en una pesadilla, los diputados, por un reflejo de prudencia y conservación, ratificaron al gobierno en pleno, incluyendo a los dos conservadores. Pero éstos durarían ya poco en él.

La tarea clave de las Cortes consistió en elaborar la Constitución, cuyo más espinoso problema prometía ser el religioso. Lerroux había dicho en agosto que la separación entre Iglesia y estado «quiere decir armonía (...) Hemos de reconocer también a los creyentes el derecho de asociarse para el cumplimiento de sus fines (...) Reconocemos, porque no tenemos más remedio (...) que la mayoría del país (...) es católica» [6]. Pero la comisión parlamentaria que elaboraba el proyecto constitucional pedía la disolución de las órdenes religiosas e incautación de sus bienes, lo que no presagiaba armonía alguna.

Ante las propuestas de la comisión, Alcalá-Zamora habló a los ministros: «Necesitamos oponer un texto sensato a los delirios de los extremistas (...) [ello] determinará la tranquilidad mayor o menor de la vida de la República». Pareció convencerlos aunque algunos, como Azaña, callaron. «Eran tan grave el daño y tan fuerte el compromiso, que se intentó por el gobierno una fórmula de paz, la cual por un momento pareció que iba a prevalecer en el dictamen». La gestión, escribe Gil-Robles, hizo creer a las derechas que el artículo sobre las órdenes religiosas —que pasaría a la historia como el célebre artículo 26— sería finalmente votado con un texto aceptable para ellas. Y corrobora Martínez Barrio: «se vislumbraba la posibilidad de que la fórmula conciliadora, patrocinada por el señor Alcalá-Zamora, (...) se impusiera a la pasión general. Unas frases oportunas y el milagro se hubiera realizado». Ruiz Funes presentó a Azaña el texto gubernamental: «doy mi conformidad y le pregunto si cree posible que lo acepte la comisión; Ruiz Funes me dice que probablemente lo aceptará la mayoría» [7].

El 13 de octubre iba a debatirse y votar en las Cortes el artículo, en una sesión en verdad trascendental. La tensión previa era enorme. Lerroux, que procuraba reservarse para el futuro y evitar compromisos embarazosos, trató de ausentarse so pretexto de su actividad en Ginebra, pero Alcalá-Zamora le obligó a quedar. Maura, apunta Azaña, advirtió que dimitiría si prevalecía el dictamen de la comisión sobre el del gobierno: «Se pone rojo, se le inyectan los ojos, se le cierra el entendimiento, no escucha a nadie. Yo estoy muy disgustado, pensando que pueden ocurrir desastres. (...) ‘Quizá sea éste el último Consejo que celebremos’, dice Maura. ‘Hoy es martes y 13’, comenta otro riéndose. Largo Caballero escucha y se sonríe. ¿Por qué ha de pasar nada? Ya veremos. Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se dé al artículo, si al menos se consigue evitar el precepto de la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que sólo encierra peligro (...) Confieso que estas preocupaciones me duran poco (...) Por mi interior circula, como si dijéramos, un encogimiento de hombros. Esto viene, en parte, del espectáculo de la obtusidad ajena». «Yo estaba tranquilo, casi indiferente, incierto aún sobre si

se me presentaría ocasión oportuna de hablar» [8].

La contradicción entre el disgusto y la indiferencia, no indica gran sinceridad en Azaña, ni tampoco la imagen de indecisión. Pues habló, y con un discurso tan elaborado que no podía ser improvisación del momento. Fue sin duda su discurso más famoso y decisivo, de argumento complejo.

Al tomar la palabra « se hizo un silencio enorme (...) Cuando me puse en pie, la tensión subió; todos los escaños se poblaron, al pie de la tribuna presidencial se arremolinaron muchos diputados. Como siempre que rompo a hablar, yo estaba absolutamente sereno y tranquilo; hubiera podido entretenerme en decir chistes» .

Empezó invocando las « realidades vitales de España » y los « problemas que han de transformar el estado y la sociedad españoles hasta la raíz. Estos problemas, a mi corto entender, son principalmente tres: el problema de las autonomías locales, el problema social en su forma más urgente y éste que llaman problema religioso» . Se extendió sobre el tercer problema, « cuya premisa (...) la formulo yo de esta manera: España ha dejado de ser católica: el problema político consiguiente es organizar el Estado en forma tal que quede adecuado a esta fase nueva e histórica del pueblo español» . La frase sobre la acatolicidad de España hizo época, y él la razonó asegurando que en Europa « todo el movimiento superior de la civilización se hace en contra suya » (del catolicismo), y « En España, a pesar de nuestra menguada actividad mental, desde el siglo pasado el catolicismo ha dejado de ser la expresión y el guía del pensamiento español» .

Luego teorizó, siguiendo al diputado Zulueta, que « lo característico del Estado es la cultura » , cultura antirreligiosa, idea que explicitó con una referencia al siglo anterior: « Durante treinta y tantos años no hubo en España órdenes religiosas, (...) [lo que preparó] la posibilidad de la revolución del 68 y de la del 73 [es decir, la I República], Pero han vuelto los frailes (...) y se han precipitado sobre las conciencias » , moldeándolas y logrando que la clase media « con sus pujos de radicalismo y de anticlericalismo, (...) quizá los nietos de Mendizábal y de los desamortizadores del año 36, esos mismos, después de esta operación que acabo de describir, son los que han traído a España la tiranía, la dictadura y el despotismo, y en toda esa evolución está comprendida la historia política de nuestro país en el siglo pasado» .

Por tanto, el nudo gordiano de la política consistía en la enseñanza religiosa: « La cuestión apasionante, por el dramatismo interior que encierra, es la de las órdenes religiosas (...) Tenemos, de una parte, la obligación de respetar la libertad de conciencia (...); pero tenemos también, de otra parte, el deber de poner a salvo la República y el Estado» . Ambos principios chocaban, creía él, y juzgaba intolerable « dejar la calle abierta a la muchedumbre de órdenes religiosas para que invadan la sociedad española » . Sin embargo, « borrar todas

las obligaciones que tenemos con esa libertad de conciencia», podría ser «una reacción explicable y natural», pero también poco “inteligente”. Él aconsejaba permitir las órdenes, prohibiéndoles cualquier actividad económica —lo que las condenaría a la indigencia— o la beneficencia, por su contenido de «proselitismo»; y muy especialmente la enseñanza: «jamás (...) esta acción continua de las órdenes religiosas sobre las conciencias juveniles (...) No me vengan a decir que esto es contrario a la libertad, porque esto es una cuestión de salud pública»; aserto que sostuvo con un ejemplo ilógico: «¿Permitiríais que se propagase en la cátedra de la universidad española la medicina del siglo XVI? No». Hizo hincapié en la inmediata disolución de la orden jesuita, como precepto constitucional.

Finalmente expuso: «Si yo perteneciese a un partido que tuviera en esta Cámara la mitad más uno de los diputados, (...) en ningún momento (...) habría vacilado en echar sobre la votación el peso de mi partido para sacar una Constitución hecha a su imagen y semejanza, porque a esto me autorizaría el sufragio y el rigor del sistema de mayorías». Como no tenía tal partido, se inclinaba a cierta transacción, pero sólo con el PSOE: «Veamos la manera de que el texto constitucional, sin impedirlo a vosotros [a los socialistas] gobernar, no se lo impida a los demás», entendiéndolo por los demás a los republicanos de izquierda.

Fue un discurso en verdad extraño. Pocas veces se habrán pronunciado frases tan dudosamente democráticas bajo la invocación de la libertad. De un golpe vulneraba las libertades de conciencia, asociación y expresión, y el derecho de los ciudadanos a elegir instrucción religiosa. En nombre de la cultura amenazaba la educación de cientos de miles de niños y la continuidad de instituciones de enseñanza en todos los niveles, algunas muy acreditadas. Concebía el estado como entidad exclusivamente izquierdista en la tradición jacobina, hostil a la religión mayoritaria.

Y difícilmente podía ser más irrealista en nombre de «las realidades vitales». Martínez Barrio, anticlerical y gran maestro de la masonería, pondera su «estupor y, luego, la indignación» ante el aserto sobre la acatolicidad del país: «¿Dónde las pruebas, siquiera los síntomas? (...) todas las clases sociales aceptaban complacidas los derechos de portazgo, y nadie dejaba de bautizar a sus hijos, ni de casar canónicamente (...) ni, llegada la hora final, prescindía de enterrarlos en cementerios católicos. Tan sólo una minoría, insignificante cuantitativamente, habíamos pasado el Rubicón y colocado nuestra conciencia individual y la de nuestras familias fuera de (...) la Iglesia. ¿Acaso el oscurecimiento de la cultura católica? (...) Era obligado reconocer que el clero regular realizaba una intensa labor seudo científica y pulidamente literaria para no perder las posiciones preeminentes (...) Tampoco las evocaciones históricas del señor Azaña tenían poder de convicción». «Fueron palabras imprudentes,

innecesarias y divorciadas de la realidad». En cuanto al criterio sobre la Constitución, «de un manotazo rompía con el propósito de ensayar cualquier política de transacción y de acomodo, y se declaraba por el imperio estricto de las mayorías (...) Pero (...) nunca ha sido lícita en los Parlamentos la aplicación rigurosa de tales principios. En realidad, el ordenamiento jurídico y político de una sociedad democrática se basa en el respeto al derecho de las minorías que, por serlo, necesitan (...) la protección de la ley» [9].

Estas reflexiones están escritas con mucha posterioridad, después del derrumbe de la república. Aquel 13 de octubre la reacción fue de auténtico gozo en casi toda la izquierda, incluidos muchos radicales. Sólo se disgustaron los que exigían medidas antirreligiosas más drásticas. Azaña se recrea: «El señor Ortega, cada vez que miraba yo hacia su banco, daba cabezadas de aprobación (...) Recuerdo a Santiago Alba, echado de codos sobre el respaldo del escaño, y sin quitarme ojos. También recuerdo la cara de Teodomiro Menéndez, con su expresión de bobería asturiana, que denotaba sorpresa y deleite (...) Todo el Congreso, menos los radicales-socialistas, rompió a aplaudir. Cuando terminé, casi todos los diputados se pusieron en pie para aplaudirme». «Todos los ministros, menos Albornoz, me felicitaron con efusión (...) También don Niceto estaba contento y me dio las gracias (...) Maura estaba entusiasmado». «Don José Ortega me dijo que no había oído nunca un discurso parlamentario mejor». «El efecto del discurso se extendió velozmente por Madrid. (...) El contento era general». «Se formaba una especie de ola, que crecía por momentos». «Yo también estaba contento, porque había acertado con lo que quería y porque había pasado un rato muy divertido» [10].

Según Azaña, la medida contra los jesuitas agradó hasta a eclesiásticos como el obispo de Tarragona: «El catalanismo de los catalanes llega a extremos chistosos. Vidal i Barraquer no ve con malos ojos la disolución de los jesuitas; pero estima que ha podido hacerse una excepción con los jesuitas de Cataluña, que son de otra manera, y, por supuesto, mejores» [a] [11].

Alcalá-Zamora difiere por completo: «Todo intento de paz religiosa quedó frustrado por la maniobra de Azaña, cuidadosamente preparada y concertada, sin advertirme siquiera jamás su propósito de hablar (...) La importancia del discurso, muy cuidadoso y afortunado, aunque lo presentó como una ocurrencia súbita o improvisación, cedía a la del acto político (...) No vacilé un momento acerca de mi dimisión». Lerroux, que según Azaña le felicitó, afirma que a don Niceto «le sorprendió la arremetida taimada y desleal del ministro de la Guerra (...), obra maestra de la perfidia, que desautorizaba a su jefe, el Jefe del Gobierno, y contentaba a la galería (...). Fue la repetición verbalista y espiritual, si así puede decirse, del 10 de mayo». Gil-Robles señala que la «leve esperanza de concordia se desvaneció en absoluto cuando impensadamente se levantó el

señor Azaña (...) para pronunciar el discurso más sectario que oyeron la Cortes constituyentes. El éxito del orador, aplaudido con frenesí por la mayoría, prejuizó ya la solución» [12].

Era la madrugada cuando, «al proclamarse el resultado de la votación, estalló un aplauso clamoroso. Las tribunas del público también aplaudieron vivamente. Los diputados rompieron en vivas a la República, y las tribunas hacían coro», apunta Azaña satisfecho. «Vi al Presidente, echado atrás en su asiento, mirando al techo y hablando solo, en voz baja. Estaba como en un desvarío». Al diputado nacionalista vasco Leizaola, «que estaba en pie, solo, en una de las escalerillas entre los escaños, increpando a los republicanos, le daban un puñetazo en la nuca. Espantoso griterío y barullo. Los diputados se echaban unos contra otros. Me han dicho que Sigfrido Blasco sacó una pistola» [13].

Maura y Alcalá-Zamora, profundamente afectados, asistían al naufragio de sus empeños. Dimitieron de modo irrevocable. El segundo dejó una explicación escrita, de la que cuenta Azaña: «Leo el papel, que es disparatado. (...) Me acusa de deslealtad, de haberle sorprendido con mi intervención, etcétera, y anuncia que se coloca ‘fuera de la Constitución’, para pedir su reforma». Y apunta: «atribuían muchos (...) el mal humor del Presidente a pequeños celos, porque su discurso cayó en el vacío y el mío produjo un resultado y fue recibido clamorosamente (...) Todo lo que está haciendo estos días don Niceto, es propio de un perturbado. Los celos de orador no pueden llegar a tanto». Así lo explica, con una evidente dosis de frivolidad [15].

La crisis se solventó con rapidez. En opinión general, sólo Lerrox o Azaña podían sustituir al dimitido presidente. El primero se consideraba con mejor derecho: «republicano de abolengo, de experiencia y de autoridad (...) y un partido, y una organización, y una minoría numerosa»; nada de lo cual, salvo la autoridad, poseía Azaña. Sin embargo, aquél pensó que el gobierno «no podía modificarse sin empeorarlo y agravar la situación, y sin una mayoría homogénea a mi lado, me colocaría en una situación de dependencia que no podría superar», por lo que cedió el puesto a don Manuel. Éste asegura: «Me negué resueltamente. Y casi con violencia (...) La escena fue a ratos dramática (...) Yo sentía vivamente la enormidad de la aventura, y que se malograba un mañana más seguro. Nada me valió. No se habrá hecho con nadie lo que allí se hizo conmigo». Y una nota lúgubre: «¿barrunto de un fracaso seguro, en que estúpidamente van a arruinarse las esperanzas que he hecho concebir, sin que pueda yo hacer nada para evitar que se arruinen?». Pero terminó aceptando: «Estoy como condenado, esperando que me pongan en capilla», aunque señala, ambivalentemente: «El suceso es formidable para mí. Con un solo discurso en

las Cortes, me hacen Presidente del Gobierno. Empezaré a creer en mi estrella». Lerroux calculó probablemente que el gobierno duraría poco, hasta la aprobación de la Constitución, pero el nuevo presidente tenía la firme intención de durar en el puesto. Ello debió de disgustar al jefe radical<sup>[16]</sup>.

La impremeditación que transmite Azaña en sus escritos resulta poco verosímil. Él no podía ignorar que su discurso forzaba una reorientación del gobierno y dejaba a Alcalá-Zamora en posición insostenible. Vidarte preguntó a Besteiro si el objetivo de Azaña habría sido «hacer dimitir a don Niceto para ocupar él, por exclusión del Partido radical y del socialista, la Presidencia del Consejo (...) Besteiro se sonrió, pero no contestó a mi pregunta»<sup>[17]</sup>.

Y así Azaña, desconocido hasta un año antes, culminaba en pocos meses una meteórica carrera, como si su vida anterior, marcada por el tedio, la frustración y la mala suerte, hubiera sido también un tiempo de acumulación de energía, la contracción de un resorte que se distendía de pronto irresistiblemente.

Entre tanto, crecía la preocupación por la subversión anarquista y por las prédicas de rebeldía que, después de los sucesos de mayo, hacían algunos militares así como los carlistas en Navarra y el País Vasco, donde conservaban cierta fuerza. Ya el 20 de agosto Azaña había propuesto «una política enérgica que haga temible a la República (...) Comenzar suprimiendo todos los periódicos derechistas del norte, y quizá los de Madrid (...) Con la aprobación de todos, se acuerda suspender unos cuantos periódicos en Bilbao, San Sebastián y Pamplona. Queda en puertas la suspensión de otros en Madrid y Barcelona». Estas medidas iban a hacerse muy frecuentes<sup>[18]</sup>.

En la misma ocasión Maura había propuesto una «ley de Defensa de la República <sup>[b]</sup> (...) en la que podrían incluirse prevenciones contra la prensa». Azaña había replicado: «eso no sirve para nada». Pero luego pasó a apadrinarla, y la propuso a las Cortes. Al presentar a su gobierno, el día 14, declaró: «La República tiene derecho a ser respetada (...) y si no es respetada, el Gobierno la hará temer (...) Jamás en mis manos el Gobierno de mi país será objeto de vilipendio, ni de mofa, ni de desprecio». Y abundó en su conocida idea: «La República es de todos los españoles, gobernada, regida y dirigida por los republicanos, y ¡ay del que intente alzar la mano contra ella!». Al defender la Ley de Defensa de la República en el Parlamento volvió a emplear tonos y argumentos apenas democráticos: «La República no está en peligro, pero para evitar que el peligro nazca, es necesaria esta Ley». En referencia a la CNT advirtió: «Hay una maniobra antirrepublicana, un deseo de hundir la república mediante el desorden y la anarquía». La Ley declaraba agresión al régimen las huelgas «por motivos que no se relacionen con las condiciones de trabajo» o que

incumpliesen un plazo de aviso. Largo Caballero amenazó con dimitir, pero continuó en su cargo ante la promesa de que sólo se aplicaría la Ley en condiciones extremas<sup>[20]</sup>.

Aunque los republicanos habían empleado contra la monarquía un lenguaje sumamente ofensivo y no siempre veraz, y seguían usándolo contra sus adversarios, se sentían muy molestos cuando recibían una respuesta semejante. Azaña aseguró: « Sólo mirarán con recelo y enojo esta Ley aquellos que tengan que temer de su aplicación. (...) De ninguna manera la verdadera prensa (...) ¿vamos a llamar prensa, a esos reptiles que circulan por la sombra, que van de mano en mano (...) sembrando el descrédito o la burla o las malas pasiones?». « ¿Quién más tiene que temer esta Ley? El funcionario negligente y desafecto, el magistrado poco celoso en la aplicación de la ley, el libelista (...), el propagandista clandestino, el agitador de oficio, sin convicciones ni conciencia (...) los conspiradorzuelos de café, que creen montada una máquina infernal contra la república porque, rodeados de media docena de monas epilépticas que por equivocación llevan el nombre de hombres...». Alba recordó cómo toda la izquierda había luchado contra el proyecto, más suave, de Ley antiterrorista de Antonio Maura. En vano. Las Cortes aprobaron la nueva norma, con las derechas ausentes en protesta por el artículo 26.

La arbitrariedad con que podía aplicarse la Ley queda indicada en esta anotación de Azaña, algo posterior: « Me visitan los directores de *El Debate*, *El Herald* y *La Época*. Vienen a interceder por *La Correspondencia Militar*, que lleva suspendido dos meses. También piden que se establezca una gradación en las sanciones que se impongan a la prensa al aplicar la Ley de Defensa de la República, comenzando por el apercibimiento. Me es agradable afirmar delante del director de *El Debate* mi resolución de *romper el espinazo* al que toque a la República»<sup>[21]</sup>.

El 20 de noviembre las Cortes aprobaban, entre vivas a la república, un dictamen que condenaba al rey Alfonso XIII por «alta traición», pues « ejercitando los Poderes de su Magistratura contra la Constitución del Estado, ha cometido la más criminal violación del orden jurídico de su país»; le declaraba «privado de la paz pública, cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetra en el territorio nacional»; y lo despojaba «de todas las dignidades, honores y títulos»; «De todos los bienes, acciones y derechos de su propiedad que se encuentran en territorio nacional se incautará en su beneficio el Estado».

Azaña, con fastidio, anotó en su diario: «mal escrito, mal pensado, declamatorio, pueril. Contiene disparates como acusar al rey de un delito de lesa

majestad... contra el pueblo (...) Lectura del triste dictamen. Silencio sepulcral. Lectura del voto particular de Royo Villanova, aún más chocarrero que el dictamen» [c]. Romanones defendió al rey, pero « como (...) nadie le toma en serio y él mismo no cree ni jota de lo que estaba diciendo, el espectáculo era de una comicidad profunda, seria, y, a ratos, cuando el conde se abandonaba a su natural, bufaba. Viejo y gordo, mal asentado sobre su pata coja, y con aquella voz que fue clara, el conde, cuando se enojaba y levantaba a duras penas el tono, me dejaba ver el ojo izquierdo, fulgurante y rotatorio, y su cólera parecía una caricatura de la cólera. ¡Lo que es la falta de autoridad! Las Cortes se han reído de buena gana en algunos pasajes del discurso (...) sobre todo (...) porque al actor y a la escena les faltaba grandeza. Romanones defendiendo al rey destronado ante las Cortes republicanas, es toda una conclusión de la historia de un tercio de siglo. Y no tuvo ni un acento elevado. La defensa de la dinastía y del rey suscitó risas. Son tal para cual» [23].

El dictamen tenía aspectos asombrosos: aparte de su falta de generosidad hacia quien les había cedido buenamente el poder, los acusadores se manifestaban inopinadamente celosos de la Constitución contra la que habían hecho armas en 1917 y a la que habían saboteado siempre. Más aún, los socialistas, uno de los cuales, Cordero, presidía la comisión dictaminante, no sólo se habían sublevado en dicho año, sino que luego habían colaborado con la dictadura y, por tanto, con el rey mismo en la traición. Entre los poquísimos que, formalmente, hubieran tenido derecho de acusar al rey, estaba Alcalá-Zamora, pero ese derecho no se extendía a amparar la acusación hecha por los demás. No podía figurarse Alcalá-Zamora que él mismo había de caer, menos de cinco años más tarde, víctima de unas imputaciones con el mismo toque grotesco.

La Constitución fue aprobada el 9 de diciembre. Presidía la comisión encargada de elaborarla el socialista Jiménez de Asúa, y su correligionario Araquistáin había introducido la declaración, tan predestinada a la broma, de que « España es una república de trabajadores », matizada con la adición « de todas clases » [d]. Los socialistas habían insistido en debilitar el derecho de propiedad, con vistas a abrir una compuerta hacia una progresiva socialización del país, y, dice Azaña, « entre los republicanos es muy corriente la opinión de que se está haciendo una Constitución socialista, aunque los socialistas no quieren gobernar; pero que los republicanos tampoco querrán gobernar con ella ». La Ley fundamental se inspiraba en la alemana de Weimar, en crisis por no poder evitar la sorda guerra civil librada por hitlerianos, socialistas y comunistas. El sacerdote anticlerical y lerrouxista Basilio Alvarez observó que, en el terreno religioso, la Ley se apartaba del modelo alemán o del uruguayo para seguir el mexicano. La

derecha, como es natural, la consideró sectaria y Alcalá-Zamora dedicaría en adelante un gran esfuerzo a criticarla y proponer su reforma a fondo. Fue una Constitución que a pocos satisfizo plenamente<sup>[25]</sup>.

A continuación las Cortes debían elegir al presidente de la República, que ejercería de jefe del estado, al margen del gobierno pero con poder moderador y capacidad para disolver las Cortes por dos veces, y provocar crisis de gobierno si retiraba a éste su confianza. La elección se presentaba ardua, por falta de personas reputadas y susceptibles de recibir apoyo mayoritario en el Parlamento. Se habló de Cossío, Ortega, Marañón y otros, pero aunque intelectuales de renombre, carecían de relieve político. Azaña no tenía intención de dejar sus funciones. Un buen candidato en principio era Lerroux, representante del republicanismo histórico; otro, Alcalá-Zamora, encarnadura de la unidad política que había dado el triunfo de la república. También Besteiro, muy respetado por su actuación inteligente y sensata al frente de las Cortes.

De estos tres, Lerroux creyó que a los socialistas «podía interesarles tenerme cautivo en la Presidencia de la República, para que el Partido Radical (...) se hubiese dispersado y el Partido Socialista hubiese quedado en la política del nuevo régimen como dueño y señor». Alguna razón tenía, pues, según Vidarte, miembros del PSOE, «con la fábula de que elegirlo presidente de la república sería inutilizarle, propagan su nombre». Fernando de los Ríos le sondeó, argumentándole que la cabeza dé don Niceto «no rige del todo bien (...); con tales condiciones de desequilibrio puede ser peligroso». Pero, si se dejó tentar, Lerroux pronto renunció. Tenía demasiados enemigos, y su propio partido se oponía, pues quedaría privado de su jefe indiscutido. La candidatura de Besteiro tampoco prosperó, por la oposición de los suyos, que recordaban su actuación cuando el fallido pronunciamiento militar de un año antes y su oposición a la alianza republicano-socialista. Quedaba Alcalá-Zamora, pero con serios reparos: se había declarado reformista de la Constitución que tendría que jurar, y había dimitido por uno de sus artículos<sup>[26]</sup>.

Por exclusión, y de mala gana, Azaña sugirió la candidatura de don Niceto, y éste aceptó, haciendo notar que en Francia había sido presidente «Grévy, que no votó la Constitución». Debieron de acordar que disimulase o retirase públicamente su revisionismo. El 2 de noviembre el gobierno resolvió apoyar esta candidatura, sin duda con muchas reticencias. Todavía el día 13 escribe Azaña: «La eliminación de don Niceto sería ventajosisima, si con ella pudiéramos conseguir hacer presidente de la república a Lerroux». El 1 de diciembre saltaron chispas cuando Fernando de los Ríos dijo, según rumores, que el gobierno pensaba «satisfacer la vanidad de pavo real de don Niceto para quitárnoslo de en medio». El aludido montó en cólera. Se reunieron los ministros, y «todos convienen en que está loco, y que un hombre así es peligrosísimo, porque de Presidente nos creará de seguro un conflicto cada día. Se nos plantea

el problema de si conviene llevar adelante la elección, o buscarle sustituto. Faltan poco más de ocho días para la elección, y el caso es difícilísimo. ¿Qué hacer? (...) Casi todos los diputados le votan de mala gana». Especularon con Martínez Barrio, Ortega y otros. «Ninguno gusta a todos». No había marcha atrás[27].

Para Alcalá-Zamora, «en el fondo de la unanimidad ministerial pesaron motivos muy diferentes: los más de los ministros deseaban una garantía de ponderación mediadora que afianzase al régimen; algunos otros, Azaña y Ríos, encontraron preferible alejarme de las Cortes atándome con las fuertes ligaduras impuestas al poder presidencial» [28].

La mayoría de los socialistas detestaba al candidato. Para tratar el caso se reunieron sus parlamentarios en sesión, «la más dramática de todos los tiempos». Un diputado, José Piqueras, «hizo un retrato escalofriante del caciquismo de don Niceto y de la esclavitud a que sus amigos sometían a los campesinos de Priego (...) Piqueras clamaba, lloraba. Terminó diciendo que si se elegía presidente a don Niceto serían muchos los diputados socialistas que morirían en la horca», relata Vidarte, apostillando: «Fue un vidente el gran Piqueras, pues él y otros muchos murieron en la horca o frente a los piquetes de ejecución durante la sublevación militar»; como si Alcalá-Zamora hubiera tenido algo que ver con ello. Pese a estas oposiciones, los ministros socialistas impusieron el acuerdo[29].

Por fin, señala contento don Niceto, «mi elección se hizo casi por unanimidad de los partidos y poco menos de los diputados». Lo atribuye claramente a su prestigio, ignorando los entresijos del acuerdo. Y el 10 de diciembre pasaba a presidente y prometía «guardar y hacer cumplir la Constitución», promulgada justo el día anterior. En su obra *Los defectos de la Constitución de 1931* dirá: «Ésta fue la fórmula verbal; hubo otra mental e íntima en el interior de mi conciencia, hecha calladamente, pero con mayor eficacia, en forma de obligarme... Mi mano se tendió invisiblemente hacia unos Evangelios que no estaban sobre la mesa y mis ojos miraron un Cristo que de allí había sido retirado hacía tiempo». ¿Por qué aceptaba el cargo en tan equívocas circunstancias? Probablemente porque creía así salvar a la república, que tan suya consideraba, de despeñarse en la demagogia extremista[30].

Entre los hechos significativos de aquel otoño cabe destacar la pugna en torno a nuevas elecciones. Se había extendido la idea de que, tras aprobar la Constitución, el Parlamento debía disolverse y dar paso a otro ordinario. Los ministros, excepto quizás Lerroux, deseaban la continuación, y prevaleció esta postura: las Cortes seguirían hasta aprobar las leyes complementarias. Largo Caballero llegó a amenazar con que «la disolución de Cortes, prematura, sería

tomada por los socialistas como una provocación a la guerra civil». El agüero de la guerra civil planearía en adelante sobre el nuevo régimen<sup>[31]</sup>.

Otro suceso de interés fue la declaración de incompatibilidad entre las Cortes y Emiliano Iglesias, uno de los lugartenientes de Lerroux. Cuando la Comisión de Responsabilidades estudiaba los cargos contra el potentado Juan March, a quien los republicanos habían pedido ayuda financiera <sup>[e]</sup>, se descubrieron filtraciones, el hilo de las cuales condujo a Iglesias. Lerroux llevaba tiempo intentando corregir la corrupción de varios de sus seguidores, singularmente en Barcelona, con poco éxito. La acusación contra March prosiguió luego, y observa Azaña: «nadie podía prever que Galarza, nombrado fiscal de la República, fuese a convertir la querrela contra March en asunto mayúsculo de la República, querrela de la que nada resultó» <sup>[32]</sup>.

Se acordó también el sufragio femenino, que «apasionaba mucho —dice Azaña—, porque temen que el voto de las mujeres sea, o de extrema izquierda o de extrema derecha (...). La votación la han ganado los ‘feministas’ por cuatro votos, votando juntos los socialistas y las derechas. Don Niceto decidió la votación, llamando a sus amigos que faltaban del salón. Los radicales estaban furiosos. Yo no asistí a esta votación» <sup>[f]</sup> <sup>[33]</sup>.

El proceso de clarificación y división política, algunos de cuyos hitos fueron la lucha en torno a la cuestión religiosa, la ascensión de Azaña, la aprobación de la Constitución, y la elección de Alcalá-Zamora, se completaba el 15 de diciembre con la formación de un nuevo gobierno, encabezado también por Azaña, quien, adrede o no, había hecho saltar a los conservadores en octubre, y ahora iba a librarse de los radicales.

Tras el nombramiento del presidente, el gobierno cumplió la formalidad de dimitir, y don Niceto, conciliador pese a los pasados choques, dio su confianza a don Manuel. Lerroux cree que lo hizo por debilidad, para desarmarle «con benevolencias y concesiones», y que «dando el poder a su enemigo personal no le desarmó, sino que le fortaleció». Replica Alcalá-Zamora que Azaña tenía el respaldo mayoritario de las Cortes, y Lerroux demasiados enemigos como para sustituir a éste. Martínez Barrio observa que la costumbre en los regímenes parlamentarios exige que el cargo se ofrezca, por orden, a los jefes de los grupos con más diputados, que serían primero el socialista y luego el radical. Pero en esa ocasión don Niceto prefirió saltarse la formalidad<sup>[36]</sup>.

Azaña pensaba remodelar el gabinete, en apariencia para remediar algunas ineptitudes, quitando a Prieto de Hacienda «porque entre sus intemperancias y su incompetencia me tiene muy contrariado», a Fernando de los Ríos de Justicia «para que no haga más reformas», y a Marcelino Domingo, de Instrucción

Pública, donde «no puede continuar». Domingo, a su vez «reconoce que Albornoz (en Obras Públicas) ha fracasado hasta un extremo que raya en lo cómico». Todos ellos continuarían en otros Ministerios. Pero el asunto tenía más fondo. Se discutió aquellos días sobre si formar un gabinete de concentración republicana, o continuar con la conjunción republicana-socialista. Azaña se inclinaba por lo último, pues «lanzar a los socialistas a la oposición, sería convertir las Cortes en una algarabía». Según él, Lerroux había mostrado también su acuerdo el día 13, pero al siguiente rehusaba gobernar con el PSOE: «Los radicales, en pugna con los socialistas, quieren estar en la oposición, para ser la *reserva* y disolver las Cortes. Quieren que nos *gastemos* los demás, y venir un día al poder como garantía del orden». «Han pensado cogerme en una trampa». «Voy a casa de Alcalá-Zamora. Le cuento lo sucedido. Don Niceto se queda *de una pieza*». Al día siguiente se formaba un gobierno de socialistas y republicanos, con exclusión de los radicales<sup>[37]</sup>.

La versión del de Priego es distinta. Azaña le habría informado de que los radicales, «en actitud de total, violenta e irreductible intransigencia», demandaban la exclusión de los socialistas. «Le firmé los nombramientos (...) Bastante tiempo después supe por Lerroux y Martínez Barrio que Azaña había faltado por completo a la verdad en cuanto me dijo, pues ellos habían aceptado la continuación de los socialistas y aprobado la espontánea oferta de aquél para disminuir desde esa misma crisis la influencia colectivista; pero que hubieron de llamarse a engaño al ver con asombro que la inicial disminución del influjo era seguir Largo en Trabajo y pasar Ríos y Prieto de Justicia y Hacienda a Instrucción y Obras Públicas (...) Esta nueva ocultación y adulteración total de la verdad con que se iniciaban las relaciones oficiales del mandato era el anuncio de una serie de constantes deslealtades». A su vez, Lerroux dice haber llegado a un acuerdo con Azaña para limitar la influencia del PSOE, sin excluirlo del gobierno, pero que el acuerdo naufragó cuando el alcaláino «me confesó que los socialistas parecían intransigentes, irreductibles y amenazadores»<sup>[38]</sup>.

Esté la verdad donde esté, Azaña hubo de plantearse la elección entre los radicales y el PSOE. Y él prefería al PSOE, quizá por miedo a su «algarabía», como indica, pero, probablemente, también porque veía en él a «los gruesos batallones populares», los «brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto», servidores de «la inteligencia», como había dicho un año antes. En cambio, los radicales optaban por una posición de centro, de inclinación conservadora, y esa moderación repugnaba al alcaláino. En el PSOE, a su vez, había dos posturas: una contraria a la colaboración, y otra, mayoritaria de momento, favorable a una participación en el poder con vistas a abrir paso a una gradual transformación socialista del país. Azaña consideraba, en todo caso, que los socialistas se dejarían conducir por él y se contendrían en los límites de una

línea jacobina, pero *burguesa*. En sus diarios no examina estos cruciales dilemas, sólo expone una clásica maniobra política de corto alcance. Mostraba, como otras veces, más inteligencia que lucidez.

El último día del año un nuevo hecho de sangre iba a estremecer a la república. En Castilblanco, pueblo muy atrasado de Badajoz, cuatro guardias civiles eran asesinados a pedradas y navajazos por un grupo de lugareños. La derecha clamó contra los agitadores que sembraban el odio revolucionario. La izquierda condenó « la situación ruinososa en todos los órdenes que la Monarquía legó al régimen nuevo », « el pavoroso problema del paro en la agricultura, especialmente en las regiones andaluzas y extremeñas », así como « la injusticia acompañada de la burla », pues, aseguraba, los propietarios dejaban sin labrar las tierras y respondían a las peticiones de los jornaleros: « Que te dé de comer la República ». Aunque esto último pudo ocurrir alguna vez, hubiera traído grandes pérdidas o la ruina a muchos propietarios, por lo que no pudo darse con el carácter general que pretendía la propaganda, y ello lo demuestran las estadísticas de producción agraria, que creció ligeramente en 1931 con respecto a 1930. Parece, por tanto, una leyenda como la de los curas incendiarios o pistoleros, si bien fue repetida año tras año con una insistencia y perseverancia que, pese a su falta de lógica y a las pruebas en contra, hicieron que bastante gente las creyese, aumentando así el estado de agitación en que vivía el país.<sup>[39]</sup>

Algo, sin embargo, saltaba a la vista. La propaganda de izquierdas había pintado como culpables de todos los males a los anteriores gobernantes. La consecuencia de prédicas tan simplistas era la idea de que bastaba expulsar a los causantes del mal para que se abrieran automáticamente las puertas del bienestar. Y entonces las masas arrastradas por esas consignas descubrían que sus condiciones de vida no sólo no mejoraban fulgurantemente, sino que empeoraban. De ahí surgía la furia y, como la ilusión es pertinaz, la sospecha de que quedaban muchos enemigos emboscados en el estado, falsos *amigos del pueblo* compinchados con la vieja oligarquía, con los cuales debía hacerse una *limpia* implacable. Anarquistas y comunistas explotaban a fondo el argumento, y entre los desbordados socialistas crecía la hostilidad hacia sus aliados *burgueses*.

Los ocho primeros meses de la II República terminaban con un pesado balance. Contra las promesas y expectativas, la miseria había aumentado, como refleja la brusca subida de la cifra de muertos por hambre, de 109 en 1930, a 144 en 1931. El orden público estaba por los suelos, y no menos de 76 personas habían perdido la vida en tales incidentes. La delincuencia común y política

creció en vertical. Por otra parte, las divergencias entre las fuerzas que habían traído la república se ahondaban. Expresión de una decepción bastante amplia, Ortega ya había advertido en septiembre: «Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron en el advenimiento de la república (...) se dicen ahora, entre desasosegados y descontentos: ¡No es esto, no es esto!», y en diciembre exigía una «Rectificación de la República», bajo la cual la vida se había hecho «agria y triste» [40].

Pero en el lado positivo podían anotarse varios puntos. La Constitución había salido avante, y su aplicación probablemente iría limando aristas. Las hostilidades entre republicanos eran todavía tolerables, y quizás se aplacasen. Las derechas, débiles y desmoralizadas, respetaban en su mayoría la legalidad. Había cierto descontento militar y noticia de conspiraciones, pero poco serias. La protesta carlista y de los nacionalistas vascos, en el norte, tenía escasa envergadura. Los anarquistas constituían, sin duda, el gran problema, pero su potencia quedaba mermada por su inherente dispersión organizativa. En conjunto, los reveses y dificultades, aunque graves, podían achacarse a una inexperiencia de gobierno que forzosamente se corregiría. El año en puertas iba a ser también el del desarrollo de las nuevas normas y políticas, fundamentalmente la reforma agraria, el estatuto de autonomía catalán, quizá el vasco, y el despegue de la instrucción pública. Los éxitos que cabía esperar en esos terrenos debían calmar las pasiones y asegurar la estabilidad del régimen.

### III PARTE

## UN PROCESO DE DEMOLICIÓN

## Capítulo I

### LA GLORIA DE AZAÑA

El año 1932 se abrió con otro hecho luctuoso: el 5 de enero, en Arnedo, la Guardia Civil abrió fuego contra una manifestación, haciendo seis o siete muertos, cuatro de ellos mujeres, lo que indica que era una manifestación pacífica. Unos interpretaron que los guardias habían obrado por venganza de Castilblanco y otros que por temor a repetirlo. «El clamoreo contra la Guardia Civil (...) es atronador», dice Azaña, quien había apuntado el día anterior: «La situación de la Guardia Civil en los pueblos es más crítica, porque son alcaldes y concejales muchos que solían ser las víctimas y los perseguidos habituales de la Guardia (...) Las nuevas autoridades en los pueblos ponen de su parte algo para que la buena armonía se destruya. (...) Según (...) Largo Caballero, durante la dictadura, la Guardia Civil se comportó rectamente con los obreros y campesinos (...) Desde que ha venido la República, la Guardia Civil ha vuelto a ser brutal. (...) Besteiro, hace tiempo me dijo: 'Es una máquina admirable. No hay que suprimirla, sino hacer que funcione a favor nuestro'. Era la única institución bien probada de que disponía la república para garantizar el orden público<sup>[1]</sup>.

Unos días después, el 18, los incidentes con la CNT culminaban en el Alto Llobregat en «un movimiento que proclamó románticamente la revolución social», y se apoderó de varios ayuntamientos. Manifestaba la tendencia anarquista dominante, la de la FAI y el grupo de García Oliver, Durruti, Jover, los hermanos Ascaso<sup>[a]</sup>, poco amigos entre sí. García Oliver habla despectivamente de la «pequeña FAI de grupos contrarrevolucionarios —el de Federica Montseny, el de Abad de Santillán y el de Fidel Miró». Él proponía «considerar a la república (...) como una entidad burguesa que debía ser superada por el comunismo libertario, y para cuyo logro se imponía hacer imposible su estabilización y consolidación, mediante una acción insurreccional pendular, a cargo de la clase obrera por la izquierda, que indefectiblemente sería contrarrestada por los embates derechistas de los burgueses, hasta que se produjera el desplome de la república burguesa». La tradicional «acción individual de atentados y sabotajes» debía ser sustituida por una «acción colectiva contra las estructuras del sistema (...) mediante la sistematización de las acciones insurreccionales, la puesta en práctica de una gimnasia

revolucionaria» . Gimnasia muy ejercitada en lo sucesivo<sup>[2]</sup>.

Azaña reaccionó, señala él mismo, « con toda rapidez y con la mayor violencia (...) Se fusilaría a quien se cogiese con las armas en la mano» . Movilizó tropas « con instrucciones inexorables» , ordenando al general Batet que « entre la llegada de las tropas y la conclusión de los sucesos no debían pasar más de quince minutos» . Hubo 30 muertos, y el control de la zona tomó cinco días. « Centenares de presos ingresaron en los barcos de Barcelona convertidos en cárceles flotantes» . Las detenciones, muchas de ellas arbitrarias según la CNT, se extendieron por Levante y Andalucía. Azaña explicó a las Cortes que la revuelta prologaba « un movimiento revolucionario, anunciado para el día 25, con objeto de derribar la República», organizado en parte « por fuerzas extranjeras» , y en connivencia con la extrema derecha; afirmaciones no del todo verosímiles. El gobierno recibió un voto de confianza. Fueron deportados a las colonias africanas 104 jefes anarquistas, en aplicación de la Ley de Defensa de la República. Al embarcar los deportados, el 11 de febrero, se desató en Cataluña la huelga general, con actos insurreccionales en Tarrasa y otros puntos, acciones que se iban a reproducir en mayo, con violencias y sabotajes, y centenares de nuevas detenciones<sup>[4]</sup>.

Los diarios de Azaña y la prensa de la época muestran el peso del anarquismo en los destinos del régimen. No obstante, la ayuda de la CNT a la república en 1931 y luego, en 1936, al Frente Popular, ha inclinado a diversos historiadores de izquierda a restar importancia a las revueltas ácratas entre ambos años. Vidarte, típicamente, condenará la deportación de Durruti y Ascaso con estas palabras: « ¿hay alguien capaz de pensar que estos hombres, que habían de dar, pocos años más tarde, su vida en defensa de la República, eran enemigos de ella?» <sup>[5]</sup>. Los dos personajes se habrían pasmado de saber que habían dado su vida por la república, ¡precisamente la habían combatido y debilitado sin tregua! Este ejemplo da idea de las distorsiones que introduce la propaganda en la memoria histórica.

Mas por encima de la « gimnasia revolucionaria» , cuatro hechos cruciales dibujarían el perfil del nuevo régimen en 1932: la disolución de los jesuitas, la reforma agraria, el estatuto de autonomía de Cataluña y el pronunciamiento de Sanjurjo.

El 3 de febrero comenzó la demolición de la orden jesuít. Ésta regentaba 21 colegios de enseñanza media, de nivel académico reconocidamente alto, con unos 6.500 alumnos, y centros renombrados de estudios superiores, como la Universidad de Comillas, el Instituto Químico y Laboratorio Biológico de Sarriá, el Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid, el Centro Escolar y

Mercantil de Valencia, los observatorios de Tortosa y Granada o las Facultades de Letras y la Universidad Comercial de Deusto. Esta última era la única Facultad de Ciencias Económicas de España, donde no volvería a haber otra hasta 1944. Especial valor tenía la difusión de saberes económicos en un país harto retrasado en ese aspecto —pese a que en Salamanca habían surgido, en el siglo XVI, algunas de las primeras manifestaciones del pensamiento económico europeo—, cuyos políticos solían vivir inmersos en la retórica del siglo XIX. La orden poseía nueve editoriales, con colecciones de libros de literatura, filosofía, historia, teología, etc. Otra actividad clave era la enseñanza gratuita a hijos de obreros y campesinos, cursos de formación profesional y nocturnos para trabajadores, cursos dominicales para empleadas y criadas, etc. En estos centros estudiaban no menos de 100.000 niños y jóvenes, bastantes chicas entre ellos. Los jesuitas también promovían cooperativas de consumo, casas baratas, etc., y, con desigual éxito, asociaciones profesionales; alguna, como la Confederación Católica Agraria, que en Castilla, León y Navarra había librado de préstamos usurarios a miles de agricultores. Tales actividades recibían especial hostilidad de los sindicatos obreristas. Estos datos, aunque poco atendidos por la mayoría de los historiadores, tienen interés para entender los hechos y su repercusión<sup>[6]</sup>.

Como hemos visto, un objetivo crucial de los republicanos era acabar tanto con la enseñanza religiosa en general como con los centros escolares religiosos en particular —centros creados en muchos años de trabajo—, y reemplazarlos por una educación exclusivamente estatal y dominada por las ideas de los líderes en el poder. Las órdenes religiosas acogían, según datos de Fernando de los Ríos, seguramente inferiores a la realidad, a 350.000 alumnos de primaria y 17.000 de secundaria. Sustituir esa labor, tanto en cantidad como en calidad, habría llevado bastantes años y esfuerzos, pero, dice Alcalá-Zamora, el «sectarismo» con que se abordó la tarea «se desbordó en dislates de imposible ejecución, tales como pretender el milagro laico de que en un trimestre surgieran todas las escuelas de primera enseñanza y en sólo unas semanas todos los institutos e internados de la segunda necesarios para sustituir a las órdenes religiosas»<sup>[7]</sup>.

En la retórica republicana, la exaltación de la cultura ocupaba un puesto especial, pero no lo confirmaban hechos como la quema de conventos, bibliotecas, laboratorios, escuelas y antigüedades. Y la prohibición, ciertamente despótica, de la educación preferida por cientos de miles de familias, no tenía mejor significado.

Vale la pena examinar las críticas a los jesuitas, a quienes una propaganda insistente había hecho objeto de especial aversión. Muchos de los dardos se dirigían contra su enseñanza, en especial los lanzados por antiguos miembros de la orden o alumnos de ella. Entre éstos se hizo célebre la novela de Ramón Pérez de Ayala, *AMDG*, aunque el cuadro básico ya lo había pintado un ex jesuita

llamado Miguel Mir. Su obra *Jesuitas de puertas adentro o un barrido hacia fuera de la Compañía de Jesús*, retrata su instrucción moral, científica y literaria como « la más a propósito para matar la espontaneidad de la inteligencia », dentro de un estilo « rígido, violento, acompasado. Todo en él es esfuerzo y reflexión: nada espontáneo y natural. En él la dialéctica ha matado la inspiración » ; lo cual privaba a la compañía de « verdaderos genios en el sentido que modernamente se ha dado a esta palabra ». En lo moral y religioso cultivaban « devociones volanderas y sentimentales, que se va toda en frases y cuyo efecto es liviano y pegadizo », « un estilo dulzón y fantasmagórico que cansa la imaginación y enerva el sentimiento ». « En más de 40 años que hace que tienen escuelas de esta asignatura, no se ha producido absolutamente nada, ni un comentario sobre un libro de la Sagrada Escritura, ni un artículo sobre materias bíblicas, ni un manual ». El jesuita vendría a ser « un individuo reprimido y receloso, solitario, vacío, sin amistades y sin afecto, que vagaba en una holganza afectiva y moral perpetua en la que no le servía ni le valía el recurso a Dios », resume el estudioso Alfredo Verdoy [8].

La crítica sugería que los jesuitas habían tejido una red financiera que los convertía en un poder oscuro y peligroso. Además, dedicaban sus esfuerzos a las clases pudientes, para reforzar ese poder. Señalaba Mir: « No se descuidan de lo temporal, acrecentando su hacienda y proveyéndose no ya de lo necesario, sino de lo superfluo ». Preferían a los ricos « y las gentes elevadas y aristócratas » [9].

Estas críticas, contuviesen mucha o poca verdad, carecían de valor político en democracia, a menos que los recursos económicos que sostenían la actividad jesuita fueran ilegales, y no parece haber habido muchas denuncias al respecto, quedándose todo en tenebrosas insinuaciones. En cuanto a su exclusiva devoción por los ricos y aristócratas —en buena parte desmentida por su notable labor docente con los trabajadores manuales—, podía afectar moralmente a los católicos, por lo que tuviera de contradicción con sus ideas, pero no a los políticos, ya que la compañía estaba en su pleno derecho al orientar su labor al medio social que prefiriera. Lo mismo cabe decir de los defectos de su enseñanza, o de juicios moralistas y psicológicos como los expuestos por Mir. Con tales argumentos, el poder político podría justificar la aniquilación de cualquier discrepante. Como sabemos, la proscripción de la compañía no invocó esas críticas, sino el voto especial de obediencia al Papa, interpretado, algo forzosamente, como servicio a un estado extranjero. Claro que los socialistas, y más aún los comunistas, estaban expuestos a la misma imputación, por sus lazos con las respectivas internacionales, lazos plenamente políticos y no espirituales, como eran, o decían ser, los de los jesuitas.

De todo ello queda la evidencia de que la supresión de los jesuitas y de la enseñanza por las órdenes religiosas acarreó un enorme e inmediato daño

cultural y educativo, en función de intereses políticos exclusivistas.

El día 4 del mes siguiente, marzo, ocurría un hecho algo misterioso: Azaña se iniciaba en la masonería. Podía haberlo hecho antes, pues sus ideas políticas coincidían con las difundidas por los *hijos de la luz*, de los cuales estaba rodeado: El 67% de los diputados de su partido eran masones. Pero los pretendidos arcanos y las ceremonias de la *orden* causaban hilaridad a su espíritu escéptico<sup>[b]</sup>. En sus diarios despacha la iniciación en unas líneas despectivas: «No se cabía en los salones de la calle del Príncipe. No me importó nada aquello, y durante los preliminares estuve tentado de marcharme. Había cuatro ministros, y Barcia, con una cadena de oro. Martínez Barrio, que es el gran gerifalte de la Casa, no asistió». Desconcertó a todos que eligiera una logia de predominio lerrouxista. Vidarte creyó notar a Azaña «visiblemente emocionado», y especula que éste buscaba, a través de las logias, «rehacer la unidad republicana rota en el Parlamento». Si aceptó unas ceremonias que probablemente le repelían, debió de ser por algún motivo político, quizá por socavar la influencia de Lerroux, el cual, significativamente, a los pocos días se dio de baja en la logia de Barcelona en la que dormitaba, para entrar en otra de Madrid, desde la que podría afrontar mejor a Azaña<sup>[11]</sup>.

En marzo fue también publicado el plan de la reforma agraria. Casi todos los políticos afirmarán su convicción de que el problema del campo constituía uno de los fundamentales del país, cuando no el principal. Sin embargo, encontramos en las memorias de nuestros personajes muchas menos referencias a él de lo que cabría esperar. Dan la impresión de no haberlo tomado muy en serio.

El problema afectaba sobre todo al cuarto suroeste del país, tierra de latifundios con cientos de miles de braceros, en su mayoría analfabetos, que subsistían en la pobreza, con trabajo irregular a lo largo del año. Y tenía difícil solución. El plan de reforma se propuso asentar a 1.100.000 campesinos, que, dado el volumen de tierras expropiables (quizá un cuarto de la superficie cultivada, que ascendía en toda España a unos 200.000 km<sup>2</sup>, y resultaba antieconómico aumentarla), daría lugar a parcelas pequeñas, con tierras en general de baja calidad y poca agua, apenas rentables cuando no ruinosas, incluso con un gran esfuerzo de capitalización. Ésa fue la orientación tomada, no mejorada con amenazas de expropiación sin indemnización, y acusaciones a los latifundistas, que, aun si moralmente estaban justificadas a menudo, exacerbaban las pasiones sin abrir solución al pleito.

El primer dictamen lo hizo De los Ríos, y proponía la confiscación de las tierras de los aristócratas. Pero, anota malhumorado Azaña, «he preguntado a Fernando de los Ríos a cuánto ascendía próximamente la extensión de los bienes

de señorío. No sabe. (...) Después de tantas comisiones, tantos peritos, y después de la actitud suficiente y doctoral del ministro, resulta que se ignora una de las bases de lo que vamos a hacer». Al pasar Marcelino Domingo a ministro de Agricultura, se encargó de la reforma agraria. Antes había sido ministro de Instrucción Pública, y despertado juicios sangrantes de sus colegas: «no tiene la menor idea del problema (...) no sirve para nada», decía De los Ríos. Según don Niceto, estaba «ayuno de preparación jurídica y diferenciando el trigo de la encina, pero ya con dificultad el uno del maíz y la otra del algarrobo» [c]. El jefe del gobierno afirmaba: «lo más inasequible del mundo es pedirle a Domingo precisión y detalles de ninguna cosa», y lo retrata mordazmente con motivo de su pretensión de imponer el uso masivo del corcho en los edificios públicos: «El decreto es una barbaridad (...) Las más simples observaciones, hechas por Prieto y por Largo, le han dejado a Domingo mudo. No sabía qué decir, sino que los corcheros le agobian (...) Así es Domingo (...) Se ha quedado como un colegial suspenso en el examen. ¿Qué sería un Gobierno presidido por este hombre? ¿Y qué puede ser la reforma agraria dirigida por él?». Pero Azaña lo había nombrado y lo sostenía en el cargo [12].

La mejora del plan se la atribuye don Manuel a sí mismo: «He tomado este asunto por mi cuenta, y voy consiguiendo que se quiten del proyecto las cosas más duras y alarmantes (...) Prieto, que 'nunca creyó en la Reforma Agraria', dice que ahora empieza a ser viable (...) El que se resiste más es Ríos; tiene una especie de fanatismo de intelectual, y disputa por entelequias. A veces parece un niño consentido. Les he dado la fórmula» [13].

En tales condiciones, la reforma agraria tenía un arduo porvenir. Nadie estaba seguro de ella, y las discusiones en las Cortes se prolongaban, para indignación de quienes esperaban una cura rápida y eficaz de los males del campo.

El 6 de mayo empezó el Parlamento a debatir el estatuto de Cataluña, antes aprobado masivamente en referéndum regional. Este asunto suscitó mucha más atención que la reforma agraria, relegada en seguida a un segundo plano.

El problema era complejo. En un sentido los estatutos sonaban como una actualización de la tradición española, descentralizada, en contraste con el centralismo francés asentado en España desde el siglo XVIII. Por eso podían despertar simpatías entre los carlistas, que en Navarra y Vasconia hicieron frente común con los nacionalistas para pedir el estatuto, aunque la unión se rompió por el antiespañolismo del PNV. En cuanto a los liberales de derecha e izquierda, a excepción de los federalistas, habían impulsado durante el siglo XIX una centralización a su juicio modernizadora y progresista, y a ella se inclinaba también el PSOE. Sin embargo, en los últimos 30 años el nacionalismo catalán

había avanzado demasiado como para ignorarlo, y la búsqueda del mayor abanico de fuerzas contra la monarquía, en el Pacto de San Sebastián, había obligado a aceptar sus demandas.

No existía una excesiva confianza recíproca. La Esquerra temía que el gobierno redujese a casi nada la autonomía, mientras los republicanos y la derecha recelaban de que los nacionalistas la usasen como palanca para la secesión. Por lo pronto, y rompiendo el « pacto de caballeros » de San Sebastián, la Esquerra había impuesto la autonomía de hecho desde el 14 de abril, e intentado algo mucho más peligroso. Ahora se trataba de legalizar una relación mutuamente aceptable, arduo empeño, por el deseo de la oposición de derribar al gobierno con aquel pretexto.

En una reunión del 6 de mayo, interrumpida por la noticia del asesinato del presidente francés Doumer, Azaña, el mayor valedor del estatuto, trató de convencer a los socialistas. Lo consiguió a duras penas con Prieto que, « oscuro y silencioso, guarda una resistencia terca que no razona y parece procede de un sentimiento de antipatía ». En las Cortes la mayoría de la derecha se oponía, aunque su debilidad numérica hacía de ella un enemigo desdeñable. Los radicales aceptaban el estatuto en principio, procurando limitarlo al máximo y, sobre todo, aprovechaban la ocasión para atacar al gobierno. Ortega y Sánchez Román ponían constantes obstáculos, y muchos diputados de izquierda no ocultaban su malestar. Cuestión especialmente espinosa fue la de las competencias en enseñanza, por el temor de que ésta, en manos de los nacionalistas sirviese para eliminar la presencia del castellano y formar generaciones jóvenes desvinculadas psicológica y políticamente de la común tradición histórica. Azaña aspiraba a « suprimir la doble universidad, que me parece un disparate, y dejar a salvo los actuales centros de segunda enseñanza del estado, y a asegurar en la primaria la del castellano, así como la asistencia de los no catalanes en las escuelas castellanas ». Prieto fustigaba « la hipocresía » de los nacionalistas catalanes, y temía que un estatuto similar dejase en manos del PNV la instrucción pública en Vasconia. El proyecto elaborado por la Esquerra era moderado, pero entre otras cosas hablaba de un « estado catalán ». En suma, desde distintos ángulos « arrecia una bárbara campaña contra el Estatuto » [15].

En realidad, pocos creían que la autonomía amenazase la unidad nacional, pero, observa Azaña, « Quizá, los que dirigen esta campaña, temen más a la ley agraria que al estatuto, y se alegrarían mucho de dar con nosotros en el suelo, para impedir aquella reforma ». Lo mismo dice Cambó: « Los enemigos del Gobierno y de la República, con el pretexto de la Reforma Agraria y del Estatuto, habían creado un ambiente de opinión considerable contra el Gobierno, que, de día en día, iba creciendo y se hacía más difícil de vencer » [16].

El gobierno se debilitaba aún más por el deterioro del orden público. Resume Lerroux: « surgieron por toda España conflictos llamados sociales, atracos,

atentados personales, agresiones, especialmente dirigidas contra el clero y contra la Guardia Civil. Las autoridades de todas clases y categorías actuaban vacilantes (...) Faltas, delitos y crímenes quedaban de hecho impunes (...) La indisciplina chisporroteaba ya en los cuarteles» [17].

Aun así, Azaña logró una brillante victoria parlamentaria el 27 de mayo, con un discurso de tres horas en que, hábilmente, culpaba del problema catalán a la monarquía, « argolla para esclavizar pueblos » : « La unión de los españoles bajo un Estado común (...), no tiene nada que ver con lo que se ha llamado unidad histórica española bajo la Monarquía », aseguró con desenfado, como si la república hubiera estado en el horizonte histórico desde el siglo XV. Y prometió, con no menor osadía: « La unidad española, la unidad de los españoles bajo un Estado común, la vamos a hacer nosotros, y probablemente por primera vez ». Luego planteó el asunto de modo más preciso: « Los catalanes dicen: 'queremos vivir de otra manera dentro del Estado español'. La pretensión es legítima porque la autoriza (...) la ley constitucional (...)

Ahora nos encontramos ante un problema que se define de esta manera: conjugar la aspiración particularista o el sentimiento o la voluntad autonomista de Cataluña con los intereses o los fines generales y permanentes de España, dentro del Estado organizado por la República ». El discurso causó sensación en el Parlamento y en la calle, aunque Sánchez Román lo desaprobó, y Ortega lo definió como « tres horas en un ladrido ». En las derechas, « el que se esfuerza por ser, o parecer, más razonable, es *El debate* », mientras que *ABC* « finge creer, o hace creer a sus lectores que a los catalanes *se les da* cuanto piden. Basta comparar mi discurso con el proyecto para advertir que no es así » [18].

A tal punto complugo a Azaña su triunfo, que esa noche experimentó una « fantasía voluntaria » por demás halagüeña. Imaginóse charlando con un admirado Alfonso XIII, a quien informaba, desdénso: « Gobierno una democracia, y enseñe cómo se gobierna una democracia. Es difícil ». El monarca « se me amengua por momentos, arrebuja en una hopalanda como de viaje. Me da lástima » ; y el soñador le adoctrina: « El poder, para las personas inteligentes, sólo tiene una barrera auténtica e infranqueable: la conciencia de la propia limitación. Los que temen abusos de poder de una persona como yo, es que son tontos o aviesos ». El rey le confiesa que había querido hacer algo grande en España, pero el alcañino le ataja: tal deseo estaba fuera de su alcance, « porque no es usted artista ». Su deslumbrado interlocutor lo admite: « En cambio, usted sí lo es, y eso le permite dominar y triunfar ». Nueva lección al desdichado: « No domino, no triunfo. Poco ha de vivir usted, y otros, para enterarse de lo que es para mí el poder, que usted perdió por quererlo demasiado y yo ejerzo sin haberlo deseado, y por lo cual pasaremos los dos a la historia con facciones tal vez infieles ». La lisonjera autocontemplación a través de su

fantasmal adversario, le hace concluir: « Nunca me he visto tan lejos de todo. Ni tan aislado, como una roca en medio de un mar muy bravo» [19].

Pero el triunfo resultó efímero. Los vientos contra el gobierno arreciaron, y en julio la situación se volvió muy tensa, entre rumores de golpe militar. Azaña adoptó una actitud equilibrada. Creía que el ejército « mientras yo sea ministro, no podrá hacer nada eficaz contra la República », aunque no por eso dejaba de vigilar atentamente a los sospechosos. La prolongación del debate en las Cortes ponía a los diputados nacionalistas cada vez más nerviosos. « Vinieron a decirme que los catalanes continuaban reunidos, y que se les oía vociferar ». « Los de la *Lliga* y los nacionalistas más afectos a Macià, toman actitudes intransigentes y proponen medidas extremas, tal vez la de retirarse del Parlamento. A la *Lliga* le interesa hacerlo así, para recobrar una bandera en Cataluña. Companys dice que los que son más republicanos que nacionalistas, como él, se contentarían con una *solución decorosa* ». A Azaña la oposición también le daba dolor de cabeza: « A la una y media (de la noche) estaba rendido, envenenado por la fatiga, aburrido de todos, asqueado de necios e intrigantes, con ganas de dejarlos y que lo arreglen otros. He salido con Ramos a la Cuesta de las Perdices, a tomar el fresco. Más que fresco hacía frío. Apenas había gente. Música de negros, tangos mal bailados. A las dos y media estoy en casa » [20].

El peor disgusto se lo dio Lerroxx con un discurso en Zaragoza, el 10 de julio: « Es una mala acción, un disparate político y una amenaza grave. Insulta a los socialistas, ahonda las diferencias entre los republicanos, llama a los monárquicos (Alba y Melquiades ya en el horizonte), y hace suya la causa de los generales descontentos y de los curas. Enterado del complot militar, conmina al Gobierno (...): ¡Márchate, porque si no, se sublevarán! ». « Como en los peores tiempos de la monarquía, Lerroxx ‘apela al poder moderador’ para que cambie la política. Es un desastre ». El gobierno estaba deprimido, temiendo perder la votación del estatuto y tener que dimitir. En reunión del día 12, Largo, enconado contra Lerroxx, pedía más izquierdismo y preveía que « los socialistas tendrán que salir de la política gubernamental para adoptar una política puramente obrerista ». Se hablaba de salidas drásticas: « Fernando me dice que siempre ha creído que la República tendrá que pasar por una etapa de dictadura, y que el concepto de libertad, sobre todo aplicado a la prensa, ‘lo tiene sometido a revisión’ ». Para Domingo, « Lerroxx ha sido siempre una perturbación de los partidos republicanos catalanes y ahora es la perturbación de la República ». Debieron de barajar la idea de chantajear al jefe radical, porque se habló de « unos documentos comprometedores » y de letras protestadas. Azaña, con una « espantosa neuralgia », comenta: « Yo estoy contristado. Este aventurero de Lerroxx, aprovechando las malas pasiones de la gente, puede dejarme con mi obra a medio hacer y destruirla fácilmente. Sería cosa de abandonar la

política» [21].

Ante el Parlamento, el radical fingía extrañarse de las reacciones a su discurso: « Lo que yo dije es que el poder se reclama (...) cuando se cree que el que lo ocupa no puede continuar sin grave daño del país. Y os digo que en esta situación se encuentra actualmente el gobierno» [22].

También en la Esquerra cundía el desaliento, y el PSOE publicaba el día 15 un manifiesto « violentísimo ». Azaña se sentía enfermo, « muy derruido por dentro », y desasistido: « Las gentes se embarullan, se aturullan, piensan mil disparates por minuto, y por la impresión de un momento, pierden de vista lo principal ». « Veo muchas torpezas y mucha mezquindad, y ningunos hombres con capacidad y grandeza bastantes para poder confiar en ellos (...) ¿qué va a pasar aquí? ¿Tendremos que resignarnos a que España caiga en una política tabernaria, incompetente, de amigachos, de codicia y botín, sin ninguna idea alta? ». En sus diarios zahiere a amigos y enemigos: Ortega, hinchado de vanidad y adulación, « tiene un fondo de provinciano incurable. Se forma de la política una idea como la del doctor Faustino antes de salir de su pueblo »; Eduardo Ortega, su hermano, es « torpe, obcecado y alborotador (...) En el Gobierno civil de Madrid fracasó ruidosamente, y ya es difícil fracasar en ese cargo, que no tiene nada que hacer ». Alvaro de Albornoz, ministro de Justicia, queda como un simple: « Le decimos lo que ha de declarar a los periodistas. Se lo repito. Se lo aprende de memoria ». « No está en el mundo, no se entera de nada ». Lerrox « dijo otra porción de simplezas. Así es él de ordinario. Quienes le hemos tratado, sabemos cuánto hay de falso en su apariencia solemne » [23].

En agosto cundieron los rumores de un golpe del ejército, en el cual crecía el malestar por el deterioro del orden público, el temor al estatuto catalán y la agitación antimilitar. Albornoz había dicho el 19 de junio que durante la monarquía bastaba el estornudo de un general para que temblase el poder, pero que « ahora los generales no estornudan, y si se atreven, les sucede como al general Barrera », que acababa de ser detenido por conspirar. Azaña, furioso, tachó esas palabras de « cobardía y fanfarronada », un « trágala », « impertinentes y necias en boca de un ministro (...) Además de su inutilidad personal, que no acierta a desempeñar un ministerio (...) en quince minutos puede destruir lo que yo he logrado en un año ». La propaganda tomaba un tono vulgar, simplón y ofensivo El 31 de julio *El socialista* afirmaba que « eran los jefes y los oficiales quienes más necesitaban de los psiquiatras », y otras chocarrerías, una de las cuales recogía con malhumor don Manuel: que « los asistentes se acuestan con las mujeres de los capitanes ». « Me contraría enormemente que se ocupen para nada de cosas militares; pero que se acuerden

de ellos para escribir animaladas, y en el periódico de un partido que está en el Gobierno (...) En cuanto entran en juego estas cosas, no se sabe hasta dónde pueden llegar (...) En estos días de complot a la vista, no puede ser más oportuno darles motivos de enojo a los oficiales» [24].

También preocupaba en medios castrenses la agitación comunista o comunistoide en los cuarteles. De esto último le habría hablado el general Goded: «Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: '¡Crucificaron a los coroneles!', me dice con espanto». A ello se añadía la, en palabras de Alcalá-Zamora, «terrible odiosidad despertada por el gabinete particular de que se había rodeado el ministro de la Guerra. La República tenía en el ejército menos enemigos que Azaña, y éste a su vez bastantes menos que su funesto gabinete particular». Predominarían en el gabinete sujetos «fanáticos, sectarios o rencorosos y perseguidores que hicieron al régimen y al jefe del gobierno un daño enorme». Pese a todo, Azaña y don Niceto comprobaron que el mal ambiente distaba de estar generalizado entre la oficialidad, y que la crítica de la mayoría era más bien constructiva y no levantisca [25].

El gobierno controlaba a los conspiradores, cuyas conversaciones telefónicas estaban intervenidas. «Rico (...) me ha contado las conversaciones que ha oído por teléfono desde la *mesa* que tienen dispuesta. (...) No quieren sublevarse contra la República, sino contra el Parlamento y el Gobierno. El general retirado Goded y el comandante Jareño parecen ser los principales directores». Desconocía quién era el jefe supremo, aunque lo sospechaba... «La única probabilidad de vencer que tienen es tomarnos de improviso y desprevenidos, pero eso es imposible». Después de algún aplazamiento, el golpe fue decidido para la noche del 9 al 10 de agosto: «Se proponen asaltar el Ministerio de la Guerra y la Telefónica. La confidencia procede de una mujer, amante de uno de los oficiales comprometidos (...) [la cual] ha delatado para que a su amigo no le hagan ningún daño» [26].

Conociendo el día, la hora y los objetivos, Azaña tenía las de ganar. Sin informar al gobierno, para evitar indiscreciones, y apoyándose en los militares Arturo Menéndez, Hernández Saravia y otros, tomó las disposiciones oportunas, movilizand guardias de asalto y pequeños núcleos de soldados. Demostró entonces mucho más valor y dotes de hombre de acción de las que sus adversarios le atribuían y su trayectoria hubiera permitido suponer. Esa misma noche la intentona quedó desbaratada en Madrid.

Como averiguaron en seguida, Sanjurjo encabezaba la rebelión. Meses antes había dejado la Guardia Civil para mandar el cuerpo de Carabineros. Había ido a sublevarse a Sevilla, ciudad que consiguió dominar en un primer momento, y en la que lanzó un manifiesto que era casi un plagio abreviado del de los

republicanos en su golpe de diciembre de 1930: « Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular... ». Azaña resolvió acometer la ciudad « por tierra, por aire y por agua », al tiempo que movilizaba urgentemente tropas para cortar el paso desde Sevilla a Madrid tanto por Castilla la Nueva como por Extremadura. Por primera vez fueron trasladadas a la península tropas marroquíes, de Regulares<sup>[27]</sup>.

En contraste con esa rapidez, « la inacción de Sanjurjo me llena de asombro. ¿A qué espera? Yo suponía que hoy mismo, por la mañana, se pondría en movimiento para ocupar antes que nosotros los pasos del río, y abrirse el camino de Madrid. No hace nada. Es un disparate, y eso prueba lo que valen estas gentes ». El rebelde estaba a la espera de buenas noticias de Madrid y otros lugares. Al no recibir las, abandonó la partida al final del día 11. Intentó huir a Portugal y fue detenido en Huelva. El pronunciamiento se vino abajo con la mayor facilidad, dejando 10 muertos, la mayoría entre los golpistas. Sanjurjo había hecho su carrera en Marruecos, donde fue conocido como « el león del Rif », por su valor, no muy acompañado de la inteligencia, según opinión difundida. Había colaborado con Primo de Rivera y luego, por razones poco aclaradas, había sido un factor fundamental en la instauración republicana, y el decisivo para que la república llegara sin sangre. Un organizador del golpe, el general Barrera, logró huir a Francia, donde declaró que su objetivo había sido derribar al gobierno y no al régimen, para « evitar que pudieran convertirse en leyes proyectos que, a nuestro juicio y al de la inmensa mayoría de los españoles, llevaban a la patria camino de la desmembración ». Con notable optimismo defendió la perfección del plan, achacando el fracaso a alguna traición, casi inexplicable a su entender « en una organización en la que creíamos que sólo había caballeros »<sup>[28]</sup>.

Así, el completo triunfo disolvió las angustias de los meses pasados. El ánimo izquierdista, antes decaído, recobró vigor revolucionario, y cuando Azaña leyó « los desmanes cometidos por el pueblo de Sevilla, y la lista de las casas y círculos asaltados o incendiados, las Cortes han expresado su satisfacción con fuertes y jocundos murmullos ». La represión, rápida y amplia, aplicó la Ley de Defensa de la República. Fue cerrada prácticamente toda la prensa de derechas (133 publicaciones entre diarios y revistas), e impuesta la censura previa a las agencias informativas<sup>[d]</sup>. 127 duques, 174 marqueses, 79 condes y otras muchas personas vieron expropiadas sin indemnización sus tierras, por suponérseles simpatizantes de la intentona, a pesar de que en su mayoría no había tenido nada que ver con ella. Comenzó una tajante depuración en la Administración pública, con purga de derechistas y monárquicos, sustituidos por izquierdistas en la diplomacia, la Justicia (más de cien jueces y fiscales hubieron de jubilarse) y el profesorado. Cientos de personas fueron detenidas. « La derecha estaba aterrada

—dice Vidarte—. Esta vez se encontraba realmente frente a un Gobierno revolucionario». Como había ocurrido con los anarquistas a principios de año, sufrieron deportación al Sahara 145 jefes y oficiales, y otros 300 quedaron disponibles forzosos. Las direcciones generales de la Guardia Civil y Carabineros quedaron sustituidas por inspectores generales, disolviéndose varias unidades<sup>[29]</sup>.

Un proceso sumarísimo condenó a muerte a Sanjurjo. Pese a sus decisivos servicios a la república, se levantó un clamor en demanda de su ejecución. «La gente está empeñada en que se le mate —dice Azaña—. A la Presidencia del Consejo han llegado más de tres mil telegramas, casi todos pidiendo la ejecución del general». Don Niceto coincide: «Aparte el defensor Bergamín, y creo que Ossorio y Gallardo, sólo hubo dos peticiones de calidad (en pro del indulto): una de la madre de Galán y otra de la viuda de García Hernández». Se planteaba a las autoridades el dilema clásico: ¿matarlo y convertirlo, posiblemente, en un héroe, o indultarlo y con ello alentar, quizás, nuevas conspiraciones? El gobierno en pleno prefirió el indulto, salvo Casares, quien opinaba que ello daría impresión de flaqueza, y aliento a los conspiradores. Azaña le objetó: «fusilar a Sanjurjo nos obligaría a fusilar después a otros seis u ocho (...) y a los de Castilblanco (...) Fusilando a Sanjurjo haríamos de él un mártir (...) La monarquía cometió el disparate de fusilar a Galán y García Hernández, disparate que influyó no poco en la caída del trono». Aparte de ello, aunque no lo citó, había precedentes como el indulto monárquico al general republicano Villacampa, o el trato benévolo de Primo de Rivera a los de la sanjuanada<sup>[31]</sup>.

Prevaleció el indulto, también deseado por el presidente de la república. Azaña estaba «un poco angustiado (...) Nunca había tenido en la mano la vida de un hombre. Es mucho. ¿Me equivoco al dar a este asunto la solución que le he dado? Espero que no». Fuera del gobierno, la mayoría de los políticos de izquierda exigía la ejecución, en especial los radical-socialistas. Los socialistas aceptaron a desgana el hecho consumado, excepto Negrín, «espíritu lúcido, madera de estadista», a juicio de Vidarte, que también lo consideró un tremendo error. Al conocerse la medida de gracia, los izquierdistas promovieron disturbios de protesta en San Sebastián, Granada, Zaragoza y otros puntos<sup>[32]</sup>.

La derecha, en general pusilánime, observa Alcalá-Zamora, ni siquiera osó pedir el indulto de Sanjurjo, y cesó en su oposición a la política azañista. También se hallaban desconcertados los radicales e izquierdistas que durante meses habían obstaculizado las reformas. Azaña redondeó su victoria: «hábil político y gran parlamentario —observa su adversario Cambó—, supo aprovechar la ocasión para hacer votar los días 8 y 9 de septiembre el Estatuto de Cataluña y la Reforma Agraria». Sin embargo, los diarios de don Manuel, una vez más, destilan lobreguez: «Mi situación es dramática. Cada suceso de éstos me clava más al Poder, donde no quiero estar, y a medida que me destacan sobre los

demás, se agrava la carga que pesa sobre mí. Me aterra que no tenga ahora sustituto posible que satisfaga a los republicanos y sea capaz de llevar el Gobierno. ¿A dónde va a conducirme todo esto?». Afirma sentir el poder como una losa, pero de ningún modo lo abandona. La razón: nadie está a su altura ni puede, por tanto, relevarle. De ser ello cierto, el régimen estaría perdido, plagado de ineptos y con un líder sin afición, forzado a actuar por un penoso sentido del deber<sup>[33]</sup>.

En torno a estos sucesos reinó, por excepción, armonía y casi cordialidad entre Azaña y Alcalá-Zamora. Éste, « como es tan formulista, ha escrito un papel, y me lo ha dado para que yo lo guarde, una declaración: que nunca, mientras sea Presidente, consentirá que sean reintegrados a sus puestos y mandos militares los que han promovido y lanzado la insurrección ». La promesa había de tener graves efectos dos años más tarde. Hablaron del « calor y auxilios que le ha prestado la nobleza (al golpe). El Presidente ha dicho: « Hay que hacerles pagar la cuenta ». Y ha indicado que conviene preparar una ley expropiando las tierras de los nobles ». Don Niceto lo recuerda con otro matiz: « Aconsejé al gobierno que una vez conocidos los gastos que ocasionara el estado de rebelión los cubriese con un impuesto o recargo especial sobre las clases altas y ricas ». Quizá recordaba las multas impuestas por Primo en la sanjuanada. Pero, advierte, « me avergonzó luego ver convertida tal fórmula en una mezquina, vengativa y deshonrosa incautación de pequeñas propiedades pueblerinas de enemigos políticos ». También afirma haber paralizado una propuesta socialista de armar a las masas de izquierda. « Con firme serenidad (...) me opuse a tal medida, que extendería las proporciones del conflicto a las de una posible revolución social y guerra civil ». « Cuatro años más tarde conseguirían Largo y Prieto, de Giral y Azaña, lo que en 1932 habían obtenido ya de éste, pero que yo impedí »<sup>[34]</sup>.

La pasajera armonía entre ambos presidentes no se extendía a Lerroux, de quien sospechaban complicidad con Sanjurjo. « La verdadera cuestión o duela — escribe don Niceto — fue la de si el compromiso conspirador llegó o no por su izquierda hasta Lerroux. Azaña lo creyó así con absoluta convicción, aunque sin pruebas directas, que eran imposibles, y cuya carencia le llevó a desistir de una acusación sin otro resultado previsto que escándalo y daño ». Para Niceto, « don Alejandro fue por lo menos de los enterados (...) con la ilusa esperanza de que desembocara en soluciones republicanas más templadas, a su imagen y en su provecho »<sup>[35]</sup>.

El jefe radical no oculta su simpatía por Sanjurjo, que en su opinión « se sublevó como un caballero, perdió como un gran señor y se resignó a su suerte como un perfecto cristiano ». « Para él, la República auténtica la representaba yo ». El general achacaba la extensión de « la indisciplina social », a « una

intervención excesiva de los socialistas». Evidentemente «coincidimos». Volvieron a verse, y «encontré al soldado leal al régimen que había nacido con su ayuda, pero rebelde a una política que hería sus convicciones y sus sentimientos de cristiano, burgués, liberal y hombre de orden, ofendido en la clase profesional a que pertenecía». Sanjurjo debió de sincerársele, porque el jefe radical salió convencido «de que se estaba preparando algo subversivo». Vacilante entre la lealtad al amigo y la lealtad a la ley, hizo saber al jefe del gobierno que en el ejército reinaba un malestar susceptible de desembocar en rebelión, asegurando que, en tal caso, el Partido Radical defendería la legalidad. «Azaña pretendió que una advertencia amistosa y digna (...) se convirtiese en una delación vil, de confidente policiaco». Don Manuel apunta el 10 de junio que Lerroux « cree saber (...) que algunos generales conspiran. No sabe quiénes son. Ni viene a denunciarlos; sino a ofrecerse, con su partido, para defender la República. He tenido que darle las gracias, por su innecesario y estéril aviso». El 27 de julio, dos semanas antes del golpe, anota una confidencia: el radical habría inquirido de Sanjurjo la actitud del ejército, el cual, según el militar, « quiere un gobierno republicano y de orden, contra los socialistas». Al parecer los conjurados «contaban con el apoyo de Melquiades, y esperaban el de Lerroux»<sup>[e]</sup>. Pasada la rebelión, el gobernante hizo en el Parlamento alusiones amenazadoras a don Alejandro, pero no pudo pasar de ahí<sup>[37]</sup>.

Probablemente Lerroux, sin estar comprometido y tratando de cubrirse ante cualquier eventualidad, simpatizaba con Sanjurjo, quien, de haber triunfado, quizás le hubiera ofrecido el poder. Tal situación iba a repetirse casi exactamente en 1934, pero con los papeles de Lerroux y Azaña invertidos. Don Alejandro, como otros republicanos conscientes de su debilidad en el conjunto del país, jugaba con la idea de que una dictadura asentaría el régimen.

El presidente sospechaba que la conspiración llegaba a Melquiades Álvarez, antiguo jefe político de Azaña, y «probablemente estaría muy enterado Romanones». «En cuanto a Gil-Robles, siempre afirmó haber condenado el alzamiento y, como no ponía empeño parecido en protestas de espíritu liberal y republicano, el contraste inclinaba a creer en su sinceridad». El golpe contó con escasos apoyos en el centro y la derecha, aunque seguramente bastantes políticos estuvieron a la expectativa, por si salía bien. El grueso de la derecha, representado en la CEDA, lo repudió. Azaña no muestra sospechas hacia ella, aunque aprovechó para imponerle sanciones arbitrarias<sup>[38]</sup>.

En cuanto a las complicidades militares, Alcalá-Zamora apunta a Goded, «inteligente y soberbio» como don Manuel, y cesado por éste «con áspera y definitiva ruptura». «El odio fue mutuo y terrible, en Azaña más disimulado por el desdén habitual, en Goded llevado a la furia de una obsesión»<sup>[39]</sup>. El general Franco, tanteado por los golpistas, se tuvo al margen. Sus razones han sido

discutidas, pero parecen claras. Siendo monárquico, la conducta de Sanjurjo a la llegada de la república le merecía poco aprecio. Sin simpatizar con la república, la aceptaba, y rechazaba las aventuras, por disciplina y por temor de que pudieran abrir las puertas al comunismo, su preocupación mayor por entonces.

A consecuencia del 10 de agosto, opina don Niceto, las Cortes izquierdistas, tan decaídas antes, recibieron una inyección de «energía, como vida y como furia. Duraron más y se volvieron más sectarias. El estatuto de Cataluña, que se hubiera limado en sus excesos e irreflexiones, los conservó en problemas importantes como la justicia, el orden público, la hacienda y la enseñanza. Se iba hacia una ley de cultos que corrigiera y dulcificara los sectarismos del artículo 26 de la Constitución y se aprobó en definitiva otro que lo agravaba con loco apasionamiento (...) Se votó una reforma (agraria) irreflexiva, que dañaba los intereses de la grande, la mediana y aun la pequeña propiedad (...) Surgieron así las tendenciosas leyes de jubilación anticipada». «De momento las torpes derechas españolas, sin sentido conservador y a veces sin sentido común, pagaron caro su intento suicida y su afán de no ceder a las izquierdas ni en demencia ni en demagogia». Identifica, pues, a los conservadores con la sanjurjada, pese a admitir que la mayoría no participó en ella. El de Priego parece expresar aquí su dolor ante el rechazo de la derecha a su liderazgo, tan prometedoramente iniciado en abril de 1931 y hundido un mes más tarde.<sup>[40]</sup>

Aquéllos fueron momentos de gloria para Azaña. En la crisis se había revelado sereno, resuelto y eficaz. Ni siquiera suspendió el Parlamento, contra lo que le aconsejaban, sino que el mismo día 10 lo reunió, inspirándole «calma, seguridad y serenidad». Aseguró que la intentona había venido muy bien a la república, y que tenía carácter monárquico, lo que no era del todo cierto, aunque arguyó: «a nadie se le puede ocurrir que la República pudiera continuar viviendo con dignidad si un movimiento de esta especie llegase a triunfar y expulsase al Parlamento o al Gobierno». Preguntó: «¿No servirá esto para que el pueblo español se entere de una vez dónde están sus verdaderos intereses y dónde debe poner sus verdaderos amores?». En adelante, anunció, ya no sería posible la benignidad; «de los escaños socialistas salieron clamores de ‘¡Ya era hora! ¡Ya era hora!’»<sup>[41]</sup>.

El panorama, antes tan oscuro, se aclaró de pronto. El influyente Ortega y Gasset volvió a mostrar entusiasmo por el jefe del gobierno, el cual emprendió gestiones para controlar tres periódicos, *El sol*, *La voz y Luz*, que creasen opinión en su favor. Más importante aún: un afán de unidad, incluso de fusión, entre las izquierdas republicanas, permitió constituir, el 23 de diciembre, la FIRPE (Federación de Izquierdas Republicanas Parlamentarias Españolas), con Acción Republicana, los radical-socialistas, la Esquerza y los galleguistas de Casares, para asegurar un bloque republicano en las Cortes. Tomaba cuerpo el ideal

azañista de una república « para todos los españoles» , pero dominada por los republicanos, en concreto por los de izquierda. Las desavenencias entre éstos y los socialistas hacían incómoda la conjunción, a la que muchos daban poco tiempo de vida, entre ellos Azaña: «De los socialistas hay que separarse amistosamente y de común acuerdo, en virtud de haber ya realizado un programa común. De otra manera, tomarían una posición violenta, muy peligrosa. (...) Retirarnos nosotros ahora sólo conduciría a dejar la república en manos del lerrouxismo, que es una infección. ¿Qué sería de la república, gobernada por Lerroux?» [42].

## Capítulo II

### LOS ANARQUISTAS TORPEDEAN A AZAÑA

A raíz de la sanjurjada, Azaña explicaba: « Asi como sofocamos por la fuerza el movimiento anarcosindicalista, hay que sofocar el de la derecha a toda costa y pase lo que pase» . Y unos meses antes había anotado: « Mucha gente cree (sobre todo lo creen los monárquicos) que si la República subsiste es porque los espadones lo consienten. Sería muy útil probarles que se engañan. Vencer un pronunciamiento fortificaría a la República, sanearía el ejército dando una lección a sus caudillos, y contribuiría al progreso de las costumbres políticas» . Eso estaba logrado, y al comenzar 1933 la situación en su conjunto parecía risueña para los gobernantes. Pero todo cambió de repente. Contra las ilusiones de Azaña, los ácratas volvieron a la carga, y sería él quien saliese peor parado de la pugna<sup>[1]</sup>.

El talante anarquista lo expresa Abad de Santillán: « Ante un estado de cosas intolerable, unos pueden resignarse a la pasividad y otros reaccionan como pueden» . La CNT reaccionó con « un movimiento revolucionario para el 8 de enero de 1933, con el propósito de crear cinco o seis grandes guerrillas de carácter nacional que apoyasen las reivindicaciones populares» . García Oliver, uno de los organizadores, había declarado, ya en octubre de 1931: « Sin precisar fecha nosotros propugnamos el hecho revolucionario, desprecupándonos de si estamos o no preparados para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación y sí de voluntad, de quererlo hacer, cuando circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución. Sin despreciar del todo la preparación (vemos) que toda ostensible preparación y propaganda del hecho revolucionario crea paralelamente la preparación y el hecho fascista» <sup>[2]</sup>.

En Barcelona, « el plan, además de acciones frontales en cada barriada, incluía la voladura de los edificios de Capitanía general, Gobernación y Jefatura Superior de Policía, trabajo encomendado a la sección de Alcantarillas, a cargo de Ricardo Sanz, a quien se dotó de seis cilindros de envasar oxígeno, llenos de dinamita, para ser colocados en los desagües que aflúan a las alcantarillas» . De tener éxito, el proyecto hubiera ocasionado una carnicería. Hubo orden de

suspender la acción al haber fracasado una huelga ferroviaria previa, pero los comprometidos persistieron: «nuestras fuerzas de choque se creaban por y para la revolución, pero no para maniobras de tipo sindical» [3].

No obstante, la Guardia Civil capturó a los dirigentes barceloneses «en una bien preparada trampa». La ira de los policías contra quienes habían planeado asesinarlos en masa se desfogó, probablemente con permiso superior, en «terribles palizas que nos propinaron los guardias de Asalto en la Jefatura Superior de Policía (...) Como piltrafas de carne machacada fuimos conducidos a la cárcel Modelo», dice García Oliver. «En Barcelona y en Cataluña, la conmoción fue enorme al enterarse». La denuncia de tormentos y maltratos tenía un agudo efecto emocional, antes muy aprovechado por los republicanos, y que ahora se volvía contra ellos. «Las cárceles se llenaron de bote en bote y las torturas estuvieron a la orden del día, como en los buenos tiempos de Laborde, o en los de Martínez Anido y Arlegui». En pueblos de Levante y Andalucía se proclamó el comunismo libertario, pronto vencido. «Para los torturados todo había sido como un relámpago: izar la bandera roja y negra en el Ayuntamiento, proclamar el comunismo libertario, quemar en la plaza los archivos de la propiedad y pregonar la abolición de la moneda y de la explotación del hombre por el hombre» [4].

En una aldea de Cádiz, llamada Casas Viejas, sucedió la mayor tragedia. Tras una refriega entre policías y rebeldes, con bajas de las dos partes, varios de los últimos se refugiaron en una casucha cuyo propietario, un anciano apodado Seisdedos, resistió hasta el final, con parte de su familia y otros compañeros. La chabola, de piedra pero con techo de paja, fue incendiada por los guardias, y allí murieron los resistentes. Aún ocurrió algo peor: los policías hicieron una razzia por el pueblo, capturaron a entre doce y catorce campesinos, y los fusilaron junto a la casa de Seisdedos. Este último hecho, en seguida rumoreado, no parece que fuera conocido por el gobierno hasta semanas después.

Las Cortes, reabiertas el 1 de febrero, fueron un clamor. Esplá, subsecretario de Gobernación, declaró que el ministro, Casares, había ordenado tratar como combatientes a quienes hiciesen armas contra la república. Aunque la cifra de víctimas, desproporcionada para una pequeña aldea, levantaba sospechas, el día 2, Azaña, ignorante de la matanza de presos, afirmó que en Casas Viejas había ocurrido «lo que tenía que ocurrir», y rechazó una investigación parlamentaria. Lo cual, como la dureza represiva en Cataluña y Levante, abundaba en sus directrices de reprimir «con la mayor violencia» y «fusilar a quienes se cogiera con las armas en la mano», expuestas cuando la rebelión anarquista del año anterior. El 13 de enero cita en sus diarios a Fernando de los Ríos: «lo ocurrido en Casas Viejas es muy necesario, dada la situación del campo andaluz y los antecedentes anarquistas de la provincia de Cádiz. Por su parte, Largo Caballero declara que mientras dura la refriega, el rigor es inexcusable». Y el 18

consigna: « Muchos republicanos querían que nos arrojásemos sobre los anarquistas presos e hiciéramos en ellos un escarmiento atroz. Por el contrario, otros ya se alarman, suponiendo que el gobierno va a ser severísimo ». Ortega volvía a protestar: « Le ha escrito a Sánchez Román, diciéndole, entre otras cosas, que nunca en España se había llegado a una vergüenza igual » [5].

Al confirmarse los hechos, arreció el clamor en el país y en las Cortes. Varios mandos de Asalto dijeron haber recibido orden de Arturo Menéndez —director general de Seguridad y protagonista en la desarticulación del golpe de Sanjurjo—, de no hacer heridos ni prisioneros. Causó escándalo la recomendación de « tiros a la barriga », atribuida, con probable falsedad, a Azaña. Los radical-socialistas acosaban al gobierno, y lo mismo hacían los monárquicos. El grupo de Gil-Robles mantuvo un tono circunspecto.

Para los radicales era la ocasión, observa Lerroux, de « hacer el proceso de la política que se estaba desarrollando en aquel bienio. Habló Martínez Barrio y como acusador resultó implacable. Fue aquel discurso en que la política del Gobierno presidido por Azaña quedó para siempre definida con aquella frase afortunada, sintética y terrible: *sangre, fango y lágrimas* (...) La fraternidad masónica no le valió al 'compañero'[Azaña] delante del 'Gran Mallette'[Martínez Barrio] que se convirtió en una maza » [6].

Azaña no pensaba lo mismo. Los días 23 y 24 de febrero ponderaba en sus diarios « la repugnancia que en nuestra honradez despierta el vernos envueltos en una campaña tan baja », y denostaba la alianza « de republicanos que se llaman revolucionarios y de monárquicos ». « Vorazmente se han arrojado sobre la sangre, la han revuelto, nos han querido manchar con ella. Los radicales, sobre todo, han mostrado una saña terrible. A mí, ha concluido por levantárseme el estómago, descubriendo la podredumbre que hay bajo esta maniobra, y me he marchado del salón, porque no podía más ». « Sólo buscan la caza del Gobierno o hacer daño a la República ». El 24 se planteó la confianza y Martínez Barrio pronunció su famoso discurso sobre el régimen « enlodado, maldecido por la Historia, entre vergüenza, lágrimas y sangre ». El gobierno terminó por aceptar una comisión investigadora y ganó la votación por « cuarenta y tantos votos » [7].

Pero el asunto no paró ahí, y los detalles que se iban sabiendo de la matanza dieron pie a nuevos choques en las Cortes. El 28 de febrero escribía Azaña: « Anoche tenía yo un humor negro, espantoso, efecto de una manera de desesperación al verme tan mal servido ». Y el 7 de marzo menciona « la amargura que a todos nos produce el descubrimiento de que se han hecho atrocidades ». Maura le visitó para advertirle « que es escandaloso lo que sucede; que ya hoy se ha llegado a hablar de la mujer de Menéndez (...); que mañana saldrán a relucir los escándalos ocurridos en la Dirección General bajo el mando de Menéndez: juergas, borracheras, etcétera, etcétera; que el Gobierno, con todo

esto, se cubre de fango; que el Parlamento se desprestigia, y, por tanto, el régimen; que esto no puede continuar... Respuesta mía: que en cualquier Parlamento del mundo todo ello se habría ventilado en una sesión, de una manera u otra (...) que no es el Gobierno quien mantiene el debate, sino las oposiciones». Maura le propuso dimitir o autoderrotarse en las Cortes, lo que rehusó<sup>[8]</sup>.

Azaña negaba la responsabilidad, pero ésta existía, bien por los hechos, bien por la falta de información sobre ellos o de control sobre la policía. Tampoco sonaba convincente su indignación ante los ataques recibidos: ¿qué hubiera hecho él en un caso así, si estuviera en la oposición? Como había señalado el 1 de febrero el diputado izquierdista Balbontín, «el señor Azaña encontraba legítimo acudir a la conciencia europea contra la brutalidad del rey [por la muerte de cuatro manifestantes en noviembre de 1930], y ahora resulta que sois infinitamente más brutales, más criminales que la monarquía, porque quemar una casa vieja, con mujeres y chiquillos dentro, no lo hizo nunca don Alfonso de Borbón (...) Las cabilas del Rif (...) no han asesinado [a los presos] por la espalda».

Alcalá-Zamora supo por un subsecretario de Comunicaciones, que por el cargo y «sin duda por intimidades masónicas, tenía expedito acceso a Gobernación, donde había instalado un pequeño taller», que el subsecretario de Gobernación, Esplá, «transmitió entre blasfemias y palabrotas expresiones más que órdenes de dureza. Aun con esta irrecusable y enterada referencia creo que el propio Esplá, fanático lúgubre, (...) no llegó a dar órdenes criminales (...) Cometería o cometieron la imprudencia de ser violentos desde arriba, sin reflexionar que toda desviación inicial de las verticales de serenidad y justicia que comienza arriba por leve abertura va agrandándose en el descenso jerárquico». «He creído siempre injustas las acusaciones lanzadas contra Azaña con motivo del trágico episodio». «Creo que ignoró completamente los asesinatos cometidos (...) que se los ocultaron y que al irlos conociendo poco a poco me lo ocultó a su vez, pecado venial en hombre tan poco franco»<sup>[9]</sup>.

Las repercusiones de Casas Viejas pueden compararse con la quema de conventos en 1931. Si los efectos de la quema fueron silenciosos, aunque profundos, los de la represión en la aldea gaditana resultaron tumultuosos, y también de gran alcance.

Menéndez fue encarcelado, aunque su procesamiento sería revocado en mayo. El gobierno capeó el temporal en las Cortes, pero salió desarbolado, y aquel invierno de 1933 vio el derrumbe de otras ilusiones concebidas al calor de la victoria sobre Sanjurjo. Naufragaron los conatos de fusión o de federación de los partidos republicanos de izquierda. Azaña perdió influencia y simpatías en la prensa, y entre los intelectuales. Se vino abajo el proyecto de formar un grupo de prensa adicta<sup>[a]</sup>. Y según Martínez Barrio, «el jefe del estado, a partir del mes

de enero de 1933, creyó conveniente y necesaria la sustitución de don Manuel Azaña al frente del gobierno, y no regateó los medios de producirla» [10].

No sólo el ejecutivo salió seriamente tocado, también el régimen. Vidarte, con análisis simplista, tacha la acción ácrata de «suicida, sin el menor objetivo político ni social, pues conocían la imposibilidad de triunfar». Con más acierto, apunta García Oliver: «dentro de sus escasas posibilidades de triunfar, el movimiento de enero logró, desde el punto de vista de la táctica revolucionaria moderna, resultados extraordinarios: fue causa de descomposición de las izquierdas republicanas que usufructuaban el poder y de que perdiesen las elecciones a diputados que se celebrarían aquel año». En su estrategia, estos violentos bandazos políticos debían llevar a la ruina a la república *burguesa* [11].

Lerroux declaró que el Ministerio Azaña había tenido tres misiones: consolidar el régimen, desarrollar los principios constitucionales y frenar el desorden público. A su juicio, había fracasado en los tres, y Casas Viejas remataba su esterilidad; por tanto, debía dimitir. Coincidían con él muchos radical-socialistas. Y como el gobierno resistía, el Partido Radical decidió acudir «a todos los medios que le dé el Reglamento (...) para imposibilitar la obra del Gobierno». Ese obstruccionismo iba a quebrantar a Azaña, dificultando la aprobación de las leyes pendientes, y atirantando aún más las relaciones entre los partidos [12].

Se amplió, sobre todo, la grieta entre el PSOE y sus aliados *burgueses*. Muchos socialistas resentían su corresponsabilidad en las frecuentes represiones contra obreros, de los cuales se proclamaban representantes, quedando en evidencia ante las acusaciones de sus rivales anarquistas, también ansiosos de monopolizar la representación proletaria. «Los responsables políticos de los incesantes choques entre los obreros y la temida y odiada Guardia Civil eran, lógicamente, las máximas autoridades provinciales: los gobernadores», todos ellos republicanos, ya que el PSOE, expone Vidarte, «no quiso ocupar ninguno de esos puestos por temor al fracaso de sus hombres con los mil problemas que tendrían que afrontar, principalmente los de orden público». Ahora ni siquiera podían escudarse, como en el caso de Arnedo, en la tradición «monárquica» de la Guardia Civil, porque la autora de las torturas en Cataluña y de los crímenes en Casas Viejas, era la Guardia de Asalto, creada por la república y mimada por el ministro Casares. Para salir del paso trataron de culpar a las derechas, a los caciques «que niegan la sal y el agua a los obreros socialistas, protegiendo en cambio a los serviles». Culparon también a los radicales, a quienes el socialista Bruno Alonso fulminó: «Moralmente sois los responsables de todos estos hechos», por haber protegido, dijo, a los ácratas en contra de la UGT. En

equilibrio inestable, el PSOE compensaba su política, relativamente moderada en el poder, con una propaganda extremista entre las masas, contradicción a la larga insostenible<sup>[13]</sup>.

Sin intención revolucionaria, Besteiro había impugnado la conjunción republicano-socialista, pero otros correligionarios pedían dejar el poder para impulsar la lucha irrestricta por el programa y los ideales marxistas. En octubre de 1932, durante el XIII Congreso del PSOE, había ganado el colaboracionismo<sup>[b]</sup>, pero después de Casas Viejas cobró vigor la propensión rupturista y revolucionaria, que a los pocos meses emergería con inesperada potencia, desbaratando la separación amistosa con que soñaban muchos republicanos.

Cuando, en diciembre de 1931, Azaña prefirió al PSOE sobre Lerroux, parece haberlo hecho por mera oportunidad política, pero con el tiempo dio a esa alianza una significación vasta y esencial. El 14 de febrero de 1933 expuso: «Tenemos todos la impresión, en España y en toda Europa, de que todas las sociedades modernas están en trance de transformación vertiginosa, no sé en qué sentido, no me importa discernirlo ahora, ni tampoco sé con qué resultados». Pero sí sospechaba los resultados: un régimen socialista. Lo revela al plantear que la transformación debía realizarse «ahorrándonos los horrores de una revolución social». Sugirió, sin concretarla, la idea de una muerte suave e indolora de la democracia liberal. En el mismo sentido hablaría Largo Caballero: «Hemos venido a colaborar a la proclamación de una República para hacer una Constitución flexible, susceptible de que un partido revolucionario como el nuestro, que quiere hacer una transformación de la sociedad en absoluto, (...) lo pueda hacer con arreglo a sus preceptos y a las leyes. (...) Hoy la Constitución, en su artículo 44, permite que se llegue a la socialización de la propiedad (...) Hemos contribuido a esa transformación para (...) poder llegar a nuestras aspiraciones sin violencias grandes, sin grandes derramamientos de sangre». Aunque, advertía, «si no nos permiten conquistar el poder con arreglo a la Constitución (...) tendremos que conquistarlo de otra manera»<sup>[15]</sup>.

En la concepción de Azaña, la alianza con los socialistas tomaba el rango de gran estrategia: «Con la incorporación del proletariado español al gobierno del Estado y a la dirección de la República (...) se emprende en España una experiencia fundamental de interés histórico universal»<sup>[16]</sup>, declaraba, cayendo en el tópico de identificar a los socialistas con *el proletariado*, pese a la gran masa de obreros que seguía a la CNT, a sindicatos católicos o, simplemente, se abstenía. Espejismo totalitario, creado por la ilusión de que los obreros constituían un cuerpo social con intereses «históricos» homogéneos, resumidos en la «socialización» de la propiedad. La práctica de la *socialización* consistía en sustituir la iniciativa privada por la planificación burocrática de la economía y, en

definitiva, de todas las manifestaciones sociales. Idea por entonces en boga y que, con diversos matices, ha seguido estándolo mucho tiempo.

En la resaca de las represiones, fueron convocadas elecciones municipales parciales<sup>[c]</sup>. Después de mayo del 31, el gobierno había destituido, no muy legalmente, los ayuntamientos monárquicos nombrados sin votación —pero con arreglo a la ley—, por carecer de oposición, sustituyéndolos por comisiones gestoras. La razón de la convocatoria es confusa. Según Prieto, a Azaña « se le ha metido en la cabeza, para reforzarse del traspies de Casas Viejas, convocar elecciones municipales (...) Es una jugada peligrosa ». Azaña no debió de medir bien la caída de su popularidad, o pensó que las comisiones habrían prestigiado al régimen en los pueblos. No las habría convocado si esperase perderlas<sup>[17]</sup>.

La campaña abundó en violencias; en Reinos, Sainz Rodríguez y otros monárquicos, agredidos, estuvieron a punto de perder la vida. La votación fue para el gobierno una ducha helada: sólo 5-000 concejales republicanos de izquierda o socialistas entre 19.000. El radical-socialista Botella Asensi, « hombre bizzo y malintencionado (...) violento y corrosivo », dice Azaña, apostrofó a éste en las Cortes: « Cuando el debate de Casas Viejas, os dije que estabais dimitidos, y lo estáis desde entonces ». Le secundó un Maura « violento, descompuesto, jacarandoso. Pensar que este hombre pueda un día estar al frente de un Gobierno, causa pavor (...) Se retorció como un poseído. A mí me parecía que de un momento a otro se subiría por las columnas de las tribunas, correría por las cornisas y se entregaría a otras acrobacias peligrosas e inútiles ». El alcaláino anota que el fracaso electoral no le había impresionado y, por quitarle significación, afirmó, con cierto desprecio a los votantes, que se trataba de « burgos podridos », « electoralmente, materia inerte »<sup>[18]</sup>.

Si don Niceto pensaba deshacerse de don Manuel, como indica Martínez Barrio, no explotó la oportunidad. Con todo, la relación entre aquéllos se agrió en extremo. El presidente amonestó al gobernante, haciéndole ver que « aún debían votar las Constituyentes varias leyes que exigía la Constitución, pero que se imponía fuese ello con prisa y que aquel aldabonazo electoral debía servirles, corroborando mis consejos y advertencias, para iniciar una política de conciliación nacional y republicana ». A este apremio el gobierno reaccionó con violencia y coacción, asegura el de Priego, que atribuye al otro celos de su popularidad: « Inicióse una insólita campaña de inspiración gubernamental contra mí. (...) La consigna (...) fue evitar la disolución de las Constituyentes y para impedir la acobardarme con ataques y amenazas ». Para el acusado, la base de esos cargos se reduce a la suspicacia enfermiza de don Niceto<sup>[20]</sup>.

Pero el 8 de junio el presidente sí aprovechó la ocasión. Ante la necesidad de

sustituir al ministro de Hacienda, Carner, doliente de cáncer, Azaña propuso una reorganización ministerial más amplia. El presidente la rechazó y forzó la dimisión del gabinete. En la reunión al efecto dio rienda suelta a sus agravios y expuso sus planes, presentándolos como una deferencia hacia la izquierda: quería que las Cortes continuaran hasta aprobar las leyes pendientes, y que a continuación se disolvieran por sí mismas, sin tener que disolverlas él, porque « si yo lo hiciera, ya no podría firmar constitucionalmente más que otro decreto de disolución de Cortes, y quedándome con un solo cartucho, me sería muy difícil hacer uso de esta facultad, lo que no conviene sobre todo a las izquierdas, a las que interesará probablemente, en su día, la disolución del futuro Parlamento, porque éste señalará quizás el máximo de reacción hacia la derecha en la evolución de la República» [21]. El asunto había de tener la máxima trascendencia. La Constitución, en efecto, permitía al presidente disolver dos veces las Cortes, aunque la segunda podría traer malas consecuencias para él, y a que, si el nuevo Parlamento la consideraba injustificada, quedaría destituido. Él buscaba, por tanto, aplicar la primera disolución a las siguientes Cortes, para las cuales preveía un predominio derechista, cosa que no acababan de creer sus interlocutores.

El presidente mostró también viva sensibilidad ante el insulto de « reaccionario» con que solían obsequiarle: « Veán ustedes cómo este *reaccionario* se interesa por la duración de estas Cortes. Aunque algún periódico socialista me presente como enemigo del proletariado, yo no olvido que soy el hombre que defendió en la Cámara la fórmula de ‘República de Trabajadores’» [22].

La actitud del gabinete forzado a dimitir fue, dice Alcalá- Zamora, « de escandalosa coacción (...), reunidos durante tres días en comité permanente de salud pública, con pretexto de estar en peligro el régimen, que lo identificaban con sus puestos». Azaña lo niega. Hubo reuniones de los ex ministros, pero « una sola cosa se ha examinado seriamente: la de dar la batalla a don Niceto, para impedirle sus propósitos de política personal», idea abandonada por temor a una derrota. Por otra parte, « andan corriendo rumores alarmantes, de todas clases. Hay agitación en la Casa del Pueblo de Madrid, y algunos exaltados hablan de *echarse a la calle*. También se anunciaban desórdenes en algunos otros puntos, como protesta contra el posible advenimiento de un Ministerio Lerroux» [23].

Por entonces, Azaña escribió en sus diarios unas reflexiones interesantes, pintura probablemente realista del entorno, aun si aquejadas de cierto narcisismo quejumbroso. Al dimitir, afirma: « yo sentía una satisfacción íntima muy profunda». « La alegría de la liberación me inundaba». « Mucha gente cree que soy necesario; yo no comparto su opinión». Explica sus propósitos: « He procurado elevar la política a una línea que la inteligencia cultivada pueda seguir,

y a un desinterés personal que las personas decentes puedan amar. Y he puesto siempre como fondo de mis propósitos y de mis actos el ensueño de una resurrección del espíritu español, curado de su anemia, de su poquedad». « Mi temor más fuerte no es que la república se hunda, sino que se envilezca ». Pero no había tenido mucho éxito: « Los sinsabores del Gobierno, la inepticia de unos, la injusticia de otros, la mezquindad o la tontería de otros, me mortifican más de la cuenta ». « ¿Estoy obligado a acomodarme con la zafiedad, con la politiquería, con las ruines intenciones, con las gentes que conciben el presente y el porvenir de España según se los dictan el interés personal y la preparación de caciques o la ambición de serlo? Obligado no estoy. Gusto, tampoco lo tengo. Entonces ¿qué hago yo aquí? De cuanto he realizado, lo más beneficioso sería la siembra por el ejemplo. Pero el ejemplo no se ve (...). Ni lo sabrán ver nunca» [24].

Las gestiones para formar nuevo gobierno fracasaron, y el de Priego, que no deseaba recurrir aún a Lerroux, hubo de sufrir la humillación de apelar de nuevo al alcaláino. Éste encontró « muy sombrío, muy abatido » al presidente, el cual recuerda: « confirmado Azaña (...) dio al siguiente día el mayor escándalo que podía imaginarse en su periódico de cámara *El sol* (...) Dicho periódico publicó el 13 de junio un artículo de amenazas e injurias contra el presidente de la República, que se supo y a nadie ofrecía duda era del propio Azaña, con tanta cantidad y tal calidad de veneno que se percibía no ya su inspiración o el dictado, sino su misma escritura personal corrigiendo y agravando los ataques ». Don Manuel admite que el artículo podría serle atribuido, creándole « un conflicto con el Presidente, que, suspicaz y receloso, no necesita tanto para creerse personalmente atacado por mí ». Corrieron rumores de dimisión de Alcalá-Zamora<sup>[d]</sup> [25].

Azaña retornó al gobierno con « una manera de desesperación, al sentir que van a encerrarme otra vez en la trampa ». « Otro, en mis circunstancias, sería dichoso representando el papel que me ha cabido en suerte, y se precipitaría sobre el Poder, con altanería y vanagloria. A mí, el Gobierno sólo me es soportable en la medida en que me consiente hacer cosas ». « ¿No habrá un hombre que me releve? ». No parecía haberlo, y aceptó el cargo, temiendo le fuese ofrecido a Lerroux [27].

El nuevo consejo de ministros iba a durar poco, pues el presidente quería acortar su vida. El problema era que sólo había un sustituto posible, don Alejandro, a quien repudiaba la mayoría de las Cortes, por lo que recurrir a él significaba tanto como tener que disolverlas.

Pese a sus conflictos, don Manuel y don Niceto tenían proyectos parejos. El primero había logrado en mayo superar en parte la obstrucción y aprobar la Ley de Congregaciones Religiosas —que desarrollaba y acentuaba el artículo 26 de la Constitución, motivando la protesta impotente de los representantes católicos—, y

deseaba aprobar rápidamente otras leyes clave, como la de Arrendamientos, la del Tribunal de Garantías Constitucionales, una de Orden Público, completada con otra de Vagos y Maleantes, que debía sustituir a la de Defensa de la República. Y una Ley Electoral que, con fuertes primas a los ganadores, transformase la ligera mayoría en las urnas —que esperaba lograsen las izquierdas—, en una aplastante mayoría parlamentaria. Después pensaba organizar comicios municipales y aprobar el presupuesto «y en todo caso, con presupuesto o sin él, dimitir a fines de año, antes de la vacación parlamentaria, dando por cumplido lo principal del programa de la coalición republicano-socialista». Luego había que preparar «sin reñir con los socialistas el terreno para unas elecciones generales, concebidas sobre una especie de ‘pacto de no agresión’ entre todos los partidos mantenedores del régimen». De esas elecciones debería salir en 1934 un gabinete puramente republicano, para «ahuyentar de las imaginaciones soliviantadas el coco de la ‘revolución marxista’ y de la ‘dictadura del proletariado’» [28].

Alcalá-Zamora coincidía en prolongar las Cortes hasta aprobar las leyes, y pondera «el deseo de paz y concordia que me animaba para retardar la disolución hasta 1934 y en la primavera de tal año, dando tiempo para que la convivencia en el gobierno restableciese entre los republicanos el espíritu de unión de 1931 en el gobierno provisional, y para que una política serena, sin provocaciones, continuada durante algunos meses, cerrase heridas e impidiese la anulación de los izquierdistas en unas elecciones inmediatas, así como un aplastante triunfo de la reacción». Esta solicitud de Alcalá-Zamora por la izquierda y contra la derecha (a la que llama, en bloque, «la reacción») podría parecer hipócrita, pero había de demostrarse que no lo era [29].

Lerroux, al contrario, deseaba expulsar cuanto antes al PSOE del poder. Parecía el menos realista, por cuanto desafiar a los socialistas hubiera exigido a todos los grupos republicanos una compenetración política ya imposible, y tampoco podía apoyarse en una conjunción de los radicales y la débil derecha. Consciente de ello, buscaba una pronta disolución del Parlamento. Y sus dos adversarios iban a facilitarle, bien a su pesar, tales proyectos.

Pese a la similitud de sus planes, el presidente estaba, como dice Azaña «al acecho de una ocasión para darnos la puñalada». Martínez Barrio lo confirma. Aquel verano don Niceto, rebasando las conveniencias de su posición, lo convocó repetidamente, para sugerirle boicotease al gobierno. El 24 de julio, con rumores de nueva crisis, Martínez visitó al presidente en La Granja y éste le expresó su deseo de «un gobierno de *pasacalles*, que aprobara los presupuestos y aprobara las elecciones municipales. Cumplidos estos dos fines, se dejaría paso a la situación definitiva: don Alejandro con el decreto de disolución». También tentó el presidente al vacilante Gordón Ordás: «Estamos al final de la cuesta y porque

yo encarno el egoísmo del régimen, y ese hombre [Azaña] se convierte inexorablemente en un peligro, tendremos solución fuera de su persona» [30].

Pero Azaña resistió, aunque la aprobación de las leyes se convirtió en un tormento para él. A fin de ganar tiempo obligó a los diputados a trabajar durante el verano, lo que «llevaban muy a mal». «Casi ningún día llegan a cien los diputados presentes. Como es natural, esto debilita al gobierno y la prensa enemiga se aprovecha de ello. Si continuamos así, la crisis será inevitable, porque no puedo tener paralizado al Parlamento. Se pierde un tiempo precioso, y estos gansos de la mayoría, dejando cada cual para el prójimo el cumplimiento de su deber, trabajan por su propia perdición». No lograba controlar a sus aliados ni a los radicales, todos los cuales producían una obstrucción exasperante, con su «terquedad, suficiencia y palabrería», «habilidades, aplazamientos y tergiversaciones». «No saben qué decir, no saben argumentar (...) No se ha visto más notable encarnación de la necedad.

(...) Lo que están haciendo me ha hecho pensar, por vez primera, desde que hay República, en la del 73. Así debieron de acabar con ella. El espectáculo era estomagante. (...) Diríase que estaban llamando al general ignoto que emulando a Pavía restablezca el orden. Entre esto y la ausencia de diputados, otra muestra de frivolidad pareja a la de los obstruccionistas, sentí el ímpetu de levantarme a decir unas cuantas verdades a todos, singularmente a la mayoría». «Las dilaciones del Parlamento van a trabajar por su descrédito y a favor de la disolución, que sería desastrosa, o por lo menos, muy peligrosa». La pelea le deprimía: «Siento que mi tristeza se recrudece, y algo así como un desengaño. ¿Por qué no me dejan ni me han dejado hacer? No lo sé. Me entristezco casi hasta las lágrimas por mi país, por el corto entendimiento de sus directores y por la corrupción de los caracteres. (...) El desdén me sostiene». Preveía «la reacción católica y monárquica» [31].

Así, un poco a rastras, fueron aprobadas las Leyes de Orden Público y la de Vagos y Maleantes, interpretada por muchos como una actualización de la de Defensa de la República, que tanto rechazo provocaba, y que suscitó la hostilidad de la prensa, incluso de la que le había sido adicta. Otra Ley aprobada, la electoral, iba a volverse pocos meses después contra sus autores. Igualmente la del Tribunal de Garantías Constitucionales acarrearía la liquidación definitiva del poder azañista.

Fue nombrado presidente del tribunal Alvaro de Albornoz, «un caso de psiquiatría», según dijo «con mucho calor» Ossorio [32], y el 3 de septiembre eran elegidos los vocales del Tribunal, fundamentalmente por votación de los ayuntamientos. Los partidos gubernamentales sólo obtuvieron 5 de las 18 vocalías. Podía considerarse el último episodio del desmoronamiento comenzado en Casas Viejas, y el resultado hacía pensar, como las elecciones municipales de

abril, en un divorcio entre la opinión pública y las Cortes izquierdistas. Alcalá-Zamora prescindió de titubeos y forzó la dimisión del gabinete. Las desoladas izquierdas, constata el presidente, no repitieron la postura amenazante de junio.

Estos sucesos tuvieron un efecto crucial para el destino del régimen: la definitiva separación de los socialistas. Azaña deja constancia del desastre: «Las discordias, la hostilidad entre republicanos y socialistas por esas provincias y esos pueblos, dio su primer fruto político en la elección (...) de los vocales para el Tribunal de Garantías. (...) Los ánimos, ya encrespados, se enfurecieron. Vinieron los reproches y las imputaciones de falta de lealtad, etcétera. (...) Por primera vez el oleaje alcanzó al Ministerio. En un consejo, Largo, recogiendo los agravios de los socialistas, me dijo solemnemente que la coalición electoral republicano-socialista estaba rota. «Entonces —repuse—, se habrá roto todo» [33]. Ni Azaña ni Alcalá-Zamora habían percibido cómo el extremismo se venía adueñando del PSOE y la UGT[e]. La pérdida del poder fue entendida por Largo Caballero y otros muchos como el fin definitivo de la colaboración con la *burguesía*, tras la cual no cabía esperar cambios legales y graduales hacia el socialismo, sino que se imponía recurrir a la revolución. Ello colocaba al sistema al borde de la quiebra, aunque por el momento pocos lo advirtieran.

El presidente, pues, arruinó los planes de Azaña, por lo demás parecidos a los suyos propios, y ahora iba a intentar «restablecer el espíritu de unión de 1931» en torno a una «política serena». No había otra opción que Lerrooux para encabezar esa política. El líder radical se vanagloria de haber «dado y ganado la batalla al Gobierno de Azaña» y de ser él, por tanto, quien «podía personalizar una rectificación de la política general». Claro que primero debían morir aquellas Cortes, con las que no podría gobernar. Sin embargo, el presidente le convenció de aceptarlas: «era necesario el intento para demostrar ante la opinión que existía un estado de fraternal inteligencia entre todas las fracciones republicanas y que la oposición del partido radical había sido objetiva y política, no personal (...) se demostraría si las demás fracciones obraban tan desinteresadamente como la que yo dirigía». De resistirse, las Cortes serían disueltas. Obviamente, don Niceto creía que la amenaza de disolución haría mucho por la «fraternal inteligencia» entre los republicanos, llevándoles a aceptar a Lerrooux. Éste, a su vez, interpretó que el presidente le ofrecía tácitamente el decreto de disolución de las Cortes. Ambos erraban[34].

Lerrooux empezó con buen pie. Habló con los jefes republicanos de izquierda, azañistas, radical-socialistas, galleguistas y Esquerra catalana. Todos ofrecieron colaborar, cediéndole ministros. Los socialistas vieron en tal colaboración una nueva prueba del carácter de aquellos *burgueses*, tan prestos a traicionarles y a unirse a los radicales, contra todas sus promesas anteriores.

Los días 1 y 2 de octubre el nuevo gobierno pidió la confianza a las Cortes

para realizar una tarea breve, centrada en elaborar los presupuestos, que la Constitución exigía se hiciera por aquellas fechas, y cuya falta pondría a todos en evidencia. El compromiso no resultaba fácil, porque Lerroux llevaba meses achacando a aquel Parlamento un divorcio con el sentir del país, y le respondieron Prieto y Azaña ensañándose en la contradicción de pedir respaldo a unas Cortes cuya representatividad negaba. Al jefe radical, la actitud de Azaña, que le había cedido un ministro (el famoso historiador Sánchez Albornoz) le pareció una deslealtad y lo trató de serpiente. Advirtió que negarle la confianza supondría disolver la Cámara, lo que tomaron sus contrincantes por una amenaza oprobiosa. Replicó Azaña: « Si Su Señoría, en vez de dedicarse a exponernos el panorama de las Cortes agonizantes (...) divorciadas de la opinión pública, hubiese tenido un rapto de inspiración republicana (...), tenga Su Señoría la certeza de que todos los diputados republicanos y los propios socialistas se habrían agrupado en torno de ese proyecto de vitalizar nuevamente el Parlamento constituyente, que harta gloria tiene sobre sí para que sea menospreciado y disuelto». Pero allí nadie pensaba en « revitalizar» las Constituyentes, empresa, por otra parte, inviable.

Visto el panorama, Lerroux dimitió. Pero la inquina ambiente era tal, que Prieto, en una de sus maniobras características, forzó una « votación de desconfianza », muy dudosamente legal porque, de acuerdo con el artículo 64 de la Constitución, un voto semejante tenía que ser propuesto y motivado con al menos cinco días de antelación. Además, señala Alcalá-Zamora, « con olvido de que en régimen parlamentario no debe seguir la sesión cuando el gobierno se retira dimisionario, Besteiro, que en general fue siempre un presidente de Cortes muy correcto, no levantó la sesión y consintió el voto de desconfianza contra un gobierno que ya no existía. Él explicó luego que lo había hecho en evitación de mayor exceso, pues las Cortes, en el afán de continuar su vida y recobrar su influjo, pretendían en otro caso declararse convención. Se conformaron con el póstumo voto de desconfianza ». Según el artículo 75, un jefe del consejo y sus ministros, a quienes « las Cortes les negaren de modo explícito la confianza », debían ser separados « necesariamente » por el presidente de la república. Prieto quería interpretar esa separación como inhabilitación para gobernar en lo sucesivo, lo que dificultaría en extremo la disolución, al quedar el presidente sin una figura de recambio fuera de las izquierdas<sup>[35]</sup>.

El jefe radical se creyó víctima de una emboscada de las izquierdas, y éstas, a su vez, creyeron que eran aquél y Alcalá- Zamora quienes las emboscaban para acabar con las Constituyentes. Pero el presidente había querido que las Cortes siguieran. Airado por la frustración de su plan, acusará a las izquierdas de haber visto en su búsqueda de la concordia « una actitud de miedo, y en mi deseo de retardar la disolución de las Constituyentes una insensata posibilidad de infundirles vida cuando ya agonizaban. Con locura suicida, sólo comparable a la

deslealtad, se dispusieron a derribar un gobierno del que formaban parte». Martínez Barrio acierta probablemente cuando atribuye al presidente el cálculo de sostener a Lerroux « dos o tres meses, sin necesidad de disolver la Cámara, hasta que, llegado ese momento inevitable, el natural cansancio y el desgaste del jefe del gobierno, permitiera al señor Alcalá-Zamora prescindir de él, de sus amigos predilectos y de sus métodos gubernamentales, mixtura cuya conjugación resultaba muy desagradable al jefe del estado» [36].

Y tal como don Niceto arruinó los planes de don Manuel, así éste, al hundir a Lerroux, echó por tierra los proyectos de don Niceto, forzándole a abreviar la vida de las Cortes y a disolverlas bajo su responsabilidad.

Aquellas sesiones contemplaron otro hecho histórico: la proclamación solemne, por parte de Prieto, de la ruptura « definitiva» del Partido Socialista con los republicanos, fuera cual fuere la orientación de éstos. El mismo día 1 de octubre Largo Caballero anunciaba que los socialistas iban a conquistar el estado revolucionariamente.

Esas declaraciones rubricaban el fin del proceso abierto con la reunión del Ateneo y el Pacto de San Sebastián, tres años antes. Ahora, cuantos habían participado en aquellos encuentros se hallaban sumidos en una discordia irremediable.

El balance de la obra realizada en el bienio era poco satisfactorio, y en muchos aspectos alarmante. La reforma agraria había sembrado esperanzas que no podía cumplir, con resultados ridículos: 4.400 campesinos asentados en poco más de 240 hectáreas, lo que daba a cada uno unas parcelas precarias, de escasamente seis hectáreas de tierra en general pobre. Aparte, miles de yunteros extremeños y de otras provincias habían sido instalados en tierras ajenas no expropiadas, de modo provisional y vulnerando el derecho de propiedad, por decretos llamados de « intensificación de cultivos»: 40.100 campesinos sobre 123.000 hectáreas, es decir, unas tres hectáreas por cabeza [37].

La reforma de la instrucción pública había generado un notable esfuerzo en construcción de escuelas (algo más de 3.600 sobre un número anterior de 33-450), pero había supuesto un retroceso, aun dejando aparte la vulneración de derechos con que fue abordada. Los miles de maestros improvisados rápidamente y a menudo más politizados que expertos, no podían compensar en cantidad, y menos aún en calidad, la enseñanza religiosa. En el plano intelectual hay que mencionar también la hecatombe de bienes culturales y patrimonio artístico del país [38].

Algo mejor marchaba el estatuto catalán, con roces frecuentes aunque no graves, y una actitud básica de comprensión por ambas partes, después del inicial

incumplimiento de los pactos. Claro que persistía la inquietud por las tendencias separatistas, expresadas con creciente audacia, pero las discrepancias parecían superables conforme el rodaje de las instituciones limase aristas.

La reforma militar funcionaba a medias, sin llegar a una situación preocupante. El descontento en el ejército obedecía menos a las reformas mismas que al estilo algo humillante con que se aplicaban, y a la agitación antimilitar en la sociedad.

En el terreno laboral, el número de huelguistas había saltado de 236.000 en 1931, y otros tantos el año siguiente, a 843.000 en 1933. Los parados sumaban 390.000 a finales de 1931, y 618.000 a finales de 1933, obreros agrícolas en sus dos tercios, buena parte de ellos desempleados estacionales. La inversión privada se retrajo. Aun así, el retroceso económico, en conjunto, no fue grave: los ingresos per cápita bajaron de casi 1.100 pesetas en 1929 a 1.078 en 1933, con una inflexión algo mayor en 1932. Si aumentaron las desigualdades sociales y la miseria extrema, como indica el aumento de los muertos por hambre, que volvían a cifras de principios de siglo: 260. Y ello a pesar de las subidas de salarios en el campo, que quizá contribuyeron a aumentar el desempleo<sup>[39]</sup>.

Del orden público da idea el número de muertos en disturbios o asesinatos políticos: unos 280 según el cálculo, conservador, de S. Payne. Las cifras más altas del siglo para un período equivalente, y casi todas ellas de origen izquierdista. También la delincuencia común había aumentado notablemente<sup>[40]</sup>.

### Capítulo III

#### HACIA LA GUERRA CIVIL

El gobierno de Lerroux había durado 20 días. Alcalá-Zamora inició consultas para formar uno nuevo, que llevaría aparejado el decreto de disolución de las Cortes. Lerroux había creído que, implícitamente, le había ofrecido el decreto a él cuando le encargó gobernar, pero llevó un desengaño. El presidente husmeó otras soluciones, y aunque hubo de recurrir finalmente al Partido Radical, eludió a su jefe y dio la confianza a su lugarteniente, Diego Martínez Barrio. Éste se resistió, para exasperación de su fatigado interlocutor: « Quien no haya visto a don Niceto Alcalá- Zamora descompuesto y fuera de sí, ha perdido un extraño y, a la vez, doloroso espectáculo. (...) Cambiaba de color; era de púrpura su semblante; dura y fuerte la voz, y vertiginosa la expresión ». Martínez terminó aceptando, tras consultar con su jefe, quien soportó de mala gana esta nueva postergación<sup>[1]</sup>. Circuló la sospecha de que don Niceto alimentaba las disensiones entre los dirigentes radicales<sup>[2]</sup>.

Martínez formó un gobierno de centro izquierda con los demás partidos republicanos. Ello fue posible, a pesar de los recientes choques, porque a todos interesaba entrar en la organización de las siguientes elecciones. La derecha no fue invitada a participar, pero sí el PSOE, el cual, en línea rupturista, se negó.

El panorama electoral se presentaba muy distinto del de 1931, pues la derecha competía como una fuerza cohesionada. Conviene resumir cómo había llegado a ser así. Al implantarse la república, habían surgido numerosos grupos derechistas independientes, con sus particularismos, aunque en el Parlamento lograran cierta unidad en la llamada « minoría Agraria », más tarde reducida a un partido de ese nombre. Poco a poco había ido imponiéndose como elemento rector el grupo Acción Popular, liderado por Gil-Robles, joven abogado y catedrático, revelación política de la derecha como Azaña lo había sido de la izquierda. Con la represión tras la « sanjurjada », esta recuperación recibió un fuerte golpe: « Parecía desmoronarse la organización de las derechas (...) la policía clausuraba nuestros locales y las salas de redacción de los periódicos (...) las cárceles se llenaban de amigos entrañables que no habían cometido el menor delito », recuerda Gil-Robles. Luego los monárquicos, en confrontación abierta con la república, hostigaron a los gilroblistas porque éstos respetaban la legalidad

vigente: la llamada « táctica posibilista» , en oposición al « catastrofismo» de los alfonsinos<sup>[3]</sup>.

El juicio de los monárquicos sobre los gilroblistas queda bien expuesto por uno de aquéllos, Pedro Sáinz Rodríguez: « Se había montado en España una fuerza política orientada por Ángel Herrera, representada en el Parlamento por Gil-Robles, que no era una personalidad independiente, sino, en cierto modo, subordinada y ejecutora de las directrices políticas de todo este conjunto muy relacionado con el Nuncio y éste, en contacto con los elementos que en Roma extremaban la actitud de posibilismo católico frente a la República, representada en la capital italiana por el cardenal Pizzardo, orientador de la Acción Católica» . Herrera, fundador de la Editorial Católica y del diario *El debate*, buscaba ante todo « pactar con la República unas reformas religiosas para limitar la persecución a la Iglesia y salvar la posición general de la religión en la nueva vida política» . Especial ojeriza tenían los alfonsinos al nuncio Tedeschini<sup>[a]</sup> [4].

En consecuencia, « cada día se fue acentuando esta disensión entre los dos grupos. (...) Los católicos iban absorbiendo muchos elementos monárquicos, partiendo de la base de un equívoco: (...) que los republicanos posibilistas de Gil-Robles eran monárquicos de corazón y que la política de *ralliement* no era más que una táctica hábil para apoderarse del poder y desde él procurar, incluso por medio de un golpe de Estado, restaurar la Monarquía. Esto era algo que corría entre las fuerzas de derechas y que hizo que muchos monárquicos incorporasen de buena fe sus votos a Acción Popular» [5]. Sáinz pinta quizá con demasiado optimismo el número e influencia de los monárquicos, a su parecer embaucados con falsas esperanzas por Acción Popular. Pues un amplio sector de derechas apoyó al principio la república, y hubiera seguido haciéndolo de no ser por la quema de conventos. Y aun después, prevalecía una adhesión vaga y sentimental al trono más bien que un deseo ferviente de restaurarlo. La derrota monárquica había sido política, pero sobre todo moral, provocada por sus propios partidarios, y esa impresión no se olvidaba. Tampoco la violencia atraía a la masa derechista, como evidenciaron los sucesos de mayo del 31, que en otro ambiente hubieran traído graves luchas. Por todo ello, la política de Gil-Robles era más realista, y lo demostró al atraerse al grueso de la opinión católica y conservadora, para frustración de los monárquicos. Y también de Alcalá-Zamora y Maura.

A principios de 1933 aumentaron las discrepancias entre Acción Popular y los alfonsinos, en torno a asuntos de organización. Gil-Robles creía que unificar de modo rígido a las derechas era « peligroso, debido a las peculiares características provinciales o regionales», por lo que propugnó una confederación laxa. Los monárquicos, liderados por Goicoechea, querían una federación más firme<sup>[6]</sup>.

La escisión llegó el 11 de enero de 1933, casi coincidiendo con la insurrección libertaria. Los bandos escindidos se reorganizaron simultáneamente, a principios

de marzo. Entonces nació, por los monárquicos, « Renovación española », y por los « posibilistas », la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), cuyo eje sería Acción Popular. « Se había conseguido, al fin, dar una estructura, un programa y una orientación definidos a grandes núcleos de opinión derechista, dispuestos a buscar por vía evolutiva una solución a los males de España ». Gil-Robles dio a los afiliados libertad para apoyar la república o la monarquía, « siempre que defendieran a Dios y a España », y anunció una orientación: « revisión constitucional y revisión implacable, especialmente en materia de religión, en materia de enseñanza en concepto social antioletoquista y antimarxista » [8].

« A partir de entonces —señala el jefe católico—, la hostilidad contra nosotros por parte de ciertos sectores de la opinión conservadora fue en aumento ». « En la prensa, en el mitin, en conversaciones particulares, en tertulias y mentideros, no se dejó un instante de atacarnos y zaherirnos ». Don Niceto confirma « los violentos ataques que contra ella [la CEDA] hacían llegar a la Santa Sede los elementos monárquicos, con toda la envenenada saña de afines que desean mezquinamente disputarse la clientela devota » [9].

Había otros grupos derechistas: los carlistas, con fuerza concentrada en Navarra, y dispersa por el resto del país; la Liga Regionalista, de Cambó, que resurgía con brío y pronto iba a cambiar su apellido por el de Catalana, y proclamarse afecta a la república; el PNV en Vascongadas, racista y semiteocrático, secesionista sin mucho empeño; las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista), capitaneadas por Ramiro Ledesma Ramos, un grupo mínimo; Falange Española (desde finales de octubre), también muy pequeña. Y otros menores.

A menudo la derecha ha sido descrita como un enemigo formidable del régimen. Ciertamente no fue así, y hasta marzo de 1933, había salido malparada en todos sus conflictos con el poder. Hubo conjuras, aunque marginales e ineficaces. Pero desde la fundación de la CEDA su ascensión iba a hacerse irresistible, para sorpresa de todos, incluida ella misma.

Así, al llegar las elecciones de noviembre, la CEDA constituía una organización eficaz y batalladora. No empleó la violencia, cosa que sí hicieron sus enemigos, los cuales dieron muerte a entre 6 y 8 derechistas [b]. Gil-Robles pronunció frases antiparlamentarias, pero su tono, en conjunto, resultó más moderado que el de sus adversarios, en especial el del PSOE, cuyo revolucionarismo se afianzaba. Largo Caballero y su prensa exponían intenciones bien claras: « En las elecciones de abril, los socialistas renunciaron a vengarse de sus enemigos y respetaron vidas y haciendas; que no esperen esa generosidad en nuestro próximo triunfo. La generosidad no es arma buena. La consolidación de un régimen exige hechos que repugnan, pero que luego justifica la Historia ».

«Vamos a la Revolución social. ¿Cómo? (*una voz del público: Como en Rusia*) No nos asusta eso (...) Habrá que expropiar a la burguesía por la violencia». «Tenemos que recorrer un período de transición hasta el socialismo integral, y ese período es la dictadura del proletariado, hacia la cual vamos». Había que «preparar la ofensiva socialista»<sup>[10]</sup>.

Las elecciones, celebradas el 19 de noviembre, constituyeron un desastre para las izquierdas. Las republicanas, en especial, salieron maltrechas; el partido azañista cayó de 26 a 5 diputados, y el Radical-socialista dividido en dos, bajó de 56 a 5. No tan mal, aun si nada bien parados, quedaron los socialistas: de 113 a 64; la Esquerra, de 36 a 19, mientras la *Lliga*, subía de 3 a 24. Personajes históricos de la primera época, como Marcelino Domingo, perdían su escaño, y Azaña hubiera corrido, probablemente, la misma suerte de haberse presentado por Madrid. Previéndolo, acudió por Bilbao, en la lista del PSOE.

Las izquierdas obtuvieron unos 3 millones de votos, y el centro y la derecha, más de 5. El Partido Radical subía de 90 a 104 diputados, y la CEDA llegaba a 115. La extrema derecha —fundamentalmente los monárquicos, porque los grupos abiertamente fascistas apenas contaban—, quedaron en muy segundo término. No así la extrema izquierda, ya que si bien los comunistas lograron un solo diputado, el PSOE y la UGT deben considerarse ya fuerzas ultraiquierdistas. Y los ácratas, aunque extraparlamentarios, eran poderosos<sup>[c]</sup>.

La derrota fue achacada al voto femenino, el cual probablemente influyó, pero los anarquistas se atribuyeron el mérito: «La derrota izquierdista la había producido la CNT. Ésta se había librado a una campaña antielectoral de grandes alcances, llevada a tambor batiente bajo el lema de Casas Viejas», dice orgullosa- mente Peirats<sup>[11]</sup>. Y si bien la propaganda abstencionista pesó poco, en cambio Casas Viejas había sido el detonante de la reacción contra las izquierdas.

Los días 3 y 9 de diciembre publicaba Ortega en *El sol* dos retumbantes artículos, que iban a ser también sus últimas intervenciones políticas. En el primero, titulado «¡Viva la República!», defendía al régimen porque sólo en él «pueden los españoles llegar a (...) sentirse una nación», a pesar de que «los electores, todavía torpes, envían al Parlamento a gentes en buena parte tan indeseables como los anteriores». La experiencia, a su juicio, era necesaria: «Lo primero que tenía que pasar era que vomitasen las izquierdas todas las necesidades que tenían en el vientre (...) Ahora pasará que van a practicar la misma operación con las suyas las llamadas ‘derechas’. Luego España, si desde ahora la preparamos, tomará la vía ascendente». Le ilusionaba pensar que «en medio de una Europa claudicante fuese el pueblo español el primero en afirmar radicalmente el imperio de la moral en la política, frente a todo utilitarismo y frente a todo maquiavelismo». El otro artículo, titulado «En nombre de la

nación, claridad», ensalzaba a Gil- Robles, «joven atleta victorioso», pero le exigía una posición definida ante la república, y le censuraba haber caído en la demagogia, pues no sólo existía la demagogia obrerista, sino también una «demagogia de beatas» .

La voz de las urnas no fue aceptada por la izquierda republicana, que realizó presiones e intrigas para impedir la reunión de las Cortes resultantes y para formar un gobierno, antidemocrático, que convocase nuevos comicios con garantías de victoria izquierdista. Era la prueba de que sólo concebía la república como un poder reservado a ella, pese a la ínfima representatividad que había alcanzado. Martínez Barrio rechazó las propuestas de golpe de estado, si bien con tono conciliador: «Yo sé que las inspiran altos móviles, pero, en pureza de verdad, no servirían para otra cosa que para acumular dificultades». Alcalá-Zamora se opuso con firmeza, sospechando en las presiones el «apremio» masónico. Pues, en efecto, procedían de Azaña, Domingo y Casares, *hijos de la luz*, los tres. Fallido el intento, las izquierdas *burguesas* pasaron a maniobrar en pro de la disolución de las nuevas Cortes. La Esquerra destacó en beligerancia<sup>[12]</sup>.

El Partido Socialista, al margen de sus antiguos aliados, daba pasos decisivos en la senda de la revolución social. Se desató una campaña interna contra Besteiro, Saborit, Gómez y otros dirigentes de la UGT, que acusaban a los *bolcheviques o leninistas* de «envenenar» a los trabajadores y de preparar «un baño de sangre». La pugna iba a concluir a principios de 1934 con la victoria de los revolucionarios, encabezados por Largo Caballero, «el Lenin español»<sup>[13]</sup>.

Si los burgueses de izquierdas trataron de impedir la reunión de las Cortes y los socialistas empezaron a preparar su revolución, los anarquistas lanzaron el 8 de diciembre su tercer movimiento insurreccional. Fue declarado el comunismo libertario en pueblos de Aragón y La Rioja, y cundieron los sabotajes, atentados y disturbios por numerosas provincias, desde La Coruña o Guipúzcoa hasta Alicante y Almería. Un sabotaje, en Valencia, provocó una catástrofe ferroviaria, con 20 muertos y decenas de heridos. En total, 89 víctimas mortales.

El alzamiento apenas fue seguido en Cataluña, por rivalidades internas. Explica García Oliver: «En Zaragoza radicaba entonces el Comité nacional de la CNT, (...) (con) elementos muy politizados por los efluvios masónico-republicanos de Diego Martínez Barrio y por los (...) del pestañismo. (...) Se acordó ir a un movimiento revolucionario para impedir que el poder fuese entregado a las derechas (...) Fuimos contrarios (...), concretando: 1. Que debíamos considerar sospechosa toda tentativa insurreccional acordada a espaldas del grupo *Nosotros*. 2. Que los motivos alegados para la insurrección —

impedir la entrega del gobierno a las derechas— no tenían por qué afectar a los trabajadores de la CNT, porque si los derechistas triunfaron se debía a que por nuestra propaganda antielectoral los trabajadores no habían votado. 3. Que nuestra propugnada ‘gimnasia revolucionaria’ alcanzaba solamente a la práctica insurreccional de la clase obrera al servicio del comunismo libertario, pero nunca para derribar ni colocar gobiernos burgueses, fuesen de derecha o de izquierda» [14].

El grupo *Nosotros*, que sustituía a otro llamado *Los solidarios*, nació aquel mismo año, al quedar en libertad García Oliver tras su detención por la insurrección de enero [d]. La FAI acusaba a Durruti, Ascaso, García y otros, de hablar en su nombre sin estar inscritos en ella: « Se constituyó el grupo *Nosotros* e ingresamos en la FAI. Se trataba de una transigencia con quienes ya dominaban aquella organización específica », hacia los cuales no sentían la menor simpatía: « Todos ellos eran fugitivos de la clase obrera que, como periodistas, maestros racionalistas o escritores habían logrado el milagro de eludir las restricciones que imponía el acuerdo de no tolerar la duración de más de un año en cargos retribuidos. Disponían de mucho tiempo para conspirar contra el grupo *Nosotros*, cuyos componentes tenían que repartir su vida entre el trabajo en la fábrica o el taller, el agobio de la asistencia a las reuniones, los mítines y las conferencias y la responsabilidad de los cuadros de Defensa ». « Nosotros casi siempre estábamos presos o perseguidos. En cambio, la mayor parte de la pléyade de lidercillos que aspiraban a sucedernos, ninguno de ellos estuvo nunca preso (...) Burgueses a fin de cuentas, se conducían como contrarrevolucionarios ». García Oliver descalifica a Sinesio García Fernández (Diego Abad de Santillán), « tipo tan estafalario como su seudónimo, y de quien se conocía su aparición entre los anarquistas de Buenos Aires ». Y lo mismo a otros faístas [15].

De todos modos, la insurrección de diciembre contra el triunfo electoral del centro derecha fue la más violenta de las realizadas por la CNT. Martínez Barrio consiguió reprimirla, y una semana después podían reunirse las Cortes.

Las nuevas Cortes desagradaron a Alcalá-Zamora. Las izquierdas le mortificaban achacándole un republicanismo insincero y oportunista, y él trataba del mismo modo a aquel Parlamento, pese a los 104 diputados del único partido republicano con raigambre. « Eran Cortes sin idealidad que no sentían adhesión a la República ni conservaban el entusiasmo por la Monarquía: no afianzaban con lealtad al régimen ni tenían decisión para combatirlo ». Las izquierdas le atormentaban con el apelativo de « cacique » y « reaccionario », y él reenviaba el epíteto al Parlamento: « Cortes reaccionarias », y hasta « las más reaccionarias que ha habido » en la historia, aquejadas de « demagogia

epiléptica» . Él prefería las anteriores, y explica: « Para la relación conmigo las Constituyentes se detenían en su enojo al sentirse refrenadas o no enfurecidas por el recuerdo de mi cooperación al triunfo republicano; pero ese recuerdo sólo servía para excitar la ira de la nueva asamblea. En todo y para todas las diferencias influía el remplazo de Besteiro por Alba» , antiguo monárquico, como el mismo Niceto<sup>[17]</sup>.

En cuanto a nombrar gobierno, el presidente tenía un margen de maniobra estrecho: Lerroux o Gil-Robles. Al segundo lo descartaba por su falta de identificación con el régimen, y por antipatía personal. Sólo quedó, pues, la solución Lerroux, aceptada muy a regañadientes. Alcalá-Zamora admite que lo nombró no por gusto, sino por « necesidad parlamentaria, impuesta por la máquina constitucional» . A su juicio, el radical tenía « la más absoluta falta de preparación con que un jefe de partido haya llegado a serlo de gobierno» . « No mostró cualidad ni llevó aportación útil. Su pregonada amplitud de criterio era el desenfreno de la arbitrariedad, que no reparaba en el obstáculo de las leyes» <sup>[18]</sup>.

Por su parte, Lerroux pintará a un Alcalá-Zamora entrometido en asuntos que no le competían, capaz de enredarse en interminables recriminaciones o en recomendar a conocidos suyos para cargos variopintos, al viejo estilo caciquil, etc.: « No se resignaba a su papel sobradamente pasivo para un temperamento dinámico que vivió perpetuamente con ansias de gobernar» . « Su receptividad acogedora era ilimitada para todo género de referencias, generalmente chismes y cuentos» . « Credulidad propicia de Don Niceto, contagiada de la malignidad lugareña» . Esta descripción, aunque lógicamente parcial, debe ser veraz, ya que coinciden en ella Azaña, como ya hemos visto, o Largo Caballero: « pronunciaba discursos extensos para lamentarse de lo publicado por algún periódico o de disposiciones de cualquier Ministro que no eran del agrado de sus amigos políticos. Invertía casi todo el tiempo en bagatelas (...) Esto nos desesperaba» . Con todo, Azaña había tenido a raya al presidente, impidiéndole inmiscuirse en el ejecutivo; Lerroux no iba a conseguirlo<sup>[19]</sup>.

Las discordias entre el viejo y el nuevo republicano empezaron en seguida. El segundo, queriendo contar con un afín en el consejo de ministros, presionó a favor de Maura, pero encontró un firme veto, originado, según aquél, en Gil-Robles. Don Alejandro, que recordaba la actitud de Maura hacia él desde los tiempos del Comité revolucionario, debió de quedar satisfecho de la exclusión; pero, a su vez, tuvo que abandonar su pretensión de ocupar, aparte de la jefatura del consejo, el Ministerio de la Guerra, donde pensaba acometer « una obra de pacificación espiritual» . Don Niceto le hizo desistir, con tenaz persuasión<sup>[e]</sup> <sup>[20]</sup>.

También recelaba Lerroux que el presidente intentaba dividir o manejar al Partido Radical: « Recibía yo confidencias de que Su Excelencia y Martínez

Barrio celebraban entrevistas que ni el uno ni el otro me hacían conocer previamente ni después». Y así era. Cuando, a raíz de las elecciones, Azaña presionó para impedir la reunión de las Cortes elegidas, Martínez informó al presidente, pero no a su jefe de partido, con ser un asunto de verdadera trascendencia. «Creí discreto no hablarle del episodio», resume lacónicamente<sup>[21]</sup>.

El gabinete constó de trece ministros, ocho radicales, más dos centristas, dos independientes y uno del derechista Partido Agrario, que por entonces se declaró republicano. Naturalmente, contaba con la hostilidad de los socialistas y de las izquierdas burguesas, aunque éstas apenas contaban, por lo que la estabilidad gubernamental dependía decisivamente de los acuerdos con la CEDA, ya establecidos en la campaña electoral. Dirá Lerrooux: «me propuse (...) dejar incluidos en plena legalidad republicana y adictos al régimen, por el hecho o por expresa y oportuna declaración, a los partidos citados» (CEDA y Agrario)<sup>[22]</sup>.

La posición del viejo republicano guardaba extraordinaria simetría con la de Azaña en el bienio anterior. Éste había querido asegurar la república mediante la alianza con el PSOE, partido de republicanismo heterodoxo pero sin el cual las débiles izquierdas *burguesas* no podían ni soñar con el poder. Ahora Lerrooux pensaba apuntalar la estabilidad del régimen con la CEDA, atrayéndola a una «república moderada y de orden». Ni la CEDA ni el PSOE eran propiamente republicanos y, sin embargo, de ellos, de su moderación o extremismo, dependía el futuro.

El viejo republicano y el *vaticanista* Gil-Robles tenían coincidencias importantes. Desde antes de instalarse la república, Lerrooux se había alejado tanto de la izquierda obrerista como de la jacobina, y durante el primer bienio había chocado frontalmente con ambas. Su convergencia natural habría sido hacia don Niceto y Maura, si éstos hubieran tenido fuerza real y no hubieran despreciado a los radicales. Ahora, en cambio, disponía de un aliado poderoso.

El acuerdo con los católicos topaba con la tradición anticlerical y masónica del lerrouxismo: Martínez Barrio, ostentaba nada menos que la máxima jerarquía en el Grande Oriente español. La CEDA temía asimismo la fama de corrupción del Partido Radical. No obstante, temía mucho más la ola revolucionaria, y ese miedo abría un terreno de encuentro. Ello aparte, el anticlericalismo de Lerrooux —aunque no el de muchos de sus seguidores— se había aguada con el tiempo. Así, el pacto fue posible, si bien con algunas repugnancias mutuas.

Gil-Robles, por su fuerza parlamentaria, estaba en posición de exigir. Pero, sorprendido por su propio éxito, y con actitud tímida más que moderada, prefirió mantenerse fuera del gobierno, ofreciendo a los radicales un apoyo condicional.

También se apresuró a precaver a sus correligionarios contra revanchismos, y los exhortó a respetar la legalidad. Le preocupaban, afirmó, los bandazos políticos, peligrosos para la paz. Era, en cierto sentido, un talante opuesto al de los anarquistas<sup>[f]</sup>, pero la izquierda tendió a considerarlo signo de flojera.

Alcalá-Zamora motejó de « contubernio » este pacto, indispensable para la estabilidad gubernamental. En su opinión, la CEDA « exigió y Lerroux le concedió sin resistencia y al parecer complacido, la capitulación política sin condiciones del viejo radicalismo » ; sátira incongruente en boca de un católico, puesto que la marca del « viejo radicalismo » era precisamente su furia anticlerical. Para mayor paradoja, el nuevo republicano estrechó sus contactos con el jefe masón Martínez Barrio, quien, tras haber pactado con la CEDA en las elecciones, rechazaba ahora tales pactos y manifestaba un creciente izquierdismo<sup>[24]</sup>.

El 25 de diciembre falleció Francesc Macià, político de peculiar trayectoria e interesante estampa: rostro quijotesco, de expresión algo iluminada y bondadosa, en un cuerpo alto y delgado, de aire ascético. Coronel del ejército, y de ideas monárquicas, optó por el nacionalismo durante la campaña de la *Solidaritat*. Luego había dejado la *Lliga* por encontrarla demasiado pragmática para su afición a los gestos heroicos y gloriosos: « en todas las manifestaciones nacionalistas (...) él representaba la nota extremista que quería ser irreductible » . Según Hurtado, más que en organizar una guerra pensaba en « alimentar con gestos espectaculares de protesta toda la capacidad de emoción de las masas catalanas », afición peligrosa al cabo. Líder del partido secesionista *Estat Català*, al llegar la república, que le encontraba con 72 años, había echado a rodar los pactos de San Sebastián, aunque después tomó una postura más conciliadora. Poco antes de morir había presidido un espectacular desfile de miles de milicianos uniformados, llamados *escamots* (pelotones, en reminiscencia de las *escuadras* mussolinianas), conocidos burlonamente como « el fascio de Macià », de ideología muy confusa, fundamentalmente separatista<sup>[25]</sup>.

A causa del desorden público, el estancamiento económico y la polarización social, la aureola sentimental que rodeaba a Macià había palidecido<sup>[g]</sup>. Ello debió de hacerle sufrir mucho. Amadeo Hurtado, destacado agente de la Esquerra, le atribuye « pasión por la popularidad, sentida como no recuerdo en ningún otro hombre que yo haya conocido. No era una pasión de las que ayudan a crear la complejidad sentimental de alma y que se complace en satisfacciones intermitentes de vanidad o de amor propio, sino que era consustancial en Macià ». « De una simplicidad espiritual que le impedía distraerse en otros amores

pasajeros, veía a la multitud tal como su pasión la había creado con aportaciones del propio sentimiento, distinta a como los demás la veían». Cambó le tenía por simple e iluminado, propenso a lo tartarinesco; Alcalá- Zamora, en cambio, lo apreciaba mucho: «La vieja amistad de Macià conmigo prestó callados pero inestimables servicios a la paz pública para bien de la región catalana y de toda España en general. Prefería él en todas las dificultades hablar directamente conmigo y resultó inútil para sustituirme la presencia en el gobierno provisional de dos ministros catalanes<sup>[h]</sup>. (...) Sentía él una confianza, que en mí resultaba mutua, sobre la seguridad de lealtades, que podían discutir con tesón, pero de ningún modo engañarse» [27].

Aunque al morir pidió los sacramentos y su familia quiso hacerle un funeral católico, la *Generalitat* impuso un entierro laico de la máxima solemnidad. Su memoria fue exaltada tanto en las Cortes como en el *Parlament*. Le sucedió Lluís Companys, hombre de cambiante trayectoria política, y a última hora ferviente nacionalista, aunque no separatista. A Alcalá-Zamora le desagradó la sucesión: «un yerro más y muy grave la inclinación de la incipiente autonomía, que apartaba los hombres de talla como Hurtado o Pi y Sunyer y no pensaba siquiera en los de alguna experiencia y cierta templanza gubernamental, como Santaló, sino que se despeñaba eligiendo a Companys». Quiso restablecer con éste la relación telefónica mantenida con Macià, pero Companys no le hizo caso<sup>[28]</sup>.

La relación entre don Alejandro y don Niceto, a cada paso más tirante, se rompió en abril del 34, antes de cuatro meses de gobierno. El primero había prometido en su programa una amplia amnistía para colaboradores de Primo de Rivera —en especial Calvo Sotelo, hombre de fuerte personalidad política, como pronto demostraría— y para los militares de la sanjurjada. Pero, como se recordará, el presidente había prometido no consentir que los sanjurjistas, aun amnistiados, volvieran al ejército. Idea razonable, expuesta con énfasis, porque la tradición en España, país de amnistías e indultos, era otra<sup>[i]</sup>.

Lerroux quería, por el contrario, que la amnistía incluyese la readmisión de los militares, debido, asegura don Niceto, a «los compromisos por él contraídos con Sanjurjo en 1932». Las Cortes aprobaron la Ley el 20 de abril de 1934, sin apenas oposición porque las izquierdas entraron «en la feria de apresuradas votaciones y enmiendas a aumentar la extensión de la amnistía, a fin de que ésta amparase la impunidad de rebeliones sindicalistas, comunistas o anarquistas mirados ya como afines, que habían luchado contra los gobiernos del primer bienio o contra el reciente de Martínez Barrio», dice el presidente. Los libertarios salieron, en efecto, muy beneficiados, pues la izquierda volvía a considerarlos

aliados contra las derechas, como lo habían sido contra la monarquía<sup>[29]</sup>.

El presidente no claudicó. Al serle presentada la decisión de las Cortes, trató de vetarla e imponer otra discusión parlamentaria. Mas su veto debía contar con el refrendo de algún ministro. Patéticamente, y en vano, intentó ganar su voluntad, interpellándolos uno a uno. « Don Niceto ya no sabía qué decir. En un instante de silencio puso los codos sobre la mesa y cruzó las manos, elevando la mirada al artesonado del salón para no vernos. Parecía un busto en actitud de plegaria»<sup>[30]</sup>.

Tuvo que firmar el decreto, pero en su publicación añadió una coletilla denunciando que se le había impedido ejercer su prerrogativa presidencial. « Sabía que ello provocaría una tempestad de escándalo en las derechas, sin que encontrara defensa ni gratitud en las izquierdas ». Pero aceptó « correr aquel temporal deshecho, a fin de advertir que aún quedaba algún poder republicano resuelto a defender el régimen ». Se sentía, al modo de Azaña, y con desolación pareja, como el solitario adalid de la república<sup>[31]</sup>.

El choque entre el presidente y el Parlamento podía convulsionar al sistema. Gil-Robles, a quien consultó Lerroux, creía que « doblegarse ante el jefe del Estado equivalía a sentar un precedente de gravísimas consecuencias (...) Deberíamos darle la batalla en el Parlamento y destituirle, si fuera preciso ». Pero el líder radical, viendo los riesgos, prefirió dimitir él, y lo hizo el día 25. Entonces, según don Niceto, intervino Cambó, « hombre tan inteligente como peligroso (...) el hombre de más atravesada intención de toda España », el cual, « siempre volatinero, no ya escéptico y acomodaticio, planeó su más desconcertante salto yendo hacia Lerroux, al que propuso elegir presidente de la República, previa mi destitución que aquél se dedicó a organizar cuidadosamente ». El plan se habría torcido por « la resuelta negativa del buen Martínez de Velasco », jefe agrario, y la de una parte, « la mejor en calidad », de los propios radicales. En sus *Memorias*, Cambó no menciona el asunto, y Gil-Robles da otra versión: él mismo propuso a Lerroux un voto de confianza en las Cortes « que supusiera, al mismo tiempo, el de censura contra don Niceto. Se negó en absoluto (...) Le resultaba muy duro derribar al primer presidente de la República, y más con los votos de los monárquicos (...). Además, era poco probable que se consiguiera el número necesario de votos (...) No inspiraba confianza la *Lliga*, ni la minoría agraria ». Por lo tanto, Cambó sería en esta versión un aliado dudoso, y así « se perdió una excelente oportunidad de eliminar a uno de los elementos más perturbadores de la política española », es decir, a don Niceto<sup>[32]</sup>.

De haberse enconado el enfrentamiento, la república habría entrado en una crisis de muy incierta salida. El presidente, por tanto, venció, aunque no tuvo más remedio que aceptar la amnistía votada por las Cortes. El caudillo radical, cuyo

primer gobierno había durado tres semanas, en este segundo había llegado a 120 días. Algo había avanzado.

Para resolver la crisis, Alcalá-Zamora se vio obligado a recurrir de nuevo a los radicales. Marginó por segunda vez a su jefe y encargó formar gobierno a Ricardo Samper, procedente del radicalismo valenciano, « hombre inteligente, aunque oscuro y todavía más oscurecido por una fealdad que pasa de la raya y que proporciona las más fáciles burlas » ; pero « capaz de enterarse y de enterarme de todo » . Quizá pensó en debilitar o dividir con ello al lerrouxismo, que por aquellos días daba señal de desavenencias internas. Lerroux así lo cree: « Don Niceto procuraba espigar en mi campo e iba tomando el pulso a todos los amigos míos que, a su juicio, pudieran convertirse en dóciles instrumentos suyos. Así me restaba fuerzas a mí personalmente y debilitaba al Partido Radical » . Claro que Lerroux podía desautorizar a Samper, y someter al presidente a una humillación como la de junio del año anterior, cuando hubo de recurrir a Azaña después de haberle despedido. Pero el radical volvió a ceder, facilitando a su costa la salida de una situación crispada: autorizó a Samper como lo había hecho con Martínez Barrio. ¿Por qué estas repetidas renunciaciones? Él las define como « sacrificios por amor a la República, (...) generosidad sobre generosidad, abnegación sobre abnegación », en aras de una política « prudente y mesurada (...) preconizando la tolerancia y la reconciliación » . Tal vez. En cualquier caso libró al régimen de varias tormentas<sup>[33]</sup>.

Samper tendría que bandearse en un difícil equilibrio entre su partido y el presidente. No pudo, dice éste, « formar el gobierno como él y yo deseábamos. Hubo que prescindir de la colaboración maurista (...) y vióse, en cambio, obligado a conservar o admitir los que como precio de su precaria y amargada tolerancia le imponía don Alejandro » . Palabras reveladoras de hasta qué punto don Niceto aspiraba a dirigir a Samper y a los ministros, y cuán a su pesar toleraba la influencia lógica del partido lerrouxista<sup>[34]</sup>.

Al presentarse Samper a las Cortes, Azaña hurgó hábilmente en la herida, poniéndole entre las difícilmente armonizables lealtades al presidente y a Lerroux. Samper había declarado su solidaridad con el documento de Alcalá-Zamora, según el cual se le había privado del derecho constitucional del veto... aunque, desde luego, no revocó la amnistía, pues ello hubiera implicado un choque frontal con su jefe de partido, sin cuyo soporte no podría gobernar. Azaña había sido defensor acérrimo del Parlamento frente a la presidencia, pero entonces invirtió su postura: « Hemos llegado, en el funcionamiento de la Constitución y en el régimen, a la situación de que, por vez primera, el jefe del Estado quiera ejercer un derecho privativo y exclusivo suyo que le concede la ley constitucional, y el gobierno (...) valiéndose de la necesidad de un refrendo ministerial (...) le niega el paso al ejercicio de su prerrogativa. ¿Cómo se llama esto (...) sino una usurpación de funciones y de poderes y una infracción de la

Constitución?» . El argumento sonaba extraño, pues si el derecho del presidente dependía de que algún ministro le refrendase, este derecho de los ministros valía tanto como el de aquél.

La requisitoria de Azaña quedó sin efecto, pero tuvo un eco importante: convenció a Diego Martínez Barrio, « y fue entonces —señala éste— cuando yo me dije que mi permanencia en el Partido Radical se hacía imposible» . El 16 de mayo, don Diego encabezaba una escisión que arrastró a una veintena de parlamentarios, doce de ellos, al menos, radicales y masones, debilitando de modo sustancial a Lerroxx. Con esas fuerzas fundará el Partido de Unión Republicana, nombre algo contradictorio, ya que no se unió a ningún otro<sup>[35]</sup>.

Don Diego explicará sus motivos: por un lado, la corrupción del círculo próximo a Lerroxx, argumento inconvincente, pues tal acusación venía desde principios de siglo, y él pertenecía al partido prácticamente desde su fundación. Por otro lado, el acercamiento a la CEDA. En marzo había dimitido Martínez del gobierno, tras un encontronazo con Gil-Robles. Luego le había disgustado la votación de la Ley de Haberes del Clero, aprobada a principios de abril, que dedicaba a tal fin una cantidad menor, en calidad de haberes pasivos, basándose en que los curas habían cobrado como funcionarios. Tuvieron que molestarle también frases triunfales de Gil-Robles, dirigidas a los monárquicos, jactándose de que la «táctica posibilista» había logrado la permanencia parcial de la enseñanza religiosa, algunos haberes para el clero, gestiones con vistas a un concordato con el Vaticano, la amnistía y la derogación de la ley de términos municipales<sup>[j]</sup>. Frases fastidiosas para los alfonsinos, pues indirectamente loaban la democracia, y repugnantes para las izquierdas, las cuales tenían las medidas antirreligiosas por cuestión absolutamente de principios, y ya el 7 de enero, en las Cortes, habían pretendido la intangibilidad absoluta de lo legislado: « No ya una modificación, el solo intento de cualquier rectificación nos parecería un atentado a aquel espíritu de abril de 1931» , había dicho Santaló, diputado de la Esquerra. A lo que Ventosa, de la *Lliga*, había replicado: « ¿Es que vamos a llegar a la conclusión absurda de que estas Cortes no tienen para variar las leyes —con excepción de la Constitución— la misma soberanía que tuvieron las Cortes Constituyentes? (...) No hay tal intangibilidad, que sería contraria a la misma esencia del régimen parlamentario» . Exagerando mucho, don Diego acusará a Lerroxx y a Samper de « derogar toda o casi toda la obra legislativa de las Cortes Constituyentes» . Ni la reforma agraria, ni la reforma militar, ni el sistema de jurados mixtos ni el estatuto catalán ni otra mucha legislación fundamental había sido derogada<sup>[36]</sup>.

A raíz de las elecciones, Martínez había rehusado su apoyo a Azaña cuando éste quiso impedir la reunión de Cortes, pero a partir de la escisión presionó sin tregua a su amigo Niceto para que las disolviese. El presidente quizás simpatizaba

con la idea, pues detestaba aquel Parlamento, pero, considerándose a sí mismo la salvaguardia del régimen, prefería no correr el riesgo. Las elecciones resultantes de una disolución, con unas izquierdas divididas, podían muy bien dar una nueva victoria al centro derecha, y entonces él podía dar por perdida su presidencia. Tenía, pues, que pechar con los radicales, procurando al mismo tiempo debilitarlos, así como a la CEDA.

Don Diego trabajó su escisión secreta y eficazmente, sin plantear en el partido un debate de las divergencias e insistiendo en declaraciones de lealtad a Lerroux. Éste sintió el cisma como un «acto inexplicable», una «puñalada a traición» que «llegó a lo más delicado y profundo de mi alma», «dolor de la herida», «fracaso de tantas ilusiones mías». Parece haber puesto la mayor confianza en su lugarteniente, «antes tan bueno, tan leal y con las manos y el corazón tan limpios», contra quien se desfogará con un retrato penetrante, no podemos decir si ajustado, repleto de sentimiento y resentimiento, también con algo de involuntario autorretrato: «Diego es pensativo, reconcentrado y receloso». «No mira de frente a su interlocutor». «Da siempre la impresión de que le queda algo dentro, algo por decir, que tiene un destello en sus ojos o un susurro en sus labios». «Voz abaritonada, trato afable, talento natural, comprensión pausada, gesto abacial. Vive en perpetua cautela, como si ocultase algún secreto lamentable y temiera vérselo sorprendido». «Adiposo y blanducho, tiene dolencias de criollo: se le creería nacido y mecido en hamacas tropicales. Su mano se entrega para saludar con una concesión o un obsequio galante, pero no *habla* con ese apretón cordial...».

«Como orador es reposado, insinuante, dialéctico, a veces brillante (...) Como político siente arraigadas convicciones liberales, democráticas, republicanas, con aspiraciones de reforma social, en cuyo piélago navega y se pierde sin rumbo y sin brújula, a merced del oleaje revolucionario contemporáneo. Su vida honesta y su conducta limpia ganáronle en el trato social simpatías y consideraciones». «Quienes sospechen el alto y disimulado concepto que Martínez Barrio tiene de sí mismo, comprenderán el drama íntimo de esa alma encendida de amor propio e inflamada de ambición de última hora, cuando ha creído descubrir en sí mismo un estadista. Su discreción y su modestia aparente no son sino aspectos de su timidez. Porque Martínez Barrio es, sobre todo, un tímido de la clase de los estudiados por Marañón. Tímido no quiere decir cobarde. En nuestro hombre se da la paradoja del valor físico pasivo y sin acometividad, y de la cobardía moral a un tiempo mismo. (...). Es fenómeno que se da en los hombres de sexo poco acusado. Como Azaña, como Jiménez Asúa. No tienen amores, no tienen hijos. Sus mujeres propias, otras no conocen, son honestas amigas, sin apetitos sexuales, que cuidan del hogar, aman al compañero y desprecian o compadecen al varón».

Otro rasgo fundamental: «masón sincero y de buena fe». «Se ignora cómo

ni cuándo ingresó en la orden masónica, donde prosperó rápidamente. Sus condiciones de organizador y sus dotes de mando tuvieron aplicación fecunda en estas actividades, que se avenían tan bien con el misticismo de su carácter (...) En la masonería encontró Diego el terreno más adecuado para desenvolver sus aptitudes. Aire de misterio, ambiente confinado, escenario para la imaginación, escaso público y en éste mayoría de ‘refugiados’ sin horizontes mentales, fracasados de otras disciplinas, carentes de sentido crítico». « Es un fruto que no ha llegado a madurar, porque ha preferido vivir en la sombra de los templos masónicos, sintiéndose sin alas para volar cara al Sol y contra el aire. Martínez Barrio ha temido a la luz por miedo exagerado al ridículo». « Y así ha vivido siempre, tanteando, sin atreverse a aprovechar sus grandes facultades de orador, por falta de una cultura, siquiera elemental, cuya ausencia no siempre se puede suplir con la imaginación, ni ha tenido tiempo de remediar más que con la lectura codiciosa y sin método de algunos libros, revistas y periódicos».[37].

No menos que en lo personal hirió a Lerroux la escisión en lo político: « El Partido Radical había llegado a ser, por las circunstancias y sin tener mayoría en el Parlamento, el único instrumento de gobierno para el nuevo Régimen. A destruirlo se dedicaron intrigas y pasiones del Presidente de la República, que fomentó la disidencia de Martínez Barrio, resultando a su vez, por esa complicidad, el catolicísimo Alcalá-Zamora instrumento de la masonería; y coincidentes y sumadas estas fuerzas, herido de muerte el Partido radical, único sostén firme y leal de la República, que quedó entregada a la anarquía. Luego Martínez Barrio fue *desleal a la República*».[38].

Así, la masonería ordenó la escisión, según Lerroux, masón a su vez, aunque escéptico: « Acaso, también el misticismo y la sólida fe masónica de Martínez Barrio hayan podido ser utilizados para volverle contra Lerroux, envenenando su alma, ofuscando su razón». « El fanatismo de la masonería, única fuerza de la Orden, como la fiebre es la de los tuberculosos, empezó a envenenar el alma del pobre Martínez Barrio (...) Recuérdese —coincidencia extraña— que por aquel entonces o muy poco después, Azaña se inició en la Orden» (se refiere a un tiempo anterior, y habla de sí mismo en tercera persona)[39].

Lerroux iba descaminado en lo que se refiere a Alcalá-Zamora, el cual dice haber aconsejado a Martínez Barrio la permanencia en el Partido Radical para defender en él « un criterio republicano» y contener la corrupción. Años después, en plena guerra, don Diego corroborará a Azaña que don Niceto le incitaba a seguir porque « por la vejez y el desgaste de Lerroux, le aguardaban su herencia y sucesión». También le habría dicho a Azaña: « Mientras Lerroux le hacía a usted la obstrucción, yo le hacía la obstrucción a Lerroux». En cambio, la acusación a la masonería parece bastante acertada. Vidarte, discutiendo con los dirigentes del PSOE, estuvo tentado a informarles de que « ante una

proposición presentada en una logia para que se declarara a la Masonería incompatible con el Partido Radical, Martínez Barrio se había decidido a provocar la escisión dentro de este Partido (...) (y) a Salazar Alonso se le estaba incoando un proceso masónico por traidor». Pero no pudo informar de estas cosas «por tratarse de secretos masónicos» [40].

La *orden* sufría por entonces fuertes tensiones. Ya a finales de 1932 se había iniciado un movimiento para reforzar la obediencia masónica entre sus políticos, un tanto relajada después de los primeros éxitos. En enero del 33 se quejaba el Gran Secretario Ceferino González, aludiendo a una falsa idea de los *hermanos* extranjeros: «Creen que, así como los hombres más destacados de la política actual han salido de nuestros cuadros, de nuestras deliberaciones han surgido también las líneas directrices, la orientación y las resoluciones que han determinado la política renovadora (...) Lástima que la realidad nos obligue a reconocer que, si bien es cierto que en algunos de nuestros hombres de gobierno y en no pocos de nuestros diputados la condición de masón supera a su condición política y determina sus decisiones (...) en la mayoría de los casos no sólo se han desplazado esos queridos Hermanos de nuestros trabajos, sino que además dan la sensación de querer desentenderse definitivamente de todo contacto con la Orden». Esta lamentación refleja un anhelo de la *orden* de actuar, no ya como inspiradora, sino como verdadero gobierno detrás del gobierno.

Algunos masones pretendían una cierta ecuanimidad hacia los partidos; así uno, llamado Zayas, exhortó a recordar que «nuestra Orden, eminentemente política, no puede ni debe hacer ésta en partido alguno determinado». Pero el sector extremista, descontento con la evolución del régimen, ganó posiciones, y exigió a los políticos la renovación de los votos masónicos y una conducta disciplinada. El fracaso electoral del 33 había reducido el número de diputados de la *orden* a un tercio de los de las Constituyentes, y Martínez Barrio, que había presidido las elecciones, había perdido prestigio como máximo dirigente del Grande Oriente, que lo era desde 1931. Los tratos del Partido Radical con la CEDA recibían duras críticas. La baja de Martínez en el gobierno, en marzo de 1934, fue interpretada como una presión masónica, y es muy probable que, como indica Vidarte, su cisma final obedeciera a la misma causa. De todos modos, si quiso con ello recuperar la popularidad entre sus «hermanos», fue demasiado tarde, y tuvo que presentar la dimisión de su cargo de Gran Maestre, el 26 de mayo, Dimisión aceptada con cierta sequedad [41].

Otro proceso extremista, el del PSOE, ganaba ímpetu desde principios de año. Desembarazados del grupo de Besteiro, los *bolcheviques* habían formado un comité encargado de organizar la insurrección armada, especialmente el acopio de armas y dinero, la difusión de una mentalidad de guerra civil, la organización de milicias, una red golpista en el ejército, etc. Largo Caballero, que sin duda

recordaba la huelga revolucionaria de 1917, fracasada por impreparación, no quería repetir el mismo yerro. Se sucedían los atentados personales —que terminaron motivando una respuesta sangrienta de la Falange—, acciones de masas, paros generales, etc. Marcaron un hito las violentas acciones contra un congreso de las juventudes de la CEDA en abril, presentado como acto fascista, aunque no lo fuese. Destacó la huelga campesina de junio, con motivo de la recogida de la cosecha, que pudo tener desastrosas consecuencias económicas.

Frente a las tormentas que se fraguaban aquellos meses, no resultó buena defensa para el régimen el nombramiento de Samper, a quien solía considerarse poco enérgico. La izquierda, convencida de la debilidad del centro derecha, recibió el nombramiento con abierta irrisión. Azaña calificará su gestión de «hilarante bufonada» [42].

Y las izquierdas *burguesas* abrieron otro frente. A principios de abril se habían fundido Acción Republicana de Azaña, el grupo radical-socialista de Marcelino Domingo y los galleguistas liderados por Casares Quiroga. El nuevo partido se llamó, en imitación de los catalanes, «Izquierda Republicana». Cataluña, que seguía gobernada por la Esquerra, fue declarada «baluarte de la República», y el gobierno regional se volcó en preparar una revuelta armada. Las primeras escaramuzas tomaron cuerpo a partir de junio, por un conflicto con el Tribunal de Garantías Constitucionales que Samper intentaba solucionar pacíficamente.

En julio la república estaba al borde del abismo. Se rumoreó la dimisión de Alcalá-Zamora, que temía sufrir un colapso por la tensión nerviosa; Azaña preparó un golpe de estado; y los socialistas estuvieron a punto de desencadenar su alzamiento. De momento la crisis fue superada, pero en agosto una extraña alianza de la izquierda con el derechista PNV creó en Vascongadas otro foco subversivo en extremo peligroso.

Los monárquicos, por su parte, seguían empeñados en derribar al régimen, aun si lo gobernaba un partido de centro apoyado en la derecha. En marzo sus dos ramas, carlista y alfonsina, acordaron con Mussolini la recepción de una ayuda cuantiosa en armas y dinero. El plan iba a quedar en nada, pero su mera existencia indica hasta dónde estaba llegando la tensión.

En cuanto a los anarquistas, proseguían su actividad, estorbada por divergencias entre sus líderes. El PSOE buscaba atraérselos con vistas a la insurrección, y a menudo colaboraban en las huelgas, pero la desconfianza mutua resultaba invencible. Los comunistas también preconizaban la violencia.

Como concluía la revista teórica socialista *Leviatán*, al final del verano el país estaba al borde de la guerra civil. Desde la sombra de los tratos secretos y los preparativos clandestinos, reflejados en la extrema inquietud social, numerosas y potentes fuerzas cernían sobre la República las más densas amenazas [k]. La derecha y los radicales, si bien ignoraban las tramas y la envergadura de

aquellos movimientos, estaban tan alarmados por sus signos exteriores que decidieron la caída del gabinete Samper, peligroso a causa de su evidente debilidad.

## Capítulo IV

### EL TRIUNFO DE LERROUX

Al reabrir las Cortes el 1 de octubre, Samper se vio forzado a dimitir, mientras la CEDA exigía entrar en el próximo gobierno. Tuvo que ser un trago amargo para Alcalá-Zamora, quien «no ocultó su contrariedad por la caída de un jefe de Gobierno tan dócil a sus menores deseos», dice Gil-Robles. El presidente hubo de recurrir, por tercera vez, al despreciado jefe radical, con el agravante de admitir también, con gran repugnancia, a la derecha católica. Quiso persuadir a Gil-Robles de que «no le convenía gobernar con aquellas Cortes», pero el líder cedista creía urgente «hacer frente al peligro revolucionario». Lerroux aceptó en seguida la colaboración, venciendo la «apasionada» resistencia presidencial a «lo que era forzosamente ya el eje de mi política: contar con el concurso comprometido de los dos importantes grupos políticos, (CEDA y Agrario) para (...) vincularles definitivamente en la República». El presidente, ante la indeseada alternativa de disolver las Cortes, hubo de aceptar, o, como él dice, «capitular». No percibía la envergadura del inminente asalto revolucionario<sup>[1]</sup>.

Con todo, Lerroux procuró complacer al presidente, nombrando ministros que le fuesen «especialmente predilectos» y sacrificando a Salazar Alonso, el único ministro de Samper partidario —en vano— de empujar a los socialistas a una rebelión prematura. El presidente detestaba a Salazar por haber montado un «ignominioso espionaje» contra él; según Lerroux, se trataba de una «maniática hostilidad de Su Excelencia». Gil-Robles no pidió cartera para sí, y propuso tres ministros aceptables para los republicanos, cosa que admite don Niceto: «elegidos entre los menos sospechosos, o más adictos a la República, de tal conglomerado». También eludió la CEDA los puestos de Guerra o Gobernación, que pudieran interpretarse como coacción al régimen. Uno de los propuestos, el catalanista Anguera de Sojo, fue rechazado por la Esquerra, que lo miraba como a un renegado. En el rechazo abundó Alcalá-Zamora con «intolerable intromisión», dice Gil-Robles, y «hubo un instante en el que pareció inevitable el rompimiento». El jefe de la CEDA se impuso, pero sacó «el triste convencimiento de que el presidente y yo nunca nos entenderíamos»<sup>[2]</sup>.

El 4 de octubre cuajó el nuevo gobierno, el primero de centro-derecha en una

república nacida de la mano de los conservadores para adoptar en seguida un tinte izquierdista, que muchos consideraban ya connatural a ella. Las izquierdas venían advirtiéndole al presidente de que ante un gabinete así se rebelarían, y por un momento esperaron que aquél claudicase. Pero el de Priego era hombre obstinado cuando creía defender principios, y además no daba mucho valor a la amenaza, pues pensaba que sus autores no estaban en condiciones de cumplirla. Sin embargo, los socialistas habían acordado, precisamente, utilizar la entrada de la CEDA en el poder como el « momento psicológico » para lanzar la revolución, dándole apariencia de acto defensivo.

El movimiento revolucionario se desencadenó el día 5 con toda su potencia, y el 6 se le sumaba la Esquerda catalana, empleando al efecto el aparato de la Generalidad. Era la guerra civil, preconizada sin hipocresía por los socialistas. Ya antes de las elecciones del 33 Largo Caballero había advertido: « Haremos la revolución violentamente. Esto, dirán los enemigos, es excitar a la guerra civil. Pongámonos en la realidad (...) estamos en plena guerra civil (...) Lo que pasa es que esta guerra no ha tomado aún los caracteres cruentos que, por fortuna o por desgracia, habrá de tomar » . El momento había llegado<sup>[3]</sup>.

Las izquierdas republicanas, impotentes para otra cosa, emitieron unas notas de apoyo moral a la revuelta. Dos notas, la del grupo de Azaña y la de la Izquierda Radical Socialista hablaban de recurrir « a todos los medios » contra lo que consideraban una falsificación del régimen. Maura se sumaba a la ruptura, llevado, dice su amigo don Niceto, « de su carácter impulsivo y voluble, por la irritación que le causaba el implacable veto de Gil Robles » a hacerle ministro, y por la influencia de Sánchez Román. De modo característico, don Niceto interpreta las notas como dirigidas « todas contra mí: cautelosamente hostil la de Martínez Barrio; destempladamente agresiva la de Miguel Maura; friamente rencorosa la de Sánchez Román; insólitamente ofensiva, casi soez, la de Acción Popular, la cual redactó Casares »<sup>[4]</sup>.

El estado disponía de medios poco eficaces para afrontar la rebelión. « Si el movimiento revolucionario hubiera estallado simultáneamente en toda España, no es posible calcular cuáles hubieran sido las consecuencias » , opinó Gil-Robles. El ejército estaba socavado por la previa y sistemática acción de los socialistas y la Esquerda. « Muchos mandos no inspiraban la menor confianza; en particular, el jefe del Estado Mayor Central, general Masquelet » . Por ello la CEDA presionó para que fuese el general Francisco Franco quien dirigiese de hecho las operaciones, como así ocurriría. Franco, aunque no se adhería a ningún partido, tenía una posición bastante similar a la de la CEDA: no simpatizaba con la república, pero la acataba disciplinadamente. Parece que en aquel octubre del 34, al tomar el mando no oficial, pero efectivo, los monárquicos le urgieron a aprovechar la ocasión para dar un contragolpe derechista, pero él rehusó. Había de dar todavía otras pruebas de aversión a mezclarse en política. Aún estaba lejos

el momento en que decidiera sublevarse<sup>[5]</sup>.

Causó especial sobresalto la rebelión de la Esquerra, la cual proclamó, por boca del presidente de la Generalidad, Companys, el « Estado Catalán dentro de la República Federal Española », mientras buena parte de sus seguidores pensaba en la secesión. Companys había pasado el verano lanzando discursos incendiarios a las masas, con el aplauso entusiasta de los nacionalistas, que veían en él un personaje de « proporciones épicas, de leyenda, mientras que Samper, Lerroix, Salazar Alonso, aparecían en su miserable minusculidad »<sup>[6]</sup>.

Azaña, en contraste, manifiesta una opinión bastante baja del *president*: « No tiene demasiado talento, no brilla más por su carácter. Usa una duplicidad bastante grosera ». « No era más catalanista que cualquier catalán (...) De su nacionalismo nunca se había oído hablar. Este nuevo color de Companys me sorprendió mucho menos que su *democracia expeditiva*, la cual no tiene otra traducción en el vocabulario corriente que la de « despotismo demagógico ». Lerroix le trata con sumo desdén: « Companys ha sido juguete del destino (...) No es bueno, ni es malo; no es listo, ni es tonto ». « Su vida es una oscura tragedia, digna de un pliego de aleruyas (...) Sus devaneos políticos necesitarían el hilo de Ariadna para desenredarlos ». « A solas con su conciencia no podrá explicarse por qué serie de transmutaciones ha venido a parar de castelarista en federal, de reformista monárquico en furibundo hombre de izquierdas, de españolista patriotero en anarco-separatista, y de modestísimo Don Nadie en monigote de la veleta catalana, gobernada por todos los vientos, volviendo la cara a todos los horizontes, sin gobierno sobre nadie, sin autoridad sobre nada, empingorotado sobre todos los niveles, testafarro de todas las voluntades, canciller de todas las villanías, testigo de todos los crímenes, cómplice de todas las infamias y tan irresponsable como los fetos en el Limbo »<sup>[a]</sup>. « Fue pasante en el bufete de Layret. Cuando éste sucumbió, asesinado por el terrorismo, Companys no pudo heredar su talento ni su bufete, pero heredó su acta de diputado a Cortes (...) desde entonces Companys se ha titulado federal y catalanista de los de 'desde el vientre de su madre' ». « El pobre Macià se murió y le sucedió el pobre Companys. La verdad es —y lo digo sin exceptuarme— que en nuestra desgraciada República todo ha corrido parejo: cosas, hechos, hombres y categorías. Por unas u otras causas, la curva de depresión general que la Humanidad viene bajando a trompicones desde hace tiempo, ha cogido de pleno a nuestra generación ». En definitiva, « Tantos años de voces, de esfuerzos, de luchas políticas, para que en la hora precisa de su pretendida liberación (a Cataluña) la represente y dirija Macià, respetable porque está muerto y porque no era mala persona; y en la vacante le suceda un Companys ». Es lástima que Companys no escribiese sus memorias<sup>[7]</sup>.

La intentona de Companys sacudió al país pero fracasó, con cierta

comicidad, a lo largo de la noche, gracias a la destreza del general Batet y, sobre todo, al vacío que hizo la población a los llamamientos de la Esquerra. De modo similar se vino abajo la rebelión socialista en Madrid, inspirada en el golpe nazi contra Dollfus, en Austria. No obstante, 107 personas pagaron con la vida en Cataluña, y 34 en Madrid. En Guipúzcoa, Vizcaya, Palencia y León también hubo sangrientos choques. Pero fue en Asturias donde alcanzó la revuelta su máxima intensidad, durante dos semanas, hasta ser derrotada por el general López Ochoa. Hubo incidentes con muertos en 26 provincias.

Vencer la insurrección costó más de 1.300 vidas humanas. Había sido la intencionada revolucionaria más mortífera, la mejor organizada y armada de cuantas había realizado la izquierda en Europa desde la *Commune* francesa de 1870, si exceptuamos la revolución bolchevique, y justificó las prevenciones de Besteiro sobre el «baño de sangre». La CEDA se atuvo plenamente a la legalidad en sus llamamientos y actitudes, a pesar de que los insurrectos le habían ofrecido inmejorable ocasión para un contragolpe fascista, de haber sido éste su carácter. Quedó patente que no había tal peligro fascista, y que, en cambio, la revolución social entraba en el orden del día de la historia española. En otro sentido la revuelta, aun vencida, dejaba malherido al régimen: los mismos que habían elaborado la Constitución se habían alzado contra ella, creando una situación sumamente inestable.

Pese a la importancia de la conmoción, no hacen la mayoría de los protagonistas un análisis de ella y de su significado. Alcalá-Zamora la reduce a una «prevista e insensata sublevación de izquierdas», de consecuencias «inevitablemente contrarias al espíritu de progreso». En realidad, ni la había previsto, al menos en su alcance, ni hizo esfuerzos por calcular sus efectos. Tampoco Azaña parece consciente de la evolución del Partido Socialista, en el cual iba a seguir haciendo descansar su estrategia política, como si nada especial hubiera ocurrido<sup>[8]</sup>.

En aquel trance Lerroux obró con serenidad, energía y eficacia, como Azaña en agosto del 32 frente al pronunciamiento de Sanjurjo. «Me trasladé, sin perder momento, al domicilio particular de Don Niceto y le presenté a la firma los decretos (...). El Presidente (...) dijo: 'Bueno, Don Alejandro, si usted lo cree necesario, ahí va. En usted pongo toda mi confianza'. Y firmó, exhalando un suspiro». Cuando arreciaba la rebelión de la Esquerra, el viejo republicano autorizó a Batet a demorar su ataque hasta el amanecer y radió el célebre discurso que terminaba: «Bajo el imperio de la ley, vamos a seguir la gloriosa historia de España», que concitó en torno al gobierno una ardiente y mayoritaria reacción ciudadana. Las felicitaciones y elogios a Lerroux en el Parlamento, la prensa y en la ciudadanía, fueron casi generales. Él podía afirmar que, al menos

desde su punto de vista, había salvado al país de un peligro inmenso, en una situación de las que se llaman históricas por antonomasia. Con 70 años había alcanzado la plenitud de su carrera y la cima de su vida<sup>[9]</sup>.

Alcalá-Zamora no se atribuye menor gloria. Él habría despertado y enterado de los sucesos a un dócil Lerroux entregado a Morfeo al empezar la refriega: « le aconsejé que inmediatamente dirigiera la palabra al país (...). Fácil y rápido fue ponernos de acuerdo sobre los conceptos y los términos que él, pocos minutos después, expresaba con acierto y fidelidades de taquigrafía mental. (...) Me llamó por teléfono para consultarme la petición de Batet, quien, seguro de dominar la sublevación de la Generalidad, pedía permiso para atacar cuando comenzase a clarear el día, porque esa demora breve no comprometía el éxito y ahorraría unas doscientas vidas. Sin vacilar contesté a don Alejandro, y éste lo aceptó, que se diera a Batet el permiso». Lerroux no menciona estas supuestas inspiraciones<sup>[10]</sup>.

El peligro corrido en común endulzó pasajeramente el trato entre ambos prohombres. Don Niceto felicitó efusivamente al gobernante, quien anota: « Acaso sea la única vez que Su Excelencia me ha dado motivos de gratitud. No, me equivoco, mucho antes me había concedido el collar número tres de la Orden de la República. El número uno lo tenía él y el número dos Azaña». Incluso le habló de proponerle para académico de la Lengua, dice Lerroux, sorprendido<sup>[11]</sup>.

Otro común motivo de satisfacción debió de ser el arresto, en Barcelona, de su enemigo Azaña, cuya carrera política pareció definitivamente truncada ante el proceso que le fue incoado. Muchos indicios apuntaban a la complicidad del hombre del primer bienio en la intentona revolucionaria, pero no los suficientes, y al final su proceso fue sobreesido. Anota Lerroux que Azaña le « atribuyó responsabilidad en lo que él supuso arbitraria detención y arbitrario proceso»; al gobierno, añade, « le hubiese convenido más que su prisión, su fuga y su expatriación». Palabras algo mendaces, según Alcalá-Zamora, pues don Alejandro « me dijo un día con insólita expresión de odio triunfante, (...) que no pretendería yo lo dejara escaparse (a Azaña)»; sería a Prieto a quien dejara huir Lerroux. La insinceridad de éste se acentúa cuando afirma no haber creído en la culpabilidad del acusado: « Probablemente no había ido a Cataluña en funciones de revolucionario, sino para todo lo contrario». « Si él hubiese supuesto que el pobre Companys iba a dejarse arrastrar a vías de hecho, habría estado en cualquier parte menos en Cataluña»<sup>[12]</sup>.

La versión de Alcalá-Zamora carga sobre el radical: « El proceso contra Azaña era el que apasionaba a Lerroux». « No cedía en cambio el odio contra Azaña y fue inútil que en nuestros cambios de impresiones le indicase mi serena apreciación de que tal proceso acabaría, tras escándalos y rencores, en

sobreseimiento; como habría acabado el que en 1932 pensó Azaña seguir contra Lerroux». Asegura también no haber creído en la complicidad de don Manuel, a quien encuentra disculpas: « A sabiendas de lo que se preparaba, se había situado cerca, pero advirtiendo que el movimiento era equivocado, aunque dispuesto sin duda en el caso improbable de triunfo a utilizarlo personalmente como hombre que volviese a encauzar más o menos ampliado el desbordamiento federalista. Eso en una discusión política y con muy recto y severo criterio moral podía ser censurable, aunque con otra ética realista pudiera excusarse, y aun presentarlo como un previsor y casi patriótico servicio». El presidente se pinta a sí mismo con un talante ecuánime no muy creíble. Azaña expresará en el *Cuaderno de la Pobleta* su convicción de que sin el influjo de Alcalá-Zamora « ni las autoridades subalternas, ni el propio Gobierno, se habrían atrevido conmigo» [13].

Tanto Alcalá-Zamora como Lerroux escriben años después de los hechos y de conocido el desenlace. Pero el 3 de febrero de 1933, cuando se rumoreaban los proyectos de revuelta izquierdista, el presidente recibió un informe según el cual era Azaña el auténtico director de la conjura, y Largo Caballero sólo su « adelantado visible». No acababa de creérselo, y convocó a Lerroux y a Martínez Barrio para discutir el asunto. Lerroux también dudaba de la información, pero Martínez, todavía lugarteniente suyo, habría convencido a ambos de la culpabilidad de don Manuel, informándoles de que éste proyectaba erigirse en « un Mussolini, un Hitler o un Pilsudski de izquierdas». Así lo recoge Azaña de los diarios de Alcalá-Zamora, y le dedica amplio espacio en el *Cuaderno de la Pobleta*, pues tenía para él el mayor interés: había creído que su detención y proceso en el 34 podían haberle resultado « fatales». El *Cuaderno de la Pobleta* data del verano de 1937, en plena guerra, y al enterarse Azaña de lo que había escrito Alcalá-Zamora dos años y medio antes, convocó a Martínez Barrio para pedirle explicaciones. Días antes Martínez le había comunicado los sentimientos de Alcalá-Zamora: « A usted le odiaba. Era usted su obsesión, su pesadilla (...) A mí me dijo que usted era el caudillo de la revolución del 34». Pero ahora resultaba que había sido Martínez quien había convencido de tal infundio a don Niceto. Tuvo que ser una conversación embarazosa. El autor del *Cuaderno* consigna: « Martínez Barrio ha permanecido impasible durante este diálogo, como suele. No ha dejado aparecer ni el menor movimiento de sorpresa, de enojo, de protesta, al enterarse de cuanto don Niceto le atribuye» [14].

A su vez, en sus *Memorias* Martínez Barrio achacará a Lerroux la intención de « suprimir al señor Azaña imputándole delitos imaginarios», y a ese fin, « excitar la pasión pública (...); y, ya excitada, dejar, a la violencia colectiva, la imposición del castigo que no se podría aplicar legalmente». Y afirma haber sido también él mismo objeto de la furia vengativa de su antiguo jefe [15].

Para defenderse de las imputaciones, don Manuel escribió en 1935 un libro, *Mi rebelión en Barcelona*, donde, asevera, « lo he contado todo, con claridad deslumbradora (...) No ha habido nadie, alto o bajo, amigo o enemigo, que haya podido rectificarme ni una sílaba ». Es incierto, desde luego, que lo contase todo, pues, con memoria selectiva, omite hechos clave como sus presiones para impedir la convocatoria de Cortes en diciembre de 1933, sus declaraciones y anuncios de subversión durante 1934, su intento de golpe de estado en julio de ese año<sup>[b]</sup>, o la nota de su partido en octubre, difícilmente emitida sin su autorización, en que amenazaba con emplear todos los medios contra el gobierno legal. Tampoco su estancia en Barcelona, previa a los sucesos de octubre, cuando la atmósfera política estaba tan cargada, y durante los sucesos mismos, se explica satisfactoriamente aludiendo a un « asueto », como él hace<sup>[16]</sup>.

En fin, salta a la vista la insinceridad de todos los implicados en la persecución de Azaña, incluido el perseguido. Cuál fuera la verdad de los hechos es fácil sospecharlo e imposible saberlo, pero aun así las declaraciones de unos y otros encierran una verdad que Alcalá-Zamora describe: « Hay que recordar el terrible odio en que (...) se había convertido la convivencia dentro de (...) los partidos republicanos. Toda agresión entre éstos era verosímil y aun real ». Diagnóstico aplicable, posiblemente, a su autor<sup>[17]</sup>.

Lerroux, en fin, triunfaba sobre sus enemigos tradicionales —los socialistas—, y sobre Azaña y la Esquerra: todos habían rodado a sus pies de un solo golpe, por ellos provocado. El calor de la victoria, había hecho nacer incluso una reconciliación con el poderoso presidente, mientras que, justificando sus expectativas, la CEDA había defendido lealmente, en la dura prueba, la legalidad republicana. El horizonte se había aclarado.

Los paralelismos con la evolución del primer bienio son realmente sorprendentes. Como Azaña, Lerroux había debido bregar, en su primer año de gobierno, con grandes dificultades culminadas en una rebelión, la cual, vencida, había despejado brusca y felizmente el panorama. No sabemos si, como Azaña, creyó a sus enemigos fuera de combate y el camino libre de obstáculos. Si lo creyó, se engañó profundamente, como se había engañado su predecesor. El segundo año de su gobierno iba a contemplar su caída, que había de ser definitiva. Y tal como Lerroux, con la obstrucción parlamentaria, había contribuido al derrumbe de Azaña en 1933, en 1935 iba a tener Azaña, por otros medios, un papel decisivo en la liquidación política del caudillo radical y de su partido.

## Capítulo V

### AZAÑA Y ALCALÁ-ZAMORA ACABAN CON LERROUX

Inmediatamente se planteó para los vencedores el dilema de la represión, en términos parecidos a cuando la rebelión de Sanjurjo. ¿Convenía una actitud clemente, que pacificase los ánimos, o una severidad ejemplarizadora? Sin embargo, la situación era más compleja que en 1932. El pronunciamiento de Sanjurjo podía compararse con el republicano de Villacampa en 1886, también saldado sin penas de muerte, o con la *sanjuanada* contra Primo de Rivera, castigada con simples multas, en el sentido de que era poco representativo y había servido más para fortalecer que para debilitar al régimen atacado. Ahora era distinto: el ataque había empujado a la república al borde de la quiebra.

Escribe don Niceto, «tan pronto como quedó dominada la rebelión barcelonesa cesó la coincidencia entre Lerroux y yo (...) Empezaba la represión, que él quería muy enérgica, y yo la quería obra de la justicia templada por la prudencia». Lerroux dice: «La pena de muerte me parece odiosa, pero más peligroso suprimirla que aplicarla, sobre todo en ciertos casos». Gil-Robles, muy sensible al peligro pasado, exigía «todo el peso de la ley» contra los «cabecillas» [1].

La pugna surgió en torno a la condena a muerte del comandante Pérez Farrás, jefe de las fuerzas rebeldes en la sede de la *Generalitat*, quien había hecho armas contra las tropas del general Batet, ocasionando muertos y heridos. Por su condición militar y por sus actos, reunía los máximos requisitos para que la pena se ejecutara, y por lo mismo, su indulto acarrearía el de los demás dirigentes, civiles y con responsabilidades de sangre menos inmediatas.

Al contrario que las derechas, que no se habían atrevido a pedir clemencia para Sanjurjo, las izquierdas y los nacionalistas se movilizaron por el indulto de Pérez, aunque en 1932 habían exigido la muerte del general. Y personalidades de la derecha, como Cambó o el cardenal Vidal y Barraquer, se les sumaron.

El más decidido a impedir la ejecución era Alcalá-Zamora. Pero encontraba un obstáculo legal similar al del veto a la amnistía de abril del 33: sólo podía ejercer el indulto a propuesta del gobierno, el cual no tenía intención de hacerla. Entonces el presidente, saltando la norma constitucional, reunió a los ministros y prácticamente le impuso el indulto, mientras en una declaración presentaba a

Pérez como «caudillo de las libertades catalanas». Adujo don Niceto «el enorme daño causado, para las pacificaciones políticas, por la severidad que derrama sangre y crea mártires», y recordó que los líderes de la Esquerra habían caído «en el colmo del ridículo, que es lo que más mata». A ello mezclaba amenazas de provocar una crisis, «aunque el indulto me costara dimitir al día siguiente». En otra situación, dice, habría aceptado los términos de la ley, «pero al llegar horas históricas en que se podían comprometer los altos intereses nacionales, el jefe del Estado tenía que salvarlos, recabando para ello por un momento la potencialidad total y latente de sus prerrogativas. Yo estaba resuelto en defensa de la patria y de su porvenir a que no se derramara sangre catalana por delito político y dureza del poder central. Recordaba la efusión con que yo había sido acogido en Barcelona el 26 de abril de 1931; no podía anular el bien patrio de aquella jornada gloriosa» [2].

Gil-Robles estaba furioso ante lo que consideraba impunidad y vulneración de la Constitución por el presidente. Éste había argumentado que no podían oponerse al indulto quienes antes habían amnistiado a Sanjurjo. El líder de la CEDA pensaba de otro modo: «La revolución de octubre fue una cosa muy distinta. Significó un ataque de los núcleos marxistas y de sus cómplices (...) contra la legalidad constitucional (...) El triunfo de la revolución hubiera conducido a los límites mismos de la disolución del Estado; y la falta de castigo de sus más destacados elementos habría significado un estímulo para nuevas rebeldías. Tampoco hay la menor paridad entre la sublevación de Sanjurjo, ahogada en pocas horas (...) y los horrores de la revolución de Asturias, en que se cometieron tantos y tan incalificables crímenes (...) Por último, es absurdo pensar que una política de mal entendida clemencia habría de tener efectos favorables en la pacificación del país. (...) La debilidad del poder público en ocasiones como ésta, acelera el proceso de descomposición en lugar de contenerlo» [3].

Don Niceto logró el indulto, que predeterminaba los demás<sup>[a]</sup>, para exasperación de Gil-Robles: «si nos sometíamos a la coacción presidencial quedaría impune el movimiento sedicioso. (...) La revolución recibiría un aliento extraordinario y la sangre derramada sería sólo precursora de mayores y más tremendas desgracias. Por si fuera poco, el gobierno que se doblegase ante las presiones del señor Alcalá-Zamora quedaría destrozado moralmente, no sólo ante sí mismo y ante las Cortes, sino ante la opinión pública». Pensó en provocar una crisis, retirando a sus ministros y negando su apoyo a un gobierno indultador, pero temía que en tal caso el presidente, «herido y despechado», diera a las izquierdas el decreto de disolución, y con él la posibilidad de manipular nuevas elecciones desde el poder; temor probablemente excesivo. Por lo tanto, pensó en «una situación de fuerza (...) que restaurase la legalidad violada por el

presidente de la República»; es decir, en una presión del ejército. La solución tenía un alto riesgo. Podía equivaler a un golpe de estado, o derivar a él. Sin embargo, tanteó Gil-Robles a los generales Fanjul y Goded. Éstos, después de sondear a sus compañeros, le recomendaron claudicar, «porque el Ejército no está hoy en condiciones de impedir que el poder caiga en manos de las izquierdas, que en pocos días nos desharían». Parece que el juicio de Franco pesó en esta decisión. El jefe cedista, rechinando los dientes, hubo de doblegarse<sup>[4]</sup>.

La CEDA proponía cierta indulgencia con los seguidores de la revuelta y rigor con los dirigentes. Quizá el indulto motivó la conducta opuesta. En los primeros momentos fueron detenidas unas 15.000 personas, y acaso la mitad siguieron luego en la cárcel, en espera de juicio<sup>[b]</sup>; represión proporcionalmente inferior a las del primer bienio. Con ella esperaba el gobierno dificultar la reorganización de los revolucionarios, que no manifestaban síntomas de echarse atrás. Es evidente que los indultos no sirvieron en absoluto para pacificar los ánimos, aunque no está nada claro que las ejecuciones hubieran conseguido el efecto disuasor buscado.

La izquierda consideró el indulto de Pérez como una victoria suya y una derrota —que no un acto de clemencia— del gobierno. Y así era. Unas semanas después de la insurrección, los vencedores se hallaban divididos, con la moral baja y sumidos en un cierto descrédito entre sus propios partidarios.

Es obvio que si la insurrección de octubre no echó abajo la república, se debió ante todo a la contención de la CEDA, la cual, pese a sus pocas simpatías por la legalidad republicana, la defendió frente al asalto de los mismos que la habían instituido. Pero también saltaba a la vista que sin la izquierda el sistema no podía funcionar, y el gobierno mantuvo legales a los partidos insurrectos y a los que habían roto unilateralmente con las instituciones, aunque cerró varios periódicos, que pronto reaparecieron con otro nombre. De la actitud de estos partidos iba a depender el futuro. ¿Mantendrían las mismas concepciones que les habían llevado a la violencia? Si era así, la guerra iniciada en 1934 tenía grandes posibilidades de resurgir en plazo no muy largo.

Y así era. La derrota, ciertamente, había sido dura, pero cabía interpretarla como un fracaso pasajero dentro de una tendencia que, en España y el mundo, conducía al socialismo, según opinión muy extendida. Por un momento tomó fuerza en el PSOE la línea antirrevolucionaria de Besteiro, cuyas advertencias tan claramente se habían cumplido, pero de nuevo fue batido y marginado, bajo la acusación de colaborar en la represión contra sus camaradas. Aprovechando las facilidades legales, el PSOE, la Esquerza y otros se rehicieron con rapidez, para desesperación del centro derecha. El eje de esta recuperación fue una magna campaña nacional e internacional en torno a la represión en Asturias, en la que colaboraron todas las izquierdas, así como la Internacional Socialista, la

Comunista y la masonería, según señala Vidarte, que fue uno de sus principales organizadores<sup>[c]</sup>. La campaña se basó en la difusión de informes que hablaban de una verdadera orgía de torturas, violaciones y asesinatos masivos por parte de las fuerzas gubernamentales. Hoy puede afirmarse que en muy alta proporción esos informes eran exagerados o abiertamente falsos, pero su efecto político y psicológico fue inmenso: la campaña eliminó rápidamente a Besteiro, única posibilidad de rectificación en el PSOE; articuló una nueva alianza entre socialistas y republicanos, con intervención comunista y apoyo anarquista, que sería conocida como « Frente Popular »; y creó entre las masas un ambiente de odio y desquite antes inexistente, al menos en aquella magnitud: al revés que en 1934, cuando se reanudase la guerra en 1936 grandes sectores de izquierdas y derechas estaban dispuestas a tirarse a degüello.

La izquierda se volcó en la exaltación de octubre y sus protagonistas. Alcalá-Zamora erró al creer que el ridículo mataría a la Esquerra. Por improbable que sonase, una hábil y tenaz propaganda convirtió a Companys y los suyos en héroes, a base de descargar las culpas e improprios sobre Dencás, el consejero de gobernación que se había portado con mucha más consecuencia que Companys. Se creó así una ola de sentimentalidad como la producida en 1931 con Macià. El gobierno no derogó el estatuto de autonomía, pero lo suspendió temporalmente, y la Esquerra también aprovechó a fondo este agravio.

Algo similar ocurrió con Azaña, para quien la persecución sufrida, lejos de resultarle fatal, como él temía, le resucitó a la vida política. Antes de fin de año salió libre del proceso por complicidad en el alzamiento, y luego de otro caso oscuro: la venta de armas a un grupo revolucionario portugués para un golpe de estado en el país vecino. Las armas habían pasado después a los socialistas españoles, a través de una operación realizada por Prieto (el famoso asunto del barco *Turquesa*). Azaña protestará que sólo concedió ayuda humanitaria a los lusos exiliados, pero realmente les había concedido armas, cuyo destino él conocía, según revelan anotaciones de sus diarios como la del 31 de octubre de 1931. En los tratos había participado el mejicano Luis Martín Guzmán, a quien ya hemos visto en la empresa de crear un grupo de prensa azañista y volveremos a encontrar pronto en el escándalo del *straperlo*. Es imposible saber si Azaña conoció la adquisición de las armas por Prieto. Sabedor de la falta de pruebas se permitió la burla de que, puesto que la operación del *Turquesa* había ocurrido bajo el gobierno Samper, ¡éste sería en todo caso el responsable!

Circuló esos meses un manifiesto firmado por intelectuales como Américo Castro, Marañón, Azorín, Valle-Inclán, etc., en el que se acusaba al gobierno de una persecución contra don Manuel que « quizá no tenga precedente en nuestra historia ». Algo exageraban, pues el perseguido estuvo en prisión menos de tres

meses, fue absuelto en seguida por el Tribunal Supremo, y las Cortes votaron contra su segundo proceso por el tráfico de armas. En tan favorable coyuntura, el alcaláino escribió *Mi rebelión en Barcelona*, libro de gran difusión, en el cual aseguraba no tener relación con la intentona de octubre, y sufrir una sañuda y deliberada injusticia del gobierno. Esto le ganó una aureola de víctima.

A lo largo de 1935 Azaña pronunció varios discursos de masas en los que, contradiciendo en parte sus afirmaciones de *Mi rebelión*, justificó el levantamiento de octubre, loó a sus dirigentes y contribuyó a la campaña sobre la represión. Al tiempo trataba con Prieto, exiliado en Francia y luego en Bélgica, con vistas a rehacer la conjunción republicano-socialista. Creía, ilusoriamente, que el PSOE era el mismo de 1931. Prieto, desde luego, sí era el mismo, pero sólo representaba a un sector del partido. El otro sector, encabezado por Largo Caballero, seguía en ruptura con las izquierdas *burguesas*, con las que sólo aceptaba un pacto ocasional, para ganar las elecciones, y no la alianza estratégica que meditaban los otros dos. Se desató una durísima pelea entre los dos bandos socialistas. Prieto no fue arrollado como lo había sido Besteiro, pero la hegemonía, aunque disputada, quedó en manos del sector *bolchevique*, Largo, que a finales de 1935 salió libre «por falta de pruebas», volvió a proclamar sus intenciones revolucionarias. Su oponente no quería ni oír hablar de una repetición de la experiencia de octubre.

Pero la posición prietista, al revés que la de Largo, era débil y ambigua. No osaba declararse contra la revolución, como lo había hecho Besteiro, sino que camuflaba su pensamiento bajo una desmesurada exaltación de la gesta octubrina y de la urgencia de liberar a los presos, a fin de orientar sentimentalmente a los socialistas hacia una colaboración electoral con los republicanos de izquierda, esperando que esa colaboración se prolongase en una política general, al estilo del primer bienio. Así Prieto, mucho más que Largo, impulsó la campaña sobre la represión, que tanto iba a agriar los ánimos en el país.

A lo largo de 1935, año tranquilo en cuanto a disturbios y luchas externas, la vida política se complicó con la irrupción del Partido Comunista. Hasta entonces, éste no había conseguido abrirse un hueco en competencia con grupos tan fuertes como el PSOE y la CNT, pero supo explotar la leyenda de octubre con más brío y energía que nadie, y eso le permitió multiplicar su influencia. Aliándose con el sector de Largo, diseñó una táctica de infiltración y atracción del PSOE, que daría importantes frutos. Esta asociación con los «socialfascistas», como llamaba anteriormente a los socialistas, se afianzó después del VII Congreso de la Comintern, celebrado en Moscú, a finales de julio, y en el que fue consagrado el apelativo de «Lenin español» con que se conocía popularmente a Largo en España.

Para entonces la Alemania nazi se había convertido en la pesadilla de Stalin,

quien, convencido del próximo estallido de una guerra interimperialista, fundaba su estrategia en ganar tiempo y procurar que el conflicto surgiese en Occidente y no en su frontera. A ese fin, el VII Congreso impuso la estrategia de los Frentes Populares, amplias coaliciones que debían ser orientadas insensiblemente hacia la revolución. Su táctica consistiría en agitar intensamente contra la Alemania nazi y destruir en cada país las raíces del fascismo. Como en la terminología soviética el concepto de fascismo era sumamente amplio, y sus raíces se confundían fácilmente con las del capitalismo en general, un gobierno de Frente Popular se concebía como una etapa «en vísperas de la victoria de la revolución». Dado que en España la amenaza fascista seguía siendo inexistente o insignificante, el frentepopulismo se enderezaba de lleno contra la CEDA, y significaba en la práctica el completo aplastamiento de la derecha. La cual, lógicamente, sólo podía ver aquellos designios con inquietud acrecentada.

El suceso políticamente más trascendental de aquel año fue la demolición del Partido Radical y la liquidación política de su jefe, por un asunto de corrupción que pasaría a la historia con el nombre de *straperlo*. Buena parte de la historiografía le concede escaso relieve<sup>[d]</sup>, pero se trató de una intriga magistral con rasgos de tragedia, en que los personajes y sus pasiones cooperaron a un resultado funesto para ellos, pero sobre todo para la república.

El “Straperlo” (de Strauss y Perl —o Perle, o Perlo—, sus inventores) era una ruleta promovida por un aventurero holandés de origen judío y naturalizado en México, llamado Daniel Strauss. Aunque los juegos de azar estaban prohibidos en España desde la dictadura de Primo, su promotor argüía que el suyo no era propiamente de azar. Strauss contactó en 1934 con políticos de la Esquerra, pero la *Generalitat*, se desinteresó del invento. Entonces recurrió a políticos radicales, como Pich y Pon o Aurelio Lerrooux, sobrino y ahijado de don Alejandro. Creyéndose autorizado por Salazar Alonso, el holandés hizo funcionar su juego en el casino de San Sebastián el 12 de septiembre de dicho año, pero el ministro ordenó clausurarlo a las pocas horas. Luego, durante la revolución de Asturias, volvió a funcionar en un hotel de Mallorca, hasta que Gil-Robles, enterado, presionó para que fuese prohibido otra vez.

El defraudado aventurero trató de resarcirse mediante el chantaje. Parte de su inversión había consistido en regalos, como relojes de pulsera de oro, a algunos políticos radicales, y utilizó esos sobornos para presionar, en abril de 1935, a Lerrooux. El asunto tenía poca enjundia: el juego, de azar o no, apenas había llegado a funcionar, y, en definitiva, «al lado de lo de Staviski<sup>[e]</sup> esto es un *affaire* de calderilla», como comentaría el juez especial encargado del caso. Strauss propuso por dos veces al jefe radical un arreglo económico si quería librarse del escándalo. Lerrooux no contestó siquiera a quien tomó por un vulgar maleante. Y tal vez era maleante, pero no vulgar, como se vería: el caso iba a

resultar más demoledor que el de Staviski en Francia.

Lo que cargó de pólvora política el asunto fue la intervención de otras manos, mucho más expertas que las del holandés en las interioridades del poder hispano. El 30 de junio de 1935, el chantajista hizo llegar a Martín Luis Guzmán una carta sobre gestiones hechas por el actual Gobierno respecto a la concesión que me diere para el juego en San Sebastián y Mallorca. El asunto es de suma importancia, sobre todo para Azaña, y por lo mismo quisiera ponerme de acuerdo con usted». Guzmán contestó el 15 de julio: «Mucho interés político tiene, en verdad, el asunto que propone, y nosotros lo acogeríamos desde luego, a condición de cuidar a nuestro arbitrio la elección del momento en que sea oportuno hacer uso de la información. Si usted está de acuerdo en esto, fijaremos en seguida los detalles de la entrevista».

Quizá fuese Prieto, entonces exiliado en Bélgica y cerca, casualmente o no, de la base de operaciones de Strauss, quien encaminase a éste hacia el ex gobernante español. La entrevista entre Azaña y el *straperlista* o algún agente suyo debió de concertarse con premura. Prieto recordará, vagamente, cómo habló con Azaña en Bruselas «cuando nos encontramos allí —él iba de paso para Holanda y yo residía en Ostende— el verano de 1935». Azaña viajaba para ver una exposición internacional. Y escribe Chapaprieta, político que iba a tener que ver en el asunto: «Queriendo tener antecedentes de Strauss, se había encargado a la representación de España en Holanda que los proporcionara. Esa información acusó la presencia en aquel país, durante el verano de 1935, del señor Azaña, celebrando allí misteriosas conferencias. Era ciertamente de toda verdad que el señor Azaña había tenido contacto con Strauss o con persona que a ése representaba, y casi seguro también que les había sugerido el envío de la denuncia al presidente de la república, el cual creía, y yo no estaba muy lejos de ello, que el principal autor de todo aquel tinglado había sido el señor Prieto, a la sazón huido de España».

Y, en efecto, el 5 de septiembre el inventor del *straperlo* remitía un amplio informe a Alcalá-Zamora, mientras la oposición preparaba a la opinión pública, a base de rumores. La intención de comprometer al presidente y ejercer sobre él un chantaje político (en contraste con el económico sufrido por Lerroxx) salta a la vista, pues si se tratara de pedir justicia por un perjuicio, la documentación habría sido enviada a los tribunales. El presidente se percató de que en la maniobra no estaba solo el *straperlista*: «Observábase pleno dominio de la sintaxis (...) aunque hubiese bastantes galicismos intencionales, aunque no más en número de los que usual y deliberadamente empleaba Prieto. Mi sospecha (...) no era vana. A poco la casualidad del regreso de un íntimo mío, que acababa de hablar con aquél en Bélgica, me lo confirmaba plenamente». Gil-Robles advertirá «una pluma ágil, puesta al servicio de una mente lúcida, para la que no resultaban extraños el ambiente político y los problemas que pudieran apasionar

a un español. Era curioso, por otra parte, que en una reseña tan minuciosa quedaran casi por completo en olvido las primeras actividades del denunciante en España [se refiere a los contactos con la Esquerra] (...) Figuraban, por el contrario, intercaladas en el relato, habilísimas referencias a personas de relieve político, pero ajenas a los hechos, con el único objeto de atraer sobre ellas el interés del lector» .

¿Estaban realmente Azaña y Prieto tirando de los hilos de la intriga? No es fácil imaginar otra cosa, y, desde luego, las víctimas obraron sugestionadas por los indicios de que así era. Pero tenemos un testimonio más concluyente en Vidarte: « Yo había conocido en París a Gaston Cohen Debassan, abogado muy compenetrado con nosotros y primer pasante de Henri Torres (...) Recibí su visita en Madrid. Ahora me habló de un asunto que iba a traer muy graves consecuencias, el del *straperlo* (...) Me comunicó Debassan que Prieto y Azaña estaban perfectamente enterados del asunto por Martín Luis Guzmán, y que de ellos había partido la idea de que Strauss recurriese al presidente de la República». Torres era el abogado de Strauss y el mismo que había montado la gran campaña en pro de Macià cuando éste fue detenido por su simulacro de invasión de Cataluña durante la dictadura de Primo de Rivera.

Todo indica, pues, que Cohén, Torres, Azaña, Prieto y Strauss actuaban de consuno en un negocio en el que se entiende mal el interés del último, ya que no está clara la tajada que pudiera corresponderle. Evidentemente a Strauss le interesaba el dinero y no el escándalo, y es improbable que actuase por el placer de vengarse de Lerroux, a quien ni siquiera conocía. Pero los socialistas exiliados, o algunos de ellos, disponían de cuantiosos fondos, procedentes del asalto a varios bancos en Asturias, durante la revolución. Posiblemente una parte de ese dinero terminase en los bolsillos del inventor del *straperlo*, a cambio de la explotación política del caso. Esto, claro está, no pasa de ser una especulación, pero autorizada por el conjunto de los sucesos.

Si Alcalá-Zamora actuaba en función de la denuncia, daría a ésta el máximo relieve político. Sin embargo, no había, en principio, razón para que hiciese al *straperlista* más caso del que le había hecho Lerroux. Los documentos remitidos eran fotografías, no originales, con insuficiente respaldo firmado, lo que les restaba validez ante un tribunal; y el delito, si lo había, tenía poca monta. Pero, sobre todo, resultaba anormal que un jefe del estado consintiera en servir de cauce a los manejos de un probable delincuente extranjero, como le haría observar Chapa- prieta. Más correcto parecía dejar que Strauss acudiese, si quería, a un juez.

No obstante, don Niceto afirmará en sus *Memorias*: « Quedé aterrado. Vi toda la magnitud del escándalo». No es fácil creer ni el terror ni la magnitud<sup>[4]</sup>, a menos que se considere otro factor, obvio y quizá por eso poco explícito en los

escritos presidenciales. Pues, si permanecía pasivo, D. Niceto podía ser presentado como encubridor de un delito, e importaba poco que esa falsa apariencia, creada ex profeso, fuese desmentida, porque las personas que el presidente adivinaba al fondo de la trama habían probado su maestría en organizar masivas campañas de acusaciones, como la que estaba en curso sobre la represión en Asturias, con la polvareda consiguiente, más dañina en el ambiente envenenado que vivía España. El *terror*, por tanto, tenía fundamento y había de condicionar las reflexiones de los políticos.

No menos obvio, y seguramente calculado, era el hecho de que la denuncia proporcionaba a don Niceto un arma estupenda para acabar con el jefe radical, cuya permanencia en el poder se le hacía ingrata. Sólo quien conociera la aversión entre don Niceto y don Alejandro podía haber tenido la idea de remitir al primero aquellos informes. Y el presidente obró de acuerdo con tales expectativas. Aprovechó una crisis inesperada, el 20 de septiembre, motivada por disensiones menores entre varios ministros, para sustituir a Lerroux por Chapaprieta, que carecía de respaldo parlamentario. El cambio era una provocación a los radicales y a la CEDA, los cuales podían derribar de inmediato al nuevo jefe de gobierno. Pero vivían bajo la espada de Damocles de la disolución parlamentaria, y ambos partidos tascaron el freno. Lerroux, muy desanimado, aceptó la cartera de Estado, a ruegos de Chapaprieta, que buscaba la concordia.

Sólo después de este cambio mostró Alcalá-Zamora los documentos de Strauss al asombrado Chapaprieta, el cual, de haberlos conocido antes, quizá no hubiera aceptado formar gobierno. Ante el hecho consumado, optó por continuar y recomendó al presidente dar por no recibidos los dudosos papeles, a lo que el presidente pareció avenirse.

Pero a los pocos días Lerroux iba a labrarse inadvertidamente, como en los dramas, su desgracia. En desagravio por su expulsión de la jefatura del consejo, diputados radicales y cedistas le hicieron un homenaje, de fuerte repercusión política, el 8 de octubre en el hotel Ritz. Como bien lo vio don Niceto, el acto « era de preparación hacia su imposible retorno al poder y de protesta contra mí ». Gil-Robles declaró en el banquete que una nueva disolución de las Cortes tendría que computarse como la segunda a que tenía derecho el presidente, con lo que le amenazaba implícitamente con la destitución si osaba disolver la Cámara y la CEDA volvía a ganar las elecciones. Lerroux manifestó su despecho al brindar por la presidencia de la república, pero señalando que convenía distinguir entre la calidad del cargo y la de la persona que lo ocupaba.

El festín despertó la ira del presidente, y suele considerarse que fue lo que le incitó a utilizar abiertamente los documentos de Strauss. Aun en la distancia de los años, sus *Memorias* rezuman satisfacción algo feroz cuando recuerda: « A los pocos días (...) hubo una serie de tardías indigestiones políticas a consecuencia de

tal banquete, casi tantas como cubiertos», debido a que «fue ya imposible retardar más el planteamiento oficial de los escándalos».

Y, en efecto, el día 14 entregó los documentos al gobierno. Gil-Robles, algo asustado, supo que Chapaprieta conocía los papeles antes del homenaje del Ritz y no le había advertido. Sospechó un contubernio entre aquél y el presidente para complicar a la CEDA en el embrollo. La confianza dentro del gabinete sufrió un rudo golpe, que lo disgregó todavía más.

Defendiéndose de las acusaciones posteriores de Lerroux por haberse prestado a servir de instrumento al chantajista, Alcalá-Zamora argumentará que la denuncia sólo le dejaba «la senda estrecha, directa e ineludible» marcada por «los inflexibles deberes del Derecho Público», los cuales, le obligaban a «entregar el asunto al jefe del gobierno, por ser tal mediación constitucionalmente ineludible». Sin embargo, no fue exactamente así como obró, ya que retuvo durante un mes los documentos, y antes de entregarlos los utilizó de forma solapada para destituir a Lerroux. Tampoco Chapaprieta creyó en aquel «ineludible deber», sino en una maniobra del de Priego para traspasar su responsabilidad.

Si el presidente pudo haber hecho caso omiso del aventurero, el gobierno no podía hacer lo mismo con el presidente, así que pasó los documentos al fiscal del Tribunal Supremo, pero acordó mantener el asunto en secreto mientras no comenzasen las indagaciones judiciales.

Entre tanto, los promotores de la maniobra, ignorantes de su efecto, habían pedido a Alcalá-Zamora la devolución de los papeles, en vista de que no parecían interesarle, y debieron de resolver dar ellos mismos estado público al *affaire*. Dice Chapaprieta: «Hube de enterarme en el Congreso, por cierta confidencia, de que el señor Azaña, en el mitin que había de celebrarse el domingo siguiente en el campo de Comillas de Madrid, se proponía tratar muy principalmente el asunto de Strauss (...) Queríase, por sorpresa, envolver al gobierno en una campaña de escándalo que, desde el primer momento y antes de que pudiera defenderse, le colocara en situación difícil ante la opinión pública».

Amedrentado por la maniobra que preveía, el gobierno torció su decisión de mantener secreto el caso. Tratando de «desgraciarle» el argumento a Azaña, se adelantó a él anunciando públicamente los papeles del estraperlista y su entrega al Tribunal Supremo. Azaña, fuera por haber perdido la oportunidad de levantar la liebre, o porque le conviniera más que fueran sus adversarios quienes lo hicieran, o porque en realidad no hubiera pensado tocar el tema, apenas lo mencionó. De inmediato se desató una tremenda campaña de prensa, y el pavor de los aliados de Lerroux a las salpicaduras les empujó a dar estado parlamentario a las acusaciones. El caudillo radical, dolido y desmoralizado, se encontró «más solo que si hubiera aterrizado por avería en la inmensidad del desierto». El único que se opuso —en balde— a una comisión parlamentaria fue

Cambó, aduciendo que, según la Constitución y el reglamento de las Cortes, sólo después de que el fiscal estimase verosímil el delito y el juez apreciase responsabilidades personales, podría la Cámara nombrar una comisión que formulase la acusación correspondiente. Al adelantarse al fiscal de aquella manera, las Cortes actuarían como Convención o Comité de salud pública. Gil-Robles, en cambio, habló de « responsabilidades políticas » y cedió a « las duras exigencias de la pasión política, hecha entonces realidad viva dentro y fuera de las Cortes » .

De esa pasión, mezclada con la de la campaña antirrepresiva, y del tinte que tomaba en la calle, dan idea frases como las del líder comunista José Díaz en un mitin el 3 de noviembre: « El régimen actual, podrido hasta la médula, engendra a esas *gentes honradas* (...) cuya misión es reprimir ferozmente al pueblo para que los de arriba les toleran sus chanchullos. En otro régimen (...) de los trabajadores, esta planta de ladrones y embaucadores será extirpada radicalmente. Y si no, ved lo que pasó en Rusia. Pero si a los obreros que trabajan y a los trabajadores honrados se les aplica la Ley de Vagos, ¿qué habrá que hacer con estas gentes? (*Voces: colgarlos, cortarles la cabeza*). Ya llegará el día en que podamos aplicarles la justicia popular » . El tono iba tomando carta de naturaleza en el país.

En este clima, la comisión se puso en marcha sin más trámite. Semanas antes había replicado Lerroxx a una insinuación del presidente sobre posibles ataques parlamentarios por el *straperlo*: « Don Niceto, lo que yo tengo es la conciencia de mi razón y de mi fuerza. Cuando me comparo con toda esa chusma de la que puede salir el preguntador o interpelante, y considero que todos ellos están complicados en los crímenes de Cataluña y de Asturias Sin embargo, había perdido el nervio y la inspiración de otros tiempos, y cayó en una cierta sentimentalidad senil, observable también en su libro *La pequeña historia*. Arrostró mediocrementemente la ofensiva, que en el Parlamento no le llegó de la izquierda (aunque sí, y sin concesiones, en la calle) sino de la extrema derecha, monárquica y falangista, interesada en descomponer la alianza de partidos que aún permitía funcionar al régimen. José Antonio, en palabras de fuerte eco, descalificó al Partido Radical y la colaboración de la derecha con él.

La extraña abstención parlamentaria de las izquierdas respondería a un refinamiento de la intriga, tan hábil que resulta difícil creerlo. Cuenta Vidarte que el mentado Cohen le había preguntado por las posibilidades de los socialistas para crear escándalo en las Cortes, y Vidarte le había respondido que los monárquicos cumplirían mejor ese papel: « Le aseguré que la tradición política española, incluso en la monarquía, había sido siempre de una total honestidad; la mayoría de los más importantes políticos monárquicos habían muerto sin dejar fortuna y muchos de ellos, por sostener sus tinglados caciquiles, hasta se arruinaban con la política. Si el asunto iba al Parlamento, no serían necesarios nuestros votos, y

Lerroux quedaría solo». En todo caso, así ocurrió.

El 28 de octubre se vio el caso en las Cortes. Lerroux salió exonerado, pero también derrumbado anímicamente. « En dos horas viví cien años », recordará. Su ahijado y otros seis políticos radicales fueron destituidos de sus cargos, entre ellos varios conocidos, como Pich y Pon o Sigfrido Blasco Ibáñez<sup>[g]</sup>. Josep Pla asegura que los observadores de aquella sesión sentían « físicamente cómo (...) la república se devoraba a sí misma » y corría a una catástrofe propiciada por « la acción, omisión o miedo » de mucha gente.

El caso del *straperlo* obró como un ácido en todas las juntas de la alianza gubernamental. Dimitieron Lerroux y Rocha, ministro de conducta venal, los radicales quedaron enfurecidos con la CEDA y con Chapaprieta, y las relaciones entre éste y Gil-Robles enturbiadas por la sospecha, mientras los alfonsinos denunciaban el pacto de la CEDA con los radicales, tratados en bloque como corruptos y masones. Unas semanas después, otro escándalo bien orquestado daba el golpe de gracia al Partido Radical: el asunto Nombela-Tayá, intento de pago de una indemnización excesiva, a costa del erario público, a Tayá, un industrial catalán con antiguos y quebrados negocios en Guinea. Nombela, un militar que había de sublevarse en 1936 contra el régimen, denunció el intento, que tampoco pasó de tal, pero él fue destituido. Nuevamente los monárquicos atacaron en el Parlamento, y la izquierda en la calle, con prosas demoleedoras y en extraña combinación.

Para la izquierda fue una victoria impresionante, lograda sin apenas esfuerzo. Los autores inmediatos de la voladura del centro habían sido el jefe del estado, las extremas derechas y, por inhibición, los mismos aliados de Lerroux. Todos ellos habían actuado de la mejor manera que pudieran haber soñado Azaña y Prieto. La atención pública quedó desviada de los procesos a los dirigentes de octubre por el desvalijamiento del Banco de España en Oviedo, etc. « No hubo desde aquella hora —dice Lerroux— más que ‘Straperlo’ y denuncia Strauss ». « Las dificultades económicas, los proyectos de la ley de restricciones, el expediente (...) sobre el alijo y el contrabando de armas (...) la próxima y deseada vista del proceso Largo Caballero (...) Todo (...) quedaba en la sombra ». Pero, hubo otra ventaja aún mayor: durante un año entero las izquierdas republicanas habían coaccionado en vano al presidente para que liquidase aquellas Cortes, y ahora una maniobra afortunada a partir de un evidente chantaje, dejaba al borde del colapso la alianza de centro-derecha y ponía a la vista los nuevos y ansiosos comicios.

Todo indica, pues, que en la intriga habían entrado Azaña y Alcalá-Zamora, cada uno con sus motivos y pasiones. La postura del primero no se entiende sin su concepción básica de una república de izquierdas, en que la derecha representara un papel decorativo. El Partido Radical, aparte de ser, en opinión del alcaláino, « una infección », permitía a la derecha retar e imponerse a lo que él

representaba y quería. Aparte de las cicatrices y agravios personales de las pasadas luchas, y de la persecución después de octubre, Azaña veía en Lerroux el obstáculo principal a sus objetivos y por eso le había impedido gobernar en octubre de 1933, había vuelto a intentarlo después de las elecciones de noviembre, y le había hostigado sin tregua a lo largo de 1934. Vencido, al parecer definitivamente, en octubre del 34, había renacido políticamente para dar en el blanco de manera casi inverosímil, acabando de golpe con el viejo republicano. Confiado en que el apoyo socialista le daría suficiente base para llevar a cabo su programa, la eliminación de Lerroux, enemigo personal y obstáculo político, sólo podía verlo como algo a celebrar.

En cuanto a Alcalá-Zamora, su motivación es más oscura. Sus enemigos y algunos que no lo eran le atribuían un personalismo obsesivo, y desde luego sentía aversión y desprecio por Lerroux. Pero había otro ingrediente que bien pronto había de salir a flote. Él buscaba equilibrar el régimen con un partido poderoso de centro, y la caída del caudillo radical le ofrecía la oportunidad de heredar y encauzar, a través de políticos adictos, la opinión centrista.

El Partido Radical quedó abandonado de la opinión y sumido en el desconcierto. No era una pérdida menor para el régimen. Había sido el único partido republicano con verdadera fuerza, y gracias a él había sido posible superar de manera no traumática la disolución de las Constituyentes, y luego encontrar un recambio a la política de izquierdas. Rehuyendo el extremismo desde el nacimiento de la república, había afrontado la revolución sin caer en el contragolpe o la proscripción de los rebeldes, y gracias a esa actitud, respaldada por la CEDA, seguía el régimen en pie, aun si seriamente tocado. Al hallarse en medio de unas izquierdas y derechas antagónicas, el Partido Radical había permitido un juego político algo por encima del simple encontronazo. Su hundimiento constituyó una catástrofe semejante a la derrota de Besteiro en el PSOE. Los acontecimientos parecían empujar fatalmente a una reanudación de la guerra civil.

Debieron de ser los momentos más tristes en la vida de Lerroux. Apenas un año antes estaba en la cúspide, con todas las bazas en la mano, y de pronto veía su nombre arrastrado por el fango, y a su partido, el esfuerzo de su vida, hecho trizas. «Es preciso haber sufrido algo semejante. Sólo aquellos que hubiesen alcanzado este privilegio del dolor podrán comprenderlo», asegura. El golpe le había alcanzado en su talón de Aquiles, la corrupción de algunas camarillas del partido. Esto fue sin duda significativo. También lo fue que el escándalo superase en mucho a la corrupción.

Terminaba de este modo una carrera novelesca, que de lo más bajo había llegado a lo más alto para hundirse, final y súbitamente, a manos de sus dos grandes rivales, los primeros poseedores de la Orden de la República. El *straperlo* fue el Casas Viejas de Lerroux, con dos diferencias: la gravedad de los hechos,

muy superior en los de 1933, y los resultados, mucho más rápidos y definitivos en 1935. Ya no iba a quedar tiempo a don Alejandro para una resurrección como la de Azaña. Y a la república tampoco.

## Capítulo VI

### ALCALÁ-ZAMORA DA FIN AL BIENIO « NEGRO »

Don Niceto redondeó la destrucción política de Lerroux con la expulsión de la CEDA del poder, tras un año de tiranteces y desacuerdos.

El año 1935 debió de haber sido el de la CEDA, cuando ésta pudo por fin aplicar su programa: reforma de la Ley Electoral contra la excesiva prima a las mayorías; reforma en profundidad de la Constitución, sobre todo en sus artículos antirreligiosos; corrección de la reforma agraria; un vasto plan de inversiones, reforestación del país, y pequeñas obras públicas para comunicar y llevar agua a miles de pueblos, eliminar pasos a nivel y disminuir el paro. Después de octubre no debía haber obstáculo a estos planes, máxime cuando también el presidente anhelaba la reforma electoral y la constitucional. De las cuestiones agrarias se encargó el ministro Giménez Fernández, que entendía lo que traía entre manos bastante mejor que sus colegas del primer bienio. Para el saneamiento de la Hacienda resultó apropiado otro ministro —a partir de mayo—, Joaquín Chapaprieta, independiente pero identificado con el centro derecha, un tecnócrata *avant la lettre*, según lo define el historiador Seco Serrano.

Pero todo salió mal. En primer lugar, a causa de la inestabilidad política, que impidió la continuidad del esfuerzo. Inestabilidad causada, no por las izquierdas, que aunque agitaban sin tregua precisaban tiempo para recuperarse, sino por el presidente, hostil a la combinación de centro derecha.

Un nuevo indulto en abril, el de González Peña, jefe de la rebelión asturiana, movió a Gil-Robles a retirarse del gobierno. Lo que no había logrado el alzamiento en armas lo había alcanzado el presidente con su coerción. El siguiente gabinete no podía sostenerse sin apoyo de la CEDA, y duró sólo un mes. A principios de mayo, la CEDA volvía al poder. Gil-Robles, desasosegado por el avance de las tendencias revolucionarias, exigió cinco Ministerios, entre ellos el de la Guerra para sí mismo. Pensaba hacer del ejército un sólido valladar frente a nuevas revueltas, y se apresuró a invertir la política de nombramientos de Azaña, poniendo en los cargos decisivos a personas de su confianza, como Franco, Goded o Fanjul. Al mismo tiempo reforzó la capacidad material y profesional de las fuerzas armadas, con vistas a garantizar la neutralidad de España ante la contienda europea que se vislumbraba en el horizonte.

En mayo, por tanto, la derecha volvió con impetu, como resuelta a poner por

fin en práctica su programa. Mal podía imaginar el poco tiempo que le quedaba: menos de cinco meses. A finales de septiembre, como hemos visto, Lerroux fue sustituido por el antes ministro de Hacienda, Chapaprieta. Éste, en un plan de sobriedad económica, empezó por suprimir dos Ministerios que tenía la CEDA, aunque Gil-Robles siguiera en Guerra. El nuevo gabinete, cuarto en lo que iba de año, fue remodelado al mes siguiente, a causa del *straperlo*, y duró menos de tres meses, bajo tensiones que obligaron dimitir a Chapaprieta a principios de diciembre. Entonces pareció que, por fin, la CEDA podría actuar con desembarazo, ya que sólo un gabinete de carácter cedista dispondría de apoyo parlamentario. Pero, en un viraje final, el presidente arrojó definitivamente del poder a la derecha católica. Estos golpes sucesivos de don Niceto crearon una situación convulsa e impidieron a la derecha aplicar su programa.

Entre tanto, la «reforma de la reforma agraria» de Giménez Fernández quedó en buena medida desvirtuada por el boicot de sectores de su propio partido. La reforma electoral se fue aplazando al encontrar oposición en grupos de la derecha y el centro, unos porque pensaban beneficiarse si salían mayoritarios, otros porque temían perder posiciones ventajosas en las alianzas que se produjeran. Los planes de inversiones para combatir el paro no hubo tiempo de aplicarlos. Tampoco se pudieron cerrar los procesos judiciales por la insurrección de octubre, bandera permanente de agitación de las izquierdas.

El conflicto decisivo se produjo con motivo de la revisión constitucional. Aunque Gil-Robles y Alcalá-Zamora coincidían en lo fundamental sobre el contenido de la reforma, su visión de la oportunidad política era opuesta. Acordar la reforma de la Ley básica suponía la disolución parlamentaria y nuevas elecciones a unas Cortes, que, como Constituyentes, decidirían sobre los cambios propuestos. Naturalmente, si los reformistas perdían esas elecciones, su proyecto naufragaría en el ridículo. Gil-Robles, por tanto, quería acometer la tarea como culminación de un período de estabilidad que le permitiera desarrollar su programa y medidas económicas, de cuyo esperado éxito derivaría el triunfo en las urnas y la seguridad de la revisión constitucional. Alcalá-Zamora, muy al contrario, tomaba la reforma como una oportunidad de que las Cortes se mataran ellas mismas y él retuviera intacto su derecho a una posterior disolución. Así lo señala Chapaprieta que por un período intimó con el presidente. Éste, pues, deseaba la reforma para cuanto antes, y ya a principios de 1935 presentó un estudio al efecto. Pero el gobierno la aplazó, absorbido por la liquidación de octubre, la campaña izquierdista y el problema de los indultos<sup>[1]</sup>.

Por tanto, el juego entre la presidencia y la CEDA giró en torno a la disolución parlamentaria y a la manera y momento de efectuarla. Don Niceto, con la esperanza de una autoeliminación de las Cortes, contemporizó mes tras mes con unos ministerios que detestaba, e incluso toleró, muy a regañadientes, el incremento de las carteras de la CEDA en mayo. A su vez, Lerroux y Gil-Robles

soportaban las presiones presidenciales por el temor recíproco de que don Niceto resolviera disolver por su cuenta, arriesgando una victoria electoral de sus enemigos. Pues si a raíz de la revuelta de octubre sonaba impensable una tal victoria de las izquierdas, conforme pasaban las semanas se evidenciaba la recuperación de ellas y el debilitamiento de los gobernantes, al que no era ajena la actitud presidencial. Por esa causa crecía la aprensión de la derecha, en paralelo con su urgencia por ganar tiempo y estabilizar la situación.

Frustrado su intento de hacer la revisión a principios de 1935, don Niceto juzgó que « luego fue ya tarde » . ¿Por qué? No lo aclara, aunque es bien explícita su crítica: « Las Cortes derechistas, aplazando la reforma de la Constitución, pretendieron con ilusión insensata llegar a los cuatro años » . La « ilusión » no suena insensata, sino lógica, pues para cuatro años habían sido elegidas en principio, y lo que resalta es el designio presidencial de impedirles cumplir el plazo. Con el paso de los meses, el presidente fue restringiendo la prevista revisión hasta que, a principios de diciembre, y para asombrada irritación de Gil-Robles, hablaba de limitarla al artículo 125, el mismo que establecía las normas para hacer la reforma. Esta marcha atrás desde las amplias modificaciones por él propuestas inicialmente a la Constitución —a su entender « la más defectuosa y menos viable de sus coetáneas en el mundo y de sus antecesoras en España » — debió de tener alguna relación con la expectativa, cada vez más acentuada, de que las elecciones siguientes las ganarían las izquierdas. Los actos de don Niceto a finales de año sugieren un deseo de congraciarse con los probables ganadores<sup>[2]</sup>.

En diciembre el asunto reventó como una infección purulenta. Don Niceto rechazó los apremios de Gil-Robles en pro de un período de estabilidad previo a la reforma. Una etapa derechista estable era lo último en que pensaba quien, desde el primer momento, había socavado la avenencia entre los partidos gobernantes, creando cuñas y desconfianzas entre ellos<sup>[3]</sup>. Cuando tuvo claro que la derecha no propondría la modificación constitucional mientras no se enderezase la situación política y económica, el presidente resolvió deshacerse definitivamente de la CEDA y arrostrar la segunda disolución de Cortes.

Los detalles de la ruptura son por demás ilustrativos. Gil-Robles, todavía ministro, comprobó indignado cómo era sometido a una vigilancia que sólo podía provenir de inspiraciones presidenciales. Tuvo una entrevista con don Niceto, quien dejó transparentar su voluntad de acabar con las Cortes, desbaratando los planes de la CEDA. Gil-Robles, angustiado, rogó ardorosamente a don Niceto que no hiciera tal en momento tan inoportuno, en que la derecha salía con una imagen de fracaso mientras la izquierda retornaba, al menos moralmente, en pie de guerra. Su oponente hizo oídos sordos, y el cedista le acusó de expulsar a la derecha de la legalidad. La posición de Gil-Robles era, en efecto, delicada. Había intentado probar la posibilidad de una política de derechas en la república, y

ahora quedaba sin argumentos frente a los monárquicos, mientras crecía la inquietud en la opinión conservadora. « Todo el porvenir trágico de España se presentó a mi vista », dice. Advirtió al presidente: « Triunfen en las urnas las derechas o las izquierdas, no quedará otra salida, por desgracia, que la guerra civil » ; y le pronosticó la destitución, ganara quien ganara<sup>[4]</sup>.

A su vez, Alcalá-Zamora sustenta su negativa a dar el poder a Gil-Robles, en que éste « había sido elegido en 1933 entre la lista de enemigos de la República, aliado con monárquicos, y haciendo su propaganda sobre la condenación del 12 y del 14 de abril de 1931. Después había rehusado hacer explícitas declaraciones de plena adhesión al régimen (...) Hacía falta por todo ello (...) que fuese elegido sin alianza monárquica y con inequívocas declaraciones republicanas (...) Además convenía que se impusiera al núcleo fascista de su partido, el más ruidoso y el más mimado hasta entonces por él ». Mas la verdad completa era que la CEDA había respetado la legalidad, y la izquierda no, sin que ésta recibiera tan rotundas objeciones. Y no existía el « núcleo fascista » como él llamaba a las juventudes cedistas, pues éstas, si adoptaban gestos asimilables al fascio, nunca pusieron en pie milicias, con sus desfiles, uniformes y violencias, lo que sí hicieron las juventudes de la Esquerra catalana y los socialistas. Gil-Robles recuerda la conversación « durísima, violenta. Como pretendiese, por ejemplo, el señor Alcalá-Zamora justificar su negativa a entregarme la confianza (...) en el hecho de que yo no había votado la Constitución de 1931, hube de recordarle incisivamente: 'Es cierto; pero tampoco juré, como otros, la Constitución de la Monarquía » »<sup>[5]</sup>.

Desesperado, el aún ministro de la Guerra comunicó al general Fanjul: « Estoy convencido de que el decreto de disolución en que piensa el presidente, contrario a toda ortodoxia constitucional, representa un golpe de Estado que nos llevará a la guerra civil (...) Si el Ejército, agrupado en torno a sus mandos naturales, opina que debe ocupar transitoriamente el poder con objeto de que se salve el espíritu de la Constitución y se evite un fraude gigantesco de signo revolucionario, yo no constituiré el menor obstáculo y haré cuanto sea preciso para que no se rompa la continuidad de acción del poder público ». Eso, naturalmente, era alentar a un golpe de estado, aun con la exigencia de que el ejército restableciese el orden constitucional, vulnerado por el presidente, a juicio de Gil-Robles, y permitiese nuevas elecciones en plazo breve. Los generales deliberaron, pero Franco les convenció de que « no podía ni debía contarse con el Ejército para dar un golpe de estado ». Otras gestiones parecidas de Calvo Sotelo y de José Antonio se estrellaron contra la postura « del gallego », quien, en sus *Apuntes personales*, afirmará años después que respetaba la república sin amarla: si el régimen fracasaba « que no sea por nosotros ». Sólo aceptaba la rebelión en un caso extremo, de revolución inminente. ¿Eran sinceras sus palabras? A

menudo se han interpretado como un designio de destruir la república, sólo frenado por la convicción de que el ejército carecía todavía de preparación para la faena. Es posible. Pero los hechos son que se marginó de la *sanjurjada*, disuadió tres proyectos de golpe, y cuando se sublevó en julio del 36, después de bastantes títubeos, lo hizo en condiciones mucho más desfavorables que en 1934 o 1935: desde fuera del poder, con las fuerzas armadas más divididas que nunca y con pocas expectativas racionales de victoria<sup>[6]</sup>.

Si la disolución parlamentaria aterrorizaba a Gil-Robles, las siguientes medidas presidenciales le enfurecieron. El poder fue encomendado a un oscuro político, Manuel Portela Valladares, ex ministro de la monarquía, como don Niceto, y se formó «un modesto gabinete de secretarios de despacho, en cuya última fase de constitución jugaron papel decisivo los señores Cambó y Chapaprieta». La CEDA lo recibió con abierta hostilidad, y volvió a producirse un choque entre dos poderes del estado. Portela no podía gobernar sólo con la confianza presidencial, y la de las Cortes estaba claro que no iba a conseguirla. Se trataba de un gobierno contra el Parlamento, algo similar al de septiembre de 1933, cuando Lerroux formó su primer consejo de ministros, derribado en cuanto se presentó a los diputados. Para evitar el mismo peligro, Portela, de acuerdo con el presidente, suspendió las sesiones parlamentarias hasta el 1 de enero. No obstante, Alcalá-Zamora pretendía que las Cortes continuasen «hasta muy entrada la primavera de 1936», si bien cerradas por un tiempo, mientras se calmaba «la furia del jefe de Acción Popular», y que aprobasen, entre otras, una nueva Ley electoral. La suspensión, aunque dudosamente legítima, era legal en principio. Pero, complicada en seguida con otras exigencias constitucionales, iba a colocar al presidente en una posición insostenible, arruinando sus proyectos<sup>[7]</sup>.

De esta manera caótica y entre los más sombríos presagios, terminaba el bienio de centro derecha de la república.

El bienio llamado «negro» por la propaganda izquierdista, fue según ésta un período de retroceso económico y político, hundimiento de salarios, hambre extendida, parálisis de la enseñanza pública, liquidación de la reforma agraria y represiones masivas. La expresión «bienio negro» ha hecho fortuna entre historiadores y comentaristas acríticos. No obstante, los datos disponibles muestran un balance nada desfavorable en comparación con el período azañista.

Así, los ingresos per cápita subieron ligeramente: de 1.022 pesetas, promedio de los dos años del primer bienio, a 1.055 del segundo. Mejora pequeña, pero esperanzadora: hasta finales de 1933 la inversión privada, sacudida por los sucesos de la época, experimentó un fuerte descenso. En cambio, en el bienio «negro» se observa una recuperación de la confianza, con aumento de las empresas fundadas y crecimiento de la producción industrial y el comercio

exterior. 1935 fue el año económicamente más prometedor de la república. La idea de que las mejoras beneficiaron a las capas altas de la población, mientras los trabajadores padecían miseria y hambre, tampoco concuerdan con los datos. Los sueldos, en general, no cayeron y en algunos casos crecieron, pese a que los empresarios protestaban de que las alzas salariales, sin correspondencia con la productividad, frenaban los negocios. Otros datos lo corroboran: el número de fallecidos por hambre, que en 1933 alcanzó su ápice con 260, volviendo a cifras de principios de siglo y duplicando muy ampliamente las de 1930, inició un retroceso, si bien ligero, con 239 muertos en 1935. También la mortalidad general siguió una lenta curva descendente (10.000 menos que en 1933). Lo cual indica que no hubo nada semejante a un desplome de las condiciones de vida de los más humildes, a pesar del aumento del desempleo, ligero al principio (de 620.000 parados en diciembre de 1933, a 670.000 en el mismo mes de 1934), más fuerte luego (a finales de 1935 llegaba a 780.000), en parte a causa de los procesos de racionalización económica y del saneamiento financiero de Chapaprieta, del cual sólo hubo tiempo de experimentar los sacrificios, y no las esperadas ventajas. En general, las denuncias sobre la extrema agravación de la miseria hay que verlas como parte de la propaganda revolucionaria de la época, aunque hayan gozado de crédito largos años<sup>[8]</sup>.

En cuanto a la enseñanza, debió de mejorar. Frente a un prejuicio muy extendido, los presupuestos de instrucción pública aumentaron considerablemente. El primer bienio gastó en ese rubro 577 millones de pesetas, contra 685 el siguiente. La construcción de escuelas continuó al mismo ritmo. Contra afirmaciones de Marcelino Domingo según las cuales la construcción de escuelas había bajado de 13.000 en el primer bienio, a 3.400 en el segundo, el total de nuevas escuelas fue de 10.000 durante toda la república, con cifras semejantes en los dos periodos. La recuperación parcial de la enseñanza religiosa constituyó otro factor favorable. Tampoco fue abolida la reforma agraria, aunque la nueva reforma impulsada por la CEDA quedase atenuada o desvirtuada por sectores del propio partido. En 1934 se triplicó el ritmo de asentamiento de colonos con respecto al periodo azañista, con una mejora en el tamaño de las parcelas, y en 1935 las cifras siguieron siendo superiores a las de 1933. Otro dato contrario a los estereotipos propagandísticos es que los presupuestos militares descendieron respecto a los del primer bienio: Gil-Robles obtuvo un presupuesto extraordinario de rearme, de 1.500 millones de ptas. para tres años, que no llegó a aplicarse, pero el presupuesto normal bajó de 693 millones para Guerra y Marina en 1933, a 596 millones en 1935<sup>[9]</sup>.

El bienio logró, pues, avances modestos pero indudables. A pesar de sus fracasos políticos y legislativos, parece haber resultado, en conjunto, algo mejor que el primero para las condiciones de vida de la población.

En orden público, la mejora es aún más acusada. Contra las leyendas sobre

represiones brutales, el número de muertos en tumultos o por asesinatos políticos descendió notablemente: en la etapa azañista murieron 203 personas en esas circunstancias, contra 72 en el bienio « negro » (exceptuamos los fallecidos en 1931 así como los casos especiales de la insurrección ácrata de diciembre de 1933, que correspondió a un gobierno de centro izquierda, y la insurrección de octubre de 1934). Importa señalar que la casi totalidad de las víctimas, tanto en el primero como en el segundo bienio, lo fueron en disturbios organizados por la izquierda, o por atentados del mismo origen. En la derecha sólo la Falange y ocasionalmente los carlistas o los nacionalistas vascos ocasionaron víctimas por atentado, siempre en número muy inferior al de sus contrarios<sup>[10]</sup>.

La comparación entre los dos bienios arroja bastante luz sobre la evolución de la república. Como dijimos, hay sorprendentes paralelismos entre las dos épocas. En la primera se intentó consolidar el régimen mediante una alianza entre los republicanos de izquierda y los socialistas: tal fue la estrategia de Azaña. En el segundo, la consolidación debía provenir del pacto entre los radicales y la derecha católica, según quería Lerrooux. El bienio azañista resultó políticamente mucho más estable que el lerroouxista: sólo dos gobiernos, uno de ellos breve —un verano—, y el otro relativamente largo, un año y medio. Por el contrario, el centro derecha dio lugar a siete gobiernos, aparte de varias remodelaciones, con un promedio de algo más de tres meses por cada uno.

Este desequilibrio sorprende. En principio, las ventajas en cuanto a estabilidad estaban casi todas del lado del proyecto lerroouxista. Azaña carecía de un partido medianamente sólido e implantado, su representación era escasa, y sus amigos radical-socialistas todavía más inconsistentes, aun si disponían de más diputados. La Esquerra, otro apoyo importante, sufría las limitaciones de su carácter regional. Por contra, el partido de Lerrooux disfrutaba de mucha más raigambre, organización, militantes y representatividad. En las Constituyentes superaba él solo a la suma de los azañistas y radical-socialistas, y en las siguientes Cortes sobrepasaba ampliamente a todos los republicanos de izquierda juntos.

En cuanto a la base extrarrepblicana de apoyo, el PSOE tenía seguramente mayor solidez, asentamiento y disciplina que la CEDA, pero como puntal del régimen resultó flojo, y desde mediados de 1933 se transformó en ariete contra él. La CEDA evolucionó a la inversa, de un mayor alejamiento a un mayor acercamiento e integración en la legalidad republicana, aun teniendo en cuenta los dos momentos extremos en que Gil-Robles bordeó el golpe de estado frente a una actuación del presidente a su vez dudosamente constitucional.

Otros dos factores permitían apostar por la estabilidad del centro derecha: de una parte, el mayor respeto entre sus dirigentes. Gil-Robles observa: « Juzgué en todo momento a don Alejandro Lerrooux muy superior a su partido. De su ideario me apartaba un abismo; de sus amigos y de sus antecedentes me separaba todo (...) Pero (...) cuando sentados frente a frente examinábamos los problemas de

España, pude advertir en él claridad de juicio, sentido humano, lealtad en el proceder, nobleza de corazón y acendrado patriotismo» [11]. En términos parejos corresponde el líder radical. En segundo lugar, entre Alcalá-Zamora y la derecha había grandes afinidades políticas e ideológicas, aparte de la identidad católica de ambos, en contraste con el anticatolicismo de las izquierdas, fuente de roces y disgustos para el presidente durante el primer bienio.

¿Por qué, con estas ventajas de principio, la gobernabilidad del centro derecha resultó mucho más sobresaltada que la de la izquierda? El fracaso de la estrategia azañista se explica fácilmente por el carácter algo etéreo, orgánica y doctrinalmente, de sus republicanos, y por la ambigüedad primero y hostilidad final del PSOE, actuando sus ex aliados anarquistas como detonador. Es decir, tenía desde el principio, en su propio seno, factores muy fuertes, casi invencibles, de disgregación. En el caso del proyecto lerrouxista de una «república de orden», un factor de su fracaso fue la hostilidad incondicional de las izquierdas, que se colocaron en el terreno de la guerra civil, cosa que no había hecho la CEDA en el primer bienio. Pero, una vez sofocadas las revueltas, el centro derecha debió haber salido reforzado, y en un principio ocurrió así. Lo que impidió su estabilización no fueron, pues, las izquierdas ante todo, sino, claramente, Alcalá-Zamora. Azaña se jacta de haber tenido a raya la irreprimible tendencia del presidente a perturbar sus gobiernos durante el primer bienio. Ni Lerroix ni Gil-Robles pudieron felicitarlo de otro tanto.

Y contra lo que pudiera esperarse de las afinidades religiosas y políticas, don Niceto mostró mucha más intransigencia con la CEDA que con las izquierdas o el propio PSOE, por el cual manifiesta en sus *Memorias* cierto aprecio y afán de disculpa. La razón de su acritud hacia la derecha católica no está del todo clara. Él la fundamenta en el carácter no republicano de ésta, pero el argumento resulta inconvincente, por las razones antes expuestas. Hay otras causas probables. La CEDA representaba a unas masas derechistas que habían escapado al caudillaje de don Niceto, y ello debió de ser motivo de amargura para él. Estaba además el prurito, común a Romanones y otros, del conservador deseoso de una aureola «progresista», y por ello muy sensible a las burlas y acusaciones de la izquierda. Los dicitos de «reaccionario» y «cacique» escocían al presidente que, como hemos observado, reaccionaba lanzándolos a su vez contra la derecha. En fin, sea cual fuere la causa, lo cierto es que don Niceto se convirtió en un verdadero azote del centro derecha, en una medida que no había osado contra la izquierda.

## Capítulo VII

### DESCOMPOSICIÓN DE UN RÉGIMEN

A primera vista, las medidas de Alcalá-Zamora en el otoño de 1935 parecían alocadas, incluso suicidas: un conservador, partidario de moderar la república, liquidaba el centro político y expulsaba a las fuerzas conservadoras. Pero el cálculo del presidente era, en principio, perfectamente racional. Aquél mantiene en sus memorias su tono constante de reconvención a quienes desoyeron sus consejos, sin aclarar en qué los fundaba, pero Chapaprieta y Portela, los hombres que debían haber realizado los planes presidenciales, explican mejor éstos; y la sucesión de los hechos no es menos indicativa.

Las jugadas de ajedrez de don Niceto se basaban en dos expectativas que él creía sólidas, no sin buenas razones: en primer lugar, creía a la derecha desgastada, como a la izquierda después de Casas Viejas. Contaba, pues, que en las siguientes elecciones la CEDA experimentaría un fuerte retroceso. Portela subraya que frente a los masivos mítines de Azaña en 1935, las concentraciones derechistas quedaban deslucidas. La izquierda triunfaría, probablemente.

Ahora bien, la presumible victoria izquierdista no debía de parecer temible al presidente, porque difícilmente sería arrolladora, y la reforma de la Ley electoral impediría mayorías aplastantes en el Congreso. Entonces, el árbitro sería el centro, su opción predilecta. Quizá tenía en cuenta el vaticinio de Ortega, de que la república se equilibraría después de un período necesario en que la izquierda primero y la derecha después « vomitasen sus necesidades ». De ahí que la liquidación de Lerroux y su partido no le pareciesen un mal, sino un bien: la opinión de centro no iba a desaparecer, lógicamente, porque se hundieran Lerroux y su partido, y él, don Niceto, sería el inspirador y guía de esa opinión. Mataba a Lerroux, en términos políticos, para heredarle, y de paso purificaba al centro de la corrupción radical. Chapaprieta anota cómo el presidente le dijo « con vehemencia y poniendo en sus palabras el acento de una gran convicción » que el partido de centro en que pensaba obtendría « no menos de 150 o 160 diputados ». El previsible triunfo izquierdista quedaría debidamente compensado<sup>[1]</sup>.

Sería Portela el encargado de llevar a la práctica el proyecto, en torno a un nuevo partido, el Centrista Democrático. Empresa arriesgada, improvisar un partido en unos meses, pero lo mismo había sucedido en 1931, y además Portela,

aunque ya de edad, (68 o 69 años), había sido durante la Restauración un cacique muy hábil en fabricar éxitos electorales. La república iba, por fin, a « centrarse » .

Y por otra razón poderosa, ya mencionada, prefería don Niceto la victoria izquierdista. Si ganaban las derechas, las Cortes le destituirían por haberlas disuelto innecesariamente; en cambio, las izquierdas, de triunfar, no podrían declarar improcedente una disolución que les había dado el poder.

El jefe de la CEDA entendía la situación muy de otra manera: « Se quiere formar artificialmente un grupo de unos 150 diputados, que quizá se queden sin el cero para convertirse en una tertulia. Pero la lucha no va a ser entre caciques, sino entre dos grandes fuerzas que van a disputarse el dominio de España; una de ellas, la de la revolución, para imponer la dictadura del proletariado y destruir los valores nacionales. No se ventila ahora un problema de régimen, sino un problema entre nosotros y la revolución y sus cómplices » ; y el cómplice mayor sería Alcalá-Zamora, por abrir el camino a aquélla y dejar a la CEDA en una pésima posición. Los monárquicos abrumaban a Gil-Robles con sus críticas por haberse dejado desplazar mansamente del Ministerio de la Guerra, en lugar de haber aprovechado el puesto para preparar un golpe de estado<sup>[2]</sup>.

Las izquierdas miraban complacidas las providencias de Alcalá- Zamora, pues desde el primer momento habían deseado la liquidación de aquellas Cortes. Y ante las previsible elecciones se presentaban unidas, al revés que en 1933, mientras que las derechas exhibían sus rencillas. También debía de agradecerles la brusquedad con que el presidente había expulsado a Gil-Robles del Ministerio.

Pero los sucesos se precipitaron, y en dirección opuesta a la pensada por Alcalá-Zamora. Su pretensión de que Portela se sostuviera a base de aplazar las sesiones parlamentarias, se vino abajo ante la oposición frontal de las derechas.

La primera suspensión del Congreso fue prorrogada un mes más, hasta el 1 de febrero. El 2 de enero Gil-Robles escribió al presidente de las Cortes, Santiago Alba: « La suspensión de sesiones por el Gobierno implica una manifiesta violación de la Constitución vigente, que equivale a un golpe de Estado y coloca al presidente de la república y a su Gobierno fuera de la ley » . Poco después las derechas presentaron a la Diputación permanente de las Cortes una petición de responsabilidad criminal contra el gobierno por un delito contra la Constitución y otro penal, en relación con la prórroga de los presupuestos y la suspensión de sesiones, más una segunda acusación, que no reunió firmas bastantes, contra don Niceto<sup>[3]</sup>. La petición iba a ser estudiada el día 7, y tenía el suficiente fundamento como para que Portela y Alcalá-Zamora, a fin de eludir el peligro, resolvieran ese mismo día acabar con las Cortes de un plumazo y convocar elecciones.

De esta manera precipitada y no muy digna quedó disuelto el segundo Parlamento de la república, sin reforma de la ley electoral. Comparando la actitud de los diputados de los dos periodos, concluye Alcalá-Zamora: « No hay paralelismo más completo que el de los dos bienios en yerros, excesos y por mi parte de consejos y advertencias totalmente inútiles» [4]. Es significativo que estos sucesos, de la máxima trascendencia histórica, reciban en sus *Memorias* una superficial atención: apenas dos páginas en que las acusaciones genéricas sustituyen a la concreción de los datos.

En seguida comenzó la campaña electoral, con un tono de implacabilidad desde el primer momento. Según Alcalá-Zamora, « La campaña electoral fue toda ella demagógica, pero mucho más violenta la derechista y más cautelosa la de izquierda» [5]. Esto es cierto en relación con él mismo, pues la izquierda le mostraba, lógicamente, menos antipatía. Pero, en líneas generales, su afirmación no se ajusta a la realidad.

Las propagandas giraron obsesivamente en tomo al octubre de 1934: « Acusamos de verdugos, incendiarios y saqueadores a Lerroxx-Gil Robles. ¡A la cárcel!» . « La CEDA y los monárquicos (...) saben que el Bloque Popular es su muerte definitiva» . « El frente monárquico fascista os ofrece: esclavitud, sangre, miseria. El Bloque Popular os asegurará: libertad, bienestar, amnistía. ¡Votad contra los ladrones! ¡Votad contra los torturadores!» . O, del otro lado: « Por nuestros hogares, amenazados por la muerte y la ruina», « La hiena revolucionaria se revolvió anoche en estertores convulsivos de sangre y de venganza» . « El que ayuda a partidos que persiguen la libertad de la Iglesia, peca contra Dios» . En vano periódicos moderados como *El sol* denunciaba « la lucha feroz», las « crispaciones de ánimo exaltadas y como en trance de locura» e invocaban intereses inmediatos: « la coyuntura económica de máxima favorabilidad que culminó en el pasado otoño», estaba amenazada porque « la pasión desorbitada abrasa en dos días la obra reestructiva de meses» . Pero la economía contaba poco, porque unos y otros veían en las elecciones el medio de apoderarse del aparato del estado, para desde él tener a raya o aplastar al contrincante [6].

La izquierda elaboró un programa de Frente Popular revanchista, pues no sólo exigía la amnistía, sino también reparaciones para los insurrectos damnificados y procesamiento de sus represores. Equivalía a una identificación con la revuelta, con la que Azaña, ahora primera figura de la coalición izquierdista, había negado relación. Era como si la derecha se hubiera identificado con Sanjurjo, cosa que nunca hizo, y hubiera propuesto su rehabilitación con todos los honores y la persecución de quienes le habían derrotado. El programa prometía « republicanizar» la judicatura y los órganos de poder, entendiendo por tal concepto su depuración para hacerlos incondicionales de la izquierda.

Al revés que en 1933, ahora las izquierdas marchaban unidas en el Bloque Popular o Coalición de izquierdas, que pronto sería generalmente conocido como Frente Popular. Las derechas, en cambio, no consiguieron un grado de unidad parejo. Llegó el día 16, con poca violencia material en comparación con la de los espíritus. Derechas e izquierdas quedaron prácticamente empatados en votos, aproximadamente, 4,5 millones para cada bando<sup>[a]</sup>; pero no así en diputados: 263 las izquierdas contra 168 las derechas en la primera vuelta, a causa de la Ley electoral. Símbolo histórico, en Barcelona Lerroux y Cambó, los antiguos rivales, se conciliaban, y el catalanista afirmó que nadie contaba con más méritos que el radical para ser diputado por Barcelona. Sus partidos — y el de Portela —, habían hecho la campaña más moderada en el exacerbado zafarrancho electoral, pero, signo de los tiempos, ninguno de los dos prohombres consiguió escaño. La misma noche de las votaciones los eufóricos partidarios del Frente Popular salieron a la calle, y empezó una oleada de disturbios y coacciones, mientras los gobernadores civiles se inhibían.

Así como en 1933 los hechos demostraron que Alcalá-Zamora había acertado al prever un vuelco electoral y el divorcio entre la opinión y las Cortes, ahora no fue así: derechas e izquierdas tenían tras sí masas equivalentes. Al mismo tiempo había desaparecido el elemento equilibrador del centro, pues otro resultado trascendental fue el práctico hundimiento del partido diseñado por Alcalá-Zamora y Portela, con un ínfimo número de diputados. Gil-Robles había acertado contra don Niceto, que había contribuido tan decisivamente a destruir el amortiguador lerrouxista entre unas derechas e izquierdas enfrentadas irreconciliablemente.

Don Niceto, en sus *Memorias* comenta inocentemente: «Produjo sus efectos el hundimiento en desplome del viejo partido radical»; y atiza un varapalo a su hombre de confianza: Portela, «convencido del triunfo de la tendencia de centro derecha», se derrumbó «al conocer los datos», «se le contagió el pánico adueñado de Cambó en Barcelona y de Gil-Robles en Madrid». «Me llamó todo asustado y pidiéndome le autorizase por teléfono la suspensión de garantías y aun el estado de guerra». Al parecer, sólo el presidente conservaba la serenidad<sup>[7]</sup>.

La presencia de las masas en la calle y las alteraciones que de ello pudieran resultar en las urnas, alarmaron a Gil-Robles: «Dominaba ya la anarquía en algunas provincias, los gobernadores civiles desertaban de sus puestos, las turbas amotinadas se apoderaban de las actas». Los manifestantes exigían la inmediata libertad de los presos de octubre, la reposición de los ediles suspendidos por participar en aquella revuelta y se producían conatos de asalto a locales de la derecha. Gil-Robles visitó a Portela para pedirle que diese «órdenes severísimas

a los gobernadores para que actúen con toda energía», e incluso que declarase el estado de guerra. Alcalá-Zamora autorizó a Portela el estado de alarma y el de guerra, recomendándole no llegar a usar el segundo. Por su parte, Franco dijo al general Pozas, jefe de la Guardia Civil, que «se estaban sacando de las elecciones unas consecuencias revolucionarias que no estaban implícitas, ni mucho menos, en los resultados», por lo que debía tomar medidas de prevención. Pozas tomaba los disturbios por una pasajera y tolerable expresión de alegría de los ganadores. El día 18, Franco propuso a Portela la declaración del estado de guerra para cortar el paso a la revolución que él creía aproximarse: «Le transmití mis inquietudes y su responsabilidad (...) si no se tomaban las previsiones obligadas en estos casos: que lo mismo que la Monarquía fue rebasada podía serlo la república por el comunismo (...) Le recordé el optimismo de Kerenski y su gobierno y cómo la falta de previsión trajo el comunismo ruso». El político se resistía [8].

En sus *Memorias*, Portela reseña cómo, desde la noche de las elecciones, se sucedían los amotinamientos de reclusos en las cárceles, con incendio de edificios y varios muertos y heridos en peleas con celadores y soldados; tiroteos en Zaragoza y disturbios en otras ciudades; invasiones tumultuosas de casas consistoriales para instalar a los concejales destituidos a raíz del golpe de octubre; en Madrid las masas imponían la ley, soltando a los presos y reponiendo al alcalde Pedro Rico, implicado en la insurrección; etc. Reprimir los desmanes podía costar mucha sangre, y ceder, proclamando la amnistía, sería ilegal. Azaña corrobora: «Continúan los alborotos en algunos puntos de Andalucía y Levante. En Valencia hay un lío tremendo por la sublevación de los presos de San Miguel de los Reyes. Han quemado parte del penal. Están revueltos los presos comunes y los políticos, que han caído como rehenes de aquéllos. La irritación de las gentes va a desfogarse en iglesias y conventos». En sus cartas a Rivas Cherif es más explícito: «Los gobernadores (...) habían huido casi todos. Nadie mandaba en ninguna parte, y empezaron los motines. (...), Han quemado el penal de Valencia, el de Alicante y algún otro». Señala un sitio en que «los comunistas se llevaron las actas, pistola en mano». Portela creía que los azañistas fomentaban bajo cuerda los disturbios y pretendían eludir «la pesadumbre de ser ellos quienes impusiesen la autoridad del estado a sus exaltados electores y amigos» [9].

Y lo que hizo fue huir. Dijo a Alcalá-Zamora que dimitía, y acordaron entregar el poder a Azaña. Faltaba la segunda vuelta de las elecciones, con lo que ésta quedaría a cargo de los que ya se perfilaban como vencedores, y no de un gobierno imparcial. El día 19, escapando de una multitud en la Puerta del Sol, que amenazaba irrumpir en el Ministerio y colgar de su balcón la bandera roja, Portela se presentaba en la presidencia del gobierno y allí entregó sus poderes, en

un acto improvisado entre él, Azaña que le sustituía, Martínez Barrio y los generales Pozas y Núñez de Prado. Vidarte cita de Núñez de Prado: « Parecía una ceremonia masónica. El Gran Maestro de la Gran Logia [Portela] da posesión a su sucesor, delante del Gran Oriente Español y en presencia de dos generales masones». El nuevo gabinete contaba con siete ministros masones: « El Gobierno parece haber nacido bajo nuestros auspicios» [10].

Portela salía de la historia entre denuestos casi unánimes. Había dado pruebas de competencia y coraje al frente del orden público en Barcelona. Azaña lo recuerda « enjuto, el pelo rizado, blanco, la mirada azul muy dura», que « sería más enérgica si no hubiese en ella algo de desvarío». Julio Caro Baroja traza de él este retrato; « Era un hombre con fama de violento más que de enérgico. Con altibajos y accesos de furor y de alegría. Había estado en las tertulias de comienzo de siglo, en el ‘sector gallego’ de Valle Inclán, Bargiela, etc. Mi tío Pío le tenía simpatía. Mi padre, también (...) Creo que ocupaba unas cámaras altas (en la presidencia del gobierno), donde decían que se paseaba en paños menores, produciendo la admiración y el espanto de los empleados. No sería cosa de despreciar el espectáculo de aquel anciano alto, fino, flaco, de cara angulosa y largo pelo blanco, alborotado, haciendo de padre Adán ante cagatintas, mecanógrafas y bedeles (...) Mi padre (...) recibió de Portela la confianza (...) que se nos quedó grabada a todos los de casa: ‘Si las elecciones próximas las ganan las derechas —le dijo— la República durará algo. Si las ganan las izquierdas, cuente usted con su fin’ ». Lerroxx describe al « esforzado paladín de don Niceto»: « solía con ostentoso ademán ponerse una pistola en el bolsillo de atrás, coger su sombrero que llevaba en la mano para mejor lucir la *zalea* blanca de su cabeza y lanzarse a la calle, a pie, como un vulgar peatón, acompañado a lo sumo de algún secretario, paseando con ademán altivo por entre la muchedumbre de la Puerta del Sol, parando, al fin, en Gobernación, satisfecho de su hombría». Para Martínez Barrio era un “farsante» [11].

Chapaprieta se lamentará: « Al arribar las izquierdas al poder, empezaron por restablecer todos los Ministerios y centros que con tanto trabajo había y podido en nuestra exuberante burocracia. (...) desapareció toda contención en los gastos, y los valores mobiliarios, tanto los públicos como los privados, descendieron con pérdida para la economía nacional» [12]. Pero la queja resulta insignificante al lado de otros fenómenos.

Los disturbios no fueron lo pasajeros que esperaba Pozas, sino que irían en aumento. Para combatirlos se había declarado el estado de alarma, pero, según don Niceto, la suspensión de garantías fue «dejada en manos de los perturbadores; ordenaba [el gobierno] a la autoridad que la emplease al servicio

y según el criterio de éstos. Así resultaba el caso insólito de que la suspensión entusiasmaba a los agitadores y la temían las gentes pacíficas, ya que sin detención de ninguno de aquéllos, eran los mismos quienes prendían personas, o invadían domicilios, faltos de toda protección legal». La censura de prensa, dice, impedía las críticas á las autoridades, pero no al presidente, y apunta que el periódico de Prieto, *El liberal*, de Bilbao, exceptuado de la censura previa, utilizaba esa ventaja para extender su área de influencia, en competencia desleal con otros diarios. Le dolió especialmente el apresamiento de familiares suyos en Jaén, con asalto a sus fincas y las de una anciana prima suya que lo había cuidado en la infancia. Supo que habían sido recluidos en unas salas del ayuntamiento y que hubo un plan de incendiar el local para quemarlos vivos. Serían asesinados al reanudarse la guerra, meses después. Azaña da su versión el 21 de marzo: « El domingo pasado ocurrieron unos desórdenes en Alcaudete de Jaén. El alcalde, 'para tranquilizar a las masas', metió en la cárcel a los muchos parientes que don Niceto tenía en aquel pueblo (...) Excuso decirte cómo estaba el hombre cuando al día siguiente fuimos a Palacio. Después de un discurso suyo, en que insultó a casi todo el mundo, vino otro mío, violentísimo, que le disparé a quemarropa, ante el estupor y la satisfacción del gobierno». Azaña reseña « incendios de casas y fábricas de enemigos políticos; asesinatos de guardias con empleo de sus mismas armas», muertos en enfrentamientos, incendios de iglesias, etc. [13].

Lerroux traza una descripción menos pormenorizada: « Se abren las cárceles y presidios que vuelcan a la vida pública su contenido de delincuentes políticos, sociales y comunes. Todo el mes de marzo es una orgía de crímenes y una bacanal de sangre». Cita de Azaña esta justificación de los sucesos: « A las muchedumbres saliendo del penal, maltratadas durante dos años, no se les podía exigir que supiesen reservar sus agravios», y replica: «¿Maltratadas? ¿Agraviadas? Se habían rebelado, habían sido vencidas, fueron juzgadas y sentenciadas, y cumplían su condena en las penitenciarías. ¿Qué otra cosa hizo Azaña con el General Sanjurjo y sus compañeros sublevados en agosto del 32, y eso que se trataba de militares y caballeros? Nosotros no deportamos a sus jefes a los desiertos africanos, ni aplicamos la ley de fugas a sus obreros maniatados<sup>[b]</sup>, ni exterminamos a sus campesinos rebeldes como en Casas Viejas» [14].

Azaña da más pormenores. El 17 de marzo reseña: « Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño; el viernes, Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas... Han apaleado (...) a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol a dos oficiales de artillería; en

Logroño, acorralaron y encerraron a un general y cuatro oficiales (...) Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos. Con *La Nación* [un periódico de derecha] han hecho la tontería de quemarla».

También llamará «tonterías» a la quema de templos<sup>[15]</sup>.

Comenzaba una situación que resume Madariaga: «Ni la vida ni la propiedad contaban con seguridad alguna»<sup>[16]</sup>.

¿Por qué ocurrían estos hechos, que destrozaban la autoridad del gobierno? Martínez Barrio escribe: «Se repitió el fenómeno histórico de que las organizaciones más radicales del país pusieran en mortal peligro a un gobierno que debiera inspirarle confianza, y el no menos asombroso de que el gobierno temiera reaccionar violentamente contra la desorientación y extravío de las masas». Pero no era tan asombroso el temor de las autoridades. En el primer bienio, Azaña disponía del sólido respaldo socialista para actuar con dureza —y poco éxito— contra los perturbadores del orden público, en especial los anarquistas. Ahora su gobierno era exclusivamente republicano, sin presencia socialista, aunque debía al PSOE, como es lógico, lo esencial de sus votos. Pero el PSOE poco tenía ya que ver con el del primer bienio. Se hallaba dividido entre Prieto y Largo Caballero, con predominio del segundo, sobre todo en lugares decisivos, como Madrid. Prieto aspiraba a recomponer la conjunción republicano-socialista del primer bienio, y Largo no. Para éste, todo el compromiso con los republicanos había concluido después de las elecciones y la amnistía. Ahora se trataba de desbordarlos. Vidarte indica que su estrategia consistía en provocar el fracaso del gobierno «burgués», cuya salida sería un gobierno del propio Largo, alcanzado legalmente sin el riesgo de una nueva insurrección, para aplicar desde el poder su plan revolucionario. De hecho, algo así terminó sucediendo siete meses más tarde, en situación de guerra<sup>[17]</sup>.

Estaban además los comunistas y los anarquistas. Los primeros pensaban en un período intermedio de «frente popular», con los republicanos como cobertura «democrática», pero desbordándolos y presionándolos para, desde el poder, aniquilar a la derecha, privándola de todo medio de defensa cuando llegara el momento de avanzar hacia el sovietismo. El PCE crecía deprisa, y sin ser todavía un gran partido por su número de afiliados, empezaba a serlo por su organización y disciplina, y por el prestigio de representar en España a la revolución soviética, cuyas loas cantaban también los socialistas. Los comunistas, muy compenetrados entonces con el *Lenin español*, procuraban, a la sombra de la debilidad azañista, poner en pie un poder paralelo desde los ayuntamientos e instituciones inferiores, y por medio de milicias, infiltración en el ejército, en las organizaciones

socialistas, etc.

A los ácratas también les debía Azaña parte de su triunfo, tal como la propia república en 1931, y del mismo modo se revelaron un aliado peligrosísimo. La CNT vio la victoria del Frente Popular como una señal para su propia revolución, facilitada ahora por un gobierno impotente. El empuje libertario pronto se manifestó en huelgas violentas y tiroteos con otros izquierdistas, especialmente seguidores de su rival, la UGT.

Así, el gobierno de izquierdas se hallaba cada semana más desbordado por sus aliados revolucionarios, y sin esperanza de imponerles la ley. Esos grupos hacían frecuentes demostraciones de fuerza, con desfiles amenazantes de milicias, a veces armadas, entre el pánico creciente de las derechas.

Desde el principio las masas, orientadas por los partidos obreristas, impusieron la ley. Con optimismo un tanto irreal, el 16 de marzo consignaba Azaña varios supuestos éxitos: «Rápidamente di unos cuantos golpes: lo de la amnistía, que el pacto electoral dejaba para las nuevas Cortes, y que conseguí sacar de la Diputación permanente a las 48 horas; la readmisión de los obreros despedidos, que es enorme, y mucho más de lo pactado; y lo del estatuto de Cataluña». La amnistía, sin esperar a la reunión de las Cortes, la habían impuesto las masas en la calle, y él no había hecho otra cosa que claudicar, legalizándola, con apoyo de la asustada derecha. La readmisión de los obreros castigados por la revuelta de octubre obligaba a las empresas, además, a indemnizarlos por los meses en prisión o de despido, con los costes subsiguientes y, en muchos casos, el despido de los obreros que habían ocupado sus puestos. Aparte de otro tipo de costes, como el hostigamiento contra los obreros católicos o el representado en una viuda, que, según se dijo, había tenido que readmitir en su empresa al asesino de su esposo. Todo ello sólo podía redundar en hundimiento de la confianza empresarial, paralización económica y fuerte incremento del paro, que de esta manera provocaba, en círculo vicioso, mayor descontento entre los trabajadores y mayores exigencias de los sindicatos. También fueron repuestos en sus cargos los militares complicados en el golpe de octubre, sin que don Niceto ejerciera ahora la presión que en 1934 le había llevado a provocar una crisis institucional. Y pronto había de sufrir Azaña otra imposición de las masas sindicalistas, una «reforma agraria» a golpe de invasiones de fincas, acompañadas a menudo de actos de violencia, talas y choques sangrientos<sup>[18]</sup>.

Mejor le fue con la Esquerra: «Los consejeros de la Generalidad llegaron del penal, de donde los saqué antes de votarse la amnistía, con ánimos de plantarse en Barcelona y tomar posesión del gobierno por la fuerza. Era un disparate colosal, repetir otro 6 de octubre y hacérmelo a mí. Los retuve en Madrid una semana, hasta que se habló de la solución pacífica, que buen trabajo me costó, y para retenerlos tuve que sacar la caja de los truenos, es decir, la dimisión (...) parecen chiquillos y me dan mucho que hacer para traerlos al buen

sentido» [19].

Azaña encontraba, una vez más, una falta angustiosa de gente competente: « No existe el centenar de personas que se necesita para los puestos de mando» . La ineptitud no impedía la arrogancia: « La talla ha bajado tanto, que hombres muy modestos se ofenden si se les ofrece un Gobierno civil» [20].

Don Niceto le acusó de creer « que las derechas nunca tienen razón» , y replicó don Manuel: « Claro. A mí, todo lo que es de derecha, me repugna» . Pero conforme pasaban las semanas, no sólo los derechistas se desesperaban, sino también muchos republicanos y los socialistas de Prieto. Éste clamaba el 1 de mayo: « ¡Basta ya! ¡Basta, basta! (...) Lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público (...) el desgaste del Poder público y de su propia vitalidad económica» . Quizás recordó Azaña alguna vez sus palabras de 1930 en el Ateneo de Madrid anunciando que no sembraría la moderación; o su frase: « si agitan el fantasma del caos social, me río» [21].

## Capítulo VIII

### AL BORDE DE LA GUERRA, AZAÑA ELIMINA A ALCALÁ-ZAMORA

En este clima exaltado y caótico se planteó la lucha decisiva entre Alcalá-Zamora y Azaña. A pesar de que habían colaborado oscuramente para eliminar a Lerroux pocos meses antes, y de que el segundo debía su vuelta al poder a decisiones del primero, no podía haber acuerdo entre ellos. Cada uno temía ser destituido por el otro, y, como observa Largo Caballero, se odiaban<sup>[1]</sup>.

Desde su reencuentro, la relación entre ambos estuvo plagada de desaires y recriminaciones. «Fuera de los casos en que yo preguntaba, (...) el gobierno me ocultaba cuanto ocurría», se queja don Niceto. «Prolongábase la inquietud, agravada cada día, y me creí en el caso de insistir en mis consejos cerca de Azaña (...) Escuché una serie de incoherencias y contradicciones de este tipo: «no pasa nada; esto es imposible que siga así»; «es sólo en Andalucía; hay que arreglar lo de Levante, del Norte y lo de La Rioja»; «los socialistas no pueden hacer nada; hoy almuerzo con Prieto y mañana irá a verme Largo para que ponga fin y remedio, pues de ellos depende (...) Creo que esas contradicciones eran eco de la lucha entre el sonrojo de tolerarlo todo y la necesidad de consentirlo, hasta que realizado el plan e instalado él en la jefatura del estado, pudiera prescindir de los que con la violencia le permitieron escalar aquélla. Formóse la ilusión de que una vez vencedor podría anular el socialismo y el sindicalismo»<sup>[2]</sup>.

Azaña, a su turno, cortó por lo sano cualquier veleidad de don Niceto de actuar como con Lerroux: «Le dije (...) que no puede disolver estas Cortes. Me dijo que eso es un golpe de Estado (...) Don Niceto querría provocarme a dimitir, tal vez con el propósito de disolver. (...) Me contento con decirle atrocidades delante del gobierno. No me falta más que sacudirle por las solapas. El hombre se encoje, se retuerce, mete los dedos en el tintero, se embolsa puñados de caramelos (...). Está mucho peor que en mi otra etapa de gobierno. Entonces no discutía nada, ni apenas opinaba. Pero con Samper, Lerroux, Portela, etc., ha adquirido malas mañas y no quiere perderlas. El día del último consejo le dije:

»—(...) Como el Sr. Presidente ha tenido una larga serie de Presidentes del Consejo y de ministros ineptos y traidores, se ha habituado a dirigir al gobierno, pero los que yo y presidio no se dejan dirigir más que por mí.

» —Tengo el derecho —replicó— de hacer observaciones al Gobierno, y las haré siempre que mi deber me lo aconseje.

» —Las hará usted mientras haya aquí alguien que se crea en el deber de escucharlas. En otro caso se las hará usted a los muebles» [3].

Chapaprieta cuenta que el presidente le habló, a mediados de marzo, de « los planes de sus adversarios, que, por lo que luego ocurrió, conocía con todo detalle. Sabía que las izquierdas (...) iban nada menos que a solicitar que las Cortes declarasen que no estaban justificadamente disueltas las anteriores (...). Hasta conocía las personas que actuarían en la trama ». Chapaprieta le describió « sin ahorrar ninguna de sus tenebreces, el cuadro que presentaba la realidad española (...) y mi impresión de que mientras no había en el horizonte indicio alguno de mejoría, se presentaban demasiados de que todo aquello desembocaría en situaciones de gravedad insospechada ». Al decirle el presidente que creía contar con las fuerzas armadas, le animó: « La historia de España le ha reservado un papel de la más extrema importancia, que puede abrirle las puertas de la gloria y del eterno agradecimiento de los españoles (...), o puede convertirle, a pesar de todas sus rectas intenciones, en una figura vilipendiada. Si cuenta con el ejército, no hay para mí más que una resolución a adoptar. Usted tiene la libre facultad de cambiar de gobierno. Nombre inmediatamente uno que con el apoyo de la fuerza armada restablezca el orden y la autoridad. Para adoptar tal resolución tiene usted justificación sobrada. Lo que está ocurriendo en el Parlamento y fuera de él son síntomas seguros de más graves y bien próximos y desde luego irremediables males ». Consideraba que « las izquierdas con una tercera parte de los electores, atropellaban al resto de los españoles. El caso justificaba toda determinación que lo evitara ». Pero el presidente vacilaba [4].

La tensión culminó a principios de abril. Alcalá-Zamora recuerda el último consejo de ministros a que asistió, el día 2, y en el que habrían tratado dos temas principales, el primero el de las elecciones municipales ya convocadas. Aconsejó al gobierno suspender dichas elecciones « porque en el estado de terror en que vivía el país (...), no podían aquéllas ser más que la acumulación gigantesca, escandalosa, de dos típicos delitos electorales: la coacción y la falsedad. Les previne además contra el anuncio hecho por los extremistas de que una vez ganadas por ellos, incluso contra los republicanos de izquierda, esas votaciones por medio del terror, izarían la bandera roja sobre los Ayuntamientos y exigirían la capitulación de los poderes de la República, alegando que ésta debía caer como subió, en virtud de unas elecciones municipales (...) Les rogué que defendieran la legalidad conmigo y les dije que si flaqueaban yo estaba resuelto a no ceder a la revolución social ». Azaña lo expone así: « Con motivo de las elecciones municipales hay un alboroto tremendo. Socialistas y comunistas quieren la mayoría en todos los ayuntamientos y además los alcaldes. Hay capitales, como Alicante, donde la mayoría republicana es aplastante, en que de

21 concejales quieren 19, y dos para los republicanos. Y así en casi todas partes». Los revolucionarios «han cometido la ligereza de decir que eso lo hacen para dominar la república desde los ayuntamientos y proclamar la dictadura y el soviet», con lo cual «el hombre neutro está asustadísimo». Como vimos, Azaña llama «ligereza» y «simpleza» a estos sucesos, y «tontería» a la quema de templos o de periódicos derechistas<sup>[5]</sup>.

El segundo tema de la reunión, sigue don Niceto, fue el anuncio «de mi y a próxima destitución. Les aconsejé que no lo hiciesen, no por mi egoísmo, pues me asqueaba cuanto veía, sino por el bien de España y de la República, para las cuales sería un desastre aquella violencia». Les advirtió que le sobraban «la razón y la fuerza», aun si no pensaba usar la segunda. «Azaña replicó algo airado y habló de que una mayoría tiene siempre medio de imponerse»<sup>[6]</sup>.

Don Manuel relata: «Tuvimos una escena tremenda. (...) Estuvo hablando dos horas, contra todos y contra todo. Tenía el propósito de provocarme a dimitir, quizás con la intención de disolver estas Cortes antes de que tomasen el acuerdo fatal. Yo no hablé más que un cuarto de hora, pero bien aprovechado. La escena fue memorable. Cuando yo salía de la Presid. para Palacio me entregaron una nota confidencial según la que Calvo Sotelo habría revelado que en ese Consejo el Presidente pondría las cartas boca arriba, para echar al Gobierno. Cuando vi confirmada la nota por el discurso del Presidente, se lo dije, para empezar. Le recordé que una vez, Gil-Robles, en las Cortes, me había dicho que yo no estaba enterado de lo que sucedía en las altas esferas políticas. 'Esta situación —añadí— se reproduce hoy. Un personaje político que no es republicano, sabía anoche lo que usted acaba de hacer'. Se puso furioso (...) La situación quedó insostenible. Dije a los ministros que yo no volvía más a Palacio con aquel hombre». Pues, en efecto, el presidente pareció por un momento resuelto a acabar con el gobierno. De esa intención había enterado a Ventosa, diputado de la *Lliga*, y éste a su vez lo había comentado a Calvo Sotelo<sup>[7]</sup>.

Las diferencias en ambos relatos ofrecen un interesante contraste psicológico. Al día siguiente del encontronazo, dice don Niceto, su oponente le llamó «para anunciar que tenía un decreto muy importante, pero (...) rogando que yo lo firmara en mi casa. (...) Quedé asombrado al ver que entraba Azaña mismo, quien en los primeros días de junio de 1933 había comprendido que allí no debía poner más los pies». Era el decreto de suspensión de las elecciones municipales. «Fue Azaña a mi casa al cabo de tres años, presentándose amable, jovial, cortés, sonriente, como no lo había estado nunca, como no lo había conocido jamás. Comprendí en el acto que intentaba confiarme para ejecutar el atropello de la destitución». He aquí la versión de su oponente: «La bronca fue tal, que ayer viernes, me citó para firmar en su casa, lo que no hacía desde junio de 1933-Quería estar amable. Le llevé el decreto de suspensión de las elecciones

municipales (obligada por la desunión del Frente, y en previsión de la crisis presidencial). Después de firmarlo me dijo: ‘¿habrá debate esta tarde?’. ‘Supongo que sí’. Pero no quise decirle sobre qué, ni lo que haríamos. Creo que Don Niceto ha ido diciendo por ahí que nuestra entrevista fue muy cordial y que estuve amabilísimo» [8].

Aunque don Manuel trataba de «ligereza» los propósitos revolucionarios ante los comicios municipales, prefirió no arriesgarse y los suspendió. Ello quedó como una concesión al presidente, y suavizó las tensiones. Chapaprieta cree que Alcalá-Zamora receló, pero «llevaba dentro de sí tales indecisiones y resistencias a adoptar las resoluciones heroicas que exigían las circunstancias, que (...) temerosamente se acogió a la tregua que se le brindaba (...) Al advertir yo el panorama, comprendí que nada había ya que hacer cerca del señor Alcalá-Zamora y que la partida estaba irremisiblemente perdida». Es decir, que el camino hacia la reanudación de la guerra y a no encontraría obstáculo [9].

Azaña estaba resuelto a acabar con el poder de su rival, y no menos lo estaba Prieto, su gran aliado. Si entre ambos habían urdido la maniobra que había liquidado a Lerro, ahora volvían a estar juntos en la que iba a dar en tierra con el orgulloso hombre de Priego. El primer paso consistió en la declaración por las Cortes de que el presidente había agotado sus dos posibilidades de disolución parlamentaria. Como ya indicamos, don Niceto afirmaba que la primera disolución no podía computarse entre las dos de su derecho, pues había afectado a unas Cortes cuya tarea terminaba con la votación de la Constitución y, si acaso, de las leyes complementarias, y, por tanto, «no tenían plazo legal de duración que pudiera haber sido acortado». El argumento tenía peso, pero la ley no especificaba con claridad, y Gil-Robles interpretaba que, una vez aprobada la Constitución, el Parlamento había pasado automáticamente a ser ordinario. Lo mismo sostenía Prieto, aunque él con un matiz, por cuanto su partido, por boca de Largo Caballero, había amenazado en 1931 con la guerra civil si se intentaba concluir con aquel Parlamento una vez promulgada la Ley fundamental. Ya en el primer bienio la cuestión había sido debatida, y Azaña, en sintonía entonces con don Niceto, había propuesto que «las Cortes declaren que la disolución de las Cortes Constituyentes no se computará en las dos disoluciones que el Presidente de la República puede hacer con arreglo a la Constitución». Había creído el asunto «muy importante, y que puede tener, según sea la solución, consecuencias graves». Lo contrario, había escrito, hubiera sido «jugar al extremismo» y «desatinado». Pero en 1936 estaba dispuesto al «desatino», por la poderosa razón de quebrar la espada de Damocles que una nueva disolución hacía pender sobre él [10].

« En cuanto llegó Azaña al Congreso después de su inesperada y desleal visita a mi casa —dice el presidente—, presentó y defendió Prieto, con la impasibilidad cómplice de aquél, la primera proposición en que las Cortes se declararon a sí mismas insolubles durante mi mandato (...) Semejante acuerdo fue bajo todos los aspectos una enormidad inconstitucional y envolvía, con leve rodeo, un golpe de Estado parlamentario» [11].

Para el presidente, aquel conflicto entre poderes no podía ser resuelto por uno de ellos, que entonces se convertiría en juez y parte. Lo mismo opinaba la derecha, que propuso acudir al Tribunal de Garantías Constitucionales. Pero las Cortes se arrogaron la potestad de arbitrar en su propio favor y « por la brava », como preludio del siguiente paso, la destitución del jefe del estado.

Quizá no había llegado a creer Alcalá-Zamora, en las semanas anteriores, que las izquierdas le desbancasen. La expulsión podía hacerse por el artículo 82 de la Constitución, muy arriesgado por cuanto exigía el acuerdo de tres quintas partes de la Cámara, la cual quedaría disuelta de no prosperar el intento. El artículo 81 ofrecía más facilidades: bastaba que una mayoría de los diputados diese por injustificado el segundo cese parlamentario. Ahora bien, los partidos mayoritarios en la Cámara habían exigido constantemente, desde 1934, aquella segunda disolución, por lo que incurrirían en un absurdo si la declaraban improcedente.

Mas, contra toda lógica, eso fue justamente lo que sucedió. Descartado el espinoso artículo 82, el 7 de abril, una proposición, redactada por Azaña y presentada por Prieto, rezaba: « Los diputados que suscriben, atentos únicamente a la suprema razón política de asegurar en todas las instituciones del estado republicano la observancia y la defensa de la Constitución (...) proponen que las Cortes (...) declaren que no era necesario el decreto de disolución de Cortes de 7 de enero de 1936 ». Para completar el tono de disparate, apoyaron la propuesta los nacionalistas vascos y se abstuvieron, invocando pruritos legales, las derechas, antes tan ansiosas de expulsar a don Niceto. Todo tenía un aire de farsa que hubiera resultado terriblemente cómico de no ser por los intereses en juego. Después de cuatro horas de debate apenas necesario, votaron la destitución 238 diputados, y sólo Portela y cuatro más se opusieron. Largo Caballero dirá: « Era obligado. Había sido doblemente traidor: a la Monarquía y a la República » [12]. Y con esta maquinación concluía la fulgurante carrera política de Alcalá-Zamora al frente de un régimen del que se consideraba mentor, y a manos de los beneficiarios de sus medidas, mientras sus perjudicados contemplaban la escena sin saber si reír o llorar.

La maniobra tenía un aire profunda e inevitablemente grotesco. Declarar improcedente una disolución que los partidos dominantes en las Cortes habían exigido antes, implicaba una declaración de ilegitimidad para ellos mismos y para las Cortes nacidas de una disolución improcedente. Como dirá, pragmático,

Martínez Barrio, « en su torpe afán, los partidos olvidaron que la decapitación del presidente facilitaba copiosos argumentos a la propaganda contra el régimen» [13]. Por otra parte, la eliminación de Alcalá-Zamora por la izquierda resultaba moralmente chocante, pues si a alguien debía el poder el Frente Popular era a él, que había truncado los planes de la derecha y convocado las elecciones en un momento desfavorable para ella.

Los izquierdistas no sólo debían el gobierno a don Niceto, sino también, varios de ellos, la propia vida, ya que al imponer el indulto de Pérez Farrás había arrastrado el de bastantes otros, y muy significadamente el del jefe socialista González Peña. Mas parecía el sino del presidente recibir los peores ultrajes en pago a sus favores. « De sobra sabía yo al cumplir mi deber (...) que amparaba el derecho de furiosos enemigos míos, incapaces de comprender mi actitud ni de agradecerla (...). Companys, cuya vida para él indudablemente muy preciosa cuidé de salvar (...), cuando salió de prisión hizo alarde grosero de visitar a todo el mundo excepto al presidente de la República. Sólo fue agradecido Pérez Farrás». « Teodomiro Menéndez me dirigió un efusivo telegrama de gratitud, no así González Peña, quien en abril de 1935 fue el único diputado, entre todos los votantes de mi destitución, que me injurió en voz alta» [14].

Desoyendo la sugerencia de sus adversarios, don Niceto rehusó dimitir, pero sin resistir a lo que consideraba un doble golpe de estado, aunque dijo disponer de medios para oponerse. Como escribió al año siguiente en *Le journal de Genève* « yo estaba resuelto a no utilizar semejantes medios (...). No quería ser motivo de una guerra civil, ni que mi país pudiese creer que obraba por ambición. Yo sacrifiqué mi derecho por asegurar la paz» [15]. Sincera o no, su postura recuerda a la de Alfonso XIII al dejar paso a la república. En seguida quedó claro que el caído presidente carecía de apoyo popular o institucional. La población, agobiada por problemas más urticantes, recibió su defenestración con indiferencia.

Puede encontrarse otro notable paralelismo entre el absurdo lógico y moral de la destitución de Alcalá-Zamora a manos de sus favorecidos y por el acto que los beneficiaba, y la condena a Alfonso XIII, en 1931, por haber sido « perjuró » a una Constitución a la que sus jueces habían atacado sañudamente. Con este aire extraño había empezado la II República, y con él terminaba. Pues no le quedaban más que tres meses de vida.

Sucedió a Alcalá-Zamora, interinamente, Martínez Barrio, presidente de las Cortes. Don Niceto le tenía por cómplice de su destitución, y Azaña le atribuye, ya en plena guerra, estas palabras: « Si no hubiésemos destituido a don Niceto, habría dado él un golpe de Estado ». En sus *Memorias*, en cambio, Martínez sostiene la tesis del destituido. La ceremonia de su nombramiento presidencial se le hizo « más parecida a velada fúnebre que a fiesta de recién nacido (...) El alto

honor de presidir los destinos de España cedía, en mi pensamiento, a la consideración de que nos habíamos lanzado por uno de esos despeñaderos históricos que carecen de toda posibilidad de vuelta. ¿Presentimiento? ¿Lógica de la razón depurada por peligro latente? (...) Aquella noche dormí poco y mal» [16].

Don Manuel, al contrario, se sentía eufórico: «La cosa no ofrecía dudas. Dejo aparte el placer estético de la operación, que no es pequeño». Y añade: «Seguimos destituyendo peces gordos; no va a ser sólo Don Niceto. No se me olvida ninguno».

El perdedor describirá con lógico encono, pero no sin cierta veracidad, el panorama: «apoderamiento por toda la mesocracia izquierdista del presupuesto, creando cargos por legiones». «Se asaltó la independencia constitucional tan cuidadosa de la presidencia del Tribunal Supremo y desapareció airadamente la de todo el Tribunal de Garantías. Creían ir sin obstáculos al goce pleno del mando e iban a la perdición de todo y de todos». Narra casos como el «ignominioso espectáculo que hacía retroceder más de un siglo, ya que con tolerancia y aun aprobación de las autoridades volvíase al famoso tránsito de Sierra Morena. Al salir de la última vuelta de Despeñaperros (...) no podía circularse sin ser parados por un grupo numeroso de gentes mal encaradas, que detenían a los viajeros diciéndoles (...) en tono que no admitía réplica ‘dinero por las buenas’. Pagué dos veces el vergonzoso tributo» [17].

Azaña fue propuesto, a su vez, para presidente. Su partido, Izquierda Republicana, se oponía, pues no creía poder encontrarle un sustituto de altura en la gobernación del país ni en la del partido, y él hubo de poner en juego su mejor oratoria para persuadir a sus seguidores. Lo consiguió, en una escena que cuenta él mismo con humor algo negro: «Llorera general (...) Explosión de entusiasmo, abrazos, promesas, juramentos cívicos... En fin, muy bien. Es posible que ahora lo destrocen todo» [18].

El 10 de mayo, tras la interinidad de Martínez Barrio, ocupaba Azaña el puesto de don Niceto. Había vacilado, aparentemente, pero su verdadero pensamiento lo expresa en carta a su cuñado: «Desde que se produjo la vacante, pensé que no había más solución que la de ocuparla yo. Lo pensaba desde hace mucho tiempo, y ya desde el verano pasado (...) solía decir, y muchos lo oyeron, que yo no podía ser más que Presidente de la República». ¿Quién iba a sustituirle en el ejecutivo? Todo indica que la figura prevista era Prieto, a quien señala Martínez Barrio como «el que la sociedad española esperaba y deseaba ver encargado de la constitución del gabinete. (...) Sus condiciones personales y la creencia general de que era opuesto a las violencias callejeras de las masas, le habían granjeado el respeto y la confianza de grandes núcleos de opinión». Diez días antes, el 1 de mayo, Prieto había pronunciado en Cuenca un discurso de

fuerte eco, con claros toques de programa de gobierno, y en él había condenado, en efecto, la violencia enseñoreada del país. Pero la operación naufragó ante la oposición del sector revolucionario de su partido. Es famosa la confianza de Araquistáin, ideólogo bolchevizonte, al profesor Juan Marichal, años después, según la cual él y otros habrían «empujado» a Azaña a la presidencia de la república, privándolo de poder ejecutivo y vetando luego a Prieto: «así los inutilizamos a los dos», de modo que «el Gobierno estaría en manos sobradamente incapaces para frenar a las masas o para calmar a las derechas y se precipitaría el paso a un Gobierno francamente revolucionario». Desde luego, no es cierto que empujaran a Azaña, pero el resto puede haber sido verdad, ya que los *bolcheviques* del partido saboteaban al gobierno *pequeño burgués* para heredarlo sin el riesgo de una nueva insurrección. Han motivado mucha discusión las razones de Azaña para retirarse a un puesto que le impedía actuar directamente sobre los gravísimos problemas del país; o las de Prieto para claudicar con tanta facilidad como lo hizo ante la presión *bolchevique*. Pero ninguno ha dejado explicación clara de ello<sup>[19]</sup>.

No entró a gobernar Prieto, sino Santiago Casares Quiroga, hombre nervioso y minado por la tisis. Hubo «sorpresa y disgusto», dice Martínez Barrio; se esperaba que Azaña «elevado a la jefatura del Estado, rectificara, cambiando de ministerio, la política vacilante de las últimas semanas. ¿Podían hacerlo los mismos hombres que habían gobernado con él?»<sup>[20]</sup>. La experiencia iba a responder negativamente. Muchos políticos e historiadores creen que con el fracaso de Prieto cayó la última posibilidad de evitar la guerra.

Aquellos meses, hasta julio, correspondieron básicamente a una primavera excepcionalmente lluviosa, y también sangrienta, «la primavera trágica» en denominación de algunos historiadores. Los sucesos de ese tiempo son bien conocidos, aunque valorados muy diversamente por los historiadores. Aquí sólo los resumiremos<sup>[a]</sup>, como trasfondo de nuestro asunto.

La pérdida de sentido de la realidad, acompañada de un toque frívolo, patente en muchas declaraciones y medidas de Azaña, había alcanzado una cota notable a principios de abril, cuando se planteaba la destitución presidencial. El día 3, «La ansiedad pública era tal, que era inexcusable que yo hablase. Las izquierdas temían cada noche un golpe militar, para cortar el paso al comunismo. Las derechas creían que el soviét estaba a la vista. No se ha visto nunca una situación de pánico semejante, ni más estúpida (...) Durante una semana o más, hemos estado ahogados por chismes porteriles. Bajaba la Bolsa, la gente emigraba a millares, se llevaban el dinero, ale. No iba público a los espectáculos, salía poca gente a la calle. Como si hubiera guerra o peste». Entonces pronunció un

discurso al que atribuye efectos mágicos: « ¡Qué éxito! No creo haber tenido uno igual en las Cortes. La mayoría, en pie, vociferaba, vitoreaba. Los más entusiastas, los comunistas. Y después de los comunistas... las derechas. El espectáculo fue magnífico. El discurso ha tenido la virtud de gustar a todos. Subió la Bolsa, se ha cubierto la renovación de las obligaciones del tesoro, ya nadie cree en los soviets ni en el golpe militar. Los socialistas que inspirados por las porteras pedían armas para defender la república, ya no piden nada (...) Aquí me tienes convertido en el *ídolo nacional*, sin proponérmelo. ¿Causa profunda de todo esto? El miedo. Te divertirías mucho si estuvieras aquí». El discurso obró momentáneamente como un bálsamo en la inquietud nacional, pero tras sus palabras no había nada. En cierto modo marcó el paso una segunda y acelerada fase de desmoronamiento total del régimen<sup>[21]</sup>.

Azaña creía, o lo fingía, que la amenaza revolucionaria carecía de entidad, que las derechas soportarían todo a causa del miedo, y que las conjuras militares tenían el mismo peligro de los años anteriores, es decir, prácticamente nulo. Hasta el mes de abril esas valoraciones no eran completamente desacertadas, aun si distaban de ser exactas.

Así, la derecha vivía amedrentada ante un oleaje revolucionario resuelto a aniquilarla, y ante unas izquierdas *burguesas* cuya « moderación» consistía en permitirle sólo una presencia testimonial en la política. La derrota electoral la había deprimido profundamente. Gil-Robles dejó la primera línea, cediendo el puesto a Giménez Fernández, quien reiteró pleno apoyo a la legalidad. El 20 de febrero Azaña había expresado propósitos conciliatorios hacia la oposición, y la derecha legalista se agarró a ellos como a un clavo ardiendo, aun después del 1 de marzo, cuando aquél aclaró: «tenemos la República y nadie nos la arrebatará», para que el poder « no salga más de nuestras manos». Propósitos ni democráticos ni tranquilizadores. Giménez intentó una avenencia con el triunfador, pero éste le acogió con desdén, muy complacido por el pavor de los vencidos, hacia quienes multiplicó los desplantes, según él mismo comunicaba a Rivas Cherif<sup>[22]</sup>.

En cuanto a la derecha antirrepublicana, los alfonsinos confiaban en los militares, y los carlistas se armaban y organizaban militarmente en Navarra. La Falange adoptó una postura pacífica, pero, tras sufrir una serie de atentados con muertos, decidió replicar con las armas, como en 1934, sufriendo por ello una dura represión, no ejercida contra las violencias izquierdistas. Con todo, seguían siendo grupos menores y de influencia reducida.

Algunos militares monárquicos hacían preparativos de pronunciamiento, con su habitual ineptitud. En dos ocasiones intentaron lanzarse a la acción, la última en abril, y las dos retrocedieron entre la decepción y el desánimo. Por primera vez Franco se había sumado a los conspiradores, pero impuso cautelosamente que el

golpe se desencadenara « sólo en el caso de que las circunstancias lo hicieran absolutamente necesario », y sin fecha precisa. El gobierno, desconfiando de él, lo envió de comandante militar a Tenerife, donde podía tenerlo controlado y alejado de los puntos neurálgicos. Goded, otro sospechoso, fue trasladado a las Baleares.

El legalismo de la CEDA sufrió un rudo golpe con motivo de la revisión de actas. En la primera vuelta, las violencias hacían sospechosos los resultados, y la segunda se realizó el 2 de marzo, ya bajo el poder izquierdista. El Frente Popular quiso hacer aún más arrolladora su ventaja, y emprendió una revisión de actas supuestamente fraudulentas, en las que los vencedores, una vez más, eran juez y parte, despojando a la derecha de 37 escaños antes ganados. Nada semejante habían hecho los vencedores de 1933. Madariaga juzga que « no se trataba solamente de una ciega pasión sectaria; se trataba de la ejecución de un plan deliberado y de gran envergadura. Se perseguían dos fines: hacer de la Cámara una Convención, aplastar a la oposición y asegurar el grupo menos exaltado del Frente Popular» [23]. El plan respondía a la intención de crear una situación a la mejicana. El 31 de marzo la CEDA abandonó las Cortes, en protesta. Hubo de volver poco después, con las orejas gachas.

Por tanto, a principios de abril el diagnóstico de Azaña sobre la inconsistencia de las amenazas podía tener algo de cierto, pero dejó de tener incluso ese algo en el curso del mes: el peligro revolucionario se adensó, las derechas pasaron del miedo a una furia sorda, y la conspiración militar tomó un cariz serio.

El avance revolucionario saltaba a la vista y estaba en trance de crear un doble poder. El 2 de abril, *Claridad*, el órgano del poderoso sector *leninista* del PSOE, llamaba a dar un nuevo paso: formar milicias en todos los pueblos y ejercer « firme presión sobre (...) el Gobierno (...) (el cual) en el asunto de las milicias, como en el de la amnistía, como en el de la Reforma Agraria, acabará por inclinarse ante el certero instinto de las masas proletarias y campesinas (...) [Al pueblo] hay que organizado militarmente ». Y no eran sólo palabras. En el mismo sentido hablaban y actuaban los comunistas, y en mayo los anarquistas ponían a punto un programa de revolución social. La lucha interna en el PSOE se hacía despiadada, y Prieto estuvo cerca de perder la vida a manos de sus correligionarios, en un mitin en Écija, a finales de dicho mes. Azaña pudo comprobar el poder de los *bolcheviques* cuando éstos desbarataron su plan de instalar a Prieto en el gobierno.

Las violencias aumentaban y la CEDA y los monárquicos insistieron en debatirlas en las Cortes. Por fin lo consiguieron los días 15 y 16 de abril, en coincidencia con graves incidentes cuando, por primera vez desde las elecciones, masas derechistas osaban salir a la calle. Entre continuas interrupciones, Calvo Sotelo denunció el caos (« Muy poco, cuando no os han arrastrado a vosotros todavía », le amenazaron), que a su juicio ya duraba demasiado (« ¡y lo que

durará», le gritó Margarita Nelken). Dio, para el primer mes y medio del Frente Popular, las cifras de 74 muertos y 345 heridos, 73 asaltos o incendios de centros políticos derechistas y de muchas decenas de domicilios y establecimientos públicos y privados, amén de 142 iglesias incendiadas. Como esto último no preocupaba en la Cámara, intentó impresionarla con los daños artísticos: «esculturas de Salzillo, magníficos retablos de Juan de Juanes, lienzos de Tiziano, tallas policromadas, obras que han sido declaradas monumentos nacionales, como la iglesia de Santa María de Elche, que ha ardido en medio del abandono, cuando no de la protección cómplice [del poder]» (un diputado: «¡Para la falta que hacían!»). Nadie intentó rebatir las cifras. Por el contrario, sus adversarios acusaron a los denunciantes de ser ellos quienes realizaban o provocaban los desmanes. Prueba la falsedad de la imputación el hecho de que los periódicos y centros políticos arrasados, y con toda seguridad la gran mayoría de las víctimas, pertenecían a la derecha, y que era ésta la que pedía acabar con los desórdenes. Sus contrarios no hacían además de poner coto a las tropelías, sino que las justificaban con alusiones a la represión de Asturias en 1934, que por otra parte se negaban a debatir en las Cortes. La reveladora excepción la constituían las violencias falangistas, muy minoritarias en el conjunto, y sí perseguidas de manera implacable y no siempre legal.

Gil-Robles fue amenazado de muerte en el Parlamento por el dirigente comunista José Díaz: «Ésta es una cámara de cuellos flojos y de puños fuertes (...) El señor Gil-Robles decía de una manera patética que ante la situación que se puede crear en España era preferible morir en la calle que de no sé qué manera. Yo no sé cómo va a morir Gil-Robles (un diputado: «¡en la horca!») (...) pero sí puedo afirmar que si se cumple la justicia del pueblo morirá con los zapatos puestos». En medio de una tremenda algarabía, la *Pasionaria*, otra líder del PCE, abundó en las amenazas, mientras el presidente de las Cortes, Jiménez de Asúa en aquel momento, se contentaba con advertir que tales frases no constarían en el diario de sesiones. Pero las reprodujo el órgano comunista *Mundo Obrero*.

Todo estaba cambiando. Muchos jóvenes de la CEDA se pasaban a la perseguida Falange, e incluso los más moderados creían inevitable el recurso a la fuerza, porque, según Gil-Robles, «media España no se resigna a morir». Los meses siguientes contemplaron un proceso de radicalización derechista, apenas atenuado por la evidencia del riesgo de una completa y definitiva derrota si se sublevaban contra el poder del estado. Gil-Robles propugnaba a la desesperada una solución pacífica, y al mismo tiempo apoyaba los preparativos de levantamiento, quizás con la esperanza de que no llegara a ser necesario. Franco se mostraba partidario de preparar el golpe, pero también, hasta el último momento, de aplazarlo, para irritación de Mola, que desde abril lo consideraba la única e inevitable salida.

Pues a finales de abril, el general Mola se había hecho cargo de la conspiración militar, que en adelante iba a adquirir verdadera consistencia, y que pasaba de tener carácter monárquico, a incluir a militares republicanos, como Cabanellas o Queipo de Llano, dirigentes, como se recordará, de la conspiración militar antimonárquica en 1930.

También los republicanos percibían con creciente ansiedad el peligro que para ellos representaban sus aliados obreristas. Estos insistían en la urgencia de depurar a fondo el ejército, único obstáculo serio a sus designios, pero por eso mismo los republicanos rehuían tomar medidas drásticas, contentándose con vigilar a los militares desafectos, de modo similar a como habían hecho en 1931 con los de Sanjurjo, quien, desde Portugal, volvía a estar en cabeza de los conjurados, al menos nominalmente. El prietista Zugazagoitia apunta que el gobierno «tenía muy serios motivos para sentirse contrariado, no por los militares (...) sino por la suma fabulosa de conflictos sociales y de orden público». Según Vidarte, Casares tenía en su domicilio un retrato de Kerenski, recordatorio del ejemplo a evitar<sup>[24]</sup>.

Entre tanto, en la presidencia de la república, Azaña empleaba mucho tiempo en aplicar su temperamento artístico a mejoras en la residencia de El Pardo y en su despacho y habitaciones en el Palacio Nacional (antes Real), sustituyendo «aquella especie de comisaría que puso don Niceto». Amadeu Hurtado da una extraña interpretación de esa conducta, «que a muchos parecía desconcertante», como huida de la realidad: para Hurtado se trataba de una ostentación deliberada de «serenidad que diese la impresión bien clara de confianza en la normalidad de la vida pública», un «sedante (...) contra la excitación de la masa nacional»<sup>[25]</sup>.

El 16 de junio las derechas presentaron una proposición no de ley: «Las Cortes esperan del Gobierno la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España». Gil-Robles aportó nuevos datos sobre quemas y destrozos de iglesias, periódicos y centros políticos derechistas, huelgas incontroladas, bombas y asesinatos, con un balance hasta entonces de 269 muertos y 1.287 heridos. Sólo en las dos jornadas anteriores se habían producido incidentes graves en 14 localidades, con 8 muertos y 12 heridos, varios cortijos incendiados, tiroteos contra «fascistas» y en un polvorín, 4 bombas en Madrid, vejaciones a religiosas en un hospicio, etc. La sesión fue aún más borrascosa de lo corriente. Calvo Sotelo citó frases revolucionarias de Largo Caballero e incitó abiertamente a la rebelión de los militares. La *Pasionaria* atribuyó «las tempestades de hoy» a la represión del «octubre glorioso». Casares negó audazmente los desmanes y dibujó un agradable panorama de calma social y afluencia turística; responsabilizó, en fin, a Calvo Sotelo de lo que pudiera ocurrir, y éste le replicó con bien conocidas y

dramáticas frases, denunciando el asesinato que preveía y que realmente le aguardaba.

## Capítulo IX

### EL FIN

Hacia el 12 de julio los preparativos de Mola culminaban entre graves contratiempos de última hora con los carlistas, mientras Franco pedía un nuevo aplazamiento. Pero en la noche de ese día al siguiente era asesinado Calvo Sotelo por una fuerza mixta de guardias de asalto y de las juventudes socialistas, y con ello se disolvieron las últimas vacilaciones de los conjurados. La guerra civil pesaba sobre el país como un denso nubarrón a punto de soltar el rayo, y Prieto advertía lúgubramente, el día 14, en su periódico bilbaíno *El liberal*: «Será una batalla a muerte, porque cada uno de los bandos sabe que el adversario, si triunfa, no le dará cuartel».

El 17 comenzó la rebelión en Marruecos, y en seguida se extendió a numerosas ciudades de la península. Prieto y los revolucionarios habían presionado a Casares para que destrozase de una vez la conspiración, pero los republicanos se habían resistido, aunque no permanecían inactivos, como luego se dijo. Creían tener controlados a los desafectos, y que todo terminaría como la sanjurjada del 32. Vidarte se pregunta: «¿A quién temía más Azaña (...) a Largo Caballero o a los militares? El haber temido más a Largo Caballero (...) hizo posible la sublevación» [1].

En Madrid, los partidos obreristas exigieron armas. Casares, consciente de que ello significaba la revolución social y el fin de la II República, se negó. Según Vidarte, habría respondido: «Más de una vez he dicho pública y privadamente que yo no sería el Kerenski español. El gobierno tiene medios suficientes para afrontar esta situación» [2]. Pero la presión de la ultraizquierda y las noticias sobre nuevas sublevaciones terminaron por quebrar sus frágiles nervios, y dimitió.

Numerosos políticos e historiadores se han ensañado con Casares por sus actitudes de gobernante, a la vez débiles y provocadoras, por no haber impedido la sublevación o por haberse opuesto al armamento de las masas, considerado imprescindible para resistir al golpe derechista. Salió así de la historia, un tanto malparado, el abogado coruñés y líder galleguista, uno de los contados personajes, con el catalán Carner y alguno más, a los que Azaña trata con respeto y simpatía en sus diarios. Sin embargo, su temor era del todo razonable:

el armamento de las masas significaba el derrumbe del régimen, del cual fue él el último defensor. Quizá le faltó suficiente entereza en la defensa, pero en aquel momento nadie se portó mejor, y lo cierto es que las aguas estaban ya demasiado desbordadas como para que alguien pudiera contenerlas. Le sucedió Martínez Barrio, quien por unas horas, antes de dimitir a su turno, intentó un arreglo con los rebeldes a costa de meter en cintura a los revolucionarios, solución ya impracticable también. Luego, en la madrugada del 19, Giral, hombre de confianza de Azaña, ordenaba armar a los sindicatos.

Inmediatamente la revolución se extendió por la parte del país en manos de Frente Popular, junto con una ola de terror, simultánea con la que desataron los sublevados<sup>[a]</sup>. El clima popular ya no era el de octubre de 1934, cuando la población, casi unánimemente, había desoído los llamamientos bélicos del PSOE y la Esquerra, permitiendo que la contienda se resolviese en dos semanas. Y, sin embargo, había sido aquel octubre, o la propaganda en torno a él, lo que había «envenenado», en palabra de Besteiro, al ambiente. Ahora había grandes masas, en un lado y en otro, dispuestas a lanzarse al cuello del enemigo, después de meses de tensión inaguantable.

La legalidad republicana, si es que después de las elecciones existía, cesó a cualquier efecto práctico. La extraordinaria facilidad con que se produjo el derrumbe demostró lo avanzado del proceso revolucionario y la extrema flaqueza alcanzada por el régimen *burgués*. Sin embargo, la revolución tenía su propio talón de Aquiles: su división entre socialistas, comunistas y anarquistas, que marchaban cada uno por su lado, mientras los nacionalistas vascos y catalanes aprovechaban para desarticular en lo posible el poder central. Pronto entendieron todos, sin embargo, que mantener una fachada de republicanismos sería útil como instrumento de propaganda, de legitimación política, y para obtener ayuda o evitar una intervención contrarrevolucionaria de las potencias europeas. La apariencia ha funcionado, y todavía muchos historiadores llaman «republicanos» a los partidos del Frente Popular, el cual pasó de ser una coalición electoral a convertirse en un verdadero nuevo régimen. Pero esos «republicanos» eran fundamentalmente los socialistas de Largo Caballero, los comunistas y los anarquistas, amén de la Esquerra, que con los primeros había iniciado la primera fase de la guerra en 1934; o del PNV, cuyo interés consistía en aprovechar las circunstancias para avanzar al máximo en la secesión. Ninguna historia que pase por alto estos hechos o disminuya su importancia puede considerarse seria. También en el bando rebelde fue suprimida, tras algunas vacilaciones, la república.

Casares acertaba igualmente cuando aseguraba que el gobierno disponía de medios suficientes para vencer la rebelión, pues el golpe militar había sido dado en malas condiciones, con un ejército sumamente dividido. Tras los primeros días de combates pudo hacerse un balance en el que material y estratégicamente

todas las ventajas estaban del lado del Frente Popular. Observándolo, Prieto hizo su célebre diagnóstico: por mucho valor que derrochasen los rebeldes, serían «inevitablemente, inexorablemente, fatalmente vencidos». Y en efecto, un gobierno en condiciones de utilizar su superioridad de modo ordenado habría tenido las mejores oportunidades de aplastar a los rebeldes. Pero la revolución, al destruir momentáneamente cualquier orden, ofreció a los sublevados un tiempo precioso que éstos aprovecharon con audacia para tomar la iniciativa. Poco después, en septiembre, una reorganización a fondo en los dos campos, permitió mantener la lucha, en nuevas condiciones, hasta abril de 1939- Largo pasó a dirigir la «República», y Franco el bando rebelde.

Sin duda fue indicativo que los «padres espirituales» de la república, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, así como Unamuno, se mostraran al menos comprensivos, y a veces entusiastas de la rebelión derechista. Para ellos, el régimen que tanto habían contribuido a traer con su apoyo intelectual había fracasado sin paliativos.

La república había durado cinco años y tres meses un tanto espasmódicos, sin que pudiera contener su inestabilidad la continua apelación a los buenos deseos y las mejores esperanzas de unos y otros, a veces con un tono algo milagrero. Y finalmente se desplomaba entre descargas de los pelotones de ejecución y estruendo de bombardeos. Con ellos se desvanecían las ilusiones y los proyectos de aquellos hombres que, con intenciones en el fondo muy distintas, habían coincidido en agosto de 1930 en el Ateneo de Madrid para romper el programa de transición de Berenguer y acabar con la monarquía. Una elevada retórica de buenas intenciones dio lugar, paradójicamente a una explosión de odio incontenible y, en definitiva, a una de las mayores catástrofes de la historia de España.

Alcalá-Zamora se hallaba fuera de España al reiniciarse la guerra. Tras su destitución amagó una vuelta a la política, pero desistió, y tuvo la buena idea de emprender un crucero por los países escandinavos, que ya conocía de otro viaje en 1923. El 6 de julio salía de Madrid. En Hamburgo le llegó la noticia del asesinato de Calvo Sotelo, y en Edimburgo e Islandia las del comienzo de la guerra. Trató de establecerse en Francia, donde supo que los revolucionarios, «con la aprobación del gobierno Giral, se habían apoderado anárquicamente de mi casa, comenzando el despojo de ella, que a más de lo mío se llevó completo el ajuar de mi hija María Teresa, que ya había sufrido graves perjuicios por el odio de Casares». «Mi mujer y mis hijas (...) fueron despojadas (de sus alhajas) en julio de 1936, en el Banco Hispano Americano, por las órdenes del gobierno Giral y luego, en el Crédit Lyonnais, en febrero de 1937, por las de Largo y Galarza» [3].

Lerroux, que en las elecciones no había sacado acta, llevaba meses viendo, con angustia, la disgregación de su partido, fruto de tantos años de trabajos, y el despeñamiento del régimen, del que se consideraba el mejor representante. Su resentimiento se expresa en frases como éstas: «En la Presidencia de la República, elevado por el Frente Popular, estaba el hombre del Parque de María Luisa, de Casas Viejas, de los contrabandos de armas, de la rebelión de Cataluña. Y en mi casa, que dentro de poco ya no iba a ser mía, derrotado, sin acta, arrinconado, difamado, el político que había consagrado 50 años de su existencia a la causa del pueblo...». «Me entretenía en ordenar mi archivo y en hacer fichas con el propósito de continuar escribiendo y publicando mis *memorias*». Planeaba ir a tomar aguas medicinales a Baños de Montemayor, en Cáceres, o a Portugal. «A medida que se conocían los detalles del hecho inconcebible, aumentaba la sensación de horror», dice refiriéndose al asesinato de Calvo Sotelo. El 17 por la mañana, un amigo cuyo nombre no da, le advirtió la inmediatez de la revuelta, y por la tarde el comisario de policía Martín Báguenas, colaborador de los conspiradores y que sería asesinado en la cárcel Modelo meses después, le comunicó: «El movimiento que se anunciaba se iniciará esta noche en Marruecos y mañana en la península (...) Debe usted tomar precauciones. Haría bien en ausentarse de Madrid (...) Me dio la mano y se despidió sin más palabras. Había algo de solemne y dramático en aquella brevedad, en aquella sequedad de tono y parquedad de expresión». La recomendación suponía que los sublevados esperaban perder Madrid, como así resultó, y en tal caso la vida de Lerroux correría serio peligro. Al día siguiente entraba en Portugal, muy a tiempo. Desde allí dio su apoyo a los rebeldes: «Cuando el General Franco apareció en el horizonte de las esperanzas nacionales con la espada en alto, en España ya no existía un estado ni forma alguna de legalidad». En contraposición con otros republicanos que reprochaban a las potencias democráticas no haber ayudado abiertamente al Frente Popular, afirmó: «Inglaterra y Francia (...) han seguido fingiendo que creían en la existencia de un estado español y una legalidad española bajo el gobierno de los que habían provocado, tolerado o amparado con la impunidad el saqueo, el incendio y el asesinato» [4].

A don Niceto le informaron en París de que el gobierno, «que sabía el dinero con que salimos, se oponía a que se me enviara más. Me condenaban al hambre y para que no cupiese duda desde entonces uno y otro bando, con saña igual e implacable, han prodigado influencia y aun subvenciones para impedirme hallar trabajo y para ir quitándomelo donde lo he encontrado (...). La coincidencia de

esos odios que se hubieran convertido en tregua momentánea para formar frente a mí un pelotón mixto de fusilamiento, se explica porque no me perdonan lo que no se suele perdonar: no haberme equivocado al sostener que lo por ellos deseado y hecho era el desastre de todos y que sólo podía haber remedio en mi moderación». Aunque, si es evidente que el Frente Popular debía mucho a Alcalá-Zamora, el resentimiento que le guardaba la derecha no era del todo inexplicable. Pasó la guerra en Francia, «económicamente, en perpetua zozobra». «Sólo tuve paz de familia y hasta eso consiguieron que se viese turbado por penas insuperables», como el fallecimiento en Valencia, en 1938, «con sus energías del todo agotadas y desengañado de quimeras, de mi hijo Pepe, quizás el mejor estudiante de su generación en la Facultad de Derecho». Aquel hijo se había sumado al Frente Popular. Poco después de terminar la contienda, en Pau, donde residía, «ocurrió la última y mayor desgracia: la muerte de mi mujer que había soportado la adversidad y la estrechez con energía serena comparable a la modestia indiferente ante el encumbramiento y sus halagos» [5].

En Pau empezó a reconstruir sus memorias, que le habían sido incautadas por el Frente Popular. Al mirar hacia atrás, escribe, «pudiera creerse que me anonada pensar en aquellos días, aún cercanos, en que lo fui todo, lo vencí todo y lo poseí todo, sin que me quede apenas nada. Sin embargo, al retirar la vista del pasado espléndido miro mi pobre presente con serena resignación. Para las gentes he cambiado mucho, desde el halago a la desconsideración; en mi propia estima soy el mismo, viéndome ahora en cierto modo, al someterme a estas pruebas, moralmente más alto. Antes, cuando me colmaban la medida los favores de la fortuna, para reducirme a la altura igualitaria rebajaba colmos tales el rasero de mi modestia; hoy, cuando me abruma los infortunios, elevo éstos sobre el pedestal de mi dignidad». Contra las recriminaciones que le hará Lerroux, no parece encontrar motivo de autorreproche por «la inmensa catástrofe española que contra mis esfuerzos quisieron desatar unos y otros»: «Volvería a hacer cuanto he hecho por conciencia, por deber, por justicia, pensando en Dios, en mi país y en mi alma; es seguro que no volvería a hacer tanto como hice, que fue mucho, por impulso de la amistad» [6].

El sino de Azaña le hizo continuar como presidente nominal de una república igualmente nominal y con apenas nada en común con la del 14 de abril. Sin duda no era lo que él deseaba, y en varias ocasiones estuvo a punto de dimitir, aunque no lo hizo, por sentimiento del deber o por inseguridad de cualquier alternativa, salvo el exilio, pues los sublevados le consideraban, como a Alcalá-Zamora, causante destacado de la catástrofe. Sus diarios de guerra son un prolongado y doloroso lamento por el papel que le tocaba desempeñar. En la primavera de

1937 escribió *La velada en Benicarló*, para explicar y explicarse la guerra, un viaje «al fondo de la nada», que en cierto modo retoma simbólicamente *El jardín de los frailes* al bautizar a algunos personajes con nombres empleados en una novela por uno de sus educadores en El Escorial. El monasterio, entre tanto, había sido saqueado y asesinados sesenta de los ochenta monjes que lo cuidaban. La explicación del antiguo alumno tiene un aire inevitablemente declamatorio, al contraponer sus elevados ideales con la brutalidad y torpeza de casi todos los demás, sin examinar la posible relación entre dicha brutalidad y unos ideales fáciles de invocar, o unos buenos deseos no menos fácilmente arrogables.

En marzo de 1939, el Frente Popular daba sus últimas boqueadas, víctima del ataque de Franco y de sus disensiones internas. A pesar del común temor al enemigo, la hostilidad entre los partidos componentes del Frente les había llevado a graves violencias y crímenes entre ellos, quizá inevitables, pero que les habían debilitado. Significativamente, sus últimos días transcurrieron en una guerra civil entre comunistas, anarquistas, socialistas y republicanos.

Para entonces Azaña ya no era presidente. Había salido del país el 5 de febrero, inmerso en una oleada de soldados y civiles que buscaban refugio en Francia a través del Pirineo catalán, en una huida apocalíptica. Los huidos llevaban consigo «el mayor tesoro del mundo» [b], como lo bautizó Jiménez Losantos, una enorme cantidad de cuadros, joyas y variadas obras de arte procedentes de colecciones particulares y públicas confiscadas o saqueadas durante la guerra. Azaña estaba obsesionado por salvar aquellas valiosísimas piezas expuestas a bombardeos, en especial los cuadros del museo del Prado, que reputaba «más importantes que la república y la monarquía juntos». En medio de la riada de fugitivos, grupos de carabineros realizaron la proeza de hacer cruzar la frontera los inapreciables cargamentos. «Terminada que fue su ciclópea tarea, ya en territorio francés, se les prometió una recompensa en metálico, pero un intermediario de la embajada se quedó con el dinero, y aquellos modestos atlantes acabaron en un campo de concentración» [7], resume el escritor Jiménez Losantos.

Ya en Francia, Azaña dimitió como presidente de la república. Al igual que Alcalá-Zamora, no parece aceptar ninguna responsabilidad personal en el desastre, pese a los altos cargos que él ocupó mientras éste se gestaba. Escribió unos artículos sobre las causas de la guerra, no muy agudos ni bien informados, empezando por su diagnóstico: «Sin el hecho interno español del alzamiento de julio de 1936, la acción de las potencias totalitarias (...) no habría tenido ocasión de producirse (...) Sin el auxilio previamente concertado de aquellas potencias, la rebelión y la guerra civil subsiguiente no se habrían producido». En carta a Ángel Ossorio —abogado defensor de Alcalá-Zamora y Maura en el juicio de marzo de 1931, que tanto contribuyó a traer el régimen— observa: «Veo en los

sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desate zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalismo se estremecen» [8].

Pero en verdad estaba quebrantado, moral y físicamente, y profundamente angustiado. Miguel Maura, también en el exilio, acudió a verle en junio de 1940. Quizás recordasen los tiempos, lejanos y próximos a un tiempo, del Pacto de San Sebastián, o cuando el visitante había arrastrado al doliente a la toma del *palacio de invierno* de la Puerta del Sol. Maura recuerda: « ¡Todo se había hundido para él en esos dolorosísimos años de la guerra civil! Su claro talento había calibrado la pequeñez de las ambiciones y de los sueños de poder y de popularidad, que quizás algún día habían constituido la meta de sus aspiraciones y su ideal. Desengañado, triste, pero, repito, con el juicio más claro y lúcido que nunca, me trazó un cuadro de lo que fueron para él moralmente los tres años terribles» [9].

Su salud empeoró. Sufrió una dolencia cardíaca y dos ataques cerebrales que mermaron seriamente sus facultades. Entre tanto, en septiembre del 39 estallaba otra catástrofe de mucha mayor envergadura que la española, la II Guerra Mundial, y el 17 de mayo de 1940 Alemania invadía Francia, a la que infligía una aplastante derrota en poco más de un mes. Quedó el país dividido entre una zona de ocupación y otra conocida como «régimen de Vichy», formalmente independiente pero bajo tutela germana. La situación se volvía en extremo alarmante para Azaña, expuesto a ser extraditado a España, máxime cuando algunos personajes del nuevo régimen, como José Félix de Lequerica, embajador en París y exaltado pronazi, intentaban capturarlo. El rencor que en las derechas despertaba el ex presidente sólo podía compararse, antes del reinicio de la guerra, con el que profesaban las izquierdas a Gil-Robles, amenazado de muerte en pleno Parlamento; y la guerra había soltado todas las furias. El temor de que, en el delirio de la venganza, fuera « paseado con una soga al cuello por la calle de Alcalá», aunque exagerado, tenía el fondo de verdad de su posible ejecución. Por ello Azaña se trasladó desde cerca de Burdeos, en zona ocupada, a la pequeña población de Montauban, en territorio de Vichy. Justo a tiempo, porque el 10 de julio su amigo Rivas Cherif era detenido en su anterior residencia y trasladado a España, donde fue condenado a muerte, si bien tendría más fortuna que otros dos extraditados, Companys y Zugazagoitia, cuya sentencia fue ejecutada. A Rivas le conmutaron la pena por treinta años, de los que cumpliría seis.

En Montauban, aunque más seguro, vivían Azaña y los suyos con la congoja de que los sicarios de Lequerica lo secuestraran. Sus dolencias se acentuaron, y en septiembre sufrió su segundo ataque cerebral, que lo dejó irrecuperable. « Lo único a que aspiro —decía— es a que queden unos cientos de personas en el mundo que den fe de que yo no fui un bandido». En octubre parece que volvió a

la fe católica. El obispo francés Théas, que lo visitó en sus últimos días, narra: « Queriendo conocer los sentimientos íntimos del enfermo, le presenté un día el crucifijo. Con sus grandes ojos abiertos, luego húmedos de lágrimas, se fijó detenidamente sobre el Cristo de la cruz. Lo arrancó de mis manos y lo besó con amor, por tres veces, y decía cada vez: 'Jesús, piedad, misericordia'». Muchos republicanos interpretan esta conversión final como producto de su pérdida de facultades mentales. El 3 de noviembre moría. Un amigo suyo, el escultor Francisco Galicia, describe los últimos momentos: « Se oía un estertor, una cosa horrible..., ¡el estertor de la muerte! Su mujer, a su lado, serena como estaba siempre delante de él, le acariciaba las manos, le pasaba un pañuelo por la frente, le besaba... Yo me quedé de pie, sin moverme. No sé si aquello duró un cuarto de hora, o media hora o una hora. Ni Saravia ni yo nos movíamos (...) El estertor se hacía cada vez más tremendo hasta que de pronto oímos que doña Lola gritaba: '¡Manolo, Manolo, mírame! ¡Estoy aquí...!'. Era la primera vez que aquella mujer, tan serena y sufrida, gritaba. Comprendimos que estaba muerto». Murió en la pobreza, a los sesenta años y sin dinero para pagarse el entierro, el escritor de *El jardín de los frailes* y primer prohombre de las izquierdas republicanas<sup>[10]</sup>.

Casi al mismo tiempo que fallecía Azaña, iniciaba don Niceto su viaje a la Argentina, el 14 de noviembre. No tenía posibilidad de volver a España, donde el nuevo régimen había confiscado su fortuna en el proceso por responsabilidades políticas que le fue incoado. Tampoco podía sospechar la odisea, con tintes de pesadilla, en que se convirtió aquel viaje. Fue obligado, con cientos de exiliados que intentaban escapar, a permanecer más de dos meses en Marsella, « espera desesperante, triste, sombría y penosa, viendo enrarecerse los víveres, subir en progresión, también rápida y constante, los precios, y agotarse los recursos, que apenas alcanzaban para pagar pasajes en tercera». Sometidos además a incontables brutalidades y vejaciones por parte de la policía francesa. « Jamás vi tan humillada en mi persona, y por la autoridad policiaca, la dignidad humana»<sup>[11] [c]</sup>.

La actitud de los exiliados también decepcionó al antiguo presidente, pues encontró, en su mayoría, olvidados « del interés patrio, plegándose con ceguera al extranjero que creían les serviría mejor para prevalecer de nuevo. En este camino llegaban muchos a desear el monstruoso horror de un resurgimiento de la guerra civil complicada con la externa; bastantes se mostraban dispuestos a servirla y era inútil cuanto yo les dijera sobre el loco crimen que eso suponía» (493). Pues el último año de la contienda española, los principales líderes del Frente Popular habían hecho, para desesperación de Azaña, el mayor esfuerzo

por prolongarla a fin de enlazarla con la mundial que se aproximaba.

El barco, cuyos pasajeros eran sobre todo emigrados españoles y judíos que huían de Alemania, llegó en enero a Dakar, donde permaneció casi cinco meses. El ex presidente, de por sí delgado, perdió veinte kilos debido a la pésima alimentación. En junio, el barco retrocedió a Casablanca, donde muchos viajeros fueron internados en campos de concentración. La siguiente etapa de don Niceto fue el regreso, prácticamente deportado, a Senegal, en plena época de enfermedades endémicas, donde fue robado y cayó seriamente enfermo de paludismo. En septiembre lo hicieron volver a Casablanca, aislándolo de sus compatriotas. En Mogador recibió un cheque de 10.000 francos, ayuda muy necesitada, pero lo devolvió al comprobar que venía del SERE<sup>[d]</sup>, una de las entidades «administradoras de los tesoros revolucionarios» procedentes de incautaciones como la que él mismo había sufrido. El 24 de octubre fue obligado a embarcarse con destino al golfo de Méjico, con aumento de gastos y penurias, por lo que tuvo que buscar algún préstamo en cuestión de horas. En Méjico no quiso salir de Veracruz «por mantener el apartamiento absoluto de los miles de millones que allí marcharon» y de las querellas políticas que continuaban entre los frentepopulistas y republicanos, en la fiebre del exilio. Tras permanecer un mes en Cuba, llegó a su destino, Buenos Aires, el 28 de enero de 1942, 441 días después de haber salido de Pau<sup>[12]</sup>.

En Buenos Aires dedicó el tiempo a escribir colaboraciones periodísticas y a completar sus *Memorias*. Vivió todavía siete años, alejado de las disputas políticas, y falleció repentinamente en la madrugada del 18 de febrero de 1949, mientras dormía. Leandro Pita Romero que había sido ministro de Estado y embajador, escribe: «Cuando en la mañana de ayer le vimos en su lecho, con su expresión apacible, casi dulce, con la gran barba de abuelo que estos últimos tiempos le bañaba el rostro, disimulando su flaqueza y añadiéndole veneración, la Cruz entre sus manos, y cerca de su corazón un puñado de tierra española, extraída en el rincón nativo y en la montaña pirenaica —la frontera de los adioses del exilio—, una plegaria muy sentida subía a nuestros labios por el gran español que cae lejos de su añorada patria, tras una vida austera, noble, ejemplar, pura, rectilínea, magnífica». Había dejado una exhortación a los españoles y en especial a los partidarios de la república: «Les aconsejo que, para restablecer y conservar el régimen, único en definitiva posible, afirmen y practiquen resueltamente: en las ideas, la paz y la libertad religiosa, sin fanatismos ni persecuciones sectarias; en el sentimiento, un patriotismo intenso», compatible con la fraternidad universal y «las afecciones del alma hacia las regiones de cada uno; y en la vida y en la conducta austera sencillez y diáfana gestión. Y siempre, que sientan el horror a las guerras civiles». Su féretro, acompañado de un pequeño número de amigos españoles y argentinos, fue

enterrado en el cementerio de la Chacarita, un plomizo día del verano austral. Habían pasado 72 años desde su nacimiento en Priego<sup>[13]</sup>.

Ese mismo año, pero el 27 de junio y en Madrid, moría Lerroux, con 85 años, de una afección cardíaca. El antiguo agitador revolucionario también terminó su azarosa existencia en el seno de la Iglesia católica. Sobre sus últimos años, al contrario que sobre su juventud y madurez, apenas existe bibliografía. Hasta dos años antes de su fallecimiento había tenido que permanecer exiliado en Portugal, no porque él quisiera, sino porque el gobierno de Franco le impedía el regreso. En ello debió de pesar su viejo historial masónico, pero no parece causa suficiente. Es muy improbable que Franco le fuera hostil, y probablemente fueron enemigos suyos en la administración los que le tuvieron alejado, y lo hicieron hasta el punto de que, agonizando su mujer en Madrid, no pudo acompañarla en sus últimos momentos, por típicas vilezas burocráticas que le amargaron esos tiempos. Habiendo perdido sus bienes durante la guerra, vivía de colaboraciones en la prensa americana. Fue significativo, sin duda, que al morir, el diario *ABC* lo tratase con respeto, señalando los telegramas de pésame recibidos de todo el país y el «desfile ininterrumpido» de amigos y personalidades ante su ataúd, entre ellos Romanones, Esteban Bilbao, presidente de las Cortes franquistas, y numerosos antiguos cargos políticos del extinto Partido Radical.

Al lado de la reseña y de una nota biográfica, la noticia de que Ortega y Gasset salía de Madrid a los Estados Unidos, invitado como «uno de los seis primeros humanistas del mundo», para inaugurar los actos conmemorativos del centenario de Goethe; el viaje a Munich del profesor Luis Diez del Corral, para inaugurar la cátedra Vossler —por el nombre de un renombrado hispanista alemán—, y la estancia en Roma del pensador Eugenio d’Ors, antiguo nacionalista catalán, para conferenciar sobre «la filosofía no escrita de España». Signos, todos ellos, de la consolidación del régimen franquista<sup>[14]</sup>.

## Capítulo X

### LA II REPÚBLICA EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

La República pudo haber pasado a la historia por haber elaborado una Constitución en la que se sintieran acogidos casi todos los españoles, unas reformas agraria y militar eficaces, una solución a los nacionalismos periféricos, una razonable separación de la Iglesia y el estado, y la integración de los partidos obreristas en la democracia. El historiador J. M. Cuenca Toribio señala en un excelente estudio de sociología histórica -las líneas reformistas de su actuación, así como los propósitos noblemente innovadores de algunas de sus principales figuras» [1]. Con todo, en conjunto el régimen, más que resolver aquellos problemas los exacerbó, hasta convertirlos en pesadillas. Sus intentos se vieron coronados por un fracaso cuyos hitos destacados pero no únicos, fueron la destrucción de iglesias y bienes culturales, Casas Viejas, la revolución de octubre del 34 y la oleada de violencias que siguió a la victoria del Frente Popular —excluyo la rebelión de Sanjurjo en el 32 porque ella fue una intentona poco representativa y porque, como explicó en las Cortes un eufórico Azaña, había contribuido a robustecer la república—. En cuanto a la Constitución, la mayoría republicana y socialista no pretendió siquiera hacerla conciliadora.

Quizá la causa profunda de este fracaso se resume en los rasgos jacobinos, de corte acentuadamente decimonónico, que tomó el régimen desde muy pronto, desbordando a Alcalá-Zamora y a Maura. Esos rasgos se aprecian en una multitud de aspectos, desde la identificación acrítica con una experiencia tan frustrante como la I República, al predominio de la retórica sobre el pensamiento —pues el republicanismo, como el socialismo, fueron en España movimientos más bien de consigna y de panfleto, y no produjeron nada que pueda pasar por un pensamiento relevante—, la escasa atención concedida a las cuestiones económicas, apenas examinadas por los dirigentes, el desconocimiento e incompreensión de doctrinas como la marxista, que tanta relevancia tomaron en seguida en el país. Y, especialmente, un anticlericalismo cuyo estilo y raíces procedían del siglo anterior y permanecían anclados en él.

Se ha dicho, y es bastante cierto, que lo único que tenían en común los diversos partidos republicanos, los socialistas y los anarquistas era precisamente ese anticlericalismo, el cual se convirtió en uno de los signos más distintivos de un régimen estrenado con las grandes hogueras de iglesias, escuelas y bibliotecas, y

terminado con una de las mayores matanzas de religiosos y creyentes que conoce la historia.

Sobre las causas de ese sentimiento, realmente febril, se ha especulado mucho. Comúnmente se ha explicado como oposición o reacción contra el poder excesivo y abusivo de una casta clerical, pero lo cierto es que sus manifestaciones más furiosas y mortíferas se produjeron en momentos en que el clero había perdido la mayor parte de su influencia política. Tampoco puede interpretarse como una venganza tardía por una insoportable opresión clerical anterior, porque desde la desamortización de Mendizábal, en 1836, el poder material de la Iglesia se había desinflado en buena medida, y si bien durante la Restauración había recuperado posiciones, podía ser descrito como excesivo, o anacrónico, pero en modo alguno como una opresión insoportable.

No se entenderán las acciones del anticlericalismo si se pierden de vista dos hechos: su bajo nivel intelectual, y su carácter mesiánicamente antirreligioso, por así expresarlo. Los intelectuales y políticos anticlericales no supieron elaborar un pensamiento razonable y coherente sobre su tema, y sus críticas, tanto las dirigidas contra el clero como contra la religión, son por lo común romas, sin superar casi nunca el nivel del libelo. Las masas influidas por esas prédicas veían en la Iglesia una barrera o, mejor dicho, la gran barrera que les impedía acceder a un estado de prosperidad y felicidad generalizadas. De ahí el paradójico mesianismo antirreligioso, y el fenómeno tan llamativo de que la furia revolucionaria se orientara de preferencia contra los curas y no tanto contra los burgueses.

Se ha visto también en el anticlericalismo un resultado del carácter cerril e intransigente del clero, idea tan repetida que se ha vuelto un lugar común. No obstante, la tesis del cerrilismo debe completarse con algunos datos históricos a menudo pasados por alto. Cuando a España llegan las ideas liberales, a principios del siglo XIX, el país tiene conocimiento de los sucesos de la Revolución francesa, de sus genocidios, sus sangrientas persecuciones contra el cristianismo y el terror desatado entre los propios revolucionarios, hechos indudables que causaron miedo y repulsa entre el clero y también entre la población, pese a la potencia sugestiva de consignas como «libertad, igualdad, fraternidad». Para colmo, a ello siguió una invasión por parte de los representantes de las nuevas ideas, con una guerra devastadora, en que las tropas extranjeras mataron a mansalva, saquearon y destrozaron el patrimonio histórico y productivo español. Debe admitirse que en tales condiciones la desconfianza, e incluso el cerrilismo, tenían algunos argumentos a su favor, y que la renuencia de la mayoría de la población a seguir las ideas liberales encuentra una mejor explicación que el simple «atraso» o el «fanatismo» que algunos han supuesto congénito en el pueblo español.

Por otra parte, un sector importante del liberalismo en España mantuvo una

concepción romántica y acrítica de la revolución francesa, de la que aceptaban incluso los aspectos más sanguinarios, considerados convenientes para asentar la libertad, o lo que ellos tenían por tal. En este orden de cosas fueron los liberales quienes, durante las guerras carlistas, iniciaron atrocidades como el fusilamiento de prisioneros o de familiares de los enemigos. La experiencia motivó una pronta división entre liberales exaltados y moderados; el republicanismo, o buena parte de él, puede entenderse como una herencia de los exaltados, y hemos visto en este libro algunos ecos de esa tradición violenta y dispuesta a la matanza. Azaña opinaba que los males del siglo anterior, en especial la Restauración, nacían de la «traición» al liberalismo exaltado, manifiesta sobre todo en la política conciliadora hacia la Iglesia católica. A describir y ajustar cuentas con los traidores consagró su novela *Fresdeval*. Y no es que deba incluirse a Azaña entre los sedientos de sangre, pues su talante personal era pacífico, pero su actitud propiciaba la fractura social en aras de unos ideales excesivamente retóricos, en el mal sentido de la palabra. Cuando afirmaba que España había dejado de ser católica no expresaba una realidad, sino un deseo: el deseo de no encontrar resistencia a su política, que él tenía por manifestación privilegiada de «la inteligencia».

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el catolicismo o sobre el aparato eclesial, no hay duda de que el anticlericalismo dejó un balance tremendamente destructivo en términos humanos, materiales y culturales. Y también políticos: impidió la integración en la república de una derecha dispuesta a desenvolverse por vías democráticas, y que en su mayoría no aspiraba a demoler el régimen.

El anticlericalismo enlazaba también con una idea de la historia de España, según la cual los siglos transcurridos desde comienzos del XVI carecerían de valor y debían ser condenados o incluso borrados, para enlazar, por encima del tiempo, con una época anterior arbitrariamente idealizada. La razón fundamental de ese rechazo consistía en el papel de España, durante esos siglos, como baluarte del catolicismo frente a turcos y protestantes. Sin duda existe en esa concepción una influencia de las propagandas inglesas y francesas, a través, en especial, de la masonería, influencia acrecentada por el hecho de que en el siglo XIX esos países prosperaban rápidamente mientras España quedaba rezagada, tanto en el orden material como en el intelectual. El republicanismo aparecía entonces como una receta patriótica gracias a la cual España recuperaría sus auténticas esencias y se volvería libre, poderosa y «europea». Pero bajo un arsenal de buenas intenciones no había, insistamos en ello, un pensamiento preciso, y la acción práctica se resumía en una exaltada acusación al clero o a cuantos, por disentir, aparecían como obstáculos a barrer inexorablemente, por el bien del

país. El primer Lerroux, o mejor, la asociación entre él y Ferrer Guardia, expresan ese talante, que retomaría impulso al llegar la II República.

Por todo ello no parece exagerado decir que la república constituye el último episodio del siglo XIX español, incluso en hechos característicos como el resurgimiento de los pronunciamientos, tres en su corta existencia: el de diciembre de 1930, el de Sanjurjo y, si se le quiere considerar así, aunque es muy dudoso, el de julio del 36.

También la propia guerra civil puede verse como una vuelta al siglo XIX. O, más propiamente, como resultado de una revolución de corte decimonónico complicada con otra típica del siglo XX, la revolución «social». Fue por temor a esta última, y con la esperanza de «digerirla» sin violencias, por lo que los conservadores Maura o Alcalá-Zamora se aprestaron a encabezar el movimiento republicano; también los *jacobinos*, entre el miedo y la esperanza, basaron su estrategia en asimilar las peligrosas fuerzas marxistas y tener a raya a las anarquistas. La experiencia demostró que los republicanos carecían de potencia material y espiritual para la obra. Fueron los anarquistas a principios de 1933, y los marxistas en octubre del año siguiente, los que arruinaron ese sueño, para convertir a los *jacobinos*, durante el Frente Popular, en comparsas de un proceso que condujo a la guerra.

Aunque la guerra civil no fue especialmente sangrienta ni sus atrocidades excepcionales dentro de las guerras del siglo XX, de ella quedó una memoria justamente horrorizada, que ha contribuido de manera muy poderosa a evitar recaídas. También quedó una visión distorsionada, fuente de incontables jeremiadas y de una literatura plañidera sobre el carácter presuntamente «cainita» de los españoles, de su supuesto fanatismo y de las guerras civiles como una característica particular de nuestro pasado. La realidad, como ha observado Julián Marías, es que dentro de los países europeos, la historia interna de España ha sido quizá la más, o en todo caso una de las más estables y pacíficas. La excepción ha sido, precisamente, el siglo XIX... y su reavivación republicana.

Otro rasgo de dicho siglo fue la debilidad de la «clase política» y de las capas intelectuales españolas, que empiezan perdiendo a los «afrancesados», los cuales, por cobardía u oportunismo, colaboraron con los invasores, pero que al mismo tiempo constituían núcleo intelectual y políticamente cualificados. La merma apenas se superó, debido probablemente al declive de la enseñanza superior. En los siglos XVI y XVII, España fue uno de los países europeos que mayor atención prestó a la enseñanza universitaria. Partiendo de unos mínimos centros legados por la Edad Media, había llegado a contar con 34 universidades (aparte de las establecidas en América), y si bien hacia finales del siglo XVI la universidad se había esclerotizado un tanto, esas cifras ayudan a entender el florecimiento cultural del «siglo de oro» y la capacidad para sostener un

imperio mundial. Por contraste, en 1820 había 12 universidades, poco brillantes, y 10.000 alumnos, menos de la mitad —para una población doble— que tres siglos antes. A lo largo del XIX, e incluso en buena parte del XX, la situación mejoró de modo insuficiente. Seguramente ese dato ofrece otra clave general de la mezcla de estancamiento y epilepsia que caracteriza al país en buena parte del período.

La revolución de 1931 resultó inevitable, pues a ella colaboraron los propios monárquicos. Fue también, probablemente, innecesaria, en el sentido de que no derrocó un absolutismo o una dictadura, sino que truncó un programa de democratización quizá más lento, pero posiblemente más seguro. Aun así, la república no tenía por qué ser inviable. Ya hemos visto que para asentarla hubo dos grandes estrategias, no muy definidas pero claras en su diseño global: la de Azaña y la de Lerroux. La del primero, consistente en consolidar el régimen mediante la integración de los socialistas, hizo agua bien pronto, debido a lo que, en términos marxistas, llamaríamos “contradicciones internas», insuperables a causa de la debilidad de los integradores y la radicalización de los presuntos integrables. A ese malogro cooperó de manera muy apreciable la CNT, en medida secundaria el partido lerrouxista, y en medida negligible la derecha. Fue ante todo un fracaso interno de las izquierdas.

En cuanto al plan de Lerroux, basado en asimilar progresivamente a unas derechas legalistas, parecía más hacedero, por cuanto su partido tenía cierta solidez y la CEDA adoptó una conducta pacífica y en lo esencial moderada. La convivencia entre los dos partidos, sin ser fácil, tenía perspectivas mucho mejores que las de Azaña y el PSOE. No podemos saber lo que hubiera ocurrido a la larga, pero si la tentativa fracasó en el tiempo conocido, se debió a un ataque exterior desde todos los frentes. Las izquierdas se sublevaron literalmente, unas material y otras moralmente, y Alcalá-Zamora terminó por cercenar aquellas expectativas.

Observando las cosas en un plano muy amplio, cabe decir que el régimen se vino abajo porque las izquierdas no lograron entenderse entre sí en el primer bienio, y luego unieron sus fuerzas para aplastar la alternativa de derechas en el segundo, con la eficaz ayuda del presidente. Claro está que, desde su punto de vista, una república que no fuera de izquierdas no merecía la pena, actitud comprensible, aunque desde luego ajena a la democracia.

En este escenario actuaron los personajes. De los tres principales aquí tratados, Lerroux es el que ha tenido peor suerte en la historiografía, que mayoritariamente lo trata con desdén y como figura secundaria. Los hechos aquí examinados permiten, empero, otra valoración. Desde el punto de vista de quienes estimen la moderación, Lerroux personificaba la única alternativa de

continuidad y estabilidad para el régimen. Alternativa quizá no muy brillante ni sugestiva, lo que explica aquel desdén y la atracción que, en cambio, ha ejercido la figura de Azaña con su radicalismo un tanto rompedor y sus promesas de renovación y modernización rápida del país. Pero debe reconocerse que bajo las invocaciones e imprecaciones azañistas no existía un programa sólido, coherente y realista, sino más bien unas ideas generales combinadas con la autoatribución, con pretensiones de monopolio, de las buenas intenciones y la inteligencia.

La influencia de los impulsos subjetivos, las pasiones, las fobias y las filias en la actuación de nuestros personajes, y sus consecuencias políticas, creo que quedan explícitas en las páginas anteriores, aun si no he logrado darles todo el relieve y la fuerza que desprenden los escritos de los protagonistas. Esos personalismos se perciben también en la ausencia o suma escasez de análisis políticos generales en las memorias de Azaña y Alcalá-Zamora. El horizonte de ambas apenas supera el nivel de los sucesos puntuales y de las actitudes, acciones e intenciones de los sujetos comprometidos. Lerroux, aunque desborda personalismo igualmente, intenta con mayor frecuencia, y sagacidad desigual, el examen de las situaciones y de las fuerzas políticas en ellas intervinientes.

El ser humano siente, en general, necesidad de justificar sus actos y su vida entera, y esa finalidad está claramente implícita en todos los escritos de *memorias*, y de forma muy marcada en los aquí examinados. Los políticos parecen sentir tal necesidad con especial fuerza, cosa bastante lógica porque sus decisiones recaen sobre la sociedad entera, y sus consecuencias persisten y se recuerdan como beneficiosas o dañinas a lo largo de generaciones y aun de siglos. Sin embargo, el impulso de autojustificación resulta hartamente misterioso. ¿Ante quién pretendemos justificarnos? Quizás se entiende ese impulso en un creyente que espera un juicio de ultratumba y ve en sus prójimos una semejanza de la divinidad, pero también afecta a los ateos o agnósticos. Casi todos los políticos son sensibles al «juicio de la historia», como si la historia fuese una deidad que ha de sentenciar sobre el valor de sus actos, idea algo extraña. Lo mismo cabe decir del tribunal de «la humanidad», nunca unívoco ni terminante. Hay quien narra su vida con abierto desprecio hacia la opinión de sus posibles lectores, y, sin embargo, se molesta en dar a conocer su experiencia. Un ateo podría reírse de cualquier juicio, y cabe preguntarse si Stalin, por ejemplo, habrá despreciado lo que la posteridad pudiera pensar de sus actos. Que no lo despreciaba lo demuestran sus omnipresentes estatuas y sus escritos, que refieren sus decisiones al interés y servicio del «proletariado», otra deidad peculiar porque, en rigor, una vez muerto Stalin y sumido en la nada, ¿qué sentido tendría el dictamen del proletariado, forzosamente tan vano e inútil como el de sus víctimas del presente?

La necesidad de justificación persiste aunque se desprecie o se niegue la existencia o el valor de una entidad juzgadora. Me permitirá una digresión algo

aventurada, sin la más remota pretensión de sentar cátedra: acaso obedezca esa tendencia al carácter irremediamente moral de la condición humana. Una definición del hombre podría ser la de « animal moral », mejor que racional. La moralidad se basa en la capacidad de elección, apenas existente en el animal inferior, cuya conducta, dirigida por el instinto, es por ello ajena a la libertad y a la culpa. En contraste, el ser humano se ve forzado a elegir constantemente, desde el nivel más trivial (como « ¿voy andando o tomo el autobús? »), pasando por el utilitario y económico, hasta los más decisivos que afectan al conjunto de la vida, como el matrimonio, la profesión, una ideología política o actos de repercusión social. La elección implica libertad y un esfuerzo de valoración, que es la esencia de la moral. Uno de los instrumentos de valoración, pero no el único, sería la racionalidad. En una de sus frases afortunadas —no sé si original— decía Azaña: « la libertad no hace al hombre feliz, lo hace simplemente hombre ». Y a veces lo hace sumamente desdichado porque valorar distintas alternativas es a menudo un esfuerzo atormentador, y sus consecuencias nunca son previsibles por completo y suelen llevar consigo el peso de la culpa, y por eso remiten a una instancia juzgadora superior e inaprehensible. De ahí el deseo de soltar el fardo, como cantaba Walt Whitman: « Podría irme a vivir con los animales, tan plácidos y satisfechos de sí mismos... no sudan ni gimen por su condición, no yacen despiertos en la oscuridad ni lloran sus pecados ». En ese impulso de renuncia a la fatigosa condición humana, de vuelta a la inocente conducta instintiva, hunden su raíz, probablemente, las utopías totalitarias de nuestro siglo.

No vamos aquí a arrogarnos el papel de jueces y sentenciar y soltar el peso de la culpa sobre las espaldas ya desvanecidas de los personajes de la república. Bastante haremos si logramos comprenderlos un poco y aprendemos de algunos de sus errores.

## APÉNDICE

### LA ACTITUD DE LA CEDA Y SUS CRÍTICOS

Aunque la Ceda es tratada en este libro en un plano secundario, la visión de ella aquí expuesta choca de tal modo con opiniones muy divulgadas, que requiere una consideración aparte.

¿Cuál fue el carácter y actitud de la CEDA? Esta cuestión, y la de su (improbable) equiparación con la democracia cristiana posterior a la II Guerra Mundial, han suscitado bastante estudio<sup>[a]</sup>, ya que es una de las claves de la historia de esos años. Que no era un partido democrático, o no plenamente, lo reflejan frases como éstas de Gil-Robles: « De la facilidad con que pude actuar en el Parlamento han deducido muchos que soy un parlamentarista decidido y contumaz. ¡Qué poco me conocen los que tal dicen! Quienes me veían asistir con ininterrumpida asiduidad a las tareas de la Cámara, intervenir en los debates, promover incidentes, interpelar a los ministros y provocar tumultos no hubieran comprendido la violencia inmensa, la repugnancia casi física que me causaba actuar en un medio cuyos defectos se me revelaban tan palpables. Mi formación doctrinal, mis antecedentes familiares, mi sensibilidad se rebelaban a diario contra el sistema en que me veía obligado a actuar». Aunque no se rebeló. Tomo la cita de S. Carrillo, quien la usa para demostrar la peligrosidad fascista de Gil-Robles, blasonando él, a su vez, de perfecto demócrata<sup>[1]</sup>.

Frases como ésta las compensa el líder cedista con otras de sentido opuesto en las que se presenta como un educador de la derecha en el espíritu democrático. Y plantean un problema: ¿cómo interpretar las contradicciones, mayores o menores, de los personajes históricos? Contradicciones muy explotables en la propaganda, pues permiten resaltar las citas convenientes y olvidar las contrarias (Carrillo prescinde de citar a Gil-Robles cuando éste resulta poco « fascista»). Hay que distinguir entre la línea general del personaje y sus incoherencias parciales, y examinar éstas en su contexto político. Pero a veces lo significativo son esas incoherencias aparentes, y simple retórica la línea exteriormente más general. El problema suele resolverse, de todos modos, atendiendo a la relación entre las palabras y los hechos. Así, Gil-Robles atacó pocas veces de palabra al parlamentarismo, y ninguna de obra. Carrillo y el PSOE lo atacaron muy reiteradamente de palabra y obra: no sufrían de « cretinismo parlamentario» ni

de « ilusiones democráticas », como se decía expresivamente en el lenguaje marxista.

La CEDA era, más que un partido, un conjunto de ellos, como su nombre indica (confederación de derechas), y abarcaba diversas posiciones, con el denominador común de la defensa —legalista— de la religión, la propiedad privada, la familia y la unidad española. La orientación doctrinal la marcaba *El debate*, su órgano oficioso, muy ligado a la Iglesia.

Las ideas sociales de la CEDA se inspiraban en encíclicas papales como la *Rerum Novarum*, de León XIII. Éste condenaba los socialismos por su concepción de la igualdad humana, considerada ajena a la realidad del mundo, y por cultivar quimeras sobre la eliminación del sufrimiento y el malestar de la humanidad, así como por recurrir a la lucha de clases para el logro de esos objetivos, definidos como ilusorios. También criticaba al liberalismo por su concepto del individuo exagerado o exaltado, o por presentar el salario como un contrato libre, cuando la desigualdad de condiciones entre obrero y patrón podía imponer salarios de hambre bajo una engañosa libertad. Al efecto trataba de definir, sin éxito determinante, nociones tales como la de « salario justo » y « precio justo ».

Así, la derecha católica buscaba sustituir la lucha de clases por unas relaciones « totalitarias », englobadoras de patronos y empleados bajo la tutela del gobierno y basadas en « la justicia y la caridad », pues « la concordia es necesaria porque es fructífera, lo contrario no ». A ese fin convenía, decía Gil-Robles en octubre de 1933, un « Estado fuerte que respete las libertades individuales, pero que realice e imponga la armonía con los intereses generales » primando el « bien común ». De ahí debía resultar una « armonía social » que dejaría quizá pocas funciones al Parlamento, a largo plazo. El objetivo quedaba, de todas formas, como algo lejano, algo con lo que por el momento sólo se podía « soñar ».

Las izquierdas tachaban estas ideas de palabrería insustancial e inefectiva, encubridora —como las fórmulas liberales—, de los sustanciales y efectivos intereses de una oligarquía financiera y terrateniente. Esta crítica izquierdista era obligada a partir de doctrinas como las de Marx, que repelían la armonía social: los intereses atribuidos al *proletariado* y los supuestos a la *burguesía* serían fundamentalmente antagónicos. En consecuencia, había que optar forzosamente por los intereses de una u otra clase social, y esa opción definiría a los políticos y a los partidos. Desde luego, las frecuentes apelaciones cedistas a la concordia y la moderación en la lucha política chocaron siempre con un cerrado desprecio por parte de las izquierdas.

Para realizar su ansiada armonía, los gilroblistas pensaban en un sistema corporativista, no bien definido, cifrado en una intervención decisiva del Estado en la vida económica y social. El ideal corporativo sería una evolución necesaria

de las democracias en crisis, e integraba a la CEDA en una amplia corriente derechista internacional, que iba desde los fascismos o el corporativismo portugués a tendencias conservadoras británicas y hasta liberales norteamericanas. *El debate* atendía a todas ellas, incluido el *New Deal* de Roosevelt. Estados Unidos vivía entonces un período turbulento, con huelgas sangrientas y miseria para grandes masas. El diario cedista juzgaba así el *New Deal*: « No se piensa volver al pasado (...) tampoco a la guerra de clases, que es tan época pasada como la libertad capitalista, que quizá Romler ha calificado con exactitud al decir que el marxismo es una enfermedad del capitalismo moderno. Si curamos a éste, suprimiendo sus taras, habremos acabado con la otra enfermedad. Y esto es lo que se intenta ahora en muchas naciones (...) como (...) Norteamérica» [2].

Tratando de conciliar democracia y corporativismo, *El debate* ensalzaba el parlamento y patriotismo ingleses. El líder conservador Baldwin recibía su aprobación cuando declaraba: « hemos entrado en un nuevo sistema económico cuyo fin nadie puede predecir (...) (Se va) a una forma de control que muy pocos hubieran creído posible hace diez años», la cual requeriría « la más estrecha cooperación de todos los hombres que creen en el nuevo orden de cosas». Desconfiando de soluciones drásticas, el diario recogía también de Baldwin: « Cuando alcanzáis un gran entusiasmo (...) puede estar dentro un espíritu verdaderamente peligroso. He visto manifestaciones de ello en países que no quiero nombrar. Procede de la creencia en que si todos se unen pueden remediarse los males en cinco minutos». La alusión a los nazis era patente. El periódico consideraba que la nueva legislación británica sobre las minas, la agricultura, etc..., iba en dirección correcta: « Constituye, sin decirlo, el embrión de organizaciones corporativas. En esos organismos están representados los patronos, los obreros y la colectividad»; y expresaba el deseo de que la evolución española siguiera el camino de la británica [3].

La idea es persistente: « ¡Qué distintos el pensamiento y la práctica fascista, el pensamiento y la realización prudente de Oliveira Salazar, la nueva política de Roosevelt, la evolución lenta y callada de Inglaterra y las actividades del racismo germánico (...) No necesitamos decir el método que tiene nuestras preferencias: el de los ingleses. Que la sociedad haga por sí sola, hasta donde sea posible, la renovación. El Estado asiste, vigila, protege las evoluciones». En marzo de 1933, en Barcelona, Gil-Robles afirmó su « discrepancia radical del fascismo en cuanto a su programa, en cuanto a las circunstancias en que aparece y en cuanto a la táctica que lo inspira» [4].

La CEDA creía defendible su ideario tanto en república como en monarquía, sin especial fervor por ésta, ya que « el doce de abril no sólo cayó la Monarquía española, cayó todo un sistema social y político que estaba minado en su base,

que estaba totalmente podrido». Frente a los monárquicos que le hostigaban por tibio, Gil-Robles declaró: « Parece que quieren que yo convierta la enorme fuerza obtenida en las elecciones en un factor de perturbación de la política española. Eso no lo haré jamás ». En suma, aclaraba *El debate*, « Los católicos (...) no pueden encontrar dificultades en avenirse con las instituciones republicanas, y como ciudadanos y como creyentes están obligados a prestar a la vida civil un leal concurso (...) Ni de su sentir ni de su pensamiento de católicos podrá derivar (...) hostilidad al régimen republicano ». Otro punto esencial era la defensa de la unidad española, aunque « Nuestro programa (...) excluye los excesos del nacionalismo y los del internacionalismo ». También quería salvaguardar la tradición neutralista hispana ante las contiendas europeas<sup>[5]</sup>.

En la CEDA convivían fuerzas diversas, algunas extremistas, así como minorías abiertamente republicanas. Igual que en los demás partidos, las juventudes formaban el sector más radicalizado, con sus lemas autoritarios<sup>[b]</sup> y gestos de corte o similitud fascista, tan subrayados en muchas historias. Pero la práctica, ya lo hemos observado, era diferente: ni milicias, ni desfiles de uniforme, ni acciones violentas o sabotajes a las concentraciones de partidos contrarios, ni asesinatos o detenciones ilegales, ni espionaje sobre las ideas políticas del vecindario, etc., cosas que sí realizaron las juventudes socialistas y los *escamots*. La moderación esencial de la JAP (Juventud de Acción Popular) debe contar más que los signos y gritos fascistoides, y, sin embargo, rara vez es puesta de relieve. Y tanto más digna es de resalte cuanto que el violento acoso a los japistas desde la izquierda empujaba a respuestas asimismo violentas. Después de todo, los gestos y consignas del PSOE o de la Esquerra habrían tenido poca relevancia histórica de no haber sido llevados a la práctica. Lo significativo es la contención de la JAP, cuyos miembros sólo a última hora, tras las elecciones de febrero de 1936, iban a fascistizarse en gran número, pasándose a la Falange.

La CEDA, en fin, sin ser democrática, puede considerarse más cerca de serlo que el PSOE e incluso que las izquierdas republicanas. En tales condiciones, ¿podría funcionar la democracia? Quizá. Una vez establecidas las reglas del juego, la disciplina de las urnas y el control mutuo entre los partidos tienden a consolidar el sistema y a relegar a un nebuloso porvenir las aspiraciones utópicas, hasta marginarlas. El plan de Lerroux de atraer a la CEDA al juego republicano no parece descabellado. Pero la historia siguió otro camino y las reglas fueron rotas, a causa de la ilusión socialista de que había llegado la oportunidad para alcanzar sus ideales de « emancipación proletaria ». Ideales que de otro modo habrían descansado también en el limbo de los sueños a realizar « algún día », hasta ser, probablemente, olvidados.

Tratar a la CEDA de fascista está hoy desacreditado, pero todavía historiadores como W. Bernecker, en su libro *Guerra en España*, publicado aquí en fecha tan reciente como 1996, rechazan la tesis de la moderación de la CEDA, defendida por R. Robinson, y prefieren la autoridad contraria de José R. Montero y de P. Preston. Montero elaboró un estudio sociopolítico en dos tomos, en los que, desde el marxismo, estigmatiza la identificación de la CEDA con « el modo de producción capitalista » y su supuesta fascistización durante 1934<sup>[c]</sup>. Pero es Preston quien ha mantenido con mayor éxito e insistencia la idea de una CEDA fascista, por lo que será tratado aquí con alguna extensión.

En su obra *La destrucción de la democracia en España*, el estudioso británico apoya la pretendida creencia socialista de que la CEDA tenía peligrosidad similar a la del hitlerismo, y avala a Largo y a Prieto, dejando a Besteiro malparado como iluso o algo peor. Podría creerse que, al igual que en otros contenciosos historiográficos, la visión obtenida dependerá del tipo de citas al que se acuda, o de los datos seleccionados en abono de una u otra tesis, pues en la historia, es sabido, se encuentra de todo. Pero no parece que éste sea el caso. Más bien da la impresión de que las tesis de *La destrucción de la democracia* sólo se mantienen a costa de omisiones e ilogismos excesivos.

Creo haber probado que el PSOE sentía más bien desprecio por la derecha, y que el supuesto miedo a su « nazismo » era un recurso propagandístico. Preston, por el contrario, señala: « Gil-Robles acababa de volver del Congreso de Nüremberg y parecía muy influido por lo que había visto. Sus impresiones aparecieron en el boletín interno de la CEDA, describiendo favorablemente su visita a la Casa Parda, a las oficinas de propaganda nazi y a los campos de concentración y cómo había visto a las milicias nazis adiestrándose. Aunque expresaba vagas reservas sobre los elementos panteístas del fascismo, concretaba los elementos más dignos de emulación en España: su antimarxismo y su odio a la democracia liberal y parlamentaria ». Hubo, en efecto, un momento pasajero en que Gil-Robles se planteó si sus juventudes tendrían que « armonizar las nuevas corrientes (nazis) con los principios inmortales de nuestra católica tradición ». Pero ese momento se limitó a septiembre de 1933<sup>[7]</sup>.

Si bien Gil-Robles sentía despego por el régimen parlamentario, nunca se identificó con los métodos nazis, y su actitud hacia Hitler no se deja resumir en « vagas reservas ». Al desdeñar sus convicciones cristianas, Preston comete el mismo error que si desdeñase las convicciones marxistas en el PSOE, simplemente porque no las compartiese o entendiese. El cristianismo era determinante en la CEDA, y por ello el « panteísmo » nazi constituía un fundamental motivo de distanciamiento.

De los partidos ultras, el hitleriano era el que menos aprecio despertaba en la CEDA. *El debate*, contra lo que sugiere *La destrucción*, no lo tuvo por modelo. De

hecho condenó puntos capitales de aquél, cosa que el estudioso silenció: la política belicista, el culto a la fuerza, el racismo, la persecución religiosa; y mostraba franca alarma ante el rumbo de Hitler. El corresponsal del periódico en Berlín, deslumbrado por el dinamismo nazi, advertía, no obstante, con ocasión del «Día del partido» en Nüremberg: «La tensión patriótica de esta muchedumbre unánime da miedo»; y pronosticaba una catástrofe europea. La reglamentación alemana del trabajo motivaba en *El debate* algo más que reticencia: «¡Qué peligroso resulta un Estado omnipotente para vigilar los principios morales!» ! Y el totalitarismo hitleriano le inspiraba comentarios como éste: «No pasa un día sin que las noticias de Alemania aludan a la propagación de un espíritu de violencia en la clase juvenil. La juventud entrega su libertad y su independencia a esa vaga idea nacionalista que la convierte en instrumento servil, en cosa de un Estado opresor y absoluto». Y seguía en tono de gran dureza para concluir lúgubramente: «su más grave consecuencia será el estallido bélico» [8]. Faltan en *El socialista* condenas semejantes en relación con la URSS. Importa la fecha del comentario, 29 de septiembre del 34, vísperas de la insurrección izquierdista, porque excluye claramente los métodos hitlerianos incluso en una situación límite como la que se anunciaba. Y, en efecto, las llamadas de *El debate* contra los insurrectos de octubre invocaron la ley, las libertades y la integridad de España [d]. La limitada simpatía de la CEDA por el nazismo provenía sólo de que veía en él un valladar frente a la revolución y al expansionismo soviético, postura muy compartida en las derechas europeas del momento.

Especialmente ominosa suena la referencia a los campos de concentración. Pero los campos se presentaban como instituciones de reeducación por el trabajo, con principios similares a los de la Ley de Vagos y Maleantes de Azaña. Era un siniestro engaño, cierto, pero no todavía los campos de exterminio en que se convirtieron durante la Guerra Mundial. Y también distaban aún mucho de la mortífera explotación del Gulag soviético, que llevaba años funcionando. Al omitir estas diferencias, nada banales, Preston crea en el lector apresurado una impresión falsa, como si Gil-Robles aplaudiera los campos de exterminio [e].

Lo mismo ocurre en el tratamiento del libro a las elecciones de noviembre de 1933, el momento crucial de la república porque en ellas quedó de relieve el talante de las fuerzas políticas, y prefijado el destino del régimen. Los acontecimientos subsiguientes fueron el desarrollo lógico de aquellas posturas, que nadie o casi nadie rectificó, o no las rectificó en grado suficiente.

Pues bien, el estudioso afirma que ya antes de las elecciones de 1933 no era difícil encontrar paralelismos (de los sucesos que en Alemania llevaron a Hitler al poder) con la situación española. La prensa católica aplaudía la destrucción de los movimientos socialista y comunista en Alemania. La derecha española admiraba el nazismo por su énfasis en la autoridad, la patria y la jerarquía, todas

ellas preocupaciones centrales de la propaganda de la CEDA (...) Justificando la táctica legalista en España, *El debate* señalaba que Hitler había llegado al poder legalmente». La campaña electoral cedista resulta, en *La destrucción*, «técnicamente reminiscente de los procedimientos nazis» [9]. Todo esto es forzar las cosas. Era y es racionalmente imposible ver paralelismos entre la extrema agresividad y violencia nazis y la posición defensiva, legalista y pacífica de la derecha católica española. La CEDA nunca empleó la mezcla de intimidación, desfiles y mítines de masas con técnicas de auténtica hipnosis colectiva típicos del nazismo. Ni realizó atentados o apedreó a votantes, como sí hicieron los socialistas y la Esquerra, con su saldo de muertos y heridos. Estos datos deben pesar más que las vagas alusiones a «reminiscencias nazis». ¿Qué habría escrito el estudioso británico si las intimidaciones y atentados hubiesen procedido de la derecha y las víctimas fueran socialistas? Habiendo ocurrido al revés, pasa por alto el asunto.

La alusión a la autoridad, la patria y la jerarquía tampoco es convincente. Esos principios son defendidos, sobre todo en períodos de desorden social, por los movimientos conservadores, sin que ello los asimile al de Hitler. Y, curiosamente, serían socialistas y comunistas los que bien pronto iban a exaltar desmesuradamente dichos valores.

Afirma Preston: «Una considerable sospecha rodeaba las intenciones de la CEDA cuando empezó la campaña (...) La extrema belicosidad de Gil-Robles no era muy tranquilizadora». *La extrema belicosidad* partió indiscutiblemente de los socialistas, la Esquerra y otros; Gil-Robles fue el único que llamó a la paz y la concordia en la contienda electoral. Y el PSOE, poco intranquilizado por la CEDA, cuyo éxito no esperaba, lanzó sus dardos más bien contra Lerroux. Insiste el historiador: «Quedaba claro que la CEDA estaba dispuesta a ganar a costa de todo» [10]. ¿Qué será ese «todo»? La masiva votación obtenida sorprendió a la CEDA tanto como a las izquierdas, y Gil-Robles no la buscaba: anunció que no deseaba un éxito «imprudente», actitud refrendada cuando en vez de explotar su victoria se contentó con apoyar a Lerroux, al que había superado en apoyo popular y diputados. Moderación que, dicho sea de pasada, vino muy bien al PSOE y al Esquerra para organizar su insurrección.

Sumándose a juicios extremistas, Preston califica de «injusto» [11] el resultado electoral del PSOE, porque, aunque este partido mantuvo (más o menos) sus votos de 1931, bajó de 113 a 60 diputados. Olvida que la Ley electoral causante de tales desajustes había tenido los mismos efectos para la derecha en 1931; y que se trataba de una Ley impuesta por la izquierda en pleno y contra la opinión de la derecha. Es difícil ver la injusticia. También olvida que el PSOE no mantuvo sus electores en sentido proporcional, porque el electorado de 1933 duplicaba al de 1931 debido al sufragio femenino, y, por tanto, un partido

necesitaba duplicar sus votos para mantener la misma representatividad.

En esa línea sugiere el historiador que las elecciones habrían sido amañadas, destacando denuncias menores hechas por la izquierda y olvidando las denuncias sobre violencias izquierdistas. Aunque hubo pactos electorales para todos los gustos, *La destrucción* se fija en los de la derecha con los radicales, definiendo a estos últimos como « grandes maestros de la falsificación electoral» [12]. Pero el gobierno que presidió las elecciones era de centro izquierda y presidido por Martínez Barrio, un radical de izquierda hostil a la CEDA y sobre cuya honradez nadie ha arrojado sombras. No hay duda razonable de que los votos del Partido Radical y los demás fueron genuinos. Nadie les hubiera consentido falsear significativamente los comicios, por mucha « maestría » que quiera suponérseles.

Las reacciones antidemocráticas a estas elecciones por parte de casi todos los partidos de izquierda tampoco ocupan el espacio debido en *La destrucción*, con ser decisivas para la historia de aquellos tiempos.

Este breve muestrario de omisiones y desvirtuaciones<sup>[f]</sup> creo que indica el precio a pagar por sostener a ultranza una versión historiográfica mal enfocada, e ilustra sobre el modo como se fabricó la leyenda de una CEDA « nazi » .

La ausencia, en fin, de peligro fascista la revela el mismo Preston al citar del *Cuaderno de la Pobleta* una charla de Azaña con Fernando de los Ríos, en enero del 34, triunfante ya en el PSOE la línea insurreccional: « Me hizo relación de las increíbles y crueles persecuciones que las organizaciones políticas y sindicatos padecían por obra de las autoridades y de los patronos. La Guardia Civil se atrevía a lo que no se había atrevido nunca. La exasperación de las masas era incontenible. Les desbordaban. El Gobierno seguía una política de provocación, como si quisiera precipitar las cosas. ¿En qué pararía todo? En una gran desgracia, probablemente. Le argüí en el terreno político y en el personal. No desconocía la bárbara política que seguía el Gobierno ni la conducta de los propietarios con los braceros, reduciéndoles al hambre. Ni los desquites y venganzas que, en otros ramos del trabajo, estaban haciéndose. Ya sé la consigna. ‘Comed República’ o ‘que os dé de comer la República’ . Pero todo esto y mucho más que me contara, y las disposiciones del Gobierno, y la política de la mayoría de las Cortes, que al parecer no venía animada de otro deseo que el de deshacer la obra de las Constituyentes, no aconsejaba, ni menos bastaba a justificar, que el Partido Socialista y la UGT se lanzasen a un movimiento de fuerza » . Azaña aconsejó a De los Ríos meter en razón a las masas, con vistas a ganar las próximas elecciones. Y Preston arguye con cierta candidez: « Es difícil ver, dada la intransigencia de los patronos, cómo podía la dirección socialista pedir a sus seguidores que fueran pacientes » . Al parecer, las masas gastaron una pesada broma a la dirección socialista, empujándola casi a empujones a sublevarse para luego dejarla sola en su revuelta [13].

Este relato lo considera Preston «revelador en extremo»; y lo es, aunque no en el sentido que él cree. Azaña encubre sus posiciones de 1934, menos legales y pacíficas de lo que él indica en el *Cuaderno de la Pobleta*, pero también descubre mucho. A sus denuncias de la «increíble y cruel» conducta de la Guardia Civil cabría objetar que, con todo, no hubo bajo los gobiernos *reaccionarios* matanzas como las del bienio azañista (San Sebastián, Sevilla, Arnedo, Casas Viejas y otras). No hablemos de la supuesta consigna «¡Comed república!», cuando la producción agraria aumentó. Nótese que Azaña y De los Ríos fustigan a un gobierno radical, no derechista, pero que estaría creando los motivos esgrimidos por el PSOE para justificar su rebelión... contra la derecha. Pese a tales desmanes, Azaña exhorta encarecidamente a su interlocutor a permanecer en la vía legal, con lo que demuestra no creer en una amenaza para las libertades ni, por tanto, en un peligro fascista.

Descartado, pues, ese imaginario peligro, la política democrática —aunque no la revolucionaria— de las izquierdas sólo podía consistir en unirse y preparar los comicios venideros, como insistía Azaña (y como, por lo demás, terminaron haciendo, aunque ya en un ambiente envenenado por el golpe de octubre, y con el programa no democrático del Frente Popular). De hecho, nada podía convenir más a la izquierda que aquellas —de ser generales— tropelías de la derecha contra los obreros, pues con ellas la CEDA haría el trabajo a sus enemigos para las siguientes elecciones. Sin duda hubo desmanes patronales, que la izquierda explotó muy a fondo, y que perjudicaron seriamente a la derecha, cuyos líderes eran muy conscientes del daño<sup>[g]</sup>. Apenas concluida la primera vuelta de las elecciones, *El debate* advertía: «La anarquía a breve plazo prevé el corresponsal de *L'echo de Paris* en el supuesto de que las derechas (...) quisieran abusar de su victoria y caer en pasados errores. Nos parece que el corresponsal ha visto las cosas con claridad y que la razón le acompaña en sus previsiones». Y llamaba a una conducta prudente, evitando el revanchismo y el «catastrofismo» de los monárquicos. En un artículo del boletín *CEDA*, el mismo año, Gil-Robles acusaba a los patronos explotadores y vengativos: «A los que ahora se lamentan de lo que está ocurriendo, yo he de preguntarles: ¿pero es que creéis que no tenéis vosotros más culpa que el señor Largo Caballero?», y otro número del boletín les trataba de «cómplices de la revolución»<sup>[16]</sup>.

Pero los atropellos patronales no fueron ni con mucho tan generales ni su influjo tan decisivo como cuenta la propaganda. En 1936 no será la derecha sino el centro el que caiga por tierra. La CEDA ganará votos.

Si el peligro de fascismo era falso, ¿lo era el revolucionario? Cree Preston que sólo después de las elecciones de noviembre de 1933 recuperó Largo Caballero

« el tono revolucionario que había adoptado antes en el cine Pardiñas y en la Escuela de Verano de Torrelodones », cuando aquel tono había ido *in crescendo*, y lo usaban también Prieto y *El socialista*, portavoz del partido. O afirma que a finales de año la « retórica » de Largo « no iba acompañada de intenciones revolucionarias serias. No se hicieron planes concretos para un levantamiento y, en diciembre (...), los socialistas permanecieron ostentosamente fuera de un intento de insurrección de la CNT » [17]. Las intenciones eran tan serias que ya los socialistas se armaban, y Prieto y Largo batallaban con Besteiro. Aducir la abstención del PSOE en la sangrienta insurrección —no « intento »— anarquista de diciembre, supone olvidar algo tan elemental como que el PSOE excluía la improvisación ácrata y que, en el plan socialista, sería el PSOE el que arrastrase a la CNT. Tampoco fue la « retórica » de Largo una reacción al « injusto » fracaso electoral, como dice el autor, cuya idea de lo « justo » y de la democracia en este terreno admite discusión. Y al definir como « estridente retórica revolucionaria » la conducta de la Juventud Socialista (con sus atentados, asesinatos, entrenamiento y agitación violentos), amplía insospechadamente el significado de la retórica. Como vemos, la hipercrítica de Preston hacia la CEDA se trueca en ingenuidad nada ingenua ante el PSOE[h].

Para entender la época, también debe compararse la actitud de la CEDA con la del PSOE con respecto a los dos grandes totalitarismos de entonces. Si la derecha católica repudiaba la violencia, el racismo y las concepciones estatales nazis, el PSOE aprobaba las ideas y el terror soviéticos. Como en el resto de Europa, en España apenas preocupaba a los socialistas el inmenso cúmulo de víctimas del régimen comunista y la asfixia total de las libertades en la URSS. La excepción era Besteiro, casi el único en advertir con espanto que la revolución sumergiría a España en un baño de sangre. Largo y Prieto aceptaban el terror como una necesidad histórica[i]. Y frente a la necesidad histórica y los costes del progreso, los demás argumentos desfallecían entre los marxistas, y no sólo entre ellos. Lógicamente la angustia de Besteiro, aún más acentuada, afectaba también a la CEDA, que tenía muy presente la experiencia soviética. La revolución rusa, reciente en 1934, había estremecido en verdad al mundo, como titulaba John Reed su célebre reportaje, y sus consecuencias, desarrollo y expansionismo mundial provocaban pesadillas en los conservadores. Pero el autor de *La destrucción*, que sobrevalora en mucho el supuesto miedo del PSOE al fascismo, desestima el miedo, mucho más fundado y razonable, de la CEDA a la revolución social.

Tan sistemáticas desvirtuaciones indican que el libro de Preston debe partir de un enfoque irreal. Y, en efecto, éste aparece al comienzo de la obra: « Durante la

II República, los partidos parlamentarios de la izquierda introdujeron una serie de reformas que amenazaban directamente la estructura económica y social existente en España antes de 1931. Las actividades tanto de la derecha legalista como de la llamada catastrofista entre 1931 y 1939 fueron ante todo la respuesta a esas ambiciones reformistas de la izquierda (...). Este libro es un examen del papel jugado por el partido socialista en la organización del desafío reformista, de la resistencia decidida a la reforma llevada a cabo por los representantes políticos de la oligarquía (...) y de los efectos del conflicto subsiguiente en el movimiento socialista y en régimen democrático español» [21].

Las reformas en cuestión son las llamadas sociales, así como los estatutos de autonomía, la reforma del ejército o la separación de la Iglesia y el estado. Pero no se descubre en ellas un grave trastorno para las estructuras sociales. La reforma agraria, tenida por la más demoledora para las bases de la *oligarquía*, fue abordada sin convicción y con timidez por las izquierdas, no porque temiesen a las derechas, por entonces muy débiles políticamente, sino por una mezcla de inseguridad sobre sus efectos, desconfianza entre los partidos, e ineptitud. El gobierno *reaccionario* salido de las elecciones del 33 no sólo mantuvo dicha reforma, sino que la aceleró, y el partido fascista de José Antonio exigía un fuerte impulso al reparto de tierras. También mantuvieron los radicales las instituciones del primer bienio. Siguieron actuando los «jurados mixtos» establecidos por el PSOE para regular la contratación colectiva e incluso fue admitida en ocasiones una «Ley de Términos Municipales» a la que otorgaban los socialistas valor desmesurado, y que molestaba a las derechas, pero también perjudicaba a miles de trabajadores y era sabotada por los republicanos de izquierdas, para exasperación de Largo.

Otra reforma clave fue la de las autonomías regionales, aunque sólo Cataluña logró su estatuto mientras duró el régimen. El pronunciamiento de Sanjurjo en 1932 tuvo como uno de sus motivos el de impedir el estatuto catalán. Pero este pronunciamiento fue desatendido por casi toda la derecha, y más tarde los gobiernos reaccionarios mantuvieron el estatuto. Lo mantuvieron incluso, y esto es decisivo, tras la intentona de Companys en octubre del 34, cuando fue suspendido pero no abolido. En realidad un buen sector de la derecha defendía la manera tradicional de gobernarse España, con fueros que otorgaban a diversas regiones un amplio autogobierno, y podía ver en las autonomías una actualización de aquella forma de estado. La oposición a los estatutos no se dirigía contra el principio en sí, sino más bien contra el separatismo de sectores de la Esquerra y del PNV, con el consiguiente peligro de disgregación nacional. También a las izquierdas, en especial al PSOE, les inquietaban las autonomías, por motivos semejantes y por otros doctrinales (liberales o marxistas): retrasaron cuanto pudieron el estatuto vasco y marginaron el gallego.

La reforma del ejército levantó ampollas en grupos castrenses, pero era

moderada y con sus principios las derechas podían estar de acuerdo, y lo estaban la mayoría de los militares. Por supuesto, no fue abolida por Lerroxx, ni cuando Gil-Robles se encargó del Ministerio de la Guerra, en 1935. Como tampoco hubo marcha atrás en la separación de la Iglesia y el Estado. La expulsión de los jesuitas o la prohibición de enseñar para las órdenes religiosas, si bien concebidas por Azaña como una garantía para la república, quebrantaron la enseñanza, vulneraron el principio de la igualdad ciudadana y provocaron la indignación de una considerable masa popular, no sólo ni principalmente de la *oligarquía*.

Que las reformas distaban de amenazar seriamente al conjunto de la derecha, lo prueba la actitud de los radicales y de los cedistas en el poder. Sólo minorías de la derecha se opusieron cerril y destructivamente a unas reformas que ni siquiera contaban con un claro consenso en los republicanos. Si bien la CEDA tenía otras ideas que la izquierda sobre cómo afrontar la crisis de los tiempos, pensaba realizarlas en un proceso lento y constitucional.

No fueron, pues, las reformas, sino su aplicación arbitraria, inhábil y agresiva para gran parte de la sociedad —como reconocerían luego diversos políticos izquierdistas—, lo que sembró el descontento, y no sólo, ni mucho menos, entre los *oligarcas*. La reforma militar llegó con aires de humillación al ejército, con arbitrariedades políticas y subversión en los cuarteles. La reforma agraria se rodeó de exaltaciones extremistas y de medidas como la instalación de braceros sin respeto a los derechos de propiedad, para alarma de propietarios grandes y pequeños. En Cataluña y Vasconia, los nacionalistas cultivaban una propaganda vejatoria para la opinión española, sin reciprocidad por parte de ésta. El laicismo venía coreado por una agitación en extremo ofensiva para los creyentes, y por atentados, incendios y destrucciones<sup>[1]</sup>.

Y debe recordarse que, al caer Primo de Rivera, la monarquía buscó la vuelta al constitucionalismo, el cual, por su propia dinámica, tendría que llevar a cabo reformas parejas a las republicanas. Con la república las reformas quizá se aceleraron, pero es difícil que con la monarquía no se hubieran abierto paso igualmente. En definitiva, sólo si la derecha hubiera reaccionado de modo subversivo a las reformas —lo que no hizo más que una pequeña minoría— se habrían convertido éstas en el problema decisivo del régimen. La cuestión clave fue, insistamos en ello, la de la democracia: ¿iba a evolucionar el régimen por medio de las elecciones y las libertades, o bien por la imposición violenta de unos partidos sobre otros?

No, las reformas no eran lo bastante radicales o terribles como para que la derecha terminara por sublevarse y correr un serio riesgo de ser aplastada. Si al final se rebeló, en 1936, fue por otras causas, como veremos con detalle en *El derrumbe de la II República*. El peligro para ella fue el ambiente creado y la marcha revolucionaria de la CNT, del PCE y, sobre todo, del PSOE y de la

Esquerra. Se produjo, y no por las derechas, un creciente socavamiento de la legalidad y una amenaza revolucionaria a cada paso más concreta. A ella respondió la derecha radicalizándose, si bien muy lentamente. Hasta el alzamiento de 1936, la CEDA no ocasionó ninguna crisis seria del régimen, y salvó a éste de la de octubre de 1934. Hasta finales de 1933, y excepto la « sanjurjada », las crisis fermentaron en las izquierdas mismas: alzamientos anarquistas, *bolchevización* y ruptura del PSOE con la ley, etc. El « golpe » de la CEDA consistió en ganar un alto número de votos. Y desde entonces fueron las izquierdas las que siguieron vulnerando sin tregua la legalidad.

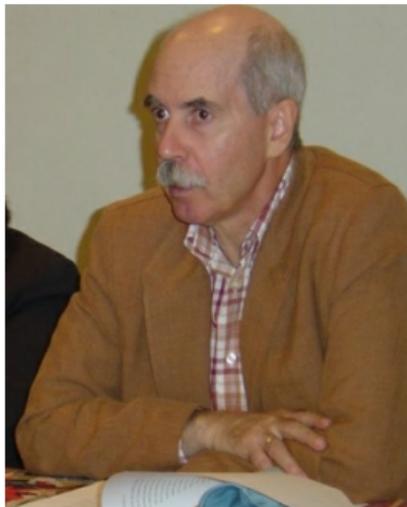
La sobrevaloración del impacto de las reformas se combina en *La destrucción* con una doctrina implícita, reminiscente de un marxismo desleído, cuyos resultados vienen contenidos en el planteamiento: lucha de clases entre los partidos de la « oligarquía » y los que representaban a « la clase obrera » y a « las clases populares ». Preston cree a pies juntillas en esas representatividades. Aunque bien podría dudar de ellas. El vasto sostén popular al principal partido de la « oligarquía » debiera suscitarle incertidumbre, pero, si lo hace, la supera de modo simple: « En un régimen democrático la ventaja numérica habría jugado normalmente a favor del partido de la clase trabajadora (...) Sin embargo, para finales de 1933, Acción Popular había demostrado que unos amplios recursos financieros y una propaganda hábil también podía conseguir apoyo popular » [22]. Así, el influjo cedista provendría de una propaganda manipuladora, engrasada con chorros de dinero. El PSOE, de cuyo se entiende, a nadie manipulaba y sería con toda naturalidad « el partido de los trabajadores ». Pero ¿cómo explicar que millones de personas se dejasen embaucar y por una oligarquía tan cruel, oscurantista y explotadora como la que él describe, de la cual tenía la gente larguísima experiencia práctica? ¿Cómo es que esa gente no seguía a los partidos que *naturalmente* la representaban e iluminaban acerca de sus intereses, partidos muy fuertes, con grandes recursos financieros y dueños, durante dos años largos, de los resortes del poder? Por otra parte, los anarquistas también se decían representantes del pueblo trabajador, despreciaban a la república por antipopular y antiobrera y la hostigaban a fondo. ¿Por qué no da Preston el mismo crédito a su propaganda que a la del PSOE, cuando la CNT tenía entre los obreros no menos respaldo que la UGT? Problemas básicos que *La destrucción*, lamentablemente, deja de lado.

En resumen, la cuestión del origen de la guerra civil puede plantearse así: ¿surgió la guerra del cerrilismo y las conspiraciones derechistas contra las

reformas, o del impulso revolucionario del PSOE y antidemocrático de las izquierdas *burguesas*? Los hechos examinados indican que fue lo segundo, y que la CEDA se inquietaba por una amenaza revolucionaria que, al revés que la fascista, era auténtica y no fraguada por la propaganda. El PSOE profetizó que la lucha de clases escindiría inexorablemente al país entre los partidarios de la dictadura *proletaria* y los de la burguesa o fascista, y calculó que ellos, los *proletarios*, eran los más fuertes. La profecía tendía a cumplirse por sí sola: en la medida en que la agitación social tomara cariz revolucionario, la derecha sería empujada a posiciones extremas. Sin embargo, y a despecho de esa enorme presión izquierdista, así como de los esfuerzos de atracción de la extrema derecha, la CEDA eludió la tentación dictatorial.

Debe admitirse, pues, que el principal partido de la derecha respetó las reglas del juego mejor que sus contrincantes, y que propugnó reiteradamente la concordia, o al menos una suavización de las tensiones que volvían irrespirable la política. La fascistización de un amplio sector derechista, invocada por la teoría del PSOE y por las argucias justificativas de la Esquerra, no iba a producirse en España hasta meses después de las elecciones de 1936, y en circunstancias muy especiales. En conjunto la actitud cedista fue tolerante y paciente en grado sumo. Es difícil que en cualquier país un potente sector social hubiera soportado sin rebelarse un acoso como el sufrido por la parte del pueblo representada en la CEDA.

Cabe especular, finalmente, sobre si la contención de la CEDA ayudó a la paz. Quizás tuvo, precisamente, el efecto contrario, dado que su moderación fue juzgada como debilidad y cobardía por muchos de sus enemigos, estimulando los ímpetus de la revolución.



LUIS PÍO MOA RODRÍGUEZ. (Vigo, 1948) es un articulista, historiador y escritor español, especializado en temas históricos relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo y los movimientos políticos de ese período.

Participó en la oposición antifranquista dentro del Partido Comunista de España (reconstituido) o PCE(r) y de la banda terrorista GRAPO. En 1977 fue expulsado de este último partido e inició un proceso de reflexión y crítica de sus anteriores posiciones políticas ultraizquierdistas para pasar a sostener posiciones políticas conservadoras.

En 1999 publicó *Los orígenes de la guerra civil*, que junto con *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra civil* conforman una trilogía sobre el primer tercio del siglo XX español. Continuó su labor con *Los mitos de la guerra civil*, *De un tiempo y de un país* (donde narra su etapa juvenil de militante comunista, primero en el PCE y más tarde en los GRAPO), *Una historia chocante* (sobre los nacionalismos periféricos), *Años de hierro* (sobre la época de 1939 a 1945), *Viaje por la Vía de la Plata, Franco para antifranquistas*, *La quiebra de la historia progresista* y otros títulos. En la actualidad colabora en *Intereconomía*, *El Economista* y *Época*.

Moa considera que la actual democracia es heredera del régimen franquista, que experimentó una «evolución democratizante», y no de las izquierdas del Frente Popular, según él totalitarias y antidemocráticas y que dejaron un legado de

«devastación intelectual, moral y política». Su obra ha generado una gran controversia y suscitado la atención de un numeroso público, que ha situado a varios de sus libros en las listas de los más vendidos en España: su libro *Los mitos de la Guerra Civil* fue, con 150.000 ejemplares vendidos, número uno de ventas durante seis meses consecutivos.

La obra de Moa ha sido descalificada por numerosos autores e historiadores académicos, quienes lo han sometido al ostracismo porque su obra revisa ideas generalmente admitidas sobre ese período —ideas asentadas en una perspectiva política de izquierdas que mitifica la II República—, y sienta tesis innovadoras, que sin embargo, no han sido rebatidas documentalmente hasta la fecha.

Pero Moa cuenta también con algunos defensores en el ámbito académico: Ricardo De la Cierva, José Manuel Cuenca Toribio, o Carlos Seco Serrano han elogiado la obra de Moa.

Fuera de España, historiadores e hispanistas como Henry Kamen, Stanley G. Payne o Hugh Thomas han comentado en términos favorables trabajos y conclusiones de Moa. Por ejemplo, Kamen se lamenta de que, según su opinión, la represión ejercida por la República no haya sido estudiada, con la única excepción de Pío Moa, el cual habría sido marginado por los historiadores del *establishment*.

Stanley G. Payne ha elogiado en repetidas ocasiones los trabajos de Pío Moa, sobre todo sus investigaciones sobre el periodo que va de 1933 a 1936: «Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles»; destaca la originalidad de su trabajo: «ha efectuado un análisis realmente original y ha llegado a conclusiones que no han sido todavía refutadas. Lo han denunciado, lo han vetado pero no han logrado rebatir con pruebas las tesis de Moa sobre la República», e incide en que las tesis de Moa no han sido refutadas: «lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica».

Hugh Thomas ha afirmado sobre la obra de Moa: «Lo que dijo Pío Moa sobre la revolución de 1934 es muy interesante y pienso que dijo la verdad. ¡Pero no fue tan original! Él me acusa en su libro, pero yo dije casi lo mismo: la revolución de 1934 inició la guerra civil, y fue culpa de la izquierda».

## Notas

[1] Fundación Pablo Iglesias, AFLC XXII, p. 250. <<

[2] E. González Calleja, *La razón de la fuerza*, Madrid, CSIC, 1998. <<

[3] F. Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1994, p. 266. <<

[1] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 160. A. Lerroux, *La pequeña historia de España*, Madrid, Mitre, 1985, p. 45. <<

[2] *E. Mola Vidal, Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad, Madrid, Bergua, 1933, p. 217. <<*

[3] J. L. Fernández Rúa, *1873 La primera República*, Madrid, Tebas, 1975, pp. 327-8. <<

[4] En G. Tórtella, *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 2 y ss. J. P. Fusi y J. Palafox, *España: 1808-1996. El desafío de la Modernidad*, Madrid, Espasa, 1997, pp. 164 y ss. <<

[5] M. Maura, *Así cayó Alfonso XIII...*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 14. <<

[6] A. Lerroux, *Mis memorias*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1963, pp. 101, 55-6.

<<

[7] *Ib.*, pp. 30-2. <<

[8] *Ib.*, p. 249. <<

[9] *Ib.*, pp. 28, 36. <<

[10] *Ib.*, p. 33. <<

[11] *Ib.*, pp. 37, 38, 616. <<

[12] *Ib.*, pp. 63-5. <<

[13] *Ib.*, pp. 83-4, 70, 30. <<

[14] *Ib.*, p. 39. <<

[15] *Ib.*, pp. 78-9. <<

[16] *Ib.*, pp. 78-80. <<

[17] *Ib.*, pp. 205-6. <<

[18] *Ib.*, pp. 234-5. <<

[19] *Ib.*, pp. 102-4. <<

[20] *Ib.*, p. 104. <<

[21] *Ib.*, pp. 116-7. <<

[22] *Ib.*, p. 114. <<

[23] *Ib.*, p. 116. <<

[24] En J. Alvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 41-2. <<

[25] Lerroux, *Mis memorias*, pp. 177, 134. <<

[26] *Ib.*, pp. 141. <<

[27] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, pp. 20-2. <<

[28] *Ib.*, pp. 23-4. <<

[29] *Ib.*, p. 26. <<

[30] *Ib.*, p. 28. <<

[31] *Ib.*, pp. 28-9. <<

[32] *Ib.*, p. 29. <<

[33] *Ib.*, p. 31. <<

[34] *Ib.*, p. 32. <<

[35] M. Azaña, *El jardín de los frailes*, Bilbao, Albia, 1977, p. 11. <<

[36] Ib., p. 16. En J. M. Marco, *Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 22.

<<

[37] Azaña, *El jardín*, pp. 39, 21. <<

[38] *Ib.*, pp. 16-7. <<

[39] *Ib.*, pp. 24-5. <<

[40] *Ib.*, pp. 9-11. J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 31. <<

[41] Azaña, *El jardín*, pp. 145 y ss. <<

[42] *Ib.*, pp. 152 y ss. <<

[43] *Ib.*, pp. 163 y ss. <<

[44] Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, Madrid, Afrodisio Aguado, p. 347.

<<

[45] Azaña, *El jardín*, p. 147. <<

[46] *Ib.*, p. 145. <<

[47] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 19. <<

[a] Pese a la extraordinaria importancia del Ateneo, falta un estudio serio y de conjunto sobre él. Fue desde su fundación, en 1835, una de las instituciones culturales españolas más fecundas y originales: foro del debate intelectual, puerta a las vanguardias y novedades extranjeras, sede de iniciativas científicas o plataforma de movimientos literarios como la llamada «generación del 98». Aunque con alternativas de radicalismo, su tono había sido en general conservador, «liberal templado» en expresión de Azaña. Naturalmente, la politización de los años 30 se hacía a costa del carácter intelectual del Ateneo, como había de comprobar luego, dolorosamente, el propio Azaña, instigador de aquella radicalización. <<

[b] Se abstuvo el 60%, que llegó en la mitad norte del país hasta el 70 y el 85%. Sólo en Extremadura y Andalucía la participación superó el 50%. Figueras explicó su espantada culpando a los conservadores que «querían ahogar la República en el desorden, querían sangre, petróleo...» y a las intrigas y «las criminales locuras de gran número de republicanos», «infames», «díscolos», «envidiosos», «ambiciosos» [3] <<

[c] La renta per cápita permaneció estancada en los primeros 70 años del siglo XIX, y empezó a subir a partir de entonces. De 1870 a 1900 creció en más de un 25%, y desde 1900 a la llegada de la II República, en 1931, un 43% más. La producción industrial se duplicó entre 1870 y 1900, y prácticamente volvió a duplicarse para 1930. Hubo un proceso de urbanización mucho más veloz que en cualquier época anterior. Madrid y Barcelona llegaron a medio millón de habitantes en 1900 y a un millón treinta años más tarde; Valencia, Bilbao, Sevilla, etc., también crecieron con rapidez y se modernizaron rápidamente. Empezó el turismo. La vida cultural cobró un auge extraordinario en la llamada « Edad de Plata » . La Restauración permitió, pues, un acelerado crecimiento económico y en todos los órdenes, en contraste con la época anterior<sup>[4]</sup>. <<

[d] Una tara del régimen era su dificultad para plantearse proyectos de alcance, debido al constante cambio o «turno» de gobiernos: 52 en 49 años. El que se llamó «Parlamento Largo» duró cuatro años, de 1886 a 1890, y se le recordaba como un período interminable. Sólo en 1907-9 se repitió algo así, cuando un gobierno de Maura duró cerca de tres años, para enfado de la oposición, que llegó a amenazar «hasta con la deserción al campo republicano si la *broma* continuaba» [5]. Ello hacía de la política un juego superficial, para muchos irritante e indignante, con una corrupción electoral difícil de erradicar, pues era el medio admitido que permitía la constante rueda de los partidos. <<

[e] De otra hermana, Adriana, cuenta: « El Gobierno del Frente Popular se había refugiado en Valencia. En él figuraba como ministro de la Gobernación esa vergüenza de hombre que se llama Ángel Galarza. Ese miserable dio orden para que fuesen reducidas a prisión (...) señoras emparentadas con personalidades no afectas a la situación. Entre ellas figuró mi hermana (...) Padecía una afección a los ojos y estaba sometida a tratamiento. Solicitó que su médico especialista fuese autorizado para asistir dentro de la cárcel y personalmente Galarza negó la autorización. Mi hermana se ha quedado incurablemente ciega» [8]. <<

[1] La reflexión concluye, en tono virtuoso y progresista de época: “No hay como ascender a la categoría de ciudadano, es decir, hombre libre y digno de la libertad, para ser hondamente religioso, amante del prójimo, respetuoso, ejemplo de tolerancia. Con el alma transida por el sentimiento del deber y la voluntad dispuesta a sacrificarlo todo por el derecho» [14]. <<

[g] O por *machismo*, opina su biógrafo Álvarez Junco siguiendo un tópico al uso. Duda Lerroux si sería indiscreto referir la historia de su primera novia, pero lo hace, con estilo folletinesco, no necesariamente insincero: «¿Quién nos había de decir, ni a ella ni a mí, que medio siglo después aquel *soldadito* raso iría a visitarla siendo ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros, volando primero en un *zeppelin* sobre la bella ciudad, limpia y blanca como un nido de cisnes, y llegando después con toda la pompa oficial al humilde lecho donde su honrada ancianidad reposaba doliente?». «Tenía ochenta años cuando rindió su alma. De ellos, sesenta vivió pensando en mí, rezando por mí. En su última carta anual me decía: ‘Sí, recuerdo aquellos días en que yo cruzaba las calles de Cádiz entre mi madre y aquel soldadito que eras tú. ¡Fueron los días más felices de mi vida!’. Mejor hubiera podido decir: los únicos felices. Aquí viene de molde la frase, de Balzac si no estoy equivocado; «Se puede amar sin ser feliz; se puede ser feliz sin amar; pero amar y ser feliz es un prodigio» [16]. <<

[h] Vuelve a insistir en el tema: discutían en un periódico sobre la existencia de Dios, en presencia de un redactor giboso. «Vamos a ver al poeta señor Luna. ¿Qué piensa usted de Dios?». El garabato humano saltó de la silla al suelo, se enderezó tanto como pudo, sacó de debajo de la mesa la navaja cabriterera y clavándola con gesto de fiera sobre el tablero contestó... soltando redonda blasfemia. El gusano se levantaba iracundo contra el Creador, que había permitido que un alma altiva y ambiciosa se alojase en un cuerpo miserable y ridículo. Creyentes y ateos (...) sintieron cruzado su rostro por el trallazo de la grosería y por el grito de Satanás rebelándose contra la injusticia divina. Por donde el blasfemo resultaba el más positivo de los deístas, confesor de la divinidad a la que injuriaba» [17]. <<

[1] Arturo, el primogénito, había sido el preferido de su madre, y muchas personas encontraban encanto en su estilo irresponsable y aventurero. Alejandro, mejor dotado intelectualmente y con frenos morales algo más sólidos, debió, no obstante, de admirarle e imitarle[25]. <<

[j] Así termina el libro: « Se fue el padre Mariano. Solo estoy en la punta del jardín, ya frío. Vagan tres frailes en el huerto prioral. Las delgadas siluetas negras, sin gravidez, accionan levemente; algo se dicen, miran al suelo. Se calan la cogulla: a ellos y a mí el cierzo nos hiere. Una cima se encumbra lejos, encapuchada de nieve y rosa. *En tímulos de escarlata / corta lutos el silencio*. Es el ocaso» . <<

[k] Las frases precedentes a éstas encierran una crítica *avant la lettre* a versiones tipo *teología de la liberación*. « El uso más desatinado que se puede hacer del Evangelio es aducirlo como texto de argumentos políticos, y la deformación más monstruosa de la figura de Jesús es presentarlo como un propagandista demócrata o como lector de Michelet o de Castelar, o quién sabe si como un precursor de la ley Agraria» . <<

[1] Aunque la caracterología de Kretschmer ha caído en desuso, resulta curioso observar cómo la reflejaban sus tipos: Lerroux, atlético; Alcalá-Zamora, leptosómico y Azaña, pícnico. La tendencia patológica del pícnico sería maniaco-depresiva, el leptosómico tendería al fanatismo y la rigidez, y el atlético a la brutalidad. <<

[1] En J. C. Pereira, *Introducción al estudio de la política exterior española (siglos XIX y XX)*, Madrid, Akal, 1983, p. 105. <<

[2] En A. Armero, *Fragmentos del 98*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998, pp. 162-3. <<

[3] J. Pan Montojo (coord.), *\*Más se perdió en Cuba» . España 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, 1998, pp. 315-326. <<

[4] En G. Tortella, *El desarrollo*, p. 12. <<

[5] A. de Tocqueville, *La democracia en América II*, Madrid, Alianza, 1980, pp. 266 y ss. <<

[6] Cit. por F. Suárez en R. de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Rialp, 1998, p. 54. <<

[7] Azaña, *El jardín*, pp. 156-9. J. M. Marco, *Manuel Azaña*, pp. 34-6. <<

[8] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 331. <<

[9] En Alvarez Junco, *El emperador*, p. 11. <<

[10] *Ib.*, pp. 190-3, 116, 199 y 105-6. <<

[11] *Ib.*, p. 73. <<

[12] Lerroux, *Mis memorias*, p. 236. <<

[13] En Alvarez Junco, *El emperador*, p. 134. <<

[14] Lerroux, *Mis memorias*, pp. 405, 273, 281. <<

[15] M. Azaña, *El jardín*, pp. 39-41; *OO CC, I*, México, Oasis, 1964-1966, pp. XXXVIII y 707. <<

[16] En J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 44. Azaña, *El jardín*, p. 37. <<

[17] En J. M. Marco, *Manuel Azaña* p. 45. C. Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 579. Azaña, *OO CC*, I, p. 707. <<

[18] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 56. <<

[19] Lerroux, *La pequeña*, pp. 37-8. N. Alcalá-Zamora, pp. 571-2. <<

[20] J. Pla, *De la monarquía a la República*, Barcelona, Acervo, 1977, pp. 66-7.

<<

[21] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 51. <<

[22] Ib., p. 50. Cambó, pp. 155 y 146. <<

[23] Alcalá-Zamora, pp. 41-6 y 54-6. <<

[24] *Ib.*, pp. 95-6. <<

[25] *Ib.*, pp. 51-2. <<

[26] *Ib.*, pp. 38-9. <<

[27] *Ib.*, pp. 57-8. <<

[28] *Ib.*, p. 24. <<

[29] En Alvarez Junco, *El emperador*, p. 202. <<

[30] En O. Ruiz Manjón, *El Partido republicano Radical*, Madrid, Tebas, 1976, p. 27. <<

[31] En Álvarez Junco, *El emperador*, pp. 219, 227-9. <<

[32] En O. Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 28-9. <<

[33] Lerroux, *Mis memorias*, p. 423. <<

[34] F. Cambó, *Memorias*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 155, 146. E. Prat de la Riba, *La nacionalitat catalana*, pp. 129 y ss. <<

[35] Cambó, p. 41. <<

[36] *Ib.*, pp. 57, 63, 41. <<

[37] *Ib.*, p. 105. <<

[38] *Ib.*, pp. 67-8. <<

[39] *Ib.*, p. 79. <<

[40] *Ib.*, pp. 95-6. <<

[41] A. Lerroux, *Mis memorias*, pp. 423, 561-2. <<

[42] Cambó, p. 99. (En las referencias en que no consta título se entiende que se trata de las memorias de los autores sobre esta época). <<

[43] En O. Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 54. <<

[44] S. de Madariaga, *España*, p. 237. <<

[45] C. Seco Serrano, « Cambó en sus *Memories* », *Cuenta y razón*, nº 4, otoño 1981, p. 37. <<

[46] S. Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, *París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 76 y 86.* <<

[47] En J. M. García Escudero, *Historia política de las dos Españas*, Madrid, Editora Nacional, 1976, pp. 676-7. <<

[48] Lerroux, *Mis Memorias*, pp. 462-5. <<

[49] J. Álvarez Junco, *El emperador*, p. 104. En J. M. García Escudero, *Historia*, pp. 355, 358. <<

[50] Lerroux, *Mis Memorias*, pp. 433, 469. <<

[51] Cambó, p. 159. <<

[52] Cambó, p. 151. <<

[53] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 68. <<

[54] Cambó, p. 159. <<

[55] *Ib.*, p. 175. <<

[56] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 80. <<

[57] Álvarez Junco, *El emperador*, pp. 379 y ss. Cambó, pp. 168-9. D. Abad de Santillán, *Alfonso XIII, la II República, Francisco Franco*, Madrid, Júcar, 1979, p. 32. <<

[58] Cambó, p. 164. <<

[59] J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 40. <<

[60] En J. M. García Escudero, *Historia*, p. 354. <<

[61] O. Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 85. <<

[a] Pueden considerarse los primeros movimientos de un tipo que alcanzaría pleno desarrollo en el siglo XX, y frente a los cuales habrían de claudicar las potencias: Francia en Indochina o el Magreb, Gran Bretaña en Palestina, Chipre, Adén, etc., o Estados Unidos en Vietnam y Camboya. Por ironía, el origen de las « guerras populares» basadas en la guerrilla se encuentra en la resistencia española frente a Napoleón, teorizada en Alemania por Gneisenau, a quien Clausewitz escribió pidiendo « que se haga de Silesia otra España» [1]. <<

[b] No deben exagerarse las diferencias con la situación actual. La tendencia de los partidos a formar cacicatos”, a corromperse y a manipular la ley es muy fuerte en todos los países y ha dado lugar a las voces de alarma de, por ejemplo, K. Popper. Sí ha desaparecido en buena medida el fraude electoral; pero en parte ha sido sustituido por el control o la afinidad de los medios de comunicación, palanca a veces decisiva en la formación de la opinión pública y a la que no todos los partidos tienen, ni de lejos, el mismo acceso. <<

[c] Estados Unidos era desde 1880 la primera potencia industrial del mundo y tenía la ventaja estratégica de maniobrar, en el Caribe, al lado de casa, con España a miles de kilómetros y los españoles entre dos fuegos, acosados por las rebeliones cubana y filipina. El antiguo prestigio militar hispano aún surtía efectos, y el anuncio de la guerra desató una oleada de pánico en Usa, según el futuro presidente T. Roosevelt: el gobernador de un estado impidió que la milicia se sumase al ejército nacional, por temor a una invasión; las gentes acomodadas de Boston huyeron con sus bienes tierra adentro; en Long Island, los contratos legales se formulaban con cláusulas adicionales para el caso de que las propiedades fueran destruidas por los españoles, etc. [2]. El miedo era infundado. La guerra se decidió en el mar, y los barcos españoles, aunque más fuertes y modernos de lo que luego se pretendió, se estrellaron contra una flota superior en número, blindaje y potencia de fuego. Las tropas en Cuba, mucho más numerosas que las empleadas por los norteamericanos, hubieran podido hacer muy costosa o incluso imposible la conquista de la isla, y la invasión chocó con una resistencia inicial enérgica y efectiva, que estuvo cerca de obligar al reembarco a los invasores; pero el gobierno de Madrid, tras la destrucción de la escuadra en una acción valerosa y suicida, capituló fácilmente. La prensa amarilla norteamericana jugó un destacado papel en la declaración de la guerra, mediante informaciones sensacionalistas. «Usted aporte (*furnish*) las fotos y yo aportaré la guerra», respondió el magnate de la prensa Hearst, en conocida frase, a un corresponsal que no encontraba acciones rebeldes que fotografiar. Washington utilizó los movimientos emancipadores de Cuba y Filipinas, pero está claro que sus apetencias eran típicamente imperialistas. Ocupó Puerto Rico, donde no había movimiento antiespañol, redujo a Cuba a protectorado *de facto* y sojuzgó Filipinas tras una brutal guerra de represión contra los independentistas. En Hispanoamérica cundió un movimiento de simpatía hacia su antigua metrópoli. Se daba la circunstancia, amarga para los españoles, de que España había ayudado a los norteamericanos a liberarse del yugo británico. El resultado de la lucha fue considerado prueba de la superioridad de la raza anglosajona sobre los decadentes latinos. <<

[d] Descenso significativo, si bien modesto. En 1910 había un 15% de analfabetos en Bélgica, un 13% en Francia, número desdeñable en Gran Bretaña, 38% en Italia y 79% en Rusia<sup>[4]</sup>. <<

[e] « En nuestros contemporáneos actúan incesantemente dos pasiones opuestas; sienten la necesidad de ser conducidos y el deseo de permanecer libres. No pudiendo acabar con ninguna de estas inclinaciones contradictorias, se esfuerzan por satisfacer ambas a la vez. Conciben un poder único, tutelar, todopoderoso, pero elegido por los ciudadanos. Combinan la centralización con la soberanía del pueblo. Esto les permite cierta tranquilidad. Se consuelan de su tutelaje pensando que son ellos mismos quienes eligen sus tutores» . <<

[f] Empezó escribiendo para un periódico republicano de Asturias, en pro de *los infinitamente pequeños*, en tono demagógico. Podrían ser suyas tiradas como ésta: «Gozad, hermanos míos, esclavos de las mentiras sociales. Amaos sin tasa, con cinismo, ante las barbas de los hipócritas que reglamentan el honor y se acuestan con su criada» [9]. <<

[g] Sigo la exposición de Álvarez Junco. La información y su interpretación eran, como ahora, mercancías sensibles y bien cotizadas. Ya no hay «lances de honor», pero sí otros fenómenos ligados al valor político, económico o personal de la mercancía informativa. Así, en años recientes un sector de la prensa acusó de chantajistas y de «Sindicato del crimen» a los periodistas que denunciaban la oleada de corrupción de los años ochenta y primeros noventa del siglo XX, mientras el poder socialista trataba de imponer leyes que obstruyesen tales denuncias, las cuales demostraron ser fundadas. Los *fondos de reptiles* han sido sustituidos a veces por prebendas e información privilegiada concedidas por el poder a *medios* afectos. Otros rasgos de la prensa de finales del siglo XX, como su explotación de informaciones íntimas, su publicidad de la prostitución, etc., quizá no parezcan tan normales con el paso del tiempo. <<

[h] En los años 90 proliferaron los atentados anarquistas en Francia y otros países europeos, y se extendieron también a España, En 1893 una bomba arrojada en la inauguración de la temporada de ópera del Liceo de Barcelona causó 20 muertos. En 1896, otra bomba contra la procesión del Corpus, también en Barcelona, hizo seis muertos, y varios más de resultas. Para una ciudad que se acercaba al medio millón de habitantes, la policía contaba al parecer con menos de 200 agentes, mal pagados, pluriempleados y faltos de medios elementales, como archivos. Ante los atentados fueron detenidos cientos de anarquistas reales o supuestos, a quienes se arrancó confesiones bajo tortura (los célebres «tormentos de Montjuich»). Finalmente fueron fusilados cuatro hombres, posiblemente inocentes, y se desató una campaña europea de denuncia contra la justicia española, que retomaba los tópicos de la propaganda protestante desde el siglo XVI (la Inquisición, etc.). <<

[1] El caciquismo era visto comúnmente como la gran maldición de la política en España. No así por el escritor catalán Josep Pla: « El caciquismo es una simple forma de división del trabajo humano. Hay mujeres y hombres —rústicos o refinados, inteligentes u obtusos— que necesitan siempre que otro les resuelva los problemas políticos. A cambio de este trabajo le otorgarán siempre su confianza (...) Quiérase o no, la política la harán siempre los políticos, o sea, los profesionales, los oligarcas. Ahora bien, a los políticos —a los que en Inglaterra, en Francia o en los Estados Unidos llaman políticos— aquí les llaman despectivamente caciques (...) Los países en que abunda más el caciquismo son Inglaterra y Francia (...) Estos caciques, cuando han tenido un poco de vanidad y gusto por la acción, han dejado considerables fortunas al interés general» [20].

<<

[j] Algo mejor le resultaría el centenario, que también celebró por corresponder a su distrito, de la batalla de las Navas de Tolosa, que expulsó de España, en 1212, el imperio bereber de los almohades, imperio rematado luego por una masiva migración de beduinos jilalíes, que destruyó la economía y los equilibrios sociales del Magreb. <<

[k] En 1905, contando 29 años estuvo tentado a casarse. « Para mí habría sido ciertamente una fortuna; para la causa que servía, quizá no. ¡Al menos así me lo pareció entonces!» [37]. <<

[1] Las guerras en Cuba y Filipinas, más la del 98, habían costado unos 50.000 muertos, sólo un 5% de ellos, o menos, caídos en acción, y el resto por enfermedades principalmente. En 1900 los sueldos de oficiales absorbían 80 millones de pesetas, 45 millones la tropa y el mantenimiento, y 13 millones el armamento. Había 24.700 oficiales para 80.000 soldados. Los datos mejoraron en los años siguientes, pero no fueron afrontadas las reformas precisas, con consecuencias que habían de notarse en la guerra de Marruecos<sup>[46]</sup>. <<

[m] El protagonismo militar en el siglo XIX tiene relación con el hecho de que los políticos y partidos, en perpetua pugna sin respeto a la legalidad, no habían asentado unas instituciones solventes, siendo el ejército, precisamente, la única con cierta solidez <<

[n] El plan fue probablemente de Ferrer, que ya lo había expuesto en 1892: « El día en que a la misma hora caigan las cabezas de la Familia Real y sus ministros, o se hundan los edificios que los cobijan, será tal el pánico que poco tendrán que luchar nuestros amigos para apoderarse de los edificios públicos y organizar Juntas revolucionarias». Ferrer tenía ideas realmente simples: «¿Cómo tendremos la revolución? Pues sencillamente... haciéndola». « Unámonos ya de una vez, vivamos en República. Tengamos al frente de los Municipios a hermanos nuestros que organicen la administración, nos eduquen y repartan los impuestos de manera que todo el mundo tenga qué comer (...) A las armas, pues, queridos hermanos, y basta ya de discursos». En su *Escuela moderna científica y racional* «no nos interesa hoy hacer buenos obreros, buenos empleados, buenos comerciantes; queremos destruir la sociedad desde sus fundamentos. Hoy nos contentamos con introducir ideas de revolución en los cerebros, más tarde veremos». Según sus enseñanzas a los niños, Cristo «era un monje budista, procedente del monte Carmelo» cuyo «único acto de justicia... consiste en matarse a sí propio, como autor de todos los males que sufren los hombres». Unamuno considera su escuela «la obra de incultura y de barbarización de aquel frío energúmeno, de aquel fanático ignorante» [49]. <<

[0] Inquieto por los avances franceses en Marruecos, Maura había ordenado ampliar en torno a Melilla la esfera de influencia española. Los primeros intentos se saldaron con grandes bajas y los partidos de izquierda organizaron huelgas y manifestaciones de protesta, que en Barcelona tomaron un rumbo revolucionario.

<<

[P] Su propaganda era bien clara, y los dos dirigentes principales del comité de huelga estaban muy relacionados con Ferrer. Uno de ellos, Miguel Sánchez González, que había sido su secretario, describirá años después a Ferrer como « uno de los más viles engendros de la especie humana, artero, felino, malvado... miserable inductor ». Le acusa de estar detrás del asesinato de Cánovas, del atentado fallido contra Maura, realizado por un alumno de su Escuela moderna y de los sangrientos atentados contra el rey [60]. <<

[1] Cambó, pp. 177-8. <<

[2] M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 340. <<

[3] Cambó, p. 178. <<

[4] Cambó, pp. 183-4, 202. <<

[5] *Ib.*, p. 190. N. Alcalá-Zamora, p. 59- <<

[6] N. Alcalá-Zamora, s, p. 59- Cambó, pp. 191, 208. <<

[7] Alcalá-Zamora, p. 6l. <<

[8] *Ib.*, p. 62. <<

[9] Lerroux, *Mis memorias*, p. 556. <<

[10] Lerroux, *La pequeña historia*, p. 21. En J. Álvarez Junco, *El emperador*, p. 452. <<

[11] En J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 55. M. Azaña, *El jardín*, p. 91 · <<

[12] M. Azaña, *El jardín*, p. 8. <<

[13] V. Morales Lezcano, en *Historia del siglo XX*, n<sup>Q</sup> 3, en revista *Historia 16*.

<<

[14] *Ib.*, pp. 95-6, 130. J. Álvarez Junco, *El emperador*, 184. <<

[15] En J. M. Marco, *La libertad traicionada*, Barcelona, Planeta, 1997, pp. 22-3 y 52. <<

[16] M. Azaña, *Tres generaciones del Ateneo*, Madrid, 1931, p. 25. Ib., *OO CC*, I, p. 489. Ib., *El jardín*, p. 137. <<

[17] A. Careaga, *Páginas de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco*, Madrid, Criterio libros, pp. 91 y ss. <<

[18] En H. Juretschke, *España ante Francia*, Madrid Editora Nacional, 1940, p, 118. M. Azaña, *Estudios de política militar francesa*, en *OO CC, I*, p. 377. <<

[19] J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 58. M. Azaña, *OO CC, III*, p. 759. <<

[20] J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 67. <<

[21] J. Ortega y Gasset, *OO CC, I*, Madrid, Revista de Occidente, 1946, pp. 226, 236-7, 272 y ss. <<

[22] M. Menéndez Pelayo, *Ensayos de crítica filosófica*, Madrid, Suárez, 1918, p. 363. <<

[23] J. Ortega y Gasset, *OO CC, I*, p. 277. <<

[24] F. Cambó, p. 372. <<

[25] M. Azaña, *OO CC, I*, p. 488. <<

[26] J. Álvarez Junco, *El emperador*, pp. 452, 363. S. de Madariaga, *España*, p. 269. <<

[27] A. Lerroux, *La pequeña historia*, p. 26. <<

[28] M. Azaña, *OO CC, I*, pp. 118-127. <<

[29] *Ib.*, pp. 152 y ss. <<

[30] F. Cambó, p. 219. <<

[31] N. Alcalá-Zamora, pp. 64-6. <<

[a] Cambó: « además de los (conflictos) que surgían entre patronos y obreros, (...) había los que suscitaban la intervención de socialistas y republicanos de izquierda, que hacían todo lo posible por dificultar la permanencia de Canalejas en el Poder. (...) (Veían) en él el hombre que, caso de triunfar (...) quitaría ambiente a sus propagandas demagógicas» . El 12 de noviembre caía asesinado Canalejas en la Puerta del Sol de Madrid. Algunos quisieron achacar el asesinato a la Iglesia, dado que Canalejas, anticlerical, había propuesto la llamada ley « del candado» contra las órdenes religiosas. Pero Cambó recuerda: « cuando en la República de Azaña podía hacerse impunemente la apología del crimen, Mauro Bajatierra (un periodista libertario) elogió a Manuel Pardiñas, el asesino de Canalejas, explicando que se le había condenado a muerte (a Canalejas) precisamente por el gran servicio que había hecho a su país; por haber vencido sin verter sangre y solamente aplicando la ley a una huelga ferroviaria que tantos estragos y tantas miserias habría traído» . Imitaba al socialista francés Aristide Briand, quien, tras resolver una huelga ferroviaria militarizando el servicio, advirtió que de no haberlo podido hacer según la ley, hubiera prescindido de la ley para salvar al país<sup>[4]</sup>. <<

[b] En 1906 España no estaba en condiciones de establecerse en el Magreb, y sus acciones antes de 1912 se habían limitado al entorno de Melilla, en respuesta a avances franceses y a ataques rifeños. Para Francia, más resuelta, Marruecos ofrecía «una mina inagotable a la actividad conquistadora de nuestros industriales y comerciantes» y una base de reclutamiento de «magníficos contingentes militares» entre los marroquíes, calificados en algún momento como «los mejores soldados del mundo». Ante la agresividad francesa, que vulneraba los acuerdos de Algeciras, Alemania, deseosa de participar en el reparto africano, envió un cañonero a Agadir. El conflicto se solventó cediéndose a Alemania el Camerún y Togo. Pese a su empuje, los franceses no culminarían la ocupación de Marruecos hasta 1934<sup>[13]</sup>. <<

[c] Costa, en línea con la Institución Libre de Enseñanza, había propuesto un país *europizado* y participe en la formación de la historia contemporánea», mediante un activo imperialismo en África, entre otras cosas. Caídas esas ilusiones con el 98, Costa decidió que su país era «una nación frustrada», y exigió una «total rectificación de nuestra historia», «fundar España otra vez, como si no hubiera existido». Tarea previa, demoler el régimen, la «necrocracia»: «Hay que declarar ilegítima la Restauración (...) Hay que reducir la política republicana, en orden a sus relaciones con el poder a una sola cosa: a (...) extinguirlo hasta la raíz». Aún más, desacreditar las antiguas hazañas, culpables al parecer de la ineptitud y mediocridad de las generaciones presentes: «Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar». Estas maldiciones podían encubrir consignas moderadas, como «escuela y despensa». Desesperado de hallar fuerzas políticas capaces de regenerar el país, Costa terminó por proponer un «cirujano de hierro», un dictador<sup>[15]</sup>. <<

[d] El nacionalismo gallego, quizá el primero cronológicamente y un tanto quejumbroso, careció de hombres enérgicos como Arana o hábiles como Cambó, y apenas remontó el vuelo. Otros nacionalismos en Andalucía, Canarias, etc., despuntaron poco. <<

[e] Una crítica a las ideas de Ortega puede encontrarse en él mismo cuando interpreta la teoría de la relatividad de Einstein como el golpe de gracia al utopismo, a « esa pueril insumisión a las condiciones que la realidad nos impone; esa incapacidad de aceptar alegremente el destino; esa pretensión ingenua de creer que es fácil suplantarlo por nuestros estériles deseos» . La raíz del utopismo sería una exacerbación racionalista, que primaría las teorías sobre los hechos (y peor para éstos si no se adaptaban a aquéllas). <<

[f] Aunque véase la sin duda autorizada opinión de Cambó: « Que la empresa no era imposible lo demuestra el hecho de que, en Cataluña, que políticamente estaba más atrasada que el resto de España, bastó con la acción de la *Lliga* (...) para que llegaran a formarse partidos de derecha, de centro y de izquierda» [24].

<<

[g] Prefiero élite, como se había españolizado tradicionalmente la palabra, a elite. ¡Que la Academia me perdone! <<

[h] La polémica sobre la neutralidad resurge ocasionalmente. Es difícil imaginar qué otro papel hubiera tenido España que el de satélite de los grandes y suministradora de carne de cañón. Italia, defraudada al terminar la contienda, entró en un período revolucionario y finalmente fascista. ¿Hubiera ido mejor a España? Por otra parte, la posición geográfica de España hacía su neutralidad mucho más beneficiosa para los Aliados que para los Imperios Centrales: como amiga de los Aliados habría jugado un papel auxiliar y muy secundario; como enemiga habría puesto a Francia entre dos fuegos y amenazado el estrecho de Gibraltar. En fin, los Aliados se beneficiaron del excelente motor de avión español *Hispano Suiza*, fabricado masivamente en Francia. <<

[1] M. Tuñón de Lara, *La España del siglo XX, I*, Barcelona, Laia, 1974, pp. 63 y ss. <<

[2] Cambó, pp. 244, 251. <<

[3] Ib., p. 244. Tuñón de Lara, *La España*, pp. 60-2. <<

[4] Cambó, pp. 252-4. <<

[5] *Ib.*, pp. 254-7. <<

[6] M. Tuñón de Lara, *La España*, pp. 62-3. <<

[7] Largo Caballero, *Correspondencia secreta*, ed. M. Carlavilla, Madrid, Nos, 1961, pp. 72-4. <<

[8] Ib., p. 73. M. Tuñón de Lara, *La España*, p. 68. <<

[9] Alcalá-Zamora, p. 70. <<

[10] Largo Caballero, *Correspondencia*, p. 76. <<

[11] M. Tuñón de Lara, *La España*, pp. 115-6. <<

[12] J. Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, Madrid, Júcar, 1976, p. 18. F. Cambó, p. 304. <<

[13] Cambó, pp. 285, 290. <<

[14] Conde de Romanones (Alvaro de Figueroa), *OO CC, III*, Madrid, Plus Ultra, 1949, p. 373· F. Cambó, *Memorias*, pp. 258, 265. <<

[15] Cambó, *Memorias*, p. 266. <<

[16] Alcalá-Zamora, pp. 72-3. Cambó, p. 269. A. Lerroux, *La pequeña historia*, p. 41. <<

[17] Alcalá-Zamora, pp. 79, 80. <<

[18] *Ib.*, pp. 84-5. <<

[19] *Ib.*, pp. 90 y ss. <<

[20] O. Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 113 y ss. J. P. Fusi y J. Palafox, *España 1808-1996*, p. 187. <<

[21] *Lerroux, La pequeña historia, p. 41.* <<

[22] C. Pla, en VVAA, *Azaña*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, pp. 271 y ss.

<<

[23] J. M. Marco, *La libertad traicionada*, pp. 197 y ss. <<

[24] Ib., p. 90. M. Azaña, *El jardín*, p. 164. <<

[25] C. Seco Serrano, *Viñetas históricas*, Madrid, Austral, 1983, p. 349. <<

[26] En J. Peirats, *Los anarquistas*, p. 21. J. P. Fusi y J. Palafox, *España*, p. 189.

<<

[27] Romanones, *Notas de una vida*, III, Madrid, Espasa, 1947, p. 185. <<

[28] Cambó, pp, 351-2. <<

[29] M. Martínez Cuadrado, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, 1973, p. 404. M. Azaña, *OO CC, I*, p. 543. F. Cambó, *Les dictadures*, Barcelona, 1929, p. 137. <<

[a] Por temor a las oposiciones, la acción militar en el protectorado era titubeante, y se procuraba suplirla con el soborno a los jefes indígenas, lógicamente irrespetuosos con los tratos. El empantanamiento resultante obligaba a acumular tropas sin poder utilizarlas de modo resolutivo, y con un mando tan incompetente como en el pasado. Tampoco había decisión para abandonar la zona, por los beneficios económicos esperados, los compromisos internacionales y el recelo ante un cerco estratégico francés. <<

[b] Los dirigentes revolucionarios presentaron luego los hechos como una provocación del gobierno contra una huelga pacífica. En realidad, la huelga fue netamente revolucionaria, y de haber estallado con plena preparación habría resultado mucho más sangrienta, o conducido a la guerra civil. <<

[c] Quizá hubo alguna decena más de víctimas. La policía tampoco hizo estragos. Largo Caballero cuenta su detención: «La noche del 15 de agosto nos disponíamos a cenar cuando llamaron a la puerta (...) Eran el Comisario y varios agentes (...) ‘Tengo orden de detenerlos, vénganse conmigo’. ‘¿Nos permite usted cenar?’, pregunté. Dudó un momento y contestó; ‘¡Bueno!’’. Se marchó, dejando con nosotros a los agentes. Estando comiendo observé que uno de ellos se sonreía. No pude contenerme y le pregunté: ‘¿Por qué se ríe usted?’. ‘Me río —me contestó— porque comen ustedes como si no ocurriera nada’» [10]. <<

[d] Un penetrante estudio de Carlos Pla en *Azaña*, libro de homenaje a éste, explicita lo mucho que debía Azaña, en el estilo o *gesto*, a Clemenceau, de quien toma un arsenal de sarcasmos, y en la orientación política a Waldeck-Rousseau.

<<

[e] Se consideraba que « constituía un despilfarro proteger la vida de los gobernantes. Cánovas, Canalejas y Dato murieron como consecuencia de una ausencia absoluta de medios de defensa », dice Romanones. Los asesinatos anarquistas marcaron la época. Sus víctimas fueron, entre otros, el presidente norteamericano McKinley, que había declarado la guerra a España en el 98, el presidente francés Carnot o la emperatriz Elisabeth de Austria, la famosa « Sissi ». Pero en España, como en la Rusia prerrevolucionaria, fue peor. Los terroristas actuaban en la creencia de que sacrificando a los « tiranos » abrían paso a una total emancipación humana. « El anarquismo, sin ser una religión, ni mucho menos un órgano político en el sentido que nosotros comprendemos la política, no puede albergar en su seno sino a hombres que tengan madera de apóstoles, mártires y héroes », decía un *Manual del militante* editado en España con posterioridad. Véase el juicio contrario del novelista inglés J. Conrad: « La criminal futilidad del asunto, la doctrina, la acción y mentalidad, esa despreciable y enloquecida actitud, fraude descarado que explota las conmovedoras miserias y la credulidad apasionada de una humanidad siempre dispuesta a la autodestrucción ». El anarquismo, y luego el comunismo, crearían tipos humanos en cierto modo fascinantes, merecedores de amplio estudio<sup>[27]</sup>. <<

[f] Por el artículo 29 de la Ley de Maura, los candidatos quedaban automáticamente nombrados cuando no superaban los puestos a cubrir. Ello ahorra dinero y energías, pero impedía conocer el grado real de aceptación de los candidatos. En los distritos rurales el artículo se aplicaba con cierta frecuencia, aunque, salvo algunos años, el porcentaje de abstención por esa causa no pasaba del 20%. <<

[1] S. de Madariaga, *España*, p. 313. A. Lerroux, *La pequeña historia*, p. 42. <<

[2] N. Alcalá-Zamora, pp. 123 y ss. <<

[3] A. Lerroux, *Mis memorias*, pp. 686-7. O. Ruiz Manjón, *El partido*, p. 125. <<

[4] A. Lerrooux, *Mis memorias*, p. 540. M. Maura, *Así cayó*, p. 23. A. Lerrooux, *La pequeña historia*, pp. 44-5. <<

[5] A. Lerroxx, *Mis memorias*, p. 543. Ib., *La pequeña historia*, pp. 44-5. <<

[6] M. Azaña, *OO CC, L*, pp. 541 y ss., 552. <<

[7] *Ib.*, pp. 541 y ss. <<

[8] *Ib.*, pp. 550 y ss; <<

[9] C. Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, Grijalbo, p. 597. M. Azaña, *Memorias Políticas, 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 18. <<

[10] En J. S. Vidarte, *No queríamos al rey*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 225. <<

[11] N. Alcalá-Zamora, p. 133. M. Tuñón de Lara, *La España*, I, pp. 196-7. <<

[12] *Ib.*, pp. 246 y ss. <<

[13] Alcalá-Zamora, pp. 145, 147. <<

[14] Vidarte, *No queríamos*, pp. 255-9. <<

[15] Cambó, p. 191. <<

[16] J. Peirats, *Los anarquistas*, p. 46. <<

[17] Ib., p. 47. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, Paris, Ruedo Ibérico, 1978, p. 121. <<

[18] Alcalá-Zamora, p. 136. <<

[19] *Ib.*, pp. 139, 148. M. Maura, *Así cayó*, p. 29. <<

[20] Alcalá-Zamora, p. 149. <<

[21] A. Lerroux, *La pequeña historia*, pp. 16-7. <<

[22] Alcalá-Zamora, p. 124. <<

[23] J. M. García Escudero, *Historia*, pp. 823, 826. <<

[24] Ib., pp. 815 y ss. F. Suárez, en R. de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Rialp, 1998, p. 35. <<

[25] Cambó, p. 363. <<

[26] J. P. Fusi y J. Palafox, *España*, pp. 242 y ss. <<

[27] En García Escudero, *Historia*, pp. 809-12. Largo Caballero, *Correspondencia*, p. 99. <<

[28] M. Azaña, *OO CC*, I, p. 550. <<

[a] Hace, para ilustración de sus lectores foráneos, un repaso histórico: « El hecho de que los militares españoles se hayan pasado el siglo diecinueve promoviendo conspiraciones y pronunciamientos, no es prueba de liberalismo» . “Es cierto que algunos generales se sublevaron contra la tiranía de Fernando VII (...) y si después algunos caudillos se sublevaron en favor de una Constitución liberal, otros se pronunciaron por el absolutismo, de suerte que (...) el ejército le ha dado a España tantos déspotas y tiranos como libertadores. Un grupo de generales, enojados con Isabel II, la destronó. Otros generales, con Martínez Campos, restauraron a los Borbones. Antes, el general Pavía había disuelto a tiros las Cortes republicanas. La república española, único régimen libre y popular que ha conocido este país, murió a manos de los soldados» [8]. Pero la época de los pronunciamientos fue inaugurada por Riego, y la mayoría de ellos tuvo carácter izquierdista; la 1 República sólo puede llamarse popular si se limita el significado de « pueblo» a los seguidores de los partidos republicanos, que fueron pocos; y Pavía, republicano él mismo, acabó con aquella república por estar convencido, nada irracionalmente, de que ella arrastraba al país al desorden general y a la guerra civil. Azaña omite estos hechos, todo menos baladías. Y pretender que la Restauración fue un régimen absolutista resulta exagerado, por no decir más. <<

[b] Primo escribió en una nota oficiosa: « En otros países la dictadura se impone con violentos castigos, largas privaciones de libertad o censurables desmanes de sus partidarios. La que España ejerce (...) ha resuelto acudir al sistema de multas que, por su benéfica aplicación, ni aun en el caso improbable de error produciría daños sin inmediata y consoladora compensación» [10]. <<

[c] Uno de los masones comprometidos era policía de escolta del dictador. « El secuestro (...), combinado con una sublevación militar, nos daría segura victoria» . Pensaban aprovechar alguna visita nocturna de Primo a una *amigueta* para, en el ascensor, dormirlo con cloroformo y llevárselo por la azotea a una casa vecina, y de allí al lugar de secuestro. Sin embargo, los militares pedían aplazamientos: « los héroes estaban fatigados» . No obstante, « el grupo militar más afecto a nuestra Logia se dispuso a proceder. Contábamos con una participación importante de la aviación y también había decidido actuar con nosotros el general Queipo de Llano, quien, según nuestro Venerable ‘tenía gran prestigio en el Ejército’. Todo estaba dispuesto para el secuestro» . Gregorio Marañón, el famoso médico y ensayista, masón secreto por entonces, les previno de las cautelas a tomar para que el secuestrable, enfermo de diabetes, no muriera en la acción. Pero « una noche, la amigueta recibió no la visita del dictador, sino la de uno de sus ayudantes, portador de un ramo de flores y de una terrible noticia; el general iba a contraer matrimonio y había decidido dar por terminadas aquellas relaciones. La cuitada quizás encontraría consuelo en los brazos del ayudante citado, pero nosotros quedamos verdaderamente desconsolados» [14]. <<

[d] «Las reuniones clandestinas en la montaña cubríanse con el deporte del excursionismo, el culto sincero al desnudismo, al aire oxigenado y al bronceamiento al sol. Todo esto formaba un contraste pintoresco si se tiene en cuenta que esa vuelta sincera a la naturaleza era perfectamente compatible con los planes conspirativos, la química de los explosivos, el ejercicio de tiro con pistola, el cambio de periódicos y hojas clandestinas, los anatemas contra el tabaco y el alcohol» [16]. <<

[1] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 136. <<

[2] Cambó, *Memorias*, 414. Maura, *Así cayó*, p. 38. <<

[3] Cambó, pp. 323, 415-6. <<

[4] *Ib.*, p. 414. <<

[5] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 48. Cambó, p. 420.

<<

[6] Maura, p. 38. Cambó, p. 483. <<

[7] Lerroux, *La pequeña*, p. 29. <<

[8] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 29. <<

[9] Maura, pp. 52, 47, 48. García Escudero, *Historia*, p. 848. <<

[10] Alcalá-Zamora, p. 157. García Escudero, *Historia*, p. 848. <<

[11] E. de Guzmán, *1930: Historia política de un año decisivo*, Madrid, Tebas, 1973, p. 226. <<

[12] Alcalá-Zamora, pp. 157-8. Maura, *Así*, p. 57. <<

[13] Guzmán, *Historia*, p. 234. <<

[14] Maura, p. 17. <<

[15] Cambó, pp. 418-9. <<

[16] Maura, pp. 73, 59. <<

[17] *Ib.*, p. 419. <<

[18] Azaña, *Tres generaciones*, pp. 23, 27, 25. <<

[19] Azaña, *Memorias* (Afrodisio Aguado), p. 341; *Tres generaciones*, p. 26. <<

[20] *Ib.*, *OO CC*, III, p. 893. <<

[a] Maura, por ejemplo, escribirá: « La inmoralidad, el peculado, el cohecho, el favoritismo, el despilfarro, la soplonería, la arbitrariedad, la violencia brutal y desmedida en la represión del más ligero desmán han ido sedimentando no pocos odios y preparando el desate de las venganzas» . Suena un tanto exagerado<sup>[14]</sup>.

<<

[b] Volvería sobre el asunto de Telefónica en las Cortes republicanas, siendo rebatido por el hijo del dictador, José Antonio, sin que la cuestión quedase dilucidada. <<

[c] Cambó convaleciente en Londres, habló con la reina Victoria Eugenia, quien mostró alarma por las campañas de prensa: « A poco que esto prosiga, se dará el caso de que así como antes sólo hablaban mal del Rey los que le conocían, pronto hablará mal todo el mundo» [17]. <<

[1] Alcalá-Zamora, p. 160. Maura, p. 69. <<

[2] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 147. Largo, *Correspondencia*, p. 99. <<

[3] Alcalá-Zamora, p. 56. <<

[4] Lerroux, *La pequeña*, pp. 44-5. Alcalá-Zamora, p. 160. <<

[5] Lerroux, *La pequeña*, pp. 45, 46. Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 147, 148. <<

[6] Alcalá-Zamora, p. 160. Cambó, p. 417. <<

[7] R. de la Cierva, *El triple secreto de la masonería*, Madrid, Fénix, 1994, p. 117.  
Gómez Molleda, *La masonería*, p.181. Vidarte, *No queríamos*, p. 219. <<

[8] Lerroux, *La pequeña*, p. 46. <<

[9] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 148. Alcalá-Zamora, p. 161. Maura, *Así*, p. 70. <<

[10] Alcalá-Zamora, pp. 161-2. Maura, p. 71. <<

[11] Maura, p. 72. Vidarte, *No queríamos*, p. 293. <<

[12] Tuñón, *La II República, I*, p. 15. Vidarte, *No queríamos*, p. 288. <<

[13] Vidarte, *No queríamos*, pp. 196-7. Guzmán, *Historia*, p. 330. <<

[14] Vidarte, *No queríamos*, pp. 299, 300. <<

[15] Cambó, pp. 428-9. <<

[16] Guzmán, *Historia*, p. 337,. <<

[17] Mola, *OO CC*, Valladolid, Santarén, pp. 375-6. <<

[18] Lerroux, *La pequeña*, pp. 46, 47. <<

[19] *Ib.*, p. 47. <<

[20] Alcalá-Zamora, p. 576. <<

[21] Maura, *Así*, p. 87. <<

[22] Lerroux, *La pequeña*, p. 45. Maura, *Así*, p. 87. <<

[23] Maura, p. 86. <<

[24] Lerroux, *La pequeña*, pp. 29, 30. <<

[1] Maura, pp. 81-2. <<

[2] *Ib.*, pp. 81-2. <<

[3] Alcalá-Zamora, p. 577. Lerroux, *La pequeña*, p. 49. <<

[4] Alcalá-Zamora, pp. 169-70, 578. <<

[5] Maura, p. 84. Azaña, *Memorias de guerra*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 103.

<<

[6] Lerroux, *La pequeña*, pp. 49, 50. <<

[7] Maura, pp. 84, 92. Alcalá-Zamora, p. 170. <<

[8] Guzmán *Historia*, pp. 321-2, 339 y ss. Vidarte, *No queríamos*, p. 285. <<

[9] Guzmán, *Historia*, pp. 153-6. <<

[10] Largo Caballero, *Correspondencia*, pp. 99-101. <<

[11] *Ib.*, pp. 99-101. <<

[12] *Ib.*, p. 102. <<

[13] Maura, p. 100. <<

[14] Peirats, *Los anarquistas*, p. 61. García Escudero, *Historia*, p. 856. <<

[15] Peirats, *Los anarquistas*, p. 61. <<

[16] Mola, *OO CC*, Valladolid, Santarén, 1940, pp. 375-6. <<

[17] Ib., p. 384. Peirats, *Los anarquistas*, pp. 59-60. <<

[18] Guzmán, *Historia*, p. 372. <<

[19] Cambó, pp. 420-1. <<

[20] En Guzmán, *Historia*, pp. 397-8. <<

[21] Guzmán, *Historia*, p. 399. Vidarte, *No queríamos*, pp. 287-8. <<

[22] Cambó, pp. 428-9. <<

[23] Vidarte, *No queríamos*, pp. 309-10. <<

[24] Maura, p. 99. <<

[25] Maura, p. 111. <<

[26] En Guzmán, pp. 439 y ss. <<

[27] Lerroux, *La pequeña*, pp. 69, 70. Alcalá-Zamora, pp. 579-81. <<

[28] Maura, p. 112. En Guzmán, *Historia*, pp. 441-2. <<

[29] Vidarte, *No queríamos*, p. 327. <<

[30] Largo Caballero, *Correspondencia*, pp. 104-5. Mola, *OO CC*, p. 518. <<

[31] Mola, *OO CC*, pp. 434 y 391. <<

[32] Peirats, *Los anarquistas*, pp. 63-4. <<

[a] Vidarte, poco amigo de Casares, cuenta con regodeo cómo éste, al poco de ser detenido, fue sacado de la celda para trasladarlo, lo que le ocasionó « uno de los sustos más grandes de su vida ». Un oficial anunció: « El señor Casares a la capilla ». Casares « (...) se desplomó, se abrazó a uno de sus amigos y le dijo balbuceando: 'Esto es terrible, no se ha hecho nunca, ni en el caso de Ferrer, ni cuando la huelga de agosto. Me van a fusilar sin formarme siquiera Consejo de guerra' (...) Salió de la celda tambaleándose ». En la capilla « no se le ocurrió mejor cosa que colgar su ropa en la cruz de un gran Cristo que allí existía. Por la mañana, unas vecinas que vivían enfrente de la capilla vieron este espectáculo y ello le valió a Casares otro susto morrocotudo: le anunciaron la visita del capellán. Todo parecía confirmar que había llegado su última hora. Sin embargo, el sacerdote entró furioso y, sin explicaciones ni saludarle siquiera (...) quitó de los brazos de la cruz aquellas prendas de vestir, las arrojó al suelo y, tras de insultar convenientemente al aterrorizado impío, se marchó» [29]. <<

[b] Mola, hombre formal que había lamentado la evasión de Franco de la cárcel (« Un jefe del Ejército descolgándose por una cuerda como un vulgar maleante después de asaltar un piso, es algo que no me cabe en la cabeza» ), juzga severamente la nueva fuga: « Jamás se pensó en que el piloto del 'Plus Ultra' fuera capaz, ante el fracaso, de huir como un conspirador de opereta» [31]. <<

[1] Maura, pp. 105-6. <<

[2] Alcalá-Zamora, p. 177. <<

[3] Largo Caballero, *Escritos de la República*, Madrid, Pablo Iglesias, 1985, pp. 18-9; *Correspondencia*, pp. 105-6. <<

[4] *Ib.*, pp. 105-8. <<

[5] *Ib.*, pp. 109, 106. <<

[6] Maura, p. 108. <<

[7] Lerroux, *La pequeña*, p. 62. Alcalá-Zamora, p. 582. Maura, p. 106. <<

[8] J. M. Marco, *Manuel Azaña*, p. 159. Alcalá-Zamora, p. 180. <<

[9] Marco, *Manuel Azaña*, p. 160. Alcalá-Zamora, p. 180. <<

[10] Lerroux, *La pequeña*, pp. 62-3. <<

[11] Maura, p. 130. Lerroux, *La pequeña*, p. 63. <<

[12] Alcalá-Zamora, p. 583. Maura, p. 130. <<

[13] Lerroux, *La pequeña*, pp. 64-5. <<

[14] Maura, pp. 113, 109. <<

[15] Ib., p. 116. J. de la Cierva, *Notas de mi vida*, Madrid, Reus, 195, p. 330. <<

[16] Maura, pp. 117-8. E. Vegas Latapie, *Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 93-4. <<

[17] Cambó, p. 424. <<

[18] Maura, pp. 109-111. <<

[19] Alcalá-Zamora, p. 182. <<

[20] Cambó, pp. 422-3. <<

[21] Maura, pp. 122-4. <<

[22] Maura, p. 126. <<

[23] Cambó, p. 426. A. Hurtado, *Quaranta anys d'advocat*, Barcelona, Ariel, 1967, p. 23. <<

[24] Alcalá-Zamora, p. 185. Largo Caballero, *Correspondencia*, p. 108. <<

[25] Maura, pp. 133 y ss. Alcalá-Zamora, p. 186. <<

[26] Maura, pp. 133 y ss. Largo Caballero, *Correspondencia*, p. 108. <<

[27] J. de la Cierva, *Notas*, pp. 358-9. <<

[28] Alcalá-Zamora, pp. 186-7. <<

[29] Lerroux, *La pequeña*, p. 65. <<

[a] Cuenta Maura una anécdota de la galería de invertidos: « Uno (...) había agredido a otro por celos, ocasionándole una herida en el cuello» . Fernando de los Ríos, « verdadero santo laico» , fue con Maura a la galería, cuyos reclusos ostentaban « sin el menor recato la condición de blandos de cadera, en sus atavíos y en su modo de expresarse . Nos refirieron con detalle el drama y nos acompañaron a la celda del agresor, también mal parado en la refriega, Al entrar nosotros se incorporó en la cama. Vestía camisa de mujer, llena de puntillas y encajes y llevaba la cara pintada como una mesa de noche. La cosa en sí no tenía gran novedad para los que habíamos ya visitado esa zona de la prisión (...) La novedad estaba en la cara y en los gestos de Fernando de los Ríos. Tirándose de la barba, con los ojos desmesuradamente abiertos, me decía: 'Pero, Miguel, no es posible, no es posible'. De haber visto un buey volando, no hubiese sido mayor el asombro del bueno de Fernando» . El relato que les hizo el *redomado sarasa* « llevó el asombro de Fernando hasta el infinito» [6]. <<

[1] En R. de la Cierva, *La historia se confiesa*, I, Barcelona, Planeta, 1976, p. 129.

<<

[2] Ib., p. 130. Cambó, p. 431. <<

[3] Alcalá-Zamora, p. 188. Cambó, p. 430. En García Escudero, *Historia*, p. 874.

<<

[4] Maura, pp. 147-8, 152. <<

[5] *Ib.*, p. 150. <<

[6] *Ib.*, pp. 153-4. <<

[7] Romanones, *OO CC, III*, p. 449. <<

[8] Maura, pp. 157-8. <<

[9] Alcalá-Zamora, p, 190. Maura, pp. 152-3, 159. <<

[10] Martínez Barrio, p. 23. <<

[11] Maura, p. 154. <<

[12] Martínez Barrio, pp. 23 y ss. <<

[13] *Ib.*, p. 26. <<

[14] Alcalá-Zamora, p. 190. <<

[15] M. de Coca, *Anticaballero*, Madrid, Centro, 1975, p. 37. De la Cierva, *La historia*, p. 136. Maura, p. 167. <<

[16] Maura, p. 167. <<

[17] Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, Grijalbo, 1980, p. 179.

<<

[18] En Maura, p. 162. <<

[19] J. de la Cierva, *Notas*, p. 370. <<

[20] Peirats, *Los anarquistas*, p. 76. A. Hurtado, *Quaranta*, p. 26. <<

[21] Maura, pp. 165-6. <<

[22] Romanones,, *OO CC, III*, pp. 447-8. Maura, pp. 168-9. Alcalá-Zamora, p. 192. <<

[23] Maura, p. 169. <<

[24] *Ib.*, pp. 169-70. <<

[25] *Ib.*, p. 171. <<

[26] Ib., p. 172. Rivas Cherif, *Retrato*, p. 186. <<

[27] Cambó, pp. 432-3. <<

[28] En E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 381-2. <<

[29] Cambó, p. 439. <<

[a] Salvo en nueve de las cincuenta: Ávila, Burgos, Cádiz, Gerona, Lugo, Palma de Mallorca, Pamplona, Soria y Vitoria. Según otros, fueron siete, o incluso tres.

<<

[b] Se elegían 80.000 concejales, por lo que en los primeros días faltaban por computar más de la mitad. Pero eso no tuvo la menor relevancia en los sucesos políticos, que giraron en torno a aquellos 28.000 conocidos el día 13. Los resultados oficiales, publicados más tarde, dieron casi empate, con cifras poco fiables, pues según muchos indicios sufrieron manipulación por el poder, que ya era republicano. <<

[c] El socialista Mario de Coca informa de un telegrama dirigido a las nueve de la noche por Sanjurjo a los coroneles de la Guardia Civil: « Disponga usía las órdenes convenientes para que las fuerzas de su mando no se opongan a la justa manifestación del triunfo republicano que pueda surgir del Ejército y del pueblo» . Aunque, como señala Ricardo de la Cierva, Coca es la única fuente de este telegrama, bien podría ser verídico. La actitud de la fuerza pública se corresponde en todo momento con su contenido. Ello significa, como advierte Coca, la proclamación práctica de la república por el general Sanjurjo<sup>[15]</sup>. <<

[d] Cambó cuenta las confidencias que Alfonso XIII le hizo, ya en París: al subir a la nave en Cartagena los oficiales le recibieron con respetuoso fervor. Pero, al ir recibiendo por la radio noticias de (...) cómo todos se estaban adhiriendo a la República, la actitud de la oficialidad fue cambiando rápidamente. Del fervor se pasó a la indiferencia; de la indiferencia a la descortesía y, finalmente, (...) (a) la abierta hostilidad. « Si la travesía hubiera durado unas horas más —me dijo el Rey— la tripulación habría decidido fusilarme o tirarme al mar» . « Delante de mí —añadía— se confeccionaba la bandera republicana (...) Al dejar el barco tierra española, y poner los pies en Marsella, tierra extranjera, tuve una sensación de liberación» . Cambó, yendo a ver a unos amigos, volvió a encontrar por casualidad al rey unos días después, en el hotel *Meurice*. « En un rincón del hall *vitré*, detrás de una mesa, estaba sentado don Alfonso: solo, sin la compañía de un libro, de un diario, de una copa» . Una hora y media después, al volver de su visita, « Don Alfonso continuaba igual, sentado detrás de la misma mesa, ¡sin un libro, ni un diario, ni una copa!» [29]. <<

[1] Azaña, Memorias políticas, p. 676. <<

[2] Vegas Latapie, *Memorias*, p. 117. Gil-Robles *No fue*, pp. 34, 32. <<

[3] *Azaña, Memorias políticas, p. 122.* <<

[4] En Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 27. <<

[5] *Ib.*, p. 39. <<

[6] Maura, pp. 241-2. <<

[7] S. Martínez, *Memorias del secretario de Azaña*, Planeta, 1999, pp. 84-5. <<

[8] Vidarte, *Las Cortes*, p. 33. <<

[9] Maura, pp. 242 y ss. <<

[10] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 374-5. <<

[11] Vidarte, *Las Cortes*, p. 33. Maura, pp. 245-6. <<

[12] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 374-5. <<

[13] Maura, p. 249. Vidarte, *Las Cortes*, p. 34. <<

[14] Maura, pp. 250-1. Martínez Barrio, p. 37. <<

[15] Maura, pp. 251 y ss. <<

[16] *Ib.*, pp. 251 y ss. <<

[17] Alcalá-Zamora, p. 220. <<

[18] Azaña, *Memorias políticas*, p. 375; *Diarios 1932-1933 «Los cuadernos robados»*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 94. Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 191-2. <<

[19] Maura, p. 253. <<

[20] Maura, p. 253. S. Payne, *La primera democracia española*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 404. Arrarás, *Historia de la Segunda República Española*, I, Madrid, Editora Nacional, pp. 109 y ss. <<

[21] *Heraldo de Madrid, Crisol, El liberal, El socialista, Época, días 12 de mayo y siguientes.* <<

[22] En R. de la Cierva, *La historia*, p. 185. <<

[23] *Azaña, Memorias políticas, p. 66.* <<

[24] Alcalá-Zamora, pp. 265, 326. <<

[25] Maura, p. 301. <<

[26] Alcalá-Zamora, pp. 218-9. Martínez Barrio, p. 38. <<

[27] Alcalá-Zamora, p. 218. Maura, p. 290. <<

[28] D. Abad de Santillán, *Alfonso XIII, la II República, Francisco Franco*, Madrid, Júcar, 1979, p. 138. García Oliver, *El eco*, p. 119. <<

[29] En Peirats, *los anarquistas*, p. 68. <<

[30] Maura, pp. 280-1. <<

[31] Peirats, *Los anarquistas*, p. 69. Vidarte, *Las Cortes*, p. 77. <<

[32] García Oliver, *El eco*, pp. 120-1. Abad de Santillán, *Alfonso XIII*, pp. 161-2.

<<

[33] Peirats, *Los anarquistas*, p. 77. <<

[34] Maura, pp. 281 y ss. <<

[35] Ib., pp. 281 y ss. Abad de Santillán, *Alfonso XIII*, p. 168. <<

[36] Maura, p. 287. Azaña, *Memorias políticas*, p. 52. <<

[37] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República, I*, Madrid, Editora Nacional, 1973, p. 5. <<

[38] *Azaña, Memorias de guerra, p. 115.* <<

[39] R. Salas Larrazábal, *Los dato exactos de la guerra civil*, Madrid, Drácena, 1980, pp. 29 y ss. <<

[a] El relato de Rivas pinta un cierto retrato de sí mismo y de Azaña: « Algunos mozalbetes hicieron un corro danzante en manifestación de su alegría. Mezcláronse a ellos algunas personas conocidas, como el poeta festivo Luis de Tapia, mi casero y amigo siempre juvenil, a quien me uní un momento en la chocarrera zarabanda. Cuando poco después se lo dije con ingenua jactancia a mi cuñado, me contestó que mi baile había costado unos cuantos millones al ministro de Hacienda (...) Queríame decir que (...) éramos en parte culpables de la depreciación de los valores públicos en Bolsa y del perjuicio causado a la economía nacional (...) por la supresión de no sé qué operaciones en curso con los Estados Unidos. (...) Si se le argüía (...) aduciendo (...) la matanza de frailes del 34 del siglo pasado so pretexto de haber envenenado las aguas, decía que él no lo creía así; pero que si el pueblo lo aseguraba, era desde ese momento una verdad histórica irrefutable» . <<

[b] Entre 1902 y 1909 el ejército pasó de 291 generales a 143, y de 22.663 oficiales a 15.749, bajando en 148 generales y 6.914 oficiales. La reforma de Azaña, mucho más rápida, hizo bajar la cifra de 190 generales y 20.303 oficiales en 1931, a 72 generales y 13.032 oficiales el año siguiente, con una reducción de 118 generales y 7.544 oficiales<sup>[39]</sup>. <<

[1] Vegas Latapie, *Memorias*, p. 109. <<

[2] Gil-Robles, *No fue*, pp. 34 y ss. <<

[3] Vidarte, *Las Cortes*, p. 46. Gil-Robles, *No fue*, p. 39. Cambó, p. 440. <<

[4] J. Pla, *De la monarquía a la República*, Barcelona, Acervo, 1977, p. 93. <<

[5] Martínez Barrio, p. 17. <<

[6] Alcalá-Zamora, pp. 204-6. Maura, pp. 317 y 321. <<

[7] Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 178-9. Lerroux, *La pequeña*, p. 80. <<

[8] Vidarte, *Las Cortes*, pp. 48-9. <<

[9] *Ib.*, p. 86. <<

[10] Azaña, *Diarios*, p. 287; *Memorias políticas*, pp. 216. <<

[11] Alcalá-Zamora, p. 207. Azaña, *Diarios*, pp. 400, 416; *Memorias políticas*, pp. 30-1, 267, 123, 260. Lerroux, *La pequeña*, pp. 18-9. <<

[12] Alcalá-Zamora, pp. 249, 15-6. <<

[13] M. Portela Valladares, *Memorias. Dentro del drama español*, Madrid, Alianza, 1988, p. 84. <<

[14] Alcalá-Zamora, pp. 559, 240, 424. Largo Caballero, *Notas*, pp. 10-11. <<

[15] Alcalá-Zamora, pp. 172, 20. <<

[16] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 189, 186, 135, 315, 208, 173; *Diarios*, pp. 368, 421; *Memorias de guerra*, pp. 104-5, 207. <<

[17] Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 70, 103-5. <<

[18] Alcalá-Zamora, pp. 170, 271, 229, 405, 281, 358, 619, 404, 257-8. <<

[19] Lerroux, *La pequeña*, pp. 164, 145, 153, 95, 336. <<

[20] Lerroux, id., pp. 306, 98, 117, 120. Azaña, *Memorias políticas*, p. 677. *Diarios*, p. 38. <<

[21] Lerroux, *La pequeña*, pp. 11, 127, 281, 82, 166, 86, 40, 88, 162, 159, 126, 167, 164, 281. <<

[22] Alcalá-Zamora, pp. 172, 282, 351, 313. <<

[23] *Ib.*, pp. 558, 563. <<

[24] *Azaña, Memorias de guerra, p. 103.* <<

[25] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 63, 88, 104, 176; *Diarios*, pp. 72-3, 78, 678.

<<

[a] Citaba en su apoyo palabras del premio Nobel de Literatura Maeterlink sobre las multitudes, que tendrían « en política nariz de perro, que no gusta sino de los malos olores; en esta elección, su olfato, como el de los perros, es casi infalible» .

<<

[b] Bajo el epígrafe «Pornografía política catalana», Josep Pla describe: «A Macià le llaman en Catalunya *l'Avi* y él está encantado. Gassol llama a todos hermanos. La terminología política de la Esquerra está llena de todos los tópicos del humanitarismo más insincero y tronado. Los políticos catalanes hacen grandes gestos, se ponen cada dos minutos la mano en el pecho, dan chillidos sentimentales y hacen unos terribles aspavientos de bondad. Todo el mundo pone los ojos en blanco, va con el corazón en la mano y canta confusas romanzas que hacen llorar. Toda la pornografía del exilio, el onanismo de los catalanes de América, los estados más abyectos de la mugre sensorial se han implantado en Cataluña de la manera más simple y natural ¡Y pensar que Prat de la Riba, que era un catalán perfectamente normal, murió hace apenas quince años! A veces la gente se pregunta: ¿Qué es la política de la Esquerra? ¿Qué será? Es muy sencillo: serán tres años de anarquía sindical, de predominio de las ideas de la Asociación de Viajantes y el correspondiente caviar» [4]. <<

[c] Los apuntes parlamentarios de Azaña muestran a menudo su talento de escritor y fuerza cómica: Santiago Alba « mal intencionado como siempre, pero inoportuno, también como siempre, (...) tuvo la ocurrencia de llamarlos (a los socialistas) *genízaros*. El escándalo fue tremendo. Se precipitaron sobre él para pegarle. Saltaban de banco en banco, rodaban por el suelo. Algunos agrarios y radicales hacían valla delante de Alba, que permanecía en pie, lívido, cruzado de brazos. Le gritaban *¡ladrón!* Y otros insultos consonantes. La ex mujer de Alba, que no pierde sesión, coreaba desde la tribuna los insultos de la mayoría». Parece que los socialistas interpretaron que, con lo de *jenízaros*, Alba les trataba de eunucos. O bien: «Entro en la sesión para divertirme un poco oyendo a Samblancat, un bárbaro natural de Graus, y diputado revolucionario por Barcelona, donde tiene, en el barrio chino, una tienda de condones. Ha dicho mil atrocidades» [10]. <<

[1] Vidarte, *Las Cortes*, p. 50. <<

[2] *Ib.*, pp. 54-6. <<

[3] En S. Payne, *La primera*, p. 404. <<

[4] *Azaña, Memorias políticas, p. 38.* <<

[5] Vidarte, *Las Cortes*, pp. 98 y ss. <<

[6] Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 221. <<

[7] Martínez Barrio, pp. 71,73. Alcalá-Zamora, p. 229. Gil-Robles, p. 52. Azaña, *Memorias políticas*, p. 218. <<

[8] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 218 y ss. <<

[9] Martínez Barrio, pp. 74 y ss. <<

[10] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 218 y ss. <<

[11] *Ib.*, p. 235. <<

[12] Alcalá-Zamora, p. 229. Lerroux, p. 86. Gil-Robles, p. 52. <<

[13] *Ib.*, p. 226. <<

[14] Azaña, *Memorias políticas*, p. 299. <<

[15] *Ib.*, p. 227. <<

[16] *Lerroux, La pequeña, pp. 86-7. Azaña, Memorias políticas, pp. 228-30. J. Pla, Historia de la Segunda República española, I, p. 225. <<*

[17] Vidarte, *Las Cortes*, p. 229. <<

[18] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 117-8. <<

[19] Maura, pp. 275-6. <<

[20] Azaña, *Memorias políticas*, p. 118. Vidarte, *Las Cortes*, p. 226. <<

[21] *Azaña, Memorias políticas, p. 309.* <<

[22] *Ib.*, pp. 124, 140, 205. <<

[23] *Ib.*, pp. 293-5. <<

[24] J. Pla, *De la monarquía*, p. 118. <<

[25] Azaña, *Memorias políticas*, p. 200. Vidarte, *Las Cortes*, pp. 236-7. Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 225. <<

[26] Vidarte, *Las Cortes*, p. 237. Lerroux, *La pequeña*, pp. 89, 90. Azaña, *Memorias políticas*, p. 325. Ruiz Manjón, *El Partido*, p. 237. <<

[27] Azaña, *Memorias políticas*, pp. 259, 284, 315. <<

[28] Alcalá-Zamora, p. 241. <<

[29] Vidarte, *Las Cortes*, p. 240. <<

[30] Alcalá-Zamora, p. 242. En Vidarte, *Las Cortes*, p. 285. <<

[31] *Azaña, Memorias políticas, p. 299.* <<

[32] En Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 255-6. Azaña, *Memorias políticas*, p. 451. <<

[33] *Azaña, Memorias políticas, p. 313.* <<

[34] J. Pla, *De la monarquía*, pp. 50-1. <<

[35] *Azaña, Memorias políticas, p. 199.* <<

[36] Martínez Barrio, pp. 97-8. Lerroux, *La pequeña*, p. 98. Alcalá-Zamora, p. 593. <<

[37] *Ib.*, pp. 335, 341. <<

[38] Alcalá-Zamora, p. 247. Lerroux, *La pequeña*, pp. 96-7. <<

[39] En Vidarte, *Las Cortes*, pp. 294 y ss. <<

[40] Movimiento natural de la población, 1931 a 1935. En S. Payne, *La primera*, p. 404. Memoria del Fiscal General de la República, 1935. R. de la Cierva, *La historia*, I, p. 199. <<

[a] Azaña cuenta otra anécdota con el obispo Vidal: « Me dijo que, a pesar de las ideas, todos los días pedía a Dios por mí y que me iluminase. Yo se lo agradecí. 'No ignoro lo que es la caridad cristiana'» [14]. Debió de ser una escena curiosa.

<<

[b] Maura dejó otra herencia importante a la república, una policía con el nombre algo extraño de «Guardia de asalto», para afrontar los disturbios urbanos con medios menos mortíferos que los de la Guardia Civil. Dichos guardias, reclutados entre individuos altos y fornidos, recibían un duro entrenamiento. «Su primera salida fue, según creo recordar, en el mes de agosto, con ocasión de un motín de verduleras en la plaza de la Cebada (...) Llegaron al lugar de la refriega con el mayor estrépito posible de las sirenas de sus coches, echaron pie a tierra y, matracas (porras) en mano, en dos minutos disolvieron la manifestación (...) El éxito fue rotundo, y la popularidad del Cuerpo ganada definitivamente desde entonces». Claro que con el tiempo, que todo lo aplana, «es forzoso convenir que las mismas cualidades que hicieron la fortuna del Cuerpo en sus comienzos fueron la causa de su degeneración (...) y trocaron a los bizarros guardias en repugnantes chulos. En los últimos tiempos de la República (...) este Cuerpo fue el terror de los ciudadanos pacíficos, de los maridos predestinados y de los enamorados enclenques» [19]. <<

[c] Socios del Ateneo fueron a presionar a Azaña contra una política «impunista» con el rey, y continuamente montaban escándalos y protestas. «El secretario (...) sostiene la extraña doctrina de que cuantos más cambios de Ministerios haya, mejor; porque daremos la impresión de que la República dispone de muchos hombres». «Vomitando obtusidades (...) estos tipos que no saben gobernar el Ateneo, me vienen a dar consejos sobre cuestiones que ignoran totalmente». Por entonces Azaña estaba harto de la institución, pero sus socios, creyendo haber tenido un papel decisivo en la llegada del régimen —y sin duda lo habían tenido importante—, se consideraban con derecho a determinar la política. «El Ateneo está allanado, material y moralmente, por estos energúmenos». «Inútiles y fracasados (...) Son unos pobres diablos, torpes casi todos, pedantes *ratés* algunos, grillados otros». Pero eran los mismos que antes le habían aupado a él, organizado las manifestaciones del 13 de abril y la quema de edificios religiosos; y se justificaban aduciendo que hacían lo mismo que había hecho Azaña: utilizar el Ateneo como plataforma política. Por lo cual «El Ateneo está muy perdido (...) Parece ya imposible que vuelva a ser una gran sociedad literaria» [22]. <<

[d] Josep Pla, cualificado y escéptico testigo de la época, cuenta que la frase de la Constitución «telegrafiada al mundo entero, ha provocado innumerables carcajadas. Las más ilustres se han producido en Ginebra cuando Briand, presidente del Consejo de la Sociedad de Naciones, viendo entrar a Lerroux, Madariaga y tres o cuatro profesores más de la delegación española, ha dicho, reloj en mano, al constatar que llegaban con una hora de retraso: *Voilà les travailleurs...* Lerroux toma asiento, observa que todo el mundo sonríe y pregunta al delegado que se sienta a su lado por la causa de la hilaridad: *C'est que, vous savez, c'est un peu difficile de prendre sérieusement certains travaux constitutionnels que vous êtes en train de faire en Espagne...* ¡Ah, claro, claro...! —dice Lerroux, que no ha entendido ni jota de lo que le acaban de decir—. *No faltaría más...* [24] <<

[e] El irreverente Pla cuenta que Juan March le comentó: «¿Usted cree esto de las corrupciones? (...) Usted que conoce mis relaciones con los republicanos del Gobierno, en París, en el Grand Hôtel y en el Pavillon d'Amenonville, donde tuve que pagar tantas cenas y tantos almuerzos... ¿no me comprende?. Que el señor March pagó muchas cenas y almuerzos en los lugares citados es un recuerdo que tengo perfectamente presente. Ahora bien, de lo que se habló en estas cenas y en estos almuerzos no tengo la menor idea (...) No me cuesta nada recordar a algunos ministros actuales de la República que asistieron con March a diversos almuerzos y cenas suculentos. (...) ¿Usted cree que tengo los *dobleros* (dineros) fáciles? ¿Yo dar algo sin seguridad? (...) Yo nunca he dado nada a nadie. ¿Qué se ha creído la gente? Se creen que me he vuelto loco... ¿Usted me comprende?. Considero que el argumento de donjuán March es de una fuerza dialéctica extremadamente importante y decisiva» [34]. <<

[1] Rechazaban el voto femenino los radicales y radical-socialistas. La diputada Victoria Kent también se oponía, por creer que las mujeres estaban influidas por el clero, y ella no admitía otras influencias que las de ideologías de izquierda. En cambio, la diputada radical Clara Campoamor, en discrepancia con su partido, pedía el voto femenino. Apunta Azaña: «La Campoamor es más lista y más elocuente que la Kent, pero también más antipática. La Kent habla para su canesú, y acciona con la diestra sacudiendo el aire con giros violentos y cerrando el puño como si cazara moscas al vuelo. (...) Yo creo que es una atrocidad negar el voto a las mujeres por la sospecha de que no votarían a favor de la República». Pero se abstuvo de votar<sup>[35]</sup>. <<

[1] M. Azaña, *Memorias políticas*, Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 362-3. <<

[2] D. Abad de Santillán, *Alfonso XIII*, p. 182. J. García Oliver, *El eco*, pp. 124, 115. <<

[3] J. García Oliver, *El eco*, pp. 125-6. <<

[4] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 384-5. J. Peirats, *Los anarquistas*, p. 81. J. S. Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, Grijalbo, 1976, p. 320. <<

[5] J. S. Vidarte, *las Cortes*, p. 321. <<

[6] A. Verdoy, *Los bienes de los jesuitas*, Madrid, Trotta, 1995, pp. 30 y ss. <<

[7] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 233. <<

[8] A. Verdoy, *Los bienes*, pp. 35-6. <<

[9] *Ib.*, pp. 35-6. <<

[10] J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 365. <<

[11] C. Rivas Cherif, *Retrato*, p. 280. M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 421. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 366. M. D. Gómez Molleda, *La masonería en la crisis española del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1986, pp. 434 y ss. <<

[12] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 96, 78 y 581-2. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 274. <<

[13] M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 398. <<

[14] D. Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 115. M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 196. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, pp. 274-6. <<

[15] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 464-5, 473, 474. <<

[16] *Ib.*, pp. 469-70, 446. <<

[17] A. Lerroux, *La pequeña historia*, p. 100. <<

[18] M. Azaña, *Memorias políticas*, p, 481. <<

[19] *Ib.*, pp. 477-8. <<

[20] *Ib.*, pp. 522, 524-5. <<

[21] *Ib.*, pp. 530, 532, 533. <<

[22] D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 136. <<

[23] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 538, 536, 587, 497, 503. <<

[24] Ib., p. 498. Ib., *Diarios, 1932-1933 « Los cuadernos robados»*, Barcelona, Crítica, 1997. <<

[25] Ib., *Memorias políticas*, pp. 491, 513. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, pp. 261-2. <<

[26] M. Azaña, *Diarios*, pp. 4, 13-14. <<

[27] *Ib.*, p. 21. <<

[28] *Ib.*, p. 23. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 466. <<

[29] M. Azaña, *Diarios*, p. 24. P. Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, *TV*, p. 297. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, pp. 462 y ss. <<

[30] M. Azaña, *Diarios*, p. 38. Pedro Gómez Aparicio, *Historia*, p. 299. <<

[31] M. Azaña, *Diarios*, p. 32. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 267. <<

[32] M. Azaña, *Diarios*, pp. 45-6, 47. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 462. <<

[33] F. Cambó, p. 446. M. Azaña, *Diarios*, p. 39- <<

[34] M. Azaña, *Diarios*, p. 22. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, pp. 264, 263. <<

[35] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 265. <<

[36] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 151 y ss. A. Lerroxx, *La pequeña*, p. 93.

<<

[37] Lerroux, *La pequeña*, pp. 101 y ss. M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 491; *Diarios*, pp. 1-2. <<

[38] N. Alcalá-Zamora, p. 265. <<

[39] *Ib.*, pp. 268, 269. <<

[40] *Ib.*, pp. 268-9. <<

[41] M. Azaña, *Diarios*, p. 23. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 447. <<

[42] M. Azaña, *Diarios*, p. 36. J. Avilés Farré, *La izquierda burguesa en la II República*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, pp. 159 y ss. <<

[a] García Oliver describe su reencuentro con Durruti y Ascaso, hacia junio o julio de 1931: «Nos sentamos a una mesita del bar La Tranquilidad. Martí, el dueño, nos sirvió los cafés. La noche era de espléndido verano, y a lo largo del Paralelo la gente, andante o sentada, gozaba de la suave temperatura nocturna. De abajo llegaban los olores salobres del puerto. Estábamos en la parte más iluminada, que pertenecía por igual al Distrito V y al Pueblo Seco. Me gustaba la vida en aquella parte de la ciudad, en la que siempre viví o anduve. Bastaba con dar unos pasos y se encontraba uno en el corazón de Barcelona, las Ramblas, a las que se llegaba por la calle de San Pablo o la del Conde de Asalto, cruzadas por callejones estrechos y escasamente iluminados, en los pisos de cuyas casas estaban las sórdidas viviendas de los obreros del puerto, de la construcción, de los metalúrgicos y los ebanistas. Los bajos eran explotados por casas de comidas, bares, tabernas, cafés de camareras, billares, burdeles de toda clase y categoría: de pobres, de ricos, con mujeres o con hombres al acecho de las dos pesetas o del duro. ‘Desde París no habíamos tenido ocasión de hablar detenidamente’. Era Durruti quien iniciaba así la conversación. Siempre sería el mismo, de maneras poco amigables. Diríase que el ego dominaba sus emociones» [3]. <<

[b] Vidarte relata parte del rito: «Se oyen golpes violentos en la puerta del templo. El Venerable Maestro dice: —¿Quién osa interrumpir nuestros trabajos? —Soy el Hermano Terrible que conduce a un profano. Dice que es hombre libre, honesto y de buenas costumbres. —¿Quién responde de él? —Yo, que soy su conductor. —Dadnos su nombre. —Manuel Azaña y Díaz. —Hacedle entrar. Se oye el chocar de decenas de espadas...» [10]. <<

[c] Don Niceto, para dar idea del «desorden con que se llevaba la reforma», cuenta cómo se le presentó a la firma el decreto «más audaz e insensato que se había deslizado en el Ministerio de Agricultura». Se trataba de expropiar tierras sin indemnización, cosa que rechazaba el propio Azaña, convencido por Nicolau del nefasto «influjó del despojo puro y simple en el crédito y en el cambio». Rechazado el decreto, apareció en la *Gaceta*, señala el presidente, «con mi firma suplantada, falsa». El responsable del hecho fue el director de la Reforma Agraria, Vázquez Humasqué, «a quien mi compasiva prudencia libró de un proceso escandaloso». Compasión mal pagada, como solía ocurrirle: «En 1936 (Vázquez) figuró a la cabeza de los energúmenos que más furiosamente me atacaban, él con rencor insuperable».

Pero véase Martínez Barrio: «Con Marcelino Domingo se ha cometido una doble injusticia (...) Muchas y excelentes virtudes enaltecieron al político y al hombre. Fue orador y escritor notable (...) y ungió su obra con la mejor de las cualidades: el ejemplo. De una austeridad franciscana, vivió y murió cerca de la santidad, resignado y pobre»; si bien admite que no reunía condiciones para dirigir la reforma agraria<sup>[14]</sup>. <<

[d] El periódico más castigado fue el *ABC*, llevado casi a la ruina por una suspensión 110 días. No había acusación contra él, salvo la apreciación de Azaña de que había « hecho creer a esos idiotas de generales que el país iría tras ellos» . La extrema arbitrariedad del caso la reflejaba el editorial del periódico: « Ni en los tiempos de Calomarde, ni en los de Narváez, ni en los de Primo de Rivera (...) se aplicó jamás a un periódico una sanción gubernativa tan dura sin justificación legal. No hablemos de la Constitución, que prohíbe la suspensión de los periódicos si no es por sentencia firme de Tribunal competente. Nuestro caso no puede justificarse ni siquiera con la Ley de Defensa de la República, que faculta al ministro de la Gobernación para suspender los periódicos por un determinado tiempo (...) que determina las causas o motivos (...) A nosotros no se nos ha comunicado jamás por qué se nos imponía este castigo, excepcional en España» . Según don Manuel, fue Maura el más disgustado por la reaparición del diario monárquico, el cual « estaba a punto de claudicar, por sus muchas pérdidas, y habría cambiado de empresa y de política» [30]. <<

[e] Ya en septiembre del año anterior habían corrido rumores de complicidad entre Lerroux y Sanjurjo. Según el primero, Galarza había sido enviado a París para vigilarle por encargo de Azaña. Vuelto a Madrid, y sentado junto a éste en las Cortes, Lerroux le preguntó, al ver pasar a Galarza: «¿Sabe usted la explicación que ha dado este sujeto de su reciente viaje oficial?». Me miró sin responderme. ‘Pues ha dicho que llevaba encargo del Gobierno de vigilarme a mí’. Azaña se encogió de hombros y se rió en tono de bajo profundo, con tres únicas notas: jo-jo-jo. Y añadió: ‘¡Qué barbaridad!’. Y allí se acabó, sin que yo pudiera saber a qué atenerme» [36]. <<

[1] M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 521. *Diarios*, p. 36. <<

[2] Abad de Santillán, *Alfonso XIII*, p. 196. J. García Oliver, *El eco*, p. 125. <<

[3] J. García Olver, *Eleco*, p. 131. <<

[4] Ib., p. 131. Abad de Santillán, *Alfonso XIII*, p. 197. J. Peirats, *Los anarquistas*, pp. 83, 84. <<

[5] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 136, 139, 140, 141. <<

[6] A. Lerroux, *La pequeña*, p. 108. <<

[7] M. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 187, 186. <<

[8] *Ib.*, pp. 194, 211. <<

[9] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 271. <<

[10] D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 185. <<

[11] J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 510. J. García Oliver, *El eco*, p. 131. <<

[12] O. Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 358-9. <<

[13] J. S. Vidarte, *Las Cortes*, pp. 509 y ss., 518, 519. <<

[14] F. Largo Caballero, *Escritos*, pp. 38-9. <<

[15] F. Largo Caballero, *Escritos de la República*, Madrid, Pablo Iglesias, 1985, pp. 34-5. <<

[16] En J. Avilés Farré, *La izquierda*, p. 170. <<

[17] J. S. Vidarte, *Las Cortes*, p. 531. <<

[18] Ib., *Memorias políticas*, pp. 614-5. J. S. Vidarte, *Las Cortes*, pp. 538, 539. <<

[19] M. Azaña, *Diarios*, p. 242. <<

[20] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, pp. 272-3. M. Azaña, *Memorias políticas*, p. 613. <<

[21] En M. Azaña, *Darios*, p. 366. <<

[22] *Ib.*, pp. 366-7. <<

[23] *Ib.*, pp. 345, 351. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 278. <<

[24] M. Azaña, *Diarios*, pp. 341, 347-9. <<

[25] *Ib.*, pp. 359, 363, 369· N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 278. <<

[26] M. Azaña, *Diarios*, pp. 332, 334, 339, 408. <<

[27] *Ib.*, pp. 352, 454-5. <<

[28] Ib., *Memorias de guerra*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 107. <<

[29] N. Alcalá-Zamora, p. 282. <<

[30] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 107-8. D. Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 184-5, 187-8. <<

[31] M. Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 107, 392; *Diarios*, pp. 400-1, 391, 413, 414. <<

[32] *Ib.*, *Diarios*, pp. 396. N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 281. <<

[33] M. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 108. <<

[34] A. Lerroux, *La pequeña*, p. 116. <<

[35] N. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 281. <<

[36] *Ib.*, p. 281. D. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 195. <<

[37] E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 325, 284. <<

[38] En S. Payne, *La primera democracia española*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 112. <<

[39] *Ib.*, p. 182. *Movimiento natural de la población, 1931 a 1935.* <<

[40] En S. Payne, *La primera*, p. 404. Memoria del Fiscal General de la República, 1935. <<

[a] Trató de formar el grupo con tres periódicos, entre ellos el prestigioso *El sol*, a través de un hombre de confianza, Martín Luis Guzmán, y del empresario Luis Miquel. El primero, mexicano, era un personaje de vida agitada, escritor y abogado, que había sido secretario de Pancho Villa e intervenido en la borrascosa política de su patria. Condenado a muerte por sus adversarios, en 1928 había huido a España, donde obtuvo ayuda y trabajo en *El debate*, periódico ligado a la Iglesia. Posteriormente conectó con las izquierdas e intimó con Azaña, a quien iba a servir en asuntos algo oscuros, como el apoyo a revolucionados portugueses para derrocar a Salazar, o la trascendental intriga del *straperlo*, de la que hablaremos. El grupo de prensa fracasó por las pérdidas económicas, que Miquel intentó compensar proponiendo se decretase la subida en el precio de los periódicos. Azaña no quiso correr el riesgo, y el 4 de marzo se desentendió de la empresa. <<

[b] También chocaron acremente los grupos de Besteiro y de Largo por la responsabilidad en la ausencia de huelga en Madrid en diciembre de 1930, durante el golpe republicano. Luego, dice Largo, «se verificó el Congreso nacional de la Unión General de Trabajadores de España (...) Los derrotados en el Congreso del Partido pusieron en juego todas las trapacerías de que eran capaces a fin de reivindicarse; sin embargo, no pudieron evitar que se aprobara lo hecho para instaurar la República y que Largo Caballero fuera reelegido, unánimemente, secretario general». Pero salió presidente Besteiro, aunque con menos votos, por lo que Largo dimitió. «Las divisiones se hicieron más profundas, produciendo odios y rencores personales. Esto habría de repercutir en la política nacional española» [14]. <<

[c] Aunque Azaña aceptaba el nacionalismo catalán, el vasco le parecía grotesco y antipático. Al cerrarse el debate sobre Casas Viejas, Prieto invitó a Azaña a una gira por Vizcaya: «Lo extraordinario fue el recibimiento en Bermeo. Estéticamente no he visto nada comparable. Todas las calles que van al puerto, atestadas de gente. Banderas. Flores. Masas negras gesticulantes y gritando. Sobre todo, las hembras. Los vaporcitos del puerto nos atronaban con las sirenas. El estrépito llegó a ser tal, que no oíamos los *vivas* y gritos de la multitud, y sólo veíamos las bocas abiertas y las manos agitándose en el aire (...) Los nacionalistas, retraídos. El diputado Basterrechea me envió una carta al Ayuntamiento, diciéndome que en el silencio que con dignidad vasca guardaba Bermeo, él levantaba la voz para protestar, etcétera, etcétera. Si a esto le llaman silencio, qué será el ruido en Bermeo. La misma tarde fuimos a Guernica. Visitamos el Árbol y la Casa de Juntas, donde hay una porción de cachivaches que pretenden ser antigüedades y reliquias de una tradición» [19]. <<

[d] Aquellos días se reunía, entre escándalos monumentales y amenazas de escisión, que se cumplirían al poco, el congreso del Partido Radical Socialista, el más votado de los republicanos, después del de Lerroux. El congreso, iniciado en Zaragoza, se trasladó a Madrid por temor a choques violentos con la CNT. Azaña lo describe con típica mordacidad: «llevan tres días, mañana, tarde y noche, desgañitándose. Y lo grave del caso es que de allí puede salir una revolución que cambie la política de la república». Al discutirse las actas de los delegados «se produjo un escandalazo tremendo» porque se descubrió que los de Murcia traían representaciones falsas, de miles de votos inexistentes. Sin embargo, los delegados por Murcia fueron aprobados. «Se me ha dicho muy calladamente que los de Murcia han amenazado con *destaparse* contra Domingo si no se aprobaban sus actas». Entre acusaciones y amenazas siguieron las sesiones, en la tradición del republicanismo histórico de principios de siglo. Pero al fin, «después de tan feroces discusiones, se han echado a llorar oyendo el discurso de Domingo; se han abrazado y besado; han gritado... Gente impresionable, ligera, sentimental y de poca chaveta. Están redactando una propuesta que podrán votar todos, y hasta otra».

En el congreso destacó un líder, Gordón Ordás (u Ordax), con altas ambiciones políticas: «Se ha producido el hecho desaforado e increíble de que Gordón, en el congreso de su partido, ha echado un discurso de siete horas, las más de las cuales ha invertido en atacarme rudamente». «Si Gordón me ataca, no me desdeña ni me rebaja; al contrario; dice que la República ha producido dos hombres: el uno, soy yo; el otro, él (...) No hay modo de enfadarse con quien comienza proclamándose grande hombre y después nos eleva hasta su altura». A don Manuel le parece Gordón persona «que en la edad madura se ha afanado por adquirir una ilustración vasta y general, sin que podamos estar seguros de que la haya asimilado», «pedante fracasado», «dominante e imperioso». «Los mismos que se empeñaban en hacer de este insigne albéitar [Gordón era veterinario] una figura de primer orden están desengañados». Con todo, «Entre los diputados radicales-socialistas es casi el único que tiene carácter, y no es poco». El aludido trataba a Azaña de dictador<sup>[26]</sup>. <<

[e] El proceso, así como el que llevó al triunfo electoral de la derecha, está más ampliamente estudiado en *Los orígenes de la guerra civil española*. <<

[1] Martínez Barrio, p. 201. <<

[2] Alcalá-Zamora, pp. 601-2. <<

[3] J. M. Gil-Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 78, 81, 82. <<

[4] P. Sáinz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 181-3. <<

[5] *Ib.*, p. 181. <<

[6] Gil-Robles, *No fue*, pp. 81-2. <<

[7] *Ib.*, pp. 184, 188, <<

[8] *Ib.*, p. 82. Vidarte, *Las Cortes*, p. 612. <<

[9] Gil-Robles, *No fue*, p. 83. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 237. <<

[10] Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Barcelona, Fontamara, 1979, pp. 151-2. G. Mario de Coca, *Anticaballero*, Madrid, Centro, 1975, pp. 85 y y ss. Tuñón, *La crisis del estado: dictadura, República, guerra (1923-1939)*, Barcelona, Labor, 1986, pp. 129, 170. <<

[11] Peirats, *Los anarquistas*, p. 86. <<

[12] Martínez Barrio, *Memorias*, p. 212. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 301. <<

[13] P. Moa, *Los orígenes de la guerra civil española*, Madrid, Encuentro, 1999, pp. 222 y ss. <<

[14] García Oliver, *El eco*, p. 135. <<

[15] *Ib.*, pp. 133, 132. <<

[16] *Ib.*, p. 132. <<

[17] Alcalá-Zamora, pp. 302, 303. <<

[18] *Ib.*, p. 604. <<

[19] Lerroux, *La pequeña*, p. 159. Largo Caballero, *Correspondencia*, p. 122. <<

[20] Alcalá-Zamora, p. 395. Lerroux, *La pequeña*, p. 144. <<

[21] Lerroux, *La pequeña*, p. 155. Martínez Barrio, *Memorias*, p. 212. <<

[22] Lerroux, *La pequeña*, p. 154. <<

[23] *Ib.*, p. 145. <<

[24] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 303. <<

[25] A. Hurtado, *Quaranta*, pp. 38-9. <<

[26] En J. Arrarás, *Historia de la segunda república española*, II, Madrid, Editora Nacional, 1970, p. 206. <<

[27] *Ib.*, p. 39. Alcalá-Zamora, p. 306. <<

[28] Alcalá-Zamora, p. 307. <<

[29] *Ib.*, pp. 311-2. <<

[30] Lerroux, *La pequeña*, p. 164. <<

[31] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 313. <<

[32] *Ib.*, pp. 315, 316. Gil-Robles, *No fue*, p. 117. <<

[33] Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, Grijalbo, 1978, p. 146. Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 314. Lerroux, *La pequeña*, pp. 186, 169. <<

[34] Alcalá-Zamora, *Memorias* p. 315. Martínez Barrio *Memorias* pp. 222-3. <<

[35] Martínez Barrio, *Memorias*, pp. 223 y ss. <<

[36] *Ib.*, p. 224. <<

[37] Lerroux, *La pequeña*, pp. 180 y ss. <<

[38] *Ib.*, p. 185. <<

[39] *Ib.*, p. 184. <<

[40] Alcalá-Zamora, *Memorias*, p. 308. Azaña, *Memorias de guerra*, p. 196. Vidarte, *El bienio*, p. 144. <<

[41] Gómez Molleda, *La masonería*, pp. 482 y ss, 502 y ss. <<

[42] Azaña, *Memorias de guerra*, p. 130. <<

[a] A Tedeschini atribuían, con razón, un peso importante en la política conciliadora de la CEDA. El nuncio no era ejemplo de religioso, o al menos pasaba por mundano, galante y aficionado a «la cuestión monetaria». Los monárquicos hicieron esfuerzos por desacreditarle, algunos bastante divertidos: «Era muy notorio que una señora llamada T. M., rubia, de cierta edad, de tipo rubensiano, era muy amiga de Tedeschini. Todo el mundo recordará un atentado que hubo en la Casa de Campo contra el nuncio, al que disparó unos tiros de revólver un individuo que no pudo ser detenido (...) Parece ser que el individuo que agredió al nuncio era amigo o *souteneur* —como se dice en Francia— de la T. M., y no se saben bien los motivos por los que se originó la agresión». Pero sí se supo de una correspondencia entre Tedeschini y la dama, y Sainz Rodríguez, que cuenta todo esto, la visitó para conseguir las cartas. La señora «en vez de hacerme esperar para vestirse —porque estaba bañándose— dio orden de que yo entrase en el cuarto de baño, y la conferencia que mantuve con ella fue estando ella en el baño y yo sentado en una silla, al lado». Sainz, imperturbable, le hablaba «como si hubiese estado vestida con falda de miriñaque». No logró su objetivo, porque el mañoso Tedeschini se le había adelantado<sup>[7]</sup>. <<

[b] La mayoría de los sucesos políticos del otoño de 1933 y del año siguiente están tratados con mayor detenimiento en *Los orígenes de la guerra civil española*, por lo que aquí sólo serán abordados muy resumidamente. <<

[c] Los estudiosos ofrecen cifras diversas tanto en votos como en diputados, pero sin diferencias significativas. <<

[d] « Gracias a hábiles maniobras jurídicas (...) logramos salir en libertad (...) Se hizo valer una especulación jurídica: 'Que responsabilidad penal cabía a quienes, (...) *ibamos* a la revolución social? *ibamos* a la revolución social, pero no estuvimos ni participamos en la revolución, debido a que fuimos detenidos antes de llegar a la revolución social, que no se produjo'. Y añadíamos: 'Si nuestra culpabilidad correspondía a una intención, ¿que responsabilidad le correspondía al jefe del gobierno, Manuel Azaña, por haber ordenado *tiros a la barriga?*». La lógica del argumento convenció a los jueces<sup>[16]</sup>. <<

[e] Entre sus ideas estaban crear una división o brigada motorizada y unificar los Ministerios de Guerra y Marina en uno solo, de Defensa, que englobaría también a la aviación. Ésta, con Azaña, había pasado a depender de la presidencia del gobierno. La unificación se adelantaba al rumbo que con los años siguieron la mayoría de los países. Don Niceto afirma que Lerroix pretendía multiplicar las plantillas<sup>[23]</sup>. <<

[f] Ha sido frecuente describir a la CEDA como un extremismo equivalente al del PSOE, pero esa versión carece de base. Aunque el tema es secundario en este estudio, se trata con algún detalle en el apéndice « La actitud de la CEDA y sus críticos» . <<

[g] *La veu de Catalunya*, órgano de la *Lliga*, criticaba en septiembre, con probable regodeo: «Lo que se permiten ciertos grupos hacia la persona del Presidente, señor Macià, no está bien. Cualquier manifestación de desafecto, cualquier befa dirigida al Presidente es una explosión de anarquismo. Dejarlo solo en medio de un salón, huir de una piscina y ocultarse cuando el Presidente llega; no dejarle silla para sentarse o dejarle solamente una desvencijada; correr hacia la fuente cuando el Presidente quiere beber agua, para obligarle a hacer cola... Todas esas manifestaciones son perfectamente anárquicas» [26]. <<

[h] « Cuando estábamos en consejo y llamaba por teléfono Macià, ya sabíamos que la interrupción sería larga (...) Al indicarse a Domingo o a Nicolau que acudieran siquiera para enterarse, (...) los dos se excusaban con gestos y ademanes en el primero de anonadamiento cruzando las manos y en el segundo de espanto y desesperación abriendo los brazos. Acudía yo a la conversación y terminaba siempre en concordia» . <<

[1] Como se recordará, al hermano de Lerroux, Arturo, cuando fue amnistiado, le habían computado incluso su tiempo en las partidas carlistas a efectos de su carrera militar. <<

[j] Largo Caballero había impulsado leyes contra los abusos y la explotación patronales, aunque algunas de ellas, como la de Términos Municipales, tenía efectos ambiguos. Esta ley, que Madariaga califica de feudal, prohibía contratar jornaleros fuera del propio municipio, para evitar rebajas de salarios por la afluencia de obreros. Pero a los braceros de localidades con poco trabajo y bajos salarios les impedía acudir a lugares mejores, y vulneraba la libertad patronal de contratación, que quedaba sometida a la voluntad de los sindicatos en cada lugar. No sólo las derechas, sino también las izquierdas republicanas saboteaban la ley, como se quejaba Largo. <<

[k] Las tramas están descritas en *Los orígenes de la guerra civil*. <<

[1] Gil-Robles, *No fue*, p. 131. Ruiz Manjón, *El Partido*, pp. 451-2. Lerroux, *La pequeña*, p. 194. Alcalá-Zamora, p. 325. <<

[2] Alcalá-Zamora, pp. 323-4. Lerroux, *La pequeña*, p. 194. Gil-Robles, *No fue*, pp. 133-4. <<

[3] Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Barcelona, Fontamara, 1979, pp. 140. <<

[4] Alcalá-Zamora, p. 326. <<

[5] Gil-Robles, *No fue*, p. 135. J. A. Ansaldo, *¿Para qué?*, Buenos Aires, Ekin, 1951, pp. 92-3. <<

[6] J. Miravittles, *Critica del 6 d'octubre*, Barcelona, Hacer, 1935, p. 180. <<

[7] *Azaña, Memorias de guerra, p. 129; Memorias Políticas, p. 401.* <<

[8] Alcalá-Zamora, p. 336. <<

[9] Lerroux, *La pequeña*, p. 197. <<

[10] Alcalá-Zamora, p. 615. <<

[11] Lerroux, *La pequeña*, p. 197. <<

[12] Lerroux, *La pequeña*, pp. 205-6. Alcalá -Zamora, pp. 340-1. <<

[13] Alcalá-Zamora, p. 340. Azaña. *Memorias de guerra*, p. 200. <<

[14] Azaña, *Memorias de guerra*, pp. 200, 204 y ss. <<

[15] Martínez Barrio, p. 263. <<

[16] Azaña, *Memorias de guerra*, p. 105. <<

[17] Alcalá-Zamora, p. 335. <<

[a] Los crímenes a que alude son los de la segunda fase de la guerra civil. Debe tenerse en cuenta que estas frases, con su carga de causticidad, están escritas en 1937. Layret era un abogado que defendía habitualmente a los anarcosindicalistas acusados de actividades ilegales o terrorismo, y fue asesinado por el terrorismo patronal, en 1921. <<

[b] Documentado en Los orígenes de la guerra civil, pp. 323 y ss. <<

[1] Alcalá-Zamora, p. 515. Lerroux, *La pequeña*, p. 209. Gil-Robles, *No fue*, pp. 136 y ss. <<

[2] Gil-Robles, *No fue*, p. 137. Alcalá-Zamora, p. 334. <<

[3] Gil-Robles, *No fue*, pp. 139-40. <<

[4] *Ib.*, pp. 140-1. <<

[5] Tuñón, *La II República*, II, p. 108. <<

[6] Gil-Robles, *No fue*, p. 306. <<

[a] Al final fueron ejecutados tres «mandados» y salvados los líderes, lo que motivó duras críticas de los monárquicos y un notable desprestigio del gobierno.

<<

[b] Se han solido dar cifras de hasta 50.000 detenidos. La más habitual es de 30.000, pero esta última debió de elaborarse, como admite Tuñón de Lara, sobre el total de presos en las cárceles, la mitad de los cuales eran comunes<sup>[5]</sup>. <<

[c] Esta campaña, aquí muy resumida, será examinada con más detalle en el libro *El derrumbe de la República y del Frente Popular*. Fue muy significativo que las izquierdas rehuyeran el debate parlamentario al respecto. Incluso cuando volvieron al poder en febrero de 1936, y dominaban abrumadoramente las Cortes, se desentendieron del asunto. Gil-Robles pidió varias veces un debate para clarificar los hechos, pero no le hicieron el menor caso, aunque en la calle la campaña continuaba con plena fuerza. No hubo, por tanto, interés entre los partidos de izquierdas por aclarar el alcance real de la represión asturiana. <<

[d] Entre los que destacan su trascendencia está R. Robinson en *Los orígenes de la España de Franco*. El relato que sigue está basado fundamentalmente en los capítulos correspondientes de J. Chapaprieta *La paz fue posible*, A. Lerroux *La pequeña historia de España-*, N. Alcalá-Zamora, *Memorias*; J. M. Gil-Robles, *No fue posible la paz-*, O. Ruiz Manjón, *El Partido republicano radical*; J. Pabón, *Cambó*, tomo II; R. Salazar Alonso, *Bajo el signo de la revolución* y J. S. Vidarte, *El bienio negro*. Los relatos desde el punto de vista izquierdista resultan por demás escuetos, por no decir opacos. Prieto y Azaña apenas ofrecen en sus escritos pistas sobre el *affaire*, a pesar de haber desempeñado en él un papel clave, y de que el asunto les benefició de modo extraordinario. Vidarte es, como de costumbre, la excepción. <<

[e] Alexandre Staviski, autor de estafas y sobornos por valor de cientos de millones de francos, con protectores en altas esferas de la III República francesa, se suicidó muy oportunamente al ser detenido, en enero de 1934. Hubo tumultuosas protestas derechistas en París, el 6 de febrero, con buen número de muertos. Como reacción, a su vez, contra esas protestas, nacieron los primeros acuerdos entre comunistas y socialistas, que desembocarían en el Frente Popular francés, en el cual se integró el Partido Radical como una de sus fuerzas clave. El Partido Radical francés, bastante diferente del español y más corrompido que éste, era principal implicado en las estafas de Staviski. Fue uno de los sonados escándalos financieros que sacudieron a la III República. <<

[f] Lerroux dice que el presidente había mostrado menor sensibilidad ante corruptelas mucho más cuantiosas, ligadas a los contratos petroleros con Rusia (y que afectaban a Prieto, según él), las importaciones de trigo y las exportaciones de naranjas, la construcción de algunos cuarteles, etc. <<

[g] No ocurrió, pues, como con una interpelación de Gil-Robles, en junio de 1932, sobre supuestas irregularidades en un contrato de tabacos responsabilidad de Prieto. Azaña, en el poder, desechó los documentos aportados: « Yo no tengo por qué entrar en el fondo de lo que dice el señor Gil-Robles. ¿Cree la mayoría que no ha habido ninguna irregularidad? Pues a mí con eso me basta y con eso queda terminada la cuestión» [6]. <<

[1] J. Chapaprieta, *La paz fue posible. Memorias de un político*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 309 y ss. Alcalá-Zamora, p. 382. <<

[2] Alcalá-Zamora, pp. 381, 380. Gil-Robles, p. 314. <<

[3] Gil-Robles, p. 158. <<

[4] *Ib.*, p. 355. <<

[5] *Ib.*, p. 355. Alcalá-Zamora, p. 388. <<

[6] Gil-Robles, p. 356. F. Franco, *Apuntes personales del Generalísimo sobre la República y la guerra civil*, Madrid, 1987, pp. 21-2. <<

[7] Gil-Robles, p. 364. Alcalá-Zamora, p. 391. <<

[8] En S. Payne, *La primera*, pp. 182, 183, 270. J. P. Fusi y J. Palafox, *España*, pp. 280 y ss. *Movimiento natural de la población*, años 1931-1935. <<

[9] En S. Payne, *La primera*, pp. 111, 112. En R. Salas Larrazábal, *Los datos*, p. 249. <<

[10] S. Payne, *La primera*, p. 404. <<

[11] Gil-Robles, pp. 159-60. <<

[1] Chapaprieta, *La paz*, p. 350. <<

[2] Gil-Robles, p. 369. F. Díaz Plaja, *la historia de España en sus documentos, Dictadura... República*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964, p. 826. <<

[3] Gil-Robles, p. 386. <<

[4] Alcalá-Zamora, p. 391. <<

[5] *Ib.*, p. 391. <<

[6] En J. Tusell, *Las elecciones del Frente Popular, I*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1971, pp. 211 y ss. <<

[7] Alcalá-Zamora, p. 393. <<

[8] Gil-Robles, pp. 477 y ss. F. Franco, *Apuntes*, pp. 26-7. <<

[9] Azaña, *Memorias de guerra*, p. 18. Rivas Cherif, *Retrato*, p. 663. <<

[10] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 47, 42. <<

[11] Azaña, *Memorias de guerra*, p. 16. J. Caro Baroja, *Los Baroja*, Madrid, Taurus, 1972, p. 267. Lerroux, *La pequeña*, p. 315. Martínez Barrio, p. 294. <<

[12] Chapaprieta, *La paz*, p. 414. <<

[13] Alcalá-Zamora, pp. 399-400. Rivas Cherif, *Retrato*, p. 668. <<

[14] Lerroux, *La pequeña*, p. 350. <<

[15] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 665-6. <<

[16] Madariaga, *España*, p. 378. <<

[17] Martínez Barrio, pp. 308-9. Vidarte, *Todos*, p. 101. <<

[18] Rivas Cherif, *Retrato*, 667. <<

[19] *Ib.*, p. 667. <<

[20] *Azaña, Memorias de guerra, p. 19.* <<

[21] Rivas, *Retrato*, pp. 671-2. <<

[a] Las cifras más rigurosas son probablemente las de J. Tusell (4.650.000 para las izquierdas, 4.500.000 para las derechas y algo más de medio millón para el centro y el PNV), refinadas por R. Salas Larrazábal (4.430.000 para el Frente Popular, 4.511.000 para las derechas y 683.000 para el centro y el PNV). La abstención subió a un 28%. <<

[b] Se refiere al asesinato de varios obreros anarquistas en el parque de María Luisa, de Sevilla, durante los disturbios de julio de 1931. <<

[1] Fundación Pablo Iglesias, *AFLCXXII*, p. 250. <<

[2] Alcalá-Zamora, pp. 404-5. <<

[3] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 671-2. <<

[4] Chapaprieta, *La paz*, pp. 408-10. <<

[5] Alcalá-Zamora, pp. 406-7. Rivas Cherif, *Retrato*, p. 672. <<

[6] Alcalá-Zamora, p. 407. <<

[7] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 407. Gil-Robles, p. 563. <<

[8] Alcalá-Zamora, pp. 406-7. Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 673-4. <<

[9] Chapaprieta, *La paz*, p. 413. <<

[10] Gil-Robles, p. 565. Azaña, *Memorias políticas*, pp. 313, 321. <<

[11] Alcalá-Zamora, p. 407. <<

[12] Fundación Pablo Iglesias, *AFL CXXII*, p. 250. <<

[13] Martínez Barrio, p. 316. <<

[14] Alcalá-Zamora, pp. 336, 345. <<

[15] En Martínez Barrio, pp. 317-8. <<

[16] Azaña, *Memorias de guerra*, p. 198. Martínez Barrio, p. 320. <<

[17] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 678-9. Alcalá-Zamora, pp. 428-9. <<

[18] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 684. <<

[19] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 680. Martínez Barrio, p. 330. J. Manrichal, introducción a Azaña, *OO CC, III*. Vidarte, *Todos*, p. 101. <<

[20] Martínez Barrio, p. 329. <<

[21] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 675. <<

[22] *ib.*, pp. 663 y ss. <<

[23] En S. Payne, *La primera*, p. 335. <<

[24] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles, L*, París, Librería Española, 1968, p. 22. Vidarte, *Todos*, p. 151. <<

[25] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 685. A. Hurtado, *Quaranta*, p. 400. <<

[a] El libro de Ricardo de la Cierva *Los documentos de la primavera trágica* es de obligada consulta para este período. <<

[1] Vidarte, *Todos, I*, p. 101. <<

[2] *Ib.*, p. 237. <<

[3] Alcalá-Zamora, pp. 430 y ss. <<

[4] Lerroux, *la pequeña*, pp. 357 y ss. <<

[5] Alcalá-Zamora, pp. 434, 490-1. <<

[6] *Ib.*, pp. 439, 490, 440. <<

[7] F. Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Planeta, 1994, p. 44. <<

[8] M. Azaña, *Las causas de la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 1986, p. 21.  
*Memorias de guerra*, p. 427. <<

[9] Maura, p. 225. <<

[10] En F. Jiménez Losantos, *La última*, p. 246. <<

[11] Alcalá-Zamora, pp. 498-9. <<

[12] *Ib.*, pp. 498 y ss. <<

[13] *Ib.*, pp. 643 y ss. <<

[14] *ABC*, 28 de junio de 1949. <<

[a] El uso del terror ha acompañado a prácticamente todas las revoluciones, desde la francesa, y en Europa alcanzó su máxima sistematicidad con Lenin y Stalin, y luego con Hitler. En España se dio en pequeña escala durante la revolución de Asturias en 1934, de la que algunos derechistas sacaron la conclusión de que el único modo de parar el proceso revolucionario era el empleado en Francia por Thiers contra la *Commune* de París: el fusilamiento en masa. Medidas similares fueron tomadas en la guerra civil de Finlandia y otras. Algunos libros recientes afirman que en España el terror revolucionario fue una réplica al impuesto por los militares. Lo contrario es más verdadero. Las derechas habían padecido ya un verdadero terrorismo en los meses anteriores a su alzamiento. <<

[b] Expresión de F. Jiménez Losantos, en *La última salida de Manuel Azaña*. <<

[c] Alcalá-Zamora ve en estos atropellos un desquite psicológico de los franceses por su humillante derrota ante Alemania, sobre la cual circulaban chistes entre los oprimidos refugiados españoles, como el muy conocido « ¿Por qué tienen tantos árboles las carreteras francesas? Porque a los alemanes les gusta pasear a la sombra» . <<

[d] Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, dominado por Negrín y los comunistas, rival de la JARE, Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, dirigida por Prieto, que consiguió hacerse con el cargamento del yate « Vita », consignado en principio a agentes de Negrín en Méjico. <<

[1] J. M. Cuenca Toribio, « Sociología de los ministros de la II República », en *Revista de estudios políticos*, nueva época, nº 71, enero 1991. <<

[1] S. Carrillo, *Juez y Parte, 15 retratos españoles*. Barcelona, Plaza y Janés, 1998, p. 81. Gil-Robles, *No fue* (Planeta), p. 47. <<

[2] *El debate*, 13 de enero de 1934. <<

[3] Ib., 11 de noviembre de 1933. <<

[4] Ib., 20 de enero de 1934. En J. Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España* (I), Madrid, Sarpe, 1986, p. 204. <<

[5] CEDA, 16 de diciembre de 1933; Ib., 31 de diciembre de 1933; Ib., abril de 1934. <<

[6] Gil-Robles, *No fue* (Planeta), p. 185. <<

[7] Preston, *La destrucción de la Democracia en España*, Madrid, Turner, 1978, p. 89. J. Tusell, *Historia de la democracia cristiana*, p. 205. <<

[8] *El debate*, 17 y 29 de septiembre de 1933, y 20 de enero de 1934. <<

[9] P. Preston, *La destrucción*, p. 91. <<

[10] *Ib.*, p. 89. <<

[11] *Ib.*, p. 162. <<

[12] *Ib.*, p. 93. <<

[13] *Ib.*, p. 173. <<

[14] *Ib.*, pp. 185-6. <<

[15] A. Balcells, *Cataluña Contemporánea*, Madrid, Siglo XXI. <<

[16] *El debate*, 29 de noviembre de 1933; *Ib.*, 15 de de junio de 1934. <<

[17] P. Preston, *La destrucción*, p. 162. <<

[18] *Ib.*, pp. 87, 84 y 85. <<

[19] L. Jiménez de Asúa, *La vida penal en Rusia*, Madrid, Reus, 1931, pp. 90, 49-50 y 99-100 <<

[20] En García Escudero, *Historia política*, p. 1136. <<

[21] P. Preston, *La destrucción*, p. 9- <<

[22] *Ib.*, p. 159. <<

[a] J. Tusell ha tratado con detenimiento esta cuestión en su *Historia de la democracia cristiana en España* I. <<

[b] Y admite Gil-Robles citándoles: «Somos antiparlamentaristas... el bien común no puede ser interpretado a través de la asamblea elegida por un sufragio universal inorgánico» [6]. <<

[c] En los años 60 y 70 proliferaron en España los estudios marxistas, o que así se presentaban, llamados, con cierta mofa, « marxismo cañí ». Conviene señalar, no obstante, que la derecha solía mirar esos estudios con respetuoso temor intelectual. Por desgracia, aquella vasta marxistización del pensamiento no dejó idea u obra de alguna envergadura, declinó sin pena ni gloria y terminó esfumándose entre el polvo levantado por la caída del muro de Berlín. <<

[d] Serán tratadas más en detalle en *El derrumbe de la II República*. <<

[e] Debe recordarse que en 1933 y 1934 los actos hitlerianos más brutales estaban todavía inéditos o se habían ejercido, en la *Noche de los cuchillos largos*, precisamente contra el ala extrema del propio movimiento nazi, las milicias S. A., lo que podría tomarse como indicio de una tendencia menos fanatizada. Y si bien el nazismo fue desde el principio cruel y antidemocrático, en aquellos años no podía aún compararse con la dictadura soviética. Lenin y Stalin habían apilado ya una gigantesca montaña de cadáveres, y la destrucción de las libertades y derechos humanos en Rusia había sido más profunda y sistemática que en Alemania o en Italia (en esta última, la represión había sido muy poco sanguinaria). Ante estos hechos, la «comprensión» de las derechas europeas — no sólo la española— hacia el nazismo resulta mucho más explicable que el abierto entusiasmo de las izquierdas por Stalin. Callar estos aspectos significa hacer ininteligible la época. <<

[1] El muestrario podría alargarse mucho. Señalaré sólo otro ejemplo. El congreso de las juventudes de la CEDA en El Escorial, en abril de 1934, resulta ser, en *La destrucción*, -un gesto amenazante», «antirrepublicano» dentro del supuesto estilo nazi. Lo probarían los gritos de « Jefe, jefe!» que acogieron a Gil-Robles, y las frases de éste: «Somos un ejército de ciudadanos (...) dispuestos a dar la vida por nuestro Dios y por nuestra España (...). El poder vendrá a nuestras manos (...) Nadie podrá impedir que imprimamos nuestro rumbo a la gobernación de España». Suena vagamente a fascismo. Pero la cosa cambia al completar las frases: «Somos un ejército de ciudadanos, *no un ejército que necesite uniformes y desfiles militares*», -*Somos los más firmes defensores de la legalidad establecida*». Al exaltar el patriotismo español, el *Jefe* advirtió: “No temo que en España este movimiento nacional derive por cauces violentos; no creo que (...) pretenda resucitar la Roma pagana o haga la exaltación morbosa de los valores de la raza». Estas apelaciones a la paz y la legalidad y contra el racismo, omitidas en *La destrucción*, no son lenguaje nazi e indican algo muy distinto de lo que Preston da a entender. No menos demostrativo fue el ambiente en que Gil-Robles habló, una concentración juvenil fácilmente inflamable, y más después de los ataques que había sufrido desde la izquierda: «Hemos tenido todas las dificultades: agresiones, bombas, huelgas generales, amenazas y coacciones de todo género», dijo Gil-Robles, y no exageraba. Hechos así caldeaban los ánimos y los tomaban propicios a las reacciones furiosas. Pese a ello, la CEDA se mantuvo sobria y moderada. El observador puede preguntarse sobre la reacción del PSOE ante un hostigamiento tal a sus mítines. Nada de ello, con su evidente importancia, es siquiera insinuado por Preston<sup>[14]</sup>. <<

[g] Muchos patronos actuaron de forma abusiva bajo los gobiernos radicales, y no sólo en regiones pobres como Andalucía o Extremadura, sino en la más rica Cataluña. El historiador A. Balcells recoge en su *Cataluña contemporánea* el testimonio de Caries Cardó, canónigo de la catedral de Barcelona y hombre próximo a la *Lliga*: «Al día siguiente de la victoria de las derechas (...) los fabricantes de cierta cuenca fluvial de Cataluña rebajaron los salarios (...) alegando aquel vulgar ‘Ya hemos ganado’, que les dejaba en una talla moral inferior a la de sus operarios. Los casos de represalias contra aparceros y *rabassaires* son numerosos. Sabemos de un solo pueblo de las tierras tarragonesas en que se hicieron más de 300 desahucios, bien entendido que afectaron todos a familias afiliadas a partidos de orden, las cuales han votado en bloque por el Frente de Izquierdas» (Cardó escribe poco después de las elecciones de febrero de 1936). Y narra otros hechos similares<sup>[15]</sup>. <<

[h] Dice de Gil-Robles: «levantaba sospechas por haber colaborado con la dictadura de Primo de Rivera». La actividad política de aquél en tiempos de Primo de Rivera fue insignificante. En cambio, Largo Caballero, consejero de Estado con el dictador, no levanta sospecha alguna. O da fe a la frase socialista de «cuando en España no había legislación social, se pagaban salarios misérrimos y todos los conflictos los resolvía la Guardia Civil». ¿Ocurriría tan triste situación antes de 1931 con el PSOE como única izquierda permitida y amparada por la dictadura? O cita como un hecho: «El cincuenta por ciento de la población de Sevilla se acostaba con hambre todas las noches» ... y en la página siguiente da por bueno el testimonio de Bowers cuando afirma no haber hallado desórdenes en todo el país. ¿Es verosímil que viviendo grandes masas en condiciones tan insoportables, no hubiese algún que otro disturbio? Pero había mucha menos hambre y muchos más disturbios de los que indica el libro. En la huelga campesina del 34 acepta sin crítica las versiones de M. Nelken o de Ramos Oliveira. Y así sucesivamente<sup>[18]</sup>. <<

[1] He aquí una muestra típica de esta postura en *La vida penal en Rusia* del intelectual socialista Jiménez de Asúa, tenido por moderado. Jiménez pone por las nubes el sistema soviético. Concedor de cómo se aplicaban las leyes en la URSS, censura suavemente « las arbitrariedades de los órganos administrativos» (la GPU), pero advierte que la crítica al stalinismo, « permitida en el área limitada de lo abstracto, se paraliza frente al fenómeno concreto de un pueblo que ha removido desde los cimientos al capote su organización vital», por lo que elude cuidadosamente « caer en el frenesí crítico», ya que « en horas de revolución, la serenidad no puede exigirse» [19].

Una actitud frecuente en ámbitos izquierdistas republicanos y masones la reflejan estas palabras atribuidas a López Ochoa: « El comunismo no es para nosotros un coco, somos partidarios del progreso humano (...). Quién sabe si yo podría ser tan buen general del Ejército Rojo como del republicano» [20]. <<

[j] Cabe señalar la singularidad de que quienes quemaban templos y asaltaban centros políticos y periódicos derechistas, acusaran a sus víctimas de fanatismo e intolerancia. Debe reconocerse que, de haber sido los católicos españoles la mitad de fanáticos de como suele presentárseles, estos actos habrían levantado oleadas inmediatas de disturbios y represalias, y en muchos países sin duda habría ocurrido así. <<